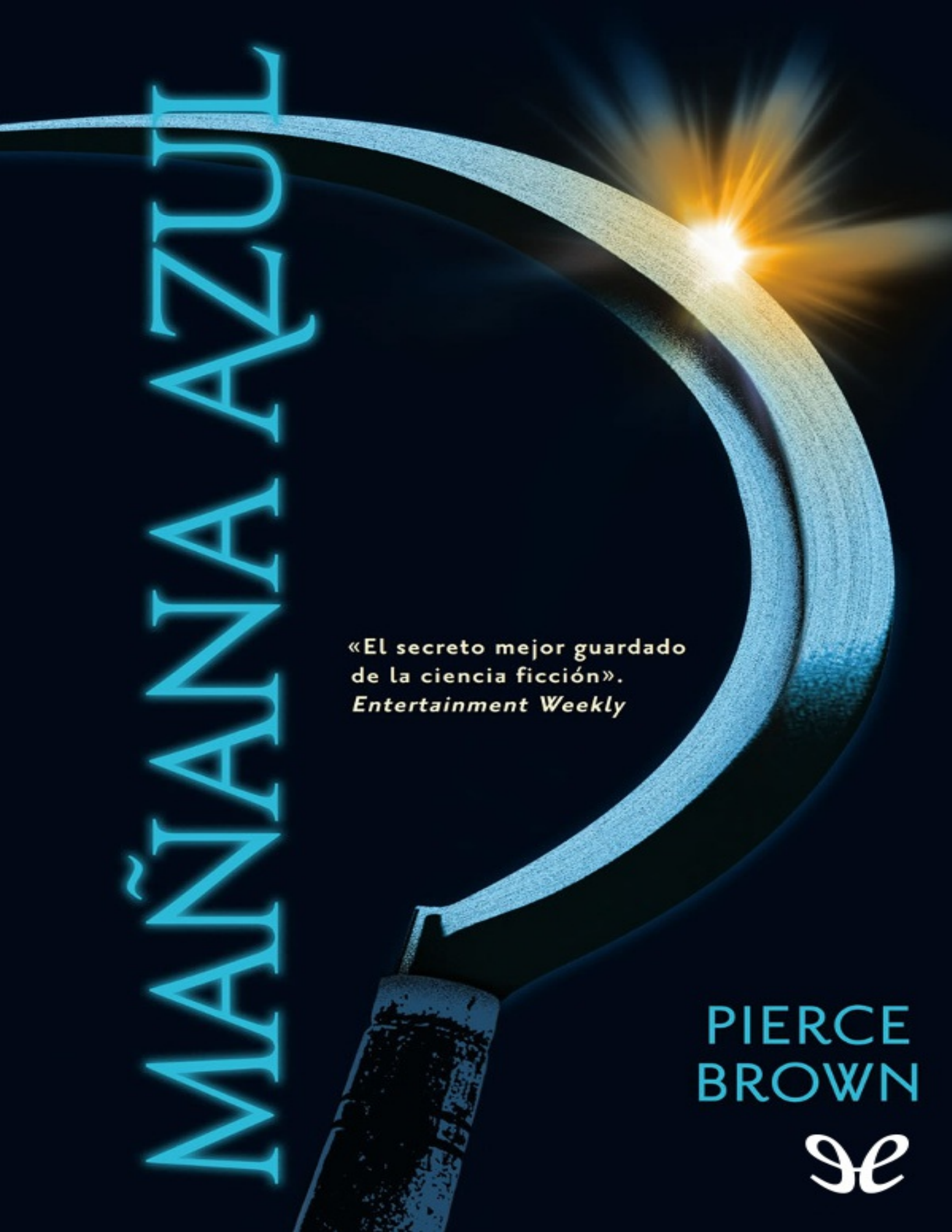
MAÑANAZUL



«El secreto mejor guardado de la ciencia ficción».
Entertainment Weekly

PIERCE BROWN

TRAICIONADO POR SUS ALIADOS, ABANDONADO A LA OSCURIDAD, UNA VOZ SE ALZARÁ POR LA JUSTICIA.

Arriesgándolo todo para hundir la Sociedad dorada, Darrow ha sobrevivido a las despiadadas rivalidades entre los guerreros más poderosos. Ha logrado ascender y ha aguardado pacientemente el momento de desencadenar la revolución que acabará con la jerarquía desde dentro. Por fin ha llegado la hora…

Para vencer, necesitará persuadir a los que están sumidos en la oscuridad para que rompan sus cadenas y reclamen un destino que se les ha negado durante mucho tiempo. Un destino demasiado glorioso para renunciar a él.

Pierce Brown

Mañana Azul

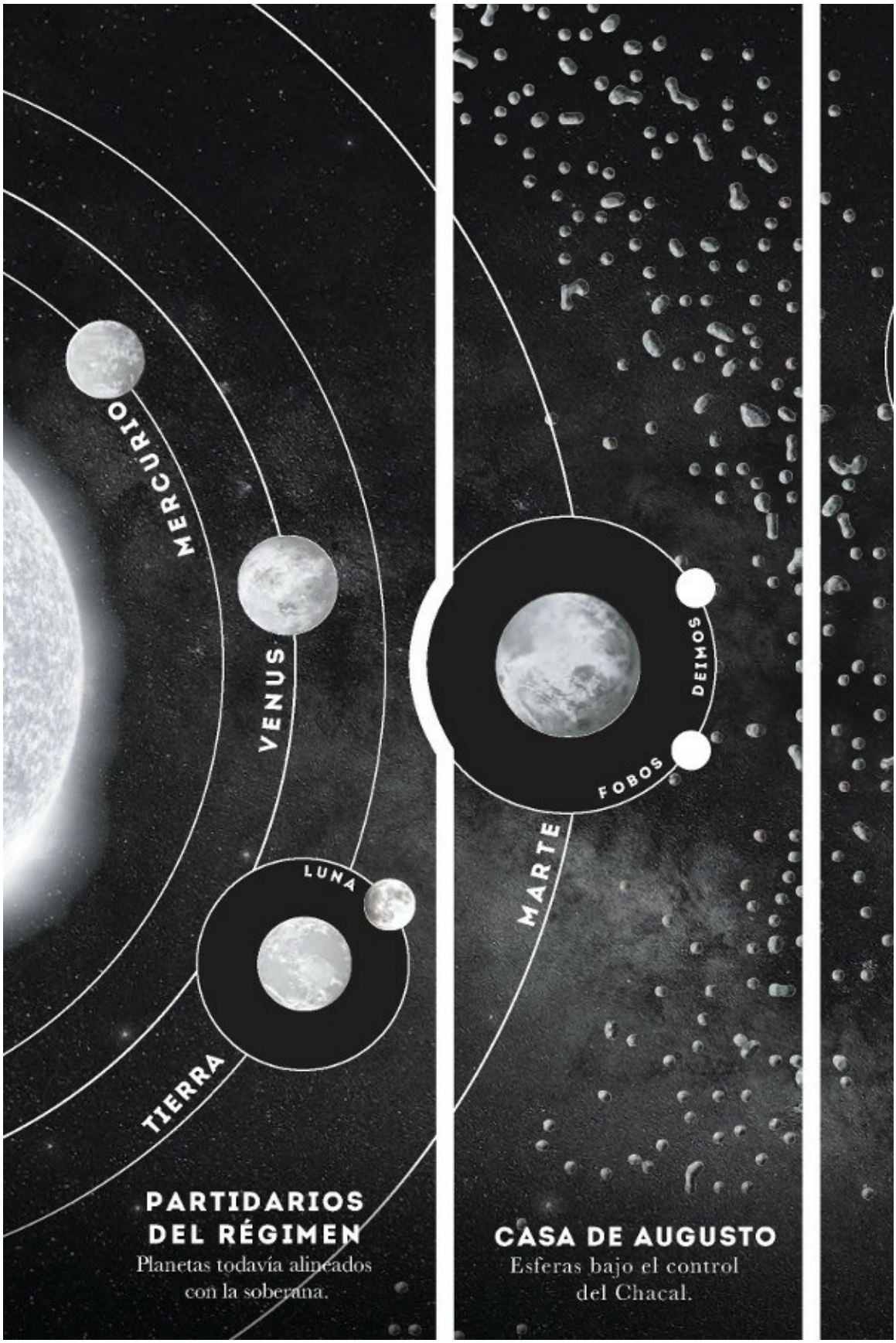
Red Rising - 3

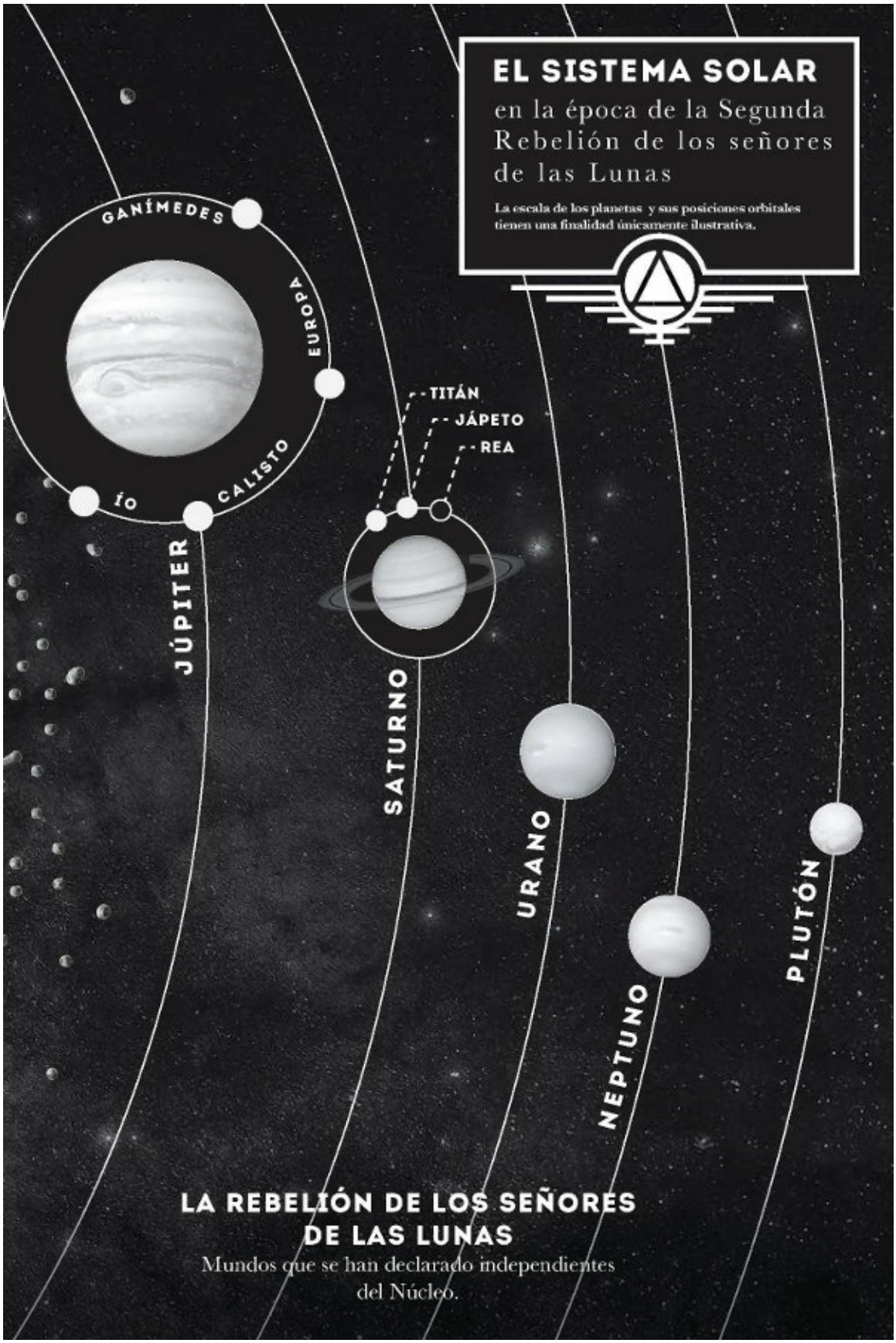
ePub r1.0
Titivillus 28.02.2017

Título original: *Morning Star*
Pierce Brown, 2016
Traducción: Ana Isabel Sánchez Díaz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A mi hermana, que me enseñó a escuchar


MERCÚRIO
VENUS
LUNA
TIERRA
PARTIDARIOS DEL RÉGIMEN
Planetas todavía alineados con la soberana.
DEIMOS
FOBOS
MARTE
CASA DE AUGUSTO
Esferas bajo el control del Chacal.


EL SISTEMA SOLAR
en la época de la Segunda Rebelión de los señores de las Lunas
La escala de los planetas y sus posiciones orbitales tienen una finalidad únicamente ilustrativa.
GANÍMEDES
EUROPA
ÍO
CALISTO
JÚPITER
TITÁN
JÁPETO
REA
SATURNO
URANO
NEPTUNO
PLUTÓN
LA REBELIÓN DE LOS SEÑORES DE LAS LUNAS
Mundos que se han declarado independientes del Núcleo.

DRAMATIS PERSONAE

Dorados

OCTAVIA AU LUNE: soberana reinante de la Sociedad.

LISANDRO AU LUNE: nieto de Octavia, heredero de la Casa de Lune.

ADRIO AU AUGUSTO/CHACAL: archigobernador de Marte, hermano gemelo de Virginia.

VIRGINIA AU AUGUSTO/MUSTANG: hermana gemela de Adrio.

MAGNUS AU GRIMMUS/EL SEÑOR DE LA CENIZA: archiemperador de la soberana, padre de Aja.

AJA AU GRIMMUS: el Caballero Proteico, jefa de guardaespaldas de la soberana.

CASIO AU BELONA: el Caballero de la Mañana, guardaespaldas de la soberana.

ROQUE AU FABII: emperador de la Armada de la Espada.

ANTONIA AU SEVERO-JULII: hermanastra de Victra, hija de Agripina.

VICTRA AU JULII: hermanastra de Antonia, hija de Agripina.

KAVAX AU TELEMANUS: cabeza de la Casa de Telemanus, padre de Daxo.

DAXO AU TELEMANUS: heredero e hijo de Kavax, hermano de Pax.

RÓMULO AU RAA: cabeza de la Casa de Raa, archigobernador de Ío.

LILATH AU FARAN: compañera del Chacal, líder de los Montahuesos.

CYRIANA AU TANUS/CARDO: antiguo Aullador, ahora uno de los tenientes de los Montahuesos.

VIXUS AU SARNA: antiguo miembro de la Casa de Marte, teniente de los Montahuesos.

Colores medios e inferiores

TRIGG TI NAKAMURA: legionario, hermano de Holiday, gris.

HOLIDAY TI NAKAMURA: legionaria, hermana de Trigg, gris.

REGULUS AG SOL/QUICKSILVER: el hombre más rico de la Sociedad, plateado.

ALIA GORRIÓN DE NIEVE: reina de los valquirios, madre de Ragnar y Sefi, obsidiana.

SEFI LA SILENCIOSA: caudillo de los valquirios, hija de Alia, hermana de Ragnar.

ORIÓN XE AQUARII: capitana de barco, azul.

Hijos de Ares

DARROW DE LICO: antiguo lancero de la Casa de Augusto, rojo.

SEVRO AU BARCA/TRASGO: Aullador, dorado.

RAGNAR VOLARUS: nuevo miembro de los Aulladores, obsidiano.

DANCER: teniente de Ares, rojo.

MICKEY: tallista, violeta.

Me elevo hacia la oscuridad, lejos del jardín que han regado con la sangre de mis amigos. El dorado que asesinó a mi esposa yace muerto a mi lado sobre la fría cubierta de metal, y han sido las manos de su propio hijo las que le han quitado la vida.

El viento otoñal me fustiga el pelo. El barco ruge bajo mis pies. A lo lejos, las llamas de fricción desgarran la noche con un naranja deslumbrante. Los Telemanus que descienden desde la órbita para rescatarme. Será mejor que no lo hagan. Será mejor que permitan que la negrura se quede conmigo y que dejen que los buitres se disputen mi cuerpo paralizado.

Las voces de mis enemigos retumban a mi espalda. Demonios altísimos con caras de ángeles. El más pequeño de ellos se agacha. Me acaricia la cabeza mientras contempla a su padre muerto.

—Así es como termina siempre la historia —me dice—. Ni con tus gritos. Ni con tu rabia. Sino con tu silencio.

Roque, mi traidor, está sentado en una esquina. Era mi amigo. Tiene un corazón demasiado blando para su color. Ahora vuelve la cabeza y veo sus lágrimas. Pero no las derrama por mí. Las vierte por él. Por lo que ha perdido. Por aquellos que yo le he arrebatado.

—No hay Ares que te salve. Ni Mustang que te ame. Estás solo, Darrow. —La mirada del Chacal es distante y serena—. Como yo. —Alza una máscara negra, sin agujeros para los ojos y con una mordaza y me la pone en

la cara para impedirme la vista—. Así es como termina todo.

Para quebrarme a mí, ha masacrado a quienes quiero.

Pero hay esperanza en los que aún viven. En Sevro. En Ragnar y Dancer. Pienso en todo mi pueblo, sometido en la oscuridad. En todos los colores de todos los mundos, engrilletados y encadenados para que los dorados puedan gobernar. Y siento que las llamas de la rabia invaden el agujero negro que el Chacal me ha tallado en el alma. No estoy solo. No soy su víctima.

Así pues, que me haga lo que le venga en gana. Yo soy el Segador.

Yo sé sufrir.

Yo sé lo que es la oscuridad.

No es así como termina todo.

PRIMERA PARTE
ESPINAS

Per aspera ad astra

1

SOLO LA OSCURIDAD

En lo más profundo de la oscuridad, lejos del calor, el sol y las lunas, permanezco tumbado, tan inmóvil como la piedra que me rodea y aprisiona mi encogido cuerpo en un útero espantoso. No puedo ponerme de pie. No puedo estirarme. Tan solo puedo ovillarme como un marchito fósil del hombre que una vez fui. Tengo las manos esposadas a la espalda. Desnudo sobre la roca helada.

A solas con las tinieblas.

Parece que han pasado meses, años, milenios desde la última vez que desdoblé las rodillas, desde que tuve la columna en una posición distinta a la de un garfio. El dolor es locura. Las articulaciones se me anquilosan como el hierro oxidado. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que vi a mis amigos dorados desangrándose sobre la hierba? ¿Desde que sentí el suave beso de Roque en la mejilla cuando me partió el corazón?

El tiempo no es un río.

Aquí no.

En esta tumba, el tiempo es la roca. Es la oscuridad, permanente e inflexible, y su única medida son los péndulos gemelos de la vida: la respiración y los latidos de mi corazón.

Inspirar. Pum… pum. Pum… pum.

Espirar. Pum… pum. Pum… pum.

Inspirar. Pum… pum. Pum… pum.

Y se repite eternamente. Hasta… ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que muera de viejo? ¿Hasta que me reviente el cráneo contra la piedra? ¿Hasta que me arranque los tubos que los amarillos me han ensartado en el bajo vientre para forzar los nutrientes hacia mi interior y los excrementos hacia el exterior?

«¿O hasta que te vuelvas loco?».

—No.

Aprieto los dientes.

«Síííí».

—Es solo la oscuridad.

Cojo aire. Me calmo. Rozo las paredes siguiendo mi patrón relajante. Espalda, dedos, coxis, talones, dedos de los pies, rodillas, cabeza. Repito. Una docena de veces. Cien. ¿Por qué no asegurarse? Que sean mil.

Sí. Estoy solo.

Podría haber pensado que existen destinos peores que este, pero ahora sé que no es así. El hombre no es una isla. Necesitamos a quienes nos aman. Necesitamos a quienes nos odian. Necesitamos que otros nos amarren a la vida, que nos den una razón para vivir, para sentir. Y yo tan solo tengo las tinieblas. A veces grito. A veces me río durante la noche, durante el día. ¿Quién sabe cuándo? Me río para pasar el rato, para consumir las calorías que el Chacal me da y que hacen que mi cuerpo se estremezca hasta dormirse.

También sollozo. Tarareo. Silbo.

Escucho las voces de arriba. Que me llegan desde el interminable mar de oscuridad. Y de asistirlas se encarga el enloquecedor estrépito de cadenas y huesos que hace vibrar las paredes de mi prisión. Tan cerca y sin embargo a mil kilómetros de distancia, como si justo al otro lado de la oscuridad existiera un universo entero y yo no pudiera verlo, no pudiera tocarlo, saborearlo, sentirlo o perforar ese velo para volver a pertenecer al mundo una vez más. Estoy encarcelado en la soledad.

Ahora oigo las voces. Las cadenas y los huesos que se mueven despacio por mi prisión.

¿Son mías las voces?

Me entra la risa ante tal ocurrencia.

Maldigo.

Conspiro. «Asesinar».

«Masacrar. Arrancar. Desgarrar. Quemar».

Suplico. Alucino. Negocio.

Gimoteo plegarias a Eo, feliz de que ella se haya ahorrado un destino como este.

«No te escucha».

Canto baladas infantiles y recito *La tierra moribunda*, *El farolero*, el *Ramayana*, *La Odisea* en griego y en latín y luego en lenguas muertas como el árabe, el inglés, el chino y el alemán, sacados de los recuerdos de los volcados de datos que Matteo me hizo cuando yo era poco más que un crío. Buscando fuerzas en el argivo que tan solo deseaba encontrar el camino de vuelta a casa.

«Te olvidas de lo que hizo».

Odiseo fue un héroe. Derribó las murallas de Troya con su caballo de madera. Igual que yo derribé a los ejércitos de los Belona en la Lluvia de Hierro sobre Marte.

«Y entonces…».

—No —replico—. Silencio.

«… sus hombres entraron en Troya. Encontraron madres. Encontraron hijos. ¿Adivinas lo que hicieron?».

—¡Cállate!

«Ya sabes lo que hicieron. Hueso. Sudor. Carne. Ceniza. Llanto. Sangre».

Las tinieblas se carcajean jubilosas.

«Segador, Segador, Segador… Todas las hazañas que perduran están pintadas con sangre».

¿Estoy dormido? ¿Estoy despierto? He perdido el norte. Todo sangra junto, me ahoga en visiones y susurros y sonidos. Una y otra vez, sujeto los frágiles tobillitos de Eo. Le rompo la cara a Julian. Oigo a Pax, y a Quinn, y a Tacto, y a Lorn, y a Victra exhalar su último aliento. Tanto dolor. ¿Y para qué? Para fallar a mi esposa. Para fallar a mi pueblo.

«Y fallar a Ares. Fallar a tus amigos».

¿Cuántos me quedarán?

¿Sevro? ¿Ragnar?

¿Mustang?

«Mustang. ¿Y si sabe que estás aquí…? ¿Y si no le importa? ¿Y por qué

iba a importarle? Tú que cometiste traición. Tú que mentiste. Tú que utilizaste su mente. Su cuerpo. Su sangre. Le mostraste tu verdadero rostro y huyó. ¿Y si fue ella? ¿Y si te traicionó ella? ¿Podrías amarla, en ese caso?».

—¡Cállate! —me grito a mí mismo, a la oscuridad.

No pienses en ella. No pienses en ella.

«¿Y por qué no? La echas de menos».

La oscuridad engendra una visión de Mustang, como tantas otras antes de esta: una chica alejándose de mí a caballo por un campo verde, volviéndose sobre su silla y riéndose para que la siga. Su pelo ondea al viento como lo haría el heno estival que escapa revoloteando del remolque de un granjero.

«Tienes ansias de ella. La amas. La chica dorada. Olvídate de la zorra roja».

—No. —Me golpeo la cabeza contra la piedra—. Es solo la oscuridad —susurro.

Solo la oscuridad que juega con mi mente. Pero aun así intento olvidar a Mustang, a Eo. No hay mundo más allá de este lugar. No puedo extrañar lo que no existe.

La sangre cálida de las viejas costras que acabo de volver a abrirme me resbala por la frente. Me corre por la nariz. Estiro la lengua y tanteo la pared helada con ella hasta que doy con las gotas. Paladeo la sal, el hierro marciano. Despacio. Despacio. Dejo que la sensación novedosa se alargue. Que el sabor persista y me recuerde que soy un hombre. Un rojo de Lico. Un sondeainfiernos.

«No. No lo eres. No eres nada. Tu esposa te abandonó y te robó a tu hijo. Tu puta te dio la espalda. No eras lo bastante bueno para ella. Eras demasiado orgulloso. Demasiado estúpido. Demasiado cruel. Ahora, te han olvidado».

¿Es así?

La última vez que vi a la chica dorada, estaba arrodillado junto a Ragnar en los túneles de Lico, pidiéndole a Mustang que traicionara a su propia gente y viviese para más. Sabía que, si ella decidía unirse a nosotros, el sueño de Eo florecería. Tendríamos un mundo mejor al alcance de los dedos. Pero Mustang se marchó. ¿Sería capaz de olvidarme? ¿La habrá abandonado su amor por mí?

«Únicamente amaba tu máscara».

—Es solo la oscuridad. Solo la oscuridad. Solo la oscuridad —farfullo cada vez más rápido.

Yo no debería estar aquí.

Debería estar muerto. Después de la muerte de Lorn, iban a entregarme a Octavia para que sus tallistas pudieran diseccionarme y descubrir los secretos de cómo me convertí en dorado. Para ver si era posible que hubiera otros como yo. Pero el Chacal hizo un trato. Me reservó para sí. Me torturó en su hacienda de Ática preguntándome por los Hijos de Ares, por Lico y por mi familia. Jamás me dijo cómo había descubierto mi secreto. Le supliqué que acabara con mi vida.

Al final, me dio estas piedras.

«Cuando se ha perdido todo, el honor reclama la muerte —me dijo una vez Roque—. Es un final noble». Pero ¿qué iba a saber de la muerte un poeta rico? Los pobres conocen la muerte. Los esclavos conocen la muerte. Sin embargo, a pesar de que la ansío, también la temo. Porque cuanto más veo de este mundo cruel, menos creo en que termine en una especie de agradable ficción.

El valle no es real.

Es una mentira que los padres y las madres cuentan a sus hijos famélicos para darles un motivo para el horror. Pero no lo hay. Eo ya no está. No llegó a verme luchar por su sueño. No le importó mi destino en el Instituto o si quise a Mustang, porque el día en que murió, se convirtió en nada. No existe otra cosa que no sea este mundo. Es nuestro principio y nuestro final. Nuestra única oportunidad de ser felices antes del fin.

«Sí. Pero tú no tienes por qué acabar. Puedes escapar de este lugar —me susurra la oscuridad—. Di las palabras. Dilas. Sabes cómo hacerlo».

Tiene razón. Claro que sé.

—Lo único que tienes que decir es «No puedo más» y todo esto terminará —me dijo el Chacal hace mucho tiempo, antes de bajarme a este infierno—. Te meteré en una preciosa hacienda para el resto de tus días y te enviaré rosas cálidas y hermosas y comida suficiente para que engordes más que el Señor de la Ceniza. Pero esas palabras conllevan un precio.

«Merece la pena pagarlo. Sálvate a ti mismo. Nadie más va a hacerlo».

—Ese precio, querido Segador, es tu familia.

La familia que él se llevó por la fuerza de Lico sirviéndose de sus lurchers y que ahora tiene encerrada en la cárcel de las entrañas de su fortaleza de Ática. Nunca me ha permitido verlos. Nunca me ha permitido decirles que los quiero y que lamento no haber sido lo bastante fuerte para protegerlos.

—Alimentaré con ellos a los prisioneros de esta fortaleza —me dijo—. A estos hombres y mujeres que tú opinas que deberían gobernar en lugar de los dorados. Una vez que veas el animal que hay en el hombre, sabrás que yo tengo razón y tú te equivocas. Los dorados deben gobernar.

«Deja que acabe con ellos —dice la oscuridad—. Es un sacrificio práctico. Sabio».

—No… no lo permitiré…

«Tu madre querría que vivieras».

No a ese precio.

«¿Qué hombre podría comprender el amor de una madre? Vive. Por ella. Por Eo».

¿Sería eso lo que querría? ¿Tiene razón la oscuridad? Al fin y al cabo, soy importante. Eso dijo Eo. Y Ares también lo dijo, me escogió. A mí de entre todos los rojos. Puedo romper las cadenas. Puedo vivir para más. Escapar de esta prisión no es un acto egoísta por mi parte. Desde un punto de vista global, es desinteresado.

«Sí. Totalmente desinteresado…».

Mi madre me suplicaría que hiciera este sacrificio. Kieran lo entendería. Y también mi hermana. Puedo salvar a nuestro pueblo. El sueño de Eo debe hacerse realidad a cualquier coste. Perseverar es mi responsabilidad. Es mi derecho.

«Pronuncia esas palabras».

Estampo una vez más la cabeza contra la piedra y le grito a la oscuridad que se largue. No puede engañarme. No puede acabar conmigo.

«¿No lo sabías? Todos los hombres se quiebran».

Su aguda carcajada se mofa de mí y se prolonga eternamente.

Y sé que está en lo cierto. Todos los hombres se quiebran. Yo ya lo hice cuando el Chacal me torturó. Le dije que provenía de Lico. Dónde podía encontrar a mi familia. Pero hay una forma de salir de aquí para honrar lo que soy. Lo que Eo amaba. Para acallar las voces.

—Roque, tenías razón —susurro—. Tenías razón.

Solo quiero estar en casa. Estar fuera de aquí. Pero es imposible. Lo único que queda, la única salida honorable para mí, es la muerte. Antes de que traicione aún más parte de lo que soy.

La muerte es la salida.

«No seas idiota. Para. Para».

Me golpeo la cabeza contra la pared con más fuerza que antes. No para castigarme, sino para matarme. Para terminar conmigo mismo. Si no hay un final agradable tras este mundo, entonces me bastará con la nada. Pero si existe un valle tras este plano, lo encontraré. Voy para allá, Eo. Por fin estoy de camino.

—Te quiero.

«No. No. No. No. No».

Vuelvo a despedazarme el cráneo contra la roca. El calor se derrama por mi rostro. Chispas de dolor bailan en la negrura. La oscuridad me grita, pero yo no me detengo.

Si este es el final, me precipitaré hacia él con furia.

Pero cuando echo la cabeza hacia atrás para asestar un último y tremendo golpe, la existencia cruje. Retumba como un terremoto. No es la oscuridad. Es algo que hay más allá. Algo que hay en la propia piedra, que se torna cada vez más estruendoso y chirriante sobre mi cabeza hasta que las tinieblas se resquebrajan y una implacable espada de luz lanza una cuchillada.

2

PRISIONERO L17L6363

El techo se abre. La luz me quema los ojos. Los cierro con todas mis fuerzas mientras el suelo de mi celda se levanta hasta que, con un clic, se detiene y quedo expuesto sobre una superficie de piedra lisa. Estiro las piernas y ahogo un grito, a punto de desmayarme a causa del dolor. Las articulaciones me crujen. Los tendones contraídos se desentumecen. Lucho por volver a abrir los ojos bajo la luz iracunda. Se me llenan de lágrimas. Es tan brillante que tan solo soy capaz de atisbar destellos blanqueados del mundo que me rodea.

Fragmentos de voces extrañas me envuelven.

—Adrio, ¿qué es esto?

—¿… ha estado ahí dentro todo este tiempo?

—Qué peste…

Estoy tumbado sobre la piedra. Se extiende a mi alrededor por ambos lados. Negra, con ondas azules y moradas, como el caparazón de un escarabajo de Creonia. ¿Un sueño? No. Veo tazas. Platillos. Un carrito de café. Es una mesa. Esa ha sido mi cárcel. No una especie de abismo abominable. Solo un bloque de mármol de un metro de ancho y doce de largo con el centro hueco. Han cenado encima de mí todas las noches, a escasos centímetros. Sus voces eran los susurros lejanos que oía en la oscuridad. El repiquetear de sus cubiertos y platos mi única compañía.

—Bárbaro…

Ahora me acuerdo. Esta es la mesa sobre la que se sentó el Chacal cuando

lo visité tras recuperarme de las heridas que recibí durante la Lluvia de Hierro. ¿Estaría ya entonces planeando mi encarcelamiento? Me habían puesto una capucha cuando me metieron aquí dentro. Creía que estaba en las entrañas de su fortaleza. Pero no. Treinta centímetros de piedra separaban sus banquetes de mi infierno.

Aparto la vista de la bandeja de café que descansa a mi lado. Alguien me mira con fijeza. Varias personas. No soy capaz de verlos a través de las lágrimas y la sangre que tengo en los ojos. Me retuerzo y me hago un ovillo como un topo ciego al que desentierran por primera vez. Estoy demasiado abrumado y aterrorizado para recordar el orgullo o el odio. Pero sé que él me está mirando. El Chacal. Una cara infantil en un cuerpo esbelto, con el pelo del color de la arena peinado hacia un lado. Se aclara la garganta.

—Mis distinguidos invitados. Permitan que les presente al prisionero L17L6363.

Su rostro es el cielo y el infierno a un tiempo.

Ver a otro hombre…

Saber que no estoy solo…

Pero luego recordar lo que me ha hecho… me desgarra el alma.

Otras voces culebrean y restallan, ensordecedoras en su estrépito. Y, a pesar de estar ovillado, siento algo más allá de su ruido. Algo natural, delicado y amable. Algo que la oscuridad me había convencido de que jamás volvería a sentir. Entra suavemente a través de una ventana abierta y me besa la piel.

Una brisa invernal traspasa el hedor sustancioso y húmedo de mi mugre y me hace pensar que, en algún lugar, hay un niño corriendo entre la nieve y los árboles, acariciando las cortezas y las agujas de los pinos y llenándose el pelo de resina. Es un recuerdo que sé que nunca ha sido, pero siento que debería. Esa es la vida que habría querido. El hijo que podría haber tenido.

Lloro. Menos por mí que por ese crío que piensa que vive en un mundo bueno, donde su padre y su madre son tan grandes y fuertes como las montañas. Ojalá yo pudiera volver a ser así de inocente. Ojalá supiera que este momento no es un truco. Pero lo es. El Chacal no da si no es para quitar. Pronto la luz será un recuerdo y la oscuridad volverá. Mantengo los ojos cerrados con fuerza, escucho las gotas de sangre de mi cara que caen sobre la

piedra y aguardo el giro inesperado.

—Demonios, Augusto. ¿Era realmente necesario? —ronronea una ejecutora felina. Una voz ronca, embadurnada con esa cadencia de la Luna que se aprende en los tribunales de la Montaña Palatina, donde todos se sienten menos impresionados por las cosas que cualquier otra persona—. Huele a muerte.

—A sudor fermentado y a la piel muerta que hay bajo los grilletes magnéticos. ¿Ves la costra amarillenta que tiene en los antebrazos, Aja? —señala el Chacal—. Aun así, está muy sano y a punto para tus tallistas. Dentro de lo que cabe.

—Tú lo conoces mejor que yo —dice Aja dirigiéndose a otra persona—. Asegúrate de que es él y no un impostor.

—¿Dudas de mi palabra? —pregunta el Chacal—. Me siento dolido.

Me estremezco al notar que alguien se acerca.

—Por favor. Para sentirte dolido tendrías que tener corazón, archigobernador. Y tienes muchos dones, pero me temo que ese órgano brilla por su total ausencia en tu persona.

—Me halagas demasiado.

Oigo cucharas que repiquetean contra la porcelana. Gargantas que se aclaran. Ansío taparme los oídos. Demasiado ruido. Demasiada información.

—Ahora sí que se ve el rojo que lleva dentro.

Es una voz fría, refinada y femenina del norte de Marte. Más brusca que el acento de la Luna.

—¡Exacto, Antonia! —contesta el Chacal—. Tenía curiosidad por ver cómo terminaba. Un miembro del género áureo jamás podría degradarse tanto como la criatura que tenemos ante nosotros. ¿Sabéis? Me pidió que lo matara antes de que lo metiese ahí. Empezó a rogármelo sollozando. Lo más irónico es que podría haberse suicidado en cualquier momento. Pero no lo ha hecho porque alguna parte de él disfrutaba de ese agujero. Claro, hace tiempo que los rojos se adaptaron a la oscuridad. Como los gusanos. Esa raza de oxidados no tiene orgullo. Ahí abajo se sentía como en casa. Más cómodo de lo que jamás lo estuvo entre nosotros.

Ahora recuerdo el odio.

Abro los ojos para que se enteren de que los veo. De que los oigo. Sin

embargo, cuando separo los párpados no es mi enemigo quien atrae mi mirada, sino el panorama invernal que se extiende más allá de las ventanas, detrás de los dorados. Seis de los siete picos montañosos de Ática relucen bajo la luz matutina. Los edificios de metal y cristal coronan rocas y nieve y se precipitan hacia el cielo azul. Hay puentes que unen las cimas como si fueran puntos de sutura. Cae una nieve ligera. Un espejismo borroso para mis miopes ojos de cueva.

—¿Darrow?

Conozco esa voz. Vuelvo la cabeza ligeramente para ver una de sus manos callosas sobre el borde de la mesa. Doy un respingo para tratar de alejarme, pensando que va a golpearme. No lo hace. Pero el dedo corazón de esa mano lleva el águila dorada de los Belona. La familia que yo destruí. La otra mano pertenece al brazo que corté en la Luna la última vez que nos batimos en duelo, al que Zanzíbar el tallista tuvo que reconstruir. Dos de los anillos de cabeza de lobo de la Casa de Marte rodean esos dedos. Uno es mío. Otro suyo. Y cada uno de ellos ha costado la vida de un joven dorado.

—¿Me reconoces? —pregunta.

Alzo la cabeza para mirarlo a la cara. Puede que yo esté destrozado, pero por Casio au Belona no han pasado ni la guerra ni el tiempo. Es mucho más bello de lo que un recuerdo podría permitir jamás y rebosa vida. Más de dos metros de altura. Ataviado con la capa blanca y dorada del Caballero de la Mañana, con el pelo rizado tan lustroso como la estela de una estrella fugaz. Está recién afeitado y tiene la nariz ligeramente torcida debido a una rotura reciente. Cuando lo miro a los ojos, hago todo lo que puedo para no estallar en sollozos. Me mira de una manera triste, casi tierna. Debo de ser un verdadero despojo de mí mismo para merecer la compasión de un hombre al que he hecho tanto daño.

—Casio —murmuro sin más intención que la de pronunciar su nombre. La de hablar con otro ser humano. Que se me oiga.

—¿Y? —pregunta Aja au Grimmus desde detrás de Casio.

La más violenta de las Furias de la soberana luce la misma armadura que llevaba puesta cuando la vi por primera vez en el chapitel de la Ciudadela la noche en que Mustang me rescató y Aja apaleó a Quinn hasta matarla. Está rasguñada. Deteriorada por las batallas. El miedo sobrepasa mi odio y, una

vez más, aparto la mirada de esa mujer de piel oscura.

—Está vivo a pesar de todo —dice Casio en voz baja. Se vuelve hacia el Chacal—. ¿Qué le has hecho? Esas cicatrices…

—Yo diría que es obvio —contesta el Chacal—. He deshecho al Segador.

Finalmente, bajo la mirada hacia mi cuerpo, más allá de la barba astrosa, para ver a qué se refiere. Soy un cadáver. Esquelético y pálido. Mis costillas se clavan en una piel más fina que la capa que se forma sobre la leche recalentada. Mis rodillas sobresalen en unas piernas larguiruchas. Tengo las uñas de los pies largas y curvadas. Las cicatrices de las torturas del Chacal me manchan la carne. Se me han marchitado los músculos. Y los tubos que me mantenían con vida en las sombras brotan de mi vientre, cordones umbilicales negros y fibrosos que aún me mantienen anclado al suelo de mi celda.

—¿Cuánto tiempo ha estado ahí dentro? —inquiere Casio.

—Tres meses de interrogatorio y luego nueve de aislamiento.

—Nueve…

—Como debe ser. La guerra no debería hacernos abandonar las metáforas. Al fin y al cabo, no somos salvajes, ¿eh, Belona?

—Has ofendido la sensibilidad de Casio, Adrio —dice Antonia desde su posición cercana al Chacal.

Esa mujer es una manzana envenenada. Reluciente, apetecible y prometedora, pero podrida y cancerosa por dentro. Fue ella quien mató a mi amiga Lea en el Instituto. Le metió una bala en la cabeza a su propia madre, y luego otras dos a su hermana Victra en la columna. Ahora se ha aliado con el Chacal, un tipo que la crucificó en el Instituto. Qué mundo este. Detrás de Antonia está la tez oscura de Cardo, antaño una Aulladora y ahora uno de los miembros de los Montahuesos del Chacal, a juzgar por el banderín con una cabeza de pájaro que lleva en el pecho. No me mira a mí, sino al suelo. Su capitana es Lilath, la de la cabeza rapada, que se sienta a la derecha del Chacal. Es su asesina personal favorita desde el Instituto.

—Disculpadme si no logro entender el propósito de torturar a un enemigo caído —replica Casio—. Especialmente cuando ya ha facilitado toda la información que posee.

—¿El propósito? —El Chacal lo mira con fijeza y tranquilidad mientras

se lo explica—: El propósito es el castigo, buen hombre. Esta… cosa fingió ser uno de los nuestros. Que era nuestro igual, Casio. Incluso superior. Se burló de nosotros. Se acostó con mi hermana. Se rio en nuestras caras y nos tomó por idiotas hasta que lo descubrimos. Debe saber que no perdió por casualidad, sino por inevitabilidad. Los rojos siempre han sido unas criaturillas astutas. Y él, amigos míos, es la personificación de lo que los de su color desean ser, de lo que serán si se lo permitimos. Así que he dejado que el tiempo y la oscuridad lo reconvirtieran en lo que realmente es. Un *Homo flammeus*, si utilizamos el nuevo sistema de clasificación que le propuse al Consejo. Apenas distinto de un *Homo sapiens* en la cronología evolutiva. El resto no era más que una máscara.

—Querrás decir que te tomó por idiota cuando tu padre prefirió a un rojo tallado antes que a su heredero legítimo —apunta Casio—. De eso se trata todo esto, Chacal. De la petulante deshonra de un chaval rechazado y no deseado.

El Chacal da un respingo al oír sus palabras. El tono de su joven compañero molesta también a Aja.

—Darrow le quitó la vida a Julian —interviene Antonia—. Luego masacró a tu familia. Casio, envió a asesinos para ejecutar a los niños de tu sangre que se ocultaban en el monte Olimpo. Cualquiera se preguntaría qué pensaría tu madre de la lástima que sientes.

Casio los ignora y señala con la cabeza a los rosas que rodean la habitación.

—Traedle una manta al prisionero.

Ellos no se mueven.

—Vaya modales. ¿Incluso tú, Cardo?

Ella no contesta.

Con un bufido de desprecio, Casio se quita la capa blanca y la tiende sobre mi cuerpo tembloroso. Durante un segundo, nadie habla, puesto que todos están tan asombrados como yo por su gesto.

—Gracias —digo con voz ronca.

Pero él aparta la mirada de mi rostro demacrado. La compasión no es perdón, y la gratitud no es absolución.

Lilath suelta una risa desdeñosa sin levantar la vista de su cuenco de

huevos de colibrí pasados por agua. Los sorbe ruidosamente como si fueran caramelos.

—Llega un momento en que el honor se convierte en un defecto de carácter, Caballero de la Mañana. —Sentada junto al Chacal, la joven calva mira a Aja con unos ojos como los de las anguilas de los mares cavernosos de Venus. Se traga otro huevo—. El viejo Arcos lo aprendió por las malas.

Aja, Furia de modales impecables, no contesta. Pero un silencio mortal acecha en el interior de la mujer, un silencio que me recuerda a los momentos previos al asesinato de Quinn. Lorn la enseñó a luchar con la hoja. No le gustará que se burlen del nombre de su maestro. Lilath devora otro huevo con glotonería, sacrificando sus modales en favor de la ofensa.

La animosidad reina entre estos aliados, algo habitual en los de su raza. Pero en este caso parece tratarse de una nueva y absoluta división entre los viejos dorados y la estirpe más moderna del Chacal.

—Aquí todos somos amigos —interviene él en tono alegre—. Vigila tus modales, Lilath. Lorn era un dorado de hierro que simplemente eligió el bando equivocado. Bueno, Aja, siento curiosidad. Ahora que se ha acabado mi turno con el Segador, ¿sigues pensando en diseccionarlo?

—En efecto —contesta ella.

Parece que en realidad no debería haberle dado las gracias a Casio. Su honor no es verdadero. Es tan solo higiénico.

—Zanzíbar se muere de ganas de descubrir cómo lo hicieron. Tiene sus teorías, pero está ansioso por abrir el espécimen. Albergábamos la esperanza de capturar al tallista que logró la hazaña, pero creemos que falleció en un ataque con misiles en Kato, provincia de Alcidalia.

—O eso es lo que quieren que creáis —apostilla Antonia.

—Lo tuviste una vez aquí, ¿no es así? —pregunta Aja mordaz.

El Chacal asiente.

—Se llama Mickey. Perdió su licencia después de tallar un nacimiento áureo no autorizado. La familia trataba de evitar que su hijo tuviera que someterse a la Intemperie. En cualquier caso, después se especializó en modificaciones aéreas y acuáticas para el placer en el mercado negro. Tenía un taller en Yorkton antes de que los Hijos lo reclutaran para un trabajo especial. Darrow lo ayudó a escapar cuando lo detuve. En mi opinión, aún

está vivo. Mis agentes lo sitúan en Tinos.

Aja y Casio intercambian una mirada.

—Si tienes una pista sobre Tinos, tienes que compartirla ahora mismo con nosotros —le espeta Casio.

—Todavía no tengo nada definitivo. Tinos está… bien escondido. Y aún tenemos que capturar a uno de sus capitanes de barco… con vida. —El Chacal toma un sorbo de café—. Pero las investigaciones siguen su curso, y seréis los primeros en saberlo si se desprende algo de ellas. Sin embargo, creo que a mis Montahuesos les encantaría ser los primeros en ocuparse de los Aulladores. ¿No es así, Lilath?

Intento no estremecerme al oír ese nombre. Pero resulta complicado. Están vivos. Al menos algunos de ellos. Y han elegido a los Hijos de Ares y no a los dorados…

—Sí, señor —contesta Lilath escudriñando mi reacción—. Disfrutaríamos de una buena caza. Luchar contra la Legión Roja y los demás insurgentes es un aburrimiento, hasta para los grises.

—De todas maneras, la soberana nos necesita en casa, Casio —dice Aja y luego, dirigiéndose al Chacal, añade—: Partiremos en cuanto mi Decimotercera haya levantado el campamento en la cuenca del Golán. Seguramente al amanecer.

—¿Te llevas tus legiones de vuelta a la Luna?

—Solo la Decimotercera. El resto se quedarán bajo tu supervisión.

El Chacal se queda sorprendido.

—¿Bajo mi supervisión?

—A modo de préstamo hasta que este… Amanecer se extinga por completo. —Prácticamente escupe la palabra «Amanecer», que es nueva para mis oídos—. Es una muestra de la confianza de la soberana. Ya sabes que está satisfecha con los progresos que has hecho aquí.

—A pesar de tus métodos —añade Casio, que se gana una mirada de fastidio por parte de Aja.

—Bueno, pues si vais a marcharos por la mañana, está claro que esta noche deberíais cenar conmigo. Tenía intención de comentaros ciertas… políticas referidas a los rebeldes del Confín.

El Chacal habla con imprecisión porque yo lo estoy escuchando. La

información es su arma. Sugerir que mis amigos me han traicionado. No revelar jamás quién de ellos lo hizo. Dejar caer pistas e indicios durante mi tortura, antes de enviarme a la oscuridad. Un gris que le dice que su hermana lo está esperando en su salón. Sus dedos con olor a té chai con leche, la bebida favorita de su hermana. ¿Sabe ella que estoy aquí? ¿Se ha sentado a esta mesa? El Chacal sigue parloteando. Me cuesta seguir el ritmo de las voces. Hay muchas cosas por descifrar. Demasiadas.

—… haré que mis hombres aseen a Darrow para sus viajes y después de nuestra charla celebraremos un banquete de proporciones trimalcianas. Sé que a los Volox y los Corialus les encantaría volver a veros. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que disfruté de una compañía tan augusta como la de dos Caballeros Olímpicos. Estáis muy a menudo en el campo de batalla, dando vueltas por las provincias, cazando en túneles, mares y guetos. ¿Cuánto hace que no disfrutáis de una buena cena sin tener que preocuparos por una redada nocturna o un terrorista suicida?

—Bastante —admite Aja—. Aprovechamos la hospitalidad de los hermanos Rath cuando pasamos por Tesalónica. Estaban ansiosos por demostrar su lealtad después de su… comportamiento durante la Lluvia del León. Fue… inquietante.

El Chacal se echa a reír.

—Me temo que mi cena será soporífera por comparación. Últimamente aquí no ha habido más que políticos y soldados. Esta condenada guerra ha obstaculizado mucho mi agenda social, como podréis imaginar.

—¿Seguro que no tiene nada que ver con tu reputación como anfitrión? —pregunta Casio—. ¿O con tus costumbres alimentarias?

Aja suspira tratando de ocultar una sonrisa.

—Tus modales, Belona.

—No temas… La enemistad de nuestras casas es difícil de olvidar, Casio. Pero en momentos como estos debemos encontrar un terreno común. Por el bien de los dorados. —El Chacal sonríe, aunque por dentro sé que imagina cortarles las cabezas a ambos con un cuchillo sin afilar—. En cualquier caso, todos tenemos nuestras anécdotas de patio de colegio. No me avergüenzo de nada.

—Había otra cosa de la que queríamos hablarte —dice Aja.

Ahora le toca a Antonia dejar escapar un suspiro.

—Te dije que sería así. ¿Qué quiere ahora nuestra soberana?

—Tiene que ver con lo que Casio ha mencionado antes.

—Mis métodos —confirma el Chacal.

—Sí.

—Creía que la soberana estaba satisfecha con el esfuerzo pacificador.

—Y lo está, pero…

—Pidió orden. Se lo he proporcionado. El helio-3 continúa fluyendo con tan solo un decrecimiento del 3,2 por ciento en la producción. Al Amanecer comienza a faltarle el aire; pronto descubriremos a Ares y Tinos y todo esto quedará a nuestras espaldas. Fabii es quien se está…

Aja lo interrumpe.

—Es sobre el escuadrón de la muerte.

—Ah.

—Y los protocolos de liquidación que has establecido en las minas rebeldes. Está preocupada por si la severidad de tus métodos contra los rojos inferiores crea un contragolpe comparable a los reveses de la antigua propaganda. Ha habido atentados en la Montaña Palatina. Golpes en los latifundios de la Tierra. Incluso protestas ante la verja de la mismísima Ciudadela. El espíritu del levantamiento está vivo. Pero fracturado. Y así debe continuar.

—Dudo que veamos muchas más protestas una vez que envíen a los obsidianos —dice Antonia con suficiencia.

—Aun así…

—No hay ningún peligro de que mis tácticas lleguen a ser de conocimiento público. Se han castrado las habilidades de los Hijos para propagar su mensaje —asegura el Chacal—. Ahora soy yo quien lo controla, Aja. La gente sabe que esta guerra ya está perdida. Jamás verán una imagen de los cuerpos. Jamás verán una mina liquidada. Pero sí seguirán viendo ataques de rojos contra objetivos civiles. A niños de los colores medios y superiores muertos en los colegios. El público está con nosotros…

—¿Y si en algún momento pudieran ver lo que estás haciendo? —pregunta Casio.

El Chacal no contesta de inmediato. En lugar de eso, le hace señas a una

rosa apenas vestida para que se acerque desde los sofás del salón adyacente. La chica, poco mayor de lo que lo era Eo, se coloca a su lado y clava la mirada en el suelo dócilmente. Tiene los ojos de color rosa cuarzo, el cabello de un lila plateado que le cae trenzado hasta el final de la espalda desnuda. La criaron para proporcionar placer a estos monstruos y me da miedo saber lo que esos ojos tan suaves han llegado a ver. De pronto, mi dolor parece una minucia. La locura de mi mente muy callada. El Chacal le acaricia la cara a la muchacha y, aún mirándome, le mete los dedos en la boca y le separa los dientes. Mueve la cabeza de la chica con el muñón para que yo pueda verla, y de nuevo para que Aja y Casio puedan verla.

No tiene lengua.

—Yo mismo se lo hice cuando la capturamos hace ocho meses. Intentó asesinar a uno de mis Montahuesos en un club de Perlas de Agea. Me odia. No hay nada que desee más en este mundo que verme pudriéndome en la tierra. —Le suelta la cara, se saca el arma de mano de la funda y se la pone a la joven en los dedos—. Dispárame en la cabeza, Calíope. Por todas las humillaciones a las que os he sometido a ti y a tu pueblo. Venga. Yo te arranqué la lengua. Recuerdas muy bien lo que te hice en la biblioteca. Pasará una vez más, y otra, y otra, y otra. —Vuelve a ponerle la mano en la cara y le estruja la frágil mandíbula—. Y otra. Aprieta el gatillo, zorra. ¡Apriétalo!

La rosa tiembla de miedo y tira el arma al suelo, se deja caer de rodillas y se abraza a los pies del Chacal. Él se yergue benevolente y amoroso sobre ella, acariciándole la cabeza con la mano.

—Ya está, ya está, Calíope. Lo has hecho bien. Lo has hecho muy bien. —El Chacal se vuelve hacia Aja—. Para el público, la miel siempre es mejor que el vinagre. Pero para los que combaten con torturas, con veneno, con sabotajes en las alcantarillas y terror en las calles y nos mordisquean como cucarachas en la noche, el miedo es el único método. —Busca mis ojos con los suyos—. El miedo y la exterminación.

3

PICADURA DE SERPIENTE

La sangre se acumula donde el zumbido del metal me pellizca el cuero cabelludo. Los mechones rubios y sucios se amontonan sobre el hormigón mientras el gris termina de raparme con una máquina de afeitar. Sus compatriotas lo llaman Danto. Me gira la cabeza hacia uno y otro lado para asegurarse de que lo ha rasurado todo antes de asestarme una buena palmada en coronilla.

—¿Qué te parecería darte un baño, *dominus*? —me pregunta—. A Grimmus le gusta que sus prisioneros huelan bien, como las personas civilizadas, ¿entiendes?

Le da unos golpecitos al bozal que me pusieron en la cara después de que intentara morder a uno de ellos cuando me sacaron a rastras de la mesa del Chacal. Me movieron con un collar eléctrico en torno al cuello y con los brazos aún sujetos a la espalda, un escuadrón de una docena de lurchers muy duros que me remolcaron tras ellos por los pasillos como si fuera una bolsa de basura.

Otro gris me levanta de la silla agarrándome por el collar mientras Danto se dispone a coger una manguera de la pared. Son al menos una cabeza más bajos que yo, pero compactos y robustos. Llevan vidas difíciles: persiguen bastidores en el cinturón, acosan a asesinos del sindicato en las profundidades de la Luna, cazan a los Hijos de Ares en las minas…

Odio que me toquen. Todos los gestos y ruidos que hacen. Es demasiado.

Demasiado brusco. Demasiado duro. Todo lo que hacen duele. Empujarme de un lado a otro. Abofetearme de vez en cuando. Hago todo lo que puedo por mantener las lágrimas a raya, pero no sé cómo compartimentarlo todo.

Los doce soldados se agrupan y me observan mientras Danto me apunta con la manguera. Hay tres obsidianos entre ellos. La mayor parte de escuadrones de lurchers cuentan con alguno. El agua me golpea como una coz de caballo en el pecho. Me arranca la piel. Doy vueltas sobre el suelo de hormigón deslizándome por la habitación hasta que quedo acorralado en una esquina. Me golpeo la cabeza contra la pared. Un enjambre de estrellas me nubla la vista. Trago agua. Estoy a punto de ahogarme, así que me encorvo para protegerme la cara, porque aún tengo las manos sujetas a la espalda.

Cuando terminan, continúo jadeando y tosiendo dentro del bozal, tratando de recuperar el aliento. Me quitan las esposas y me meten los brazos y las piernas en un mono de presidiario de color negro antes de volver a atarme las manos. También hay una capucha que dentro de poco me pondrán sobre la cabeza para privarme de la poca humanidad que me queda. Me empujan una vez más hacia la silla. Sujetan mis ataduras al respaldo para que no pueda moverme. Todo es redundante. Vigilan cada gesto. Me custodian como lo que era, no como lo que soy. Los miro con los ojos entornados, la visión empañada y miope. Me caen gotas de agua de las pestañas. Intento sorberme la nariz, pero la tengo completamente congestionada por la sangre coagulada, desde los agujeros hasta la cavidad nasal. Me la rompieron al ponerme el bozal.

Estamos en una sala de procesamiento del Consejo de Control de Calidad, que supervisa las funciones administrativas de la cárcel que hay bajo la fortaleza del Chacal. El edificio tiene la forma de caja de hormigón de todas las instalaciones del gobierno. La iluminación venenosa hace que en este lugar todo el mundo parezca un cadáver andante con unos poros del tamaño de cráteres de meteoritos. Aparte de los grises, los obsidianos y un único médico amarillo, hay una silla, una camilla y una manguera. Pero las manchas de fluidos que salpican la alcantarilla metálica del suelo y los arañazos en la silla de metal son el rostro y el alma de esta habitación. El fin de las vidas comienza aquí.

Casio jamás entraría en un agujero así. Pocos dorados lo necesitarían o

querrían, a no ser que se equivoquen de enemigos. Es el interior de un reloj, donde los mecanismos zumban y rechinan. ¿Cómo podría ser alguien valiente en un lugar tan inhumano como este?

—Es una locura, ¿verdad? —pregunta Danto a los hombres que tiene detrás. Vuelve a mirarme—. No había visto una escoria tan rara en toda mi vida.

—El tallista debió de ponerle cien kilos más —dice otro.

—Más. ¿Lo visteis alguna vez vestido con su armadura? Era un condenado monstruo.

Danto le da un golpe a mi bozal con un dedo tatuado.

—Seguro que eso de nacer dos veces dolió bastante. Eso hay que respetarlo. El dolor es el lenguaje universal. ¿No es así, roñoso?

Como no respondo, se acerca a mí y me machaca el pie descalzo con una bota de tacón metálico. La uña del dedo gordo se desprende por completo. El dolor y la sangre brotan del lecho expuesto de la uña. Ahogo un grito y se me cae la cabeza hacia un lado.

—¿No es así? —repite.

Las lágrimas me ruedan por las mejillas, no por el dolor, sino por la naturalidad de su crueldad. Hace que me sienta muy pequeño. ¿Por qué le cuesta tan poco hacerme tanto daño? Casi hace que eche de menos la caja.

—No es más que un mono con traje —asegura otro—. Déjalo en paz. No sabía ni lo que estaba haciendo.

—¿Que no lo sabía? —pregunta Danto—. Mentira. Le gustaba ser el amo. Le gustaba tener poder sobre nosotros.

Danto se agacha para poder mirarme a los ojos. Intento apartar la vista, pues me da miedo que vuelva a hacerme daño, pero él me agarra la cabeza y me separa los párpados con los pulgares para obligarme a verlo.

—Dos de mis hermanas murieron en esa Lluvia tuya, roñoso. Perdí muchos amigos, ¿te enteras?

Me golpea un lado de la cabeza con algo metálico. Veo puntos. Siento que derramo más sangre. A su espalda, su centurión comprueba su terminal de datos.

—Te gustaría que a mis hijos les pasara lo mismo, ¿verdad?

Danto me escruta los ojos en busca de una respuesta. No tengo ninguna

que vaya a satisfacerlo.

Como los demás, Danto es un legionario veterano, áspero como la tapadera oxidada de una cloaca. Su equipo de combate es negro, pero tiene unos dragones morados que se enredan formando una fina filigrana y está cargado de aparatos tecnológicos. Lleva implantes ópticos en los ojos para tener visión térmica y leer mapas de batalla. Bajo la piel, tendrá más tecnología engastada para ayudarlo a cazar dorados y obsidianos. El tatuaje de un «XIII» rodeado por un dragón marino en movimiento emborrona los cuellos de todos estos soldados. En la base del numeral, aparecen pequeños montones de ceniza. Son miembros de la Legión XIII Dracones, la legión de pretorianos favorita del Señor de la Ceniza y ahora de su hija, Aja. Los civiles los llamarían dragones, sin más. Mustang odiaba a estos fanáticos. Forman todo un ejército independiente de treinta mil hombres elegidos por Aja para ser la mano de la soberana fuera de la Luna.

Me odian.

Odian a los colores inferiores con un racismo tan profundo que ni siquiera los dorados pueden igualarlo.

—Danto, si lo que quieres es que chille, apunta a las orejas —sugiere una de los grises.

La mujer está en la puerta y mueve arriba y abajo una mandíbula que parece un cascanueces mientras mastica un chicle. Luce una cresta de color ceniciento y lleva el resto del pelo rapado. En su voz se detecta el acento de algún dialecto proveniente de la Tierra. Se apoya contra el metal junto a un gris bostezante y con una nariz delicada, más propia de un rosa que de un soldado.

—Si los golpeas con la mano ahuecada, puedes reventarle el tímpano a causa de la presión.

—Gracias, Holi.

—Para eso estamos.

Danto ahueca la mano.

—¿Así?

Me golpea en la cabeza.

—Un poco más curvada.

El centurión chasquea los dedos.

—Danto. Grimmus lo quiere de una pieza. Apártate y deja que el médico le eche un vistazo.

Dejo escapar un suspiro de alivio ante la prórroga.

El orondo médico amarillo se acerca con andares de pato para examinarme con unos ojos ocres y saltones. Las luces pálidas del techo hacen que la calva le brille como una manzana encerada. Me pasa el bioscopio sobre el pecho y observa la imagen a través de los pequeños implantes digitales que lleva en los ojos.

—¿Y bien, doctor? —pregunta el centurión.

—Extraordinario —susurra el amarillo al cabo de un instante—. La densidad ósea y los órganos están bastante bien a pesar de la dieta baja en calorías. Los músculos se le han atrofiado, tal como hemos observado en otros experimentos en el laboratorio, pero no tanto como el tejido áureo natural.

—¿Estás diciendo que es mejor que los dorados? —inquiere de nuevo el centurión.

—Yo no he dicho eso —replica el médico.

—Relájate. No hay cámaras, doctor. Esto es una sala de procesamiento. ¿Cuál es el veredicto?

—La cosa puede viajar.

—¿La cosa? —consigo repetir con un gruñido profundo y sobrenatural tras mi bozal.

El amarillo da un paso atrás, asombrado de que aún pueda hablar.

—¿Y la sedación a largo plazo? Hay tres semanas hasta la Luna desde esta órbita.

—No habrá ningún problema. —El médico me lanza una mirada de miedo—. Pero yo subiría la dosis unos diez miligramos al día, capitán, solo para asegurarnos. La cosa tiene un sistema circulatorio anormalmente fuerte.

—De acuerdo. —El capitán hace un gesto con la cabeza en dirección a la gris—. Te toca, Holi. Mételo en la cama. Luego cogeremos la camilla y nos largaremos. Estamos en paz, doctor. Ya puede volver a su pequeño mundo de cafés y seda. Nosotros nos ocuparemos de…

Pop. La mitad delantera de la frente del centurión se cae. Algo metálico golpea la pared. Me quedo mirando al centurión con fijeza, incapaz de

deducir por qué ha desaparecido su cara. Pop. Pop. Pop. Pop. Como si alguien chasqueara los nudillos. Una niebla roja se proyecta hacia el aire desde las cabezas de los dragones más cercanos. Me rocía la cara. Agacho la cabeza. A sus espaldas, la mujer de la mandíbula de cascanueces camina tranquilamente entre sus filas, disparándoles a quemarropa en la nuca. Los demás empuñan sus rifles como pueden, incapaces siquiera de proferir una maldición antes de que un segundo gris les pegue dos tiros rápidos a otros cinco soldados desde su posición junto a la puerta. Y todo con una vieja arma de balas de pólvora. Con el silenciador en el cañón, para que sea frío y silencioso. Los obsidianos son los primeros en caer al suelo, destilando rojo.

—Despejado —dice la mujer.

—Dos más —contesta el hombre.

Dispara al médico amarillo que gatea hacia la puerta tratando de escapar. Luego le pone una bota sobre el pecho a Danto. El gris lo mira con fijeza, sangrando bajo la mandíbula.

—Trigg…, ¿por qué?

—Ares te manda recuerdos, hijo de puta.

El gris dispara a Danto justo debajo del borde de su casco táctico, entre los ojos, y hace girar la pistola de balas en la mano. Finalmente, sopla el humo que se desprende del extremo antes de envainarla en una funda que lleva en la pierna.

—Despejado.

Muevo los labios tras el bozal, tratando de formar un pensamiento coherente.

—¿Quiénes… sois?

La mujer gris aparta un cadáver de su camino.

—Me llamo Holiday ti Nakamura. Ese es Trigg, mi hermano pequeño. —La chica enarca una ceja llena de cicatrices. Tiene la cara arrasada de pecas. La nariz aplastada y casi plana. Los ojos grises y estrechos—. La pregunta es, ¿quién eres tú?

—¿Que quién soy yo? —mascullo.

—Vinimos a por el Segador. Pero si ese eres tú, creo que deberían devolvernos el dinero. —De repente, me guiña un ojo—. Estoy de broma, señor.

—Holiday, déjalo ya. —Trigg la aparta a un lado con gesto protector—. ¿No ves que está traumatizado? —El chico se acerca con cuidado, con las manos extendidas y voz tranquilizadora—. Estás a salvo, señor. Hemos venido a rescatarte.

Sus palabras son más espesas, menos pulidas que las de Holiday. Me estremezco cuando da otro paso al frente. Examino sus manos en busca de un arma. Va a hacerme daño.

—Solo voy a desatarte, eso es todo. Es lo que quieres, ¿verdad?

Es mentira. Un truco del Chacal. Trigg tiene el tatuaje del «XIII». Son pretorianos, no Hijos de Ares. Mentirosos. Asesinos.

—No te quitaré las esposas si no es lo que quieres.

No. No, ha matado a los guardias. Ha venido a ayudar. Tiene que haber venido a ayudar. Le hago un gesto cauteloso con la cabeza y el chico se coloca a mi espalda. No confío en él. Casi me imagino una aguja que se clava. Un giro inesperado. Pero lo único que siento es alivio como recompensa por el riesgo que he corrido. Las esposas se abren. Me crujen las articulaciones de los hombros y, con un gemido, me pongo las manos delante del cuerpo por primera vez desde hace nueve meses. El dolor hace que me tiemblen. Las uñas me han crecido mucho y están mugrientas. Pero estas manos vuelven a ser mías. Me pongo en pie para escapar y me desplomo contra el suelo.

—Oye, oye… —dice Holiday, que me levanta de nuevo hasta la silla—. Tómatelo con calma, héroe. Tienes una atrofia muscular de caballo. Vas a necesitar un cambio de aceite.

Trigg me rodea de nuevo para mirarme a la cara. Tiene una sonrisa torcida, un rostro abierto e infantil, ni por asomo tan intimidante como el de su hermana a pesar de las dos lágrimas doradas tatuadas que le gotean del ojo derecho. Su mirada es la de un sabueso fiel. Con delicadeza, me quita el bozal de la cara y, entonces, se acuerda de algo y da un respingo.

—Tengo algo para ti, señor.

—Ahora no, Trigg. —Holiday echa un vistazo en dirección a la puerta—. Ahora nos falta tiempo.

—Lo necesita —insiste Trigg en voz baja, pero espera hasta que Holiday le hace un gesto de asentimiento para sacar un fardo de cuero de su mochila.

Me lo tiende—. Es tuyo, señor. Cógelo. —Percibe mis recelos—. Eh, no te he mentido respecto a lo de quitarte las esposas, ¿no?

—No…

Estiro las manos y me deposita la bolsa de cuero. Con dedos temblorosos, retiro la cuerda que mantiene el fardo atado y siento el poder incluso antes de ver el brillo mortífero. Casi dejo caer la bolsa de cuero, tan asustado de ella como lo estuvieron mis ojos de la claridad.

Es mi filo. El que me regaló Mustang. El que ya he perdido dos veces. Una vez ante Karnus, y de nuevo en mi Triunfo con el Chacal. Es blanco y suave como el primer diente de un niño. Deslizo las manos sobre el metal frío y por su empuñadura de piel de becerro manchada por la sal. Su tacto despierta en mi interior recuerdos melancólicos de una fuerza perdida hace tiempo, de una calidez olvidada hace tiempo. El olor a avellanas vuelve hasta mí y me transporta a las salas de entrenamiento de Lorn, donde él me enseñaba mientras su nieta favorita aprendía repostería en la cocina adyacente.

El filo culebrea en el aire, tan bello, tan engañoso en su promesa de poder… La hoja me diría que soy un dios, como se lo ha dicho a las generaciones de hombres que me han precedido, pero ahora ya conozco la mentira que reside en esas palabras. El terrible precio que ha hecho pagar a los hombres por orgullo.

Me aterra volver a empuñarlo.

Y rechina como la llamada de apareamiento de una víbora cuando se transforma en una falce curvada. La última vez que lo vi estaba vacío, liso. Pero ahora está atestado de imágenes grabadas en el metal blanco. Viro la hoja para poder ver mejor la forma tallada justo encima del puño. Me quedo mirándola boquiabierto. Eo me devuelve la mirada. Una imagen de mi esposa grabada en el metal. El artista la ha plasmado no en el patíbulo, no en el momento que la definirá para siempre ante los demás, sino en un momento íntimo, como la chica que yo amaba. Está agachada, con el pelo alborotado sobre los hombros, cogiendo un hemanto del suelo, mirando hacia arriba, a punto de esbozar una sonrisa. Y encima de Eo está mi padre besando a mi madre en la puerta de nuestra casa. Y hacia la punta de la hoja, Leanna, Loran y yo con máscaras del Octobernacht persiguiendo a Kieran por un túnel. Es

mi infancia.

Quienquiera que haya realizado este trabajo me conoce.

—Los dorados graban sus hazañas en sus espadas. Las mierdas grandiosas y violentas que han hecho. Pero Ares pensó que preferirías ver a la gente que quieres —dice Holiday en voz baja desde detrás de Trigg.

La gris vuelve a echar una ojeada a la puerta.

—Ares está muerto. —Examino sus rostros y veo en ellos la mentira. Veo la maldad de sus ojos—. Os ha enviado el Chacal. Es un truco. Una trampa. Para que os lleve a la base de los Hijos. —Tenso la mano en torno a la empuñadura del filo—. Para usarme. Estáis mintiendo.

Holiday da un paso atrás para alejarse de mí, cautelosa ahora que tengo un filo en la mano. Pero la acusación ha destrozado a Trigg.

—¿Mintiéndote? ¿A ti? Moriríamos por ti, señor. Habríamos muerto por Perséfone… Eo. —Le cuesta encontrar las palabras adecuadas y me da la sensación de que está acostumbrado a dejar que sea su hermana la que hable —. Hay un ejército esperándote fuera de estas paredes, ¿lo entiendes? Un ejército a la espera de que su… su alma vuelva a él. —Se inclina hacia delante, implorante, mientras Holiday vuelve la vista hacia la puerta—. Somos de Pacífica del Sur, el último rincón de la Tierra. Creía que moriría allí vigilando silos de trigo. Pero estoy aquí. En Marte. Y nuestro único trabajo es llevarte a casa…

—He conocido a mejores mentirosos que tú —le espeto.

—A la mierda.

Holiday comienza a manipular su terminal de datos. Trigg trata de detenerla.

—Ares dijo que era solo para emergencias. Si piratean la señal…

—Míralo. Esto es una emergencia.

Holiday se quita el terminal y me lo lanza. Está realizando una llamada a otro dispositivo. La pantalla parpadea en azul, a la espera de que contesten al otro lado. Cuando le doy la vuelta en la mano, el holograma de un casco con afiladas llamas solares florece de repente en el aire, tan pequeño como mi puño apretado. Unos ojos rojos refulgen amenazadores desde el casco.

—¿Fitchner?

—Prueba otra vez, caraculo —gorjea la voz.

No puede ser.

—¿Sevro?

Casi me echo a llorar al decir su nombre.

—Eh, chaval, tienes la misma pinta que si hubieras salido a rastras del chocho raquítico de un cadáver.

—Estás vivo… —digo mientras el casco holográfico se desvanece para revelar la cara de hacha de mi amigo.

Su sonrisa deja al descubierto los dientes de sierra de Sevro. La imagen titila.

—No hay florecilla capaz de matarme en todos los mundos. —Suelta una risotada—. Ha llegado el momento de que vuelvas a casa, Segador. Pero yo no puedo acudir a ti. Tienes que venir tú a mí. ¿Entendido?

—¿Cómo?

Me enjugo las lágrimas de los ojos.

—Confía en mis Hijos. ¿Serás capaz de hacerlo?

Miro a los dos hermanos y asiento.

—El Chacal… tiene a mi familia.

—Esa zorra caníbal no tiene una mierda. A tu familia la tengo yo. Los saqué de Lico después de que te pillaran. Tu madre está esperando para verte.

Empiezo a llorar otra vez. El alivio es demasiado abrumador.

—Pero tienes que echarle valor, chaval. Y tienes que moverte. —Mira de soslayo a alguien—. Pásame de nuevo a Holiday. —Obedezco—. Hacedlo limpiamente si podéis. Combatid si no podéis. ¿Entendido?

—Entendido.

—Rompe las cadenas.

—Rompe las cadenas —repiten los hermanos al tiempo que la imagen de Sevro se extingue.

—Mira más allá de nuestro color —me dice Holiday.

Me tiende una mano tatuada. Me quedo mirando los emblemas grises tallados en su carne y luego levanto la vista para toparme con su rostro pecoso y franco. Uno de sus ojos es biónico y no parpadea como el otro. Las palabras de Eo suenan muy diferentes cuando salen de su boca. Aun así, creo que ese es el momento en que mi alma vuelve a mí. Mi mente no. Todavía siento las grietas que la asolan. La oscuridad serpenteante y dubitativa. Pero

mi esperanza sí. Me aferro a su mano, más pequeña que la mía, desesperadamente.

—Rompe las cadenas —repito con voz áspera—. Vais a tener que cargar conmigo. —Me miro las piernas inútiles—. No puedo ponerme de pie.

—Por eso te hemos traído un cóctel de la casa.

Holiday enarbola una jeringuilla.

—¿Qué es? —pregunto.

Trigg se echa a reír.

—Tu cambio de aceite. En serio, amigo. La verdad es que no creo que quieras saberlo. —Esboza una gran sonrisa—. Esa mierda reanimaría a un cadáver.

—Pínchamela —digo estirando la muñeca.

—Va a dolerte —advierte Trigg.

—Ya es un niño grande —dice Holiday al acercarse.

—Señor… —Trigg me da uno de sus guantes—. Entre los dientes.

Con algo menos de confianza, muerdo el cuero de sabor salado y le hago un gesto a Holiday. La gris se abalanza sobre mí dejando atrás mi muñeca y clavándome la aguja directamente en el corazón. El metal me perfora la carne mientras libera la carga.

—¡Mierda! —intento gritar, pero tan solo emito un barboteo.

El fuego hace cabriolas por mis venas, siento que el corazón se me desboca. Bajo la mirada, esperando verlo salir al galope de mi condenado pecho. Siento todos y cada uno de mis músculos. Todas y cada una de las células de mi cuerpo, que estallan, palpitantes de energía cinética. Tengo arcadas. Me desplomo agarrándome el pecho con las manos. Jadeando. Escupiendo bilis. Dándole puñetazos al suelo. Los grises se apartan de mi cuerpo que se retuerce. Embisto contra la silla y prácticamente la arranco de los pernos que la anclaban al hormigón. Dejo escapar una retahíla de palabrotas que habría sonrojado incluso al mismísimo Sevro. Luego me pongo a temblar y los miro.

—¿Qué… era… eso?

Holiday intenta contener la risa.

—Nuestra madre lo llama picadura de serpiente. Solo durará treinta minutos con tu metabolismo.

—¿Lo ha hecho tu madre?
Trigg se encoge de hombros.
—Somos de la Tierra.

4

CELDA 2187

Me escoltan por los pasillos como a un prisionero. Llevo la cabeza tapada con la capucha. Las manos a la espalda rodeadas por unos grilletes sin cerrar. El hermano a mi izquierda y la hermana a mi derecha, los dos sujetándome. La picadura de serpiente me permite caminar, pero no muy bien. Aún siento el cuerpo tan flácido como un montón de ropa mojada, a pesar de las drogas que lo recorren. Apenas me siento el dedo del pie reventado ni las piernas débiles. Mis finas alpargatas de prisionero rascan el suelo. Noto la cabeza abotagada, pero el cerebro me funciona a gran velocidad. Es una paranoia consciente. Me muerdo la lengua para evitar susurrar y recordarme que ya no estoy en la oscuridad como antes. Mi cuerpo se desplaza medio a rastras por un pasillo de hormigón. Avanza hacia la libertad. Hacia mi familia, hacia Sevro.

Aquí nadie detendrá a dos dragones de la Decimotercera, no cuando tienen autorización y la propia Aja está aquí. Dudo incluso de que muchos miembros del ejército del Chacal sepan siquiera que estoy. Verán mi envergadura, mi palidez fantasmal y pensarán que soy algún prisionero obsidiano con mala suerte. Aun así, noto las miradas. La paranoia continúa abriéndose paso en mi interior. «Lo saben. Saben que habéis dejado cadáveres atrás. ¿Cuánto queda para que abran esa puerta? ¿Cuánto queda para que nos descubran?». Mi cerebro repasa a toda prisa los posibles finales. Me deja claro que todo podría salir mal. Las drogas. Son solo las drogas.

—¿No deberíamos estar subiendo? —pregunto mientras bajamos en un graviascensor hacia el corazón de la prisión de la Ciudadela de la montaña—. ¿O es que hay un hangar en un nivel inferior?

—Buena suposición, señor —me felicita Trigg impresionado—. Tenemos un barco esperando.

Holiday hace estallar un globo de chicle.

—Trigg, tienes un poco de caca en la nariz. Justo… ahí.

—Eh, cierra esa bocaza. No he sido yo el que se ha puesto colorado cuando el Segador estaba desnudo.

—¿Estás seguro de eso, muchacho? Silencio.

El graviascensor frena y los hermanos se ponen tensos. Oigo los clics de sus armas cuando les quitan los seguros. Las puertas se abren y alguien se suma a nosotros.

—*Dominus* —saluda Holiday con tranquilidad a nuestro nuevo invitado, y me da un empujón para que le deje espacio.

Las botas que entran son lo bastante pesadas para pertenecer a un dorado o a un obsidiano, pero los grises jamás llamarían «dominus» a un obsidiano y un obsidiano jamás olería a clavo y canela.

—Sargento.

La voz me araña por dentro. El hombre al que pertenece solía hacerse collares de orejas. Vixus. Uno de los miembros de la vieja banda de Tito. Formó parte de la masacre de mi Triunfo. Me encojo en un rincón del habitáculo cuando el graviascensor comienza a descender de nuevo. Vixus me reconocerá. Olerá mi rastro. Lo está haciendo ahora mismo, no para de mirarnos. Capto el crujido del cuello de su chaqueta.

—¿Decimotercera Legión? —pregunta Vixus al cabo de un instante. Debe de haberse fijado en los tatuajes que llevan en el cuello—. ¿Sois de Aja o de su padre?

—De la Furia en esta visita, *dominus* —contesta Holiday con serenidad —. Pero hemos servido bajo el Señor de la Ceniza.

—Ah, entonces ¿estuvisteis en la batalla de Deimos el año pasado?

—Sí, *dominus*. Estuvimos con Grimmus en la nave sanguijuela de vanguardia que se envió para asesinar a los Telemanus antes de que au Fabii los aplastara junto con los barcos de Arco. Este es mi hermano, y le metió un

tajo en el hombro al viejo Kavax. Casi acaba con él antes de que Augusto y la esposa de Kavax destrozasen nuestro equipo de asalto.

—Vaya, vaya. —Vixus emite un silbido de aprobación—. Eso sí que habría sido un condenado premio de primera. Podrías haberte hecho otra lágrima en la cara, legionario. Yo he estado persiguiendo a ese perro obsidiano con la Séptima. El Señor de la Ceniza ha ofrecido una recompensa muy generosa para quien recupere a su esclavo. —Aspira algo por la nariz. Parece una de esas cánulas de estimulantes que tanto le gustaban a Tacto—. ¿Y ese quién es?

Se refiere a mí.

El corazón me retumba en los oídos.

—Un regalo de la pretor Grimmus a cambio de… «el paquete» que va a llevarse a casa —responde Holiday—. Ya sabe a qué me refiero, señor.

—Paquete. Medio paquete, más bien. —Se ríe de su propio chiste—. ¿Alguien que yo conozca? —Su mano roza el borde de mi capucha. Yo me encojo aún más—. Un Aullador sería estupendo. ¿Guijarro? ¿Hierbajo? No, demasiado alto.

—Un obsidiano —dice Trigg a toda prisa—. Ojalá fuera un Aullador.

—Uf. —Vixus aparta la mano como si pudiera contaminarse—. Esperad. —Tiene una idea—. Lo meteremos en la misma celda que esa zorra de Julii. Que se peleen por la cena. ¿Qué os parece, Decimotercera? ¿Os apetece divertiros un poco?

—Trigg, cárgate la cámara —ordeno con aspereza desde detrás de la capucha.

—¿Qué? —dice Vixus dándose la vuelta.

Pop. Se activa un campo inhibitorio.

Me muevo, torpe pero rápido. Libero las manos de los grilletes y empuño mi filo oculto con una mano mientras me despojo de la capucha con la otra. Acuchillo a Vixus en el hombro. Lo dejo clavado a la pared y le propino un cabezazo en la cara. Pero ya no soy lo que era, ni siquiera tomando drogas. Se me nubla la vista. Me tambaleo. Él no y, antes de que pueda reaccionar, antes de que pueda siquiera volver a enfocar los ojos, Vixus saca su propio filo.

Holiday me protege con su cuerpo y me empuja para alejarme. Me caigo

al suelo. Trigg es aún más rápido al desenfundar y le mete la pistola de balas directamente en la boca abierta de Vixus. El dorado se queda paralizado mirando el metal del cañón, con la lengua aprisionada por la mordaza metálica. Su filo se detiene a escasos centímetros de la cabeza de Holiday.

—Chissss —susurra Trigg—. Suelta el filo.

Vixus obedece.

—¿En qué demonios estabas pensando? —me pregunta Holiday enfadada.

Respira con dificultad y me ayuda a levantarme. La cabeza aún me da vueltas. Me disculpo. Ha sido una estupidez por mi parte. Me sereno y desvío la mirada hacia Vixus, que, horrorizado, tiene la vista clavada en mí. Me tiemblan las piernas y tengo que estabilizarme agarrándome a uno de los pasamanos del graviascensor. El corazón me repiquetea a causa de los estragos que las drogas están causando en mi sistema. Es una estupidez intentar luchar. Es una estupidez utilizar un inhibidor. Los verdes que lo estén viendo atarán cabos. Enviarán a los grises a investigar la sala de preparación. Encontrarán los cuerpos.

Intento reorganizar mis pensamientos inconexos. Concentrarme.

—¿Victra está viva? —consigo preguntar.

Trigg le saca la pistola a la altura de los dientes para que Vixus pueda contestar. No lo hace. Todavía no.

—¿Sabes lo que me ha hecho el Chacal? —pregunto de nuevo.

Tras un instante de testarudez, Vixus asiente.

—Y… —Me echo a reír. Mi carcajada se prolonga como una grieta en el hielo, se extiende, se ensancha, a punto de ramificarse en mil direcciones distintas, hasta que me muerdo la lengua para frenarla de raíz—. Y… ¿y aún tienes las pelotas de obligarme a preguntártelo dos veces?

—Está viva.

—Segador… Van a venir a por nosotros. Van a darse cuenta de que hay un campo inhibitorio —dice Holiday mirando a la minúscula cámara que sobresale del techo del ascensor—. No podemos cambiar el plan.

—¿Dónde está? —Retuerzo el filo—. ¿Dónde está?

Vixus emite un siseo de dolor.

—Nivel veintitrés, celda 2187. Sería inteligente que no me mataras.

Podrías meterme en su celda. Escapar. Te diré cuál es el mejor camino, Darrow. —Los músculos y las venas que tiene debajo de la piel del cuello culebrean y se hinchan como serpientes bajo la arena. No tiene ni un gramo de grasa corporal—. Dos pretorianos traidores no te llevarán muy lejos. Hay un ejército en esta montaña. Legiones en la ciudad, en órbita. Treinta Marcados como Únicos. Montahuesos en el sur de Ática. —Hace un gesto con el mentón en dirección a la pequeña cabeza de pájaro que lleva en la solapa del uniforme—. ¿Te acuerdas de ellos?

—No lo necesitamos —dice Trigg, que toquetea el gatillo de su arma.

—¿Ah, no? —Vixus suelta una risita, recuperando la confianza al ver mi flaqueza—. ¿Y qué vais a hacer para enfrentaros a un Caballero Olímpico, quincalla? Uy, espera. Pero si aquí hay dos, ¿no?

Holiday se limita a resoplar.

—Lo mismo que harías tú, ricitos de oro. Correr.

—Nivel veintitrés —le digo a Trigg.

Trigg aporrea los mandos del graviascensor y nos desvía de su ruta de escape. Busca un mapa en su terminal de datos y lo estudia brevemente junto con su hermana.

—La celda 2187 está… aquí. Tendrá un código. Habrá cámaras.

—Está demasiado lejos de la evacuación. —Holiday tensa la boca—. Si vamos por ahí, estamos fritos.

—Victra es mi amiga —digo. Y creía que estaba muerta, pero de algún modo ha conseguido sobrevivir a los disparos de su hermana—. No pienso abandonarla.

—No hay otra alternativa —insiste Holiday.

—Siempre hay alternativa.

Mis palabras parecen débiles, incluso para mí.

—Mírate, hombre. ¡Estás hecho un guiñapo!

—Déjalo en paz, Holi —interviene Trigg.

—¡Esa zorra dorada no es uno de los nuestros! No voy a morir por ella.

Pero Victra habría muerto por mí. En la oscuridad, pensaba en ella. La alegría infantil de su mirada cuando le di la botella de petricor en el estudio del Chacal. «No lo sabía. Darrow, no lo sabía», fue lo último que me dijo después de que Roque nos traicionase. Rodeada de muerte, con balas en la

espalda, y lo único que Victra deseaba era que no pensara mal de ella en su final.

—No dejaré atrás a mi amiga —repito en tono dogmático.

—Yo te seguiré —asegura Trigg—. Lo que tú digas, Segador. Soy tu hombre.

—Trigg —susurra su hermana—. Ares dijo…

—Ares no ha cambiado el rumbo de las cosas. —El gris me señala con la cabeza—. Él sí puede hacerlo. Vamos a donde él vaya.

—¿Y si perdemos nuestra ventana?

—Pues creamos una nueva. Tenemos suficientes explosivos.

A Holiday se le ponen los ojos vidriosos y aprieta la prominente mandíbula. Conozco esa mirada. No ve a su hermano como lo veo yo. Para ella no es un lurcher, un asesino. Para ella es el muchacho con el que creció.

—De acuerdo. Contad conmigo —dice a regañadientes.

—¿Qué hay del Único? —pregunta Trigg.

—Si marca el código conserva la vida —contesto—. Disparadle si intenta cualquier cosa.

Salimos del ascensor en el nivel veintitrés. Llevo puesta la capucha una vez más. Holiday me guía mientras Vixus camina ante nosotros como si nos escoltara hasta una celda. Trigg le pisa los talones encañonándole con la pistola. Los pasillos están en silencio. Nuestras pisadas retumban. No veo nada con la cabeza tapada.

—Aquí es —dice Vixus cuando llegamos a la puerta.

—Introduce el código, imbécil —le ordena Holiday.

El dorado obedece y las puertas se abren con un siseo. Un rugido nos envuelve. Una horrible electricidad estática que brota de los altavoces. La celda está helada, todo es de un blanco resplandeciente. El techo emite una luz tan fulgurante que ni siquiera puedo mirarla directamente. La consumida ocupante de la celda está tumbada en un rincón, con las rodillas contra el pecho en posición fetal y de espaldas a mí. Tiene la columna salpicada de viejas quemaduras y marcada por los latigazos de las palizas. La maraña de pelo rubio blanquecino que le cubre los ojos es lo único que protege a la

mujer de la luz furiosa. No sabría ni quién es si no fuera por las dos cicatrices de herida de bala que tiene en la parte alta de la espalda, entre los dos omóplatos.

—¡Victra! —grito por encima del estruendo. No me oye—. ¡Victra! —voceo de nuevo justo en el momento en que el ruido desaparece y un latido lo reemplaza en los altavoces.

La están atormentando con ruidos, con luces. Sensaciones. Una tortura diametralmente opuesta a la mía. Ahora que puede oírme, vuelve la cabeza con brusquedad hacia mí. Sus ojos dorados me lanzan una mirada salvaje tras el revoltijo de pelos. Ni siquiera sé si me reconoce. La osadía con la que antes Victra lucía su desnudez ha desaparecido. Se cubre, vulnerable. Aterrorizada.

—Ponedla de pie —dice Holiday mientras obliga a Vixus a tumbarse bocabajo—. Tenemos que irnos.

—Está paralizada… —dice Trigg—. ¿No?

—Mierda. Pues entonces tendremos que cargar con ella.

Trigg se acerca rápidamente a Victra. Yo le asesto un manotazo en el pecho y lo detengo. Aun estando así, Victra sería capaz de arrancarle los brazos del cuerpo. Consciente del pánico que sentí cuando me sacaron de mi agujero, me acerco a ella muy despacio. Mi propio miedo se oculta en algún recoveco de mi mente y la rabia por lo que su propia hermana le ha hecho a mi amiga ocupa su lugar. La rabia por saber que esto es culpa mía.

—Victra, soy yo. Darrow. —Ella no muestra ningún indicio de haberme oído. Me acuclillo a su lado—. Vamos a sacarte de aquí. ¿Podemos levanta…?

Se abalanza sobre mí. Propulsándose con los brazos.

—Quítate la cara —grita—. Quítate la cara.

Comienza a convulsionar y Holiday se precipita hacia ella y le golpea con una porra eléctrica en la parte baja de la espalda. La electricidad no basta.

—¡Al suelo! —grita Holiday.

Victra la golpea en el centro del peto de su armadura de duroplástico y hace que la gris retroceda varios metros hasta estamparse contra la pared. Trigg le dispara dos tranquilizantes en el muslo con su ambirrifle, una carabina multifunción. La derriban de inmediato. Pero aun así se queda despierta en el suelo, jadeando, observándome a través de un ojo medio

cerrado, hasta que pierde la conciencia.

—Holiday… —digo.

—Estoy estupenda —gruñe la chica mientras se pone en pie. El peto de su armadura tiene una abolladura del tamaño de un puño en el centro—. Esa florecilla sabe dar golpes —comenta Holiday mientras contempla el bollo—. Se supone que esta armadura es capaz de soportar disparos de cañones de riel.

—La genética de los Julii —masculla Trigg.

Carga a Victra sobre sus hombros y sigue a Holiday hasta el pasillo, desde donde su hermana me hace una señal para que me dé prisa y salga también. Dejamos a Vixus tumbado en el suelo de la celda. Vivo, como le prometimos.

—Te encontraremos —dice incorporándose cuando me dispongo a cerrar la puerta—. Sabes que lo haremos. Dile al pequeño Sevro que vamos a por vosotros. Un Barca menos. Ya solo queda otro.

—¿Qué has dicho? —pregunto.

Entro de nuevo en la celda sin que se lo espere y el miedo le ilumina los ojos. El mismo miedo que Lea debió de sentir hace ya tantos años cuando me escondí en la oscuridad mientras Antonia y Vixus la torturaban para hacerme salir. Él se reía mientras la sangre de Lea se filtraba en el musgo. Y mientras muchos de mis amigos morían en el jardín. Querría que le perdonara la vida para poder volver a matar más adelante. La crueldad se alimenta de la misericordia.

Mi filo se transforma en una falce.

—Por favor —me suplica Vixus con los labios finos tan temblorosos que también yo veo al crío que hay en él cuando se da cuenta de que ha cometido un error. En algún lugar hay alguien que aún lo quiere. Que lo recuerda como un niño travieso o dormido en una cuna. Ojalá hubiera seguido siendo ese niño. Ojalá todos hubiéramos seguido siéndolo—. Ten corazón. Darrow, tú no eres un asesino. Tú no eres Tito.

El sonido de latidos que inunda la habitación se hace más intenso. La luz blanca recorta la silueta de Vixus.

Quiere piedad.

La mía se perdió en la oscuridad.

Los héroes de las canciones rojas tienen misericordia, honor. Dejan que los hombres vivan, como yo permití que viviera el Chacal, para poder continuar sin mancha de pecado. Que el villano sea el malo. Que sea él quien vista de negro e intente apuñalarme cuando le dé la espalda, así podré volverme contra él y matarlo, obtener venganza sin culpa. Pero esto no es una canción. Es la guerra.

—Darrow…

—Necesito que le transmitas un mensaje al Chacal.

Le abro la garganta de un tajo a Vixus. Y cuando se desploma en el suelo derramando su vida latido a latido, sé que tiene miedo porque nada lo espera al otro lado. Barbotea. Lloriquea antes de morir. Y yo no siento nada.

Más allá los latidos de la habitación, también se escucha un ulular sirenas.

5

PLAN C

—¡Mierda! —exclama Holiday—. Os dije que no teníamos tiempo.

—No pasa nada —la tranquiliza Trigg. Estamos todos en el ascensor. Victra en el suelo. Trigg la ayuda a ponerse su equipo de lluvia negro para que tenga un aspecto decente. Tengo los nudillos blancos de tanto apretar los puños. La sangre de Vixus resbala sobre la imagen grabada de unos niños jugando en los túneles. Gotea sobre mis padres y tiñe el pelo de Eo de rojo antes de que la limpie de la hoja con mi mono de prisionero. Se me había olvidado lo sencillo que resulta arrebatar una vida.

—Vive para ti mismo, muere solo —susurra Trigg—. Cualquiera pensaría que con tanto cerebro tendrían el suficiente sentido común para no ser tan gilipollas. —Levanta la mirada hacia mí y se aparta un mechón de pelo de sus ojos duros—. Siento ser un idiota, señor. Ya sabes, si era un amigo…

—¿Amigo? —Niego con la cabeza—. Vixus no tenía amigos.

Me agacho para retirarle a Victra el pelo de la cara. Duerme tranquilamente apoyada contra la pared. Tiene las mejillas cinceladas por el hambre. Los labios finos y tristes. Incluso ahora sus facciones son de una belleza dramática. Me pregunto qué le habrán hecho. Pobre mujer, siempre tan fuerte, tan impetuosa, pero solo para ocultar la bondad de su interior. Me gustaría saber si aún le queda algo de esa humanidad.

—¿Estás bien? —me pregunta Trigg.

No contesto.

—¿Era tu chica?

—No —respondo. Me acaricio la barba que me ha crecido en la cara. Odio que me pique y que apeste. Ojalá Danto me la hubiera afeitado también —. No estoy bien.

No siento esperanza. No siento amor.

No mientras contemplo lo que le han hecho a Victra. Lo que me han hecho a mí.

Es odio lo que predomina.

Odio, también, hacia aquello en lo que me he convertido. Siento la mirada de Trigg. Sé que está decepcionado. Él quería al Segador. Y yo no soy más que el marchito cascarón de un hombre. Me paso los dedos por la jaula que forman mis costillas, un montón de huesos delgados y finos. Les prometí demasiadas cosas a estos grises. Le prometí demasiado a todo el mundo, especialmente a Victra. Ella me fue leal. ¿Y qué fui yo para ella sino otra persona que quería utilizarla? Otra de esas personas contra las que su madre le enseñó a estar prevenida.

—¿Sabes lo que necesitamos? —pregunta Trigg.

Lo miro con intensidad.

—¿Justicia?

—Una cerveza fría.

Una carcajada me estalla en la boca. Demasiado estruendosa. Tanto que me asusta.

—Mierda —murmura Holiday mientras sus dedos vuelan sobre los mandos—. Mierda. Mierda. Mierda…

—¿Qué? —pregunto.

Estamos atascados entre los niveles veinticuatro y veinticinco. La gris aprieta los botones, pero de repente el ascensor comienza a subir.

—Se han hecho con el control de los mandos. No vamos a conseguir llegar hasta el hangar. Nos están redirigiendo… —Deja escapar un largo suspiro cuando levanta la vista para mirarme—. Hacia el primer nivel. Mierda. Mierda. Mierda. Nos estarán esperando con lurchers, puede que con obsidianos… tal vez con dorados. —Guarda silencio durante un instante—. Saben que estás aquí.

Combato la oleada de desesperación que me sube desde el vientre. No

retrocederé. Pase lo que pase. Mataré a Victra, me suicidaré antes de permitir que nos atrapen de nuevo.

Trigg está encorvado sobre su hermana.

—¿Puedes piratear el sistema?

—¿Y cuándo demonios crees que he aprendido a hacer eso?

—Ojalá estuviera aquí Efraín. Él sabría hacerlo.

—Bueno, pues yo no soy Efraín.

—¿Y si salimos del ascensor trepando?

—No está mal si quieres convertirte en una pegatina estampada contra el suelo.

—Supongo que eso solo nos deja una opción, ¿eh? —Se lleva la mano al bolsillo—. El plan C.

—Odio el plan C.

—Ya, bueno, es lo que hay. Ha llegado el momento de lanzarse a la mierda, muñeca. Desempaqueta al bárbaro.

—¿En qué consiste el plan C? —pregunto en voz baja.

—Combate. —Trigg activa su intercomunicador. Varios códigos destellan sobre la pantalla mientras se conecta a una frecuencia segura—. Bastidor a Wrathbone, ¿me recibes? Bastidor a…

—Wrathbone te recibe —resuena una voz fantasmagórica—. Solicito código de autorización Eco. Cambio.

Trigg consulta su terminal de datos.

—13439283. Cambio.

—Código verde.

—Necesitamos extracción secundaria dentro de cinco minutos. Tenemos a la princesa y uno más en la segunda etapa.

Se produce un silencio al otro lado de la línea, el alivio de la voz palpable aun a través del crepitar de la electricidad estática.

—Notificación tardía.

—El asesinato no suele ser muy puntual.

—Estaremos allí dentro de diez minutos. Mantenedlo con vida.

La conexión se desvanece.

—Condenados principiantes —masculla Trigg.

—Diez minutos —repite Holiday.

—Nos hemos visto en mierdas peores.

—¿Cuándo? —Su hermano no le contesta—. Deberíamos habernos limitado a ir al condenado hangar.

—¿Qué puedo hacer? —pregunto percibiendo su miedo—. ¿Puedo ayudar?

—No te mueras —contesta Holiday mientras se quita la mochila—. Porque si lo haces todo esto no habrá valido una mierda.

—Tienes que arrastrar a tu amiga —me dice Trigg, que ha empezado a quitarse toda la tecnología del cuerpo a excepción de la armadura.

Saca otras dos armas antiguas de su mochila: dos revólveres para complementar el ambirrifle de gas de alta potencia. Me pasa una de las pistolas. Me tiembla la mano. No había vuelto a empuñar un arma de pólvora desde que tenía dieciséis años y entrenaba con los Hijos. Son tremendamente ineficaces y pesadas, y el retroceso hace que sean muy imprecisas.

Holiday saca una caja de plástico grande de su bolsa. Coloca los dedos cautelosos sobre los pestillos.

Cuando la abre, deja al descubierto un cilindro metálico con una bola giratoria de mercurio en el centro. Me quedo mirando el aparato. Si la Sociedad la pillara cargando con él, Holiday nunca volvería a ver la luz del día. Es ilegal. Echo un vistazo al monitor del graviascensor en la pared. Faltan diez niveles para llegar. La gris coge un mando a distancia para el cilindro. Ocho niveles.

¿Nos estará esperando Casio? ¿Aja? ¿El Chacal? No. Los dos primeros estarían en su barco, preparándose para la cena. El Chacal estaría viviendo su vida. No sabrán que la alarma es por mí. Y aun cuando lo sepan, llegarán tarde. Pero ya hay bastante que temer aunque no acuda ninguno de ellos. Un obsidiano podría arrancarles la cabeza a estos dos con las manos desnudas. Trigg lo sabe. Cierra los ojos y se toca el pecho en cuatro puntos para formar una cruz. Holiday repara en el gesto, pero no lo imita.

—Esta es nuestra profesión —me dice en voz baja—. Así que trágate el orgullo. Quédate detrás de nosotros y deja que Trigg y yo hagamos nuestro trabajo.

Su hermano mueve la cabeza para que le chasquen los huesos del cuello y se besa el enguantado dedo anular izquierdo.

—Pégate a mí. Tú arrima la cebolleta, señor. No seas tímido.

Tres niveles.

Holiday empuña un rifle de gas con la mano derecha y mastica chicle con fuerza sin apartar el pulgar izquierdo del mando a distancia. Un nivel. El ascensor va más despacio. Observamos las puertas dobles. Me pongo las piernas de Victra bajo las axilas.

—Te quiero, nene —dice Holiday.

—Yo también te quiero, muñeca —contesta Trigg en un murmullo, con un tono de voz tenso y mecánico.

Siento más miedo que cuando estuve encerrado en un caparazón estelar en la cámara de un escupidor antes de mi lluvia. No estoy asustado solo por mí, sino también por Victra, por estos dos hermanos. Quiero que vivan. Quiero que me hablen de Pacífica del Sur. Quiero saber qué bromas pesadas le gastaban a su madre. Si tenían perro, una casa en la ciudad, en el campo…

El graviascensor se detiene con un resuello.

La luz de la puerta parpadea. Y las gruesas puertas de metal que nos separan de un pelotón de la élite del Chacal sisean al separarse. Dos relucientes granadas aturdidoras entran volando y se adhieren a las pareces. Bip. Bip. Y Holiday aprieta el botón del aparato. Una profunda implosión de sonido quiebra el silencio del ascensor cuando un pulso electromagnético invisible se propaga desde el dispositivo esférico que tenemos a nuestros pies. Las granadas se desconectan con un silbido. Las luces se apagan dentro del ascensor y también en el exterior. Y todos los grises que nos esperaban al otro lado de la puerta con sus armas de pulsos de alta tecnología, y todos los obsidianos con sus pesadas armaduras de articulaciones eléctricas, sus cascos y sus unidades de filtrado de aire, reciben en la cara una bofetada de la Edad Media.

Pero las antigüedades de Holiday y Trigg aún funcionan. Los hermanos salen del ascensor con paso airado hacia el pasillo de piedra, encorvados sobre sus armas como gárgolas malignas. Es una masacre. Dos francotiradores expertos disparando breves ráfagas de balas arcaicas a quemarropa contra escuadrones de grises indefensos en amplios pasillos. No tienen donde ponerse a cubierto. Destellos en el corredor. Ruidos gigantescos de rifles de alta potencia. Hacen que me castañeteen los dientes. Me quedo

paralizado en el ascensor hasta que Holiday me grita, y entonces echo a correr tras Trigg arrastrando a Victra a mi espalda.

Tres obsidianos caen cuando Holiday lanza una vieja granada. Buuuum. Se abre un agujero en el techo. Llueve yeso. Polvo. Por el boquete caen las sillas y los cobres de la habitación de arriba, que se estampan en medio de la refriega. Hiperventilo. La cabeza de un hombre sale disparada hacia atrás. Su cuerpo cae al suelo dando vueltas. Una gris huye por un pasillo de piedra en busca de refugio. Holiday le dispara en la columna vertebral. La mujer se desploma como un niño que se resbala sobre el hielo. Hay movimiento por todas partes. Un obsidiano nos ataca por un flanco.

Disparo el revólver con una puntería terrible. Las balas le resbalan por la armadura. Doscientos kilos de hombre alzan un hacha de iones que no tiene batería, pero cuya hoja aún está afilada. El obsidiano ulula el gutural canto de guerra de su raza y una neblina roja surge de su casco como si fuera un géiser. Una bala le ha atravesado la cuenca ocular del yelmo. Su cuerpo se proyecta hacia delante, resbala. Está a punto de tirarme al suelo. Trigg ya se está desplazando hacia el siguiente objetivo, hundiendo metal en los hombres con la misma paciencia con que un artesano hundiría clavos en la madera. No hay pasión en ello. No hay arte. Solo entrenamiento y física.

—Segador, ¡mueve el culo! —grita Holiday.

Tira de mí hacia un pasillo que se aleja del caos y Trigg nos sigue tras lanzar una granada adherente contra el muslo de un dorado sin armadura que esquiva cuatro de sus disparos de rifle. Buuuum. Llovizna de huesos y carne.

Los hermanos recargan sus armas mientras corren y Trigg vuelve a echarse a Victra sobre los hombros en cuanto superamos el escuadrón inicial. Yo me limito a intentar no desmayarme o caerme.

—¡A la derecha dentro de cincuenta pasos, luego escalera arriba! —ordena Holiday—. Tenemos siete minutos.

Los pasillos están espeluznantemente silenciosos. No hay sirenas. No hay luces. No se oye el zumbido del aire caliente por los conductos de ventilación. Solo el retumbar de nuestro calzado, gritos distantes, el crujir de mis articulaciones y el jadear de los pulmones. Pasamos ante una ventana. Los barcos, negros y muertos, caen por el cielo. Hay pequeños incendios ardiendo allá donde otros ya han caído. Los tranvías rechinan al pararse sobre

las vías magnéticas. Las únicas luces que aún funcionan llegan desde los dos picos más lejanos. Los refuerzos cargados de equipamiento tecnológico responderán pronto, pero no sabrán qué ha provocado esto. Ni dónde buscar. Con los sistemas de cámaras y los escáneres biométricos fuera de servicio, Casio y Aja no podrán encontrarnos. Eso podría salvarnos las vidas.

Subimos las escaleras corriendo. Un calambre me atenaza la pantorrilla derecha. Gruño y estoy a punto de desplomarme. Holiday carga con la mayor parte de mi peso. Su poderoso cuello apretado contra mi axila. Tres grises nos divisan por detrás, desde el pie de la larga escalera de mármol. La chica me empuja hacia un lado y derriba a dos con su rifle, pero el tercero responde a los disparos. Las balas mordisquean el mármol.

—Tienen repuestos de gas —ladra Holiday—. Hay que largarse. Hay que largarse.

Dos giros a la derecha más, pasamos ante varios colores inferiores que se me quedan mirando boquiabiertos, recorremos pasillos de mármol con techos altísimos y esculturas griegas, dejamos atrás las galerías donde el Chacal guarda sus artefactos robados y donde una vez me enseñó la declaración de Hancock y la cabeza momificada del último gobernante del Imperio Americano.

Me arden los músculos. Me parto en dos.

—¡Aquí! —grita finalmente Holiday.

Llegamos a una puerta de servicio en un pasillo secundario y la franqueamos para salir a la fría luz del día. El viento me devora. Sus dientes gélidos me perforan el mono cuando los cuatro salimos dando tumbos a una pasarela de metal que recorre un lateral de la fortaleza del Chacal. A nuestra derecha, la roca de la montaña se rinde ante el moderno edificio de metal y cristal que tiene encima. A nuestra izquierda, hay una caída de mil metros. La nieve revolotea en torno a la cara de la montaña. El viento aúlla. Avanzamos por la pasarela hasta que rodea parte de la fortaleza y se une con un puente pavimentado que va desde la montaña hasta una plataforma de aterrizaje abandonada, como un brazo esquelético que tiende una bandeja de hormigón cubierta de nieve.

—Cuatro minutos —vocifera Holiday mientras me ayuda a franquear el puente hacia la explanada.

Cuando llegamos al final, me tira al suelo. Trigg también deja a Victra detrás de mí. Una dura piel de hielo convierte el hormigón en algo resbaladizo y de un color gris ahumado. Las ventiscas se arremolinan alrededor del muro de hormigón de algo más de un metro de alto que separa la plataforma de aterrizaje circular de la caída de mil metros.

—Tengo ochenta en la recámara larga, seis en la antigualla —le dice el chico a su hermana—. Luego se acabó.

—Me quedan doce —informa ella tras lanzar un bote pequeño. Cuando estalla, un humo verde se alza en espiral por el aire—. Hay que defender el puente.

—Tengo seis minas.

—Colócalas.

Trigg vuelve a cruzar el puente. Al final del mismo hay unas puertas cerradas herméticamente, mucho más grandes que la ruta de servicio por la que hemos llegado desde el lateral de la fortaleza. Temblando y cegado por la nieve, coloco a Victra a mi lado junto al murete para protegernos del viento. Los copos se acumulan sobre el equipo de lluvia negro que lleva puesto. Y después descienden aleteando como la ceniza que cayó el día en que Casio, Sevro y yo quemamos la Ciudadela de Minerva y les robamos a su cocinera.

—Todo irá bien —le digo a mi amiga—. Vamos a conseguirlo.

Echo un vistazo por encima del muro hacia la ciudad que se extiende a nuestros pies. Está extrañamente tranquila. Todos sus ruidos, todos sus conflictos, silenciados por el pulso electromagnético. Me fijo en un copo de nieve de mayor tamaño que los demás que revolotea hasta posarse sobre mi nudillo.

¿Cómo he llegado hasta aquí? Era un chaval de las minas y ahora soy un caudillo caído y tembloroso que contempla desde las alturas una ciudad oscurecida con la esperanza de poder marcharse a casa contra todo pronóstico. Cierro los ojos, pensando que ojalá estuviera con mis amigos, con mi familia.

—Tres minutos —dice Holiday a mi espalda. Me pone una mano enguantada en el hombro con ademán protector mientras otea el cielo en busca de nuestros enemigos—. Tres minutos y nos largamos de aquí. Solo tres minutos.

Desearía poder creerla, pero la nieve ha dejado de caer.

6

VÍCTIMAS

Entrecierro los ojos para mirar más allá de Holiday cuando un escudo defensivo iridiscente se propaga formando ondas sobre los siete picos de Ática y nos aísla de las nubes y el cielo lejano. El generador del escudo debió de quedar fuera del alcance de la onda expansiva del pulso electromagnético. No nos llegará ayuda desde el otro lado del escudo.

—¡Trigg! ¡Vuelve aquí! —grita la gris en cuanto su hermano planta la última mina en el puente.

Un solo disparo hace añicos la mañana invernal. Su eco es quebradizo y frío. Lo siguen otros. Crac. Crac. Crac. La nieve salta alrededor de Trigg. El chico corre hacia nosotros y Holiday se agacha para cubrirlo, con el rifle dándole sacudidas en el hombro. Con gran esfuerzo, consigo incorporarme. Me duelen los ojos cuando intento enfocar la vista bajo la luz del sol. El hormigón estalla delante de mí. Algunos fragmentos me desgarran la cara. Me agacho temblando de miedo. Los hombres del Chacal han encontrado sus armas de repuesto.

Vuelvo a asomarme. Con los párpados entornados, veo a Trigg atrapado a medio camino de donde nos encontramos nosotros, intercambiando disparos con un escuadrón de grises que llevan rifles de gas. Salen en tropel de las puertas herméticas de la fortaleza, que ahora ya están abiertas en el extremo contrario del puente. Caen dos. Otros se acercan a una mina de proximidad y desaparecen en una nube de humo cuando Trigg la activa disparando a los

pies de los soldados. Holiday se carga a otro justo cuando su hermano consigue ponerse a cubierto, herido de bala en el hombro. Se pone una inyección de estimulantes en el muslo y vuelve al combate. Una bala impacta contra el hormigón delante de mí y sale despedida hacia Holiday. Penetra justo por debajo de la axila de su armadura y la alcanza en las costillas con un ruido carnoso.

Cae al suelo. Las balas me obligan a acuclillarme a su lado. Llueve hormigón. La chica escupe sangre y en su respiración hay un eco húmedo, de flemas.

—La tengo en el pulmón —resuella mientras trata de sacarse una inyección de estimulantes de un bolsillo de la pierna.

Si los circuitos de su armadura no estuvieran fritos, los medicamentos se le inyectarían de manera automática. Pero Holiday tiene que abrir el estuche y aplicarse una dosis manualmente. La ayudo liberando una de las microjeringuillas y clavándosela en el cuello. Se le dilatan las pupilas y se le ralentiza la respiración cuando los narcóticos se mezclan con su sangre. A mi lado, Victra sigue con los ojos cerrados.

Los disparos cesan. Con cuidado, echo un vistazo a la escena. Los grises del Chacal están escondidos detrás de las paredes de hormigón y los pilones del puente, a unos sesenta metros de distancia. Trigg recarga sus armas. Lo único que se oye es el viento. Algo va mal. Escudriño el cielo, temeroso del silencio. Se acerca un dorado. Lo noto en el pulso de la batalla.

—¡Trigg! —grito hasta que se me estremece el cuerpo—. ¡Corre!

Holiday ve la expresión de mi rostro. Consigue levantarse y jadea de dolor cuando Trigg abandona su posición a cubierto y sus botas lo hacen resbalar sobre el puente cuajado de hielo. Se cae y vuelve a levantarse, avanza hacia nosotros con dificultad, aterrorizado. Es demasiado tarde. A su espalda, Aja au Grimmus atraviesa a toda prisa la puerta de la fortaleza dejando atrás a los grises, a los obsidianos que acechan en las sombras. Va ataviada con su chaqueta negra formal. Sus largas piernas se acercan ahora a Trigg. Es una de las imágenes más tristes que he visto en mi vida.

Disparo mi revólver. Holiday descarga su rifle. Tan solo alcanzamos el aire. Aja esquiva, se revuelve y, cuando Trigg está a diez pasos de nosotros, le atraviesa el pecho con su filo. El metal brilla, empapado, a través del

esternón del chico. La sorpresa le hace abrir los ojos de par en par. Su boca articula un grito mudo. Y chilla cuando lo levantan en el aire, cuando el filo de Aja lo eleva como si fuera un sapo que se retuerce clavado en el extremo de la improvisada lanza de un crío.

—Trigg… —susurra Holiday.

Tambaleándome, intento echar a andar hacia donde está Aja al tiempo que desenfundo mi filo, pero Holiday tira de mí para ocultarme tras el muro mientras las balas de los grises lejanos resquebrajan el hormigón que nos rodea. La sangre de la chica derrite la nieve que tiene debajo.

—No seas estúpido —gruñe, y me arrastra hacia el suelo con las últimas fuerzas que le quedan—. No podemos ayudarlo.

—¡Es tu hermano!

—Él no es la misión. Tú sí.

—¡Darrow! —grita Aja desde el puente.

Holiday se asoma para ver dónde está Aja con su hermano, la cara de la Furia exangüe y serena. Con una sola mano, el caballero mantiene a Trigg en alto clavado en la punta de su lanza. El chico se retuerce sobre la hoja. Se desliza poco a poco hacia la empuñadura.

—Buen hombre, se ha acabado el tiempo de ocultarse detrás de los demás. Sal.

—No lo hagas —murmura Holiday.

—Sal —repite la Furia.

Y hace que Trigg salga disparado de su hoja y vuele por encima del puente. El gris cae doscientos metros antes de que su cuerpo se haga pedazos contra un saliente de granito situado más abajo.

Holiday emite un gruñido sofocante y enfermizo. Levanta su rifle vacío y aprieta el gatillo una docena de veces apuntando a Aja. El caballero se agacha antes de darse cuenta de que el arma de la gris está descargada. Tiro de ella hacia abajo cuando la bala de un francotirador que apuntaba a su pecho impacta contra su pistola, haciéndola añicos y machacándole un dedo. Nos sentamos con la espalda pegada al hormigón, temblando, uno a cada lado de Victra.

—Lo siento —consigo decir.

Ella no me oye. Le tiemblan las manos aún más que a mí. No hay

lágrimas en sus ojos distantes. No hay color en su rostro surcado de arrugas.

—Vendrán —dice tras un momento de silencio. Sigue el humo verde con la mirada—. Tienen que venir.

La sangre le empapa la ropa y le gotea por la comisura de la boca antes de congelársele en el cuello. Se saca un cuchillo de la bota e intenta ponerse en pie, pero su cuerpo ya no puede más. Su respiración es húmeda y espesa, huele a cobre.

—Vendrán.

—¿Cuál es el plan? —le pregunto. Se le cierran los ojos. La zarandeo—. ¿Cómo van a venir?

Señala con la cabeza hacia el borde de la plataforma de aterrizaje.

—Escucha.

—¡Darrow! —La voz de Casio retumba sobre el viento. Se ha sumado a Aja—. Darrow de Lico, ¡sal! —Su voz intensa no es apta para un momento como este. Es demasiado majestuosa, aguda y ajena a la tristeza que nos devora. Me seco las lágrimas de los ojos—. Debes decidir quién eres realmente, Darrow. ¿Te entregarás como un hombre? ¿O tendremos que sacarte como a una rata de una cueva?

Se me acumula la rabia en el pecho, pero no quiero ponerme de pie. Antaño lo habría hecho, cuando vestía la armadura de un dorado y creía que me alzaría sobre el asesino de Eo y revelaría mi verdadero rostro mientras las ciudades ardían y su color dorado se derrumbaba. Pero esa armadura ya no está. La duda y la oscuridad han carcomido la máscara del Segador. No soy más que un muchacho, y tiemblo, y me encojo, y me escondo de mi enemigo porque sé cuál es el precio del fracaso y tengo muchísimo miedo.

Pero no permitiré que me atrapen. No seré su víctima, y no dejaré que Victra vuelva a caer en sus manos.

—A la mierda con todo —digo.

Agarro a Holiday por el cuello y a Victra por la mano y, con los ojos brillantes a causa del esfuerzo, cegado por el sol que se refleja en la nieve y con la cara entumecida, las saco de nuestro escondite y las arrastro con todas mis fuerzas hacia el extremo de la plataforma azotado por el viento.

Mis enemigos guardan silencio.

El espectáculo que debo de ofrecer —el de una forma negra y vacilante

que arrastra a sus amigas, con los ojos hundidos y la cara de un viejo demonio famélico, con barba y ridículo— es patético. Veinte metros por detrás de mí, los dos Caballeros Olímpicos se alzan imperiosos sobre el puente, allá donde este se une con la plataforma de aterrizaje, flanqueados por más de cincuenta grises y obsidianos que han salido de las puertas de la Ciudadela tras Casio. El filo plateado de Aja gotea sangre. Pero no es de ella. Es de Lorn, es el que ella le arrebató a su cadáver. Los dedos de los pies me palpitan dentro de las alpargatas mojadas.

Sus hombres parecen minúsculos recortados contra la fachada de la inmensa fortaleza montañosa. Sus armas de metal, insignificantes y simples. Miro hacia la derecha, lejos del puente. A kilómetros de distancia, una escuadrilla de soldados alza el vuelo desde un pico de montaña apartado que el pulso electromagnético no ha debido de alcanzar. Se dirigen hacia nosotros atravesando una capa de nubes bajas. Los sigue una nave alas ligeras.

—Darrow —me llama Casio mientras avanza junto a Aja desde el puente hasta la plataforma—. No puedes escapar. —Me mira fijamente con unos ojos inescrutables—. El escudo está activado. El cielo bloqueado. Ningún barco podrá entrar a rescatarte. —Observa el humo verde que se eleva hacia el aire invernal desde el bote que descansa en la plataforma nevada—. Acepta tu destino.

El viento aúlla entre nosotros, cargado de copos de nieve que ha arrancado de la montaña.

—¿La disección? —pregunto—. ¿Eso es lo que crees que merezco?

—Eres un terrorista. Has renunciado a cualquier derecho que pudieras tener.

—¿Derechos? —gruño por encima de Victra y Holiday—. ¿A sujetar los pies de mi esposa? ¿A ver morir a mi padre? —Intento escupir, pero la saliva se me queda pegada a los labios—. ¿Qué derecho teníais vosotros a llevároslos?

—No hay nada que debatir. Eres un terrorista, y debes ser llevado ante la justicia.

—Entonces ¿por qué estás hablando conmigo, maldito hipócrita?

—Porque el honor aún importa. «El honor es lo que se recuerda».

Son palabras de su padre. Pero están tan vacías en sus labios como yo las

siento en los oídos. Esta guerra se lo ha arrebatado todo. Veo en sus ojos lo destrozado que está. Los terribles esfuerzos que realiza por ser un digno hijo de su padre. Si pudiera, Casio elegiría volver junto a la hoguera que encendimos en las tierras altas del Instituto. Regresaría a los días de gloria en los que la vida era simple, en los que los amigos parecían de verdad. Pero anhelar el pasado no nos limpia la sangre de las manos a ninguno de los dos.

Escucho el gemido del viento que llega desde el valle. Tengo los talones al borde de la plataforma de aterrizaje. Detrás de mí no hay nada más que aire. Aire y la cambiante topografía de una ciudad oscura sobre el suelo del valle, dos mil metros más abajo.

—Va a saltar —le dice Aja con tranquilidad a Casio—. Necesitamos el cuerpo.

—Darrow, no lo hagas —me exhorta él, pero sus ojos me dicen que salte, que tome esa salida en lugar de rendirme, en lugar de ir a la Luna para que me despellejen.

Este es el fin noble. Casio me está cubriendo de nuevo con su capa.

Y lo odio por ello.

—¿Crees que tú tienes honor? —le espeto—. ¿Crees que eres un buen hombre? ¿Te queda alguien a quien amar? ¿Por quién luchas? —La rabia se filtra en mis palabras—. Estás solo, Casio. Pero yo no. No lo estaba cuando me enfrenté a tu hermano en el Paso. Ni cuando me escondí entre vosotros. Ni cuando yacía en la oscuridad. Ni siquiera ahora. —Me aferro con todas mis fuerzas al cuerpo inconsciente de Holiday, entrelazando los dedos con las correas de su armadura. Aprieto la mano de Victra. Araño el borde del abismo con los talones—. Escucha el viento, Casio. Escucha el condenado viento.

Los dos caballeros inclinan ligeramente las cabezas. Y siguen sin entender el extraño gemido que brota del fondo del valle, porque ¿cómo iban a conocer un hijo y una hija de dorados el sonido de una Garra Perforadora horadando la roca? ¿Cómo iban a adivinar que mi gente no vendría desde el cielo, sino desde el corazón de nuestro planeta?

—Adiós, Casio —me despido—. No dejes de esperarme.

Salto de la plataforma impulsándome con ambas piernas, y me arrojo hacia el cielo abierto, arrastrando conmigo a Holiday y a Victra hacia la nada.

7

ABEJORROS

Caemos hacia un ojo derretido en el centro de la ciudad cubierta por la nieve. Allí, entre las múltiples hileras de plantas de fabricación, los edificios se estremecen e inclinan cuando la tierra se eleva. Las tuberías crujen y salen volando por los aires. El vapor se escapa con un siseo a través del asfalto resquebrajado. Las explosiones de gas se propagan formando una corona, arrojando líneas de fuego por unas calles que se retuercen e hinchan como si el propio planeta Marte se alzara seis plantas para dar a luz a un antiguo leviatán. Y entonces, cuando el suelo y la ciudad ya no pueden ceder más, una Garra Perforadora irrumpe en el aire invernal, una titánica mano de metal con los dedos fundidos que echa humo, despedaza y se desvanece de nuevo cuando la Garra Perforadora vuelve a hundirse en las entrañas de Marte llevándose con ella medio bloque de pisos.

Caemos demasiado rápido.

Hemos saltado demasiado pronto. Mi mano suelta a Victra.

El suelo se acerca a nosotros a gran velocidad.

Entonces el aire cruje con una explosión sónica.

Y luego otra. Y otra, hasta que todo un coro resuena desde la oscuridad del túnel excavado por la Garra Perforadora, del que surge un pequeño ejército. Dos, veinte, cincuenta siluetas con armadura y gravibotas salen gritando del túnel hacia donde estamos nosotros. A mi izquierda, a mi derecha. Pintados de rojo sangre, sin dejar de disparar pulsos hacia el cielo

que se extiende a nuestras espaldas. Se me ponen los pelos de punta y percibo el olor del ozono. Las municiones sobrecalentadas adquieren un tono azulado a causa de la fricción cuando desgarran las moléculas de aire. Las minipistolas engastadas en los hombros vomitan muerte.

Entre los Hijos de Ares que ascienden, hay un hombre con una armadura carmesí y el casco de llamas afiladas de su padre. Se mueve a gran velocidad y coge a Victra segundos antes de que impacte contra el tejado de un rascacielos. Aullidos de lobo resuenan a través de los altavoces de su casco. Es el mismísimo Ares. Mi mejor amigo de todos los mundos no me ha olvidado. Ha venido con su legión de destructores de imperios, terroristas y renegados: los Aulladores. Una docena de hombres y mujeres de metal, con sus capas de lobo negro ondeando al viento, vuela tras él. El más corpulento de todos ellos lleva una armadura de un blanco inmaculado con huellas de manos azules cubriéndole el pecho y los brazos. Una línea roja atraviesa su capa negra. Durante un instante, pienso que es Pax que ha regresado de entre los muertos por mí. Pero cuando el hombre nos coge a Holiday y a mí, veo los glifos dibujados en la pintura azul de las huellas dactilares. Glifos del polo sur de Marte. Es Ragnar Volarus, príncipe de las Torres Valquirias. Lanza a Holiday hacia otro Aullador y me coloca a su espalda para que pueda rodearle el cuello con los brazos y hundir los dedos en los remaches de su armadura. Luego pone rumbo hacia el túnel a través del valle humeante y me grita:

—**Agárrate bien, hermanito**.

Y se lanza de cabeza. Sevro está a nuestra izquierda, sujetando a Victra. Hay Aulladores por todas partes, y sus gravibotas ululan cuando nos precipitamos hacia la oscuridad de la boca del túnel. El enemigo nos persigue. Los ruidos son terribles. Gritos del viento. Rocas que se resquebrajan cuando el fuego de pulsos agujerea los muros a nuestras espaldas y armas que gorjean. Mi mandíbula tintinea contra el hombro de metal de Ragnar. Sus gravibotas vibran a la máxima potencia. Los pasadores de la armadura se me clavan en las costillas. La mochila de baterías que lleva en la parte baja de la espalda se me clava en la entrepierna mientras zigzagueamos a toda velocidad por las tinieblas. Voy montado sobre un tiburón de metal y me sumerjo cada vez más en el vientre de un mar

iracundo. Se me taponan los oídos. El viento silba. Un guijarro me golpea en la frente. La sangre me resbala por la cara y hace que me escuezan los ojos. La única luz procede del resplandor de las botas y los destellos de las armas.

El hombro derecho me estalla de dolor. El fuego de pulsos de nuestros perseguidores no me alcanza por centímetros. Aun así, la piel se me ampolla y humea hasta que la manga del mono que llevo puesto comienza a arder. El viento extingue las llamas. Pero el fuego de pulsos vuelve a desgarrar el aire a mi lado y prende las gravibotas del Hijo que va justo delante de mí. Sus piernas se funden en un solo pedazo de metal derretido. El hombre da una sacudida en el aire y se estampa contra el techo, al que su cuerpo hecho un guiñapo se queda pegado. Su casco sale despedido y se dirige directamente hacia mí.

Una luz roja palpita a través de mis párpados. Hay humo en el aire. Huele a carne. Me irrita la garganta. Tejido graso chamuscado y crujiente. Dolor intenso en el pecho. A mi alrededor, una ciénaga de gemidos, aullidos y gritos pidiendo ayuda a mamá. Y algo más. Un zumbido de abejorros en los oídos. Hay alguien encima de mí. Los veo bajo la luz roja cuando abro los ojos. Gritándome a la cara. Poniéndome una mascarilla en la boca. Una capa de piel de lobo húmeda cuelga de un hombro metálico y me roza el cuello. Otras manos tocan las mías. El mundo vibra, se inclina.

—¡A estribor! ¡A estribor! —grita alguien como si estuviera bajo el agua.

Estoy rodeado de hombres agonizantes. Trozos de armadura quemados, retorcidos. Con hombres más pequeños reclinados sobre ellos, como buitres, con sierras que relumbran en sus manos mientras les arrancan las armaduras para tratar de liberar a los moribundos de las quemaduras del interior. Pero las armaduras están totalmente adheridas. Una mano toca la mía. La de un chico tumbado a mi lado. Los ojos como platos. La armadura ennegrecida. La piel de sus mejillas es joven y suave bajo el hollín y la sangre. Aún no tiene la boca arrugada por las sonrisas. Su respiración es breve, rápida. Pronuncia mi nombre.

Y después muere.

8

HOGAR

Estoy solo, lejos del horror, ingrávido y limpio en un camino que huele a musgo y tierra. Toco el suelo con los pies, pero no lo siento debajo de mí. A ambos lados se extiende la hierba de los páramos azotados por el viento. Los relámpagos iluminan el cielo en la distancia. Mis manos están desprovistas de emblemas y acarician el murete empedrado que serpentea a uno y otro lado. ¿Cuándo he empezado a caminar? A lo lejos, se eleva el humo de una hoguera. Sigo el camino, pero siento que no tengo elección. Una voz me grita desde detrás de una colina.

Oh tumba, oh cuarto nupcial, casa
hueca que contemplará para siempre el lugar adonde voy.
Hacia mi propia gente, que está casi toda allí;
Perséfone se los ha llevado con ella.
Soy el último de todos, mi condena ha superado a la de los demás,
descenderé antes de que mi existencia se complete.
Cuando llegue allí espero encontrar calma.
Acudo como un buen amigo para mi amado padre,
para ti, para mi madre y también para mi hermano.
Los tres habéis conocido mi mano en la muerte,
lavo vuestros cuerpos…

Es la voz de mi tío. ¿Esto es el valle? ¿Es este el camino que recorro antes de morir? No puede ser. En el valle no hay dolor, pero mi cuerpo sufre. Me

escuecen las piernas. Aun así, oigo esa voz por delante de mí, atrayéndome hacia ella a través de la niebla. El hombre que me enseñó a bailar después de que mi padre muriera, que me custodió y me envió con Ares. Que murió en un pozo minero y mora ahora en el valle.

Pensé que sería Eo quien me recibiría. O mi padre. No Narol.

—Sigue leyendo —susurra otra voz—. La doctora Virany dijo que puede oírnos. Solo tiene que encontrar el camino de vuelta.

A pesar de que estoy caminando, noto una cama bajo mi cuerpo. El aire que penetra en mis pulmones es frío y vigorizante. Las sábanas, suaves y limpias. Los músculos de las piernas se me crispan. Es como si un montón de abejas pequeñas me las aguijonearan. Y con cada picotazo, el mundo onírico se desvanece y regreso poco a poco a mi cuerpo.

—Bueno, si vamos a leerle a este pichón, bien podría ser algo de rojos, y no esta mierda violeta y cursi.

—Dancer dijo que era uno de sus libros favoritos.

Abro los ojos. Estoy en una cama. Sábanas blancas. Vías intravenosas clavadas en los brazos. Bajo las sábanas, toco los nódulos del tamaño de una hormiga que me han adherido a las piernas para enviar una corriente eléctrica por mis músculos y combatir así la atrofia. La habitación es una cueva. Está atestada de equipamiento científico, máquinas y terrarios.

Resulta que sí era el tío Narol quien hablaba en el sueño. Pero no está en el valle. Está vivo. Está sentado junto a mi cama, mirando con los ojos entornados uno de los viejos libros de Mickey. Está lleno de canas y demasiado enjuto incluso para ser un rojo. Sus manos callosas tratan de ser delicadas con las frágiles páginas de papel. Está calvo y tiene los antebrazos y la nuca muy quemados por el sol. Su aspecto sigue siendo el de un hombre improvisado a partir de retales de cuero resquebrajado. Ahora tendrá cuarenta y un años. Parece más viejo. Más salvaje. Tiene un aire amenazadoramente peligroso; sus únicos dientes, los del cañón de riel que lleva en la pistolera del muslo. Lleva una falce cosida a la chaqueta militar negra, encima de un logo de la Sociedad al que le han dado la vuelta. El rojo en la parte superior. El dorado en los cimientos.

Este hombre ha estado en la guerra.

Mi madre está sentada a su lado. Una mujer encorvada y frágil desde que

sufrió la apoplejía. ¿Cuántas veces me he imaginado al Chacal cerniéndose sobre ella con unos alicates en la mano? Y sin embargo ha estado a salvo durante todo este tiempo. Sus dedos retorcidos pasan la aguja y el hilo por unos calcetines andrajosos, zurciendo agujeros. No se mueven como solían hacerlo. La edad y la enfermedad la han hecho más lenta. Su cuerpo roto no representa lo que es en realidad por dentro. Interiormente, es tan alta como cualquier dorado, corpulenta como un obsidiano.

Al verla ahí sentada respirando tranquilamente, concentrada en su tarea, deseo protegerla más que nada en el mundo. Quiero curarla. Darle todo lo que nunca ha tenido. La quiero tanto que no sé qué decir. No puedo hacer nada que consiga demostrarle cuánto la quiero.

—Madre… —susurro.

Ambos levantan la vista. Narol se queda paralizado en su silla. Mi madre posa una mano sobre la de él y se levanta despacio para acercarse a la cabecera de la cama. Sus pasos son lentos, cautelosos.

—Hola, niño.

Se queda de pie a mi lado, abrumándome con el amor que transmite su mirada. Una de mis manos es más grande que su cabeza, pero le toco la cara con cuidado como si quisiera probarme a mí mismo que es real. Acaricio las patas de gallo que van desde las comisuras de sus ojos al pelo cano de sus sienes. De pequeño, no le tenía tanto cariño como a mi padre. A veces me pegaba. Esta mujer lloraba a solas y fingía que no pasaba nada. Y ahora lo único que deseo es escucharla tararear mientras cocina. Lo único que quiero son aquellas noches en que teníamos paz y yo era un crío.

Quiero que el tiempo retroceda.

—Lo siento… —me sorprendo diciendo—. Lo siento mucho…

Me besa en la frente y apoya su cabeza en la mía. Huele a óxido, sudor y aceite. A casa. Me dice que soy su hijo. Que no hay nada por lo que disculparse. Que estoy a salvo. Que me quieren. Toda la familia está aquí. Kieran, Leanna y sus hijos. Esperando para verme. Sollozo incontrolablemente, compartiendo todo el dolor que mi soledad me ha forzado a acumular. Las lágrimas son un lenguaje más profundo que el que mi lengua puede permitirse en estos momentos. Estoy exhausto cuando vuelve a besarme en la cabeza y se aparta. Narol se sitúa a su lado y me pone

una mano sobre el brazo.

—Narol…

—Hola, cabroncete —saluda con aspereza—. Sigues siendo un digno hijo de tu padre, ¿eh?

—Creía que estabas muerto —digo.

—No. La muerte me dio unos cuantos mordiscos. Y luego escupió a toda prisa mi maldito culo. Dijo que aún tenía que cometer unas cuantas masacres más y también que un pariente mío un tanto salvaje necesitaba que lo salvaran.

Sin dejar de mirarme, esboza una gran sonrisa. A la vieja cicatriz de sus labios se han sumado dos nuevas.

—Hemos estado esperando a que despertaras —dice mi madre—. Hace dos días que te trajeron de vuelta en la lanzadera.

Aún noto el sabor del humo de la carne quemada en el fondo de la garganta.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—En Tinos. La ciudad de Ares.

—Tinos… —susurro. Me incorporo a toda prisa—. Sevro… Ragnar…

—Están vivos —gruñe Narol, que me empuja para que vuelva a tumbarme—. No te arranques los tubos ni la carne resonante. La doctora Virany tardó horas en suturarte después de ese maldito desastre de huida. Se suponía que los Montahuesos estarían en el radio del pulso electromagnético. No fue así. Nos hicieron pedazos en los túneles. Ragnar es el único motivo por el que sigues vivo.

—¿Estabas allí?

—¿Quién crees que dirigió el equipo de perforación que abrió el suelo de Ática? Ha sido sangre de Lico, Lambda y ómicron.

—¿Y qué hay de Victra?

—Tranquilo, chico. —Me pone una mano en el pecho para impedir que intente levantarme de nuevo—. Está con el médico. Igual que la gris. Están vivas. Las están remendando.

—Tenéis que examinarme, Narol. Diles a los médicos que me examinen en busca de rastreadores de radiación. De implantes. Puede que me hayan dejado escapar a propósito para encontrar Tinos… Necesito ver a Sevro.

—¡Eh, te he dicho que tranquilo! —me espeta Narol con brusquedad—. Ya te hemos registrado. Tenías dos implantes. Pero el pulso electromagnético se los ha cargado. No han podido rastrearte. Y Ares no está aquí. Sigue ahí fuera con los Aulladores. Volvió solo para entregar a los heridos y papear.

Había casi una docena de capas de lobo. Así que Sevro ha reclutado nuevos miembros. Cardo nos ha traicionado, pero Vixus mencionó a Guijarro y Payaso. Me pregunto si Muecas también estará con ellos.

—Ares siempre está en movimiento —explica mi madre.

—Mucho por hacer. Y un solo Ares —replica Narol a la defensiva—. Siguen buscando supervivientes. Volverá pronto. Al amanecer, con un poco de suerte.

Mi madre le lanza una mirada severa y mi tío se queda callado.

Me recuesto sobre la cama, abrumado por el mero hecho de hablar con ellos. De verlos. Apenas soy capaz de formar frases. Tengo tantas cosas que decirles. Tantas emociones desconocidas que me recorren por dentro. Y lo único que consigo hacer es permanecer aquí tumbado mientras respiro aceleradamente. El amor de mi madre llena la habitación, pero aún siento la oscuridad que se agita fuera de aquí en estos momentos. Que oprime a esta familia que creía que había perdido y que ahora temo no ser capaz de proteger. Mis enemigos son demasiado fuertes. Demasiado numerosos. Y yo demasiado débil. Niego con la cabeza y acaricio los nudillos de mi madre con el pulgar.

—Pensaba que no volvería a verte jamás.

—Y sin embargo aquí estás.

De algún modo, consigue que sus palabras suenen frías. Es muy típico de mi madre ser la que tiene los ojos secos cuando los dos hombres a duras penas son capaces de hablar. Siempre me he preguntado cómo conseguí sobrevivir al Instituto. Está jodidamente claro que no fue por mi padre. Él era un hombre tierno. Mi madre es mi columna. El hierro. Y me aferro a su mano como si ese simple gesto pudiera explicar todo esto.

Alguien llama a la puerta con suavidad. Dancer asoma la cabeza al interior. Tan endemoniadamente guapo como siempre, es uno de los pocos rojos con vida que hacen que la ancianidad parezca atractiva. Oigo los ligeros roces del pie que arrastra tras él por el pasillo. Tanto mi madre como mi tío lo

saludan con deferencia. Narol se hace respetuosamente a un lado cuando Dancer se acerca a mi cama, pero mi madre permanece en su sitio.

—Parece que este sondeainfiernos no está del todo acabado. —Dancer me agarra la mano con fuerza—. Pero nos has dado un susto de mil demonios.

—Maldita sea, me alegro de verte, Dancer.

—Y yo de verte a ti, chico. Y yo.

—Gracias. Por cuidar de ellos. —Señalo a mi madre y a mi tío con la cabeza—. Por ayudar a Sevro…

—Para eso está la familia —replica él—. ¿Cómo te encuentras?

—Me duele el pecho. Y el resto del cuerpo.

Se ríe con calma.

—No me extraña. Virany dice que ese chute que te metieron los Nakamura casi te mata. Has sufrido un infarto.

—Dancer, ¿cómo lo descubrió el Chacal? No he dejado de preguntármelo. Lo he repasado todo. Las pistas que le dejé. ¿Me delaté yo mismo?

—No fuiste tú —contesta Dancer—. Fue Harmony.

—Harmony… —repito en un susurro—. Ella no… Odia a los dorados.

Pero aun cuando lo estoy diciendo, me doy cuenta de lo irreflexivo que es su odio. De las ansias de venganza que debió de sentir cuando no detoné la bomba que me dio para matar a la soberana y a los demás en la Luna.

—Cree que hemos traicionado la revolución —me explica Dancer—. Que estamos transigiendo demasiado. Ella le dijo al Chacal quién eras.

—Así que él ya lo sabía cuando estuve en su despacho. Cuando le di el regalo…

Dancer asiente con aire cansado.

—Tu presencia confirmó las acusaciones de Harmony. Así que el Chacal nos permitió rescatarla a ella y a los demás. La llevamos de vuelta a la base y, una hora antes de que aparecieran los escuadrones de la muerte del Chacal, se esfumó.

—Fitchner está muerto por su culpa. Él le dio un propósito en la vida… Comprendo que Harmony pudiera traicionarme a mí, pero ¿a él? ¿A Ares?

—Descubrió que era dorado y lo entregó. Debió de facilitarle las coordenadas de la base al Chacal.

Ares era el héroe de Harmony. Su dios. Después de que sus hijos murieran en las minas, él le dio una razón para seguir viviendo, una razón para luchar. Y más tarde descubrió que él era el enemigo e hizo que lo mataran. Me destroza pensar que ese es el motivo por el que Fitchner ha muerto.

Dancer me escudriña en silencio. Está claro que no soy lo que se esperaba. Mi madre y Narol lo observan casi con tanta atención como a mí y llegan a la misma conclusión.

—Sé que no soy lo que era —digo despacio.

—No, chico. Has pasado por un infierno. No es eso.

—Entonces ¿qué es?

Intercambia una mirada con mi madre.

—¿Estás segura?

—Tiene que saberlo. Cuéntaselo —contesta ella, y Narol también asiente.

Aun así, Dancer titubea. Busca una silla con la mirada. Mi tío se apresura a ofrecerle una y colocarla junto a la cama. Dancer le da las gracias con un gesto de la cabeza y luego se inclina hacia mí juntando los dedos de ambas manos.

—Darrow, la gente te ha ocultado cosas durante demasiado tiempo. Así que a partir de ahora quiero ser totalmente sincero contigo. Hasta hace cinco días, creíamos que estabas muerto.

—No me ha faltado mucho para estarlo.

—No. No, lo que quiero decir es que hace nueve meses que dejamos de buscarte.

La mano de mi madre se tensa sobre la mía.

—Tres meses después de tu captura, los dorados te ejecutaron por traición en la holopantalla. Arrastraron a un chico idéntico a ti hasta los escalones de la Ciudadela en Agea y enumeraron tus delitos. Fingieron que seguías siendo dorado. Intentamos liberarte. Pero era una trampa. Perdimos miles de hombres. —Su mirada salta de mis labios a mi pelo—. Tenía tus mismos ojos, tus cicatrices, tu maldita cara. Y tuvimos que quedarnos mirando mientras el Chacal te cortaba la cabeza y destruía tu obelisco en el Campo de Marte.

Los miro con fijeza, sin comprender del todo lo que intentan decirme.

—Lloramos por ti, niño —dice mi madre con un tono de voz débil—. Todo el clan, toda la ciudad. Yo misma encabecé la Endecha Fúnebre y enterramos tus botas en los túneles más profundos de Tinos.

Narol se cruza de brazos para tratar de protegerse del recuerdo.

—Era igual que tú. Los mismos andares. La misma cara. Creí que te había visto morir una vez más.

—Probablemente fuera una careta de músculo o alguien tallado, puede que incluso efectos digitales —explica Dancer—. Ahora ya no importa. El Chacal te mató como a un áureo. No como a un rojo. Habría sido una estupidez por su parte revelar tu identidad. Nos habría facilitado una herramienta. Así que más bien moriste como otro dorado que creía que podía ser el rey. A modo de advertencia.

El Chacal prometió que haría daño a todos los que quiero. Y ahora veo lo profundamente que ha logrado herirlos. La fachada de mi madre se ha derrumbado. Toda la pena que ha contenido en su interior se acumula detrás de sus ojos cuando me mira. La culpa le tensiona el rostro.

—Te di por perdido —dice con la voz entrecortada—. Te abandoné.

—No es culpa tuya —la tranquilizo—. Era imposible que lo supieras.

—Sevro lo sabía —responde.

—Jamás dejó de buscarte —aclara Dancer—. Creí que estaba loco. Decía que no estabas muerto. Que podía sentirlo. Que lo sabría si fuera así. Incluso le pedí que le cediera el timón a otra persona. Él estaba demasiado descentrado buscándote.

—Pero ese cabrón te ha encontrado —interviene Narol.

—Sí —confirma Dancer—. Lo ha conseguido. Yo me había equivocado. Debería haber creído en ti. Y en él.

—¿Cómo me encontrasteis?

—Teodora diseñó una operación.

—¿Está aquí?

—Trabaja para nosotros en inteligencia. Esa mujer tiene muchos contactos. Uno de sus informadores oyó en un club de Perlas que los Caballeros Olímpicos iban a trasladar un paquete de Ática a la Luna para entregárselo a la soberana. Sevro pensó que tú serías ese paquete y dedicó una inmensa parte de nuestros recursos de reserva a este ataque, quemó dos

de nuestros activos encubiertos…

Mientras habla, observo a mi madre, que tiene la mirada clavada en una bombilla que crepita en el techo. ¿Qué representa todo esto para ella? ¿Qué siente una madre al ver a su hijo destrozado por otros hombres? ¿Ver el dolor escrito en las cicatrices de su piel, explicado en silencios, en miradas perdidas? ¿Cuántas madres han rezado por ver a sus hijos e hijas regresar de la guerra para después darse cuenta de que la guerra los retiene para siempre, de que el mundo los ha envenenado y nunca volverán a ser los mismos?

Durante nueve meses, mi madre ha estado de duelo por mí. Ahora se asfixia en la culpa por haber renunciado a su propio hijo y en la desesperación al oír que la guerra lo engullirá de nuevo, consciente de que no puede hacer nada por evitarlo. A lo largo de los últimos años, he pisoteado a muchas personas para conseguir lo que creo que quiero. Si esta es mi última oportunidad de vivir, quiero hacerlo bien. Lo necesito.

—… pero ahora el verdadero problema no es el material, lo que necesitamos son hombres…

—Dancer…, para —le pido.

—¿Que pare? —Frunce el entrecejo, confundido, y mira a Narol—. ¿Qué pasa?

—No pasa nada. Pero hablaremos de esto mañana por la mañana.

—¿Mañana? Darrow, el mundo se tambalea bajo tus pies. Hemos perdido el control del resto de las facciones rojas. Los Hijos no sobrevivirán a lo que queda de año. Tengo que transmitirte la información. Necesitamos que vuelvas…

—Dancer, estoy vivo —digo mientras pienso en todas las preguntas que quiero formular: acerca de la guerra, de mis amigos, de cómo me capturaron, de Mustang. Pero eso puede esperar—. ¿Sabes acaso la suerte que tengo de ser capaz de volver a veros a todos en este mundo? Hace seis años que no veo a mi hermano y a mi hermana. Así que mañana escucharé todo lo que tengas que contarme. Mañana me entregaré de nuevo a la guerra. Pero esta noche me debo a mi familia.

Oigo a los niños antes de que lleguemos a la puerta y me siento como un

invitado en el sueño de otra persona. No apto para el mundo de los pequeños. Pero no puedo opinar mucho sobre el asunto mientras mi madre empuja mi silla de ruedas hacia el interior de una habitación atestada, llena de literas de metal, críos, olor a champú y ruido. Cinco de los niños de mi familia, recién salidos de la ducha a juzgar por el aspecto de sus cabelleras y las chanclas que hay en el suelo, están apelotonados en una de las literas: dos criaturas de nueve años, más altas, aliadas contra otras dos de seis años y una minúscula angelita que no deja de darle cabezazos en la pierna al chico más mayor. Él aún no se ha dado ni cuenta. Recuerdo a la sexta niña que hay en la habitación de cuando visité a mi madre en Lico. Es la pequeña que no podía dormir. Una de las de Kieran. Desde otra litera, observa al resto de los críos por encima de su libro de fábulas y es la primera en reparar en mi presencia.

—Pa —llama con los ojos abiertos de par en par—. Pa…

Kieran abandona con brusquedad su partida de dados con Leanna cuando me ve. Leanna lo sigue, más lentamente.

—Darrow —dice corriendo hacia mí y deteniéndose justo delante de mi silla de ruedas.

Él también lleva barba ahora. Ronda los veinticinco años. No tiene los hombros caídos como solía. Sus ojos irradian una bondad que antes me hacía pensar que era un poco tonto, ahora me parece salvajemente valiente. Tras recuperar la compostura, les hace gestos a sus hijos para que se acerquen.

—Reagan, Iro, niños. Venid a conocer a mi hermano pequeño. Venid a conocer a vuestro tío.

Los niños se arremolinan en torno a él, un tanto vergonzosos. Un bebé se ríe al fondo de la habitación y una madre joven se levanta de la litera donde le estaba dando de mamar.

—¿Eo? —susurro.

La mujer es una visión del pasado. Bajita, con la cara en forma de corazón. Su pelo es una maraña espesa, alborotada. De esas melenas que se encrespan durante los días húmedos, como la de Eo. Pero no es Eo. Sus ojos son más pequeños; su nariz, de duende. En ella hay más delicadeza que fuego. Y esta mujer no es una niña, como lo era mi esposa. Ahora debe de tener unos veinte años, según mis cálculos.

Todos me miran con extrañeza.

Se preguntan si estoy loco.

Excepto Dio, la hermana de Eo, cuyo rostro se abre en una sonrisa.

—Lo siento, Dio —me disculpo a toda prisa—. Eres… exactamente igual que ella.

No permite que la situación se vuelva más incómoda y acalla mis disculpas. Me dice que es lo más bonito que podría haberle dicho.

—¿Y esa quién es, entonces? —pregunto refiriéndome al bebé que tiene en brazos.

El pelo de la criatura es absurdo. De color rojo óxido y recogido con una cinta en lo alto de la cabeza, de manera que sobresale como una pequeña antena. Me mira entusiasmada con sus ojos granates.

—¿Esta cosita? —pregunta Dio acercándose a mi silla—. Es alguien a quien he querido presentarte desde que Deanna nos dijo que estabas vivo. —Le lanza una mirada amorosa a mi hermano. Siento una punzada de celos—. Es nuestra primogénita. ¿Te gustaría cogerla?

—¿Cogerla? —repito—. No… Yo…

La niña tiende sus manitas regordetas hacia mí y Dio me la pone en el regazo antes de que pueda apartarme. La cría se agarra a mi jersey y gruñe mientras se da la vuelta y se contonea para quedar sentada a su gusto sobre mis piernas. Da palmas y se echa a reír. Completamente ajena a lo que soy. A por qué tengo las manos tan llenas de cicatrices. Encantada con lo grandes que son y con los emblemas dorados, me agarra un pulgar e intenta mordérmelo con las encías.

Su mundo no guarda ninguna relación con los horrores que yo conozco. Lo único que ve esta niña es amor. Siento la suavidad de su piel pálida sobre la mía. Ella está hecha de nubes y yo de piedra. Tiene los ojos grandes y brillantes como su madre. Su porte y los labios finos son de Kieran. Si esta fuera otra vida, podría haber sido hija mía y de Eo. Mi esposa se habría reído solo de pensar que serían mi hermano y su hermana quienes acabarían juntos al final, y no nosotros. Nosotros fuimos una pequeña tormenta que no podía durar. Pero tal vez Dio y Kieran lo consigan.

Mucho después de que las luces se hayan atenuado en todo el complejo para

rebajar las cargas de los generadores, me siento con mi tío y mi hermano a la mesa que hay en el fondo de la habitación y escucho a Kieran contarme sus nuevas obligaciones como aprendiz de los naranjas en el mantenimiento de alas ligeras y lanzaderas. Hace mucho rato que Dio ha ido a acostarse, pero me ha dejado a la niña, que ahora duerme en mis brazos moviéndose de vez en cuando mientras sus sueños la llevan allá donde les apetece.

—Le verdad es que aquí las cosas no son tan malas —está diciendo Kieran—. Mejor que en esas chimeneas de ahí abajo. Tenemos comida. Duchas de agua. ¡Se acabaron los ventiladores! Dicen que tenemos un lago encima. Las malditas duchas son algo deslumbrante. A los niños les encantan. —Mira a sus hijos en la penumbra. Dos por cama, tranquilamente dormidos—. Lo más difícil es no saber qué les espera a ellos. ¿Serán mineros? ¿Trabajarán en la hilandería? Siempre pensé que así sería. Que les dejaba un legado, una misión, un oficio. ¿Me comprendes? —Asiento—. Supongo que quería que mis hijos fueran sondeainfiernos. Como tú. Como papá. Pero…

Se encoge de hombros.

—Eso carece de sentido ahora que tienes ojos —interviene el tío Narol—. Es una vida vacía cuando sabes que te están pisoteando.

—Sí —contesta Kieran—. Morir a los treinta para que esos tipos puedan vivir hasta los cien. Maldita sea, eso no está bien. Solo quiero que mis hijos tengan algo más que esto, hermano. —Me mira con intensidad y recuerdo que mi madre me preguntó qué vendría después de la revolución. ¿Qué mundo estamos construyendo? Eso fue lo que quiso saber Mustang. Algo que Eo nunca se planteó—. Tienen que tener algo más que esto. Y yo quiero a Ares tanto como los demás. Le debo la vida. Las vidas de mis hijos. Pero…

Niega con la cabeza, quiere decir algo más, pero nota el peso de la mirada de Narol sobre él.

—Sigue —lo animo.

—No sé si él sabe lo que viene a continuación. Por eso me alegro de que hayas vuelto, hermanito. Sé que tú tienes un plan. Sé que tú puedes salvarnos.

Lo dice con muchísima fe, con total confianza.

—Claro que tengo un plan —digo, porque sé que es lo que Kieran necesita oír.

Pero mientras mi hermano se llena de nuevo la taza alegremente, mi tío me mira a los ojos y sé que detecta la mentira y que ambos sentimos la oscuridad que se cierne sobre nosotros.

9

LA CIUDAD DE ARES

Es primera hora de la mañana y estoy bebiéndome un café y comiéndome un cuenco de cereales que mi madre me ha traído del economato. Aún no estoy listo para aparecer en público. Kieran y Leanna ya se han marchado a trabajar, así que comparto la mesa con Dio y mi madre mientras los niños se visten para ir al colegio. Es una buena señal. Sabes que un pueblo se ha rendido cuando dejan de enseñar a sus hijos. Me termino el café. Mi madre me sirve más.

—¿Has traído una cafetera entera? —le pregunto.

—El cocinero ha insistido. Intentó darme dos.

Bebo un sorbo de la taza.

—Parece casi de verdad.

—Es que es de verdad —me asegura Dio—. Hay un pirata que nos envía mercancías de contrabando. El café es de la Tierra, creo. De Jamaca, me dijeron.

No la corrijo.

—¡Eh! —grita una voz por los pasillos. Mi madre da un respingo al oírla —. ¡Segador! ¡Segador! ¿Sales a jugar un rato?

Se oye un golpetazo en el pasillo y pisadas de botas macizas.

—**Recuerda que Deanna nos dijo que llamáramos a la puerta** —dice una voz atronadora.

—Eres un fastidio. Vale. —Llaman educadamente con los nudillos—.

¡Buenas nuevas! Somos el tío Sevro y el Moderadamente Simpático Gigante.

Mi madre le hace un gesto a una de mis entusiasmadas sobrinas.

—Ella, haznos el favor.

La niña sale corriendo a abrirle la puerta a Sevro. Él irrumpe en la habitación y alza a la niña en brazos. Ella grita de alegría. Sevro lleva puesto su bajotraje, un uniforme negro que absorbe el sudor y que los soldados se ponen bajo la armadura de pulsos. Tiene marcas de sudor bajo las axilas. Le bailan los ojos cuando me ve, así que lanza a Ella con brusquedad sobre una cama y se abalanza hacia mí con los brazos estirados. Una risa extraña le brota del pecho y su cara de hacha se deforma con una sonrisa irregular. La cresta de pelo que luce en la cabeza está sucia, empapada de sudor.

—¡Sevro, cuidado! —le advierte mi madre.

—¡Segador!

Se estampa contra mí con tanta fuerza que hace girar la silla en la que estoy sentado. Me repiquetean los dientes cuando medio me levanta de ella. Es más fuerte que antes, y huele a tabaco, combustible de motor y sudor. Con la cabeza hundida en mi pecho, medio se ríe medio llora, como un perro emocionado.

—Sabía que estabas vivo. Maldita sea, lo sabía. Esas furcias florecillas no pueden engañarme. —Se aparta de mí y me mira con una enorme sonrisa dibujada en los labios—. Maldito cabrón.

—¡Ese vocabulario! —lo increpa mi madre.

Esbozo una mueca de dolor.

—Mis costillas.

—Vaya, mierda, lo siento, hermano. —Deja que me desplome de nuevo sobre la silla y se arrodilla para poder mirarme a los ojos—. Ya te lo dije una vez. Y ahora te lo diré una segunda: si en este mundo hay dos cosas que no puedan ser aniquiladas, son los hongos que tengo bajo las pelotas y el Segador del maldito Marte. ¡Ja, ja!

—¡Sevro!

—Lo siento, Deanna. Lo siento.

Me alejo de él.

—Sevro. Hueles… fatal.

—Hace cinco días que no me ducho —presume agarrándose la

entrepierna—. Aquí abajo hay una sopa de Sevro, chaval. —Se lleva una mano a las caderas—. ¿Sabes? Tienes una pinta… eh… —Le lanza una mirada a mi madre y modera su lenguaje—. Terrible, maldita sea.

Una sombra inunda la habitación cuando un hombre entra en ella e intercepta la luz de la lámpara de techo que hay junto a la puerta. Los niños se enjambran entusiasmados en torno a Ragnar, de manera que el obsidiano casi no puede andar.

—**Hola, Segador** —dice por encima de sus gritos.

Saludo a Ragnar con una sonrisa. Su rostro sigue tan impasible como siempre. Tatuado y pálido, curtido por el viento de su hogar ártico, como el cuero de un rinoceronte. Su barba blanca está dividida en cuatro trenzas, y lleva la cabeza rapada excepto por una coleta de pelo blanco entreverada de cintas rojas. Los niños le están preguntando si les ha traído regalos.

—Sevro. —Me inclino hacia él—. Tus ojos…

Él también se acerca.

—¿Te gustan?

Enterrados en ese rostro arrugado, de ángulos duros, ya no son de un tono dorado sucio, sino tan rojos como la tierra de Marte. Levanta mucho los párpados para que pueda verlos mejor. No son lentes de contacto. Y el derecho ya no es biónico.

—Maldita sea. ¿Has hecho que te los tallen?

—Sí, el mejor del oficio. ¿Te gustan?

—Son maravillosos, maldita sea. Te sientan como un guante.

Entrechoca las manos.

—Me alegro de que digas eso. Porque son tuyos.

Empalidezco.

—¿Qué?

—Que son tuyos.

—¿Mis qué?

—¡Tus ojos!

—Mis ojos…

—¿Es que el Gigante Simpático te ha dado un golpe en la cabeza durante el rescate? Mickey tenía tus ojos en una criocaja en su garito de Yorkton (un lugar de lo más escalofriante, dicho sea de paso) y los encontré cuando

saqueamos el lugar en busca de suministros para apoyar el Amanecer aquí, en Tinos. Supuse que tú ya no ibas a usarlos, así que… —Se encoge de hombros torpemente—. Así que le pregunté si me los ponía. Ya sabes. Para que puedas ver cuando estés muerto. Para sentirnos unidos. Era algo con lo que recordarte. No es tan raro, ¿no?

—**Ya le dije que era extraño** —dice Ragnar mientras una de las niñas le trepa por la pierna.

—¿Quieres que te los devuelva? —pregunta Sevro repentinamente preocupado—. Puedo devolvértelos.

—¡No! —exclamo—. Es solo que se me había olvidado lo loco que estás.

—Ah —dice, y me da una palmada en el hombro—. Bien. Pensé que era algo serio. Entonces ¿no te importa que me los quede?

—Quien se lo encuentra se lo queda —contesto encogiéndome de hombros.

—**Deanna de Lico, ¿puedo llevarme a tu hijo para atender asuntos marciales?** —le pregunta Ragnar a mi madre—. **Tiene mucho que hacer. Muchas cosas que saber**.

—Solo si me lo devuelves de una pieza. Y te llevas un poco de café. Y acercas esos calcetines a la lavandería.

Mi madre le pone en los brazos una bolsa de calcetines recién remendados.

—**Como desees**.

—¿Y qué pasa con nuestros regalos? —pregunta uno de mis sobrinos—. ¿No nos has traído nada?

—Yo sí tengo un regalo para vosotros… —dice Sevro.

—¡Sevro, no! —gritan Dio y mi madre a un tiempo.

—¿Qué? —Les enseña una bolsa—. Esta vez solo son caramelos.

—… y entonces fue cuando Ragnar se tropezó con Guijarro y se cayó por la parte trasera del transporte —se carcajea Sevro—. Como si fuera idiota.

Se está comiendo una barra de caramelo por encima de mi cabeza mientras empuja mi silla de ruedas temerariamente por el pasillo de piedra. Vuelve a coger carrerilla y se sube de un salto a la parte de atrás para patinar

hasta que chocamos contra la pared. Hago un gesto de dolor.

—Total, que Ragnar cayó directamente al mar, que estaba de lo más embravecido. Olas del tamaño de naves antorcha. Así que también yo me zambullo, pensando que Ragnar necesita mi ayuda, justo a tiempo para que esa enorme… no sé cómo demonios llamarla. Una bazofia tallada…

—**Un demonio** —dice Ragnar a nuestra espalda. No me había dado cuenta de que nos estaba siguiendo—. **Era un demonio marino del tercer nivel del Hel**.

—Claro.

Sevro me empuja para doblar una esquina y roza la pared con la fuerza suficiente para hacer que me muerda la lengua y obligar a un grupo de pilotos de los Hijos a desperdigarse. Me miran con fijeza mientras seguimos avanzando.

—Al parecer, ese… —vuelve la cabeza para mirar a Ragnar— demonio marino piensa que Ragnar es un bocado de aspecto apetitoso, así que lo engulle casi en cuanto toca el agua. Cuando lo veo, empiezo a partirme el culo con Muecas, como habría hecho cualquiera, porque, maldita sea, es divertidísimo, y ya sabes lo que le gusta un buen chiste a Muecas. Pero luego la bestia se zambulle. Yo empiezo a perseguirla impulsándome desde la parte de atrás del transporte, disparando con el puño de pulsos a un maldito… —vuelve a mirar a Ragnar— demonio marino que se aleja nadando hacia el fondo del puñetero Mar Térmico. La presión aumenta. Mi traje silba. Y creo que estoy a punto de morir cuando de repente Ragnar raja a esa zorra llena de escamas y consigue salir. —Se agacha para acercarse a mí—. Pero adivina por dónde salió. Venga. Adivínalo. ¡Adivínalo!

—Sevro, ¿salió por el recto del demonio marino? —pregunto.

Mi amigo suelta una enorme carcajada.

—¡Exacto! Salió por el culo. Embalado como un zurullo…

Mi silla se detiene. Sevro se calla de repente, y a continuación se oye un golpe seco y el ruido de algo que se desliza. Mi silla de ruedas se pone de nuevo en movimiento. Miro hacia atrás y veo a Ragnar empujándola inocentemente. Sevro no está en el pasillo detrás de nosotros. Frunzo el entrecejo y me pregunto adónde habrá ido hasta que sale a toda prisa de un pasillo lateral.

—¡Tú, trol! —grita Sevro—. ¡Soy un caudillo terrorista! Deja de empujarme. Has hecho que se me caiga el caramelo. —Mira hacia el suelo del pasillo—. Espera. ¿Dónde demonios está? Maldita sea, Ragnar. ¿Dónde está mi barra de caramelo? Ya sabes a cuántas personas tuve que matar para conseguirla. ¡A seis! ¡A seis!

Por encima de mi cabeza, Ragnar masca algo tranquilamente y, aunque es probable que me equivoque, me da la sensación de que está sonriendo.

—Ragnar, ¿has empezado a lavarte los dientes? Tienen un aspecto espléndido.

—**Gracias**. —Los enseña con todo el orgullo de que es capaz un hombre de dos metros y medio de altura que tiene la boca llena de caramelo—. **El hechicero me quitó los viejos. Me causaban mucho dolor. Estos son nuevos. ¿No son bonitos?**

—Mickey, el hechicero —confirmo.

—**En efecto. También me enseñó a leer antes de marcharse de Tinos**.

Ragnar me lo demuestra leyendo todos y cada uno de los carteles y avisos que nos encontramos por el pasillo hasta que, diez minutos después, entramos en el hangar. Sevro nos sigue, aún refunfuñando por el caramelo perdido. El hangar es pequeño para los estándares de la Sociedad, pero aun así mide treinta metros de alto y sesenta de ancho. Lo han excavado en la roca con taladros láser. El suelo es de piedra, acribillado de negro por los motores. Varias lanzaderas desvencijadas descansan en sus atraques junto a tres alas ligeras relucientes y totalmente nuevas. Dos naranjas dirigen a los rojos que se encargan del mantenimiento de las naves y que me miran con fijeza cuando paso a su lado en la silla de ruedas. Me siento fuera de lugar en este sitio.

Un variopinto grupo de soldados se aleja despacio de una lanzadera destartalada. Unos cuantos aún van vestidos con armaduras y llevan los hombros cubiertos por la capa de lobo. Otros se han quedado solo con el bajotraje o llevan el pecho descubierto.

—¡Jefe! —grita Guijarro desde debajo del brazo de Payaso.

Está tan rolliza como siempre, y me regala una enorme sonrisa mientras tira de Payaso para que se mueva más rápido. Este tiene el pelo esponjoso apelmazado por el sudor y se apoya sobre la chica, que es más baja que él.

Los rostros de ambos brillan cuando se acercan, como si yo fuera exactamente igual que como me recordaban. Guijarro se libra de Payaso de un empujón para poder abrazarme. El chico, por su parte, me dedica una reverencia ridícula.

—Los Aulladores se presentan para el servicio, primus —dice—. Siento el follón.

—Esa mierda se complicó bastante —explica Guijarro antes de que yo pueda decir una sola palabra.

—Se complicó muchísimo. Te veo algo distinto, Segador. —Payaso se lleva una mano a la cadera—. Estás… delgado. ¿Te has cortado el pelo? No me lo digas. Es la barba…, te hace mucho más flaco.

—Es muy amable por tu parte haberlo notado —digo—. Y haberte quedado, teniendo en cuenta la situación.

—¿A qué te refieres?, ¿a lo de que te has pasado cinco años mintiéndonos?

—Sí, a eso —contesto.

—Bueno… —dice Payaso a punto de golpearme.

Guijarro le da un puñetazo en el hombro.

—Pues claro que nos hemos quedado, Segador —dice la chica con dulzura—. Esta es nuestra familia…

—Pero tenemos ciertas exigencias… —continúa Payaso meneando un dedo—. Si deseas que estemos a tu completo servicio. Pero… de momento tenemos que largarnos. Me temo que tengo metralla metida en el culo. Así que te ruego que nos disculpes. Vamos, Guijarro. A los cirujanos.

—¡Adiós, jefe! —se despide Guijarro—. ¡Me alegro de que no estés muerto!

—Cena de escuadrón a las ocho —grita Sevro a sus espaldas—. No lleguéis tarde. Que tengas metralla en el culo no es una excusa, Payaso.

—¡Sí, señor!

Sevro se vuelve hacia mí con una sonrisa.

—Esos cabrones ni siquiera se inmutaron cuando les dije que eras un roñoso. No dudaron en venir con Ragnar y conmigo a recoger a tu familia. Sin embargo, fue difícil explicarles las cosas. Por aquí.

Cuando pasamos ante la nave de la que Guijarro y Payaso acaban de salir,

miro más allá de la rampa hacia sus entrañas. Hay dos chicos jóvenes trabajando dentro, bombardean los suelos con mangueras. El agua, de un marrón rojizo, cae por la rampa hasta el hangar y no desaparece por una alcantarilla, sino que circula por un canal estrecho que se dirige hacia el borde del hangar y vierte su contenido por encima del mismo.

—Algunos padres les dejan a sus hijos naves o villas. A mí el caraculo de Ares me ha dejado esta miserable colmena de preocupaciones y campesinos.

—Maldita sea —susurro cuando me doy cuenta de qué es lo que estoy mirando con exactitud.

Más allá del hangar hay un bosque de estalactitas invertido. Reluce en el amanecer subterráneo. No solo por el agua que gotea por sus superficies grises y resbaladizas, sino por las luces de los muelles, barracones y matrices de sensores que convierten el gran bastión de Ares en un lugar temible. Las naves de suministros revolotean entre los múltiples muelles.

—Estamos en una estalactita —río asombrado.

Pero entonces bajo la vista hacia el horror que se extiende a nuestros pies y el peso que cargo sobre los hombros se duplica. Cien metros por debajo de nuestra estalactita hay un campo de refugiados. Antaño fue una ciudad subterránea excavada en la piedra de Marte. Las calles se hunden tanto entre los edificios que en realidad parecen cañones en miniatura. Y la ciudad se derrama sobre el suelo de la colosal cueva hasta los lejanos muros, situados a kilómetros de distancia, en los que se han construido casas con estructura de panal. Las calles suben serpenteando por la arenisca. Pero encima de todo eso se ha engendrado una nueva ciudad sin techos. La de los refugiados. Un caos de piel, tejidos y pelo, que se retuerce como una especie de mar extraño, carnoso. Duermen sobre los tejados. En las calles. En las escaleras que zigzaguean. Veo símbolos de metal hechos a mano de los gamma, los ómicron y los ípsilon. De todos y cada uno de los doce clanes en los que dividen a mi pueblo.

El panorama me deja atónito.

—¿Cuántos hay?

—Ni puñetera idea. Por lo menos veinte minas. Lico era pequeña en comparación con algunas de las que había cerca de los depósitos de helio-3 de mayor tamaño.

—**Cuatrocientos sesenta y cinco mil. Según los registros** —aclara Ragnar.

—¿Solo medio millón? —susurro.

—Parecen muchos más, ¿no?

Asiento.

—¿Por qué están aquí?

—Tenía que darles cobijo. Todos estos pobres desgraciados vienen de las minas que ha purgado el Chacal. Inyecta aclis-9 en los conductos de ventilación en cuanto sospecha de la mera presencia de un Hijo. Es un genocidio invisible.

Un escalofrío hace que me estremezca.

—El Protocolo de Liquidación. La última medida del Consejo de Control de Calidad para las minas que suponen un riesgo. ¿Cómo consigues mantener todo esto en secreto? ¿Inhibidores de señal?

—Sí. Y estamos a mucha profundidad. Mi padre alteró los mapas topográficos en la base de datos de la Sociedad. Para los dorados, esto es un lecho de roca del que se extrajo todo el helio-3 hace más de trescientos años. Bastante astuto, de momento.

—¿Y cómo alimentas a toda esta gente?

—No lo hacemos. Es decir, lo intentamos, pero hace un mes que no quedan ratas en Tinos. La gente duerme hacinada. Hemos empezado a trasladar a los refugiados a las estalactitas, pero las plagas ya están asolando a esta gente. No tengo medicamentos suficientes. Y no puedo arriesgarme a que mis Hijos se pongan enfermos. Sin ellos, no tenemos con qué defendernos. No somos más que una vaca moribunda esperando a que la despiecen.

—**Y se amotinaron** —apunta Ragnar.

—¿Se amotinaron?

—Sí, casi me olvido de eso. Tuve que reducir las raciones a la mitad. Y ya eran muy pequeñas. A esos caraculos desagradecidos nos les hizo mucha gracia.

—**Muchos perdieron la vida antes de que yo descendiera**.

—El Escudo de Tinos —dice Sevro—. Goza de más popularidad que yo, eso está claro, maldita sea. No lo culpan a él por las raciones de mierda. Pero

yo soy más popular que Dancer, porque yo tengo un casco de puta madre y él se encarga de todas las mierdas diarias que no puedo hacer. La gente es muy tonta. Ese tipo se parte la espalda por ellos y creen que es un tacaño medio estúpido.

—Es como si hubiéramos retrocedido mil años —digo desesperado.

—Sí, más o menos, excepto por los generadores. Hay un río que corre por debajo de la piedra. Así que hay agua, instalaciones sanitarias, a veces corriente. Y… también hay mierdas lascivas. Crimen. Asesinatos. Violaciones. Robo. Tenemos que mantener a la escoria de gamma lejos de todos los demás. Unos cuantos ómicrones colgaron a un muchacho de los gamma la semana pasada, le tallaron el emblema dorado en el pecho y le arrancaron los rojos de los brazos. Dijeron que era partidario del régimen de los dorados. Tenía catorce años.

Se me revuelve el estómago.

—**Tenemos las luces siempre encendidas. Incluso de noche**.

—Sí. Si las apagas, ahí abajo las cosas se vuelven… de otro mundo.

Sevro parece cansado cuando baja la vista hacia la ciudad. Mi amigo sabe luchar, pero esta batalla es completamente distinta.

Yo también contemplo la ciudad, incapaz de encontrar las palabras que necesito pronunciar. Me siento como un prisionero que se ha pasado la vida entera excavando un túnel en la pared para descubrir que desemboca en otra celda. Y siempre habrá otra celda. Y otra. Y otra. Estas personas no están viviendo. Tan solo intentan posponer el final.

—Esto no es lo que Eo quería —digo.

—Ya…, bueno. —Sevro se encoge de hombros—. Soñar es fácil. La guerra no. —Se muerde el labio pensativo—. ¿Has visto a Casio?

—Dos veces. ¿Por qué?

—Por nada. —Se vuelve hacia mí con los ojos relucientes—. Fue él quien acabó con mi padre.

10

LA GUERRA

—Nuestra Sociedad está en guerra… —me dice Dancer en la sala de mando de los Hijos de Ares.

La habitación está abovedada, escarbada en la roca e iluminada desde arriba por unas luces azuladas y una corona de terminales informáticos que brillan en torno a un dispositivo holográfico central. Él está al lado del dispositivo, bañado por la luz azul del Mar Térmico de Marte. Nos acompañan Ragnar, varios Hijos más mayores que no reconozco y Teodora, que me ha saludado con el distinguido beso en los labios popular entre los círculos de los colores superiores de la Luna. Elegante incluso con los pantalones negros del uniforme, posee un aire de autoridad en la sala. Como a mis Aulladores, Augusto no la invitó al jardín después del Triunfo. No era lo suficientemente importante, gracias a Júpiter. Sevro envió a Guijarro a sacarla de la Ciudadela en cuanto todo se derrumbó. Desde entonces, no se ha separado de los Hijos y ayuda a las secciones de propaganda e inteligencia de Dancer.

—… no solo el Amanecer contra las fuerzas doradas aquí y nuestras otras células repartidas por el Sistema. Sino entre los propios dorados. Después de que mataran a Arcos y a Augusto en tu Triunfo, así como a sus más leales seguidores, Roque y el Chacal realizaron una jugada coordinada para apoderarse de la armada en órbita. Temían que Virginia o los Telemanus se hicieran con las naves de los dorados asesinados en el jardín. Virginia lo

consiguió, y no solo con los barcos de su propio padre, sino también con los de Arcos, que estaban bajo el mando de tres de sus nueras. Se enfrentaron cerca de Deimos. Y la flota de Roque, a pesar de ser menos numerosa, aplastó a la de Mustang e hizo que tuvieran que huir.

—O sea que está viva —digo consciente de que todos temen mi reacción ante la noticia.

—Sí —contesta Sevro, que me observa con atención, igual que el resto de los presentes—. Hasta donde nosotros sabemos, está viva. —Ragnar parece estar a punto de decir algo, pero Sevro no se lo permite—. Dancer, enséñale Júpiter.

No aparto la mirada de Ragnar mientras Dancer agita la mano y el dispositivo holográfico se deforma para mostrar el gigante gaseoso marmóreo que es Júpiter. Está rodeado por sesenta y tres satélites más pequeños con aspecto de asteroides y por las cuatro grandes lunas de Júpiter: Europa, Ío, Ganímedes y Calisto.

—La Purga realizada por el Chacal y la soberana fue una operación impresionante que no solo abarcó los treinta asesinatos del jardín, sino más de otros trescientos a lo largo y ancho del Sistema Solar. La mayoría los llevaron a cabo Caballeros Olímpicos o pretorianos. La propuso y diseñó el Chacal para eliminar a los enemigos más importantes de la soberana en Marte, pero también en la Luna y en toda la Sociedad. Les salió bien, muy bien. Pero cometieron un gran error. En el jardín mataron a Revus au Raa y a su nieta de nueve años.

—El archigobernador de Ío —digo—. ¿Querían mandarles un mensaje a los señores de las Lunas?

—Sí, pero les salió el tiro por la culata. Una semana después del Triunfo, los hijos de los señores de las Lunas a los que la soberana mantenía en la Luna como resguardo para garantizar la lealtad de sus padres se escaparon. Dos días más tarde, los herederos de Raa robaron la Classis Saturnus al completo. Todo el acuartelamiento de la Octava flota que estaba amarrado en su muelle de Calisto, con ayuda de los Cordovan de Ganímedes.

—Los Raa declararon la independencia de Ío y las Lunas de Júpiter, su nueva alianza con Virginia au Augusto y los herederos de Arcos y la guerra contra la soberana.

—Una Segunda Rebelión de la Luna. Sesenta años después del incendio de Rea —digo con una sonrisa lenta al pensar en Mustang a la cabeza de todo un sistema planetario. Aunque me haya dejado, aunque sienta un vacío en la boca del estómago cada vez que pienso en ella, eso son buenas noticias para nosotros. No somos el único enemigo de la soberana—. ¿Se han unido Urano y Saturno? Seguro que Neptuno sí.

—Se han sumado todos.

—¿Todos? Entonces hay esperanza… —digo.

—Ya, cualquiera pensaría eso, ¿verdad? —masculla Sevro.

Dancer me lo explica:

—Los señores de las Lunas también cometieron un fallo. Esperaban que la soberana se quedara atrapada en Marte y que la insurrección de los colores inferiores en el Núcleo la asfixiara. Así que asumieron que no sería capaz de enviar una flota con la envergadura suficiente a seiscientos millones de kilómetros para aplastar su rebelión durante al menos tres años.

—Y estaban totalmente equivocados —farfulla Sevro—. Los muy idiotas. Los pillaron con el culo al aire.

—¿Cuánto tiempo tardó la soberana en enviar una flota? —pregunto—. ¿Seis meses?

—Sesenta y tres días.

—Eso es imposible, solo la logística del combustible…

Se me entrecorta la voz cuando recuerdo que el Señor de la Ceniza iba de camino a reforzar a la Casa de Belona que estaba en órbita alrededor de Marte antes de que invadiéramos el planeta. En aquel momento estaba a semanas de distancia. Debió de continuar hasta el Confín, siguiendo a Mustang durante todo el camino.

—Tú deberías conocer mejor que nadie la eficacia de la Armada de la Sociedad. Son una máquina de guerra —dice Dancer—. La logística y los sistemas de operación son perfectos. Cuanto más tiempo hubiera tenido el Confín para prepararse, más complicado habría sido para la soberana librar una guerra. Ella lo sabía. Así que toda la Armada de la Espada se desplegó de inmediato hacia la órbita de Júpiter, y llevan allí casi diez meses.

—Roque hizo una canallada —añade Sevro—. Se colocó a hurtadillas por delante de su flota principal y secuestró el destructor de lunas que el viejo

Nerón intentó robar el año pasado.

—Robó un destructor de lunas.

—Sí. Ya lo sé. Lo ha llamado Coloso y lo ha seleccionado como buque insignia. El muy pretencioso. Es una pieza de armamento de lo más peligrosa. Hace que el Pax parezca enano en comparación.

El holo que se alza sobre nosotros muestra la flota de Roque llegando a Júpiter, donde el destructor de lunas los espera para recibirlos. Los días, semanas y meses de guerra pasan ante nuestros ojos a gran velocidad.

—Su envergadura es… una locura —dice Sevro—. Miles de cargueros de suministros, cientos de embarcaciones de guerra. Cada una de sus flotas es el doble de grande que la coalición que tú reuniste para atacar a los Belona…

Continúa hablando, pero yo me pierdo en los meses de guerra que se desarrollan en el holo, dándome cuenta de que los mundos han seguido girando sin mí.

—Octavia no habría utilizado al Señor de la Ceniza —digo con voz distante—. Con que hubiera superado el cinturón de asteroides, la reconciliación habría sido imposible. El Confín jamás se rendiría. ¿Quién los comanda? ¿Aja?

—Roque au Lameculos Fabii —responde Sevro con desprecio.

—¿Encabeza la flota entera? —pregunto sorprendido.

—Curioso, ¿verdad? Después del asedio de Marte y de la batalla de Deimos, se ha convertido en el maldito ahijado del Núcleo. Un dorado de hierro del montón rescatado de los anales del pasado. No importa que te escabulleras ante sus narices. Ni que fuera un chiste en el Instituto. Se le dan bien tres cosas. Lloriquear, apuñalar a la gente por la espalda y destruir flotas.

—**Lo llaman el Poeta de Deimos** —interviene Ragnar—. **Nadie lo ha vencido en la batalla. Ni siquiera Mustang y sus titanes. Es muy peligroso**.

—La guerra de flotas no es lo que mejor se le da a Virginia —digo.

Mustang sabe luchar, pero siempre ha sido más bien una criatura política. Es capaz de unir a la gente. Pero ¿táctica pura y dura? Ese es el territorio de Roque.

El caudillo que llevo dentro lamenta que lo hayan mantenido alejado de la acción durante tanto tiempo. Haberse perdido un espectáculo como el de la

Segunda Rebelión de la Luna. Sesenta y siete lunas, la mayor parte de ellas militarizadas, cuatro con poblaciones de más de cien millones de habitantes. Batallas de flota. Bombardeos orbitales. Maniobras de asalto de un asteroide a otro con ejércitos con trajes mecanizados. Habría sido mi paraíso. Pero el hombre que llevo dentro sabe que si yo no hubiera estado metido en esa casa en esta sala faltaría gente.

Me doy cuenta de que estoy internalizando demasiado las cosas. Me obligo a comunicarme.

—Nos estamos quedando sin tiempo, ¿no es así?

Dancer asiente.

—Roque tomó Calisto la semana pasada. Solo Ganímedes e Ío permanecen fuertes. Si los señores de las Lunas se rinden, esa armada y las legiones que la acompañan vuelven aquí para ayudar al Chacal contra nosotros. Seremos el único foco del poder militar unido de la Sociedad, y nos erradicarán.

Por eso Fitchner odiaba las bombas. Atraen las miradas, despiertan al gigante.

—Entonces ¿qué pasa con Marte? ¿Qué hay de nuestra guerra? Demonios, ¿qué es nuestra guerra?

—Es un maldito caos, eso es lo que es —responde Sevro—. Hace unos ocho meses que se transformó en una guerra abierta. Los Hijos han permanecido muy unidos. No sé dónde está Orión. Muerta, suponemos. El Pax y el resto de tus barcos han desaparecido. Y ahora tenemos ejércitos paramilitares que no están afiliados a los Hijos y que se han alzado en el norte masacrando civiles y que a su vez están siendo arrasados por unidades aéreas de la Legión. Luego están las huelgas y las protestas masivas en docenas de ciudades. Las cárceles están desbordadas de presos políticos, así que los están recolocando en campos de prisioneros improvisados en los que sabemos con seguridad que están llevando a cabo ejecuciones en masa.

Dancer detiene varios de los holos, así que veo imágenes borrosas de lo que parecen cárceles enormes en el desierto y los bosques. Enfocan a los colores inferiores que desembarcan de los transportes a punta de pistola y entran en fila en las estructuras de hormigón. El holo muestra ahora calles cubiertas de escombros. Hombres con máscaras y brazaletes rojos disparando

sobre los restos humeantes de los tranvías de la ciudad. Un dorado aterriza entre ellos. La imagen se corta.

—Los hemos atacado con todas nuestras fuerzas —dice Sevro—. Hemos solucionado varios asuntos complicados. Hemos robado una docena de barcos, dos destructores. Hemos derribado el Centro de Mando Térmico…

—Y ahora lo están reconstruyendo —apunta Dancer.

—Pues volveremos a destruirlo —replica Sevro.

—¿Cuando ni siquiera somos capaces de conservar una ciudad?

—**Esos rojos no son guerreros** —los interrumpe Ragnar—. **Pilotan naves. Disparan armas. Ponen bombas. Combaten a los grises. Pero cuando llega un dorado, se derriten**.

Un silencio sepulcral sigue a sus palabras. Los Hijos de Ares son combatientes de guerrilla. Saboteadores. Espías. Pero en esa guerra, las palabras de Lorn me acechan. «¿Cómo mata una oveja a un león? Ahogándolo en sangre».

—Se nos culpa de todas y cada una de las muertes de civiles que se producen en Marte —dice al final Teodora—. Matamos a dos personas en el bombardeo de una planta de fabricación de municiones y dicen que matamos a mil. En todas las huelgas o protestas se infiltran agentes de la Sociedad entre la multitud, disfrazados de manifestantes, para disparar a los oficiales grises o hacer estallar chalecos suicidas. Esas imágenes se difunden en el circo mediático. Y cuando las cámaras se apagan, los grises irrumpen en las casas y hacen desaparecer a los simpatizantes. De los colores medios. De los inferiores. Da igual. Contienen a la disidencia. En el norte, tal como ha dicho Sevro, es una rebelión abierta.

—Una facción llamada la Legión Roja está masacrando a todo color superior con el que se encuentra —explica Dancer con tono grave—. Una vieja amiga nuestra se ha unido a su cúpula de dirigentes. Harmony.

—Encaja con ella.

—Los ha puesto en nuestra contra. Se niegan a acatar nuestras órdenes y hemos dejado de enviarles armas. Estamos perdiendo nuestra superioridad moral.

—El hombre con voz y violencia controla el mundo —murmuro.

—¿Arcos? —pregunta Teodora, y asiento—. Ojalá estuviera aquí.

—No estoy seguro de que nos ayudara.

—Lamentablemente, parece que la voz no existe sin violencia —dice la rosa, que se cruza de piernas—. El arma más potente de una rebelión es su *spiritus*. El espíritu de cambio. Esa pequeña semilla que encuentra una esperanza en la mente, florece y se extiende. Pero nos han arrebatado la capacidad para plantar esa idea, e incluso la idea en sí misma. Nos han robado el mensaje. El Chacal incluso nos corta la lengua. No tenemos voz.

Cuando habla, los demás la escuchan. No para seguirle la corriente, tal como harían los dorados, sino como si su posición fuera casi equivalente a la de Dancer.

—Nada de todo esto tiene sentido —digo—. ¿Qué detonó la guerra abierta? El Chacal no hizo público el hecho de haber matado a Fitchner. Habría querido mantenerlo en silencio mientras purgaba a los Hijos. ¿Qué hizo las veces de catalizador? Además, decís que no tenemos voz. Pero Fitchner tenía una red de comunicaciones capaz de emitir en las minas, en cualquier sitio. Él le entregó la muerte de Eo a las masas. La convirtió en el rostro del Amanecer. ¿Os la ha quitado el Chacal? —Echo un vistazo a sus caras de preocupación—. ¿Qué me ocultáis?

—¿Todavía no se lo habéis contado? —pregunta Sevro—. ¿Qué demonios habéis estado haciendo mientras yo estaba fuera?, ¿rascaros el culo?

—Darrow quería estar con su familia —replica Dancer con sequedad, y después se vuelve hacia mí con un suspiro—. Gran parte de nuestra red digital quedó destruida tras las Purgas que el Chacal llevó a cabo durante el mes siguiente a la muerte de Ares y tu captura. Sevro pudo avisarnos antes de que los hombres del Chacal atacaran nuestra base en Agea. Nos escondimos, salvamos el material, pero perdimos cantidades ingentes de hombres. Miles de Hijos. Operarios formados. Pasamos los tres meses siguientes intentando encontrarte. Secuestramos un transporte que iba a la Luna, pero no te encontramos allí dentro. Registramos las cárceles. Distribuimos sobornos. Pero habías desaparecido, como si jamás hubieses existido. Y entonces el Chacal te ejecutó en los escalones de la Ciudadela de Agea.

—Todo eso ya lo sé.

—Bueno, lo que no sabes es lo que Sevro hizo a continuación.

Miro a mi amigo.

—¿Qué hiciste?

—Lo que tenía que hacer.

Se hace con el control del holograma y borra la imagen de Júpiter para sustituirla por una mía. Dieciséis años. Escuálido, pálido y desnudo sobre una mesa mientras Mickey se inclina sobre mí con su sierra circular. Un escalofrío me recorre la columna vertebral. Pero ni siquiera es mi columna. No realmente. Pertenece a esta gente. A la revolución. Me siento… utilizado cuando me doy cuenta de lo que ha hecho.

—Lo hiciste público.

—Pues claro, maldita sea —contesta Sevro con maldad, y noto que todas las miradas se clavan en mí cuando por fin entiendo por qué mi hoja está pintada en los tejados de los refugiados de Tinos.

Todos saben que una vez fui rojo. Saben que uno de los suyos conquistó Marte en una Lluvia de Hierro.

Yo comencé la guerra.

—Emití tu proceso de talla en todas las minas. En todas las holopáginas. En cada milímetro de esta maldita Sociedad. Los dorados pensaban que podían aniquilarte. Que podían derrotarte y hacer que tu muerte no significara nada. Al infierno conmigo si permito que eso suceda. —Estampa un puño contra una mesa—. Al infierno conmigo si dejo que desaparezcas de manera anónima en la maquinaria, como mi madre. No hay ni un solo rojo en todo Marte que no conozca tu nombre, Segador. Ni una sola persona en el mundo digital que no sepa que un rojo se alzó para convertirse en príncipe de los dorados, para conquistar Marte. Te convertí en un mito. Y ahora que has regresado de entre los muertos, no eres tan solo un mártir. Eres el maldito mesías que los rojos llevan esperando toda su vida.

11

MI PUEBLO

Estoy sentado al borde del hangar con las piernas colgando y observo la ciudad que bulle de vida. El clamor de un millar de voces acalladas llega hasta mí como un mar de hojas que se rozan entre sí. Los refugiados saben que estoy vivo. Han pintado falces en las paredes. En los tejados. Es el grito silencioso y desesperado de un pueblo perdido. Me he pasado seis años deseando estar de nuevo entre ellos. Pero al mirar hacia abajo, al ver lo lamentable de su estado, al recordar las palabras de Kieran, siento que me ahogo en sus esperanzas.

Esperan demasiado de mí.

No entienden que no podemos ganar esta guerra. Ares incluso sabía que jamás podríamos plantarles cara a los dorados. Entonces ¿qué debo hacer para que se alcen?, ¿mostrarles el camino?

Tengo miedo, y no solo de no poder darles lo que quieren. También de que, al revelar la verdad, Sevro quemara las naves que nos respaldaban. Ya no hay vuelta atrás para nosotros.

Así pues, ¿qué significa esto para mi familia, para mis amigos y para esta gente? Me sentí tan abrumado por estas preguntas, por el hecho de que Sevro hubiera utilizado mi proceso de talla, que me largué de la sala sin decir palabra. Fue arrogante.

A mi espalda, Ragnar sobrepasa mi silla de ruedas y se sienta a mi lado. Las piernas también le cuelgan, como a mí. Sus botas son tan grandes que

resultan graciosas. La corriente de aire que levanta una lanzadera al pasar le agita las cintas de la barba. No dice nada, pues se encuentra cómodo en el silencio. Me hace sentir seguro saber que está aquí. Saber que está conmigo. Como creía que me sentiría estando con Sevro. Pero él ha cambiado. Ese casco de Ares pesa demasiado.

—Cuando era pequeño, siempre queríamos saber quién de nosotros era el más valiente —digo—. Nos escabullíamos de nuestras casas en mitad de la noche, bajábamos a los túneles más profundos y nos colocábamos de espaldas a la oscuridad. Si guardábamos silencio, se oían los ruidos de las víboras. Pero nunca podíamos distinguir a qué distancia se hallaban. La mayor parte de los muchachos echaban a correr al cabo de un minuto, tal vez de cinco. Yo siempre era el que más aguantaba. Hasta que Eo descubrió nuestro juego. —Niego con la cabeza—. No creo que ahora durara ni un minuto.

—**Porque sabes cuánto se puede perder**.

Los ojos negros de Ragnar contienen las sombras de una vasta historia. A punto de cumplir los cuarenta, es un hombre criado en un mundo de hielo y magia, vendido a los dorados para comprar la vida de su pueblo y que ha servido como esclavo más tiempo del que yo llevo vivo. ¿Hasta qué punto entiende la vida mejor que yo?

—¿Sigues echando de menos tu casa, a tu hermana? —le pregunto.

—**Sí. Anhelo la nieve temprana de los últimos estertores del verano, cómo se adhería a la piel de las botas de Sefi cuando la llevaba a hombros para ver a *Níðhǫggr* atravesar el hielo de la fuente**.

Níðhǫggr era un dragón que vivía bajo el mundo arbóreo de las viejas sociedades nórdicas y se pasaba los días mordisqueando las raíces del Yggdrasil. Muchas tribus obsidianas creen que emerge desde las aguas profundas de su mar para romper el hielo que bloquea sus puertos y abrir las venas del polo para sus embarcaciones de guerra. En su honor, envían los cuerpos de los delincuentes a las profundidades durante una celebración llamada Ostara, el primer día de verdadera luz primaveral.

—**He mandado amigos a las Torres y al Hielo para difundir tu palabra. Para decirle a mi pueblo que sus dioses son falsos. Están sometidos y pronto acudiremos a liberarlos. Conocerán la canción de Eo**.

La canción de Eo. Ahora mismo parece algo frágil y tonto.

—Ya no la siento, Ragnar. —Vuelvo la cabeza hacia los naranjas y rojos que miran de soslayo hacia nosotros mientras trabajan en los alas ligeras del hangar—. Sé que ellos piensan que soy su vínculo con ella. Pero la perdí en la oscuridad. Solía pensar que me estaba observando. Hablaba con ella. Ahora… es una extraña. —Agacho la cabeza—. Gran parte de todo esto es culpa mía, Ragnar. Si no hubiera sido tan orgulloso, habría visto las señales. Fitchner estaría vivo. Lorn estaría vivo.

—**¿Crees que conoces las hebras del destino?** —Se ríe de mi arrogancia —. **No sabes qué habría sucedido si vivieran**.

—Pero sí sé que no puedo ser lo que este pueblo necesita.

Frunce el entrecejo.

—**¿Y cómo vas a saber lo que necesitan si les tienes miedo, si ni siquiera eres capaz de mirarlos?**

No sé cómo contestarle. Ragnar se levanta de repente y me tiende una mano.

—**Ven conmigo**.

El hospital fue en su día una cantina. Ahora está llena de hileras de camillas y camas improvisadas, de toses y susurros solemnes mientras los enfermeros rojos, rosas y amarillos vestidos con monos amarillos serpentean entre las camas controlando a los pacientes. El fondo de la sala es una unidad de quemados, separada del resto de los pacientes por muros de contención de plástico. Detrás de estos, una mujer grita, batalla con un enfermero que intenta ponerle una inyección. Otros dos enfermeros acuden a reducirla.

Me siento devorado por la tristeza estéril del lugar. No hay escenas cruentas, no hay sangre goteando en el suelo. Pero estas son las consecuencias de mi huida de Ática. Ni siquiera con un tallista tan bueno como Mickey tendrían los recursos necesarios para curar a esta gente. Los heridos contemplan el techo de piedra preguntándose cómo será la vida a partir de ahora. Ese es el sentimiento de esta habitación. Un trauma. No de la carne. Sino de las vidas y los sueños interrumpidos.

Preferiría marcharme de esta sala, pero Ragnar tira de mí hasta la

cabecera de la cama de un hombre joven. Se me quedó mirando al entrar. Tiene el pelo corto. La cara rechoncha y extraña, con la mandíbula inferior demasiado prominente.

—¿Qué pasa? —pregunto, y mi voz recuerda el sabor de la mina.

Se encoge de hombros.

—Aquí, pasando el tiempo entre bailes, ¿me entiendes?

—Te entiendo. —Le ofrezco una mano—. Darrow… de Lico.

—Ya lo sabemos. —Sus manos son tan pequeñas que ni siquiera puede rodear la mía con los dedos. Se echa a reír ante lo ridículo de la situación—. Vanno de Karos.

—¿Noche o día?

—Turno de día, capullo. ¿Acaso tengo pinta de ser uno de esos excavadores nocturnos con la cara revenida?

—Bueno, hoy en día nunca se sabe…

—Eso es verdad. Soy ómicron. Tercer perforador, segunda línea.

—O sea que serían tus residuos los que yo tendría que esquivar más abajo.

Sonríe.

—Sondeainfiernos, siempre mirándose el ombligo. —Hace un movimiento obsceno con las manos—. Alguien tiene que enseñaros a mirar hacia arriba.

Ambos nos reímos.

—¿Dolió mucho? —pregunta señalándome con la cabeza.

Al principio pienso que se refiere a lo que me ha hecho el Chacal. Luego me doy cuenta de que se refiere a los emblemas que tengo en las manos. Los que he intentado ocultar con las mangas del jersey. Los descubro.

—Qué puñetera locura.

Les da unos golpecitos con los dedos.

Miro a mi alrededor, repentinamente consciente de que Vanno no es el único que me mira. Son todos. Incluso en el otro extremo de la sala, en la unidad de quemados, los rojos se incorporan en sus camas para mirarme. No pueden ver el miedo que llevo por dentro. Ven lo que quieren ver. Miro a Ragnar, pero está ocupado hablando con una mujer herida. Holiday. La gris me saluda con un gesto de la cabeza. El dolor aún es demasiado evidente en

su cara por la pérdida de su hermano. Tiene el revólver de Trigg junto a la cabecera de la cama. El rifle apoyado en la pared. Los Hijos recuperaron su cuerpo durante el rescate para poder enterrarlo.

—¿Que si dolió mucho? —repito—. Bueno, imagina que te caes en una Garra Perforadora, Vanno. Centímetro a centímetro. Primero la piel. Luego la carne. Después el hueso. Todo muy lento.

Vanno silba y baja la mirada hacia sus piernas desaparecidas con expresión cansada, casi aburrida.

—Esto ni siquiera lo sentí. Mi traje me inyectó hidrófono suficiente para dejar fuera de combate a uno de esos. —Señala a Ragnar y coge aire con los dientes apretados—. Y al menos todavía conservo la picha.

—Pregúntaselo —lo exhorta el hombre que tiene al lado—. Vanno…

—Cállate —suspira él—. Los chicos no dejan de preguntar. ¿Conseguiste conservarla?

—¿Conservar el qué?

—Eso. —Me mira la entrepierna—. O…, bueno…, ya sabes… Te la hicieron proporcional.

—¿De verdad queréis saberlo?

—Vaya… no es por razones personales. Pero me juego mi dinero.

—Bien. —Me inclino hacia él con semblante serio. Vanno y sus vecinos de cama hacen lo mismo—. Si realmente quieres saberlo, deberías preguntárselo a tu madre.

Vanno me clava una mirada intensa y luego estalla en carcajadas. Sus compañeros se echan a reír y hacen llegar el chiste hasta el último rincón de la sala. Y en ese brevísimo instante, el ambiente se transforma. La asfixiante esterilidad atajada por risas y bromas soeces. De pronto, susurrar en esta sala parece ridículo. Me llena de energía ser testigo de ese cambio en la marea y darme cuenta de que se debe a una sola carcajada. En lugar de retirarme de las miradas, de la sala, me alejo de Ragnar entre las filas de camastros para mezclarme más con los heridos, para darles las gracias, para preguntarles de dónde son y aprenderme sus nombres. Y es ahora cuando le doy las gracias a Júpiter por tener buena memoria. Olvida cómo se llama un hombre y él te olvidará a ti. Recuérdalo y te defenderá para siempre.

La mayoría me llaman señor o Segador. Y quiero corregirles y decirles

que me llamen Darrow, pero conozco el valor del respeto, de la distancia entre los hombres y su líder. Porque, aunque me estoy riendo con ellos, aunque están ayudando a sanar lo que han quebrado en mi interior, no son mis amigos. No son mi familia. Todavía no. No hasta que podamos permitirnos ese lujo. De momento, son mis soldados. Y ellos me necesitan tanto a mí como yo a ellos. Soy su Segador. Ha hecho falta que Ragnar me lo recuerde. El obsidiano me honra con una sonrisa desgarbada, encantado de verme sonreír y bromear con los soldados. Nunca he sido un hombre de alegrías o un hombre de guerra, ni una isla en la tormenta. Nunca he sido un absoluto, como Lorn. Eso era lo que fingía ser. Soy y siempre he sido un hombre al que completan los que lo rodean. Siento que la fuerza crece en mi interior. Una fuerza que hacía mucho que no sentía. No es solo que me quieran. Es que creen en mí. No en la máscara, como mis soldados del Instituto. No en el falso ídolo que creé al servicio de Augusto, sino al hombre que se esconde debajo. Puede que Lico haya desaparecido. Puede que Eo guarde silencio. Que Mustang esté a un mundo de distancia. Y que los Hijos estén al borde de la extinción. Pero siento que mi alma regresa a mí poco a poco al darme cuenta de que al fin estoy en casa.

Con Ragnar a mi lado, vuelvo a la sala de mando, donde Sevro y Dancer están inclinados sobre un cianotipo. Teodora está en un rincón intercambiando correspondencia. Se dan la vuelta cuando entro, sorprendidos al ver la sonrisa que luzco en el rostro y que ahora voy caminando. No por mí mismo, pero sí con ayuda de Ragnar. He dejado la silla de ruedas en el hospital y le he pedido que me llevara de vuelta a la sala de mando de la que me había largado una hora antes. Me siento un hombre nuevo. Y puede que no sea lo que era antes de la oscuridad, pero tal vez sea mejor gracias a ella. Tengo una humildad que no poseía antes.

—Siento mi comportamiento de antes —les digo a mis amigos—. Ha sido… abrumador. Sé que lo habéis hecho lo mejor que habéis podido. Mejor de lo que lo podría haber hecho cualquiera, teniendo en cuenta las circunstancias. Todos habéis mantenido viva la esperanza. Y me habéis salvado. Igual que a mi familia. —Guardo silencio un instante para

asegurarme de que les queda claro cuánto significa eso para mí—. Sé que no esperabais que volviera así. Sé que creíais que volvería con rabia y fuego. Pero no soy lo que era. Simplemente no lo soy —insisto cuando Sevro intenta corregirme—. Confío en vosotros. Confío en vuestros planes. Quiero ayudar en todo lo posible. Pero no puedo ayudaros estando así. —Levanto mis brazos delgados—. Así que necesito que vosotros me ayudéis con tres cosas.

—Siempre tan dramático —dice Sevro—. ¿Cuáles son tus exigencias, princesa?

—Primero, quiero enviarle un emisario a Mustang. Sé que pensáis que me ha traicionado, pero quiero que sepa que estoy vivo. Puede que exista la posibilidad de que ese hecho marque la diferencia. De que colabore con nosotros.

Sevro resopla.

—Ya le dimos la oportunidad una vez. Casi os mata a Ragnar y a ti.

—**Pero no lo hizo** —interviene Ragnar—. **Merece la pena correr el riesgo, si al final nos ayuda. Yo me ofrezco como emisario, así no dudará de nuestras intenciones**.

—Y una mierda —replica Sevro—. Tú eres uno de los hombres más buscados del Sistema. Los dorados han cerrado todo el tráfico aéreo no autorizado. Y tú no durarás ni dos minutos en un puerto espacial, ni siquiera con una máscara.

—Enviaremos a una de mis espías —sugiere Teodora—. Ya tengo una en mente. Es buena, y cien kilos menos llamativa que tú, príncipe de las Torres. Esa chica ya está en una ciudad portuaria.

—¿Evey? —pregunta Dancer.

—Exacto. —Teodora me mira—. Evey se ha esforzado mucho por compensar los pecados del pasado. Incluso los que no había cometido ella. Nos ha resultado muy útil. Dancer, yo misma me encargaré de los preparativos para el viaje y la tapadera, si te parece bien.

—Adelante —dice Sevro a toda prisa, pero aun así Teodora espera a que Dancer haga un gesto de asentimiento.

—Gracias —digo—. También necesito que traigáis a Mickey de vuelta a Tinos.

—¿Por qué? —pregunta Dancer.

—Necesito que vuelva a convertirme en un arma.

Sevro se echa a reír.

—¡Así se habla! Hay que ponerte algo de carne asesina en esos huesos. Ya se ha acabado esta mierda de espantapájaros anoréxico.

Dancer niega con la cabeza.

—Mickey está a quinientos kilómetros de distancia, en Varos, trabajando en su pequeño proyecto. Lo necesitan allí. Y lo que tú necesitas son calorías. No un tallista. En el estado en que te encuentras, podría resultar peligroso.

—El Segador puede aguantarlo. Creo que podemos tener aquí a Mickey y a su equipo antes del jueves —asegura Sevro—. De todas maneras, Virany ya ha hablado con él respecto a tu estado. Se pondrá rosa del gusto al verte.

Dancer observa a Sevro con una paciencia tensa.

—¿Y la última petición?

Esbozo una mueca.

—Tengo la sensación de que esta no va a gustaros.

12

LOS JULII

Encuentro a Victra en una habitación aislada con varios Hijos montando guardia ante la puerta. Está tumbada sobre una camilla de cuyo borde le sobresalen los pies. En el holo que está mirando, los canales de noticias de la Sociedad no paran de parlotear sobre el valeroso ataque de la Legión contra una fuerza terrorista que destruyó una presa y anegó el valle bajo del río Mystos. La inundación ha forzado a dos millones de granjeros marrones a abandonar sus casas. Los grises entregan paquetes de ayuda humanitaria desde las traseras de los camiones militares. No sería de extrañar que hubieran sido rojos los que han hecho volar la presa por los aires. O podría haber sido el Chacal. A estas alturas, ¿quién lo sabe?

Victra lleva el pelo dorado blanquecino recogido en una coleta prieta a la altura de la nuca. Todos y cada uno de sus miembros, incluso las piernas paralizadas, están esposados a la cama. Por aquí no confían mucho en su raza. No desvía la vista hacia mí cuando en el holo comienzan a emitir un perfil de Roque au Fabii, el Poeta de Deimos y el último rompecorazones del circuito de los cotilleos. Indagan en su pasado, realizan entrevistas con su madre senadora, con sus profesores anteriores al Instituto, muestran imágenes de cuando era niño y vivía en su hacienda del campo.

«A Roque el mundo natural siempre le resultó más hermoso que las ciudades —dice su madre para la cámara—. Es el orden perfecto de la naturaleza lo que tanto admiraba. El hecho de que se formara jerárquicamente

sin ningún tipo de esfuerzo. Creo que esa es la razón por la que tanto amaba la Sociedad, incluso cuando…».

—Esa mujer estaría mucho más guapa con una pistola metida en la boca —masculla Victra, que le quita el volumen al holo.

—Es muy probable que haya pronunciado más veces el nombre de su hijo a lo largo del último mes que en toda su infancia —le digo.

—Bueno, los políticos jamás permiten que la fama de un miembro de su familia se desperdicie. ¿Qué fue exactamente lo que Roque dijo de Augusto una vez en una fiesta? «Oh, cómo se congregan los buitres en torno a los poderosos para comerse los cadáveres que dejan a su paso». —Victra me mira con esos ojos centelleantes, beligerantes. La locura que vi reflejada en ellos ha retrocedido, pero no ha desaparecido por completo—. Esas palabras bien podrían haberse referido a ti.

—Tienes razón —admito.

—¿Estás al mando de este pequeño hatajo de terroristas?

—Tuve mi oportunidad de liderarlos. Y fue un desastre. Ahora es Sevro el que los dirige.

—Sevro. —Se recuesta—. ¿En serio?

—¿Te resulta gracioso?

—No. En realidad, por alguna razón no me sorprende lo más mínimo. Siempre fue más mordedor que ladrador. La primera vez que lo vi, le estaba pateando el culo a Tacto.

Doy un paso más hacia ella.

—Creo que te debo una explicación.

—Oh, demonios. ¿No podemos saltarnos esta parte? —pregunta—. Es aburrida.

—¿Saltárnosla?

Victra deja escapar un suspiro.

—Disculpas. Recriminación. Toda esa mierda insignificante en la que la gente se enreda porque es insegura. No me debes ninguna explicación.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Todos aceptamos un cierto contrato social al vivir en esta Sociedad nuestra. Mi gente oprime a tu minúscula raza. Vivimos de los frutos de vuestro trabajo. Fingimos que no existís. Y vosotros contraatacáis. Por lo

general con muy poca fuerza. Personalmente, opino que estáis en vuestro derecho. No está bien ni mal. Pero es justo. Yo aplaudiría a un ratón que se las ingeniara para matar un águila, ¿tú no? Bien por él.

»Es absurdo e hipócrita que los dorados se quejen ahora simplemente porque los rojos al fin han empezado a luchar bien. —Se ríe con ganas ante mi sorpresa—. ¿Qué, querido? ¿Esperabas que me pusiera a gritar, despotricar y vociferar acerca del honor y la traición como esas heridas andantes, Casio y Roque?

—Un poco —confieso—. Habría…

—Eso es porque eres más emotivo que yo. Yo soy una Julii. El frío corre por mis venas. —Pone los ojos en blanco cuando intento corregirla—. No me pidas que sea diferente porque necesitas sentirte validado, por favor. Los dos estamos por encima de eso.

—Nunca has sido tan fría como quieres aparentar —aseguro.

—Yo ya existía mucho antes de que tú entraras en mi vida. ¿Qué sabes de mí en realidad? Soy una digna hija de mi madre.

—Eres mucho más que eso.

—Si tú lo dices…

No hay artificio en Victra. Nada de manipulación coqueta. Mustang es todo sonrisas de satisfacción y jugadas sutiles. Victra es una bola de demolición. Se suavizó antes del Triunfo. Bajó la guardia. Pero ahora ha vuelto y es tan distante como cuando la conocí. Pero cuanto más tiempo pasamos hablando más cuenta me doy de que su pelo está moteado de gris, no solo de un dorado pálido. Tiene las mejillas hundidas y su mano derecha, la que está al otro lado de la camilla, se aferra a las sábanas con fuerza.

—Sé por qué me mentiste, Darrow. Y lo respeto. Pero lo que no consigo entender es por qué me salvaste en Ática. ¿Fue por pena? ¿Una táctica?

—Porque eres mi amiga —respondo.

—Venga ya, por favor.

—Preferiría haber muerto intentando sacarte de aquella celda a dejar que te pudieras allí. Trigg murió antes de que lo lográramos.

—¿Trigg?

—Uno de los dos grises que había a mi espalda cuando entramos en tu celda. La otra es su hermana.

—Yo no os pedí que me salvarais —replica con amargura para lavarse las manos de la muerte de Trigg. Aparta la mirada de mí—. ¿Sabes? Antonia creía que éramos amantes, tú y yo. Me enseñó las imágenes de tu proceso de talla. Se mofó de mí. Como si fuera a darme asco ver lo que eres. Ver de dónde saliste. Ver cómo me habías mentido.

—¿Y fue así?

Esboza una mueca de desdén.

—¿Por qué iba a importarme lo que eras? A mí me importa lo que la gente hace. Me importa la verdad. Si me lo hubieras dicho, no habría hecho ni una sola cosa de manera diferente. Te habría protegido. —La creo. Y creo en el dolor que reflejan sus ojos—. ¿Por qué no me lo contaste?

—Porque tenía miedo.

—Pero apuesto a que a Mustang sí se lo contaste.

—Sí.

—¿Por qué a ella sí y a mí no? Me merezco saber al menos eso.

—No lo sé.

—Porque eres un mentiroso. Me dijiste que no era mala. Pero en el fondo piensas que sí. Nunca has confiado en mí.

—No —reconozco—. No confiaba en ti. Ese es mi gran error. Y mis amigos lo han pagado con sus vidas. Esa… esa culpa ha sido mi única compañera en la caja en la que me han mantenido encerrado durante nueve meses. —Por la expresión de su rostro, sé que no sabía lo que me habían hecho—. Pero ahora se me ha concedido una segunda oportunidad en la vida. No quiero desperdiciarla. Quiero compensarte. Te debo una vida. Te debo justicia. Y quiero que te unas a nosotros.

—¿Que me una a vosotros? —pregunta entre risas—. ¿Que me convierta en una Hija de Ares?

—Sí.

—Lo dices en serio. —Se ríe de mí. Otro mecanismo de defensa—. La verdad es que no me va el suicidio, querido.

—El mundo que conoces ha desaparecido, Victra. Tu hermana te lo ha arrebatado. Tu madre y sus amigos han sido aniquilados. Tu casa es ahora tu enemiga. Y tú eres una paria de tu propio pueblo. Ese es el problema de la Sociedad. Que devora a sus propios hijos. Nos enfrenta a unos contra otros.

No tienes adónde ir…

—Vaya, tú sí que sabes hacer que una chica se sienta especial.

—… quiero darte una familia que no te apuñale por la espalda. Proporcionarte una vida significativa. Sé que eres una buena persona, aunque te rías de mí por decírtelo. Pero creo en ti. Aun así… todo esto no importa, lo que yo creo, lo que yo quiero. Lo que importa es lo que quieres tú.

Me mira a los ojos.

—¿Qué es lo que quiero?

—Si quieres marcharte de aquí, adelante. Si quieres quedarte en esta cama, adelante. Di lo que quieres y será tuyo. Te lo debo.

Se queda pensativa.

—No me importa vuestra rebelión. No me importa tu esposa muerta. Ni encontrar una familia o dar un significado a mi vida. Quiero ser capaz de dormir sin que me pongan hasta arriba de sustancias químicas. Quiero ser capaz de volver a soñar. Quiero olvidar la cabeza desplomada de mi madre, sus ojos vacíos y sus dedos crispados. Quiero olvidar la risa de Adrio. Y quiero recompensar a Antonia y Adrio por su hospitalidad. Quiero alzarme sobre ellos y sobre ese mierda de Roque mientras sollozan por que acabe con su vida, y sacarles los ojos y verterles oro derretido en las cuencas para que griten, se retuerzan y su orina se desparrame por el suelo, que supliquen perdón por haber pensado en algún momento que podrían meter a Victra au Julii en una condenada jaula. —Una sonrisa salvaje se dibuja en sus labios—. Quiero venganza.

—La venganza es un fin vacío —le digo.

—Y yo ahora soy una chica vacía.

Sé que no es así. Sé que es más que eso. Pero también sé mejor que nadie que las heridas no se curan en un día. Yo apenas me he recuperado un poco y tengo aquí a toda mi familia.

—Si eso es lo que quieres, eso es lo que te debo. Dentro de tres días, el tallista que me convirtió en dorado estará aquí. Volverá a convertirnos en lo que fuimos. Te recompondrá la columna. Te devolverá las piernas, si así lo quieres.

Me mira con los ojos entornados.

—¿Y confías en mí, después del precio que has pagado por ser confiado?

Cojo la llave magnética que me han entregado los Hijos de la puerta y la acerco a la parte interna de sus esposas. Una a una, se sueltan de la cama y le liberan las piernas, los brazos.

—Eres más tonto de lo que pareces —me espeta.

—Puede que no creas en nuestra rebelión. Pero yo vi a Tacto cambiar antes de que le arrebataran su futuro. He visto a Ragnar olvidar sus ataduras y tratar de alcanzar lo que quiere en este mundo. He visto a Sevro transformarse en un hombre. Me he visto cambiar a mí mismo. Creo sinceramente que elegimos lo que queremos ser en esta vida. No está predeterminado. Tú mostraste lealtad hacia mí, más que Mustang, más que Roque. Y por eso creo en ti, Victra. Más de lo que nunca he creído en nadie. —Le tiendo una mano—. Sé de mi familia y jamás te abandonaré. Nunca te mentiré. Seré tu hermano mientras vivas.

Alarmada por la emoción que tiñe mi voz, la fría mujer de la camilla levanta la vista hacia mí. Las defensas que había erigido las ha olvidado. En otra vida, podríamos haber sido pareja. Podría haber despertado en mí el fuego que siento por Mustang, por Eo. Pero no en esta vida.

Victra no se ablanda. No se deshace en lágrimas. Su interior aún está lleno de furia. Aún hay odio descarnado y mucha traición, frustración y pérdida enredados en torno a su gélido corazón. Pero en este instante, se libera de todo eso. En este momento, alarga la mano con solemnidad para tomar la mía. Y siento que la esperanza titila dentro de mí.

—Bienvenida a los Hijos de Ares.

SEGUNDA PARTE
RABIA

La mierda crece.
SEVRO AU BARCA

13

AULLADORES

—Es condenadamente exasperante que te oculten las cosas —masculla Victra mientras me ayuda a cargar las pesas en el banco de ejercicios.

El ruido retumba en el gimnasio de piedra. Tan solo cuenta con los elementos más básicos. Pesas de metal. Neumáticos de goma. Cuerdas. Y meses de mi sudor.

—¿Es que no saben quién eres? —pregunto incorporándome.

—Oh, cállate. ¿No fuiste tú quien encontró a los Aulladores? ¿No tienes ningún poder sobre cómo nos tratan?

Me empuja para que me levante del banco y ocupar mi lugar. Apoya la columna vertebral sobre la superficie acolchada y levanta los brazos para agarrar la haltera. Le quito unas cuantas pesas. Pero ella me fulmina con la mirada y vuelvo a colocarlas mientras Victra afianza su posición.

—Técnicamente no —contesto.

—Vaya. Pero, en serio: ¿qué tiene que hacer una chica para conseguir una capa de lobo? —Alza la barra de su apoyo con sus brazos poderosos y comienza a subirla y bajarla mientras habla. Son más de trescientos kilos—. Hace dos misiones que disparé a un legado en la cabeza. ¡A un legado! He visto a tus Aulladores. Excepto… Ragnar, todos son minúsculos. Necesitan… más matones si quieren… enfrentarse a los Montahuesos de Adrio o a los… pretorianos de la soberana. —Aprieta los dientes cuando termina su última repetición y posa la barra sin mi ayuda. Se levanta para señalarse en el espejo.

Posee una complexión poderosa, lacónica. Tiene unos hombros anchos que se balancean al ritmo de sus andares altaneros—. Soy un espécimen físico perfecto, de los pies a la cabeza. No utilizarme es un cargo contra la inteligencia de Sevro.

Pongo los ojos en blanco.

—Es probable que sea tu falta de confianza en ti misma lo que le preocupa.

Me lanza una toalla.

—Tú eres tan irritante como él. Juro por Júpiter que si hace un solo comentario más acerca de mi «pobreza emergente» le cortaré la cabeza con una condenada cuchara. —Me quedo mirándola durante un instante e intento contener la risa—. ¿Qué?, ¿tú también tienes algo que decir?

—Nada de nada, buena mujer —respondo con las manos en alto. Su mirada se detiene en ellas por instinto—. ¿Ahora tocan sentadillas?

Este gimnasio destartalado ha sido nuestro segundo hogar desde que Mickey nos talló. Necesitamos semanas de recuperación en su taller mientras los nervios de Victra recordaban cómo se camina y los dos tratábamos de ganar peso de nuevo bajo la supervisión de la doctora Virany. Una manada de rojos y un verde nos observan desde la esquina del gimnasio. Aun después de dos meses, sigue siendo una novedad ver el peso que pueden levantar dos Marcados como Únicos química y genéticamente mejorados.

Hace un par de semanas, Ragnar vino a sacarnos los colores. Ese bruto ni siquiera abrió la boca. Se limitó a amontonar pesas en una haltera hasta que ya no entraban más, la levantó sin apenas flexionar las rodillas y luego nos hizo un gesto para que lo imitáramos. Victra ni siquiera fue capaz de levantar el peso del suelo. Yo llegué hasta las rodillas. Luego tuvimos que escuchar a los cien idiotas que se apiñaron a su alrededor coreando su nombre durante una hora. Después me enteré de que el tío Narol había estado supervisando apuestas sobre cuánto peso más que yo podría levantar Ragnar. Incluso mi propio tío apostó contra mí. Pero es una buena señal, aunque los demás no lo vean así. Los dorados no pueden vencer siempre.

Gracias a la ayuda de Mickey y la doctora Virany, Victra y yo recuperamos el control de nuestro cuerpo. Pero recuperar nuestras sensaciones en el campo nos ha costado el mismo tiempo. Comenzamos con

pasitos de bebé. Nuestra primera misión exterior juntos fue una incursión en busca de suministros acompañados de Holiday y una docena de guardaespaldas, no por la incursión en sí, sino por mí. No la llevamos a cabo con los Aulladores.

—Tienes que ganarte un puesto en el escuadrón A, Segador. Garantizar que eres capaz de aguantar el ritmo —me dijo Sevro con unas palmaditas en la cara—. Y Julii tiene que demostrar lo que vale.

Victra le dio un cachete en la mano cuando intentó acariciarla.

Diez incursiones en busca de suministros, dos misiones de sabotaje y tres asesinatos después, Sevro se convenció al fin de que Holiday, Victra y yo estábamos listos para combatir con el escuadrón B: los víboras, comandado por mi tío Narol, que se ha convertido en una especie de líder de culto para los rojos de por aquí. Ragnar es una criatura casi divina. Pero mi tío no es más que un viejo rudo que bebe demasiado, fuma demasiado y al que se le da extraordinariamente bien la guerra. Sus víboras son una variopinta colección de tipos duros especializados en sabotajes y robos; aproximadamente la mitad son antiguos sondeainfiernos, el resto son una mezcla de otros colores inferiores útiles. Hemos completado tres misiones con ellos, y como resultado hemos destruido un barracón y varias infraestructuras de comunicación de la Legión, pero no puedo librarme de la sensación de que somos una serpiente que se muerde la cola. Los medios de comunicación de la Sociedad les dan la vuelta a todos y cada uno de nuestros atentados. Cada pizca de daño que conseguimos infligir tan solo parece atraer a más legiones de Agea hacia las minas o las ciudades más pequeñas de Marte.

Me siento acorralado.

Peor aún, me siento como un terrorista. Solo me había sentido así una vez en la vida, y fue cuando entré en la gala de la Luna con una bomba en el pecho.

Dancer y Teodora llevaban un tiempo presionando a Sevro para que tratase de captar más aliados, para que salvara la distancia que separa a los Hijos de otras facciones. Al final accedió a regañadientes. De manera que, a principios de esta semana, nos enviaron a las víboras y a mí desde los túneles hasta el continente septentrional de Arabia Terra, donde la Legión Roja se ha tallado una fortaleza en la ciudad portuaria de Ismenia. Dancer albergaba la

esperanza de que yo pudiera atraerlos al rebaño ya que Sevro no fue capaz, y tal vez apartarlos de la influencia de Harmony. Pero en lugar de hallar aliados encontramos una fosa común. Una ciudad gris, bombardeada, arrancada de la órbita. Aún puedo ver esa masa pálida e hinchada de cuerpos junto a la costa. Los cangrejos se paseaban sobre los cadáveres cebándose en los muertos mientras una solitaria voluta de humo ascendía en espiral hacia las estrellas, el eco viejo y sordo de la guerra.

Esa imagen me obsesiona, pero Victra parece haberlo superado sin problemas mientras continúa machacándose en el gimnasio. La ha metido en esa inmensa cripta que hay en el fondo de su mente, allá donde comprime y encierra todo lo malo que ha visto, todo el dolor que ha sentido. Ojalá me pareciera más a ella. Ojalá sintiera menos y estuviera menos asustado. Pero cuando recuerdo esa voluta de humo, lo único que logro pensar es que es el presagio de algo peor. Como si el Universo nos estuviera permitiendo entrever el final hacia el que nos precipitamos.

Cuando terminamos con nuestra sesión de entrenamiento es noche cerrada; los espejos están empañados por la condensación. Nos duchamos y hablamos por encima de las mamparas de plástico.

—Tómatelo como un síntoma de progreso —digo—. Al menos ahora te habla.

—No. Tu madre me odia. Siempre me odiará. Y no puedo hacer ni una maldita cosa al respecto.

—Bueno, podrías intentar ser más educada.

—Soy perfectamente educada —replica Victra ofendida.

Corta el agua de su ducha y sale del cubículo. Con los ojos cerrados para protegerme del agua, termino de enjabonarme el pelo suponiendo que ella no dirá nada más. No abre la boca, así que termino de aclararme el champú y salgo del cubículo en cuanto acabo. Siento que algo va mal cuando veo a Victra tumbada desnuda en el suelo, con las manos y las piernas atadas a la espalda. Con una capucha en la cabeza. Algo se mueve detrás de mí. Me doy la vuelta justo a tiempo para ver media docena de espectrocapas que se mueven entre el vapor. Entonces alguien inhumanamente fuerte me agarra por la espalda y me rodea los brazos con los suyos para impedir que pueda separarlos de los costados. Siento su respiración en el cuello. El terror me

invade el cuerpo. El Chacal nos ha encontrado. Ha conseguido entrar a hurtadillas.

—¡Dorados! —grito—. ¡Dorados!

Aún estoy mojado por la ducha. El suelo está resbaladizo. Lo utilizo en mi ventaja y me retuerzo como una anguila entre los brazos de mi atacante hasta que puedo asestarle un codazo en la cara. Oigo un gruñido. Vuelvo a retorcerme y resbalo. Me caigo de rodillas sobre el suelo de hormigón. Consigo ponerme en pie de nuevo. Siento que dos atacantes se abalanzan contra mí por la izquierda. Cubiertos con las capas. Me agacho bajo uno de ellos con los hombros a la altura de sus rodillas. Sale catapultado por encima de mi cabeza y se empotra contra los tabiques de plástico que separan las duchas detrás de mí. Cojo al otro por la garganta, tras interceptar un puñetazo, y lo lanzo contra el techo. Otro impacta contra mí desde un lateral, tratando de hacer palanca con las manos en mi pierna para que pierda el equilibrio. Me dejo llevar por el movimiento y salto en el aire con una postura de kravat que le hace perder el centro de gravedad y acabamos los dos en el suelo, su cabeza entre mis muslos. Un simple movimiento y le parto el cuello. Pero noto otros dos pares de manos sobre mí, golpeándome en la cara, y tengo más en las piernas. El vapor me permite atisbar las espectrocapas. Grito, doy golpes y escupo, pero son demasiados, y juegan sucio, pues me asestan puñetazos en los tendones de detrás de las rodillas para que no pueda dar patadas y en los nervios de los hombros para que sienta los brazos tan pesados como si fueran de plomo. Luego me ponen una capucha sobre la cabeza y me atan las manos a la espalda. Me quedo allí tumbado, inmóvil, aterrorizado, jadeante.

—Ponedlos de rodillas —ruge una voz electrónica—. Maldita sea, de rodillas.

«¿Maldita sea?». Ah, mierda. Cuando me doy cuenta de quién es, permito que me levanten del suelo. Me quitan la capucha. Han apagado las luces. Han colocado varias docenas de velas en el suelo de las duchas y las sombras se proyectan por la habitación. Victra está a mi izquierda, con los ojos cargados de furia. Le sale sangre de la nariz, ahora torcida. Holiday aparece a mi derecha, completamente vestida, pero también atada. La llevan dos figuras vestidas de negro que la obligan a ponerse de rodillas. Una enorme sonrisa se

dibuja en su cara.

De pie a nuestro alrededor, rodeados por el vapor del baño, hay diez demonios con las caras pintadas de negro que nos miran desde detrás de las bocas de los pellejos de lobo que les cubren desde la cabeza hasta la mitad de los muslos. Dos están apoyados contra la pared, doloridos por mi furibunda defensa. Cubierto por la piel de un oso, Ragnar destaca junto a Sevro. Los Aulladores han venido en busca de nuevos reclutas y tienen un aspecto jodidamente aterrador.

—Saludos, feos cabroncetes —ruge Sevro tras quitarse el sintetizador de voz. Avanza entre las sombras para colocarse ante nosotros—. He reparado en que sois unas criaturas anormalmente retorcidas, salvajes y maliciosas versadas en las artes del asesinato, la mutilación y el caos. Si me equivoco, hablad ahora.

—Sevro, casi nos cagamos del miedo —le espeta Victra—. ¿Qué demonios pasa contigo?

—**No profanes este momento** —dice Ragnar con un tono de voz amenazador.

Victra escupe.

—Me has roto la nariz.

—Técnicamente he sido yo —dice Sevro, y vuelve la cabeza hacia un Aullador delgado con emblemas rojos en las manos—. Dormilón me ha ayudado.

—Enano asqueroso…

—No parabas de retorcerte, cariño —dice Guijarro desde algún lugar entre los Aulladores.

No soy capaz de identificar cuál de ellos es, pues su voz rebota en las paredes.

—Y si sigues hablando, te amordazaremos y te haremos cosquillas —amenaza Payaso con voz siniestra—. Así que… chisss.

Victra niega con la cabeza, pero mantiene la boca cerrada. Intento contener la risa ante la solemnidad del momento. Sevro prosigue, paseando de un lado a otro ante nosotros.

—Os hemos observado y ahora os queremos. Si aceptáis nuestra invitación para sumaros a nuestra hermandad, debéis jurar ser siempre leales

a vuestros hermanos y hermanas. No mentir nunca, no traicionar nunca a los que se esconden bajo la capa. Todos vuestros pecados, todas vuestras cicatrices, todos vuestros enemigos ahora nos pertenecen a nosotros. Es una carga que compartimos. Vuestros amores, vuestra familia, se convertirán en vuestros segundos amores, vuestra segunda familia. Nosotros somos los primeros. Si no sois capaces de soportarlo, si no podéis acatar este vínculo, decidlo ahora y podréis marcharos.

Espera. Ni siquiera Victra abre la boca.

—Bien. Ahora, según las normas descritas en nuestro texto sagrado… —levanta un librito negro con las páginas sobadas y una cabeza de lobo aullando en la portada— debéis ser purgados de vuestros juramentos anteriores y demostrar vuestra valía antes de poder pronunciar nuestros votos. —Levanta las manos—. Así pues, que comience la Purga.

Los Aulladores echan las cabezas hacia atrás y comienzan a aullar como locos. Lo que sucede a continuación es una mezcla imprecisa de rarezas caleidoscópicas. Una música estruendosa brota de algún lugar. Nos obligan a permanecer de rodillas. Con las manos atadas. Los Aulladores corren hacia nosotros. Nos acercan botellas a los labios y damos tragos mientras ellos corean en bucle una extraña melodía que Sevro dirige con un aplomo obsceno. Ragnar ruge de satisfacción cuando me termino la botella que me han ofrecido. Estoy a punto de vomitar todo lo que tengo en el estómago. El alcohol quema mientras me baja por el esófago hasta la tripa. Detrás de mí, Victra tose. Holiday se limita a seguir bebiendo y los Aulladores la vitorean cuando se acaba su botella. Nos quedamos donde estamos, oscilantes, mientras ellos rodean a Victra y continúan cantando mientras la chica jadea y trata de terminarse la botella. El licor le salpica la cara. Ella tose.

—**¿Esto es lo mejor que puedes hacer, hija del Sol?** —vocifera Ragnar —. **¡Bebe!**

El obsidiano gruñe encantado cuando finalmente Victra consigue dar el último trago, tosiendo y mascullando palabrotas.

—**¡Traed las serpientes y las cucarachas!** —grita él.

Salmodian como sacerdotes cuando Guijarro se adelanta con un cubo. Nos colocan de manera que quedamos rodeando el cubo y que, a la luz titilante, podemos ver que el fondo del mismo se retuerce de vida.

Cucarachas gordas y brillantes con las patas y las alas peludas caminan de un lado a otro alrededor de una víbora. Yo me aparto, aterrorizado y borracho, pero Holiday ya ha metido la mano; coge la serpiente y la golpea contra el suelo hasta que muere.

Victra se queda mirando a la gris.

—Pero ¿qué co…?

—Termina el cubo o vas a la caja —dice Sevro.

—¿Qué narices quiere decir eso?

—¡Termina el cubo o vas a la caja! ¡Termina el cubo o vas a la caja! —corean todos.

Holiday le da un mordisco a la serpiente muerta desgarrándola con los dientes.

—**¡Sí!** —brama Ragnar—. **Tiene alma de Aulladora. ¡Sí!**

Estoy tan borracho que apenas veo. Meto la mano en el cubo y comienzo a temblar cuando siento que las cucarachas me trepan por la mano. Agarro una y me la meto entera en la boca. Aún se mueve. Me fuerzo a mover las mandíbulas y masticar. Estoy a punto de echarme a llorar. Victra tiene náuseas solo de verme. Me trago el insecto, le cojo la mano a mi amiga y la obligo a introducirla en el cubo. De pronto, su cuerpo se mueve con brusquedad y tardo demasiado en darme cuenta de lo que eso significa. Su vomito impacta contra mi hombro. Al olerlo, no puedo contener el mío. Holiday sigue masticando. Ragnar grita sus alabanzas.

Para cuando nos terminamos el cubo, somos una patética masa de basura borracha y cubierta de insectos y tripas. Sevro está diciendo algo delante de nosotros. No para de balancearse hacia delante y hacia atrás. O puede que el que se tambalea sea yo. ¿Está hablando? Alguien me zarandea agarrándome del hombro desde atrás. ¿Estaba dormido?

—Este es nuestro texto sagrado —anuncia mi pequeño amigo—. Tendrás que estudiártelo. Pronto te lo sabrás de memoria. Pero hoy solo necesitas conocer la Primera Regla de los Aulladores.

—**Nunca agaches la cabeza** —dice Ragnar.

—Nunca agaches la cabeza —repiten los demás, y Payaso da un paso al frente con tres capas de lobo.

Al igual que las pieles de los lobos del Instituto, estos pellejos se adaptan

al entorno y adquieren una tonalidad oscura en la habitación iluminada por las velas. Le tiende una a Victra. La liberan de sus ataduras y ella trata de ponerse en pie, pero es incapaz. Guijarro trata de ayudarla, pero Victra no acepta su mano. Vuelve a intentarlo y logra apoyar una rodilla en el suelo. Entonces Sevro se acuclilla a su lado y extiende una mano. Mirándola a través de sus mechones de pelo empapados de sudor, mi amiga deja escapar una carcajada de hastío al darse cuenta de qué va todo esto. Le agarra de la mano y solo con su ayuda es capaz de caminar con la estabilidad suficiente para recibir su capa. Sevro se la arrebata a Payaso y envuelve con ella los hombros desnudos de Victra. Se miran a los ojos durante unos instantes antes de hacerse a un lado para que Guijarro pueda ayudar a Holiday a ponerse su capa. Ragnar se encarga de echarme la mía sobre los hombros tras levantarme.

—Bienvenidos, hermanos y hermanas, a los Aulladores.

Al unísono, los Aulladores levantan de nuevo la cabeza hacia el techo y emiten un atronador aullido. Me sumo a ellos y, para mi sorpresa, descubro que Victra hace lo mismo. Echa la cabeza hacia atrás en la oscuridad sin reservas. Entonces las luces se encienden de repente. Los aullidos se acallan mientras miramos confundidos a nuestro alrededor. Dancer entra cojeando en el baño con mi tío Narol.

—¿Qué coño pasa aquí? —pregunta Narol, que se fija en las cucarachas, los restos de la serpiente y las botellas.

Los Aulladores se miran los unos a los otros, como si sintieran ridículos e incómodos.

—Estamos realizando un ritual oculto —contesta Sevro—. Y nos estás interrumpiendo, subordinado.

—De acuerdo —dice Narol, que asiente un tanto preocupado—. Lo siento, señor.

—Uno de nuestros rosas le ha robado el terminal de datos a un Montahuesos en Agea —informa un Dancer nada orgulloso de lo que ve a Sevro—. Hemos descubierto quién es.

—¡No me fastidies! —exclama Sevro—. ¿Tenía razón?

—¿Quién? —pregunto con voz de borracho—. ¿De quién estáis hablando?

—Del socio secreto del Chacal —contesta Dancer—. Quicksilver. Tenías razón, Sevro. Nuestros agentes dicen que está en su central corporativa de Fobos, pero no se quedará allí mucho tiempo. Partirá hacia la Luna dentro de dos días. Allí no seremos capaces de llegar a él.

—O sea que la Operación Mercado Negro está en marcha.

—En efecto —admite Dancer a regañadientes.

Sevro levanta el puño en el aire.

—Toma ya. Ya habéis oído a este tipo, Aulladores. Quitaos la mierda del cuerpo. Serenaos. Alimentaos. Tenemos que secuestrar a un plateado y hundir una economía. —Me mira con una sonrisa salvaje dibujada en el rostro—. Va a ser un día cojonudo. Un día cojonudo.

14

LA LUNA VAMPÍRICA

Fobos significa «miedo». En la mitología, era el hijo de Afrodita y Ares, el fruto del amor y la guerra. Es un nombre apropiado para la más grande de las lunas de Marte.

Se formó mucho antes de la edad del hombre, cuando un meteorito impactó contra el padre Marte y puso los detritos en órbita. Esta luna oblonga se quedó flotando en el espacio como un cadáver abandonado, muerta y desamparada, durante mil millones de años. Ahora rebosa de la vida parasítica que bombea sangre hacia las venas del imperio dorado. Está atestada de cargueros minúsculos y rechonchos que se elevan desde la superficie de Marte para introducirse en los dos enormes muelles grises que rodean la luna. Allí, transfieren el botín de Marte a los cosmocamiones que transportarán el tesoro por las grandiosas rutas comerciales Julii-Agos hasta el Confín o, más probablemente, hasta el Núcleo, donde la famélica Luna espera recibir su alimento.

El hombre ha dejado hueca la piedra estéril de Fobos y la ha envuelto en metal. Con un diámetro de solo doce kilómetros en su parte más ancha, la luna está rodeada por dos enormes muelles perpendiculares entre sí. Son de un metal oscuro con glifos blancos y luces rojas intermitentes para los barcos que atracan. Sobre ellos culebrean los movimientos de los tranvías magnéticos y los cargueros. Bajo los muelles, y a veces sobresaliendo por encima de ellos por los lados en forma de torres puntiagudas, se alza la

Colmena: una ciudad dentada que no se formó siguiendo los ideales neoclásicos de los dorados, sino según los de la economía más salvaje fuera de los límites de la gravedad. Seis siglos de edificios perforan Fobos. Es el acerico más grande que el hombre haya construido jamás. Y la disparidad de la riqueza entre los habitantes de las Agujas, las puntas de los edificios, y el Hueco, el interior de la roca de la luna, raya en lo cómico.

—Parece más grande cuando no estás en el puente de una nave antorcha —comenta Victra a mis espaldas—. Estar privado de derechos es condenadamente tedioso.

Siento su dolor. La última vez que vi Fobos fue antes de la Lluvia del León. Entonces tenía un ejército a mi espalda, a Mustang y el Chacal a mi lado y a miles de Marcados como Únicos bajo mi mando. Potencia de fuego suficiente para hacer temblar un planeta. Ahora me escondo entre las sombras y viajo en un desvencijado carguero tan viejo que ni siquiera cuenta con un generador de gravedad artificial, con la única compañía de Victra y una tripulación de tres Hijos camioneros y un pequeño equipo de Aulladores en la plataforma de carga. Y esta vez acato órdenes, no las doy. Rozo con la lengua la píldora del suicidio que me implantaron detrás de la última muela derecha tras la iniciación de los Aulladores. Ahora todos los que pertenecemos al grupo la llevamos. Es mejor que ser capturado con vida, me dijo Sevro. Y no tengo más remedio que estar de acuerdo con él. Aun así, la sensación es extraña.

Después de mi huida, el Chacal suspendió todos los vuelos que salían de Marte hacia la órbita. Sospechaba que los Hijos llevarían a cabo un intento desesperado de sacarme del planeta. Por suerte, Sevro no es tan tonto. Si lo hubiera hecho, probablemente yo estaría de nuevo en manos del Chacal. En cualquier caso, ni siquiera el archigobernador de Marte podría mantener parado todo el comercio durante mucho tiempo, así que la moratoria duró poco. Pero las ondas de choque que el parón produjo en el mercado fueron espectaculares. Miles de millones de créditos perdidos por cada minuto que el helio-3 no fluía. A Sevro le resultó bastante inspirador.

—¿Qué parte pertenece a Quicksilver? —pregunto.

Victra se impulsa para colocarse a mi lado en la gravedad cero. Su melena serrada flota alrededor de su cabeza como una corona blanca. Se lo ha

aclarado y se ha oscurecido los ojos con lentes de contacto. Es más fácil para los obsidianos moverse por los rincones más peligrosos de la Luna de lo que lo sería sin el disfraz y, teniendo en cuenta que es uno de los Aulladores más corpulentos, sería complicado que se hiciera pasar por cualquier otro color.

—Es difícil saberlo —contesta—. Las propiedades de Silver son de lo más complejo. Ese tipo tiene tantas empresas fantasmas y tantas cuentas bancarias fuera de la red que dudo que ni siquiera la soberana sepa lo grande que es su cartera.

—O quién aparece en ella. Si el rumor de que tiene dorados en propiedad es cierto…

—Lo es. —Victra se encoge de hombros y el gesto la hace retroceder—. Sus manos llegan a todas partes. Es uno de los pocos hombres demasiado ricos para matarlos, según mi madre.

—¿Más rico de lo que lo era tu madre? ¿De lo que lo eres tú?

—De lo que era —me corrige, y a continuación niega con la cabeza—. Es demasiado listo para eso. —Guarda silencio un segundo—. Pero puede que sí.

Busco con la mirada el icono del talón alado de Silver que está estampado en la más alta de las torres de Fobos, una doble hélice de tres kilómetros de largo hecha de acero y cristal y coronada con una luna creciente plateada. ¿Cuántos ojos dorados la mirarán con envidia? ¿Cuántos más poseerá o sobornará para que lo protejan de todos los demás? Tal vez solo uno. Su socio secreto fue crucial para el ascenso del Chacal. Un hombre que lo ayudó desde la sombra a hacerse con el control de los medios y las industrias de telecomunicaciones. Durante mucho tiempo pensé que ese socio eran Victra o su madre y que el Chacal había cerrado el círculo en el jardín. Pero parece que su mayor aliado está vivito y coleando. De momento.

—Treinta millones de personas —susurro—. Increíble.

Noto que Victra clava su mirada en mí.

—No estás de acuerdo con el plan de Sevro, ¿verdad?

Con el pulgar rasco un trozo de chicle rosa pegado al mamparo oxidado. Secuestrar a Quicksilver nos proporcionará información y acceso a enormes fábricas de armamento, pero la jugada de Sevro contra la economía me resulta más preocupante.

—Sevro ha mantenido a los Hijos con vida. Yo no fui capaz. Así que sigo sus órdenes.

—Ya. —Me mira con escepticismo—. Me pregunto cuándo empezaste a pensar que las agallas y la visión son lo mismo.

—Eh, caraculos —grazna Sevro a través del intercomunicador que llevo en la oreja—, si habéis acabado de disfrutar de las vistas, de follar o de lo que demonios quiera que estéis haciendo, es hora de arroparse.

Media hora después, Victra y yo estamos acurrucados con los Aulladores en uno de los contenedores de helio-3 almacenados en la parte trasera de nuestro transporte. Notamos las reverberaciones del barco en el exterior del contenedor cuando sus enganches magnéticos se acoplan a la superficie circular del muelle. Al otro lado del casco de la nave, los naranjas estarán flotando con sus trajes mecanizados a la espera de poder trasladar los contenedores de carga ingrávidos hasta los tranvías magnéticos que, a su vez, los llevarán hasta los cosmocamiones que aguardan para iniciar el viaje a Júpiter. Allí reabastecerán la flota de Roque para que continúe con su esfuerzo bélico contra Mustang y los señores de las Lunas.

Pero antes de que se trasladen los contenedores, los inspectores grises y cobres se acercarán a examinarlos. Nuestros azules los sobornarán para que cuenten cuarenta y nueve contenedores en lugar de cincuenta. A continuación, un naranja comprado por nuestro contacto perderá el contenedor en el que viajamos, una práctica común en el contrabando de drogas ilegales o mercancías libres de impuestos. Lo depositará en un atracadero para partes de máquinas situado en un nivel más bajo, donde nuestro contacto se reunirá con nosotros y nos acompañará a nuestra casa franca. Al menos ese es el plan. Pero de momento, esperamos.

Finalmente regresa la gravedad, lo cual quiere decir que estamos en el hangar. Nuestro contenedor cae sobre el suelo con un golpe seco. Nos sujetamos a los barriles de helio-3. Al otro lado de las paredes de metal del contenedor se oyen voces. El carguero emite varios pitidos cuando se desacopla de nosotros y regresa al espacio por el campo de pulsos. Y luego el silencio. No me gusta. Cierro la mano en torno a la empuñadura de cuero de

mi falce, dentro de la manga de mi chaqueta. Doy un paso en dirección a la puerta. Victra me sigue. Sevro me agarra del hombro.

—Esperamos al contacto.

—Ni siquiera lo conocemos —digo.

—Dancer responde por él. —Chasquea los dedos para indicarme que vuelva a mi sitio—. Esperamos.

Me doy cuenta de que los demás nos están escuchando, así que asiento y cierro la boca. Diez minutos más tarde, oímos un solitario par de pies que repiquetean fuera, en el muelle. La cerradura de las puertas del contenedor se abre y una luz tenue se filtra en el interior cuando se separan para mostrarnos a un atractivo rojo con perilla y un palillo en la boca. Es media cabeza más bajo que Sevro y parpadea cada vez que posa la mirada en uno de nosotros. Arquea una ceja cuando ve a Ragnar. Hace lo propio con la otra cuando baja la mirada hacia la boca del achicharrador con que lo apunta Sevro. Por algún motivo, no sale corriendo. El tipo tiene valor.

—¿Qué es lo que no puede morir nunca? —ruge Sevro en su mejor acento obsidiano.

—Los hongos que Ares tiene bajo las pelotas. —El hombre sonríe y vuelve la cabeza para mirar hacia atrás—. ¿Te importaría bajar esa cosa? Tenemos que ponernos en marcha, ya. El sindicato nos ha prestado este muelle. Aunque en realidad ellos no lo saben, así que a no ser que queráis tener un follón con unos cuantos profesionales serios, tenemos que dejar la cháchara y salir pitando. —Da una palmada—. «Ya» significa «ya».

Nuestro contacto responde al nombre de Rollo. Es fibroso e irónico, tiene unos ojos centelleantes y brillantes y posee cierto encanto con las mujeres, aunque menciona a su esposa, que al parecer es la mujer más hermosa que haya pisado la superficie de Marte, al menos dos veces por minuto. Lleva ocho años sin verla. Es el tiempo que él lleva en la Colmena trabajando como soldador en las torres espaciales. Técnicamente, no es un esclavo como los rojos de las minas, puesto que él y los suyos son mano de obra contratada. Esclavos pagados que trabajan catorce horas al día seis días a la semana suspendidos entre las torres megalíticas que perforan la Colmena, soldando

metal y rezando por no sufrir un accidente laboral. Si te haces daño, no puedes ganarte el sueldo. Si no te ganas el sueldo, no comes.

—Se lo tiene muy creído —oigo que Sevro le susurra a Victra en mitad del grupo mientras Rollo nos guía.

—Pues a mí me gusta bastante su perilla —contesta ella.

—Los azules llaman a este lugar la Colmena —explica Rollo mientras nos dirigimos hacia un tranvía lleno de grafitis en un nivel de mantenimiento abandonado. Huele a grasa, óxido y orina rancia. Vagabundos sin hogar infestan los suelos de los sombríos pasillos de metal. Marañas de mantas y andrajos que se retuercen y que Rollo esquiva sin siquiera mirarlas, aunque en ningún momento aparta la mano del desgastado puño de plástico de su achicharrador—. Puede que para ellos lo sea. Ellos tienen escuelas y hogares aquí. Pequeñas comunidades de mentecatos, sectas, para ser más precisos, donde aprenden a volar y sincronizarse con los ordenadores. Pero permitid que os explique lo que es en realidad este lugar: no es más que una máquina picadora. Llegan los hombres. Las torres se alzan. —Señala con la cabeza hacia el suelo—. La carne se va.

Las únicas señales de que los vagabundos del suelo están vivos son las pequeñas nubes de aliento que se elevan desde sus abultados harapos como el vapor que surge de las grietas en un campo de lava. Me estremezco bajo mi chaqueta gris y me recoloco la bolsa de armamento que llevo al hombro. En este nivel hace un frío terrible. Probablemente se deba a que el aislamiento es viejo. Guijarro expulsa una nube de vapor por las fosas nasales mientras empuja una de nuestras carretillas de equipamiento y mira con tristeza a los vagabundos a izquierda y derecha. Menos empática, Victra tira de la parte delantera de la carretilla y aparta de su camino a uno de los vagabundos con la bota. El hombre protesta y levanta la mirada, cada vez más, y más, y más, hasta que ve los dos metros diez centímetros de asesina cabreada. Entonces se escabulle a toda prisa hacia la pared, con los dientes apretados. Ni Ragnar ni Rollo parecen notar el frío.

Los Hijos de Ares nos esperan en el destartalado andén del tranvía y dentro del convoy. La mayoría son rojos, pero hay una buena cantidad de naranjas, verdes y azules en el grupo. Empuñan una variopinta selección de achicharradores viejos y apuntan hacia el resto de los pasillos que

desembocan en el andén con unas miradas inquietas que no pueden evitar volver hacia nosotros para preguntarse quién demonios somos en realidad. Me siento más agradecido que nunca por nuestros contactos y prostéticos obsidianos.

—¿Esperabais problemas? —pregunta Sevro fijándose en las armas que los Hijos llevan en las manos.

—Los grises llevan un par de meses haciendo redadas aquí abajo. Y no esos quincallas cabezas huecas de la comisaría loca, sino cabrones que saben lo que hacen. Legionarios. Incluso algunos de la Decimotercera mezclados con la Décima y la Quinta. —Baja la voz—. Hemos pasado un mes muy malo, nos han jodido a base de bien, maldita sea. Se hicieron con nuestro cuartel general en el Hueco y también nos echaron encima a los matones del sindicato. Les pagaron para que cazaran a sus propios miembros. La mayor parte de nosotros tuvimos que ocultarnos, escondernos en pisos francos secundarios. El cuerpo principal de los Hijos ha estado ayudando a los rojos rebeldes del puesto, claro está, pero nuestro grupo de operaciones especiales no ha movido un dedo hasta hoy. No queríamos correr ningún riesgo, ¿sabéis? Ares me ha dicho que tenéis que ocuparos de un asunto importante.

—Ares es muy listo —dice Sevro con desdén.

—Y una reina del drama —añade Victra.

En la puerta del tranvía, Ragnar titubea, con la mirada clavada en un cartel antiterrorista pegado en una columna de hormigón en la zona de espera del tranvía. «Si ves algo, di algo», reza, y muestra a un rojo pálido con unos malignos ojos carmesí y el estereotípico traje harapiento de un minero merodeando junto a una puerta que dice «Acceso restringido». El resto no se ve. Está cubierto por las pintadas rebeldes. Pero entonces me doy cuenta de que Ragnar no está mirando el cartel, sino a un hombre en cuya presencia yo ni siquiera había reparado y que está hecho un ovillo en el suelo debajo de él. Lleva la capucha puesta. Su pierna izquierda es un viejo recambio mecánico. Una venda marrón y costrosa le tapa la mitad de la cara. Se oye un siseo. Gas presurizado. Y el hombre se aparta de nosotros, temblando y con una sonrisa de dientes negros. Un bote de plástico de estimulantes cae al suelo con estrépito. Polvo de alquitrán.

—**¿Por qué no ayudáis a esta gente?** —pregunta Ragnar.

—¿Ayudarlos con qué? —pregunta Rollo a su vez. Ve la empatía en el rostro de Ragnar y en realidad no sabe cómo contestar—. Hermano, apenas tenemos suficiente para los de nuestra sangre. No sería bueno compartirlo con esta panda, ¿sabes?

—**Pero ese de ahí es rojo. Son tu familia…**

Rollo frunce el entrecejo ante la verdad desnuda.

—Ahórrate la lástima, Ragnar —interviene Victra—. Eso que se está metiendo son drogas del Sindicato. La mayoría de ellos te rajarían el cuello a cambio de un chute para la tarde. Son carne vacía.

—¿Qué has dicho? —digo volviéndome hacia ella.

La brusquedad de mi tono de voz la pilla con la guardia baja, pero no está dispuesta a dar marcha atrás. Así que, por instinto, arremete con más fuerza.

—Carne vacía, querido —repite—. Parte de ser humano es tener dignidad. Y ellos no la tienen. Se lo buscaron ellos mismos. Fue decisión suya, no de los dorados, a pesar de lo sencillo que resulta echarles la culpa de todo a ellos. Entonces ¿por qué iban a merecer mi compasión?

—Porque no todo el mundo es tú. Ni tuvo tu nacimiento.

Victra no contesta. Rollo se aclara la garganta; se muestra un tanto escéptico respecto a nuestros disfraces.

—La señorita tiene razón en cuanto a lo de que os rajarían la garganta. La mayor parte de ellos eran mano de obra importada. Como yo. Sin contar con mi esposa, hay tres personas en Nueva Tebas que dependen del dinero que les envío, pero no puedo volver a casa hasta que acabe mi contrato. Me quedan cuatro años. Esta escoria se ha rendido y ya no intenta regresar.

—¿Cuatro años? —pregunta Victra con suspicacia—. Antes has dicho que ya llevabas ocho aquí.

—Tengo que pagarme la vuelta.

Ella lo mira con incredulidad.

—La empresa no lo cubre. Debería haber leído la letra pequeña. Por supuesto, fue decisión mía venirme aquí. —Señala a los vagabundos con la cabeza—. También ellos lo eligieron. Pero cuando la única alternativa es morirse de hambre… —Se encoge de hombros como si todos conociéramos la respuesta—. Estos desgraciados solo tuvieron mala suerte en el trabajo. Piernas perdidas. Brazos. La empresa no cubre las prótesis, y mucho menos

las decentes…

—¿Y los tallistas? —pregunto.

Resopla.

—¿Y a quién demonios conoces que pueda permitirse un trabajo de talla?

Ni siquiera había pensado en el coste. Eso me recuerda lo alejado que estoy de muchas de las personas por las que aseguro estar luchando. Tengo a un rojo ante las narices, uno de los míos, más o menos, y ni siquiera sé qué tipo de comida es típica en esta cultura.

—¿Para qué empresa trabajas? —pregunta Victra.

—Anda, pues para Industrias Julii, claro está.

Observo la jungla de metal que pasa al otro lado de la sucia ventana de durocristal mientras el tranvía se aleja de la estación. Victra está sentada a mi lado, con una expresión de desasosiego en el rostro. Pero yo estoy a un mundo de distancia de ella, de mis amigos. Perdido en la memoria. Ya había visitado la Colmena una vez, con el archigobernador Augusto y con Mustang. Él trajo a sus lanceros para que se reunieran con los ministros de economía de la Sociedad y discutiesen la modernización de las infraestructuras de la luna. Después de las reuniones Mustang y yo nos escapamos para visitar el famoso acuario de la luna. Yo lo había alquilado por un precio absurdo y lo había arreglado todo para que nos sirviera una cena acompañada de vino ante el tanque de la orca. A Mustang siempre le gustaron más las criaturas naturales que las talladas.

He cambiado los vinos de cincuenta años de antigüedad y los ayudas de cámara rosa por un mundo más lúgubre con huesos corroídos y matones rebeldes. Este es el mundo real. No el sueño en el que viven los dorados. Hoy siento los gritos silenciosos de una civilización a la que llevan cientos de años pisoteando.

Nuestro camino bordea los límites del Hueco, el centro de la luna, donde la celosía de los apartamentos de los suburbios, que más bien parecen jaulas, se descompone en la falta de gravedad. Entrar en ellos nos haría correr el riesgo de caer en medio de la guerra callejera del Sindicato contra los Hijos de Ares. Y subir hacia los niveles de los colores medios nos haría correr el

riesgo de toparnos con los marines de la Sociedad y sus infraestructuras de seguridad formadas por cámaras y holoescáneres.

Así que atravesamos el interior de los niveles de mantenimiento que hay entre el Hueco y las Agujas, donde los rojos y los naranjas hacen que la luna continúe funcionando. Nuestro tranvía, conducido por un simpatizante de los Hijos, se salta las paradas. Las caras de los trabajadores que lo esperan se convierten en una masa difusa cuando pasamos ante ellas. Un popurrí de ojos. Pero todas las caras grises. No del color del metal, sino del de la ceniza vieja en una hoguera al aire libre. Caras de ceniza. Ropa de ceniza. Vidas de ceniza.

Pero cuando el túnel engulle nuestro tren, el color estalla a nuestro alrededor. Las pintadas y los años de rabia rezuman de las paredes estriadas y resquebrajadas de su garganta una vez gris. Blasfemias en quince dialectos. Dorados destripados de una docena de formas sombrías. Y a la derecha de un tosco esbozo de la guadaña de un segador decapitando a Octavia au Lune hay una imagen de Eo con el pelo en llamas y colgando del patíbulo hecha con pintura digital. Escrito en diagonal: «Rompe las cadenas». Es una única flor reluciente entre las malas hierbas del odio. Se me forma un nudo en la garganta.

Media hora después de partir, nuestro tranvía se para en seco ante un núcleo industrial desierto donde miles de trabajadores de los colores inferiores deberían alejarse de su traslado matutino desde las Chimeneas para ocuparse de sus funciones. Pero ahora está tan silencioso como un cementerio. Los suelos de metal están llenos de basura. Las holopantallas todavía emiten los destellos de los programas de noticias de la Sociedad. Una taza descansa sobre una mesa en una cafetería, con el vapor aún brotando de la bebida. Los Hijos han despejado el camino solo unos minutos antes. Y eso demuestra el alcance de su influencia en este lugar.

Cuando nos marchemos, la vida regresará a este lugar. Pero ¿qué pasará después de que pongamos las bombas que hemos traído con nosotros? Después de que destruyamos las fábricas, ¿no se quedarán también en paro todos los hombres y mujeres a los que pretendemos ayudar, igual que esas pobres criaturas de la estación del tranvía? Si el trabajo es su razón de ser, ¿qué ocurre cuando se lo arrebatamos? Le expreso mis preocupaciones a

Sevro, pero es una flecha ya disparada, tan dogmático como yo mismo lo fui una vez. Y cuestionarlo en voz alta parece una traición a nuestra amistad. Él siempre ha confiado ciegamente en mí. Entonces ¿soy el peor de los amigos por dudar de él?

Gracias a varios graviascensores, llegamos a un garaje para camiones de la basura que también pertenece a Industrias Julii. Sorprendo a Victra limpiando la mugre del blasón de su familia en una de las puertas. El sol alanceado está desgastado y descolorido. Las pocas docenas de trabajadores rojos y naranjas de las instalaciones fingen no reparar en nuestro grupo cuando entramos formando una hilera en una de las áreas de carga. Dentro, a los pies de dos tráileres enormes, nos encontramos con un pequeño ejército de Hijos de Ares. Más de seiscientos.

No son soldados. No como nosotros. La mayoría son hombres, pero hay unas cuantas mujeres aquí y allá, sobre todo rojas y naranjas forzadas a emigrar aquí para trabajar y poder alimentar a sus familias en Marte. Sus armas son de mala calidad. Algunos están de pie. Otros sentados. Abandonan sus conversaciones para mirar a nuestro grupo, doce obsidianos asesinos que avanzan dando zancadas por el muelle de metal cargados con bolsas de armamento y empujando dos carretillas misteriosas. Noto que la llama de la tristeza prende en mi interior. No importa lo que hagan, no importa adónde vayan, sus vidas quedarán marcadas por este día. Si dirigirme a ellos fuera obligación mía, les advertiría acerca de la carga que asumen, de la crueldad que permiten que entre en sus vidas. Les diría que es más agradable oír hablar de las gloriosas victorias de una guerra que presenciarlas, que sentir la sobrecogedora irrealidad de estar tumbado todas las mañanas en una cama sabiendo que has matado a un hombre, sabiendo que un amigo se ha ido.

Pero no digo nada. Ahora mi lugar está junto a Ragnar y a Victra, detrás de Sevro, una vez que escupe su chicle y pasa a mi lado —guiñándome un ojo y dándome un codazo en las costillas— para colocarse frente al pequeño ejército. Su ejército. Es demasiado bajo para ser un varón obsidiano, pero resulta aterrador, con sus cicatrices y tatuajes, para esta compañía de basureros de manos pequeñas y soldadores de torres encorvados. Echa la cabeza hacia delante, con los ojos ardientes tras las lentes de contacto negras. Sus tatuajes de lobo tienen un aspecto maligno sobre su piel pálida bajo la luz

industrial.

—Saludos, monos grasientos. —Su voz retumba, grave y amenazante—. Es posible que os preguntéis por qué Aras ha enviado a una pandilla de canallas de los duros como nosotros a este agujero de hojalata. —Los Hijos se miran unos a otros, nerviosos—. No estamos aquí para abrazaros. No estamos aquí para inspiraros ni soltaros discursos eternos como el maldito Segador. —Chasquea los dedos. Guijarro y Payaso acercan las carretillas y abren los pestillos de las tapas. Las bisagras chirrían al abrirse y descubrir explosivos de minería—. Estamos aquí para hacer saltar la mierda por los aires. —Abre los brazos de par en par y suelta una risotada—. ¿Alguna pregunta?

15

LA CAZA

Floto en la parte trasera del camión de la basura con los Aulladores. Está oscuro. La visión nocturna de mis ópticos muestra la basura que orbita a nuestro alrededor en un color verdoso. Pieles de plátano. Envoltorios de juguetes. Restos de café molido. Oigo una arcada de Victra por el intercomunicador cuando un trozo de papel higiénico se le pega a la cara. Su máscara es un demoniyelmo. Al igual que el mío, es negro como una pupila y sutilmente moldeado como un rostro demoníaco que grita. Fitchner se las ingenió para robarlos de las armerías de la Luna hace más de un año y entregárselos a los Hijos. Con ellos podemos ver la mayoría de los espectros, amplificar el sonido, rastrear las coordenadas de nuestros compañeros, acceder a mapas y comunicarnos en silencio. Todos los amigos que me rodean van de negro. No llevamos armaduras mecanizadas, solo unas finas pieles de escarabajo sobre nuestros cuerpos que detendrán los cuchillos y algún proyectil esporádico. No tenemos gravibotas ni armaduras de pulsos. Nada que nos haga más lentos, haga ruido o dispare los sensores. Llevamos tanques de oxígeno con aire suficiente para cuarenta minutos. Termino de ajustarle el arnés a Ragnar y consulto mi terminal de datos. Los dos rojos que tripulan el camión de la basura hacen una cuenta atrás. Cuando llega a uno, Sevro dice:

—Sujetaos las pelotas y poneos las capas.

Activo mi espectrocapa y el mundo se comba, distorsionado por ella. Es

como mirar a través de agua sucia y refractada, y siento la batería calentándose contra la parte baja de mi espalda. La capa va bien para las incursiones cortas. Pero quema las baterías pequeñas como las que llevamos y necesita tiempo para enfriarse y recargarse. Busco a tientas las manos de Sevro y Victra y consigo agarrarlas a tiempo. El resto también forma grupos. No recuerdo haberme sentido tan asustado antes de la Lluvia de Hierro. ¿Era más valiente entonces? Tal vez solo más ingenuo.

—Agarraos fuerte. Estamos listos para unos cuantos tajos —dice Sevro —. Salimos disparados en tres… dos… —Me aferro a su mano con más fuerza—. Uno.

La puerta del camión de la basura se abre con sigilo y nos baña en la luz ambarina de la pantalla de un holodispositivo situado en un rascacielos cercano. Una ráfaga de aire nos alcanza y mi mundo comienza a dar vueltas cuando el camión eyecta la carga de basura que lleva en la parte de atrás. Somos como las ahechaduras de las semillas lanzadas sobre la ciudad. Giramos acompañados de los desperdicios por un mundo caleidoscópico de torres y vallas publicitarias. Cientos de barcos que circulan a toda prisa por las avenidas. Todo un borrón destellante, líquido. Seguimos girando cabeza abajo para ocultar nuestras huellas.

A través del intercomunicador, oigo las quejas de un controlador de tráfico azul, molesto por la basura vertida. Enseguida aparece un cobre de la empresa en la línea, amenazando con despedir a los conductores incompetentes. Pero lo que me hace sonreír es lo que no oigo. Los canales de la policía continúan con su cantinela habitual, informando de un secuestro aéreo del sindicato en la Colmena, de un asesinato macabro en el viejo museo cerca del parque Plaza, del robo de un centro de datos en la Agrupación Banquera. No nos han visto entre los desechos.

Poco a poco reducimos el ritmo de nuestros giros utilizando los pequeños propulsores de nuestros cascos. Las corrientes de aire nos estabilizan. Silencio en el vacío. Estamos sobre el objetivo. Junto con el resto de la basura, estamos a punto de chocar contra el lateral de una torre de acero. Tiene que ser un aterrizaje limpio. Victra no para de soltar imprecaciones a medida que nos acercamos cada vez más. Me tiemblan los dedos. No rebotes. No rebotes.

—Soltaos —ordena Sevro.

Aparto mis manos de la suya y la de Victra y los tres chocamos con estruendo contra el acero. Los desperdicios que nos rodean rebotan contra el metal y salen disparados dando volteretas hacia atrás. Sevro y Victra se quedan adheridos gracias a los imanes que llevan en los guantes, pero uno de los desechos que impactan antes que yo contra el metal choca contra mi muslo al retroceder y me desvía de mi trayectoria. Hace que me tuerza y mueva las manos como un molinete al tratar de agarrarme, así que empiezo a girar de nuevo.

Mis pies son lo primero que toca el acero y salgo despedido de nuevo hacia el espacio.

—¡Sevro! —grito.

—Victra. Cógelo.

Una mano me agarra del pie y hace que me detenga. Bajo la mirada y veo una forma retorcida e invisible que me sujeta la pierna. Victra. Con cuidado, atrae de nuevo mi cuerpo ingrávido hacia la pared para que pueda fijar mis imanes al acero. Unos puntos brillantes invaden mi campo de visión. La ciudad nos rodea por todas partes. Es horripilante en su silencio, en sus colores, en su inhumano paisaje de metal. Da la sensación de ser más un viejo artefacto alienígena que un lugar para humanos.

—Baja el ritmo —restalla la voz de Victra en mi casco—. Darrow. Estás hiperventilando. Respira conmigo. Inspira. Espira. Inspira…

Obligo a mis pulmones a respirar al ritmo que ella me marca. Los puntos brillantes desaparecen enseguida. Abro los ojos, tengo la cara a pocos centímetros del acero.

—¿Te has cagado en el traje o algo así? —pregunta Sevro.

—Estoy bien —contesto—. Solo un poco oxidado.

—Puf. Seguro que el juego de palabras ha sido intencionado.

Ragnar y el resto de los Aulladores aterrizan unos treinta metros por debajo de nosotros en la torre. Guijarro me saluda con la mano.

—Nos faltan trescientos metros para llegar a nuestro objetivo. A trepar, florecillas.

Las luces brillan tras el cristal de las torres en doble hélice de Quicksilver. Casi doscientos niveles de despachos conectan las dos hélices. Distingo

siluetas que se mueven en el interior ante terminales informáticos. Enfoco mis ópticos para observar a los corredores de bolsa sentados en sus oficinas, a sus ayudantes moviéndose de un lado a otro, a los analistas señalando furiosamente tableros holográficos de operaciones que se comunican con los mercados de la Luna. Todos plateados. Me recuerdan a abejas diligentes.

—Me hace echar de menos a los chicos —comenta Victra.

Tardo un instante en darme cuenta de que no se refiere a los plateados. La última vez que ella y yo intentamos poner en práctica esta táctica, Tacto y Roque estaban con nosotros. Nos infiltramos en el buque insignia de Karnus desde el vacío mientras él repostaba en una base situada en un asteroide durante la guerra fingida de la Academia. Rajamos el casco con intención de secuestrarlo para eliminar a su equipo. Pero era una trampa y escapé por los pelos gracias a la ayuda de mis amigos y con un brazo roto como única recompensa por la maniobra.

Tardamos cinco minutos en trepar desde nuestro punto de aterrizaje hasta la cima de la torre, donde se convierte en una enorme luna creciente. No ascendemos mano tras mano, así que «trepar» no es el término exacto. Los imanes que llevamos en los guantes tienen corrientes positivas y negativas fluctuantes que nos permiten subir rodando por el lateral de la torre como si tuviéramos ruedas en las palmas de las manos. La parte más difícil del ascenso, o del descenso, o de como quieras llamarlo, en una atmósfera sin gravedad es la pendiente de la luna a la extrema altura del final de la torre. Tenemos que sujetarnos a una estrecha viga de metal que sobresale de un techo de cristal, algo parecido al tallo de una hoja. Bajo nuestros vientres y al otro lado del cristal está el famoso museo de Quicksilver. Y por encima de nosotros, justo encima de la cima de la torre de Quicksilver, se alza Marte.

Mi planeta parece más grande que el espacio. Más grande de lo que cualquier otra cosa podría serlo jamás. Un mundo de miles de millones de almas, de océanos, montañas y más acres irrigables de tierra seca de los que la Tierra ha tenido nunca. En este lado del mundo es de noche. Y nadie podría averiguar que hay millones de kilómetros de túneles serpenteando entre los huesos del planeta, que aun cuando su superficie destella con las luces de las Mil Ciudades de Marte, hay una palpitación invisible, una marea que crece. Pero ahora tiene un aspecto tranquilo. La guerra es algo distante,

imposible. Me pregunto qué diría un poeta en este preciso instante. Qué palabras susurraría Roque en el aire. Algo acerca de la calma antes de la tormenta. O un latido en las entrañas. Pero entonces se produce un destello. Me sobresalta. Un espasmo de luz que se torna blanca y luego se transforma en un neón demoníaco cuando un hongo nuclear crece en la negrura del planeta.

—¿Veis eso? —pregunto a través del intercomunicador mientras parpadeo para acabar con la quemadura de cigarro que la detonación distante ha creado en mi campo de visión.

Las palabrotas restallan en los intercomunicadores cuando los demás se dan la vuelta para mirar.

—Mierda —masculla Sevro—. ¿Nueva Tebas?

—No —contesta Guijarro—. Es más al norte. Es en la Península del Aventino, así que es probable que se trate de Ciprión. Nuestros últimos datos decían que la Legión Roja avanzaba hacia la ciudad.

Entonces captamos otro destello. Y los siete nos encogemos y nos quedamos inmóviles en la cima del edificio viendo como estalla una segunda bomba nuclear a escasa distancia de la primera.

—Maldita sea. ¿Somos nosotros o son ellos? —pregunto—. ¡Sevro!

—No lo sé —contesta él con impaciencia.

—¿No lo sabes? —insiste Victra.

¿Cómo no va a saberlo? Quiero gritar. Pero entiendo la respuesta porque recuerdo las palabras de Dancer. «Sevro no dirige esta guerra —me dijo hace varias semanas, después de otra misión fracasada de los Aulladores—. No es más que un hombre que añade leña al fuego». Puede que yo no hubiera entendido hasta qué punto se ha extendido esta guerra, el enorme alcance de este caos.

¿Es posible que me haya equivocado al confiar en él tan ciegamente? Me fijo en su máscara impávida. La piel de su armadura bebe de los colores de la ciudad que nos rodea y no refleja ninguno de ellos. Es un abismo para la luz. Lentamente, le da la espalda a la explosión y comienza a trepar de nuevo. Ya está otra vez en marcha.

—Las holonoticias ya lo están comunicando —dice Guijarro—. Qué rapidez. Dicen que la Legión Roja ha lanzado misiles nucleares contra las

fuerzas doradas cerca de Ciprión. Al menos eso cuentan.

—Malditos mentirosos —suelta Payaso—. Están volviendo a dar gato por liebre.

—¿De dónde iban a sacar misiles nucleares los de la Legión Roja? —pregunta Victra.

Harmony los utilizaría si los tuviera. Pero apostaría a que más bien han sido los dorados quienes han lanzado las bombas contra la Legión Roja.

—Ahora mismo, todo eso no nos importa una mierda. Olvidadlo —dice Sevro—. Aún tenemos que hacer lo que hemos venido a hacer. Poned los culos en marcha.

Incapaces de reaccionar, obedecemos. Cuando llegamos a nuestra zona de entrada, en la luna creciente de la torre de doble hélice, entra en juego la rutina ensayada. Saco un pequeño bote de ácido de la mochila que Victra lleva a la espalda. Sevro suelta en el aire una nanocámara que no es más grande que mi uña y el aparato planea sobre el cristal tratando de detectar vida en el interior del museo. No encuentra nada… normal a las tres de la madrugada. Saca un generador de pulsos y espera a que Guijarro termine su trabajo en su terminal de datos.

—¿Qué pasa, Guijarro? —pregunta en tono impaciente.

—Los códigos han funcionado. He entrado en el sistema —contesta ella —. Solo tengo que encontrar la zona adecuada. Aquí está. La red de láser está… apagada. Las cámaras termales, congeladas. Los sensores de latidos… también. ¡Enhorabuena a todos! Ya somos oficialmente fantasmas. Siempre y cuando nadie dispare una alarma manualmente.

Sevro activa el generador de pulsos y una leve burbuja iridiscente se eleva a nuestro alrededor. Con ella se crea un precinto que impedirá que el vacío del espacio invada el edificio junto a nosotros. Sería una manera muy rápida de que nos descubrieran. Coloco una pequeña ventosa en el centro del cristal, abro el frasco de ácido y aplico la espuma sobre la ventana formando un cuadrado de dos metros por dos en torno a la ventosa. El ácido burbujea mientras devora el cristal y genera una abertura. Con una pequeña ráfaga de aire salido del edificio hacia nuestro campo de pulsos, el trozo de cristal se levanta y Victra lo sujeta para que no salga volando hacia el espacio.

—Ragnar primero —ordena Sevro.

Hay unos cien metros hasta el suelo del museo.

El obsidiano fija un anclaje de rápel al borde del cristal y engancha su arnés al cable magnético. Desenfunda su filo, reactiva su espectrocapa y se deja caer por el agujero. Resulta perturbador para los sentidos vislumbrar que su forma casi invisible desciende a toda prisa hasta el suelo, sujeto por la gravedad artificial del pequeño gancho de escalada, mientras yo aún floto en el aire. Parece un demonio formado a partir del calor que resplandece sobre el desierto en un día de verano.

—**Despejado**.

Sevro es el siguiente.

—Mucha mierda —me dice Victra al empujarme hacia el agujero tras él.

Me acerco flotando, pero enseguida noto el tirón de la gravedad cuando cruzo la frontera hacia la sala. Me deslizo por el cable, cada vez a más velocidad. Se me revuelve el estómago por el repentino influjo del peso y lo que he comido comienza a chapotear en sus jugos. Aterrizo con brusquedad en el suelo, a punto de torcerme el tobillo, y empuño mi achicharrador silenciado mientras busco contactos. El resto de los Aulladores aterrizan detrás de mí. Nos acuclillamos unos al lado de otros en el grandioso recibidor. El suelo es de mármol gris. Es imposible estimar la longitud de la sala, porque se curva siguiendo el contorno de la luna creciente, asciende hasta desaparecer de la vista, juega con la gravedad y me provoca sensación de vértigo. Sobre nuestras cabezas se ciernen antigüedades de metal. Viejos cohetes de la Era de los Pioneros. El escudo de armas de la Compañía Luna marca el casco de una sonda gris cercana a Ragnar. Definitivamente se parece mucho al blasón de la casa de Octavia au Lune.

—O sea que esto es lo que se siente al estar gordo —dice Sevro con un gruñido al tiempo que da un pequeño salto en la intensa gravedad—. Asqueroso.

—Quicksilver es de la Tierra —señala Victra—. La aumenta todavía más cuando está negociando con cualquiera que proceda de un lugar con una fuerza de la gravedad menor.

Es tres veces más fuerte de la que estoy acostumbrado a soportar en Marte, ocho veces más de la que tienen en Ío o Europa. Pero al reconstruir mi cuerpo, Mickey ajustó los simuladores al doble de la gravedad de la Tierra.

Pesar más de trescientos cincuenta kilos es una sensación desagradable, pero ayuda mucho a trabajar la musculatura.

Nos quitamos las botellas de oxígeno y las guardamos en el hueco del motor de una vieja lanzadera espacial pintada con la bandera de los Estados Unidos anteriores al imperio. Así, tan solo llevamos nuestras pequeñas mochilas, las pieles de escarabajo, los demoniyelmos y las armas. Sevro saca los toscos mapas del interior de la torre trazados por Victra y le pregunta a Guijarro si ha encontrado ya a Quicksilver.

—No lo consigo. Es raro. Las cámaras de los dos niveles superiores están apagadas. También los lectores biométricos. No puedo localizarlo como teníamos planeado.

—¿Apagados? —pregunto.

—Tal vez esté celebrando una orgía o haciéndose una paja y no quiere que los de seguridad lo vean —refunfuña Sevro encogiéndose de hombros—. Sea como sea, algo esconde, así que ahí será precisamente adonde nos dirijamos.

Conecto la línea personal de Sevro para que los demás no puedan oírnos.

—No podemos dedicarnos a merodear por el edificio buscándolo. Si nos sorprenden en los pasillos sin ventaja…

—No merodearemos. —Interrumpe la comunicación conmigo y se dirige a los Aulladores—. Activen las capas, señoritas. Filos y achicharradores silenciados. Puños de pulsos solo si esta mierda se complica. —Se torna invisible—. Aulladores, a mí.

Salimos con sigilo del museo hacia un laberinto de pasillos fantasmales siguiendo los pasos de Sevro. Los suelos son de mármol negro. Las paredes, de cristal. Techos de diez metros de altura hechos de campos de pulsos y que contienen acuarios donde vibrantes arrecifes de coral se extienden como tentáculos fúngicos. Sirenas reptiles de treinta centímetros de largo, con caras humanoides, piel gris y cabezas con forma de corona nadan en un reino de un azul hirviente y un naranja violento. Nos fulminan con la mirada de sus ojitos llenos de odio cuando pasan sobre nosotros.

Las paredes son de cristal anímico y palpitan con sutiles colores alternos. Ahora, latidos de magenta que pronto desaparecen bajo una ondeante cortina de cobalto plateado. Es como una ensoñación. Diseminadas por el laberinto

hay pequeñas hornacinas. Galerías de arte en miniatura que exhiben obras del puntillismo holográfico contemporáneo y del ostentacionismo del siglo XXI después de Cristo en lugar del reservado romanismo neoclásico tan de moda entre los Marcados como Únicos. Tras reconectar las baterías a nuestras espectrocapas, nos internamos en una galería donde nos acecha un perro metálico, morado y bastante chillón con forma de globo de animal.

Victra suspira.

—Demonios. Este hombre tiene el mismo gusto que una de esas celebridades del papel cuché.

Ragnar agacha la cabeza para examinar el perro.

—¿Qué es?

—Arte —contesta Victra—. Se supone.

El tono de condescendencia que emplea Victra me intriga, al igual que el edificio. Es tremendamente artificioso. Las obras de arte, las paredes, las sirenas, todo muy en la línea de lo que los Marcados como Únicos esperarían de un nuevo rico plateado. Quicksilver debe de conocer muy en profundidad la psicología de los dorados para haber sido capaz de hacerse tan rico. Y por eso me pregunto: ¿acaso esta extravagancia es algo aún más astuto? ¿Una máscara tan obvia y sencilla de aceptar que a nadie se le ocurriría jamás mirar debajo de ella? A Quicksilver, a pesar de su reputación, nunca se le ha llamado estúpido. Así que tal vez este paisaje onírico tan de mal gusto no sea para él, sino para sus invitados.

Y eso me hace pensar que aquí hay algo que no va bien cuando llegamos a un atrio sin iluminación y con los suelos de arenisca sin pulir y perforados por árboles de jazmín rosado. Avanzamos en formación de «V» hacia las puertas dobles que dan paso a los aposentos de Quicksilver. Con las capas desactivadas para poder ver mejor. Con los filos rígidos y bajos, el metal a escasos centímetros del suelo de arenisca.

Esto no es un hogar. Es un escenario. Creado para manipular. Siniestro en la frialdad calculadora con que se construyó. No me gusta. Vuelvo a conectar la frecuencia de Sevro.

—Hay algo que no encaja. ¿Dónde están los criados? ¿Los guardias?

—Puede que le guste conservar su intimidad…

—Creo que es una trampa.

—¿Una trampa? ¿Hablas con la cabeza o con el corazón?

—Con el corazón.

Guarda silencio durante un segundo y me pregunto si estará hablando con alguien más por la otra línea. Quizás esté hablando con todos ellos.

—¿Qué me recomiendas?

—Retroceder. Evaluar la situación para ver…

—¿Retroceder? —repite con aspereza—. Hasta donde nosotros sabemos, acaban de lanzar bombas nucleares sobre nuestra gente. Necesitamos hacer esto. —Intento interrumpirlo, pero aplasta mis palabras como una apisonadora—. Mierda, he dirigido trece operaciones solo para conseguir la inteligencia sobre este agujero plateado. Si nos largamos ahora, todo eso se va a la mierda. Sabrán que hemos estado aquí. No volveremos a tener esta oportunidad. Él es la clave para llegar al Chacal. Tienes que confiar en mí, Segador, ¿de acuerdo?

Contengo una palabrota y corto la comunicación, sin tener muy claro si estoy enfadado con él o conmigo mismo, o porque sé que el Chacal me arrebató la chispa que me hacía sentir diferente. Todas mis opiniones son débiles y maleables para los demás. Porque sé que, en lo más profundo de mi ser, debajo de la intimidante piel de escarabajo, debajo de la máscara de demonio, hay un crío imberbe que lloraba porque le daba miedo estar solo en la oscuridad.

De repente, una luz morada inunda la sala cuando una embarcación de lujo pasa ante la pared de ventanales que tenemos a nuestras espaldas. A toda prisa, nos colocamos en fila a ambos lados de las puertas de las habitaciones de Quicksilver y nos preparamos para traspasarlas. A través de mis ópticos, veo que la embarcación continúa su camino. Las luces parpadean en una de sus cubiertas mientras varios cientos de florecillas bailan al compás de la música de la Luna, se retuercen al ritmo de lo que se pincha en algún club etrusco que es lo último en la lejana Luna como si la guerra no asolara el planeta que hay bajo esta luna. Como si nosotros no estuviéramos a punto de destruir su forma de vida. Beberán champán de la Tierra vestidos con ropa hecha en Venus en barcos abastecidos por Marte. Y se reirán, y se drogarán, y follarán y no se enfrentarán a ninguna consecuencia. Demasiados parásitos. Siento que la justificada ira de Sevro arde en mi interior.

El sufrimiento no es algo real para ellos. La guerra no es real. No es más que una palabra de seis letras relacionada con otra gente que ven en los noticiarios digitales. Es una sarta de imágenes incómodas que pasan con rapidez. Todo un negocio de armas, artefactos, barcos y jerarquías que ellos ni siquiera perciben, y todo para proteger a estos idiotas de la verdadera agonía de lo que significa ser humano. Pronto lo sabrán.

Y en sus lechos de muerte, recordarán esta noche. Con quién estaban. Lo que estaban haciendo cuando esa palabra de seis letras los agarró para no volver a soltarlos jamás. Este crucero de placer, esta espantosa decadencia es el último estertor de la Edad Dorada.

Un estertor sin duda patético.

—Claro que confío en ti —digo, y aprieto con más fuerza la empuñadura de mi filo.

Ragnar nos observa, aunque no puede escuchar lo que decimos. Victra espera para derribar las puertas.

La luz se atenúa y desaparecen en el paisaje urbano. Me sorprende descubrir que no siento satisfacción por lo que está a punto de suceder. Al saber que su era va a acabar. Tampoco me alegra pensar en que todas las luces de todas las ciudades de este imperio del hombre se oscurecerán, ni en que todos los barcos se detendrán, ni en que todos los dorados brillantes se apagarán cuando su edificio se oxide y se desmorone. Ojalá pudiera escuchar la opinión de Mustang sobre este plan. Antes, echaba de menos sus labios, su olor, pero ahora extraño el consuelo que me produce saber que su mente está en consonancia con la mía. Cuando estaba con ella no me sentía tan solo. Probablemente nos regañaría por concentrarnos en el mundo que estamos destruyendo en lugar de en el que estamos construyendo.

¿Por qué me siento así ahora? Estoy rodeado de amigos, luchando contra los dorados como siempre he deseado. Aun así, en algún recoveco de mi cerebro hay algo que me inquieta. Como si me estuvieran observando. Diga Sevro lo que diga, aquí hay algo que va mal. No solo en este edificio, sino también en su plan. ¿Lo habría hecho yo así? ¿Cómo lo habría hecho Fitchner? Si sale bien, ¿a qué daremos paso una vez se asiente el polvo y el helio ya no fluya? ¿A una edad oscura? Sevro es una fuerza que actúa por sí misma. Su rabia, capaz de mover montañas.

Yo fui así una vez. Y mirad en lo que me he convertido.

—Matad a sus guardias. Atontad a los rosas. Destrozad, atrapad y largaos —les dice Sevro a sus Aulladores.

Tenso la mano sobre la hoja. Sevro da la señal y Ragnar y Victra franquean las puertas. Los demás los seguimos hacia la oscuridad.

16

AMANTE

Las luces están apagadas. Reina un silencio sepulcral. La entrada está vacía. Una medusa verde fosforita flota en una pecera sobre una mesa y proyecta sombras extrañas. Continuamos hacia el dormitorio e irrumpimos a través de las puertas con filigranas doradas. Vigilo la puerta junto con Guijarro, apoyado sobre una rodilla, con el achicharrador entre los brazos y el filo enredado en torno a uno de ellos. Detrás de nosotros, un hombre duerme en una cama con dosel. Ragnar lo agarra por los pies y tira de él. Cae al suelo despatarrado. Al despertarse, grita en silencio bajo la mano de Ragnar.

—Mierda. No es él —dice Victra a mi espalda.

Miro al hombre, pero Ragnar está arrodillado sobre el rosa y me intercepta el campo de visión.

Sevro le da un golpe al dosel y lo parte en dos.

—Son las tres de la madrugada. ¿Dónde demonios está?

—Son las cuatro de la tarde para el mercado de la Luna —señala Victra —. Puede que esté en su despacho. Pregúntale al esclavo.

—¿Dónde está tu señor?

La máscara de Sevro hace que su voz chirríe como un cable de acero golpeado por una vara de hierro. Mantengo la mirada clavada en el salón hasta que un gemido del rosa me hace dirigirla hacia él. Sevro tiene la rodilla apoyada en la entrepierna del hombre.

—Bonito pijama, chaval. ¿Quieres ver cómo te queda el rojo?

Me estremezco ante la frialdad de su voz. Adopta un tono que conozco demasiado bien. Se lo oía al Chacal mientras me torturaba en Ática.

—¿Dónde está tu señor?

Sevro le clava la rodilla. El rosa suelta un alarido de dolor, pero sigue negándose a contestar. Los Aulladores contemplan la tortura en silencio, agachados, manchas sin rostro en la habitación oscura. No hay discusión. No hay ninguna cuestión moral en juego, no después de poner las bombas. Pero sé que ya han hecho esto antes. Me siento sucio al darme cuenta, al oír los sollozos del rosa sobre el suelo. Esto guarda mayor relación con la guerra que las trompetas o los cruceros estelares. Momentos de crueldad silenciosos, olvidados.

—No lo sé —responde—. No lo sé.

La voz. Recuerdo esa voz de mi pasado. Aturdido por la sorpresa, abandono mi posición junto a la puerta y me acerco a Sevro para apartarlo del rosa con brusquedad. Porque conozco a este hombre y sus rasgos elegantes. Su nariz larga y angular, sus ojos rosa cuarzo y su piel oscura como la miel. Es tan responsable como Mickey de haberme convertido en lo que soy. Es Matteo. Hermoso y frágil, jadea en el suelo con un brazo roto. Sangra por la boca y se sujeta la entrepierna en el lugar donde Sevro lo ha golpeado.

—¿Qué demonios pasa contigo? —me gruñe Sevro.

—¡Lo conozco! —exclamo.

—¿Qué?

Se aprovecha de mi distracción y, sin ver nada más que los negros rostros de demonio de nuestros cascos, Matteo se abalanza sobre un terminal de datos que descansa en la mesilla de noche. Sevro es más rápido que él. Con un golpe seco y carnoso, la densidad ósea más dura de la especie humana choca contra la más blanda. El puño de Sevro hace pedazos la frágil mandíbula de Matteo, que cae al suelo entre convulsiones y con los ojos en blanco. Lo miro como envuelto por una neblina; la violencia me parece irreal, y sin embargo fría, primitiva y fácil. Solo músculos y huesos moviéndose como no deberían hacerlo. Me sorprendo tratando de alcanzar a Matteo, cayendo sobre su cuerpo crispado, apartando a Sevro.

—¡No lo toques!

Afortunadamente, Matteo ha perdido el conocimiento. No soy capaz de

saber si tiene una lesión en la columna o un traumatismo cerebral. Acaricio los rizos suaves de su cabellera ahora oscura, de tonalidad azul. Tiene la mano cerrada con fuerza, como la de un niño, y veo que lleva un fino anillo plateado en el dedo anular. ¿Dónde ha estado todo este tiempo? ¿Por qué está aquí?

—Lo conozco —susurro.

Ragnar se agacha a su lado con ademán protector, aunque aquí no podemos hacer nada por Matteo. Payaso le lanza el terminal de datos a Sevro.

—Botón del pánico.

—¿Qué quieres decir con eso de que lo conoces? —pregunta Sevro.

—Es un Hijo de Ares —digo confundido—. O lo era. Fue uno de mis profesores antes del Instituto. Me enseñó cultura áurea.

—Demonios —masculla Muecas.

Victra señala la muñeca de Matteo con el pie, allá donde unas flores pequeñas adornan sus emblemas de rosa.

—Es un rosáceo de los jardines. Como Teodora. —Le lanza una mirada a Ragnar—. Cuesta tanto como tú, Sucio.

—¿Estás seguro de que es el mismo hombre? —pregunta Sevro.

—Pues claro que estoy seguro, maldita sea. Se llama Matteo.

—**Entonces ¿por qué está aquí?** —inquiere Ragnar.

—No parece un prisionero —comenta Victra—. Ese pijama es caro. Probablemente sea un amante. Al fin y al cabo, Quicksilver no es precisamente conocido por su castidad.

—Debe de haberse convertido —dice Sevro con desdén.

—O estaba cumpliendo una misión para tu padre —replico.

—Entonces ¿por qué no se puso en contacto con nosotros? Ha desertado. Y eso quiere decir que Quicksilver se ha infiltrado en los Hijos. —Sevro se vuelve para mirar hacia la puerta—. Mierda. Podría saber dónde está Tinos. Podría saber lo de esta maldita incursión.

Se me acelera el pensamiento. ¿Acaso mandó Ares aquí a Matteo? ¿O salió Matteo huyendo de un barco que hacía aguas? Tal vez fuera Matteo quien les habló de mí… Imaginar eso es como que me claven un cuchillo en las entrañas. No lo traté durante mucho tiempo, pero era importante para mí. Era una buena persona, y no quedan muchas así. Y mirad lo que le hemos

hecho ahora.

—Deberíamos salir de aquí cagando leches —dice Payaso.

—No sin Quicksilver —replica Sevro.

—No sabemos dónde está —le recuerdo—. Se nos está escapando algo. Tenemos que esperar a que Matteo se despierte. ¿Alguien tiene una dosis de estimulantes?

—Una inyección de las nuestras lo mataría —apunta Victra—. El sistema circulatorio de los rosas no soporta las drogas militares.

—No tenemos tiempo para charlas —brama Sevro—. No podemos arriesgarnos a que nos pillen aquí. Nos largamos ya. —Intento hablar, pero él no se detiene y se dirige a Payaso, que está manipulando el terminal de datos de Matteo—. Payaso, ¿qué tienes?

—Tengo una comanda de alimentos en la subsección de la cocina del servidor interno. Parece que alguien ha solicitado un banquete de sándwiches de cordero, mermelada y café en la habitación C19.

—**Segador, ¿qué opinas?** —me pregunta Ragnar.

—Podría ser una trampa —contesto—. Tenemos que ajustar…

La risa desdeñosa de Victra me interrumpe.

—Aunque sea una trampa, mira qué jauría. Podremos con ello.

—Tienes toda la maldita razón, Julii. —Sevro avanza hacia la puerta—. Muecas. Coge al rosa y tráelo con nosotros. Colmillos fuera. Ragnar, Victra, delante. Va a haber sangre.

Un nivel más abajo, nos topamos con el primer equipo de seguridad. Media docena de lurchers montan guardia ante una enorme puerta de cristal sobre la que se forman ondas como en la superficie de un estanque. Llevan trajes negros en lugar de armaduras militares. Unos implantes con forma de alas plateadas les sobresalen de la piel detrás de las orejas izquierdas. Hay más haciendo rondas en este nivel, pero ni un solo criado. Hace unos cuantos minutos, varios grises ataviados con trajes similares han entrado en la habitación con un carrito de café. Es extraño que no utilicen a rosas o marrones para repartir el café. Las medidas de seguridad son fuertes. Así que quienquiera que esté en el despacho de Quicksilver debe de ser importante. O

al menos bastante paranoico.

—Vamos a hacerlo rápido —dice Sevro tras asomarse a la esquina del pasillo donde esperamos, a unos treinta metros de distancia del grupo de grises—. Neutralizamos a esos caraculos y luego irrumpimos a toda prisa.

—No sabemos quién hay ahí dentro —señala Payaso.

—Y solo hay una manera de averiguarlo —ladra Sevro—. Adelante.

Ragnar y Victra son los primeros en doblar la esquina, con las espectrocapas deformando la luz. Los demás los seguimos corriendo a gran velocidad. Uno de los grises entorna los ojos para escudriñar la zona del pasillo en que nos encontramos. Los ópticos termales que lleva implantados en los iris emiten un destello rojo cuando se activan y detectan el calor que irradian nuestras baterías.

—¡Espectrocapas! —grita.

Seis pares de manos entrenadas se lanzan hacia los achicharradores. Demasiado tarde. Ragnar y Victra se precipitan sobre ellos. Ragnar blande su filo y le corta un brazo a uno y le secciona la yugular a otro. La sangre salpica las paredes de cristal. Victra dispara su achicharrador silenciado. Las balas magnéticamente detonadas impactan contra dos cabezas. Avanzo serpenteando entre los cuerpos que caen. Atravieso con mi filo la caja torácica de un hombre. Siento el estallido y el parón de su corazón. Hago que mi filo se repliegue en forma de látigo para liberarlo. Antes de que el hombre toque el suelo, lo enrigidezco de nuevo para convertirlo en mi falce.

Los grises no han conseguido disparar una sola arma. Pero uno de ellos ha presionado un botón en su terminal de datos y el pitido grave e intermitente de la alarma de la torre resuena por el pasillo. Las paredes adquieren un tono rojizo que señala una emergencia. Sevro acaba con el último de los lurchers.

—Entrad en la habitación. ¡Ya! —grita.

Algo va mal. Me lo dice mi instinto. Pero Victra y Sevro siguen adelante. Y Ragnar comienza a patear la puerta. Siempre esclavo de la inercia, me lanzo tras él.

La sala de reuniones de Quicksilver es menos ostentosa que las habitaciones del nivel superior. El techo tiene diez metros de altura y las paredes son de cristal digital con sutiles volutas de humo gris. Dos hileras de

columnas de mármol corren paralelas, una a cada lado de una gigantesca mesa de conferencias de ónice con un árbol muerto y blanco alzándose en el centro. En el extremo opuesto de la habitación, un enorme ventanal ofrece vistas a las industrias de la Colmena. Regulus ag Sol, conocido desde Mercurio hasta Plutón como Quicksilver, el hombre más rico del Sistema Solar, está de pie ante la ventana, vapuleando una copa de vino tinto con una mano rolliza.

Está calvo. Tiene la frente tan arrugada como una tabla de lavar. Labios de púgil. Unos hombros encorvados y simiescos que desembocan en unos dedos de carnicero que sobresalen de las mangas de una túnica venusina turquesa, de cuello alto y con bordados de manzanos. Tiene más de sesenta años. La piel achicharrada por un bronceado que parece llegarle hasta la médula. Una pequeña perilla y un bigote le realzan la cara en un infructuoso intento de darle forma, pero parece que se ha mantenido bastante alejado de los tallistas. Lleva los pies descalzos. Pero son sus tres ojos los que llaman la atención. Dos de ellos son plateados y tienen unos párpados pesados. Un matiz terroso y eficiente. El tercero es dorado y está implantado en un sencillo anillo de plata que el hombre lleva en el dedo corazón de la carnosa mano derecha.

Hemos interrumpido su reunión. Casi una treintena de cobres y plateados atestan la sala. Están divididos en dos grupos y sentados unos enfrente de otros a la enorme mesa de ónice cubierta de tazas de café, redomas de vino y terminales de datos. Un holodocumento azul flota en el aire entre las dos facciones, y obviamente era en lo que estaba centrada su atención antes de que la puerta se hiciera añicos. Ahora se apartan de la mesa, la mayoría aún demasiado asombrados para sentir miedo, o incluso para ver a los Aulladores cuando entran en la sala con sus espectrocapas. Pero a la mesa no hay solo cobres y plateados.

—Oh, mierda —balbucea Victra.

Entre los colores profesionales se elevan seis caballeros dorados con armaduras de pulsos completas. Y yo los conozco a todos. A la izquierda, un hombre mayor, de semblante oscuro y ataviado con la negrísima armadura del Caballero de la Muerte. Está flanqueado por la cara regordeta de Moira —una de las Furias, hermana de Aja— y por el bueno de Casio au Belona. A la

derecha están Kavax au Telemanus, Daxo au Telemanus y la chica que me dejó de rodillas en los viejos túneles mineros de Marte hace ya casi un año.

Mustang.

17

MATAR DORADOS

—¡No disparéis! —grito al tiempo que obligo a Victra a bajar su arma.

Pero Sevro no para de ladrar órdenes, y Victra vuelve a levantarla. Formamos una hilera escalonada con nuestros puños de pulsos y achicharradores apuntando a los dorados. Mantenemos el alto el fuego porque necesitamos a Quicksilver con vida, y sé que Sevro está tan asombrado como yo de encontrarse con Mustang, Casio y los Telemanus aquí.

—¡Al suelo u os liquidamos! —vocifera Sevro con una voz inhumana y magnificada por su demoniyelmo.

Los Aulladores se suman a él y llenan el aire con un coro de órdenes de arpías. Se me hiela la sangre. La alarma no para de palpitar sobre las voces rugientes. Sin saber muy bien qué hacer, apunto mi puño de pulsos hacia el dorado más peligroso de la sala, Casio, consciente de lo que debe de estar pasando por la mente de Sevro al ver al asesino de su padre en carne y hueso. Mi casco se sincroniza con el arma para iluminar los puntos débiles de su armadura, pero mis ojos se empapan de Mustang cuando la chica deja sobre el tablero una taza de café, tan elegante como siempre, y se aparta de la mesa mientras el puño de pulsos que lleva implantado en el guantelete izquierdo de la armadura empieza a abrirse lentamente.

Mi cerebro y mi corazón mantienen una lucha encarnizada. ¿Qué demonios está haciendo ella aquí? Se suponía que estaba en el Confín. Al igual que ella, el resto de los dorados no nos prestan atención. No saben

quiénes se esconden tras los cascos. Hoy nadie lleva la capa de lobo. Retroceden, con la mirada cautelosa, evaluando la situación. El filo de Casio se enreda en torno a su brazo derecho. Kavax se levanta despacio de su asiento al mismo tiempo que Daxo. Quicksilver agita las manos con frenesí.

—¡Quietos! —grita a pesar de que su voz casi se pierde en el caos—. ¡No disparéis! ¡Estamos celebrando una reunión diplomática! ¡Identificaos!

Me doy cuenta de que nos hemos colado en medio de algún tipo de negociación. ¿Una rendición de las fuerzas de Mustang? ¿Una alianza? La ausencia del Chacal es llamativa. ¿Lo está traicionando Quicksilver? Eso debe de ser. Y supongo que la soberana también. Por eso este lugar está tan desierto. No hay criados, seguridad mínima. Quicksilver solo quería la presencia de hombres en los que confiara en una reunión que se celebra prácticamente ante las narices de su aliado.

Se me encoge el estómago al pensar que el resto de la habitación debe de creer que somos del Chacal. Lo cual quiere decir que imaginan que estamos aquí para matarlos y que esto solo puede terminar de una manera.

—¡Al maldito suelo! —brama Victra.

—¿Qué hacemos? —pregunta Guijarro por el intercomunicador—. ¿Segador?

—Me pido al Belona —dice Sevro.

—¡Utilizad las armas aturdidoras! —exclamo—. Es Mustang…

—No servirán de una mierda contra esa armadura —me interrumpe Sevro —. Si levantan las armas, matad a estos capullos. Cargas de pulsos al máximo. No voy a poner en riesgo a ningún miembro de nuestra familia.

—Sevro, escúchame. Tenemos que hablar con…

Interrumpe mis palabras utilizando el mando maestro incorporado en su yelmo para detener mi señal de salida en el intercomunicador. Yo puedo oírlos a ellos, pero ellos a mí no. Lo insulto inútilmente.

—¡Belona, deja de moverte! —grita Payaso—. Te he dicho que te estés quieto.

Frente a Mustang, Casio serpentea con sigilo entre los plateados utilizándolos como parapeto para acortar la distancia que lo separa de nosotros. Está a solo diez metros. Cada vez más cerca. Noto que Victra se tensa a mi lado, ansiosa por que le demos rienda suelta con uno de los

hombres a los que culpa de la muerte de su madre, pero hay civiles entre nosotros y los dorados, y Quicksilver es una presa que no podemos permitirnos perder.

Examino con la mirada las mejillas rechonchas de los plateados y los cobres. Aquí no hay ni una sola alma oprimida. Ninguno de estos vientres ha pasado hambre en su vida. Son colaboracionistas. Sevro les arrancaría la cabellera uno a uno si le dieran un cuchillo oxidado y unas cuantas horas libres.

—**Segador…** —dice Ragnar en voz baja, mirándome en busca de orientación.

—¡Aparta la mano del filo! —le grita Victra a Casio.

No contesta. Se acerca cada vez más, tan inexorable como un glaciar. Moira y el Caballero de la Muerte lo siguen. El yelmo de Kavax comienza a deslizarse hacia arriba para cubrirle la cabeza. El rostro de Mustang ya está tapado. Su puño de pulsos activados y apunta hacia el suelo.

Conozco lo bastante bien a la muerte para oírla cuando contiene el aliento.

Activo mis altavoces exteriores.

—Kavax, Mustang, deteneos. Soy yo. Soy…

—¡Deja de moverte, pedazo de mierda! —gruñe Victra.

Casio sonríe cordialmente y se abalanza contra ella. A mi izquierda, Ragnar realiza un extraño movimiento giratorio y uno de los dos filos que lleva vuela por el aire y se ensarta en la frente del Caballero de la Muerte. Los plateados ahogan un grito al ver que el famoso Caballero Olímpico cae al suelo tambaleándose.

—KAVAX AU TELEMANUS —ruge Kavax, e inicia el ataque con Daxo.

Mustang se hace a un lado. Moira carga hacia el frente levantando su puño de pulsos.

—Aniquiladlos —dice Sevro con desdén.

La sala entra en erupción. El aire queda hecho jirones por las partículas sobrecalentadas cuando los Aulladores abren fuego a quemarropa en la habitación atestada. El mármol se convierte en polvo. Las sillas se funden y se transforman en pedazos de metal nudoso y ruedan por el suelo. La carne y

los huesos explotan tiñendo la atmósfera con una neblina carmesí cuando el fuego cruzado atrapa a los plateados y los cobres. Sevro falla al disparar a Casio, que se oculta tras una columna. Kavax recibe una docena de impactos, pero no se inmuta ni siquiera cuando sus escudos se recalientan. Está a punto de destrozar a Sevro y Victra con su filo cuando Ragnar lo embiste de lado con el hombro y choca con tanta fuerza contra el hombre de menor tamaño que él que Kavax sale disparado por los aires. Daxo ataca a Ragnar desde atrás, y los tres gigantes se tambalean hacia un extremo de la sala, aplastando por el camino a dos cobres que no les llegaban siquiera a la altura de la cintura. Los dos hombres gritan en el suelo, con las piernas despedazadas.

Detrás de Kavax, Mustang recibe dos disparos en el pecho, pero su escudo de pulsos resiste. Se tambalea y responde con varios disparos que alcanzan a Guijarro en el muslo. Tras el impacto, la Aulladora sale despedida hacia atrás e impacta contra la pared con la pierna destrozada por la explosión. Grita y se sujeta el muslo con las manos. Payaso y Victra la cubren disparando contra Mustang y ocultan a Guijarro tras una columna. Muecas y otros cuatro Aulladores que vigilaban la puerta y a Matteo en el exterior irrumpen en la sala de juntas desde el pasillo.

Me hago a un lado dando traspiés, perdido en el caos, cuando el mármol sobre el que me encontraba se hace añicos. Los plateados se meten a gatas bajo la mesa. Otros se alejan a toda prisa de sus sillas en pos de la imaginada seguridad de las columnas que bordean la sala. El fuego de pulsos hipersónico desgarra el aire entre ellos, por encima de sus cabezas, a través de ellas. Revienta las columnas. Quicksilver corre detrás de dos cobres, utilizándolos como escudos humanos, cuando la metralla los alcanza y los tres caen al suelo en un revoltijo de miembros y sangre.

Moira, la Furia, se abalanza tras Sevro con la intención de ensartarlo por la espalda con su filo cuando mi amigo trata de superar a Ragnar, que está luchando con los dos Telemanus, para llegar hasta Casio. La apunto con mi puño de pulsos y disparo a quemarropa contra su costado justo antes de que lo alcance. El escudo de pulsos de su armadura absorbe los primeros impactos y se tiñe de azul al formar una burbuja protectora a su alrededor. La mujer se tambalea tratando de alejarse y, si no continuara disparándole, mañana por la mañana no tendría más que un buen moratón. Pero mi dedo

corazón no se aparta del gatillo del arma. Moira es una ingeniera de la opresión, y una de las mejores mentes de los dorados. Y ha intentado matar a Sevro. Mala jugada.

Sigo disparando hasta que su escudo se comba hacia dentro, hasta que cae sobre una rodilla, hasta que se retuerce y grita cuando las moléculas de su piel y sus órganos se sobrecalientan. De los ojos y la nariz le mana sangre hirviendo. Su armadura y su carne se funden y siento que la rabia se desboca en mi interior insensibilizándome contra el miedo, contra la razón, contra la compasión. Este es el Segador que derrotó a Casio. Que acuchilló a Karnus. Al que los dorados no pueden matar.

El puño de pulsos de Moira comienza a disparar descontroladamente cuando sus dedos se contraen por el calor. Sus proyectiles impactan contra el techo a toda velocidad. Después se tuercen hacia un lado y fustigan la sala con una oleada de muerte. Dos plateados que corrían para refugiarse estallan por los aires. El cristal del ventanal del otro extremo de la habitación, con vistas a la ciudad del espacio, se agrieta peligrosamente. Los Aulladores tratan de ponerse a cubierto hasta que el puño de pulsos se derrite en la mano izquierda de Moira y el cañón se sobrecalienta y se deforma con un siseo corrompido. Con un último grito de rabia, la más lista de las tres Furias de la soberana se queda inmóvil como un caparazón chamuscado.

Solo desearía que hubiera sido Aja.

Me vuelvo hacia la sala sintiendo que es la gélida mano de la rabia quien me guía, hambriento de sangre. Pero todos los que quedan son amigos míos. O lo fueron una vez. Me estremezco, vacío por dentro, cuando la rabia me abandona tan rápidamente como llegó. Sustituida por el pánico cuando veo a mis amigos intentando matarse unos a otros. Las formaciones ordenadas se han roto para convertirse en una reyerta de alta tecnología. Pies que resbalan sobre el cristal. Omóplatos que chocan contra paredes. Batallas de puños de pulsos entre las columnas. Manos y rodillas que se arrastran por el suelo mientras los puños de pulsos gimen y las hojas silban y tajan.

Y es solo en este momento, solo con esta aterradora claridad, cuando me doy cuenta de que solamente hay un hilo conductor que los une. No es una idea. No es el sueño de mi esposa. No es la confianza, ni las alianzas, ni el color.

Soy yo.

Y sin mí, esto es lo que harán. Sin mí, esto es lo que Sevro ha estado haciendo. Qué desperdicio tan inevitable me parece. La muerte engendra muerte, que engendra muerte, que engendra muerte.

Tengo que acabar con esto.

En el centro de la habitación, Casio persigue a Victra entre sillas retorcidas y cristales hechos añicos. Bajo sus pies, el suelo resbala a causa de la sangre. La espectrocapa dañada de Victra se enciende y se apaga y ella cambia con un destello de fantasma a sombra como un demonio indeciso. Casio vuelve a cortarla en el muslo y se da la vuelta cuando Payaso le dispara para hacerle un tajo en un lado de la cabeza antes de agacharse para esquivar un proyectil que Guijarro le lanza desde el suelo del otro lado de la habitación. Victra rueda bajo la mesa para escapar de Casio y le rebana los tobillos. Él se sube de un salto a la mesa y dispara contra el ónice con su puño de pulsos hasta que cede en el centro y la atrapa debajo. Está a escasos centímetros de matarla cuando Sevro le dispara por la espalda. El escudo de Casio absorbe el impacto, pero aun así sale varios metros despedido hacia un lado.

A la derecha, Ragnar, Daxo y Kavax disputan un duelo de titanes. El obsidiano utiliza su filo para clavarle a Kavax el brazo a la pared, suelta el arma, se agacha y dispara a Daxo a quemarropa con su puño de pulsos. Los escudos de este absorben los golpes, pero su filo no alcanza a Ragnar, sino que arranca un pedazo de pared. Ragnar lo golpea en las articulaciones y está a punto de partirle el cuello cuando Kavax le atraviesa el hombro con un filo mientras grita su apellido. Me apresuro a socorrer a mi amigo Sucio, pero de pronto noto a alguien a mi izquierda.

Me vuelvo justo a tiempo para ver a Mustang volando por el aire en mi dirección, con el yelmo cubriéndole la cara y el filo descendiendo para partirme en dos. Empuño mi propio filo justo a tiempo. Las hojas entrechocan. Las vibraciones me recorren el brazo. Soy más lento de lo que recuerdo, he perdido gran parte de mi instinto muscular en la oscuridad, a pesar del taller de Mickey y de mis entrenamientos con Victra. Y Mustang se ha vuelto más rápida.

Me obliga a retroceder. Intento rodearla, pero Mustang mueve el filo

como si se hubiera pasado el último año en la guerra. Intento deslizarme hacia un lado, como Lorn me enseñó a hacer, pero no hay forma de escapar. Mi oponente es inteligente, utiliza los escombros y las columnas para arrinconarme. Me acorrala con el metal destellante. Mis defensas no ceden, pero flaquean en los contornos cuando decido proteger mi núcleo.

La hoja me hace un tajo profundo en el hombro izquierdo. Me escuece como la mordedura de una víbora. Maldigo y Mustang me desgarra de nuevo. Le gritaría que se detuviera. Chillaría mi nombre, cualquier cosa, si tuviera al menos medio segundo para respirar, pero lo único que puedo hacer es seguir moviendo los brazos. Me echo hacia atrás en el momento preciso en que consigue hacerme un corte superficial en el cuello de la piel de escarabajo. Lo siguen tres incisiones rápidas en los tendones de mi brazo derecho, aunque fallan por poco. Va marcando el ritmo. Mi espalda toca la pared. Corte. Corte. Cuchillada. El fuego me abre la piel. Voy a morir aquí. Pido ayuda por el intercomunicador, pero mi línea sigue bloqueada por Sevro.

Hemos querido abarcar demasiado.

Grito en vano cuando la hoja de Mustang me araña tres costillas. Le da la vuelta al arma en la mano. La empuña de revés para cortarme la cabeza. Consigo desviar el filo hacia la pared con el mío y lo sujeto sobre mi cabeza de manera que su yelmo queda a tocar de mi máscara. Le asesto un cabezazo. Pero su yelmo es más fuerte que el duroplástico compuesto de mi máscara. Mustang echa hacia atrás la cabeza y la estampa contra la mía, adueñándose de mi táctica. Una punzada de dolor me atraviesa el cráneo. Estoy al borde del desmayo. Mi vista se enfoca y se desenfoca. Aún estoy de pie. Noto que parte de mi máscara se resquebraja y se desprende de mi cara. Tengo la nariz rota otra vez. Veo puntos brillantes. El resto de la máscara se descompone y clavo la mirada en los ojos muertos del caballo del yelmo de Mustang mientras ella se prepara para aniquilarme.

Hace retroceder el brazo con que sujeta el filo para asestar el golpe mortal. Y lo deja inmóvil sobre su cabeza. Tiembla cuando ve mi cara destapada. Su yelmo se retrae para descubrir la suya. Los mechones de pelo empapado en sudor que se le pegan a la frente oscurecen su lustre dorado. Su mirada es salvaje, y me gustaría poder decir que lo que veo en sus ojos es amor o alegría, pero no es así. Si acaso, es miedo. Tal vez sea pánico lo que

le arrebata el color de la cara cuando se aparta dando trompicones y haciendo gestos con la mano libre, incapaz de pronunciar palabra.

—¿Darrow…?

Vuelve la cabeza para mirar hacia el caos que asola la habitación. Nuestro momento de silencio es una pequeña burbuja en la tormenta. Casio huye, desaparece por una puerta lateral y deja atrás los cadáveres del Caballero de la Muerte y Moira. Nuestras miradas se cruzan antes de que se desvanezca. Victra lo persigue hasta que Sevro se lo impide tirando de ella hacia atrás. El resto de los Aulladores se vuelven hacia Mustang. Doy un paso para acercarme a ella y me detengo cuando la punta de su filo se posa en mi clavícula.

—Te vi morir.

Retrocede hacia la puerta principal; sus botas se deslizan sobre el mármol y hacen crujir trozos de cristales de las paredes.

—¡Kavax! ¡Daxo! —grita con una vena del cuello hinchada por la tensión —. ¡Retiraos!

Los Telemanus se revuelven para separarse de Ragnar, confundidos respecto a quién es el hombre enmascarado contra el que están luchando y a por qué sangran por tantos sitios. Intentan reagruparse con Mustang, ambos corriendo hacia ella en una retirada apresurada, pero cuando pasan junto a mí para unirse a ella en la puerta comprendo que no puedo verla marchar sin más. Así que convierto mi filo en látigo y lo enredo en torno al cuello de Kavax. El gigante jadea y trata de zafarse, pero no lo permito. Con tan solo apretar el botón, podría retraer el látigo y cortarle la cabeza. Pero no tengo ningún interés en matar a este hombre. Solo se estampa contra el suelo cuando Ragnar le da una patada en las piernas y le clava una rodilla en el pecho. Muecas y los demás se abalanzan sobre él para contenerlo.

—No lo matéis —grito.

Muecas conocía a Pax. También ha coincidido en otras ocasiones con los Telemanus, así que contiene su filo y ordena a los Aulladores más recientes que hagan lo mismo. Daxo trata de acudir en ayuda de su padre, pero Ragnar y yo le cerramos el paso y Sevro y Victra se suman enseguida a nosotros. Confuso, me mira a la cara con los ojos brillantes.

—¡Vete, Virginia! —ruge Kavax desde el suelo—. ¡Huye!

—Orión está viva. La tengo yo —dice Mustang con la vista clavada en los Aulladores ensangrentados que, a mi espalda, se disponen a atrapar tanto a Daxo como a ella—. No lo mates. Por favor.

Y entonces, lanzándole una mirada llena de pesar a Kavax, huye de la sala.

18

ABISMO

—¿Qué ha querido decir con que Orión está viva? —le pregunto a Kavax.

Él está tan aturdido como yo y no deja de mirar con nerviosismo a los Aulladores vestidos de negro que rondan por la sala. No hemos perdido a ninguno, pero estamos hechos una mierda.

—¡Kavax!

—Lo que ha dicho —contesta él—. Exactamente lo que ha dicho. El Pax está a salvo.

—¡Darrow! —grita Sevro cuando vuelve a entrar en la habitación con Victra.

Salieron detrás de Casio por la puerta oscura del extremo más alejado de la sala de juntas, pero regresan con las manos vacías y cojeando.

—¡A mí!

Quiero hacerle más preguntas a Kavax, pero Victra está herida. Me acerco a ella a toda prisa cuando se apoya en la destrozada mesa de ónice, encorvada sobre el profundo corte que tiene en el bíceps. Se ha quitado la máscara, contrae el rostro sudado cuando se inyecta analgésicos y coagulantes sanguíneos para detener la hemorragia de la herida. A través de la sangre, veo el reflejo de un hueso.

—Victra…

—Mierda —replica con una carcajada oscura—. Tu amiguito es más rápido que antes. Casi lo atrapo en el pasillo, pero me parece que Aja le ha

enseñado tu Método del Sauce.

—Eso parece —digo—. ¿Estás bien?

—No te preocupes por mí, querido.

Me guiña un ojo justo cuando Sevro grita otra vez mi nombre. Payaso y él están agachados sobre los restos humeantes de Moira. El caudillo terrorista ni siquiera se inmuta ante la carnicería que nos rodea.

—Una de las Furias —explica Payaso—. Asada.

—Buen plato, Segador —me felicita Sevro—. Crujiente por los bordes, cruda en el centro. Justo como a mí me gusta. Aja se va a cabrear mucho…

—Me has cortado la señal de salida del intercomunicador —lo interrumpo enfadado.

—Te estabas comportando como una zorra. Confundiendo a mis hombres.

—¿Comportándome como una zorra? ¿Qué demonios pasa contigo? Estaba utilizando la cabeza en lugar de disparar a todo lo que se mueve. Podríamos haber pasado sin asesinar a la mitad de la maldita sala.

Sus ojos son más oscuros y crueles que los del amigo que recuerdo.

—Esto es la guerra, chaval. El asesinato forma parte del juego. No te sientas mal porque se nos dé bien.

—¡Era Mustang! —replico acercándome a él—. ¿Y si la hubiéramos matado? —Se encoge de hombros. Le clavo un dedo en el pecho—. ¿Sabías que Virginia iba a estar aquí? Dime la verdad.

—No —contesta despacio—. No lo sabía. Ahora, apártate, chaval.

Levanta la mirada hacia mí con descaro, como si no le importara enzarzarse en una pelea. No retrocedo.

—¿Qué estaba haciendo aquí?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa? —Mira a Ragnar, que, detrás de mí, empuja a Kavax hacia los Aulladores reunidos en el centro de la habitación—. Que todo el mundo se prepare para largarse. Vamos a tener que traspasar un ejército para salir de este agujero de mierda. El punto de evacuación está diez plantas más arriba en la parte negra.

—¿Dónde está nuestra presa? —pregunta Victra mientras observa la matanza.

El suelo está cubierto de cadáveres. De plateados que tiemblan de dolor.

De cobres que se arrastran por el suelo con las piernas rotas.

—Probablemente frito —contesto.

—Seguro —conviene Payaso, que me lanza una mirada de conmiseración cuando nos apartamos de Sevro para hurgar entre los cuerpos—. Esto es un puñetero desastre.

—¿Sabías que Mustang estaría aquí? —le pregunto.

—En absoluto. De verdad, jefe. —Vuelve la cabeza para mirar a Sevro—. ¿Qué has querido decir con lo de que te ha interceptado la comunicación?

—Dejad de cotorrear y encontrar a ese maldito plateado —ladra Sevro desde el centro de la habitación—. Que alguien coja al rosa del pasillo.

Payaso encuentra a Quicksilver en el extremo opuesto de la sala, el más apartado de la puerta del pasillo, a la derecha del gran ventanal con vistas a Fobos. Está en el suelo, inmóvil, atrapado bajo una columna que se ha desprendido de su base en el suelo para caer de lado contra la pared. La sangre de otros empapa su túnica turquesa. De los nudillos heridos le sobresalen trozos de cristal. Le tomo el pulso. Está vivo. Al menos la misión no ha sido un maldito desperdicio. Pero tiene una herida de metralla en la frente. Llamo a Ragnar y a Victra, los dos miembros más fuertes de nuestra expedición, para que me ayuden a levantar la columna de encima del hombre.

Ragnar calza bajo la columna el filo que le ha clavado al Caballero de la Muerte en la cabeza, utiliza una piedra como punto de apoyo y está a punto de tirar hacia arriba con mi ayuda cuando Victra nos pide que esperemos.

—Mirad —dice.

Donde la parte alta de la columna toca con la pared hay un débil resplandor azul a lo largo de una juntura que sube desde el suelo para formar un rectángulo en el muro. Es una puerta oculta. Quicksilver debía de dirigirse hacia ella cuando se cayó la columna. Victra pega la oreja a la puerta y entorna los ojos.

—Antorchas de pulsos. ¡Jo, jo! —ríe—. Los guardaespaldas de Silver están ahí dentro. Debió de esconderlos por si las cosas se ponían tensas. Están hablando en tagna.

La lengua de los obsidianos. Y están intentando abrirse paso a través de la pared. Estaríamos muertos si la columna no se hubiera caído y hubiera bloqueado la puerta.

La suerte nos ha salvado el pellejo. Los tres lo sabemos, y eso hace que mi enfado con Sevro se intensifique y calma un poco la locura de los ojos de Victra. De repente ha visto lo temeraria que ha sido la misión. Nunca deberíamos haber irrumpido en este lugar sin sus cianotipos. Sevro ha hecho lo que habría hecho yo hace un año. El resultado ha sido el mismo. Los tres compartimos un pensamiento común mirando hacia la puerta principal de la sala de juntas. No nos queda mucho tiempo.

Ragnar y Victra me ayudan a liberar a Quicksilver. Victra traslada al hombre inconsciente, cuyas piernas rotas se arrastran tras él, hacia el centro de la habitación. Allí, Sevro da instrucciones a Payaso y Guijarro para que salgan de la sala con nuestros prisioneros, Matteo y Kavax, que me mira boquiabierto. Pero Guijarro ni siquiera puede mantenerse en pie. Estamos todos en unas condiciones horribles.

—Tenemos demasiados prisioneros —digo—. No podremos movernos deprisa. Y esta vez no contamos con ningún pulso electromagnético.

Aunque tampoco es que fueran a servir de mucho en una estación espacial cuando lo único que nos separa del vacío son unos mamparos de un par de centímetros de grosor y los recicladores de aire.

—Entonces nos cargamos al gordo —dice Sevro encaminándose hacia Kavax, que está sentado en el suelo, herido y con las manos atadas a la espalda. Le apunta a la cara con su puño de pulsos—. No es nada personal, grandullón.

Sevro aprieta el gatillo. Yo lo empujo. El proyectil de pulsos no impacta en la cabeza de Kavax, sino en el suelo junto a la forma desvencijada de Matteo, a punto de arrancarle una pierna. Sevro se vuelve bruscamente hacia mí, con el puño de pulsos apuntándome a la cabeza.

—Quítame eso de la cara —digo tras el cañón caliente.

El calor se me mete en los ojos y el escozor me obliga a mirar hacia otro lado.

—¿Quién te crees que es? —me espeta Sevro—. ¿Tu amigo? No lo es.

—Lo necesitamos con vida. Es una ficha que podemos intercambiar. Y es posible que Orión esté viva.

—¿Una ficha que intercambiar? —repite con desprecio—. ¿Y qué hay de Moira? A ella no has tenido problema en dejarla frita, pero a él le perdonas la

vida. —Sevro me mira con los ojos entrecerrados y baja el arma. Sus labios dejan al descubierto unos dientes bastante estropeados—. Vaya. Es por Mustang. Claro que sí.

—Es el padre de Pax —digo.

—Y Pax está muerto. ¿Por qué? Porque dejas que tus enemigos conserven la vida. Esto no es el Instituto, chaval. Esto es la guerra. —Me clava un dedo en la cara—. Y la guerra es realmente simple, maldita sea. Mata al enemigo cuando puedas, como puedas, lo más rápido que puedas. O ellos te matarán a ti y a los tuyos.

Sevro me da la espalda, consciente de que los demás nos observan cada vez más inquietos.

—Estás cometiendo un error —insisto.

—No podemos llevárnoslos con nosotros.

—Los pasillos están a tope, jefe —dice Muecas, que regresa del corredor principal—. Más de cien miembros del personal de seguridad. Estamos jodidos.

—Podemos superarlos si vamos ligeros —asegura Sevro.

—¿A cien? —dice Payaso—. Jefe…

—Comprobad vuestras baterías —ordena Sevro examinando su puño de pulsos.

No. No permitiré que la falta de visión de mi amigo acabe con nosotros.

—A la mierda —digo—. Guijarro, llama a Holiday. Dile que la evacuación se ha ido al traste. Dale nuestras coordenadas. Que aparque a un kilómetro del cristal, con el culo apuntando hacia nosotros. —La chica no saca su terminal de datos. Mira a Sevro, dividida entre los dos, sin saber a quién seguir—. He vuelto —le digo—. Ahora, hazlo.

—**Hazlo, Guijarro** —interviene Ragnar.

Victra asiente con la cabeza. Guijarro mira a Sevro con expresión de abatimiento.

—Lo siento, Sevro.

Me dedica un gesto de asentimiento y abre su intercomunicador para contactar con Holiday. El resto de los Aulladores me miran, y me duele saber que los he hecho elegir de esta manera.

—Payaso, coge el terminal de datos de Moira, si no está frito, y saca los

datos de la consola si eres capaz. Quiero saber qué contrato estaban negociando —digo a toda prisa—. Muecas, llévate a Dormilón y cubrid el pasillo. Ragnar, Kavax es tuyo. Si intenta escapar, córtale los pies. Victra, ¿te queda algo de cuerda de escalada? —La dorada comprueba su cinturón y asiente—. Empieza a atarnos a todos. Todo el mundo al centro de la habitación. Tenemos que apretarnos mucho. —Me vuelvo hacia Sevro—. Pon cargas en la puerta. Vamos a tener compañía.

No dice nada. No es rabia lo que veo tras sus ojos. Lo que empieza a florecer en ellos son las semillas secretas de la desconfianza en uno mismo y del miedo. Es odio lo que se filtra en su mirada. La conozco. La he sentido incontables veces en mi propia cara. Le estoy arrebatando lo único que de verdad le ha importado en la vida. A sus Aulladores. Después de todo lo que ha hecho, los obligo a elegirme a mí antes que a él, cuando no confía en que yo esté listo. Es un mazazo a su liderazgo, una validación de las profundas dudas sobre sí mismo que sé que debe de albergar tras la muerte de su padre.

No debería haber sido así. Le dije que lo seguiría y no lo he hecho. Es culpa mía. Pero este no es momento para consolarlo. Lo he intentado con palabras, he intentado utilizar nuestra amistad para que entrase en razón, pero desde que he vuelto solo lo he visto reaccionar con violencia y por la fuerza. Así que ahora hablaré su maldito idioma. Doy un paso al frente.

—A no ser que quieras morir aquí, mueve el culo y ponte en marcha.

Su carita arrugada se endurece cuando ve que sus Aulladores corren a obedecer mis órdenes.

—Si consigues que los maten, jamás te perdonaré.

—Pues ya somos dos. Y ahora, muévete.

Se da la vuelta y se encamina hacia la puerta para depositar en ella los explosivos que le quedan en el cinturón. Yo me quedo mirando la habitación destrozada y, con mis amigos trabajando juntos, al fin veo que el orden reemplaza al caos. A estas alturas, todos han deducido ya mi plan. Saben que es una locura. Pero la confianza con que se afanan me insufla vida. Ellos depositan en mí la fe que Sevro no siente. Aun así, sorprendo tres veces a Ragnar mirando hacia el ventanal. Todos nuestros trajes están deteriorados. Ni uno solo de nosotros podrá presurizarse en el vacío. Yo ni siquiera tengo máscara. Depende de Holiday que conservemos la vida o muramos. Ojalá

existiera alguna forma de poder controlar las variables, pero si algo me ha enseñado el tiempo que pasé en la oscuridad es que el mundo es más de lo que puedo abarcar. Tengo que confiar en los demás.

—Que todos enciendan los inhibidores de señal —digo mientras manipulo mi propio cinturón.

No quiero que las cámaras del exterior detecten la cara descubierta de ninguno de mis compañeros.

—Holiday está en posición —anuncia Guijarro.

Miro por la ventana para ver el transporte planeando a un kilómetro de ella. A esta distancia es apenas más grande que la punta de un lápiz.

—A mi señal, vamos a disparar contra el centro del ventanal —les digo a mis amigos haciendo un esfuerzo por impedir que el miedo se refleje en mi voz—. ¡Muecas! ¡Dormilón! Volved aquí. Ponedles vuestras máscaras a los prisioneros inconscientes.

—Oh, demonios —masculla Victra—. Esperaba que tuvieras un plan mejor que ese.

—Si intentáis contener la respiración, os explotarán los pulmones. Así que exhalad en cuanto el ventanal se haga añicos. No opongáis resistencia si os desmayáis. Tened dulces sueños y rezad por que Holiday sea tan rápida al volante como Payaso en la cama.

Se echan a reír y se aprietan unos contra otros para que Victra pase su cuerda de escalada por las trabillas de nuestros cinturones de municiones. Quedamos tan apelotonados como uvas en un racimo. Sevro termina de poner los explosivos en la puerta. Dormilón y Muecas se suman a nosotros y le hacen gestos para que se dé prisa.

«Atención —brama una voz desde unos altavoces ocultos en la pared cuando Victra se inclina sobre mí para atarme a Ragnar—. Soy Alec ti Yamato, jefe de seguridad de Industrias Sol. Estáis rodeados. Tirad las armas. Liberad a vuestros rehenes. O nos veremos forzados a disparar contra vosotros. Tenéis cinco segundos para hacer lo que os pedimos».

No hay nadie en la sala, aparte de nosotros. Las puertas principales están cerradas. Sevro corre hacia nosotros desde allí.

—¡Deprisa, Sevro! —grito.

Ni siquiera está a medio camino cuando se desploma sobre el suelo como

una lata vacía aplastada por un pie. La misma fuerza me estampa contra el mármol. Rodillas que se doblan. Huesos, pulmones, garganta, todo pisoteado por la inmensa fuerza de la gravedad. Se me nubla la visión. La sangre asciende lentamente hacia mi cabeza. Intento levantar un brazo. Pesa más de cien kilos. El personal de seguridad ha aumentado la gravedad artificial de la sala y el único que no está tumbado en el suelo es Ragnar. Resiste sobre una rodilla, con los hombros encorvados y tensos, como Atlas sujetando el mundo.

—¿Qué demonios es eso…? —consigue articular Victra, que mira por encima de mí hacia la puerta.

Está abierta, y por ella entra no un gris, un obsidiano o un dorado, sino un huevo negro gigante, del tamaño de un hombre bajito, que rueda de lado. Es liso y brillante, y tiene unos números blancos y pequeños en un costado. Es un robot. Tan ilegal como los pulsos electromagnéticos o las cabezas de guerra nucleares. El gran miedo de Augusto. Como si emergieran de un vertido de crudo, el metal se transforma en los extremos del huevo para dejar al descubierto un pequeño cañón que apunta a Sevro. Intento levantarme. Intento apuntarlo con mi puño de pulsos. Pero la gravedad es demasiado intensa. Ni siquiera puedo alzar el brazo para empuñar el arma. A pesar de lo fuerte que es, Victra tampoco lo consigue. Sevro gruñe en el suelo, arrastrándose para intentar escapar de la máquina.

—¡El ventanal! —logro decir—. Ragnar. Dispara al ventanal.

Tiene el puño de pulsos pegado a un costado. Con gran esfuerzo, comienza a levantarlo pese a la tremenda fuerza de la gravedad. Le tiembla el brazo. En su garganta gargarea ese espeluznante canto de guerra que parece una avalancha lejana. Va aumentando de volumen hasta convertirse en un bramido sobrenatural que hace que todo su cuerpo convulsione por el esfuerzo. Su brazo alcanza la altura adecuada y la más minúscula de las estrellas nace en la palma de su mano cuando el puño de pulsos reúne su temblorosa carga fundida.

Mi amigo se estremece de pies a cabeza y se le resbalan los dedos del gatillo. Se le hunde el brazo. El fuego de pulsos avanza para chocar con estruendo contra el centro del cristal. Un montón de estrellas se propagan cuando el ventanal se comba hacia fuera y las grietas resquebrajan el cristal.

—***Kadir njar laga…*** —brama Ragnar.

Y el cristal estalla en mil pedazos. El espacio absorbe el aire de la habitación. Todo resbala. Una cobre pasa a toda velocidad a nuestro lado, gritando. Guarda silencio en cuanto alcanza el vacío. Algunos de los que se escondieron durante la reyerta se aferran a la mesa rota del centro de la habitación. Se abrazan a las columnas. Les sangran los dedos, se les saltan las uñas. Las piernas les dan bandazos en el aire. Los asideros ceden. Los cadáveres salen dando volteretas hacia el espacio, pues el abismo ansía todo lo que contiene el edificio. Sevro sale despedido por los aires en dirección contraria al robot, más ligero que nuestro grupo atado. Tiendo la mano hacia él y lo agarro por la cresta corta hasta que Victra consigue rodearlo con las piernas y atraerlo hacia sí.

Estoy aterrorizado cuando nos deslizamos hacia el ventanal roto. Me tiemblan las manos. Ahora que la miro a la cara, dudo de mi decisión. Sevro tenía razón. Deberíamos habernos internado en el edificio. Haber matado a Kavax o usarlo como escudo. Cualquier cosa menos este frío. Cualquier cosa menos la oscuridad del Chacal de la que acabo de escapar.

Solo es miedo, me digo a mí mismo. Es el miedo lo que hace que me entre pánico. Y se ha extendido entre mis amigos. Veo el horror en sus rostros. Que me miran y se dan cuenta de que ese miedo se refleja en el mío. No puedo estar asustado. He pasado demasiado tiempo asustado. Demasiado tiempo sintiéndome empequeñecido por la pérdida. Demasiado tiempo siendo cualquier cosa menos lo que necesito ser. Y ya sea el Segador o se trate tan solo de otra máscara, es la que tengo que lucir, y no solamente por ellos, sino también por mí.

—*Omnis vir lupus!* —grito, y echo la cabeza hacia atrás para emitir un aullido que me vacía los pulmones.

A mi lado, los ojos de Ragnar se agrandan en un éxtasis salvaje. Abre su ingente boca y prorrumpe en un aullido que sus ancestros bien podrían haber oído desde sus criptas heladas. Después se suman Guijarro y Payaso, e incluso la majestuosa Victra. La rabia y el miedo abandonan nuestros cuerpos. A pesar de que el espacio nos arrastra por el suelo hacia sus brazos. A pesar de que la muerte podría venir a por nosotros. Esta vociferante masa de humanidad es mi hogar. Y mientras fingimos ser valientes, conseguimos

serlo.

Todos excepto Sevro, que permanece en silencio mientras volamos por el vacío.

19

PRESIÓN

Através del ventanal roto, irrumpimos en el vacío a ochenta kilómetros por hora. El silencio devora nuestros aullidos. Una conmoción me sacude el cuerpo, como si me hubiera caído en agua helada. Me retuerzo. El oxígeno se expande en mi sangre, obliga a mis labios a boquear en busca de un aire que no existe. Los pulmones no se hinchan. Son unas bolsas fibrosas colapsadas. Convulsiono, desesperado por respirar. Pero a medida que pasan los segundos y veo el metal inhumano de los rascacielos de Fobos, que mis amigos están unidos en la oscuridad, sujetos por manos y trozos de cuerda, me invade una especie de calma. La misma calma que sentí en la nieve con Mustang, que llegó cuando los Aulladores y yo nos acurrucamos en los barrancos del Instituto para asar una cabra y escuchar a Quinn contar sus historias. Me sumerjo lentamente en otro recuerdo. No de Lico, ni de Eo ni de Mustang. Sino del frío hangar de la Academia donde Victra, Tacto, Roque y yo aprendimos por primera vez de un profesor azul pálido lo que le hace el espacio al cuerpo de un hombre.

«El ebullismo, o la formación de burbujas en los fluidos corporales debido a la presión atmosférica reducida, es el elemento más grave de la exposición al vacío. El agua de los tejidos de vuestros cuerpos se vaporizará, lo cual provocará una gran hinchazón…».

«Mi querido cabeza hueca, estoy muy acostumbrado a las grandes hinchazones. Y si no pregúntaselo a tu madre. Y a tu padre. Y a tu hermana»,

oigo que dice Tacto en el recuerdo.

Y me acuerdo de la carcajada de Roque. De que se le sonrojaron las mejillas ante la crudeza del chiste, y eso me lleva a preguntarme por qué siempre estuvo tan cerca de Tacto. Por qué le preocupaba tanto el consumo de drogas de nuestro soez amigo y después sollozó junto a su lecho de muerte. El profesor continúa…

«… y un incremento exponencial en el volumen del cuerpo al cabo de diez segundos, seguido por un fallo circulatorio…».

A pesar de que se me acumula la presión en los ojos, se me deforma la visión y se me distiende el tejido de los globos oculares, siento sueño. También noto la presión en los dedos congelados y en los tímpanos doloridos y estallados. Tengo la lengua enorme y fría, como una serpiente de hielo que repta desde mi boca hasta mi estómago mientras el líquido se evapora. La piel se me hincha y estira. Mis dedos son plátanos. El gas de mi estómago me infla el vientre. La oscuridad viene a reclamarme. Atisbo a Sevro a mi lado. Su rostro es grotesco, pues la hinchazón hace que haya doblado su tamaño. Con las piernas aún enredadas en torno a él, Victra parece un monstruo. Está despierta y lo mira con unos ojos que parecen de dibujo animado, inyectados en sangre, boqueando en busca de aire como un pez fuera del agua. Ambos se agarran con fuerza a la mano del otro.

«El agua y el gas disuelto en la sangre forman burbujas en las venas principales. Esas burbujas se distribuyen por todo el sistema circulatorio obstruyendo el flujo sanguíneo y provocando la pérdida de conciencia al cabo de quince segundos…».

Mi cuerpo se apaga. Los segundos se transforman en un crepúsculo eterno, ralentizado, todo me parece sin sentido y patético cuando me percato de lo ridícula que es al final nuestra fuerza humana. Nos sacas de nuestras esferas de vida, y ¿qué somos? Las torres de metal que nos rodean parecen talladas en hielo. Las luces y las holopantallas que centellean son como las escamas de los dragones congelados en su interior.

Marte está sobre nuestras cabezas, avasallador y omnipotente. Pero en la rápida rotación de Fobos, empezamos a acercarnos a una zona del planeta donde germina el amanecer y la luz talla una luna creciente en la oscuridad. Las heridas líquidas aún destellan donde han estallado las dos bombas

nucleares. Y yo me pregunto, en mis últimos instantes, si al planeta no le importará que lastimemos su superficie o saqueemos su botín, porque sabe que nosotros, criaturas estúpidas y cálidas, no somos siquiera un suspiro en su vida cósmica. Hemos crecido y nos hemos expandido, y también nos arrasaremos y moriremos. Y cuando lo único que quede de nosotros sean nuestros monumentos de acero e ídolos de plástico, sus vientos susurrarán, sus arenas se moverán, y el planeta seguirá dando vueltas y más vueltas hasta olvidar a los simios osados y lampiños que pensaron que se merecían la inmortalidad.

Estoy ciego.

Me despierto sobre algo metálico. Noto plástico en la cara. Resuellos a mi alrededor. Cuerpos que se mueven. La frialdad del motor de una lanzadera retumbando bajo la cubierta. Mi cuerpo convulsiona y se estremece. Trago oxígeno con avidez. Me siento como si se me hubiera hundido la cabeza. El dolor está por todas partes y se disipa con cada uno de los latidos de mi corazón. Mis dedos han recuperado su tamaño normal. Los froto unos contra otros mientras intento orientarme. Estoy temblando, pero estoy tapado con una manta térmica y unas manos libres de sentimentalismos me masajean para favorecer la circulación. A mi izquierda, oigo que Guijarro llama a Payaso. Todos estaremos ciegos durante varios minutos, hasta que nuestros nervios ópticos se recalibren. Él le contesta aún atontado y ella está a punto de romper a llorar.

—¡Victra! —farfulla Sevro—. Despierta. Despierta. —Cuando la zarandea, las piezas de su equipo tintinean—. ¡Despierta!

Le da una bofetada en la cara. Ella se despierta con un grito.

—… demonios. ¿Acabas de darme una torta?

—Creía…

Victra se la devuelve.

—¿Quién eres? —pregunto dirigiéndome a las manos que me masajean los hombros por encima de la manta.

—Holiday, señor. Hace cuatro minutos que os recogimos hechos un polo.

—¿Cuánto tiempo… cuánto tiempo hemos pasado ahí fuera?

—Unos dos minutos treinta segundos. Ha sido un puñetero desastre. Tuvimos que vaciar la plataforma de carga y hacer que el piloto volara marcha atrás hasta vosotros. Luego, hemos tenido que presurizar en el aire. Estos zanahorias son incapaces de combatir, pero está claro que lo suyo es manejar malditos barcos de basura. Aun así, si no hubierais estado atados, la mayoría estaríais más muertos que una piedra. Ahora mismo hay escombros y cadáveres flotando por el sector. Equipos de HP fisgando por todas partes.

—¿Ragnar? —pregunto asustado, pues aún no lo he oído.

—**Estoy aquí, amigo mío. El abismo no nos reclamará todavía**. —Comienza a reírse—. **Todavía no**.

20

DISIDENCIA

Estamos metidos en un buen lío y Sevro lo sabe. Pasando por encima de mí, se hace de nuevo con el mando en cuanto aterrizamos en el destartalado atracadero de una casa franca de los Hijos situada en lo más profundo de un sector industrial, y ordena que envíen a Matteo y Quicksilver, todavía inconscientes, a la enfermería para que los reanimen, a Kavax a una celda, y les dice a Rollo y al resto de los Hijos que se preparen para un ataque. Los hijos se nos quedan mirando, atónitos. Nuestros disfraces de obsidianos están destrozados. Especialmente el mío. Las prótesis de mi cara se han caído durante la batalla. El vacío me ha arrancado las lentes de contacto. El tinte negro del pelo se ha aclarado a causa del sudor. Sin embargo, aún llevo los guantes. Pero estos Hijos ya no están mirando a un grupo de obsidianos. Está contemplando un cuadro de dorados y, al menos, un fantasma.

—El Segador… —susurra alguien.

—Mantén la boca cerrada —le espeta Payaso—. Ni una palabra a nadie.

No importa lo que le diga, el rumor se extenderá de inmediato entre ellos. El Segador está vivo. Sea cual sea el efecto que la noticia produzca, este no es el momento adecuado. Puede que hayamos escapado de la persecución de la policía, pero el secuestro de una persona tan preeminente, por no hablar del asesinato de dos Únicos de alto nivel, nos garantiza que todo el peso analítico de las unidades contraterroristas del Chacal se concentrará en las pruebas. Los escuadrones técnicos antiterroristas de pretorianos y agentes de seguridad

estarán ya estudiando el metraje del ataque. Descubrirán cómo conseguimos acceder a las instalaciones, cómo logramos escapar y quiénes eran nuestros probables colaboradores. Rastrearán el origen de todas y cada una de las armas, elementos del equipo y naves usadas. Las represalias de la Sociedad contra los colores inferiores a lo largo y ancho de la estación serán rápidas y brutales.

Y cuando analicen las pruebas visuales de nuestra fuga hacia el vacío, verán mi cara y la de Sevro. Y entonces será el Chacal en persona quien acuda, o enviará a Antonia o Lilath para que me den caza con sus Montahuesos.

Se nos agota el tiempo.

Pero eso es suponiendo que las autoridades sospechen que solo hemos secuestrado a Quicksilver. No sé por qué Mustang y Casio estaban celebrando una reunión, pero debo asumir que el Chacal no sabía nada al respecto. Por eso utilicé nuestros inhibidores. Para que las cámaras de seguridad fuera del control de Quicksilver no pudieran identificar a Kavax. Si el Chacal lo viera aquí, sabría que algo va mal en su alianza con la soberana y Quicksilver. Y quiero guardarme esa carta bajo la manga hasta que averigüe la mejor forma de utilizarla, y hasta que pueda hablar con Mustang.

Pero ¿qué pensará la soberana cuando Casio la llame para decirle que Moira está muerta? ¿Y qué papel desempeña Mustang en todo esto? Hay demasiadas preguntas. Ignoro demasiadas cosas. Pero lo que me obsesiona mientras corremos por los pasillos de metal, mientras mis amigos van a remendarse las heridas y pasamos ante armerías donde docenas de rojos, marrones y naranjas cargan armas y abrochan armaduras, son las palabras de Virginia: «Tengo el Pax. Orión está viva».

Siendo ella, eso podría significar diez cosas distintas, y el único que lo sabrá con certeza es Kavax. Necesito preguntárselo, pero Ragnar ya se lo ha llevado por otro pasillo hacia la cárcel de los Hijos y Sevro ha dejado de disparar órdenes a los demás para dirigirse a mí.

—Segador, van a ir a por nosotros, y atacarán con todas sus fuerzas —me dice—. Tú conoces mejor que yo los procedimientos militares de la Legión. Vete a un centro de datos, deprisa. Consígueme un calendario y su plan de ataque. No podemos detenerlos, pero sí ganar tiempo.

—¿Tiempo para qué? —pregunto.

—Para hacer estallar las bombas y encontrar una forma de salir de esta roca. —Me pone una mano sobre el brazo, tan consciente como yo de la presencia de los Hijos que nos observan—. Por favor. Ponte en marcha.

Se aleja por el pasillo en compañía del resto de los Aulladores y me deja solo con Holiday. Me vuelvo hacia ella.

—Holiday, tú conoces los procedimientos de la Legión. Ve al centro de datos. Ofréceles a los Hijos el apoyo táctico que necesiten. —La gris vuelve la mirada hacia el pasillo, pero Sevro ya ha doblado una esquina—. ¿Te parece bien? —le pregunto.

—Sí, señor. ¿Adónde vas?

Me ajusto los guantes.

—A obtener respuestas.

—Virginia nos dijo que después de dejarte eras rojo. Por eso no asistimos a tu Triunfo —me dice Kavax.

Está atado a una tubería de acero, con las piernas estiradas en el suelo. Todavía lleva puesta la armadura y su barba roja con matices dorados parece oscura en la penumbra. Tiene un aspecto amenazador, pero me sorprende la franqueza de su rostro. La ausencia de odio. La obviedad de su entusiasmo cuando se le ensanchan las fosas nasales al narrarnos su historia a Ragnar y a mí. Sevro les ha dicho a los Hijos que nadie debe ver a Ragnar. Pero al parecer ellos no creen que el Segador deba acatar las normas. Bien por ellos. Todavía no he trazado ningún plan, pero tengo claro que el de Sevro no está funcionando. No tengo tiempo para reconducir sus sentimientos o pelearme con él. Las fichas están en movimiento, y yo necesito información.

—Aún no sabía qué hacer, así que recurrió a nuestro consejo como hacía cuando era niña —prosigue Kavax—. Estábamos en mi barco, el Reynard, comiendo cordero asado con salsa ponzu con Sófocles, aunque a él no le gustaba la salsa, cuando llamó el centro de mando de Agea para informar de que las fuerzas partidarias de la soberana habían atacado el Triunfo en Agea. Virginia no pudo contactar ni contigo ni con su padre, así que se temió un golpe de Estado y nos envió a Daxo y a mí desde la órbita con nuestros

caballeros.

»Ella se quedó allí con las naves y finalmente se puso en contacto con Roque cuando Daxo y yo ya descendíamos a través de la atmósfera. Roque le dijo que la soberana había atacado el Triunfo y os había herido de gravedad a ti y a su padre. La instó a acudir a uno de sus nuevos barcos, donde iba a acogerte porque la superficie ya no era segura.

Recuerdo a Roque hablando en la lanzadera cuando el Chacal se agachó sobre mí, pero no fui capaz de oír lo que dijo. Aterrizamos en un barco. La soberana estaba allí. No se había marchado de Marte. Estaba escondida en la flota de Roque. Justo delante de mis narices.

—Pero Virginia no acudió corriendo a la cabecera de tu cama. —Esboza una jovial sonrisa—. Eso sería lo que haría una idiota enamorada. Pero ella es muy lista. Detectó la deshonestidad de Roque. Sabía que la soberana no atacaría el Triunfo sin más, sino que sería un plan dentro de un plan. Así que puso sobre aviso a Orión y a la familia política de la Casa de Arcos de que se estaba perpetrando un golpe de Estado. De que Roque era un conspirador. Así pues, cuando los asesinos arremetieron, tratando de matar a Orión y a los capitanes leales en su puente, estaban preparados. Se produjeron tiroteos en los puentes. En los camarotes. Orión sufrió una herida de bala importante en un brazo, pero sobrevivió. Y entonces los barcos de Roque abrieron fuego contra los nuestros y la flota se fracturó…

Durante todo ese tiempo, Sevro y Ragnar descubrieron que Fitchner estaba muerto y que la base de los Hijos de Ares había sido destruida. Y yo tumbado en el suelo de Aja, paralizado, mientras todo se desmoronaba. No. Todo no.

—Le salvó la vida a mi tripulación.

—Sí —contesta Kavax—. Tu tripulación está viva. La que liberaste con Sevro. Incluso muchos de los miembros de tu legión, pues la organizamos y conseguimos evacuarla de Marte antes de que las fuerzas del Chacal y la soberana se hicieran con el poder.

—¿Dónde están encarcelados mis amigos? —pregunto—. ¿En Ganímedes? ¿En Ío?

—¿Encarcelados? —Kavax me mira con los ojos entornados y luego prorrumpe en una carcajada—. No, muchacho. No. Ni un solo hombre o

mujer ha abandonado su puesto. El Pax está tal como lo dejaste. Orión al mando, el resto la sigue.

—No lo entiendo. ¿Mustang está dejando que una azul comande el barco?

—¿Crees que Virginia os habría permitido a Ragnar y a ti seguir viviendo cuando os tuvo de rodillas en aquel túnel si no creyera en tu nuevo mundo? —Niego con la cabeza, aturdido, sin saber la respuesta—. Os habría matado en el acto si hubiera pensado que erais enemigos suyos. Pero cuando de pequeña se sentaba ante mi chimenea junto a Pax y a mis hijos, ¿qué historias les leía yo? ¿Les leía los mitos de los griegos? ¿Cuentos de hombres fuertes que conseguían la gloria para sí mismos? No. Les contaba las historias de Arturo, del Nazareno, de Visnú. Héroes fuertes que tan solo deseaban proteger a los débiles.

Y eso es lo que ha hecho Mustang. Más que eso. Ha demostrado que Eo no se equivocaba. Y no ha sido por mí. No ha sido por amor. Ha sido porque era lo correcto, y porque el gigantesco Kavax ha sido más un padre para ella de lo que el suyo lo fue jamás. Se me llenan los ojos de lágrimas.

—**Tenías razón, Darrow** —dice Ragnar. Me pone una mano en el hombro—. **La marea está creciendo**.

—Entonces ¿por qué estáis aquí hoy, Kavax?

—Porque estamos perdiendo —contesta—. Los señores de las Lunas no resistirán ni dos meses. Virginia sabe lo que está sucediendo en Marte. La exterminación. El salvajismo de su hermano. Los Hijos son demasiado débiles para luchar en todas partes. —Sus enormes ojos reflejan el dolor de un hombre que ve arder su hogar. Marte es tan patrimonio suyo como mío—. El coste de la guerra es demasiado alto para pagarlo por una derrota segura. Así que cuando Quicksilver propuso la paz, lo escuchamos.

—¿Y cuáles son las condiciones? —pregunto.

—La soberana indultaría a Virginia y a todos sus aliados. Se convertiría en archigobernadora de Marte y a Adrio y su facción los encerrarían de por vida. Y se llevarían a cabo ciertas reformas.

—Pero la jerarquía permanecería.

—Sí.

—**Si esto es verdad, debemos hablar con ella** —dice Ragnar de inmediato.

—Podría ser una trampa —digo mirando a Kavax, pues conozco la mente que trabaja detrás de su cara de póquer.

Quiero confiar en él. Quiero creer que su sentido de la justicia es equivalente a mi amor por él, pero nos movemos en terreno pantanoso, y sé que los amigos pueden mentir tanto como los enemigos. Si Mustang no está de mi lado, esta sería la jugada perfecta. Me desenmascararía, y no me cabe la menor duda de que, llegara como llegase a esta estación, habrá tenido una compañía repugnante.

—Hay algo que no tiene sentido, Kavax. Si esto es verdad, ¿por qué no os pusisteis en contacto con Sevro?

Kavax me mira con sorpresa.

—Lo hicimos. Hace meses. ¿No te lo ha dicho?

Cuando Ragnar y yo nos unimos a ellos en la sala de mando, los Aulladores ya están recogiéndolo todo.

—Esto es una mierda —dice Sevro mientras Victra le tapa con carne resonante un corte profundo en la espalda.

Un humo acre se eleva desde la herida cuando comienza a cauterizarse. Sevro tira al suelo su terminal de datos, que va dando saltos hasta una esquina. Muecas la recoge y se la devuelve a mi amigo.

—Han interrumpido el tráfico, incluyendo los vuelos públicos.

—No pasa nada, jefe, encontraremos una forma de salir —lo tranquiliza Payaso.

He entrado en la habitación en silencio, haciéndole un gesto a Sevro para darle a entender que me gustaría hablar con él. Me ha ignorado. Su plan es un desastre. Se suponía que debíamos meternos todos en uno de los camiones de helio vacíos que regresaban a Marte. Nos habríamos marchado antes de que nadie supiera siquiera que Quicksilver ha sido secuestrado y luego habríamos detonado las bombas desde fuera de la estación. Ahora, como dice Sevro, todo es una mierda.

—Está claro que no podemos quedarnos aquí —señala Victra al tiempo que suelta el aplicador de carne resonante—. Ahí dentro hemos dejado suficientes pruebas de ADN para cien escenas del crimen. Y nuestras caras

están por todas partes. Adrio enviará a toda una legión a por nosotros en cuanto descubran que estamos aquí.

—O borrará Fobos del cielo —masculla Holiday.

Está sentada en una esquina, sobre un contenedor de suministros médicos, estudiando mapas en su terminal de datos con ayuda de Payaso. Guijarro los observa desde su posición junto a la mesa. Tiene un apósito de escayola en gel sobre la pierna, pero el hueso no está soldado. Necesitaremos a un amarillo y toda una enfermería para arreglar lo que Mustang ha destrozado con un solo disparo. Ha sido una suerte que Guijarro llevara una piel de escarabajo, pues ha minimizado el daño de las quemaduras. Aun así, está sufriendo. Tiene las pupilas dilatadas a causa de la alta dosis de narcóticos que se ha administrado. También ha hecho que pierda las inhibiciones, y me doy cuenta de que Victra se ha percatado de lo descaradamente que la dorada de cara rechoncha mira a Payaso inclinarse sobre Holiday para señalar el mapa.

—El helio-3 es la sangre de Adrio. No pondrá esta estación en riesgo —asegura Victra.

—Sevro… —digo—. Concédeme un minuto.

—Ahora mismo estoy ocupado. —Se vuelve hacia Rollo—. ¿Hay alguna otra forma de salir de esta maldita roca?

El rojo se apoya contra la pared gris de la sala, junto a un recorte de revista de una modelo rosa en una de las playas de arena blanca de Venus.

—Aquí abajo solo hay camiones de carga —responde sin decir una palabra respecto a nuestros olvidados disfraces de obsidianos. Si le sorprende descubrir cuántos de nosotros somos dorados, no lo deja traslucir. Probablemente lo supiera desde el principio. Es en mí en quien posa la mirada durante más tiempo—. Pero les han prohibido circular. En las Agujas tienen cruceros de lujo y yates privados, pero si subís ahí arriba os pillarán en un minuto. En dos, como mucho. Hay cámaras de reconocimiento facial en las puertas de todos los tranvías. Escáneres de retina en los holos publicitarios. Y aun en el caso de que llegarais a uno de sus barcos, tendríais que superar los piquetes navales. No es como si pudierais teletransportaros a un lugar seguro.

—Pues nos vendría muy bien —farfulla Payaso.

—Secuestramos una lanzadera y atravesamos los piquetes —dice Sevro —. Ya lo hemos hecho otras veces.

—Nos abatirán —digo en tono tenso.

Me está cabreando que haga caso omiso una y otra vez de mis intentos de hablar con él a solas.

—La última vez no lo hicieron.

—La última vez teníamos a Lisandro —le recuerdo.

—Y ahora tenemos a Quicksilver.

—El Chacal sacrificará a Quicksilver para matarnos a nosotros —le advierto—. Por descontado.

—No si nos lanzamos en vertical contra la superficie —dice Sevro—. Los Hijos han escondido las entradas de los túneles. Caeremos desde la órbita e iremos directos al subsuelo.

—**No pienso hacer eso** —interviene Ragnar—. **Es imprudente. Y deja a estos nobles hombres y mujeres desamparados ante una masacre**.

—Estoy de acuerdo con Ragnar —dice Holiday, que se aparta de Payaso y continúa mirando su terminal de datos, donde monitoriza las frecuencias de la policía.

—Imaginemos que conseguís escapar. ¿Qué pasa con nosotros? —pregunta Rollo—. Si el Chacal se entera de que el Segador y Ares han estado aquí, hará pedacitos esta estación. Todos y cada uno de los Hijos que queden aquí estarán muertos dentro de una semana. ¿Habéis pensado en eso? —Pone cara de asco—. Sé quiénes sois. Lo supimos en cuanto Ragnar puso un pie en el hangar. Pero no creía que los Aulladores huyeran. Ni que el Segador acatara órdenes.

Sevro da un paso hacia él.

—¿Tienes alguna otra alternativa, caraculo? ¿O simplemente piensas seguir parloteando?

—Sí, la tengo —contesta Rollo—. Quedaos. Ayudadnos a tomar la estación.

Los Aulladores se echan a reír.

—¿Tomar la estación? Claro, ¿con qué ejército? —pregunta Payaso.

—Con el de él —responde volviéndose hacia mí—. No sé exactamente cómo has conseguido sobrevivir, Segador. Pero… estaba solo comiendo

fideos a medianoche cuando los Hijos filtraron el vídeo de tu proceso de talla en la holored. La ciberpolicía de la Sociedad cerró la página en dos minutos. Pero una vez que vio la luz… pude encontrarlo en un millón de páginas antes de terminarme la cena. No pudieron contenerlo. Y entonces el servidor de Fobos se cayó. ¿Sabes por qué?

—Porque la ciberdivisión de la Seguridad tiró del enchufe —dice Victra —. Es el protocolo estándar.

Rollo niega con la cabeza.

—Los servidores se cayeron porque treinta millones de personas intentaron acceder a la holored al mismo tiempo en mitad de la noche. No pudieron asumir el tráfico. Los dorados lo desconectaron después de eso. Lo que estoy diciendo es que si entras en la Colmena y les dices a los colores inferiores que la habitan que estás vivo, podemos conquistar esta luna.

—¿Así de sencillo? —pregunta Victra con escepticismo.

—En efecto. Hay unos veinticinco millones de colores inferiores aquí, pisándose unos a otros, luchando por los metros cuadrados, por los kits de proteínas, por las drogas del Sindicato, por todo. Si el Segador asoma la jeta, todo eso se esfuma. Todas esas luchas. Todas esas peleas. Quieren un líder, y si el Segador de Marte decide regresar aquí de entre los muertos… no tendréis un ejército, tendréis una marea pisándoos los talones. ¿Lo entendéis? Esto cambiará la guerra.

Sus palabras hacen que un escalofrío me recorra la columna vertebral. Pero Victra se muestra escéptica y Sevro guarda silencio. Está herido.

—¿Sabes lo que un escuadrón de legionarios de la Sociedad es capaz de hacerle a una muchedumbre de gentuza? —pregunta Victra—. Las armas que habéis visto están preparadas para acabar con hombres con armaduras. Puños de pulsos. Filos. Cuando usan cañones de bobina o armas de impacto contra las turbas, un solo hombre puede disparar mil proyectiles por minuto. Suena igual que un papel que se desgarra. El cuerpo humano ni siquiera sabe que ese ruido puede ser aterrador. Pueden sobrecalentar el agua de vuestra estructura celular con microondas. Y eso son solo los escuadrones antimotines de los grises. ¿Y si traen a los obsidianos? ¿Y si vienen los dorados con sus armaduras? ¿Y si os cortan el flujo de aire? ¿El agua?

—¿Y si les cortamos nosotros el suyo? —pregunta Rollo.

Frunzo el entrecejo.

—¿Podéis hacer eso?

—Dadme una razón para ello. —Mira a Victra, y por la mordacidad de su tono me doy cuenta de que saber perfectamente cuál es su apellido—. Puede que ellos sean soldados, *domina*. Puede que sean capaces de meterme suficiente metal en el cuerpo para que me desangre. Pero antes de cumplir los nueve años yo ya podía desmontar una gravibota y volver a ensamblarla en menos de cuatro minutos. Ahora tengo treinta y ocho y puedo matarlos a todos de diez maneras diferentes con un destornillador y un kit eléctrico. Y estoy harto de no ver a mi familia. De que me pisoteen y me cobren por el oxígeno, por el agua, por vivir. —Se echa hacia delante con los ojos vidriosos —. Y hay veinticinco millones como yo al otro lado de esa puerta.

Victra pone los ojos en blanco ante la bravata.

—Eres un soldador con delirios de grandeza.

Rollo da un paso al frente y tira un juego de llaves inglesas de una mesa. Caen al suelo con gran estrépito y sobresaltan a Harmony y Payaso, que levantan la vista del terminal de datos. Rollo levanta la vista hacia Victra, indignado. Ella le saca fácilmente treinta centímetros, pero él no se amilana.

—Soy ingeniero. No soldador.

—¡Basta! —ruge Sevro—. Esto no es un maldito debate. Quicksilver nos sacará de esta roca. O empezaré a cortarle los dedos. Luego detonaré las bombas…

—**Sevro…** —lo interrumpe Ragnar.

—¡Yo soy Ares! —gruñe—. No tú. —Le clava un dedo a Ragnar en el pecho y luego me señala a mí—. Ni tú. Terminad de empaquetar el maldito equipo. Ya.

Sale hecho una furia de la habitación, dejándonos sumidos en un silencio incómodo.

—**No abandonaré a estos hombres** —insiste Ragnar—. **Nos han ayudado. Son nuestro pueblo**.

—Ares está chiflado —dice Rollo dirigiéndose a toda la sala—. Ha perdido la cabeza. Tenéis que…

Me vuelvo hacia él, lo levanto con una mano y lo estampo contra el techo.

—No se te ocurra decir ni una maldita palabra sobre él. —Rollo se disculpa y vuelvo a dejarlo en el suelo. Me aseguro de que todos los Aulladores estén escuchando—. Que todo el mundo se quede donde está. Volveré enseguida.

Alcanzo a Sevro antes de que entre en la celda de Quicksilver, situada en un garaje viejo y destartalado que los Hijos utilizan ahora para almacenar generadores. Sevro y los guardias se vuelven cuando me oyen acercarme.

—¿No confías en dejarme a solas con él? —pregunta con un gruñido—. Qué bien.

—Tenemos que hablar.

—Claro. En cuanto lo haga él.

Sevro abre la puerta con brusquedad. Suelto una palabrota y lo sigo. La sala es de un desolador color herrumbre. Hay máquinas más antiguas que algunas de las herramientas de Lico. Una de ellas traquetea detrás del orondo plateado para escupir la electricidad que alimenta las lámparas que bañan al hombre en un círculo de luz y que impiden que vea más allá del mismo. Quicksilver está sentado con los hombros hacia atrás en la silla de metal que ocupa el centro de la habitación. Tiene los brazos atados a la espalda. Su túnica turquesa está llena de sangre y arrugada. La mirada de sus ojos de bulldog es paciente y calculadora. Tiene la amplia frente cubierta por una gruesa capa de sudor y grasa.

—¿Quién eres? —sisea fastidiado en lugar de con miedo.

La puerta se cierra de golpe a nuestras espaldas. El hombre parece bastante molesto por la situación en que se encuentra. No se muestra irrespetuoso ni enfadado, sino profesionalmente irritado por nuestra escasa hospitalidad y por las molestias que le hemos provocado. Es incapaz de distinguir nuestros rostros debido a la luz que le ciega los ojos.

—¿Matones del sindicato? ¿Enviados de los señores de las Lunas? —Como no contestamos, traga saliva con dificultad—. Adrio, ¿eres tú?

Varios escalofríos me recorren la columna. No decimos nada. Quicksilver solo parece verdaderamente asustado ahora que comienza a sospechar que somos hombres del Chacal. Si tuviéramos tiempo, podríamos sacarle partido

a ese miedo, pero necesitamos información rápidamente.

—Tenemos que salir de esta roca —dice Sevro con aspereza—. Y vas a ser tú quien consiga que eso ocurra, chaval. O te arranco los dedos uno a uno.

—¿Chaval? —murmura Quicksilver.

—Sé que tienes una embarcación de escape, de contingencia…

—Barca, ¿eres tú? —La pregunta pilla a Sevro por sorpresa—. Eres tú. Me cago en las estrellas, hijo. Me has dado un susto de muerte. Creía que eras el condenado Chacal.

—Tienes diez segundos para darme algo que me sirva o me pondré tu caja torácica de corsé —le espeta Sevro desconcertado por la familiaridad de Quicksilver.

No es su mejor amenaza.

Quicksilver niega con la cabeza.

—Tienes que escucharme, señor Barca, y escucharme muy bien. Todo esto es un malentendido. Un tremendo malentendido. Sé que tal vez no te lo creas. Sé que es posible que pienses que estoy loco. Pero tienes que prestarme atención. Estoy de vuestro lado. Soy uno de los vuestros, señor Barca.

Sevro frunce el entrecejo.

—¿Uno de los nuestros? ¿Qué quieres decir?

—¿Que qué quiero decir? —Quicksilver suelta una risotada—. Quiero decir exactamente lo que estoy diciendo, jovencito. Yo, Regulus ag Sol, caballero de la Orden de la Moneda, director ejecutivo de Industrias Sol, también soy miembro fundador de los Hijos de Ares.

21

QUICKSILVER

—¿Eres de los Hijos de Ares? —repite Sevro dando un paso hacia la luz para que Quicksilver pueda verle la cara.

—Yo me quedo donde estoy. Es una afirmación ridícula.

—Mucho mejor. Me pareció reconocer tu voz. Se parece más a la de tu padre de lo que te gustaría, probablemente. Pero sí, soy uno de los Hijos. El primer Hijo, de hecho.

—Bien, pues entonces que me den hasta dejarme ciego como a una furcia rosa —grita Sevro—. ¡Todo esto no es más que un malentendido! —Se precipita hacia Quicksilver y se acuclilla a su lado para alisarle la túnica—. Te asearemos de inmediato. Y te dejaremos llamar a tus hombres. ¿Te parece bien?

—Bien, porque te las has ingeniado para echar a perder algo bastante…

Sevro le asesta un puñetazo al plateado en los labios carnosos. Es un gesto de violencia íntimo, familiar, que hace que me estremezca. La cabeza de Quicksilver impacta contra el respaldo de la silla. El hombre trata de apartarse, pero Sevro lo inmoviliza con facilidad.

—Esos trucos no te van a funcionar aquí, sapo rechoncho.

—No es un truco…

Sevro vuelve a golpearlo. Quicksilver escupe. Un reguero de sangre le cae por la barbilla desde el labio partido. Parpadea para tratar de aplacar el dolor. Es probable que vea puntos brillantes ante los ojos. Ares le da un tercer

puñetazo, sin venir a cuento, y creo que era para mí, no para el magnate, porque Sevro vuelve la cabeza para mirar con insolencia hacia la oscuridad en que me oculto. Como si me estuviera lanzando un cebo moral ante las narices para que volvamos a enzarzarnos en un conflicto. Su credo moral siempre ha sido sencillo: protege a tus amigos, al demonio con todos los demás.

Sevro le mete un cuchillo a Quicksilver en la boca.

—Sé que crees que estás siendo inteligente, chaval —gruñe—. Diciéndonos que eres de los Hijos. Te piensas que eres muy listo. Te piensas que somos unas bestias estúpidas de las que puedes librarte con tu cháchara. Pero ya he jugado a esto con tipos más astutos que tú. Y he aprendido por las malas. ¿Entendido?

Mueve el cuchillo hacia la mejilla de Quicksilver, lo cual hace que el hombre mueva la cabeza hacia un lado siguiendo la hoja. Aun así, le hace una pequeña raja en la comisura de los labios.

—Así que, sea cual sea tu mentira, no vas a salirte con la tuya, cabeza de chorlito. Eres una rata. Un colaboracionista. Y ya es hora de que recojas lo que has sembrado. De manera que vas a decirnos cómo salir de aquí. Si tienes un barco escondido. Si puedes hacer que burlemos la armada. Y después vas a contarnos cuáles son los planes del Chacal, de qué equipamiento dispone, de qué infraestructuras; luego nos darás todo lo necesario para equipar a nuestro ejército.

La mirada de Quicksilver salta del cuchillo a la cara de Sevro.

—Utiliza el cerebro, pequeño salvaje —brama Quicksilver cuando Sevro le quita el cuchillo de la boca—. ¿De dónde crees que sacó Fitchner el dinero…?

—No pronuncies su nombre. —Ares le clava un dedo en la cara—. No te atrevas a pronunciar su nombre.

—Conocía a tu padre…

—Entonces ¿por qué nunca te mencionó? ¿Por qué Dancer no te conoce? Porque estás mintiendo.

—¿Y por qué iban a saber lo mío? Nunca se atan dos barcos en una tormenta.

Sus palabras son como un puñetazo en la boca del estómago. Fitchner

dijo exactamente la misma frase cuando me explicó por qué no me había contado lo de Tito. Los Hijos perdieron gran parte de sus habilidades técnicas cuando él murió. ¿Y si había dos cuerpos en el cuerpo de los Hijos de Ares? ¿Los colores inferiores y los superiores? ¿Separados por si acaso uno de ellos quedaba comprometido? Es lo que yo haría. Fitchner me prometió que tendría mejores aliados si iba a la Luna. Aliados que me ayudarían a convertirme en soberano. Este podría ser uno de ellos. Un aliado que huyó cuando Fitchner murió. Que se amputó del cuerpo contaminado de los Hijos.

—¿Por qué estaba Matteo en tu habitación? —pregunto con cautela.

Quicksilver mira con fijeza hacia la oscuridad, preguntándose de quién es la voz que se dirige a él. Y sin embargo ahora hay miedo en sus ojos, no solo ira.

—¿Cómo… cómo has sabido que estaba en mi habitación?

—Responde a la pregunta —exige Sevro, que vuelve a golpearlo.

—¿Le habéis hecho daño? —pregunta Quicksilver furioso—. ¿Le habéis hecho daño?

—Contesta a la pregunta —repite Sevro, que esta vez le asesta una bofetada.

Quicksilver tiembla de rabia.

—Estaba en mi habitación porque es mi esposo. Hijo de puta. ¡Es uno de los nuestros! Si le habéis hecho daño…

—¿Cuánto tiempo lleváis casados? —pregunto.

—Diez años.

—¿Dónde estuvo hace seis años, cuando trabajó con Dancer?

—Estuvo en Yorkton. Fue él quien instruyó a tu amigo, Sevro. Él instruyó a Darrow. El tallista hizo el cuerpo. Matteo esculpió al hombre.

—Está diciendo la verdad.

Penetro en el círculo de luz para que Quicksilver pueda verme la cara. Me mira sin dar crédito.

—Darrow. Estás vivo. Yo… creía… No puede ser.

Me vuelvo hacia Sevro.

—Es un Hijo de Ares.

—¿Porque ha acertado unos cuantos datos? —ruge Sevro—. Y lo peor es que lo dices en serio.

—Estás vivo —murmura Quicksilver casi para sí mientras intenta comprender lo que está sucediendo—. ¿Cómo? Te mató.

—Está diciendo la verdad —repito.

—¿La verdad? —Sevro mueve la boca como si tuviera una cucaracha dentro—. ¿Qué demonios quiere decir eso? ¿Cómo es posible que lo sepas? Crees que puedes sacarle la verdad a un tiburón de los tratos encubiertos como este. Se mete en la cama con la mitad de los Marcados como Únicos de la Sociedad. No es simplemente su herramienta. Es su amigo. Y te está engañando como lo hizo el Chacal. Si es un Hijo, ¿por qué iba a abandonarnos? ¿Por qué no se puso en contacto con nosotros cuando murió mi padre?

—Porque vuestro barco se estaba hundiendo —contesta Quicksilver, que sigue mirándome desconcertado—. Vuestras células estaban en apuros. No tenía forma de saber hasta qué punto llegaba la contaminación. Sigo sin saber cómo te descubrió el Chacal, Darrow. Mi único contacto con las células de los colores inferiores era Fitchner. Del mismo modo en que yo era su único contacto con las células de los colores superiores. ¿Cómo iba a tratar de ponerme en contacto con vosotros cuando no sabía si había sido el propio Dancer quien había informado sobre ti en una jugada para eliminar a Fitchner y hacerse con el poder?

—Dancer nunca haría algo así —replica Sevro con desdén.

—¿Cómo iba a saberlo? —dice Quicksilver, la frustración patente en su voz—. No lo conozco de nada.

Sevro niega con la cabeza, abrumado por lo absurdo de la situación.

—Tengo vídeos. Conversaciones entre tu padre y yo.

—No pienso permitir que te acerques a un terminal de datos —asegura Sevro.

—Ponlo a prueba —sugiero—. Haz que te lo demuestre.

—Una vez conocí a tu madre, Sevro —dice Quicksilver rápidamente—. Se llamaba Bryn. Era roja. Si no fuera un Hijo, ¿cómo iba a saber todo eso?

—Podrías haberlo averiguado de diez maneras distintas. Eso no demuestra una mierda —replica Sevro.

—Se me ocurre algo —digo—. Si eres de los Hijos, lo sabrás. Si perteneces a la facción del Chacal, lo habrías utilizado. ¿Dónde está Tinos?

Quicksilver esboza una gran sonrisa.

—A quinientos kilómetros al sur del Mar Térmico. Tres kilómetros por debajo del antiguo nexo minero de la Estación de Vengo. En una colonia minera abandonada cuyos registros se eliminaron de los servidores internos de la Sociedad gracias a mis piratas informáticos. Se utilizaron los taladros láser de acarón-19 de mis fábricas para tallar pasillos en espiral dentro de las estalactitas manteniendo la integridad estructural. El hidrogenerador de atalio se construyó con planos diseñados por mis ingenieros. Puede que Tinos sea la ciudad de Ares, pero yo la diseñé. Yo la pagué. Yo la construí.

Sevro se balancea a un lado y a otro, atónito.

—Tu padre trabajaba para mí, Sevro —continúa Quicksilver—. Primero para el consorcio de terraformación de Tritón, donde conoció a tu madre. Luego… de maneras menos legítimas. Por aquel entonces yo no era lo que soy ahora. Necesitaba a un dorado. A un Marcado como Único terco, y toda la protección legal que eso conlleva. A alguien que estuviera en deuda conmigo y dispuesto a jugar duro en contra de mis competidores. Por debajo de la mesa, ya sabes.

—¿Me estás diciendo que mi padre trabajó de mercenario? ¿Para ti?

—Estoy diciendo que trabajó de asesino. Yo estaba creciendo. El mercado ofrecía resistencia a ese crecimiento. Así que había que hacer espacio en ese mercado. ¿Crees que todos los plateados actúan de manera segura y legal? —Se echa a reír—. Puede que algunos. Pero los negocios en una sociedad capitalista de amigotes es un oficio para tiburones. Si dejas de nadar, los demás se quedan con tu comida y luego se alimentan de tu cadáver. Yo le di dinero a tu padre. Él contrató a un equipo. Trabajaba por su cuenta. Hacía lo que yo necesitaba que hiciera. Hasta que descubrí que utilizaba mis recursos para un proyecto paralelo. Los Hijos de Ares.

Pronuncia las últimas palabras en tono burlón.

—Pero ¿no lo denunciaste? —pregunto con escepticismo.

—Los dorados tratan la sedición de la misma manera que el cáncer. Me habrían extirpado a mí también. Así que estaba atrapado. Pero él no quería tenerme así, él quería un co-conspirador. Y poco a poco fue convenciéndome. Y aquí estamos.

Sevro se aleja unos pasos tratando de encontrarle un sentido a todo esto.

—Pero… hemos… caído como moscas. Y tú has estado aquí arriba… follándote a tus rosas. Fraternizando con el enemigo. Si fueras uno de nosotros…

Quicksilver levanta la cabeza y recupera el aplomo perdido durante la paliza.

—¿Qué habría hecho en ese caso, señor Barca? Dímelo. Recurriendo a tu extensa experiencia en estos subterfugios.

—Habrías luchado con nosotros.

—¿Con qué? ¿Eh? —Espera una respuesta. No obtiene ninguna. Sevro se ha quedado sin palabras—. Cuento con una fuerza de seguridad privada de treinta mil agentes para mí y mis empresas. Pero están desperdigados desde Mercurio hasta Plutón. Y no soy el dueño de esos hombres. Son trabajadores grises. Solo una pequeña parte son obsidianos que me pertenecen. Tengo las armas, pero no tengo fuerza para enfrentarme a los Marcados como Únicos. ¿Estás loco? Yo uso el poder blando. No el duro. Ese era el terreno de tu padre. Hasta una casa menor podría aniquilarme en un combate directo.

—Eres el dueño de la empresa de programación más grande del Sistema Solar —dice Sevro—. Eso quiere decir que dispones de piratas informáticos. Posees plantas de fabricación de municiones. De desarrollo de tecnología militar. Podrías haber espiado al Chacal en nuestro nombre. Habernos proporcionado armas. Podrías haber hecho mil cosas.

—¿Puedo ser franco?

Esbozo una mueca.

—Si alguna vez hubo un momento adecuado…

Quicksilver se recuesta para mirar a Sevro por encima de la nariz torcida.

—Hace más de veinte años que formo parte de los Hijos de Ares. Eso requiere paciencia. Visión a largo plazo. Tú eres miembro desde hace menos de un año. Y mira lo que ha pasado. Tú, señor Barca, eres una mala inversión.

—¿Una mala… inversión?

Suena ridículo viniendo de un hombre encadenado a una silla de metal y con la boca reventada. Pero hay algo en los ojos de Quicksilver que convence de sus palabras. No es una víctima. Es un titán de otro nivel. Señor de su propio dominio. Equivalente en cuanto a su genialidad, al parecer, al propio

Fitchner. Y tiene más carácter, más matices, de los que me habría imaginado. Pero de momento me reservo mis simpatías hacia él. Ha sobrevivido gracias a la mentira durante veinte años. Todo es una actuación. Esto también, probablemente.

¿Quién es el verdadero hombre que se esconde tras esa cara de bulldog?

¿Qué lo motiva? ¿Qué quiere?

—Estuve observando. Esperando a ver qué hacías —le explica a Sevro—. A ver si estabas cortado por el mismo patrón que tu padre. Pero entonces ejecutaron a Darrow. —Levanta la mirada hacia mí, aún confuso al respecto —. O fingieron hacerlo. Y tú te comportaste como un crío. Iniciaste una guerra que no podías ganar, con una infraestructura, materiales, sistemas de coordinación y líneas de suministro insuficientes. Lanzaste a los mundos, a las minas, el vídeo de propaganda del proceso de talla de Darrow con la esperanza de… ¿qué? ¿Un glorioso alzamiento del proletariado? —Resopla —. Creía que entendías la guerra.

»A pesar de todos sus fallos, tu padre era un visionario. Me prometió algo mejor. ¿Y qué nos ha dado su hijo en realidad? Limpiezas étnicas. Guerra nuclear. Decapitaciones. Pogromos. Ciudades enteras destrozadas por las facciones de rojos rebeldes y las represalias de los dorados. Desunión. En otras palabras: el caos. Y el caos, señor Barca, no es en lo que yo invertí. Es malo para los negocios, y lo que es malo para los negocios es malo para el hombre.

Sevro traga saliva despacio, sintiendo el peso de sus palabras.

—Hice lo que tenía que hacer —dice con la voz empequeñecida—. Lo que nadie se habría atrevido a hacer.

—¿Ah, sí? —Quicksilver se echa hacia delante con maldad—. ¿O hiciste lo que querías hacer porque habían herido tus sentimientos? ¿Porque querías desahogarte?

Sevro tiene los ojos vidriosos. Su silencio me duele. Quiero defenderlo, pero necesita escuchar esto.

—Tú crees que yo no he estado luchando. Pero te equivocas —prosigue Quicksilver—. Parece que tras vuestra fuga la opinión de la soberana sobre el Chacal ha empeorado.

—¿Por qué? —pregunto.

—No lo sé. Pero vi una oportunidad. Hice venir a Virginia au Augusto y a los representantes de la soberana para negociar una paz que le concedería a Virginia el archigobierno de Marte, apartaría al Chacal del poder y lo metería en la cárcel de por vida. No es el final que yo quería. Pero si nos dejamos guiar por lo que estamos viendo en el Marte del Chacal, él es la mayor amenaza para los mundos y nuestros objetivos a largo plazo.

—Y, sin embargo, tú lo ayudaste a consolidar su poder en un primer momento —señalo.

Quicksilver suspira.

—En aquel momento, lo consideré una amenaza menor que su padre. Me equivoqué. Y tú también. Hay que apartarlo del poder.

Entonces, el Chacal ha sido traicionado por dos aliados.

—Pero ahora tus planes para una alianza se han ido al traste.

—En efecto. Pero no lloro por la ocasión perdida. Estás vivo, Darrow, y eso significa que esta rebelión también está viva. Quiere decir que el sueño de Fitchner, el sueño de tu esposa, no ha desaparecido aún de este mundo.

—¿Por qué? —pregunta Sevro—. ¿Por qué demonios ibas a querer tú una guerra? Eres el hombre más rico del Sistema, no un anarquista.

—No. No soy anarquista, comunista, fascista, plutócrata, ni siquiera demócrata. Hijos míos, no os creáis lo que os cuentan en el colegio. El gobierno nunca es la solución, casi siempre es más bien el problema. Soy capitalista. Y creo en el esfuerzo, el progreso y la ingenuidad de nuestra especie. La evolución y el avance continuo de nuestra raza basada en la competitividad justa. El meollo de la cuestión es que los dorados no quieren que el hombre continúe evolucionando. Desde la conquista, han reprimido constantemente los avances para mantener su paraíso. Se han rodeado de un aura de mito. Han llenado sus inmensos océanos con monstruos que perseguir. Han cultivado bosques negros privados y Olimpos para ellos solos. Tienen armaduras que los convierten en dioses voladores. Y preservan ese ridículo cuento de hadas manteniendo a la humanidad congelada en el tiempo. Frenando el ingenio, la curiosidad, la movilidad social. El cambio amenaza todo esto.

»Mirad dónde estamos. En el espacio. Por encima de un planeta al que nosotros dimos forma. Aun así, vivimos en una Sociedad que toma como

modelo los pensamientos de unos pedófilos de la Edad de Bronce. Organizada en torno a la mitología como si esas gilipolleces no se las hubiera inventado un granjero ático deprimido porque su vida era repugnante, salvaje y corta.

»Los dorados les aseguran a los obsidianos que son dioses. Pero no lo son. Los dioses crean. Si acaso son algo, los dorados son reyes vampiros. Parásitos que beben de nuestra yugular. Quiero una Sociedad libre de esta pirámide fascista. Quiero quitarle las cadenas al mercado libre de la riqueza y las ideas. ¿Por qué deberían los hombres matarse a trabajar en las minas cuando podemos construir robots que lo hagan por nosotros? ¿Por qué nos hemos detenido en este Sistema Solar? Merecemos más de lo que nos han dado. Pero primero, los dorados deben caer y la soberana y el Chacal deben morir. Y creo que tú eres la señal que he estado esperando, señor Andrómeda.

Hace un gesto con la cabeza en dirección a mis manos enguantadas.

—Yo pagué tus emblemas. Pagué tus huesos, tus ojos, tu carne. Naciste del ingenio de mi mejor amigo. Eres el alumno de mi esposo. La suma de los Hijos de Ares. Así que mi imperio está a tu disposición. Mis piratas informáticos. Mis equipos de seguridad. Mis transportes. Mis empresas. Todo tuyo. Sin excepciones. Sin condiciones. Sin póliza de seguridad. —Mira a Sevro—. Caballeros. En otras palabras, soy todo suyo.

—Estupendo —aplaude Sevro burlándose de Quicksilver—. Darrow, solo está intentando comprarte para poder escapar.

—Puede ser —digo—. Pero ya no podemos detonar las bombas.

—¿Bombas? —pregunta Quicksilver—. ¿De qué estáis hablando?

—Hemos puesto explosivos en las refinerías y los muelles de descarga —contesto.

—¿Ese es tu plan? —El plateado nos mira alternativamente a uno y a otro como si estuviéramos locos—. No podéis hacerlo. ¿Tenéis alguna idea de cuáles serían las consecuencias?

—Un colapso económico —respondo—. Entre cuyos síntomas se contarían la devaluación de los activos de mercado, la congelación de los préstamos comerciales bancarios, una gran demanda en los fondos de los bancos locales, y una eventual estanflación. Y una ruptura del orden social. Muestra algo de respeto hacia nosotros cuando nos hables. No somos

aficionados ni críos. Y ese era nuestro plan.

—¿Era? —pregunta Sevro apartándose de mí—. Así que ahora vas a dejar que sea él quien decida lo que hacemos.

—Las cosas han cambiado, Sevro. Tenemos que reevaluar la situación. Disponemos de nuevos activos.

Mi amigo me mira como si no reconociera mi cara.

—¿Nuevos activos? ¿Él?

—No solo él. Orión —digo—. No me dijiste que Mustang se había puesto en contacto contigo.

—Porque habrías permitido que te manipulara —dice sin el más mínimo atisbo de disculpa—. Como ya hiciste en su día. Como estás dejando que Quicksilver haga ahora. —Me sopesa y me señala con un dedo cuando cree que da con la clave—. Tienes miedo, ¿no es así? Te asusta apretar el gatillo. Cometer un fallo. Por fin tenemos una oportunidad de hacer sangrar a los dorados y tú quieres reevaluar la situación. Quieres tomarte un tiempo para repasar tus opciones. —Se saca el detonador del bolsillo—. Esto es la guerra. No tenemos tiempo. Podemos llevarnos a este cabrón con nosotros, pero no podemos desperdiciar esta ocasión.

—Deja de comportarte como un terrorista —gruño—. Somos mejores que eso.

Lo miro con fijeza, furioso ante su actitud. Sevro debería ser mi amistad más sencilla, más fuerte. Pero la pérdida lo ha complicado todo entre nosotros. Incluso con él hay muchísimas capas hasta el dolor. Muchos niveles de miedo, recriminación y culpa tanto en el uno como en el otro. Hace tiempo decían que Sevro era mi sombra. Ya no lo es. Y creo que a lo largo de estas últimas horas he estado resentido con él porque son prueba de ello. Es un hombre independiente con sus propias mareas. Y creo que él también ha estado resentido conmigo porque no volví como el Segador. Regresé convertido en un hombre que él no reconocía. Y ahora que estoy intentando transformarme en la fuerza que él quería, en la fuerza que toma decisiones, duda de mí porque percibe debilidad, y eso siempre le ha dado miedo.

—Sevro, dame el detonador —exijo con frialdad.

—No.

Abre la carcasa protectora del interruptor y deja al descubierto el botón

rojo que contiene. Si lo aprieta, mil kilogramos de explosivos de alto rendimiento estallarán a lo largo y ancho de Fobos. No destruirán la luna, pero acabarán con su infraestructura económica. El helio tardará meses en volver a fluir. Años. Y todos los miedos de Quicksilver se harán realidad. La Sociedad sufrirá, pero nosotros también.

—Sevro…

—Tú hiciste que mataran a mi padre —dice—. Tú hiciste que mataran a Quinn, a Pax, a Hierbajo, a Arpía y a Lea porque creías que eras más listo que nadie. Porque no mataste al Chacal cuando tuviste oportunidad de hacerlo. Porque no mataste a Casio cuando tuviste oportunidad de hacerlo. Pero, al contrario que tú, yo no titubeo.

22

EL PESO DE ARES

Sevro dobla el pulgar hacia el interruptor del detonador. Pero antes de que lo apriete, activo un campo inhibitorio con el inhibidor de señales que llevo en el cinturón y evito que la señal salga de la habitación.

—Pedazo de hijo de puta —gruñe, y se precipita hacia la puerta para escapar del campo inhibitorio.

Trato de impedírselo. Se me escapa de las manos. Mi inhibidor no tiene mucha potencia, así que no necesita alejarse mucho de mí. Se lanza hacia el pasillo, salgo en tropel tras él.

—¡Sevro, detente! —digo cuando llego al pasillo.

Ya está a diez metros de distancia, corriendo a toda velocidad para liberarse de mi campo inhibitorio y que su señal pueda salir. Es más rápido que yo en estos pasillos tan pequeños. Va a escaparse. Saco mi puño de pulsos, apunto con él más arriba de su cabeza y disparo, pero mi mira está desenfocada y casi se la vuelo. Le brota humo de la cresta. Se detiene en seco y se vuelve para mirarme con una expresión feroz dibujada en la cara.

—Sevro… No pretendía…

Con un aullido de rabia, carga contra mí. Me pilla por sorpresa, así que trato de apartarme de él tambaleándome. Está frenético y enseguida salva la distancia que nos separa. Intercepto su primer puñetazo, pero consigue asestarme un gancho en la mandíbula que casi me salta los dientes. Estoy a punto de caerme de espaldas. Me muerdo la lengua. Noto el sabor de la

sangre y casi me desplomo. Si Mickey no me hubiera hecho unos buenos huesos, Sevro podría haberme partido la mandíbula. Sin embargo, suelta una palabrota y se agarra el puño, dolorido.

Me dejo llevar por la inercia del gancho y doy una patada con la pierna izquierda. Le sacudo con tanta fuerza en las costillas que sale despedido de lado contra la pared y abolla el mamparo de metal. Le lanzo un golpe directo con el puño derecho. Pero él se agacha y mi mano impacta contra el duroacero. El dolor me atenaza el brazo. Gruño. Se abalanza contra mí, bajo el codo izquierdo con el que intento alcanzarle la cabeza y me asesta una salva de puñetazos en el vientre, intentando darme en las pelotas. Me vuelvo, logro cogerlo de un brazo y le doy la vuelta con todas mis fuerzas hasta que se estampa de cara contra la pared y se derrumba sobre el suelo.

—¿Dónde está? —Lo registro en busca del detonador—. Sevro…

Enreda sus piernas con las mías y consigue que caiga al suelo enredado a él. Ya no intercambiamos puñetazos, sino que forcejeamos. Él es mejor luchador en tierra. Y tengo que esforzarme mucho para que no me asfixie desde atrás formando un triángulo con las piernas, con los tobillos entrelazados ante mi cara y las pantorrillas apretándome ambos lados del cuello. Lo levanto del suelo, pero no consigo liberarme. Está colgado bocabajo a mi espalda, su columna contra la mía y los talones aún en mi cara, tratando de darme un codazo en los testículos a través de mis piernas. No logro alcanzarlo. No puedo respirar. Así que lo agarro por los gemelos, apoyados en mi cuello, y comienzo a dar vueltas. Se estampa contra el metal. Una vez. Dos. Y entonces se suelta, al fin, y cae en el suelo. Me abalanzo sobre él a la velocidad del rayo y le lanzo una rápida serie de codazos de kravat contra la cara. Accidentalmente, me golpea en la barbilla con la coronilla.

—Estúpido… hijo de puta —mascullo al apartarme.

Sevro se lleva las manos a la cabeza dolorida.

—Gilipollas larguirucho…

Me lanza una patada contra la barriga. Encajo el golpe y le agarro la pierna con el brazo izquierdo. Le pego un derechazo en la cabeza, lanzando todo mi peso contra él. Cae con fuerza, como si yo fuera un martillo insertando un clavo en el suelo. Intenta levantarse, pero se lo impido con la

bota. Se queda allí tumbado, resollando. Yo estoy mareado y jadeante. Mi cuerpo me odia por lo que le estoy haciendo.

—¿Has acabado? —le pregunto.

Asiente. Aparto la bota y le tiendo una mano para ayudarlo. Él se da la vuelta para ponerse boca arriba y la acepta. Y a continuación me pega una patada con el tacón de la bota izquierda en plena entrepierna. Me caigo al suelo a su lado mientras trato de contener el vómito. Las arcadas me suben desde la parte baja de la espalda hacia las pelotas y luego al estómago. A mi lado, Sevro jadea como un perro. Al principio pienso que se está riendo, pero cuando levanto la mirada me asombra verle los ojos húmedos. Está tumbado de espaldas. Los incontenibles sollozos hacen que le tiemblen las costillas. Se da la vuelta, trata de esconderse de mí para evitar que las lágrimas broten libremente, pero solo consigue empeorarlo.

—Sevro…

Me siento. Verlo así me destroza. No lo abrazo, pero le pongo una mano sobre la cabeza. Y él me sorprende no apartándose, sino ovillándose para apoyar la cabeza sobre mi regazo. Le pongo la otra mano en el hombro. Al cabo de un rato los sollozos se calman y Sevro se suena la nariz. Pero no se mueve. Es como un instante después de una tormenta eléctrica. El aire cinético y vibrante. Varios minutos más tarde, se aclara la garganta y se incorpora para quedar sentado con las piernas cruzadas debajo de él en mitad del pasillo. Tiene los ojos hinchados, la mirada abochornada. Juguetea con sus manos, y los tatuajes y la cresta hacen que tenga el aspecto de algo sacado de un demente libro infantil.

—Si le cuentas a alguien que he llorado, cogeré un pez muerto, lo meteré en un calcetín, lo esconderé en tu habitación y dejaré que se pudra.

—Me parece bien.

El detonador está tirado en el suelo a su lado. Lo bastante cerca para que ambos podamos alcanzarlo. Ninguno de los dos lo intenta.

—Odio esto —dice en voz baja—. A la gente así. —Levanta la mirada hacia mí—. No quiero que Quicksilver sea de los Hijos. No quiero ser como él.

—No lo eres.

Sevro no se lo cree.

—En el Instituto, me levantaba por las mañanas y creía que todavía estaba soñando. Luego notaba el frío. Y poco a poco empezaba a recordar dónde estaba, y que tenía tierra y sangre bajo las uñas. Y lo único que quería era volver a dormirme. Estar calentito. Pero sabía que tenía que levantarme y enfrentarme a un mundo al que le importaba una mierda. —Hace una mueca —. Así es como vuelvo a sentirme ahora todas las mañanas. Estoy constantemente asustado. No quiero perder a nadie. No quiero decepcionarlos.

—No lo has hecho —le digo—. Si alguien te ha decepcionado, he sido yo. —Intenta interrumpirme—. Tenías razón. Los dos lo sabemos. Es culpa mía que tu padre esté muerto. Todo lo que sucedió aquella noche es culpa mía.

—Aun así, he sido un capullo al decírtelo. —Da un golpe con los nudillos en el suelo—. No paro de decir gilipolleces.

—Me alegro de que me lo hayas dicho.

—¿Por qué?

—Porque los dos nos hemos olvidado de que no llegamos solos hasta aquí. Tú y yo deberíamos ser capaces de decirnos cualquier cosa. Así es como funciona. Como funcionamos nosotros. No andamos con pies de plomo. Hablamos las cosas. Aunque nos digamos mierdas difíciles de escuchar.

Veo lo solo que se siente. Cuánto peso ha soportado. Se siente como yo cuando Casio me apuñaló y me dio por muerto en el Instituto. Tiene que compartir la carga. Ya no sé de qué manera decírselo. Su tozudez, su intransigencia, parecen una locura desde el exterior, pero por dentro se siente exactamente igual que yo cuando Roque me cuestionó. O cuando me preocupaba por algo.

—¿Sabes por qué te ayudé en el Instituto cuando Casio y tú estabais a punto de ahogaros en aquel lago? —me pregunta—. Fue por cómo te miraban. No pensaba que fueras precisamente un buen primus. Eras tan inteligente como un saco de pedos mojados. Pero los veía a ellos. A Guijarro. A Payaso. A Quinn… A Roque. —Casi se traba al pronunciar el último nombre—. Os observaba a la luz de vuestras hogueras en los barrancos cuando Tito estaba en el castillo. Te vi enseñar a Lea a degollar una cabra a

pesar de que le daba miedo hacerlo. Yo también quería formar parte de eso. Unirme.

—¿Por qué no lo hiciste?

Se encoge de hombros.

—Me daba miedo que no me quisierais.

—Ahora es a ti a quien miran de esa forma —le digo—. ¿No lo ves?

Suelta un bufido.

—No, no es así. Durante todo este tiempo he intentado ser tú. O ser mi padre. No ha funcionado. Me daba cuenta de que todo el mundo deseaba que el Chacal me hubiera capturado a mí. Y no a ti.

—Sabes que eso no es verdad.

—Sí lo es —asegura con firmeza al tiempo que se echa hacia delante—. Tú eres mejor que yo. Te vi. Te vi cuando te asomaste a Tinos por primera vez. Vi tus ojos. El amor que transmitían. La necesidad de proteger a esa gente. Yo también intenté sentirla. Pero cada vez que bajaba la mirada hacia los refugiados, no sentía más que odio por ellos. Por ser débiles. Por hacerse daño los unos a los otros. Por ser estúpidos y no saber lo que hemos tenido que pasar para ayudarlos. —Traga saliva con dificultad y se quita las cutículas de los dedos regordetes—. Sé que es asqueroso, pero es lo que siento.

Qué vulnerable parece aquí, en este pasillo. La pelea nos ha arrebatado la rabia. No está buscando un sermón. El liderazgo lo ha desgastado, lo ha alienado incluso de sus Aulladores. Ahora mismo intenta sentir que no es como Quicksilver o el Chacal, o como cualquiera de los dorados contra los que luchamos. Ha asumido erróneamente que yo soy mejor que él. Y parte de eso es culpa mía.

—Yo también los odio —confieso.

Niega con la cabeza.

—No…

—Sí. Al menos odio que me recuerden lo que era, o lo que podría haber sido. Mierda, no era más que un idiota. Me habrías odiado. Vivía de rodillas, pero me sentía cómodo, era arrogante y egoísta. Me gustaba estar ciego a todo lo demás porque estaba enamorado. Y por alguna razón creía que morir por amor era lo más valiente de todos los mundos. Incluso convertí a Eo en

mi cabeza en algo que no era. La idealicé a ella y la vida que compartíamos… probablemente porque vi a mi padre morir por una cauda. Y vi todo lo que él dejó atrás, así que yo intentaba aferrarme a la vida que él abandonó.

Trazo las líneas de mis manos.

—Pensar que empecé a hacer todo esto por ella me hace sentir pequeño. Eo lo era todo para mí, pero yo no era más que un fragmento de su vida. Mientras estuve en poder del Chacal, no podía pensar en otra cosa. Que yo no le bastaba. Que nuestro hijo no le bastaba. Parte de mí la odia por eso. Ella no sabía que pasaría todo esto, ni siquiera era consciente de que se habían terraformado los mundos. Tan solo podía saber que estaba defendiendo una causa para el par de miles de personas de Lico. ¿Y merecía la pena morir por ello? ¿Merecía la pena asesinar a una criatura por ello?

Señalo hacia el otro extremo del pasillo.

—Ahora toda esta gente piensa que era divina o algo así. Una mártir perfecta. Pero no era más que una niña. Y era valiente, pero también estúpida y egoísta, y abnegada y romántica; pero murió antes de poder ser algo más. Piensa en todo lo que podría haber hecho con su vida. Tal vez podríamos haber hecho esto juntos. —Río con amargura y apoyo la cabeza contra la pared—. Creo que la parte más asquerosa de crecer es que ahora somos lo bastante listos para ver las grietas de todo.

—Tenemos veintitrés años, tonto del culo.

—Pues yo me siento como si tuviera ochenta.

—Los aparentas. —Le hago un gesto obsceno con el dedo que le arranca una sonrisa—. ¿Crees…? —Casi no termina el pensamiento—. ¿Crees que te está observando? ¿Desde el valle? ¿Y tu padre?

Estoy a punto de decir que no cuando capto la intensidad de su mirada. No pregunta tanto por mi familia como por la suya, tal vez incluso por Quinn, a quien siempre amó, aunque nunca tuvo el valor de decírselo. Con toda esta brutalidad es difícil recordar lo vulnerable que es. Está perdido. Aislado tanto de los rojos como de los dorados. Sin hogar. Sin familia. Sin una perspectiva del mundo tras la guerra. En este momento le diría cualquier cosa para hacerle sentir querido.

—Sí. Creo que me está viendo —sigo con mayor confianza de la que siento—. Y mi padre. Y también el tuyo.

—O sea que en el valle hay cerveza.

—No seas blasfemo —le reprendo dándole una patada en el pie—. Solo whisky. Arroyos de whisky hasta donde alcanza la vista.

Su carcajada cicatriza otra parte más de mis heridas. Poco a poco, siento que mis amigos vuelven a mí. O quizá sea yo el que regresa a ellos. Supongo que en realidad es lo mismo. Siempre le decía a Victra que permitiera que la gente se acercase a ella. Yo nunca pude aplicarme mi propio consejo porque sabía que un día tendría que traicionarlos, que nuestra amistad estaba cimentada en una mentira. Ahora estoy con gente que sabe quién soy, y tengo miedo de permitirles que se acerquen porque me asusta perderlos, decepcionarlos. Pero el vínculo que compartimos Sevro y yo es lo que nos hace más fuertes de lo que lo éramos antes. Es lo único que nosotros tenemos y el Chacal no.

—¿Sabes qué pasará después de esto? —le pregunto—. ¿Si matamos a Octavia, al Chacal? ¿Si de alguna manera conseguimos ganar?

—No —contesta él.

—Eso es un problema importante. No tenemos la respuesta. No fingiré tenerla. Pero no permitiré que Augusto se salga con la suya. No traeré el caos a este mundo sin tener al menos un plan mejor. Y para eso necesitamos aliados como Quicksilver. Tenemos que dejar de actuar como terroristas. Y necesitamos un ejército de verdad.

Sevro vuelve a coger el detonador y lo parte en dos.

—¿Cuáles son tus órdenes, Segador?

23

LA MAREA

Sevro y yo irrumpimos de nuevo en la sala de mando donde los Aulladores lo han recogido todo y están preparados para marcharse de la estación. Rollo y una docena de los suyos nos miran con nerviosismo desde su lado de la habitación. Saben que estamos a punto de abandonarlos. Quicksilver entra detrás de mí; ha dejado sus ataduras atrás, en su celda. Ha aceptado nuestro plan con unos cuantos ajustes.

—Vaya, fijaos en esto… —dice Victra señalando nuestros moratones y nudillos ensangrentados—. Por fin habéis hablado los dos. —Mira a Ragnar —. ¿Lo ves?

—Ya hemos arreglado nuestras mierdas —asegura Sevro.

—**¿Y el hombre rico?** —pregunta el obsidiano con curiosidad—. **No lleva esposas**.

—Eso es porque es de los Hijos de Ares, Rag —dice Sevro—. ¿No lo sabías?

—¿Que Quicksilver es un Hijo? —Victra estalla en carcajadas—. Y yo soy sondeainfiernos a escondidas. —Nos mira alternativamente a uno y a otro —. Esperad…, lo decís en serio. ¿Tenéis pruebas?

—Siento lo de tu madre, Victra —dice Quicksilver con la voz ronca—. Pero es un verdadero placer verte caminar de nuevo. Llevo con los Hijos más de veinte años. Tengo cientos de horas de conversaciones con Fitchner para demostrarlo.

—Es de los Hijos —repite Sevro—. ¿Pasamos a otra cosa?

—Vaya, que me parta un rayo. —Victra niega con la cabeza—. Mi madre tenía razón respecto a ti. Siempre decía que tenías secretos. Creía que se refería a algo sexual. Que te gustaban los caballos o algo así.

Sevro cambia de postura, incómodo.

—Entonces ¿nos encontrarás una forma de salir de esta roca, hombre rico? —le pregunta Holiday a Quicksilver.

—No exactamente —responde él—. Darrow…

—No nos marchamos —anuncio.

Rollo y sus hombres se revuelven en la esquina; los Aulladores intercambian miradas confundidas.

—Puede que quieras explicarnos de una vez qué está pasando —dice Muecas con un tono de voz arisco—. Empecemos por quién está al mando. ¿Eres tú?

—Aullador Primero —dice Sevro dándome un puñetazo en el hombro.

—Aullador Segundo —digo yo golpeándole el suyo.

—¿Todo bien? —pregunta Sevro, y los Aulladores asienten para mostrar su acuerdo.

—Primer punto del orden del día, cambio de política —digo—. ¿Quién tiene unos alicates?

Miro a mi alrededor hasta que Holiday saca los suyos de su kit de explosivos y me los lanza. Abro la boca y acerco los alicates al último molar derecho, donde me implantaron la píldora del suicidio de aclis-9. Con un gruñido, me la arranco y dejo la muela sobre la mesa.

—Ya me han capturado antes. No volverán a apresarme. Así que esto no me vale de nada. No tengo ninguna intención de morir, pero si muero, lo haré con mis amigos. No en una celda. Ni en un podio. Sino con vosotros.

Le paso los alicates a Sevro. Se saca la muela y escupe la sangre sobre la mesa.

—Yo muero con mis amigos.

Ragnar no espera a que le lleguen los alicates. Se saca el último molar con sus propias manos y adopta una expresión de regocijo cuando deposita esa cosa inmensa y ensangrentada sobre la mesa.

—**Yo muero con mis amigos**.

Uno a uno, se pasan los alicates, sacándose las muelas y lanzándolas sobre la mesa. Quicksilver no nos quita ojo, nos mira como si fuéramos una pandilla de vándalos locos y sin duda se pregunta en qué demonios se ha metido. Pero necesito que mis hombres se liberen de la pesada carga que llevan sobre los hombros. Con ese veneno incrustado en el cráneo, sentían que sus sentencias de muerte ya se habían leído y se limitaban a esperar a que el verdugo los llamara. A la mierda con eso. La muerte tendrá que ganarse su botín. Quiero que crean en esto. Los unos en los otros. En la idea de que tal vez podamos realmente ganar y sobrevivir.

Por primera vez, yo lo creo.

Después de detallarles las instrucciones a mis hombres y de que estos se marchen a ejecutar las órdenes, vuelvo con Sevro a la sala de control de los Hijos de Ares y les pido que preparen una conexión directa no rastreable.

—Con la Ciudadela de Agea, por favor. —Los Hijos de Ares se vuelven hacia mí para ver si me han entendido mal—. Rapidito, amigos, que no tenemos todo el día.

Me planto ante la holocámara con Sevro.

—¿Crees que ya saben que estamos aquí? —me pregunta.

—Todavía no, seguramente —contesto.

—¿Crees que se va a mear en los pantalones?

—Eso espero. Recuerda: nada de que Mustang y Casio han estado aquí. Ese as nos lo guardamos en la manga.

La holoconexión directa se restablece y la cara de una joven administradora cobre descolorida nos devuelve una mirada adormilada.

—Centro de Comunicaciones General de la Ciudadela —dice con un tono de voz monótono—. ¿A quién quiere que derive…?

De pronto parpadea al mirar nuestra imagen en el dispositivo. Se frota el sueño de los ojos. Y pierde toda capacidad de habla.

—Me gustaría hablar con el archigobernador —contesto.

—Y… ¿podría decirle… quién lo llama?

—El maldito Segador de Marte —ladra Sevro.

—Un momento, por favor.

La pirámide de la Sociedad reemplaza el rostro de la cobre. Un terriblemente predecible Vivaldi suena mientras esperamos. Sevro tamborilea con los dedos en su muslo y tararea su cancioncilla en un murmullo.

—«Si como un tambor son tus latidos y en los pantalones te meas, es porque el Segador ha venido a que saldes tus deudas».

Varios minutos más tarde, la cara pálida del Chacal aparece ante nosotros. Lleva una chaqueta de cuello alto blanco y el pelo peinado con raya a un lado. No nos mira con malicia. Si acaso, parece que la situación le divierte mientras continúa con su desayuno.

—El Segador y Ares —dice arrastrando las palabras y burlándose de su propia cortesía. Se limpia la boca con una servilleta—. La última vez os marchasteis tan rápido que no tuve tiempo de despedirme. Debo decir que tienes un aspecto absolutamente radiante, Darrow. ¿Está Victra con vosotros?

—Adrio —digo con un tono de voz neutro—. Como no me cabe duda de que sabes, se ha producido una explosión en Industrias Sol y tu socio en la sombra, Quicksilver, ha desaparecido. Sé que la jurisdicción es muy complicada y que las pruebas tardarán horas en analizarse, tal vez días. Así que quería llamarte y aclararte la situación. Nosotros, los Hijos de Ares, hemos secuestrado a Quicksilver.

Deja la cuchara para beber un sorbo de su taza de café blanca.

—Entiendo. ¿Con qué fin?

—Lo mantendremos como rehén hasta que liberes a todos los presos políticos ilegalmente retenidos en tus cárceles y a todos los colores inferiores concentrados en campos de internamiento. Además, debes asumir la responsabilidad por el asesinato de tu padre. Públicamente.

—¿Eso es todo? —pregunta el Chacal sin dejar entrever ni un atisbo de emoción, aunque sé que se pregunta cómo hemos descubierto que Quicksilver era su aliado.

—También tienes que besarme el culo lleno de granos —añade Sevro.

—Encantador. —El Chacal mira hacia alguien fuera de la pantalla—. Mis agentes me comentan que se ha decretado una moratoria para todos los vuelos diez minutos después del ataque contra Industrias Sol y que la embarcación que escapó de la escena ha desaparecido en el Hueco. ¿Debo asumir que estáis todavía en Fobos?

Guardo silencio como si me hubiera pillado con la guardia baja.

—Si no cumples las condiciones, la vida de Quicksilver está perdida.

—Lamentablemente, yo no negocio con terroristas. Sobre todo, con unos que podrían estar grabando esta conversación para emitirla para obtener ventaja política. —El Chacal le da otro sorbo al café—. Ya he escuchado tu propuesta, ahora escucha tú la mía. Corre. Ya. Ahora que aún puedes. Pero que sepas que, allá donde vayas, allá donde te escondas, no podrás proteger a tus amigos. Voy a matarlos a todos y a volver a encerrarte en la oscuridad con sus cabezas cortadas como única compañía. No tienes escapatoria, Darrow. Te lo prometo.

Corta la conexión.

—¿Crees que enviará a los Montahuesos antes que a las legiones? —pregunta Sevro.

—Eso espero. Hora de ponerse en marcha.

El Hueco es una ciudad de jaulas. Fila tras fila. Columna tras columna de casas de metal oxidado unidas unas a otras en la ausencia de gravedad hasta donde alcanza la vista, aquí, en el corazón de Fobos. Cada jaula es una vida en miniatura. La ropa flota bajo las pinzas. Pequeñas parrillas portátiles chisporrotean con los alimentos de un centenar de regiones distintas de Marte. Imágenes de papel cuelgan de las paredes de hierro de las cajas sujetas por trozos de celofán, y representan lagos lejanos, montañas y familias reunidas. Aquí todo es opaco y gris. El metal de las jaulas. La ropa flácida. Incluso los rostros cansados y exangües de los naranjas y los rojos atrapados aquí, a miles de kilómetros de sus hogares. Las únicas chispas de color brotan de los terminales de datos y los holovisores que resplandecen por la ciudad como fragmentos de sueños esparcidos sobre trozos de metal retorcidos. Los hombres y las mujeres se sientan, penitentes, frente a sus diminutos dispositivos, viendo sus pequeños programas, olvidándose de dónde están en favor de dónde desearían estar. Muchos han puesto papeles o sábanas sobre las paredes para tener cierta apariencia de privacidad frente a sus vecinos. Pero de lo que no puedes escapar es del olor y del ruido. Del incesante estruendo gutural de las puertas de las jaulas que se cierran. De las cerraduras

que chasquean. De los hombres que ríen y tosen. De los generadores que zumban. De las holopantallas públicas que ladran y aúllan el lenguaje perruno de la distracción. Todo removido y hervido junto para cocinar una sopa espesa de ruido y luz imprecisa aquí abajo.

Rollo vivió hace tiempo en el extremo sur negativo de la ciudad. Ahora es terreno del sindicato. Hace más de dos meses que expulsaron a los Hijos. Vuelo siguiendo las cuerdas de plástico que serpentean entre los cañones de jaulas, dejando atrás a estibadores y trabajadores de las torres que regresan trepando a sus pequeños hogares de metal. Vuelven las cabezas hacia el sonido gutural y vibrante de mis nuevas gravibotas. Es un ruido extraño para ellos, puesto que solo lo han oído en los holovídeos o experiencias de realidad virtual que los verdes del inframundo venden por cincuenta créditos el minuto. La mayoría de ellos nunca habrán visto a un Marcado como Único en carne y hueso. Y mucho menos uno ataviado con la armadura completa. Soy un espectáculo aterrador.

Hace siete horas que mis tenientes y yo nos apiñamos en la sala de mando de los Hijos de Ares y que les conté, a ellos y a Dancer, que está en Tinos, cuál era mi plan. Hace seis horas que me enteré de que Kavax ha escapado de nuestra celda de detención porque alguien lo ha dejado salir. Hace cinco horas que Victra devolvió a Quicksilver y a Matteo a su torre, donde el plata ha pasado el resto de la noche activando sus propias células y contactos en las Colmenas azules, preparándose para este momento. Hace cuatro horas que Quicksilver reunió a sus equipos de seguridad con los Hijos de Ares y les dio acceso a sus armerías y sus depósitos de armas, y que recibimos la noticia de que dos destructores de Augusto llegaban desde los muelles orbitales. Hace tres horas que Ragnar y Rollo se llevaron a mil Hijos de Ares a los hangares de la basura del nivel 43C para poner sus esquifes a punto. Hace dos horas que uno de los yates privados de Quicksilver está listo para zarpar. Hace una hora que los destructores de la Sociedad desplegaron cuatro transportes de tropa en el muelle del Puerto Espacial Interplanetario de Skyresh, que se secó la nueva capa de pintura rojo sangre de mi armadura y que me la puse para marchar a la guerra.

Todo está a punto.

Ahora tallo una estela de silencio en el corazón del Hueco. Llevo el filo

de color blanco hueso en el brazo. Sevro vuela a mi lado, luciendo con orgullo el casco de llamas afiladas de Ares. Es lo único que trajo consigo, Quicksilver le ha prestado el resto de su armadura. Es tecnología de último modelo. Incluso mejor que los trajes que llevábamos al servicio de Augusto. Holiday nos sigue de cerca, junto con un centenar de Hijos de Ares.

Los Hijos están incómodos con sus gravibotas. Algunos de ellos llevan filos. Otros puños de pulsos. Pero, siguiendo mis órdenes, ninguno de ellos lleva yelmo durante el vuelo. Quería que estos colores inferiores del Hueco fueran testigos de nuestra traición para que se sintieran envalentonados por los rojos, naranjas y obsidianos que lucen la armadura de los señores.

Los rostros son un borrón. Hay unos cien mil que miran en todas direcciones desde las casas. Pálidos y confusos, la mayoría de ellos de menos de cuarenta años. Rojos y naranjas atraídos hasta aquí por falsas promesas, igual que Rollo, con familias en Marte, igual que Rollo. En estos cañones de jaulas faltan los pequeños síntomas de una vida normal. No hay niños. No hay mascotas.

Los vecinos me señalan. Leo mi nombre en sus labios. En algún lugar, los centinelas del sindicato estarán llamando a sus superiores, transmitiéndoles la noticia de que el Segador está vivo y en Fobos a la policía o al aparato antiterrorista de la Seguridad. El Chacal vendrá con sus Montahuesos y sus legiones. Y en algún otro sitio, cerca o lejos, Aja se enterará de dónde se encuentra el asesino de su hermana.

Provoco a las bestias. Del mismo modo que he provocado al Chacal.

Cuando desciendo hasta el núcleo central de la ciudad, rezo una plegaria silenciosa pidiéndole a Eo que me dé fuerzas. Allí, como una especie de palpitante ídolo electrónico rodeado por alambre de espino, un dispositivo holográfico de cien metros de largo y cincuenta de ancho emite la programación cómica de la Sociedad. Baña el círculo de jaulas que lo rodea en una enfermiza luz de neón. Los altavoces ríen cuando les toca. Una luz azul juguetea sobre mi armadura. Los pestillos tintinean cuando los descorren y las puertas de las jaulas se abren para que sus inquilinos puedan sentarse en el borde y dejar las piernas colgando en el vacío mientras me miran sin tener que hacerlo a través de los barrotes de la jaula.

Los verdes de Quicksilver enfocan las cámaras de sus cascos hacia mí.

Los Hijos se colocan en formación a mi alrededor, mi guardia de honor, y miran con ojos ardientes a los colores inferiores. Sus cabelleras rojas flotan en el aire como un centenar de antorchas furiosas. Holiday y Ares me flanquean, uno a cada lado. Flotando a doscientos metros de altura. Rodeados de jaulas. La ciudad está sumida en el silencio, salvo por las carcajadas enlatadas de la comedia. Restallan en los altavoces, nauseabundas y extrañas. Les hago un gesto con la cabeza a los verdes de Quicksilver e interrumpen el ruido. Desde la torre del magnate, los equipos de piratas informáticos que ha reunido se hacen con el control de todas y cada una de las emisiones de esta luna y envían órdenes a centros de datos de la Tierra, la Luna, el cinturón de asteroides, Mercurio y las lunas de Júpiter, de manera que mi mensaje arderá a lo largo y ancho de la negrura del espacio, conquistando la red de datos que une a la humanidad. Quicksilver nos está demostrando su lealtad con esta emisión, utilizando una red que ayudó al Chacal a construir. Esto no es como la muerte de Eo. Un vídeo viral que has tenido que rebuscar en los rincones oscuros de la holored. Esto es un rugido imponente por toda la Sociedad, que aparecerá en diez mil millones de holos ante dieciocho mil millones de personas.

Nos dan estas pantallas para que sirvan de cadenas. Hoy, las convertimos en martillos.

Karnus au Belona tenía sus fallos. Pero no se equivocaba cuando decía que lo único que tenemos en esta vida es nuestro grito al viento. Él gritaba su propio nombre, y yo aprendí que aquello era un disparate. Pero antes de empezar la guerra que me pasará factura de un modo u otro, lanzaré mi grito. Y será algo mucho más grande que mi propio nombre. Mucho más grande que un rugido de orgullo familiar. Es el sueño que he guiado y con el que he cargado desde que tenía dieciséis años.

Eo aparece debajo de mí en el holograma, sustituyendo a la comedia.

Un gigante espectral de la chica que conocí. Su rostro es sereno y pálido, y más furioso que en mis sueños. Su pelo, sin brillo y fosco. Su ropa, gris y andrajosa. Pero el fuego de sus ojos destaca en el entorno gris, brillantes como la sangre de su espalda destrozada cuando levanta la vista desde la tribuna de los latigazos. Su boca apenas parece abierta. No es más que una rendija plateada entre sus labios, pero su canción brota de ella como una

hemorragia, con una voz débil y frágil como un sueño de primavera.

Hijo mío, hijo mío,
recuerda las cadenas.
Cuando los dorados gobernaban con riendas de hierro
rugíamos y rugíamos
y nos retorcíamos y gritábamos
por un nosotros, un valle
de mejores sueños.

Retumba por la ciudad de metal con más fuerza de la que tuvo en aquella remota y perdida ciudad de piedra. Su luz titila sobre las caras pálidas que la miran desde sus jaulas. Estos naranjas y rojos que no la conocieron en vida, pero que la escuchan tras su muerte. Guardan silencio, entristecidos, mientras la conducen al patíbulo. Oigo mis gritos vanos. Me veo aplastado bajo manos grises. Siento que vuelvo a estar allí. La tierra apelmazada bajo mis rodillas cuando el mundo se cae a mi alrededor. Augusto habla con Plinio y Leto mientras el cáñamo desgastado se enreda en torno al cuello de Eo. Los rostros de las jaulas irradian odio. Al igual que entonces, no soy capaz de detener la muerte de Eo en estos momentos. Es como siempre ha sido. Mi esposa cae. Me estremezco al oír el susurro de su ropa. El crujido de la cuerda. Y bajo la mirada hacia el holograma para obligarme a ver al chico que era cuando se tambalea hacia Eo para rodearle las piernas que patalean con unas manos llenas de emblemas rojos. Lo veo besarle el tobillo y tirar de sus pies con sus escasas fuerzas. El hemanto de Eo cae y yo hablo.

—Yo habría vivido en paz. Pero mis enemigos me trajeron la guerra. Me llamo Darrow de Lico. Ya conocéis mi historia. No es más que un eco de la vuestra. Vinieron a mi casa y mataron a mi esposa no por cantar una canción, sino por atreverse a cuestionar su dominio. Por atreverse a tener voz. Durante siglos, millones de personas que viven bajo el suelo de Marte se han alimentado de mentiras desde la cuna hasta la tumba. Esa mentira les ha sido revelada. Ahora han entrado en el mundo que conocéis, y sufren como lo hacéis vosotros.

»El hombre nació libre, pero desde las orillas del océano hasta las ciudades de los cráteres de Mercurio, desde los páramos de hielo de Plutón

hasta lo más hondo de las minas de Marte, está encadenado. Con cadenas hechas de obligación, hambre, miedo. Cadenas clavadas a nuestros cuellos por una raza que nosotros levantamos. Una raza a la que nosotros le otorgamos el poder. No para gobernar, no para reinar, sino para sacarnos de un mundo roto por la guerra y la avaricia. Y, en lugar de eso, nos han guiado hacia la oscuridad. Han utilizado los sistemas del orden y la prosperidad en su propio beneficio. Dan por hecha vuestra obediencia, ignoran vuestro sacrificio y acaparan la riqueza que crean vuestras manos. Para aferrarse a su dominio, prohíben nuestros sueños. Aseguran que el valor de una persona depende únicamente del color de sus ojos, de sus emblemas.

Me quito los guantes y aprieto el puño derecho en el aire como hizo Eo antes de morir. Pero al contrario que las de Eo, mis manos no lucen emblemas. Mickey me los quitó cuando me talló en Tinos. Soy la primera alma en cientos de años que se ha librado de ellos. El silencio del Hueco da paso a una sorpresa murmurada.

—Pero ahora me presento ante vosotros como un hombre sin ataduras. Me presento ante vosotros, hermanos y hermanas, para pediros que os suméis a mí. Para que os lancéis contra las máquinas de la industria. Para que os unáis tras los Hijos de Ares. Para que recuperéis vuestras ciudades, vuestra prosperidad. Para que os atreváis a soñar con mundos mejores que este. La esclavitud no es paz. La libertad es paz. Y hasta que la consigamos, es nuestro deber hacer la guerra. Esto no conlleva una licencia para el salvajismo o el genocidio. Si un hombre viola, lo matáis en el acto. Si un hombre asesina civiles, superiores o inferiores, lo matáis en el acto. Esto es la guerra, pero vosotros estáis en el bando de los buenos y eso comporta una pesada carga. No nos rebelamos por odio, ni por venganza, sino por justicia. Por vuestros hijos. Por su futuro.

»Me dirijo ahora a los dorados, a los áureos que gobiernan. He recorrido vuestros pasillos, destrozado vuestras escuelas, comido a vuestras mesas y sufrido vuestros patíbulos. Intentasteis matarme. No lo lograsteis. Conozco vuestro poder. Conozco vuestro orgullo. Y he visto cómo caeréis. Durante setecientos años, habéis gobernado el reino del hombre, y esto es lo único que nos habéis dado. No es suficiente.

»Hoy, anuncio que vuestro imperio llega a su fin. Vuestras ciudades no

son vuestras ciudades. Vuestros barcos no son vuestros barcos. Vuestros planetas no son vuestros planetas. Los construimos nosotros. Y nos pertenecen, son el fondo común del hombre. Ahora vamos a recuperarlos. No importa la oscuridad que propaguéis, da igual que convoquéis la presencia de la noche, bramaremos contra ella. Aullaremos y lucharemos hasta nuestro último aliento, y no solo en las minas de Marte, sino en las orillas de Venus, en las dunas de los mares de azufre de Ío, en los valles glaciales de Plutón. Lucharemos en las torres de Ganímedes, en los guetos de la Luna y en los océanos tormentosos de Europa. Y si caemos, otros ocuparán nuestro lugar, porque somos una marea. Y estamos creciendo.

Entonces Sevro se golpea el pecho con el puño. Una vez, dos, rítmicamente. Los cien Hijos de Ares lo imitan. Los Aulladores también.

Tras las mallas de metal de las jaulas, los hombres y las mujeres hacen chocar sus puños contra las paredes hasta que suena como un latido que se alza desde las entrañas de esta luna vampírica; asciende por las Colmenas de los azules, que están sentados tomando café y estudiando matemáticas gravitacionales bajo las cálidas luces de sus comunas intelectuales; por los barracones de los grises en todos los distritos; entre los platas tras sus mesas de operaciones; entre los dorados en sus mundos de mansiones y yates.

Atraviesa la tinta negra que separa nuestras pequeñas burbujas de vida antes de lanzarse en picado hacia los pasillos de los solitarios dominios del Chacal en Ática, donde este ocupa su trono invernal rodeado por un mar de cabezas agachadas. Allí, nuestros golpes resuenan en sus oídos. Allí escucha el corazón de mi esposa, que sigue latiendo. Y no puede detenerlo cuando continúa hundiéndose cada vez más en las minas de Marte, retransmitiéndose por las pantallas mientras los rojos golpean sus mesas, los magistrados cobres los contemplan con un miedo creciente y los mineros los miran con odio a través del durocristal que los mantiene prisioneros.

Su corazón late como un motín a través de los atestados paseos marítimos de los archipiélagos de Venus mientras los barcos de vela flotan orgullosamente en el puerto, y las bolsas de las tiendas de moda cuelgan de manos asustadas, y los dorados miran a sus conductores, sus jardineros, los hombres que hacen funcionar sus ciudades. Palpita sobre las casas de techo de hojalata de los latifundios de trigo y soja que cubren las Grandes Llanuras

de la Tierra, donde los rojos utilizan máquinas para trabajar hasta la extenuación bajo el inmenso sol y alimentar así las bocas de personas a las que nunca conocerán en lugares a los que nunca irán. Late incluso a lo largo de la columna vertebral del imperio, retumba a través de los chapiteles de la ciudad de Luna, pasa junto al elevado refugio de cristal de la soberana para seguir adelante y sacudir los serpenteantes cables eléctricos y cuerdas de tender la ropa hasta la Ciudad Perdida, donde una chica rosa desayuna tras una larga noche de trabajo desagradecido. Donde un cocinero marrón se aparta de sus fogones para escuchar mientras la grasa le salpica el delantal y un gris mira desde la ventana de su esquife de patrulla a una chica violeta que hace pedazos la puerta principal de una oficina de correos y su terminal de datos le reclama que vuelva a la comisaría para iniciar los protocolos antidisturbios de emergencia.

Y late en mi interior esta terrible esperanza cuando tomo conciencia de que el fin ha comenzado y al fin estoy despierto.

—Rompe las cadenas —rujo.

Y mi pueblo me devuelve el bramido.

—Ragnar —digo por el intercomunicador—. Abajo.

Los verdes cambian a una emisión distinta mientras los puños golpean y las jaulas se agitan. Y vemos una imagen lejana del chapitel del ejército de la Sociedad en Fobos. Un edificio gigantesco con muelles y atrios para armas. Eficiente y feo como un cangrejo. Desde él, el Chacal mantiene su presa sobre la luna. Allí, los grises y los obsidianos estarán poniéndose las armaduras bajo luces pálidas, corriendo por los pasillos de metal en formación, cargando los cinturones de municiones y besando fotografías de sus seres queridos para poder bajar al Hueco y hacer que este corazón deje de latir. Pero jamás llegarán hasta aquí.

Porque mientras los puños golpean cada vez con más fuerza en las jaulas, las luces de ese edificio militar se apagan. Rollo y sus hombres han cortado la electricidad gracias a las tarjetas de acceso que Quicksilver les ha proporcionado.

Podríamos haber bombardeado el chapitel, pero yo quería una victoria de la osadía, del logro, no destrucción. Necesitamos héroes. No otra ciudad de cenizas.

Y así, un pequeño escuadrón de una docena de esquifes de mantenimiento aparece ante nuestros ojos. Naves gordas y feas diseñadas para trasladar a los rojos y naranjas como Rollo a sus puestos de trabajo en la construcción de las torres. Peces raya hoscos y cubiertos de percebes. Pero en realidad no son percebes lo que llevan pegado. Otra cámara muestra un ángulo más cercano y vemos que cada uno de los esquifes está envuelto en cientos de hombres. Rojos y naranjas con burdos trajes espaciales, casi la mitad de los Hijos de Ares de Fobos. Con las botas sobre la cubierta, arneses sujetos a hebillas exteriores en las naves. Cargan a la espalda sus equipos de soldadura y llevan las armas de Quicksilver adheridas a las piernas con cinta magnética.

Entre ellos, más de medio metro más alto que los demás, está su general, Ragnar Volarus, con una armadura recién pintada de blanco hueso y una falce roja en el pecho y otra en la espalda.

Cuando los esquifes se acercan al chapitel militar de la Sociedad, se dividen a lo largo de la altura del edificio. Los Hijos disparan arpones magnéticos para anclar los esquifes al acero. Y luego se deslizan con una calma ensayada por las cuerdas, volando a velocidades inverosímiles mientras los pequeños motores de sus hebillas los impulsan uno a uno hacia el edificio. Es como ver a los rojos en las minas. Su elegancia y destreza a pesar de los aparatosos trajes espaciales deslumbra.

Más de mil soldadores se cuelan en el enorme edificio como hicimos nosotros en la torre de Quicksilver, pero ellos no pretenden ser sigilosos y se les da mejor que a nosotros moverse en ausencia de gravedad. Las botas magnéticas se aferran a las vigas de metal y los hombres se distribuyen por el edificio, fundiéndose a través de los ventanales y entrando con gran prejuicio. Docenas de ellos quedan hechos pedazos cuando los grises del interior disparan sus cañones de riel a través de los cristales, pero los Hijos también abren fuego y entran en tropel. Una patrulla de alas rápidas planea alrededor del exterior del edificio y derriba dos de los esquifes con cañones de cadena. Sus ocupantes se transforman en una neblina.

Un hijo lanza un misil contra el alas rápidas. El fuego estalla y se desvanece y el barco se parte en dos entre llamas púrpuras.

La cámara sigue a Ragnar mientras irrumpe por una ventana, entra en un pasillo y se abalanza a toda velocidad contra un trío de caballeros dorados.

Reconozco en uno de ellos al primo de Príamo, el hombre al que Sevro mató en el Paso y cuya madre es dueña de las escrituras de Fobos. Ragnar supera al joven caballero sin siquiera detenerse. Hace oscilar sus filos como si fueran tijeras y entona el grito de guerra de su gente, seguido por un grupo de soldadores y trabajadores armados hasta los dientes. Le dije que quería el chapitel. No le dije cómo tomarlo. Se marchó acompañado de Rollo con un brazo por encima de los hombros del rojo.

Ahora los mundos ven a un esclavo convertirse en héroe.

—Esta luna os pertenece —brama Sevro a la agitada ciudad de jaulas—. ¡Alzaos y tomadla! Alzaos, hombres de Marte. Mujeres de Marte, ¡alzaos! ¡Malditos cabrones! ¡Alzaos!

Los hombres y mujeres comienzan a salir de sus casas. Se ponen las botas y los abrigos. Se lanzan hacia nosotros obstruyendo por miles las avenidas de aire, trepando por la parte exterior de las jaulas.

La marea ha crecido. Y siento un terror profundo al preguntarme qué arrastrará a su paso con exactitud.

—La violación y asesinato de inocentes es castigable con la muerte. Esto es la guerra, pero vosotros estáis en el bando de los buenos. ¡Recordadlo, pequeños caraculos! ¡Proteged a vuestros hermanos! ¡Proteged a vuestras hermanas! Todos los residentes de las secciones 1a a 4c debéis tomar la armería del nivel 14. Los residentes de las secciones 5c a 3f debéis tomar el centro de depuración de agua de…

Sevro se hace con el control de la batalla y los Aulladores y los Hijos se dispersan para organizar a la multitud. No es un ejército, sino un ariete. Muchos de ellos morirán. Y cuando mueran, otros se alzarán en su lugar. Esto no es más que una de las ciudades de jaulas de Fobos. Los Hijos les suministrarán armas, pero ni por asomo habrá suficientes para todos. Su espada es el empuje de la carne. Sevro los liderará, los agotará. Victra los guiará desde las torres de Quicksilver, y la luna se rendirá a la rebelión.

Pero yo no estaré aquí para verlo.

24

HIC SUNT LEONES

Fobos es un clamor. Las detonaciones sacuden la luna mientras Holiday y yo corremos por los pasillos. Los dorados y los plateados evacúan las Agujas en sus destellantes yates de lujo al tiempo que, kilómetros más abajo, las jaulas se llenan de pandillas de colores inferiores armadas con sopletes, cortadores de fusión, tuberías, achicharradores procedentes del mercado negro y lanzadores de proyectiles anticuados. La muchedumbre está colapsando los sistemas de transporte y los pasadizos para conseguir acceder al Sector Medio y a las Agujas, así que la guarnición militar de la Sociedad, aún tambaleándose por el ataque contra su cuartel general, se apresura para detener la migración ascendente. Las legiones cuentan con la ventaja del entrenamiento y la organización. Nosotros contamos con la superioridad numérica y el elemento sorpresa.

Por no hablar de la rabia.

Da igual cuántos puestos de control bloqueen los grises, cuántos tranvías destruyan, porque los colores inferiores se filtrarán a través de las grietas: ellos construyeron este lugar y tienen aliados entre los colores medios gracias a Quicksilver. Abren túneles de transporte abandonados, secuestran naves de carga en el sector industrial, los llenan de hombres y mujeres y los encaminan hacia los lujosos hangares de las Agujas, o incluso hacia el Puerto Espacial Interplanetario Skyresh, donde los evacuados están embarcando en trasatlánticos y barcos de pasajeros.

Estoy remotamente conectado a la red de seguridad de Quicksilver, viendo a los colores superiores gritándose unos a otros como una manada en estampida. Cargados con maletas, objetos de valor y niños. Alas rápidas y cazas de la armada de Marte vuelan a toda velocidad entre las torres, disparando contra los barcos rebeldes que suben desde el Hueco hacia las Agujas. Los restos de un color inferior destrozado atraviesan el techo abovedado de cristal y acero de una terminal del Skyresh acabando con la vida de varios civiles y con cualquier ilusión que pudiera haber albergado de que esta guerra fuese limpia.

Escondidos de una multitud de colores inferiores, Holiday y yo llegamos a un hangar en ruinas de los viejos garajes de carga, que no se han vuelto a usar desde antes de los tiempos de Augusto. Está en silencio. Abandonado. La vieja entrada para peatones está soldada. Los símbolos de radiactividad mantienen alejados a los potenciales carroñeros. Pero las puertas se abren para nosotros con un gemido grave cuando un moderno escáner de retina empotrado en el metal me reconoce los iris, tal como Quicksilver dijo que haría.

El hangar es un rectángulo inmenso cubierto de polvo y telarañas. En el centro de la plataforma hay un yate de lujo de setenta metros de eslora. Es plateado y tiene la forma de un gorrión que vuela. Es un modelo construido a medida en los astilleros de Venus, ostentoso, rápido y perfecto para un refugiado de guerra obscenamente rico. Quicksilver lo ha escogido entre su flota para ayudarnos a camuflarnos entre la clase superior emigrante. La plataforma de carga posterior está abierta y el interior del pájaro está lleno de cajas negras con el sello del talón alado de Industrias Sol. Dentro de cada una de ellas, hay varios miles de millones de créditos en armas de alta tecnología y equipamiento.

Holiday silba.

—Tiene que tener los bolsillos bien llenos. Solo el combustible costaría mi sueldo anual. El doble.

Cruzamos el hangar para reunirnos con el piloto de Quicksilver. La joven y esbelta azul nos espera al pie de la rampa. No tiene cejas y lleva la cabeza rapada. Unas líneas azules y zigzagueantes palpitan bajo su piel allá donde las conexiones sinápticas subcutáneas la vinculan remotamente al barco. Abre

los ojos de par en par, repentinamente alerta. Está claro que no tenía ni idea de a quién iba a trasladar hasta ahora.

—Señor, soy la teniente Virga. Hoy seré su piloto. Y debo decirle que es un honor recibirlo a bordo.

El yate tiene tres pisos, el superior y el inferior para uso de los dorados. El del medio para los cocineros, sirvientes y tripulación. Hay cuatro camarotes de lujo, una sauna y asientos de cuero color crema con refinados bombones y servilletas colocadas con delicadeza sobre los reposabrazos en la cabina de pasajeros del extremo más alejado del puente de mando. Me guardo uno en el bolsillo. Luego otro par.

Mientras Holiday y Virga preparan el barco, me quito la armadura de pulsos en la cabina de pasajeros y desembalo un equipo de invierno de una de las cajas. Me pongo un uniforme de nanofibra ajustado que se parece mucho a una piel de escarabajo. Pero no es negro, sino blanco moteado y parece oleaginoso excepto por los parches con textura que lleva en los codos, los guantes, las nalgas y las rodillas. Está diseñado para las temperaturas polares y la inmersión acuática. También pesa unos cincuenta kilos menos que nuestras armaduras de pulsos, es inmune a los fallos de los componentes digitales y cuenta con la ventaja añadida de no necesitar baterías. Por mucho que me guste usar tecnología por valor de cuatrocientos millones de créditos para convertirme en un tanque humano volador, a veces unos pantalones calentitos son más útiles. Y siempre podremos recurrir a la armadura de pulsos si la necesitamos en un apuro.

Cuando termino de atarme las botas, me sorprende el silencio de la plataforma de carga y el hangar. Según el cronómetro de mi terminal de datos todavía quedan quince minutos, así que me siento en el borde de la rampa, con las piernas colgando, a esperar a Ragnar. Me saco los bombones del bolsillo y los desenvuelvo poco a poco. Doy un pequeño mordisco y sitúo el chocolate sobre la lengua mientras espero a que se derrita, como hago siempre. Y, como siempre, pierdo la paciencia y lo mastico antes de que se haya deshecho siquiera la mitad. A Eo un caramelo podía durarle días, cuando teníamos la suerte de conseguirlos.

Deposito mi terminal de datos en el suelo y veo lo que transmiten las cámaras de los yelmos de mis amigos mientras libran mi guerra por Fobos.

Sus conversaciones tremolan a través de los altavoces del terminal de datos y retumban en la ingente nave de metal. Sevro está en su elemento, corriendo por la unidad de ventilación central con cientos de Hijos que se internan en los conductos de aire. Me siento culpable por estar aquí sentado mirándolos, pero cada uno debemos interpretar un papel.

La puerta por la que hemos entrado se abre con un gemido y Ragnar y dos de los Aulladores obsidianos entran en la nave. Recién salida del campo de batalla, la armadura blanca de Ragnar está abollada y manchada.

—¿Te has divertido jugando con los bufones, buen hombre? —le pregunto con mi más cuidada alta jerga.

A modo de respuesta, me lanza un curul: un cetro de poder dorado y retorcido que se les da a los oficiales militares de alto rango. Este está coronado por una *banshee* que grita y una salpicadura carmesí.

—**La torre ha caído** —anuncia Ragnar—. **Rollo y los Hijos acabarán mi trabajo. Estas son las manchas de la subgobernadora Priscila au Caan**.

—Bien hecho, amigo mío —respondo al coger el cetro entre mis manos.

En él están talladas las hazañas de la familia Caan, que era dueña de las dos lunas de Marte y que una vez siguió a los Belona a la guerra. Entre grandes guerreros y hombres de Estado, reconozco a un joven de pie junto a un caballo.

—**¿Qué pasa?** —pregunta Ragnar.

—Nada —contesto—. Solo que conocía a su hijo. Príamo. Parecía un tipo bastante decente.

—**Decente no es suficiente** —dice Ragnar con tristeza—. **No en su mundo**.

Con un gruñido, doblo el curul contra mi rodilla y se lo devuelvo lanzándoselo por el aire para mostrar mi acuerdo con sus palabras.

—Dáselo a tu hermana. Hora de marcharse.

Tras volver la cabeza para mirar hacia el hangar con el entrecejo fruncido, Ragnar comprueba su terminal de datos y pasa a mi lado para entrar en la bodega de carga. Intento limpiarme la sangre del curul de la pernera del traje blanco. Pero solo consigo que se extienda sobre el tejido oleaginoso y crear una raya roja sobre el muslo. Cierro la rampa a mi espalda. Dentro, ayudo a

Ragnar a quitarse la armadura de pulsos y lo dejo poniéndose el equipo de invierno. Me uno a Holiday y Virga, que inician el lanzamiento anterior al vuelo.

—Recordadlo, somos refugiados. Acercaos al convoy más grande que se aleje de aquí y pegaos a él como una lapa.

Virga asiente. Es un hangar viejo, así que no dispone de campo de pulsos. Lo único que nos separa del espacio son unas puertas de acero de cinco pisos de altura. Se estremecen cuando los motores comienzan a replegarlas hacia el techo y el suelo.

—¡Parad! —exclamo.

Virga ve lo que me ha llamado la atención un segundo después que yo y su mano vuela hacia los controles para detener las puertas antes de que se separen y abran el hangar al vacío.

—Que me parta un rayo —dice Holiday escudriñando desde el puente de mando la pequeña figura que intercepta el camino de nuestra nave hacia el espacio—. Es el león.

Mustang está delante del barco, iluminada por nuestros faros delanteros. La luz cegadora le tiñe el pelo de blanco. Parpadea cuando Holiday apaga los focos desde el puente de mando y camino hacia ella a través del hangar sombrío. Su mirada de ojos bailarines me disecciona mientras me acerco. Salta de mis manos desnudas de emblemas a la cicatriz que me he dejado en la cara. ¿Qué ve?

¿Ve mi determinación? ¿Mi miedo?

Yo veo muchas cosas en ella. La chica de la que me enamoré en la nieve ha desaparecido, reemplazada por una mujer a lo largo de los últimos quince meses. Una líder delgada, intensa, con una fuerza colosal e imperecedera y un intelecto alarmante. De ojos cinéticos rodeados por sombras de agotamiento y atrapados en un rostro empalidecido por días eternos en tierras privadas de sol y salas de metal. Todo lo que es anida tras sus ojos. Tiene la mente de su padre. La cara de su madre. Y un tipo de inteligencia distante, de presentimientos, que puede darte alas o aplastarte contra el suelo.

Y a la altura de su cadera descansa una espectrocapa con una unidad de

refrigeración.

Nos ha estado observando desde que llegamos.

¿Cómo ha entrado en el hangar?

—Ave, Segador —dice con un tono de voz bromista cuando me detengo.

—Ave, Mustang. —Registro el resto del hangar con la mirada—. ¿Cómo me has encontrado?

Frunce el ceño confundida.

—Pensé que querías que viniera. Ragnar le dijo a Kavax dónde podría encontrarte… —Se interrumpe—. Vaya, no lo sabías.

—No.

Vuelvo la mirada hacia las ventanas de espejo del puente de mando, tras las cuales Ragnar debe de estar observándome. Se ha pasado de la raya. Mientras yo organizaba la guerra, él ha actuado a mis espaldas y ha puesto mi misión en peligro. Ahora sé exactamente cómo se sintió Sevro.

—¿Dónde has estado? —me pregunta Mustang.

—Con tu hermano.

—Entonces el ardid de la ejecución pretendía que dejáramos de buscar.

Hay muchas cosas que decir, muchas preguntas y acusaciones que podríamos lanzarnos el uno al otro. Pero yo no quería verla porque no sé dónde empezar. Qué decir. Qué pedir.

—No tengo tiempo para charlas triviales, Mustang. Sé que viniste a Fobos para rendirte a la soberana. Así que, ¿por qué estás aquí hablando conmigo?

—No me menosprecies —replica con brusquedad—. No iba a rendirme. Iba a firmar la paz. No eres el único que tiene gente a la que proteger. Mi padre gobernó Marte durante décadas. La gente de este planeta forma parte de mí igual que de ti.

—Dejaste Marte a merced de tu hermano —digo.

—Dejé Marte para salvarlo —me corrige—. Sabes muy bien que todo es una solución de compromiso. Y también sabes que no estás enfadado conmigo por haber abandonado tan solo Marte.

—Necesito que te apartes, Mustang. Esto no tiene nada que ver con lo nuestro. Y no tengo tiempo para peleas. Me marcho. Así que o te apartas o abrimos la puerta y te atravesamos con la nave.

—¿Atravesarme con la nave? —ríe—. Sabes que no tenía que venir sola. Podría haber venido con mis guardaespaldas. Podría haberme escondido y tenderte una emboscada. O haberle facilitado tu posición a la soberana para salvar el acuerdo de paz que te has cargado. Pero no lo he hecho. ¿Puedes dedicar un solo segundo a pensar en el porqué? —Da un paso al frente—. En aquel túnel me dijiste que quieres un mundo mejor. ¿Acaso no ves que te escuché? ¿Que me uní a los señores de las Lunas porque creo en algo mejor?

—Pero aun así te rendiste.

—Porque era incapaz de permitir que el reinado del terror de mi hermano siguiera adelante. Quiero la paz.

—Este no es el momento de la paz —digo.

—Demonios, qué corto eres. Eso ya lo sé. ¿Por qué crees que estoy aquí? ¿Por qué crees que he estado trabajando con Orión y he mantenido a tus soldados en sus puestos?

La estudio con detenimiento.

—La verdad es que no lo sé.

—Estoy aquí porque quiero creer en ti, Darrow. Quiero creer en lo que me dijiste en aquel túnel. Hui de ti porque no quería aceptar que la única respuesta era la espada. Pero el mundo en el que vivimos ha conspirado para arrebatarme todo lo que quiero. A mi madre, a mi padre, a mis hermanos. No permitiré que también se lleve a los amigos que me quedan. No permitiré que te lleve a ti.

—¿Qué estás diciendo? —pregunto.

—Estoy diciendo que no pienso perderte de vista. Me voy contigo.

Ahora me toca a mí reírme.

—Ni siquiera sabes adónde voy.

—Llevas una piel de foca. Ragnar va a bordo. Has declarado una rebelión abierta. Y ahora te marchas en medio de la mayor batalla que el Amanecer haya visto. De verdad, Darrow. No hace falta ser un genio para deducir que vas a usar este barco para hacerte pasar por un refugiado dorado, escapar y marcharte a las Torres Valquirias para suplicarle a la madre de Ragnar que te proporcione un ejército.

Maldita sea. Intento no dejar traslucir mi sorpresa.

Esta es la razón por la que no quería implicar a Mustang. Invitarla a

formar parte del juego es añadir otra dimensión que yo no puedo controlar. Podría destruir mi estrategia con una sola llamada a su hermano, a la soberana, diciéndoles adónde voy. Todo depende de las distracciones. De que mis enemigos piensen que estoy en Fobos. Mustang sabe lo que estoy pensando. No puedo permitir que abandone este hangar.

—Los Telemanus también lo saben —dice leyéndome el pensamiento—. Pero estoy cansada de tener pólizas de seguro contra ti. Harta de juegos. Tú y yo nos hemos apartado el uno del otro por falta de confianza. ¿No estás cansado de eso? ¿De tener secretos entre nosotros? ¿De la culpa?

—Sabes que sí. Yo te revelé todos mis secretos en los túneles de Lico.

—Pues deja que esta sea nuestra segunda oportunidad. Para ti. Para mí. Para el pueblo de ambos. Yo quiero lo mismo que tú. Y cuando tú y yo trabajamos juntos, ¿cuándo hemos perdido? Juntos podemos construir algo, Darrow.

—Me estás proponiendo una alianza… —digo en voz baja.

—Sí. —Tiene los ojos en llamas—. El poderío de la Casa de Augusto, de la de Telemanus y de la de Arcos unido con el Amanecer. Con el Segador. Con Orión y todas sus embarcaciones. La Sociedad temblaría.

—Morirán millones de personas en esa guerra —le recuerdo—. Ya lo sabes. Los Marcados como Únicos lucharán mientras queden dorados. ¿Serás capaz de soportarlo? ¿Podrás ver cómo sucede?

—Para construir debemos abatir —dice—. Te escuché.

Aun así, niego con la cabeza. Hay demasiadas cosas que superar, entre nosotros, entre nuestra gente. Sería una victoria restringida, basada en sus condiciones.

—¿Cómo podría pedirles a mis hombres que confiaran en un ejército de dorados? ¿Cómo podría confiar en ti?

—No puedes. Por eso me voy contigo. Para demostrarte que creo en el sueño de tu esposa. Pero tú también debes demostrarme algo a mí. Que tú, a tu vez, eres digno de mi confianza. Sé que eres capaz de abatir. Necesito ver que puedes construir. Que la sangre que derramaremos es por algo. Demuéstramelo, y contarás con mi espada. Fracasa, y tú y yo iremos cada uno por nuestro lado. —Ladea ligeramente la cabeza—. ¿Qué me dices, sondeainfiernos? ¿Quieres intentarlo una vez más?

25

ÉXODO

Ayudo a Mustang a desembarazarse de su armadura de pulsos en la bodega de carga.

—Los equipos para el frío están ahí. —Señalo una enorme caja de plástico—. Las botas, allí.

—¿Te ha dado Quicksilver las llaves de su armería? —pregunta ella al reparar en el talón alado de las cajas—. ¿Cuántos dedos le ha costado?

—Ninguno —contesto—. Es de los Hijos de Ares.

—¿Cómo dices?

Sonrío. Es un alivio saber que el mundo no es un libro abierto para ella. Los motores rugen y la nave se alza bajo nuestros pies.

—Vístete y únete a nosotros en la cabina.

La dejo para que se cambie en privado. Me he mostrado más arisco de lo que pretendía. Pero me resultaba raro sonreír en su presencia. Encuentro a Ragnar recostado en su asiento de la cabina de pasajeros comiendo bombones, con las botas blancas sobre el reposabrazos adyacente.

—No te lo tomes a mal, pero ¿qué demonios estás haciendo? —me pregunta Holiday, que está de pie y con los brazos cruzados entre el puente de mando y la cabina de pasajeros—. Señor.

—Correr un riesgo —respondo—. Sé que puede parecerte extraño, Holiday. Pero la conozco desde hace tiempo.

—Es la mismísima definición de la élite. Peor que Victra. Su padre…

—Mató a mi esposa —la interrumpo—. Así que, si yo soy capaz de soportarlo, tú también.

Holiday suelta un silbido y regresa al puente de mando, descontenta con nuestra nueva aliada.

—**Así que Mustang se ha sumado a nuestra expedición** —comenta Ragnar.

—Se está vistiendo —le digo—. No tenías ningún derecho a dejar escapar a Kavax. Y mucho menos a decirle dónde estarías. ¿Y si nos hubiera delatado, Ragnar? ¿Y si nos hubieran tendido una emboscada? No habrías vuelto a ver tu casa. Si descubren que estamos allí, jamás se lo perdonarán a tu pueblo. Los matarán a todos. ¿Se te ha ocurrido pensar en eso?

Se come otro bombón.

—**Un hombre piensa que puede volar, pero le da miedo saltar. Un mal amigo lo empuja por la espalda**. —Levanta la mirada hacia mí—. **Un buen amigo salta con él**.

—Has estado leyendo *Perfil Pétreo*, ¿no?

Ragnar asiente.

—**Me lo regaló Teodora. Lorn au Arcos era un gran hombre**.

—Le alegraría saber que piensas así, pero no te lo creas todo al pie de la letra. El biógrafo se tomó unas cuantas libertades. Especialmente en lo referente a la primera etapa de su vida.

—**Lorn te habría dicho que la necesitamos. Ahora, en la guerra. Y después, en la paz. Si no la ganamos para nuestra causa, no venceremos hasta que muera el último dorado. Y yo no lucho para eso**.

Ragnar se pone de pie para saludar a Mustang cuando esta se suma a nosotros. La última vez que se vieron cara a cara ella le apuntaba a la cabeza con un arma.

—Ragnar, no has perdido el tiempo desde la última vez que te vi. Todo dorado con vida conoce y teme tu nombre. Gracias por liberar a Kavax.

—**La familia es un tesoro** —dice él—. **Pero te lo advierto. Vamos a mis tierras. Estás bajo mi protección. Si utilizas alguno de tus trucos, alguno de tus juegos, perderás esa protección. Y ni siquiera tú sobrevivirías durante mucho tiempo en el hielo sin mí, hija del león. ¿Lo entiendes?**

Mustang agacha la cabeza en señal de respeto.

—Lo entiendo. Y te recompensaré por tu fe en mí, Ragnar. Te lo prometo.

—Basta de cháchara. Hora de abrocharse los cinturones —nos espeta Holiday desde el puente de mando.

Virga se ha sincronizado con la nave y la está sacando del hangar. Ocupamos nuestros asientos. Podemos elegir entre unos veinte, pero Mustang escoge sentarse a mi lado en el pasillo de la izquierda. Me roza la cadera con la mano accidentalmente cuando busca el cinturón de su butaca.

Nuestro yate sale del hangar y avanza silenciosamente hacia el vacío del oscuro mundo industrial subcutáneo del Fobos. Las tuberías, los muelles de carga y las áreas de residuos se extienden hasta donde alcanza nuestra vista. Cerradas a las estrellas y a la luz del sol. Pocos navíos tan hermosos como el nuestro se han adentrado tanto bajo la superficie de Fobos. Las palabras «Sector inferior» están pintadas con letras blancas sobre una estación de transporte industrial donde los hombres embarcan en las naves como una marabunta, donde las naves se alejan despacio de este mundo en dirección a las puertas del sector que los Hijos han reventado.

Nuestro elegante yate adelanta a los lentos camiones de la basura y a los cargueros. Dentro, los hombres y mujeres se amontonan mansamente en sucios cubos de acero sin ventanas. El sudor les empapa las espaldas. Les tiemblan las manos al sujetar unos instrumentos extraños: armas. Rezan para poder ser tan valientes como siempre han imaginado que son. Entonces aterrizarán en algún hangar dorado. Los Hijos gritarán órdenes. Y las puertas se abrirán.

Rezo por ellos en silencio, apretando los puños mientras miro por la ventana. Siento que Mustang me observa. Calibra las mareas de lo más profundo de mi ser.

Pronto dejamos atrás las jaulas industriales y los recovecos oscuros dan paso a los anuncios de neón que bañan los bulevares espaciales del Sector Medio. Cañones artificiales de acero a ambos lados. Tranvías. Ascensores. Apartamentos. Todas las pantallas conectadas a la red han sido secuestradas por los piratas informáticos de Quicksilver y muestran imágenes de Sevro y los Hijos derribando puertas de seguridad y conquistando puestos de control,

pintando guadañas en las paredes.

Y a nuestro alrededor, la ciudad de los treinta millones de embarcaciones. Transportes comerciales del espacio profundo que adelantan a toda velocidad a pequeños taxis civiles y contenedores diseñados para circular entre estos edificios. A lo largo y ancho de toda la ciudad, los cargueros se elevan desde el Hueco a través del Sector Medio hacia las Agujas. Una flota de alas rápidas caza en las calles por encima de nuestras cabezas. Contengo la respiración. Con apretar un gatillo podrían destrozarnos. Pero no lo hacen. Registran la identificación de color superior de nuestra nave, nos saludan por el intercomunicador y se ofrecen a escoltarnos fuera de la zona de guerra hacia toda una riada de yates y esquifes que resplandecen mientras se alejan tranquilamente de la luna.

—Un discurso muy conmovedor —ronronea Victra a través del intercomunicador del barco cuando contesto la llamada de la torre de Quicksilver; su voz apática no concuerda con el mundo en guerra que nos rodea—. Payaso y Muecas acaban de tomar las principales terminales de Skyresh. Los hombres de Rollo se han hecho con las cisternas de agua del Sector Medio. Las cadenas de Quicksilver están retransmitiéndolo todo desde aquí hasta la Luna. Aparecen guadañas por todas partes. Hay disturbios en Agea, Corinto, en cada rincón de Marte. Y nos llegan noticias similares desde la Tierra y la Luna. Los edificios municipales están cayendo. Las comisarías de policía en llamas. Has despertado a la turba.

—Contraatacarán enseguida.

—Tal como dijiste, querido. Masacramos a los primeros atacantes enviados por el Chacal. Pillamos a unos cuantos Montahuesos, como esperábamos. Sin embargo, ni Lilath ni Cardo estaban entre ellos.

—Maldita sea. Merecía la pena intentarlo.

—La Armada de Marte viene de camino desde Deimos. Las legiones también vienen hacia aquí, y nosotros estamos ultimando los preparativos.

—Bien. Bien. Victra, necesito que le digas a Sevro que hemos añadido un miembro a nuestra expedición. Mustang se ha sumado a nosotros.

Silencio por su parte.

—¿Estoy en una línea privada?

Holiday me lanza unos auriculares desde el puente de mando. Me los

coloco.

—Ahora sí. No estás de acuerdo.

La virulencia de su tono es evidente.

—He aquí lo que pienso. No puedes confiar en ella. Mira a su hermano. A su padre. Lleva la codicia en la sangre. Pues claro que quiere aliarse con nosotros. Concuerda con sus objetivos. —Observo a Mustang mientras Victra habla—. Nos necesita porque está perdiendo su guerra. Pero ¿qué pasará cuando le demos lo que necesita? ¿Qué pasará cuando seamos un obstáculo en su camino? ¿Serás capaz de acabar con ella? ¿Serás capaz de apretar el gatillo?

—Sí.

Las palabras de Victra aún resuenan en mi cabeza cuando dejamos atrás las gigantes torres de cristal de Fobos, con nuestro puente de mando sobrevolando a unos doce metros de distancia los ventanales del edificio. Dentro se desarrollan pequeños mundos de locura. El Amanecer ha llegado a las Agujas de este distrito de la ciudad. Colores inferiores que avanzan inexorablemente por los pasillos. Grises y plateados que montan barricadas ante las puertas. Rosas que, con un cuchillo en la mano, se ciernen sobre un dorado ensangrentado y su esposa. Tres niños plateados que contemplan a Ares en un holo que ocupa toda la pared mientras sus padres hablan en la biblioteca. Y, por último, una mujer dorada con un vestido de cóctel azul cielo, un collar de perlas en el cuello y la melena suelta y dorada hasta la cintura. Mira por la ventana mientras los Hijos de Ares se diseminan por el edificio, varios niveles por debajo de su ático. Abrumada por su propio drama, se lleva un achicharrador a la cabeza dorada. El cuerpo rígido con una majestuosidad imaginada. Tensa el dedo en torno al gatillo.

Y ya no la vemos. Dejamos atrás su vida y el caso para unirnos al flujo de yates y embarcaciones de recreo que huyen de la batalla en pos de la seguridad del planeta. La mayor parte de los refugiados son originarios de Marte. Sus naves, al contrario que la nuestra, no están equipadas para el espacio profundo. Ahora se diseminan por la atmósfera del planeta como semillas ardientes, la mayoría lanzándose de lleno hacia el puerto espacial de

Corinto, situado a nuestros pies en medio del Mar Térmico. Otros sobrevuelan la atmósfera sin respetar los carriles de tráfico designados para superar a toda prisa el bloqueo que el Chacal ha establecido apresuradamente y la superficie del satélite en dirección a sus hogares del hemisferio opuesto. Los alas rápidas y naves avispas de las fragatas militares centellean tras ellos para tratar de devolverlos a las avenidas designadas. Pero los privilegios y el caos son una mala mezcla. La locura se apodera de los dorados que escapan.

—El Dido —dice Mustang en voz baja sin dirigirse a nadie en concreto. Tiene la mirada clavada en una nave de cristal con forma de barco de vela que navega a estribor—. La embarcación de Drusila au Ran. Me enseñó a pintar con acuarelas cuando era pequeña.

Pero mi atención está centrada en una zona mucho más alejada, donde unos barcos feos y oscuros, sin los cascos relucientes ni las líneas elegantes de las embarcaciones de recreo, se apresuran hacia Fobos. Es más de la mitad de la flota de defensa de Marte. Fragatas, naves antorcha, destructores. Incluso dos acorazados. Me pregunto si el Chacal irá en uno de esos puentes de mando. Seguramente no. Lo más probable es que sea Lilath quien encabece el destacamento, o algún otro pretor nombrado durante su régimen. Sus naves estarán atestadas de soldados con experiencia. Hombres y mujeres tan duros como nosotros. Muchos cayeron durante mi Lluvia de Hierro. Y destrozarán a la muchedumbre que he reunido en Fobos como si fuera de papel. Estarán furiosos y confiados: cuantos más, mejor.

—Es una trampa, ¿verdad? —pregunta Mustang en voz baja—. Nunca has tenido intención de conquistar Fobos.

—¿Sabes cómo mataban a los lobos las tribus esquimales de la Tierra? —pregunto a mi vez. Contesta que no—. Como eran más lentos y débiles que esos animales, afilaban al máximo las hojas de sus cuchillos, los empapaban de sangre y los clavaban en vertical en el hielo. Entonces los lobos se acercaban a lamerlos. Los lamían cada vez más rápido, con tal voracidad que no se daban cuenta de que la sangre que estaban lamiendo era la suya hasta que ya era demasiado tarde. —Señalo con la cabeza las embarcaciones militares que pasan a nuestro lado—. Odian que yo fuera uno de ellos. ¿Cuántos soldados de primera crees que esas naves desembarcarán en Fobos para darme caza a mí, la gran abominación para su propia gloria? El orgullo

volverá a ser la perdición de tu color.

—Estás intentando atraerlos a la estación —dice en cuanto lo comprende —. Porque no necesitas Fobos.

—Como tú misma dijiste, voy a las Torres Valquirias en busca de un ejército. Puede que Orión y tú aún conservéis los restos de mi flota. Pero necesitaremos bastantes más barcos. Sevro los está esperando en los sistemas de ventilación de los hangares. Cuando las fuerzas de asalto aterricen para recuperar el chapitel militar y las Agujas, dejarán sus lanzaderas en esos hangares. Sevro saldrá de su escondite, secuestrará las naves y las devolverá a sus barcos de origen, llenas de todos los Hijos que nos queden.

—¿Y de verdad crees que puedes controlar a los obsidianos? —me pregunta.

—Yo no. Él. —Señalo a Ragnar con la cabeza—. Viven temerosos de sus «dioses», que viven en la Estación Asgard del Consejo de Control de Calidad. Dorados con armaduras jugando a Odín y Freya. Del mismo modo en que yo vivía con miedo a los grises en la olla. Igual que nos intimidaban los próctores. Ragnar va a mostrarles lo mortales que en realidad son sus dioses.

—¿Cómo?

—**Los mataremos** —contesta Ragnar—. **Ya he enviado a algunos amigos por delante, hace meses, para que difundan la verdad. Volveremos junto a mi madre y mi hermana como héroes, y yo les explicaré con mi propia lengua que sus dioses son falsos. Los enseñaré a volar. Les daré armas y esta nave los llevará a Asgard, y la conquistaremos como Darrow conquistó el Olimpo. Luego liberaremos a las otras tribus y las alejaremos de esta tierra en los barcos de Quicksilver**.

—Por eso tienes una condenada armería ahí detrás —comenta Mustang.

—¿Qué te parece? —pregunto—. ¿Posible?

—Una locura —responde sobrecogida por la audacia del plan—. Aunque podría resultar. Solo si Ragnar es verdaderamente capaz de controlarlos.

—**No los controlaré. Los lideraré** —dice él con una certeza serena.

Mustang lo admira durante unos instantes.

—Creo que así será.

Observo a Ragnar, que vuelve la cabeza para mirar de nuevo por la ventana. ¿Qué habrá tras esos ojos oscuros? Es la primera vez que siento que me oculta algo. Ya me engañó al liberar a Kavax. ¿Qué más tiene planeado?

Escuchamos en un silencio tenso las ondas radiofónicas que crepitan con la voz de los capitanes de yate solicitando autorización de atraque en las fragatas militares en lugar de continuar hasta el planeta. Se usan los contactos. Se ofrecen sobornos. Se mueven los hilos. Los hombres sollozan y suplican. Estos civiles están descubriendo que su lugar en el mundo es más pequeño de lo que imaginaban. No importan. En la guerra, los hombres pierden lo que los hace grandes. Su creatividad. Su sabiduría. Lo único que queda es su utilidad. La guerra no es tan monstruosa por convertir a los hombres en cadáveres como por transformarlos en máquinas. Y ay de los que no tienen mayor uso en la guerra que el de alimentar esas máquinas.

Los Marcados como Únicos conocen esta fría verdad. Y llevan siglos preparándose para esta nueva era de guerra. Matando en el Paso. Sobreviviendo a las privaciones del Instituto para poder ser de valor cuando llegue la guerra. Ha llegado la hora de que los florecillas con los bolsillos cargados de dinero y gustos caros aprecien las realidades de la vida: no eres importante salvo que seas capaz de matar.

La cuenta, como solía decir Lorn, llega al final. Y ahora les toca pagar a los florecillas.

La voz de una pretor dorada atraviesa los altavoces de nuestra nave para ordenar a las naves de los refugiados que se dirijan de nuevo hacia los carriles de tráfico autorizados y que aparten su rumbo de los buques de guerra de la armada si no quieren que abran fuego contra ellos. La pretor no puede permitirse que haya embarcaciones no autorizadas en un radio de cincuenta kilómetros en torno a su nave. Podrían ir cargadas de bombas. Podrían ir cargadas de Hijos de Ares. Dos yates ignoran las advertencias y quedan hechos pedazos cuando uno de los cruceros dispara contra sus cascos con cañones de riel desde seis kilómetros de distancia. La pretor repite su orden. Esta vez la obedecen. Miro a Mustang y me pregunto qué pensará de esto. De mí. Desearía que estuviéramos en algún lugar tranquilo donde mil cosas no reclamaran nuestra atención. Donde pudiera preguntarle por ella y no por la guerra.

—Da la sensación de que es el fin del mundo —comenta ella.

—No. —Niego con la cabeza—. Es el comienzo de uno nuevo.

Mientras fingimos seguir las coordenadas designadas a lo largo del hemisferio occidental por el ecuador, a nuestros pies, el planeta es azul espolvoreado de blanco. Unas minúsculas islas verdes rodeadas de playas tostadas nos guiñan el ojo desde las aguas añiles del Mar Térmico. Los barcos se agitan y arden cuando entran en contacto con la atmósfera ante nosotros. Como los petardos de fósforo con los que Eo y yo jugábamos de niños, se sacuden espasmódicamente y lanzan chispas primero naranjas y luego azules, cuando la fricción del calor aumenta sobre sus escudos. Nuestra azul hace virar el barco para seguir a otra serie de embarcaciones que se alejan del flujo general del tráfico, camino de sus propias casas.

Pronto, Fobos está a medio planeta de distancia. Los continentes se suceden por debajo de nosotros. Uno por uno, los demás barcos descienden y nos quedamos solos en nuestro viaje hacia el polo incivilizado, dejando atrás varias docenas de satélites de la Sociedad que monitorizan el continente más meridional. Los piratas informáticos también han accedido a ellos y los alimentan con información reciclada que data de hace tres años. Somos invisibles, de momento. No solo para nuestros enemigos, sino también para nuestros amigos. Mustang se aparta del respaldo de su asiento y escudriña el puente de mando.

—¿Qué es eso?

Señala la pantalla del sensor. Un único punto nos está siguiendo.

—Otro barco de refugiados de Fobos —contesta la piloto—. Una embarcación civil. Sin armas.

Sin embargo, se acerca muy rápido. Nos persigue a unos ochenta kilómetros de distancia.

—Si es un barco civil, ¿por qué acaba de aparecer en nuestros sensores? —inquiere Mustang.

—Podría tener un escudo antisensores. Amortiguadores —dice Holiday con cautela.

La nave se acerca a cuarenta kilómetros. Algo va mal.

—Las embarcaciones civiles no tienen esa aceleración —asegura Mustang.

—Desciende de inmediato —ordeno—. Atravesemos la atmósfera, ya. Holiday, al cañón.

La azul inicia los protocolos de defensa, aumenta nuestra velocidad y fortalece nuestros escudos traseros. Entramos en contacto con la atmósfera. Me entrechocan los dientes. La voz electrónica del barco sugiere a los pasajeros que ocupen sus asientos. Holiday se dirige a toda prisa y tambaleándose hacia la artillería de cola. Entonces una sirena de advertencia estalla cuando la nave que nos sigue se transforma en la pantalla del radar y los contornos afilados de armas ocultas brotan de su casco, hasta ahora liso. Penetra en la atmósfera tras nosotros, y dispara.

Nuestra piloto mueve las manos ligeras sobre los controles de gel. Se me revuelve el estómago. Los proyectiles hipersónicos de uranio empobrecido arañan el lienzo de nubes y terreno helado, sobrecalentándose al pasar. El barco se agita conforme vamos penetrando en la atmósfera. Nuestra piloto continúa maniobrando, haciendo revolotear los dedos sobre el gel eléctrico, con el rostro sereno y perdido en su danza con la embarcación perseguidora. Sus ojos parecen estar alejados de su cuerpo. Una única gota de sudor le perla la sien derecha y le resbala por la mandíbula. Entonces un borrón gris desgarra el puente de mando y Virga estalla en una lluvia de carne. La sangre salpica los ventanales y mi cara. El proyectil de uranio le arranca la mitad superior del cuerpo y después continúa surcando el suelo. Un segundo proyectil del tamaño de la cabeza de un niño atraviesa el barco con un alarido, pasando entre Mustang y yo. Hace un agujero en el suelo y el techo. El viento aúlla. Las mascarillas de emergencia caen sobre nuestros regazos. Las sirenas de alarma ululan mientras nuestra nave pierde la presión y nuestro pelo nos fustiga. Veo la negrura del océano a través del agujero del suelo. Las estrellas a través del agujero del techo por el que se escapa el oxígeno. La embarcación que nos persigue continúa disparando contra nuestro yate moribundo. Me ovillo, aterrorizado, con las manos sobre la cabeza, los dientes apretados y todo lo que hay de humano en mí gritando.

Una carcajada maligna e inhumana resuena con tanto estruendo que creo que surge de los embates del viento. Pero procede de Ragnar, que ríe con la cabeza echada hacia atrás, mirando a sus dioses.

—Odín sabe que vamos a matarlo. ¡Ni siquiera los falsos dioses

mueren con facilidad!

Se levanta con brusquedad de su asiento y echa a correr por el pasillo, riéndose como un loco, sin prestarme atención cuando le grito que se siente.

—¡Ya voy, Odín! ¡Ya voy a por ti!

Mustang se pone la mascarilla de emergencia y aprieta el botón de apertura de su membrana de seguridad antes de que yo pueda poner mis pensamientos en orden. El barco corcovea y la empotra contra el techo y el suelo con fuerza suficiente para partirle el cráneo a cualquiera menos a un áureo. La sangre que le brota de un corte profundo en el nacimiento del pelo le empapa la frente, y Mustang se aferra al suelo para esperar a que el barco gire de nuevo y pueda servirse de la gravedad para caer en el asiento del copiloto. Aterriza torpemente sobre el reposabrazos, pero consigue arrastrarse hasta el asiento y abrocharse al sistema de seguridad. Sobre la consola cubierta de sangre se iluminan cada vez más luces de emergencia. Vuelvo la mirada hacia el pasillo para ver si Ragnar y Holiday siguen vivos, pero lo único que veo es un trío de proyectiles que arrasan la sala que hay a nuestras espaldas. Me castañetean los dientes. Mis entrañas vibran al ritmo de las flautas para champán que hay en la vitrina de mi izquierda. No puedo hacer más que agarrarme con fuerza mientras Mustang trata de detener nuestra caída a través de la órbita. La membrana de gel del asiento se tensa sobre mi caja torácica. Siento que las fuerzas g me aplastan. El tiempo parece ralentizarse a medida que el mundo que hay bajo nosotros se hace cada vez más grande. Estamos atravesando las nubes. En el sensor veo que algo pequeño sale volando de nuestro barco e impacta contra el que nos sigue. Una luz resplandece detrás de nosotros. La nieve, las montañas y los témpanos de hielo se expanden hasta que son lo único que alcanzo a ver a través de la ventana rota del puente de mando. El viento aúlla, devastadoramente frío sobre mi cara.

—Preparados para el impacto —grita Mustang por encima de él—. En cinco…

Caemos en picado hacia un pedazo de hielo que flota en medio del mar. En el horizonte, una franja de color rojo sangre tiñe el cielo crepuscular hasta la escarpada costa de piedra volcánica. Un hombre gigantesco se alza sobre las rocas. Negro y enorme recortado contra la luz roja. Parpadeo,

preguntándome si mi mente no me estará jugando una mala pasada. Si estoy viendo a Fitchner antes de mi muerte. La boca del hombre es un abismo abierto y oscuro del que no escapa ninguna luz.

—¡Darrow, agáchate! —grita Mustang. Escondo la cabeza entre las rodillas y me la cubro con los brazos—. Tres… dos… uno.

Nuestra nave perfora el hielo.

26

EL HIELO

Todo está oscuro y frío cuando nos sumergimos en el mar. El agua ha entrado a raudales por la despedazada parte trasera del yate y gorgotea a través de la docena de agujeros abiertos en el puente de mando. Ya estamos debajo de las olas, y el poco aire que nos queda se escapa formando burbujas hacia la penumbra. La membrana contra impactos se ajustó con fuerza en torno a mi cuerpo cuando chocamos, y se expandió para proteger mis huesos. Pero ahora me está matando, me arrastra hacia el fondo junto con el barco. El agua es como un montón de agujas congeladas que se clavan en mi cara. Sin embargo, la piel de foca me protege el cuerpo y consigo desgarrar la membrana con mi filo. La presión está a punto de reventarme los oídos mientras busco a Mustang desesperadamente.

Está viva y trabaja en la huida. La luz que lleva en la mano se abre camino en la negrura del puente de mando inundado. Empuña el filo, pues ha tenido que sajar la membrana como lo he hecho yo. Me impulso hacia ella a través de la cabina anegada. La parte trasera del barco ha desaparecido. Tres pisos de embarcación arrancados y flotando en algún punto de la oscuridad con Ragnar y Holiday en su interior. Un latigazo cervical me impide mover el cuello. Absorbo el oxígeno de la máscara que me cubre la nariz y la boca.

Mustang y yo nos comunicamos en silencio; utilizamos las señales de los escuadrones de lurchers grises. El instinto humano nos empuja a escapar del naufragio lo antes posible, pero el entrenamiento nos recuerda que debemos

contar nuestras respiraciones. Pensar con frialdad. Aquí dentro hay suministros que podríamos necesitar. Mustang busca en el puente de mando el equipo de emergencia estándar mientras trato de encontrar la mochila de mi equipamiento. Ha desaparecido, junto con el resto del equipo que llevábamos en la bodega de carga para que los obsidianos tomaran Asgard. Virginia se me suma portando una caja de plástico con material médico del tamaño de su torso. La ha sacado de un armario situado detrás del asiento del piloto.

Inspiramos por última vez y dejamos el oxígeno atrás.

Nadamos hasta el borde del casco desgarrado, donde termina el barco y comienza el océano. Es un abismo. Mustang apaga su luz cuando ato nuestros cinturones con un fragmento de la membrana contra impactos que he cogido de mi asiento. Diseñadas para mantener a los obsidianos atrapados en su continente helado, las criaturas talladas que hay por aquí se alimentan de hombres. He visto fotos de esas cosas. Translúcidas y de colmillos afilados. Con los ojos saltones. La piel pálida, surcada por venas azules. La luz y el calor las atraen. Nadar en aguas abiertas con una linterna llamaría la atención de los engendros de las profundidades. Ni siquiera Ragnar osaría hacerlo.

Incapaces de ver más allá de nuestras propias manos estiradas, nos apartamos del cadáver del yate en el agua negra. Luchando por superar cada metro agónico. No distingo a Mustang a mi lado. Nos movemos con lentitud en el agua gélida, los brazos y las piernas nos arden mientras se arañan con la oscuridad; pero mi mente se muestra determinada y segura. No moriremos en este océano. No nos ahogaremos. Me lo repito una y otra vez, con odio hacia el agua.

Mustang me da una patada en el pie y altera nuestro ritmo. Intento recuperarlo de nuevo. ¿Dónde está la superficie? No hay sol que nos salude, que nos diga que ya estamos cerca. Resulta tremendamente desorientador. Mustang vuelve a golpearme la pierna. Solo que esta vez siento que el agua que hay por debajo de nosotros se agita cuando algo grande, rápido y frío nada en las profundidades.

A ciegas, lanzo un tajo con mi filo, pero no le doy a nada. Es imposible contrarrestar el pánico. No paro de acuchillar la oscuridad de los dos kilómetros de océano que se extienden por debajo de mí y de sacudir tan

desesperadamente las piernas que me empotro de cabeza contra la corteza de hielo que cubre el aire y casi pierdo el conocimiento. Noto que Mustang me pone una mano en la espalda. Me tranquiliza. El hielo es como una piel opaca y gris que se extiende sobre nuestras cabezas. Le clavo mi filo. Oigo que Virginia hace lo mismo a mi lado. Es demasiado grueso para atravesarlo. La agarro por un hombro y trazo un círculo con la otra mano para indicarle mi plan. Me doy la vuelta para que mi espalda quede pegada a la suya. Juntos, casi ciegos y sin oxígeno, cortamos un círculo en el hielo. No me detengo hasta que noto que el hielo cede ligeramente. Pesa demasiado para empujarlo sin tracción. Tiene demasiada fuerza de flotación para tirar de él solo con los brazos. Así que nado hacia un lado para que Mustang pueda destrozar con su filo el cilindro que hemos cortado. Pica el hielo hasta crear un agujero lo suficientemente grande para empujar la caja con material de emergencia a través de él. Después lo cruza ella y me tiende una mano para ayudarme. Tras lanzar una última embestida ciega hacia la oscuridad, la sigo hasta la superficie.

Nos derrumbamos de cabeza sobre el hielo, duro como una piedra.

El viento aúlla sobre nuestros cuerpos temblorosos.

Estamos al borde de una placa de hielo entre una costa salvaje y el inicio de un mar negro y frío. El cielo palpita con un azul oscuro y metálico, dado que el Polo Sur está atrapado en dos meses de crepúsculo que le sirven de transición hacia el invierno. La costa montañosa, lóbrega y escarpada, debe de estar a unos tres kilómetros ocupados en su totalidad por hielo y perforados por icebergs. Restos de un naufragio arden en las montañas de la costa. El viento procedente del mar abierto choca contra ellas anunciando que se acerca una tormenta, fustigando las olas hasta convertirlas en un flagelo de sal y espuma que sacude el hielo como la arena que azota el desierto.

Unos cincuenta metros más cerca de tierra firme, un chorro de agua se eleva por el aire como un géiser cuando alguien dispara un puño de pulsos por debajo del hielo. Aturdidos y helados, corremos hacia Holiday cuando la gris consigue liberarse, Mustang algo más rezagada por el peso de la caja de material médico.

—¿Dónde está Ragnar? —grito.

Holiday levanta la vista hacia mí, con el rostro contraído y pálido. Le

mana sangre de una de las piernas. Un fragmento de metralla le atraviesa el muslo. La piel de foca la ha protegido en gran parte del frío extremo, pero no ha tenido tiempo de ponerse ni los guantes ni la capucha. Se hace un torniquete en la pierna y mira de nuevo hacia el agujero.

—No lo sé —contesta, y ahoga un grito.

—¿No lo sabes?

Desenvaino mi filo y me acerco al agujero dando tumbos. Holiday se interpone en mi camino.

—¡Ahí abajo hay algo! Ragnar me lo ha quitado de encima.

—Voy a bajar —anuncio.

—¿Qué? —grita Holiday—. No se ve absolutamente nada. No conseguirías encontrarlo.

—Eso no lo sabes.

—Morirás —asegura.

—No lo abandonaré.

—Darrow, detente. —Tira el puño de pulsos, desenfunda el revólver de Trigg de la cartuchera que lleva en la pierna y dispara delante de mis pies—. Para.

—¿Qué haces? —clamo por encima del viento.

—Te pegaré un tiro en la pierna antes de permitir que te suicides. Y eso es lo que vas a conseguir si te metes ahí debajo.

—Vas a dejarlo morir.

—Él no es mi misión.

Su mirada es dura. Práctica y analítica. Muy diferente a mi forma de luchar. No me cabe duda de que apretará el gatillo para salvarme la vida. Estoy a punto de abalanzarme sobre ella cuando Mustang pasa a toda velocidad a mi izquierda. Demasiado rápido para que yo pueda decirle algo o para que Holiday la amenace antes de zambullirse a través del agujero con un filo en la mano derecha y una bengala brillando con fuerza en la izquierda.

27

LA BAHÍA DE LAS CARCAJADAS

Me precipito hacia el agujero. El agua lame pacíficamente sus bordes. La capa de hielo es demasiado gruesa para poder ver a Mustang nadar bajo su superficie, pero la bengala brilla con suavidad a través del metro de hielo sucio, azul y acercándose a tierra firme. La sigo. Holiday trata de arrastrarse detrás de mí. Le grito que se quede donde está y que busque el botiquín entre el material de emergencia para curarse.

Sigo la luz de Mustang con el filo casi rozando el hielo. Trazo su trayectoria durante varios minutos, hasta que al fin la luz se detiene. No ha pasado el tiempo suficiente para que se haya quedado sin respiración, pero no se mueve durante diez segundos. Y entonces comienza a atenuarse. El hielo y el agua se oscurecen a medida que la luz se sumerge en el mar. Tengo que sacarla de ahí. Estrello mi filo contra el hielo y libero un pedazo. Suelto un rugido cuando introduzco los dedos entre las grietas y lo levanto. Lo lanzo hacia atrás por encima de mi cabeza y veo el agua atestada de cuerpos pálidos y sangre. Mustang emerge a la superficie gritando de dolor. Ragnar está a su lado, azul e inmóvil, sujeto bajo el brazo izquierdo de la chica, que con el derecho lanza estocadas hacia algo pálido que hay en el agua.

Clavo mi filo en el hielo a mi espalda y me aferro a la empuñadura. Mustang se agarra a mi otra mano y tiro de ella hacia fuera. Después sacamos a Ragnar con un rugido de esfuerzo. Virginia hunde las uñas en el hielo y se desploma junto a Ragnar. Pero no está sola. Una criatura blanca y similar a

una larva del tamaño de un hombre bajito se ha enganchado a su espalda. Tiene la forma de un caracol en pleno esprint, aunque su lomo es de una carne dura, peluda y translúcida jaspeada por docenas de pequeñas bocas chillonas llenas de dientes afilados que se le clavan en la espalda. Se la está comiendo viva. Una segunda criatura del tamaño de un perro grande se aferra a la espalda de Ragnar.

—¡Quítamelo! —gruñe Mustang, que no para de lanzar frenéticas cuchilladas con su filo—. ¡Quítamelo de encima!

La criatura es más fuerte de lo que parece y regresa arrastrándose al agujero del hielo tratando de llevarse a Mustang con ella. Retumba un disparo y la cosa se estremece cuando una bala del revólver de Holiday la alcanza en pleno costado. De la herida comienza a brotar sangre negra. La criatura suelta un alarido y reduce la velocidad lo suficiente para que yo pueda alcanzar a Mustang y arrancársela de la espalda con mi filo. La tiro a un lado y la vemos morir entre estertores. Parto por la mitad a la bestia que acosa a Ragnar, se la quito de la espalda y la arrojo lejos.

—Ahí abajo hay más. Y algo más grande —me informa Mustang mientras se pone en pie con gran esfuerzo.

Se le tensa el rostro al ver a Ragnar. Me precipito hacia él. No respira.

—Vigila el agujero —le pido a Mustang.

Mi gigantesco amigo parece un niño pequeño tumbado en el hielo. Inicio la reanimación cardiopulmonar. Le falta la bota izquierda. Tiene el calcetín medio sacado. El pie salta del hielo con brusquedad cada vez que le presiono el pecho. Holiday se acerca a nosotros tambaleándose. Tiene las pupilas muy dilatadas por culpa de los analgésicos. Tiene la pierna envuelta en carne resonante sacada del botiquín. Pero con esos daños en el tejido profundo, no será capaz de caminar cuando se le pase el efecto de los analgésicos. Se desmorona en el suelo junto a Ragnar. Le pone el calcetín de nuevo en el pie como es debido.

—Vuelve —me escucho decir a mí mismo. La saliva se me congela en los labios, tengo las pestañas escarchadas por unas lágrimas que ni siquiera sabía que estaba derramando—. Vuelve. Aún no has terminado tu trabajo. —Su tatuaje de Aullador se oscurece sobre su piel cada vez más pálida, sus runas protectoras son como lágrimas sobre su rostro blanco—. Tu pueblo te

necesita —digo.

Holiday le agarra la mano a pesar de que las dos suyas juntas ni siquiera igualan el tamaño de su ingente garra de seis dedos.

—¿Quieres que ganen ellos? —le pregunta la gris—. Despierta, Ragnar. Despierta.

El obsidiano se sacude bajo mis manos. Se le crispa el pecho cuando su corazón comienza a latir. El agua le sale a borbotones por la boca. Confuso, araña el hielo con los brazos mientras tose tratando de coger aire. Consigue respirar. Los jadeos le hinchan el enorme pecho cuando levanta la mirada hacia el cielo. Los labios agrietados se le curvan en una sonrisa burlona.

—**Todavía no, Gran Madre. Todavía no**.

—Estamos jodidos —dice Holiday mientras contempla los escasos suministros que Mustang ha conseguido rescatar de nuestra embarcación.

Tiritamos juntos en una quebrada en la que hemos hallado un momentáneo respiro del viento. No es mucho. Nos acurrucamos en torno al irrisorio calor de un par de bengalas termales tras haber atravesado la plataforma de hielo con vientos de ochenta kilómetros por hora que nos desgarran con sus dientes helados. A nuestras espaldas, la tormenta se oscurece sobre el agua. Ragnar la observa con mirada suspicaz mientras los demás revisamos los suministros. Hay un transpondedor GPS, varias barras de proteínas, dos linternas, comida deshidratada, una estufa y una manta térmica con la que solo uno de nosotros puede taparse. Hemos envuelto en ella a Holiday, puesto que su traje es el que está más deteriorado. También hay un disparador de bengalas, un aplicador de carne resonante y una guía digital de supervivencia del tamaño de un pulgar.

—Tiene razón —concede Mustang—. Tenemos que salir de aquí o estamos muertos.

Los dos obsidianos de Ragnar han desaparecido. Nuestras cajas de armamento han desaparecido. Nuestras armaduras, gravibotas y provisiones se han hundido en el fondo del océano. Todo aquello que habría permitido a los obsidianos destruir a sus dioses. Todo aquello que nos habría permitido ponernos en contacto con nuestros amigos en órbita. Los satélites están

ciegos. Nadie nos ve. Nadie excepto los hombres que nos dispararon desde el cielo. La única bendición es que ellos también se han estrellado. Hemos visto el fuego del impacto en el interior de las montañas mientras avanzábamos a trompicones por la placa de hielo. Pero si han sobrevivido, si disponen de equipamiento, nos perseguirán, y lo único que tenemos para defendernos son cuatro filos, un rifle y un puño de pulsos con el cargador agotado. Nuestras pieles de foca están rajadas y deterioradas. Pero la deshidratación acabará con nosotros mucho antes que el frío. Las rocas negras y el cielo dominan el horizonte. Sin embargo, si nos comemos el hielo, nuestra temperatura corporal descenderá y será el frío el que acabe con nosotros.

—Tenemos que encontrar un refugio de verdad. —Mustang se echa el aliento en las manos enguantadas, temblando—. Según lo último que vi en las cartas de navegación del puente de mando, estamos a unos doscientos kilómetros de las Torres.

—Bien podrían ser mil —replica Holiday con un gruñido.

Se mordisquea el agrietado labio inferior sin apartar la mirada de los suministros, como si fueran a reproducirse por arte de magia.

Ragnar nos observa discutir, desalentado. Él conoce este territorio. Sabe que no podemos sobrevivir en él. Y aunque no va a decírnoslo, sabe que nos verá morir uno a uno sin poder hacer absolutamente nada al respecto. Holiday será la primera en morir. Luego Mustang. Su piel de foca está desgarrada en el lugar en que la mordió la bestia y se le ha colado agua dentro. Después será mi turno. Y él sobrevivirá. Qué arrogantes debemos de haber parecido al pensar que podríamos conquistar y liberar a los obsidianos en una sola noche.

—¿No hay nómadas por aquí? —le pregunta Holiday—. Siempre se han oído historias acerca de legionarios abandonados…

—**No son historias** —dice Ragnar—. **Los clanes no suelen aventurarse en el hielo una vez que el otoño se marcha. Esta es la época de los Devoradores**.

—No nos habías hablado de ellos —digo.

—**Pensé que sobrevolaríamos sus tierras. Lo siento**.

—¿Qué son los Devoradores? —pregunta Holiday—. Mi antropología antártica no vale una mierda.

—**Devoradores de hombres** —contesta él—. **Proscritos deshonrados**

de los clanes.

—Maldita sea.

—Darrow, tiene que haber alguna manera de contactar con tus hombres para que realicen una extracción —dice Mustang empeñada en encontrar una salida.

—No la hay. La matriz inhibitoria de Asgard llena de interferencias todo este continente. La única tecnología en mil kilómetros a la redonda está precisamente allí. A no ser que el otro barco tenga algo.

—¿Quiénes son? —inquiere Ragnar.

—No lo sé —contesto—. No puede ser el Chacal. Si supiera quiénes éramos, habría mandado toda su flota tras nosotros, no solo una nave de operaciones encubiertas.

—Es Casio —dice Mustang—. Supongo que él también fue a Fobos en un barco camuflado, como yo. Se supone que está en la Luna. Era uno de los puntos positivos de llevar la negociación a cabo allí. Si los sorprenden actuando a espaldas de mi hermano, será tan malo para ellos como para mí. Peor, incluso.

—¿Cómo ha sabido en qué barco íbamos? —pregunto.

Mustang se encoge de hombros.

—Ha debido de olerse la distracción. Puede que nos siguiera desde el Hueco. No lo sé. No es tonto. También te pilló en la Lluvia, al pasar bajo la muralla.

—Quizá se lo haya dicho alguien —dice Holiday con un tono de voz amenazante.

—¿Por qué iba a decírselo cuando yo misma iba a bordo del condenado yate? —le espeta Mustang.

—Bueno, esperemos que sea Casio —digo—. Si es así, no se limitarán a calzarse unas gravibotas y salir volando hacia Asgard en busca de ayuda, porque entonces, para empezar, tendrían que explicarle al Chacal qué hacían en Fobos. De todas formas, ¿qué los ha derribado? —pregunto—. Desde la parte de atrás de nuestro barco parecía la estela de un misil. Pero no tenemos misiles.

—**Han sido las cajas** —explica Ragnar—. **Disparé una sarisa desde la parte de atrás de la bodega de carga con un lanzador de hombro**.

—¿Les lanzaste un misil mientras estábamos cayendo? —le pregunta Mustang con incredulidad.

—**Sí. E intenté coger las gravibotas. No lo conseguí**.

—Me parece que ya hiciste suficiente —dice Mustang con una repentina carcajada que nos contagia a todos, incluso a Holiday.

Ragnar no entiende dónde está la gracia. Sin embargo, mi risa se apaga rápidamente cuando Holiday tose y se ciñe más la manta.

Observo las nubes negras que se ciernen sobre el mar.

—¿Cuánto tiempo queda para que estalle esa tormenta, Ragnar?

—**Puede que un par de horas. Se mueve con rapidez**.

—Llegará al sesenta negativo —asegura Mustang—. No sobreviviremos. No con el equipamiento en este estado.

El viento aúlla a través de nuestra quebrada y por las inhóspitas laderas montañosas que nos rodean.

—Entonces solo nos queda una opción —digo—. Recogemos todo esto y atravesamos las montañas para encontrar la nave derribada. Si el que la ocupa es Casio, tendrá al menos un escuadrón completo de agentes de operaciones encubiertas de la Decimotercera Legión.

—Eso no es bueno —señala Mustang recelosa—. Esos grises están mejor entrenados que nosotros para el combate invernal.

—Mejor que tú —la corrige Holiday al tiempo que se aparta la piel de foca para que Mustang pueda ver el tatuaje de la Decimotercera Legión que lleva en el cuello—. No que yo.

—¿Eres de los dragones? —pregunta Mustang incapaz de disimular su sorpresa.

—Era. El caso es que las NPC, las Normas Pretorianas de Campo, exigen que haya equipamiento de supervivencia en todas las misiones de transporte de largo alcance, suficiente para que cada escuadrón pueda abastecerse durante un mes en cualquier tipo de condiciones. Tendrán agua, comida, calor y gravibotas.

—¿Y si han sobrevivido al impacto? —pregunta Mustang escudriñando la espalda herida de Holiday y nuestro escaso armamento.

—**Entonces no nos sobrevivirán a nosotros** —contesta Ragnar.

—Y nos irá mucho mejor si los atacamos cuando aún se están

recomponiendo —comento—. Vayámonos ya, lo más rápido que podamos, y puede que lleguemos allí antes de que la tormenta descargue. Es nuestra única oportunidad.

Ragnar y Holiday se suman a mí. El obsidiano recoge el equipo mientras la gris comprueba las municiones de su rifle. Pero Mustang está dudosa. Hay algo que no nos ha contado.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Es Casio —contesta despacio—. No lo sé con seguridad. ¿Y si no está solo? ¿Y si Aja está con él?

28

BANQUETE

La tormenta estalla mientras trepamos por un brazo rocoso de la montaña. Pronto somos incapaces de ver nada más allá de nuestro propio grupo. La nieve de un gris acerado nos carcome. Tapa el cielo, el hielo, las montañas tierra adentro. Agachamos las cabezas y entornamos los ojos tras los pasamontañas de piel de foca. Nuestras botas arañan el hielo bajo nuestros pies. El viento ruge con la misma fuerza que una cascada. Me encorvo para protegerme de él, pongo una bota detrás de otra, atado a Mustang y Holiday con una cuerda, como hacen los obsidianos, para no perdernos los unos a los otros en la ventisca. Ragnar explora el camino por delante de nosotros. No consigo entender cómo se orienta.

Ahora vuelve hacia nosotros, dando zancadas sobre las piedras con gran facilidad. Nos hace gestos para que lo sigamos.

Es más sencillo decirlo que hacerlo. Nuestro mundo es pequeño y furioso. Las montañas nos acechan tras la blancura. Sus lomos jorobados son el único refugio contra el viento. Gateamos sobre piedras negras y escarpadas que nos rajan los guantes mientras el aire intenta arrojarnos por barrancos y grietas sin fondo. El agotamiento nos mantiene con vida. Ni Holiday ni Mustang ralentizan la marcha y, después de más de una hora de espantoso trayecto, Ragnar nos guía hacia el interior de un paso de montaña y la tormenta nos da un respiro. Más abajo, ensartado en la cresta de una montaña más baja, está el barco que nos disparó desde el cielo.

Siento una punzada de simpatía hacia la embarcación. Las líneas que recuerdan a las de un tiburón y la cola como un brote estelar destellante indican que una vez fue una de las largas y elegantes embarcaciones de carreras de los afamados astilleros de Ganímedes. Pintada de carmesí y plata, orgullosa y osada, por unas manos amorosas. Ahora es un cadáver, resquebrajado y ennegrecido, empalado bocabajo en un pico árido. Casio, o quienquiera que viajara a bordo del navío, no lo ha disfrutado mucho. El tercio posterior del barco ha quedado a medio kilómetro de distancia del cuerpo principal, en la ladera de la montaña. Ambos fragmentos parecen vacíos. Holiday estudia los restos a través de la mira de su rifle. No hay ningún signo de vida ni movimiento en el exterior.

—Parece que algo va mal —dice Mustang acuclillada a mi lado.

El rostro de su padre me mira desde el filo que lleva en el brazo.

—**El viento sopla contra nosotros** —dice Ragnar—. **No huelo nada**.

Su mirada de ojos negros escudriña los picos de las montañas que nos rodean, saltan de roca en roca buscando peligro.

—No podemos arriesgarnos a que nos acorralen con rifles —señalo sintiendo que el viento arrecia de nuevo a nuestras espaldas—. Tenemos que salvar la distancia a toda prisa. Holiday, tú nos cubres.

La gris cava una pequeña trinchera en la nieve y se tapa con la manta térmica. El resto la cubrimos con nieve de manera que lo único que sobresale es su rifle. Ragnar se desliza por la ladera para investigar la parte trasera del barco mientras Mustang y yo nos dirigimos hacia el segmento principal.

Los dos avanzamos agachados sobre las piedras, cubiertos por el renovado vigor de la tormenta, incapaces de ver el barco hasta que estamos a quince metros de él. Recorremos el resto de esa distancia reptando sobre nuestras barrigas y encontramos un agujero irregular en la popa, donde el misil de Ragnar destrozó la mitad trasera del fuselaje. Parte de mí esperaba encontrarse con un campamento de colores bélicos y dorados preparándose para darnos caza. Sin embargo, el barco es un despojo epiléptico, pues la electricidad va y viene. El interior del navío es hueco y cavernoso, casi demasiado oscuro para ver algo cuando se apagan las luces. Algo gotea en la penumbra mientras avanzamos con dificultad hacia el centro de la embarcación. Huelo la sangre antes de verla. En la cabina de pasajeros,

aproximadamente una docena de grises yacen muertos, estampados contra el suelo que se alza sobre nuestras cabezas por las rocas que alancearon el barco. Mustang se arrodilla junto al cuerpo de un gris destrozado para examinar su vestimenta.

—Darrow.

Le retira el cuello de la camisa y me señala un tatuaje. La tinta digital aún se mueve a pesar de que la carne está muerta. Legión XIII. O sea que son la escolta de Casio. Manipulo el conmutador de mi filo trazando con el pulgar la forma del nuevo diseño deseado. Lo aprieto. El filo serpentea en mi brazo y abandona su apariencia de falce en favor de una hoja más corta y ancha que me hará más fácil lanzar estocadas en este entorno angosto.

No detectamos ningún signo de vida mientras avanzamos, y mucho menos de Casio. Solo el viento que gime a través del esqueleto del barco. Una extraña sensación de vértigo nos invade al caminar sobre el techo y levantar la mirada hacia el suelo. Los asientos y las hebillas de los cinturones cuelgan hacia abajo como si fueran intestinos. El navío vuelve a la vida con una convulsión e ilumina un mar de terminales de datos, platos y paquetes de chicles rotos bajo nuestros pies. Las aguas residuales se filtran por una grieta en la pared de metal. La nave vuelve a morir. Mustang me da unos golpecitos en el brazo y señala un mamparo hecho añicos a través del que se atisban lo que parecen marcas de arrastre sobre la nieve. Las manchas de sangre parecen negras bajo la luz escasa. Virginia me hace otro gesto. ¿Un jabalí? Asiento. Un jabalí debe de haber encontrado los restos y ha comenzado a darse un banquete con los cuerpos de la misión diplomática. Me estremezco al pensar en el noble Casio sufriendo ese destino.

Un horripilante ruido de succión nos llega desde las profundidades del barco. Seguimos caminando, presintiendo el horror de la escena antes de penetrar en la cabina de pasajeros delantera. En el Instituto aprendimos a distinguir el sonido de los dientes en la carne cruda. Pero, aun así, es un espectáculo terrible, incluso para mí. Los dorados cuelgan del techo cabeza abajo, atrapados por sus membranas de impacto, con las piernas inmovilizadas por los paneles retorcidos. Debajo de ellos, se encorvan cinco pesadillas. Tienen el pelaje oscuro y apelmazado, una vez blanco, pero ahora lleno de sangre seca y mugre. Mordisquean los cuerpos de los muertos. Sus

cabezas son las de unos osos inmensos, pero los ojos negros que lo escudriñan desde las cuencas oculares de esas cabezas son de una inteligencia fría. Erguido sobre dos patas, el más grande de la manada se vuelve hacia nosotros. Las luces del barco vuelven a encenderse. Unos brazos pálidos y musculosos, cubiertos con grasa de foca para protegerse del frío, teñidos de sangre tras despellejar a los dorados muertos, se mueven bajo las pieles de los osos.

El obsidiano es más alto que yo. Lleva una hoja de hierro curvado cosida a la mano. Unos huesos humanos ensartados con tendones resecos a modo de coraza. Un aliento cálido surge bajo el hocico del cráneo osuno que lleva a modo de casco. Lento y mesurado, el profundo ululato de un maligno canto de guerra brota desde detrás de sus dientes ennegrecidos. Han visto nuestros ojos y uno de ellos grita algo ininteligible.

La embarcación jadea y las luces se apagan.

El primer caníbal se abalanza hacia nosotros a través del abarrotado pasillo, y los demás lo siguen. Son sombras en la oscuridad. Sacudo hacia delante mi filo pálido y perforo su cuchillo de hierro, su coraza y su clavícula hasta clavárselo en el corazón. Me hago a un lado para que no choque contra mí. La inercia hace que me sobrepase y se dirija hacia Mustang, que se aparta y le corta la cabeza limpiamente. El cuerpo del obsidiano se derrama por el suelo entre estertores.

Un gruñido audible y una lanza con la punta de hierro e irregular sale volando desde el brazo de otro de los caníbales. Me agacho para esquivarla y levanto el puño izquierdo para desviarla hacia el techo, justo por encima de la cabeza de Mustang. Entonces, el obsidiano que tengo detrás se estrella contra mí cuando me levanto. Es tan alto como yo. Más fuerte. Más criatura que hombre. Me abruma con el frenesí de una mente perdida y me inmoviliza contra la pared para intentar desgarrarme con unos dientes ennegrecidos y afilados como agujas. Las luces del barco destellan e iluminan las úlceras que le rodean la boca. Tengo los brazos sujetos a los lados. Me muerde la nariz. Vuelvo la cara justo antes de que me la arranque. Entonces me hunde los dientes en la carne de la base de la mandíbula inferior. Grito de dolor. La sangre me corre por el cuello. Vuelve a lanzar un mordisco, esta vez apunta a mi cara. Me está comiendo vivo cuando las luces se apagan de nuevo. Con la

mano derecha, trata de rasgar la piel de foca con un cuchillo, para clavármelo entre las costillas y llegar al corazón. El tejido resiste.

Entonces el caníbal pierde fuerza, se retuerce y su cuerpo cae al suelo cuando Mustang le secciona la médula espinal desde atrás.

Un proyectil negro pasa a toda prisa ante mi cara e impacta contra Mustang. La hace caer al suelo. De su hombro izquierdo sobresalen las plumas de una flecha. Gruñe y se revuelve en el suelo. Me aparto de ella a gran velocidad para lanzarme contra los tres obsidianos que quedan. Entre ellos hay una mujer que prepara otra flecha, el segundo levanta una pesada hacha, el tercero sujeta un enorme cuerno curvado que se lleva a la boca a través del yelmo osuno.

Entonces desde el exterior del barco nos llega un terrible aullido.

Las luces se apagan.

La oscuridad se agita con una cuarta forma. Siluetas sombrías que se atacan unas a otras. Metal que corta carne. Y cuando las luces se encienden una vez más, Ragnar sujeta en una mano la cabeza de uno de los obsidianos mientras extrae su filo del pecho de otro. La tercera caníbal, con el arco cortado por la mitad, saca un cuchillo y trata de clavárselo mil veces a Ragnar. Él le secciona un brazo, pero aun así ella consigue apartarse, furiosa, inmune al dolor. Ragnar la persigue y le arranca el yelmo. Debajo hay una mujer joven. Con la cara pintada de blanco y las fosas nasales como rendijas, parece una serpiente. Unas cicatrices rituales forman una serie de barras bajo sus ojos. No puede tener más de dieciocho años. Farfulla algo cuando ve la inmensidad de Ragnar, que es alto incluso para un habitante de su propio pueblo. Entonces la mirada enloquecida de la chica se topa con los tatuajes de su rostro.

—*Vjirnak* —dice con un tono de voz ronco. No siente miedo, sino una alegría febril—. *Tnak ruhr. Ljarfor aesir!*

Cierra los ojos y Ragnar le corta la cabeza.

—¿Estás bien? —le pregunto a Mustang cuando me acerco a ella corriendo.

Ya se ha puesto de pie. La flecha sigue clavada en su clavícula.

—¿Qué ha dicho esa chica? —me pregunta—. Tu nagal es mejor que el mío.

—Era un dialecto que no he entendido.

Era demasiado gutural. Ragnar sí lo sabe.

—**Hijo sucio. Mátame. Volveré como dorada** —nos explica—. **Comen lo que encuentran**. —Señala a los dorados con la cabeza—. **Pero comer la carne de los dorados es convertirse en inmortal. Vendrán más**.

—¿A pesar de la tormenta? —inquiero—. ¿Sus grifos pueden volar con este tiempo?

Tuerce los labios en una mueca de asco.

—**Estas bestias no montan en grifo. Pero no. Buscarán refugio**.

—¿Qué hay de la otra parte del barco? —pregunta Mustang, que quiere seguir adelante—. ¿Suministros? ¿Hombres?

Ragnar niega con la cabeza.

—**Cadáveres. Municiones para el barco**.

Envío a Ragnar a sacar a Holiday de su posición. Mustang y yo nos quedamos con la intención de registrar la embarcación en busca de equipamiento. Pero yo me quedo de pie, inmóvil, en el osario de los caníbales aun después de que Ragnar salga de nuevo a la nieve. Puede que estos dorados hubieran sido enemigos, pero este horror hace que la vida parezca demasiado barata. En este lugar hay una ironía cruel. Es aterrador y malvado, pero no existiría si los dorados no lo hubieran creado para instaurar el miedo, para establecer esa necesidad de su férreo dominio.

Mustang se incorpora tras examinar a uno de los obsidianos y hace un gesto de dolor debido a la flecha que aún lleva incrustada en el hombro.

—¿Te encuentras bien? —pregunta al percatarse de mi silencio.

Señalo las uñas rotas de uno de los dorados.

—No estaban muertos cuando empezaron a despellejarlos. Solo atrapados.

Asiente con tristeza y estira la palma de una mano. Me muestra algo que ha encontrado en el cadáver del obsidiano. Seis anillos de clase del Instituto. Dos cipreses de Plutón, una lechuza de Minerva, un rayo de Júpiter, un ciervo de Diana y otro que le quito de la mano, grabado con la cabeza de lobo de Marte.

—Deberíamos buscarlo —sugiere Mustang.

Levanto las manos hacia el techo para estudiar a los dorados que cuelgan

cabeza abajo de sus asientos. Les faltan los ojos y las lenguas, pero veo, a pesar de lo destrozados que están, que ninguno de ellos es mi viejo amigo. Registramos el resto de la nave invertida y encontramos varios camarotes pequeños. En el vestidor de uno de ellos, Mustang encuentra una caja de cuero muy ornamentada que contiene varios relojes y un par de pendientes de perlas engastadas en plata.

—Casio ha estado aquí —asegura.

—¿Esos relojes son suyos?

—Los pendientes son míos.

Ayudo a Mustang a sacarse la flecha del hombro en el camarote de Casio, lejos de la matanza. No emite ni un solo ruido cuando rompo la punta y, sujetándola a ella contra la pared, tiro de la flecha agarrándola por la parte trasera. Mustang se hace un ovillo sobre sí misma y se deja caer en el suelo, dolorida. Me siento en el borde del colchón que ha caído desde el techo y la observo retorcerse. No le gusta que la toquen cuando está herida.

—Termina —dice al levantarse.

Utilizo la pistola resonante para ponerle parches relucientes en el agujero que tiene justo debajo de la clavícula, tanto por delante como por detrás. Detienen la hemorragia y ayudarán a regenerar el tejido, pero Mustang seguirá sintiendo la herida y eso la ralentizará durante días. Vuelvo a cubrirle el hombro desnudo con la piel de foca. Ella misma se sube la cremallera delantera antes de parchearme también la herida de la mandíbula. Su aliento llena el aire. Se acerca tanto a mí que puedo oler la humedad de la nieve que se ha derretido sobre su pelo. Me apoya la pistola resonante en la mandíbula y aplica una fina capa de microorganismos sobre la herida. Estos se reparten poco a poco por los poros y se tensan para crear un revestimiento antibacteriano con un aspecto similar al de la carne. La mano de Mustang se demora en mi nuca, con los dedos enredados entre las hebras de mi pelo, como si quisiera decirme algo, pero no encontrara las palabras. Sigue sin encontrarlas cuando Ragnar y Holiday regresan. Al oír que la gris grita mi nombre, le doy un apretón suave en el hombro sano de Mustang y la dejo sola.

Falta la mayor parte del equipamiento del barco. Varios juegos de ópticos han desaparecido de sus estuches. La armería está vacía por completo, puesto

que su contenido se ha esparcido por las montañas cuando el navío se partió en dos y la bodega de carga quedó abierta. El resto lo han destrozado los obsidianos o se ha deteriorado a causa del impacto. Lo único que consigo obtener del transpondedor y del equipo de comunicación es electricidad estática.

Ragnar deduce que Casio y el resto de su partida, unos quince hombres, se marcharon varias horas antes de que nosotros llegáramos a la nave. Se han llevado todos los suministros. Es probable que los Devoradores se abalanzaran sobre ella en cuanto se estrelló, si no Casio no habría dejado atrás a esos dorados para que se los comieran. Para respaldar esta teoría, Mustang encuentra varios cadáveres de Devoradores más cerca del puente de mando, lo cual quiere decir que Casio y sus hombres estaban siendo atacados cuando se marcharon. La nieve ha ocultado casi por completo los cuerpos. Amontonamos los restos más recientes en la nieve por si acaso vienen a visitarnos depredadores aún más peligrosos que los Devoradores.

Tras recorrer todo el barco en busca de suministros, hago que Mustang y Holiday nos encierren dentro de la cocina. Sellan las dos entradas herméticamente sirviéndose de los soldadores que hemos encontrado en el cuarto de mantenimiento de la embarcación. Puede que se hayan llevado todas las armas y equipos para el frío del barco, pero la cisterna está llena y el agua que contiene aún no se ha congelado. Y las despensas de la cocina están atestadas de comida.

Estamos aceptablemente calientes en nuestro refugio. El aislamiento térmico retiene dentro nuestro propio calor. La luz ámbar de dos lámparas de emergencia baña la habitación en un naranja cálido. Holiday utiliza la corriente intermitente para cocinar un banquete de pasta con salsa marinara y salchichas en los fogones eléctricos de la cocina. Mientras tanto, Ragnar y yo organizamos una expedición a las Torres y Mustang revisa las provisiones para llenar con ellas las mochilas militares que ha encontrado en un almacén.

Me quemo la lengua cuando Holiday nos trae a Ragnar y a mí unos enormes platos de pasta. No me había dado cuenta del hambre que tenía. Ragnar me da un codazo suave y sigo su mirada para observar en silencio a Holiday cuando le acerca un plato también a Mustang y se marcha despidiéndose con un ligero gesto de la cabeza. Mustang sonríe para sí

misma. Los cuatro nos sentamos a comer sin decir una palabra. Escuchando el repiqueteo de nuestros tenedores contra los platos. El viento que ulula en el exterior. Los remaches que gimen. La nieve gris acerada se acumula sobre las pequeñas ventanas circulares, pero no antes de que distingamos unas siluetas extrañas que se acercan por la blancura para llevarse los cuerpos que hemos dejado fuera.

—¿Cómo fue crecer aquí? —le pregunta Mustang a Ragnar.

Está sentada con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en la pared. Yo estoy tumbado a su lado, con una mochila en medio, sobre uno de los colchones que Ragnar ha metido en la habitación para forrar el suelo. Voy por mi tercer plato de pasta.

—**Era mi hogar. No conocía ninguna otra cosa**.

—Pero ¿y ahora que sí sabes lo que hay fuera?

Sonríe con amabilidad.

—**Era un patio de recreo. El mundo del exterior es inmenso, pero muy pequeño. Hombres que se meten en cajas. Que se sientan tras escritorios. Conducen coches. Barcos. Aquí, el mundo es pequeño, pero no tiene fin**.

Se pierde en mil historias. Al principio le cuesta compartirlas, ahora parece disfrutar sabiendo que lo escuchamos. Que nos importa. Nos cuenta que de niño nadaba entre los témpanos de hielo. Que era un niño torpe. Demasiado lento. Que sus huesos iban más rápidos que el resto de su ser. Su madre lo llevó por primera vez al cielo en su grifo cuando otro niño le pegó una paliza. Lo hizo agarrarse a ella desde atrás para enseñarle que eran sus propios brazos los que impedían que se cayera. Su propia voluntad.

—**Voló alto, cada vez más, hasta que el aire se enrareció y empecé a sentir el frío en los huesos. Mi madre esperaba que me soltara. Que me debilitase. Pero no sabía que me había atado una muñeca a la otra. Es la vez que más cerca he estado de la muerte de la Gran Madre**.

Su madre, Alia Volarus, Gorrión de Nieve, es una leyenda entre su pueblo por su veneración hacia los dioses. Hija de un nómada, se convirtió en guerrera de las Torres y fue ganando prominencia a medida que asaltaba a otros clanes. Su devoción por los dioses es tal que cuando llegó al poder entregó a cuatro de sus propios hijos para servirlos. Solo se quedó con una

para sí, Sefi.

—Me recuerda a mi padre —dice Mustang en voz baja.

—Pobres diablos —masculla Holiday—. Mi madre me hacía galletas y me enseñaba a descamar lucios.

—¿Y tu padre? —le pregunto.

—Era de los malos. —Se encoge de hombros—. Pero era malo en un sentido aburrido. Una familia distinta en cada puerto. Un legionario estereotípico. Yo heredé sus ojos. Trigg los de mi madre.

—**No llegué a conocer a mi primer padre** —dice Ragnar refiriéndose a su padre biológico.

Las mujeres obsidianas son polígamas. Pueden tener siete hijos de siete padres diferentes. Esos hombres quedan después obligados a proteger a todos los demás descendientes que ella engendre.

—**Fue a convertirse en esclavo antes de que yo naciera. Mi madre jamás pronuncia su nombre. Ni siquiera sé si aún está vivo**.

—Podemos averiguarlo —asegura Mustang—. Tendríamos que buscar en el registro del Consejo de Control de Calidad. No será fácil, pero lo encontraremos. Averiguaremos qué ha sido de él. Si es que quieres saberlo.

La idea lo deja perplejo y asiente despacio.

—**Sí. Me gustaría saberlo**.

Holiday mira a Mustang de una manera muy distinta a como lo hacía hace tan solo unas horas, cuando salimos de Fobos. Me sorprende lo natural que resulta todo esto, que nuestros cuatro mundos se fusionen.

—Todos conocemos a tu padre, pero ¿cómo es tu madre? Parece de hielo.

—En realidad es mi madrastra. No le importo en absoluto. Bueno, es que solo le importa Adrio. Mi verdadera madre murió cuando yo era pequeña. Era cariñosa. Maliciosa. Y estaba muy triste.

—¿Por qué? —insiste Holiday.

—Holiday… —intervengo.

Nunca he forzado a Mustang a hablar de su madre. Es un tema sobre el que ha preferido mantenerme en la ignorancia. Una cajita cerrada con llave en su alma que nunca comparte. Salvo esta noche, al parecer.

—No pasa nada —dice. Se lleva las rodillas al pecho, se las rodea con los brazos y prosigue—: Cuando yo tenía seis años, mi madre estaba embarazada

de una niña. El doctor le dijo que habría complicaciones en el parto y recomendó una intervención médica. Pero mi padre dijo que, si la criatura no era lo bastante fuerte para sobrevivir al nacimiento, no merecía vivir. Podemos viajar de unas estrellas a otras. Moldear los planetas. Pero mi padre dejó que mi hermana muriera en el vientre de mi madre.

—Pero ¿qué demonios…? —farfulla Holiday—. ¿Por qué no le aplicaron terapia celular? Teníais el dinero necesario para pagarla.

—Por la pureza del producto —contesta Mustang.

—Eso es una locura.

—Así es mi familia. Mi madre nunca volvió a ser la misma. La oía llorar en mitad del día. La veía mirar por la ventana durante horas. Entonces, una noche salió a dar un paseo por Caragmore, la hacienda que mi padre le entregó como regalo de boda. Él estaba en Agea trabajando. Mi madre no regresó a casa. La encontraron entre las rocas, debajo de los acantilados marinos. Mi padre decía que se resbaló. Si siguiera vivo, aún diría que se resbaló.

—Lo siento —dice Holiday.

—**Yo también**.

—Esa es la razón por la que estoy aquí, ya que os lo preguntáis —continúa Mustang—. Mi padre era un titán. Pero se equivocaba. Era cruel. Y si yo puedo ser distinta —me mira a los ojos—, lo seré.

29

CAZADORES

Cuando nos despertamos, la tormenta ha cesado. Nos envolvemos con el aislante que hemos sacado de las paredes del barco y salimos al vacío. Ni una sola nube mancha el cielo, que parece de mármol negro azulado. Nos encaminamos hacia el sol, que tiñe el horizonte de un refrescante tono de hierro fundido. Al otoño le quedan pocos días. Nos dirigimos a las Torres con el plan de encender hogueras por el camino. Esperamos que atraigan a los pocos exploradores valquirios activos en la zona. Pero también llamarán la atención de los Devoradores.

Escudriñamos las montañas a nuestro paso, temerosos de las tribus caníbales y de la idea de que es posible que Casio —y tal vez Aja— avance sobre la nieve por delante de nosotros con una tropa de agentes de las fuerzas especiales.

A mediodía, encontramos pruebas de su comitiva. Nieve pisoteada en el exterior de un nicho de piedra lo bastante grande para albergar a varias docenas de hombres. Acamparon aquí para esperar a que escampara la tormenta. Cerca del campamento hay un túmulo de piedras apiladas unas sobre otras. En una de ellas, grabado con un filo, se lee: *Per aspera ad astra*.

—Es la letra de Casio —dice Mustang.

Al apartar las piedras, encontramos los cadáveres de dos azules y un plateado. Sus cuerpos, más débiles, se congelaron durante la noche. Incluso aquí, Casio ha tenido la decencia de enterrarlos. Devolvemos las rocas a su

lugar y Ragnar se adelanta siguiendo las huellas a un ritmo que nosotros no podemos igualar. Avanzamos tras él. Una hora más tarde, un trueno artificial retumba a lo lejos, acompañado por el solitario ulular de los puños de pulsos. Ragnar regresa poco después, con los ojos brillantes de entusiasmo.

—**He seguido las huellas** —anuncia.

—¿Y? —pregunta Mustang.

—**Son Aja y Casio con una tropa de grises y tres Únicos**.

—¿Aja está aquí? —le pido que me confirme.

—**Sí. Huyen a pie a través de un paso de montaña en dirección a Asgard. Los hostiga una tribu de Devoradores. Hay un montón de cadáveres por el camino. Docenas de ellos. Los obsidianos les tendieron una emboscada y fracasaron. Cada vez hay más**.

—¿Disponen de mucho equipamiento? —pregunta Mustang.

—**No llevan gravibotas. Solo pieles de escarabajo. Pero tienen mochilas. Han abandonado las armaduras de pulsos dos kilómetros más al norte. Se habían quedado sin batería**.

Holiday mira al horizonte y acaricia el revólver de Trigg que lleva en la cadera.

—¿Podemos atraparlos?

—**Van cargados con muchas provisiones. Agua. Comida. Y ahora también con hombres heridos. Sí. Podemos darles alcance**.

—¿Por qué estamos aquí? —los interrumpe Mustang—. Desde luego que no es para dar caza a Aja y Casio. Lo único que importa es conseguir que Ragnar llegue a las Torres.

—Aja mató a mi hermano —replica Holiday.

Mustang se queda de piedra.

—Trigg. El chico del que nos hablaste. No lo sabía. Pero aun así no podemos desviarnos de nuestro objetivo por venganza. No podemos enfrentarnos a dos docenas de hombres.

—¿Y si llegan a Asgard antes de que nosotros lleguemos a las Torres? —pregunta Holiday—. Entonces estamos muertos.

Mustang no está convencida.

—¿Puedes matar a Aja? —le pregunto a Ragnar.

—**Sí**.

—Es una buena oportunidad —le digo a Mustang—. ¿Cuándo volverán a estar así de vulnerables? ¿Sin sus legiones? ¿Sin la protección del orgullo de los dorados? Son campeones. Como dice Sevro: «Cuando tienes la ocasión de liquidar a tu enemigo, lo haces». Esta será la única vez que esté de acuerdo con ese cabrón demente. Pero si podemos eliminarlos del tablero, la soberana habrá perdido dos Furias en una semana. Y Casio es el enlace de Octavia con Marte y las grandes familias de ese planeta. Si le dejamos claro que la soberana estaba negociando contigo, romperemos esa alianza. Cortamos los lazos de Marte con la Sociedad.

—Un enemigo dividido… —dice Mustang despacio—. Me gusta como suena.

—**Y estamos en deuda con ellos** —señala Ragnar—. **Con Lorn, Quinn, Trigg. Han venido hasta aquí a darnos caza. Ahora los cazadores seremos nosotros**.

El rastro es inconfundible. La nieve está sembrada de cadáveres. Docenas de Devoradores. Cuerpos que aún humean a causa del fuego de pulsos cerca del paso de montaña donde los obsidianos les tendieron una emboscada a los dorados. No entendieron la potencia armamentística que los dorados podían aplicarles. Cráteres enormes horadan las abruptas laderas. Las huellas más profundas señalan el paso de uros, unos animales que parecen toros peludos y que los obsidianos utilizan como montura.

El paso desemboca en un ralo bosque alpino que cubre un territorio de colinas ondulantes. Poco a poco, los cráteres se tornan cada vez menos numerosos y empezamos a ver puños de pulsos y rifles desechados y varios cuerpos de grises con flechas o hachas incrustadas en ellos. Ahora los muertos obsidianos están más cerca de las huellas de los dorados y tienen heridas de filo. Hay docenas de ellos a los que les faltan miembros o que han sido decapitados limpiamente. El grupo de Casio se está quedando sin municiones y los Caballeros Olímpicos han empezado a trabajar de cerca. Aun así, el viento sigue restallando con los disparos que se detonan kilómetros más adelante.

Dejamos atrás a Devoradores obsidianos que agonizan entre gemidos

debido a los impactos de bala, pero Ragnar tan solo se detiene ante un gris herido. El hombre todavía está vivo, aunque no durará mucho más. Tiene un hacha de hierro enterrada en el estómago. Resuella mirando un cielo desconocido. Ragnar se acuclilla a su lado. Los ojos del gris dejan claro que lo reconoce cuando ve la cara descubierta del Sucio.

—**Cierra los ojos** —le dice Ragnar mientras le coloca de nuevo el rifle descargado entre las manos—. **Piensa en tu hogar**.

El hombre obedece y, con un movimiento brusco, Ragnar le parte el cuello y vuelve a posarle la cabeza delicadamente sobre la nieve. Un cuerno estridente retumba a lo largo y ancho de la cordillera montañosa.

—**Están cancelando la caza** —explica Ragnar—. **Hoy no merece la pena pagar el precio de la inmortalidad**.

Reanudamos la marcha. Varios kilómetros a nuestra derecha, los Devoradores montados sobre sus uros bordean los límites de los bosques, de camino hacia sus asentamientos de alta montaña. No nos ven mientras avanzamos por la taiga de pinos. A través de la mira telescópica de su rifle, Holiday ve que la partida de caza desaparece detrás de una colina.

—Llevaban dos dorados —informa—. No los he reconocido. No estaban muertos.

Todos sentimos un escalofrío.

Una hora más tarde, atisbamos a nuestras presas por debajo de nosotros, sobre una irregular extensión de nieve salpicada de grietas. Dos brazos de árboles la abrazan. Aja y Casio han elegido una ruta desprotegida en lugar de continuar por el traicionero bosque en el que tantos grises han perdido. Solo quedan cuatro en la comitiva. Tres dorados y un gris. Llevan pieles de escarabajo negras, cubiertas con pieles y capas extra que les han quitado a los caníbales muertos. Avanzan a un ritmo vertiginoso. El resto de su compañía ha sido masacrado en las profundidades del bosque. No podemos distinguir cuál de ellos es Aja o Casio por culpa de las máscaras y de que bajo las capas todos tienen una envergadura similar.

Al principio pensé en que nos agazapáramos para tenderles una emboscada y tomar así la iniciativa táctica, pero recuerdo que los equipos ópticos habían desaparecido de sus estuches y deduzco que tanto Aja como Casio los llevan puestos. Con la visión térmica, nos descubrirían escondidos

bajo la nieve. Puede que nos vieran incluso ocultos dentro de los vientres de uros o focas muertos. Así que al final le pido a Ragnar que me guíe por el sendero que ha encontrado para adelantarlos, interceptarles el camino en un paso que deben atravesar y sacarles los ojos.

Jadeo junto a Ragnar y toso para expulsar el frío de mis pulmones doloridos cuando el grupo de cuatro llega a nuestro terreno elegido. Corren junto al borde de una grieta con unas improvisadas raquetas de nieve, encorvados por el peso de la comida y el equipamiento de supervivencia que arrastran tras ellos sobre unos pequeños trineos asimismo improvisados. Técnicas de supervivencia de manual de la legión, cortesía de las escuelas militares de los Campos de Marte. Los cuatro llevan visores ópticos negros con lentes de cristales ahumados. Es espeluznante cuando nos ven. No hay expresión en los ópticos ni en los rostros enmascarados. Así que da la sensación de que se esperaban que estuviéramos aquí, esperándolos al final de la extensión de nieve para interceptarles el paso.

Mi mirada salta a toda velocidad de uno a otro. Resulta bastante sencillo distinguir a Casio por su altura. Pero ¿cuál de los otros es Aja? Dudo entre dos dorados corpulentos, ambos más bajos que Casio. Entonces veo el arma de mi viejo maestro de filo colgando de su cinturón.

—¡Aja! —grito quitándome el pasamontaña de la piel de foca.

Casio se libera de su máscara. Tiene el pelo empapado en sudor, el rostro enrojecido. Es el único que lleva un puño de pulsos, pero, basándome en los patrones de dispersión de los caníbales muertos tras ellos, sé que se le debe de estar agotando la batería. Desenvaina su filo y los demás lo imitan. Sus armas parecen largas lenguas rojas, con sangre congelada sobre las hojas.

—Darrow… —masculla Casio, que no da crédito a lo que está viendo—. Te vi hundirte…

—Nado igual de bien que tú, ¿lo recuerdas? —Miro hacia la Furia—. Aja, ¿vas a dejar que sea Casio, el que lleve el peso de toda la conversación?

Finalmente, da un paso al frente para apartarse del otro dorado y se coloca junto al alto caballero. Se desenreda de la cintura la cuerda que la mantiene atada a su trineo improvisado. Se quita la máscara de su piel de escarabajo para dejar al descubierto su cara oscura y su cabeza calva. Brotan volutas de vapor. Escudriña las grietas que se abren paso por la nieve, las

piedras y los árboles, el redil que hay en el campo, preguntándose de dónde saldrá mi emboscada. Se acuerda muy bien de Europa, pero no puede saber quiénes formaban mi tripulación ni cuántos han sobrevivido.

—Una abominación y un perro rabioso —ronronea demorando la mirada en Ragnar antes de devolverla a mí.

La piel de escarabajo que luce no tiene ni una sola marca. ¿De verdad es posible que los obsidianos no le hayan infligido ninguna herida?

—Veo que tu tallista ha vuelto a remendarte, roñoso.

—Lo bastante bien para poder matar a tu hermana —le replico incapaz de evitar que mi voz se cargue de veneno—. Una lástima que no fueras tú.

Guarda silencio. ¿Cuántas veces la habré visto matar a Quinn en mi memoria? ¿Cuántas veces la habré visto arrebatarle a Lorn su filo mientras yacía muerto por las hojas del Chacal y Lilath? Señalo el arma.

—Eso no te pertenece.

—Tú naciste para servir, no para hablar, abominación. No te dirijas a mí.

Levanta la vista hacia el cielo, donde Fobos reluce en el horizonte oriental. Unas luces rojas y blancas titilan a su alrededor. Es un espacio de batalla, y eso quiere decir que Sevro ha capturado barcos. Pero ¿cuántos? Aja frunce el entrecejo e intercambia una mirada de preocupación con Casio.

—**He esperado este momento durante mucho tiempo, Aja**.

—Vaya, la mascota favorita de mi padre. —Aja estudia a Ragnar—. ¿Te ha convencido el Sucio de que está domesticado? Me pregunto si te habrá contado cómo le gustaba que lo recompensaran después de un combate en la Circada. Una vez que la ovación se apagaba y que se había limpiado la sangre de las manos, mi padre le enviaba jóvenes rosas para satisfacer sus deseos animales. Qué ansioso era con ellos. Qué miedo le tenían. —Su voz es monótona, aburrida de este hielo, de esta conversación, de nosotros. Lo único que quiere es lo que podemos ofrecerle: un desafío. A pesar de todos esos cadáveres obsidianos a su espalda, todavía no está cansada de la sangre—. ¿Has visto alguna vez un período de celo obsidiano? —prosigue—. Te lo pensarías dos veces antes de quitarles las cadenas, roñoso. Tienen apetitos que no puedes ni imaginarte.

Ragnar da un paso al frente sujetando uno de sus filos en cada mano. Se desata la piel blanca que les quitó a los Devoradores y deja que caiga al suelo

a su espalda. Es extraño estar aquí rodeados por el viento y la nieve. Despojados de nuestros ejércitos, de nuestras armadas. Lo único que protege nuestras vidas: unas pequeñas espirales de metal. La enormidad de la Región antártica se ríe de nuestro tamaño y prepotencia al pensar en la facilidad con que podría apagar el calor de nuestros minúsculos pechos. Pero nuestras vidas significan mucho más que los frágiles cuerpos que cargan con ellas.

El paso al frente de Ragnar es una señal para Holiday y Mustang, que están entre los árboles.

Apunta bien, Holiday.

—**Tu padre me compró, Aja. Me avergonzó. Me convirtió en este demonio. En una cosa. El niño que había en mi interior huyó. La esperanza se desvaneció. Dejé de ser Ragnar**. —Se lleva una mano al pecho—. **Pero hoy soy Ragnar, y lo seré mañana, y para siempre jamás. Soy hijo de las Torres, hermano de Sefi la Silenciosa, hermano de Darrow de Lico y de Sevro au Barca. Soy el Escudo de Tinos. Sigo mi corazón. Y cuando el tuyo ya no lata, Caballero infame, te lo arrancaré del pecho y alimentaré con él a los grifos de…**

Casio otea las rocas escarpadas y los árboles raquíticos que bordean el campo de nieve a su izquierda. Entrecierra los ojos cuando su mirada recae sobre un montón de madera partida junto a la base de una formación rocosa. Entonces, sin previo aviso, empuja a Aja hacia delante. La mujer se tambalea y, justo detrás de ella, en el lugar que la Furia ocupaba hace un instante, la cabeza del gris que les quedaba estalla en mil pedazos. La sangre salpica la nieve al tiempo que el crujido del rifle de eco retumba entre las montañas. Más balas desgarran la nieve en torno a Casio y Aja. La Furia se coloca detrás del tercer dorado para utilizar su cuerpo a modo de refugio. Dos balas impactan contra su piel de escarabajo y penetran en el resistente polímero. Casio rueda sobre su espalda y aprovecha los últimos restos de energía de su puño de pulsos. La ladera de la montaña entra en erupción. Las piedras resplandecen. Explotan. La nieve se evapora.

Y bajo ese estrépito se percibe el ruido de una cuerda de arco que dispara. Aja también lo oye. Se mueve con rapidez. Se gira bruscamente mientras una flecha disparada por Mustang desde el bosque avanza hacia su cabeza a gran velocidad. No la alcanza por escasos centímetros. Casio dispara contra la

posición de Mustang en la colina, donde los árboles vuelan por los aires y las rocas se sobrecalientan.

No sé si la ha alcanzado. No puedo permitirme perder un solo segundo tratando de averiguarlo porque Ragnar y yo aprovechamos la distracción para atacar, con los ojos entornados, haciendo que la falce adopte su forma curvada. Acortando la distancia sobre la nieve. Con el puño de pulsos brillando en la mano, Casio se vuelve en el instante en que me abalanzo sobre él. Dispara el puño. Es un disparo débil que esquivo lanzándome al suelo y rodando hasta levantarme como un volteador de Lico. Dispara de nuevo. El puño de pulsos no reacciona, la batería se ha agotado tras el ataque contra la montaña. Ragnar le lanza a Aja uno de sus filos, como si fuera un gigantesco cuchillo arrojadizo. Da vueltas y más vueltas en el aire. Ella no se mueve. El arma la alcanza. El impacto vuelve a la Furia de espaldas. Durante un momento, creo que la ha matado. Pero entonces mira de nuevo hacia nosotros sujetando el filo por la empuñadura con la mano derecha.

Lo ha atrapado.

Un miedo oscuro me invade cuando todas las advertencias de Lorn respecto a ella se apelotonan en mi mente. «Nunca luches contra un río, y nunca luches contra Aja».

Los cuatro nos lanzamos a la batalla convirtiéndonos en un burdo amasijo de látigos que restallan y hojas que entrechocan. Nos revolvemos, nos retorcemos y nos doblamos. Nuestros filos son más rápidos que lo que nuestros propios ojos pueden registrar. Aja trata de alcanzarme las piernas con una estocada diagonal cuando apunto hacia las suyas; Ragnar y Casio apuntan el uno al cuello del otro con rápidas embestidas que lanzan sin siquiera mirar. Todos con idéntica estrategia. Es tan raro que estamos a punto de matarnos mutuamente en el primer medio segundo. Sin embargo, cada envite falla por un pelo.

Nos separamos. Tambaleándonos hacia atrás. Con sonrisas ariscas dibujadas en los rostros: una extraña afinidad al recordar que todos hablamos el mismo idioma marcial. El de esa odiosa estirpe humana de la que Dancer me habló antes de que me tallaran, aquellos entre los que vivió Lorn sin dejar de despreciarlos ni un segundo.

Soy el primero en romper la grotesca tregua. Lanzo una rápida serie de

estocadas contra el costado derecho de Casio y lo aparto de Aja para que Ragnar pueda atacarla en solitario. Detrás de Casio, Mustang se levanta de entre los escombros. Corre a toda prisa por la nieve con un enorme arco obsidiano entre las manos. Todavía está a cincuenta metros de distancia. Con el filo en forma de látigo, fustigo dos veces las piernas de Casio y luego lo convierto en hoja cuando él lanza un ataque diagonal contra mi cabeza. El golpe hace que me vibre el brazo cuando lo intercepto a medio camino con la curva del filo. Él es más fuerte que yo. Más rápido que la última vez que luché con él. Y ha practicado los enfrentamientos contra la hoja curvada. Ha entrenado con Aja, sin duda. Salgo disparado hacia atrás. Me tambaleo, caigo al suelo y entre sus piernas veo a la Furia y al Sucio destrozándose el uno al otro. Ella lo alcanza en el muslo izquierdo.

Otra flecha susurra en el aire. Se estampa contra la espalda de Casio. Su piel de escarabajo resiste. Desequilibrado, lanza de nuevo un poderoso ataque de ocho movimientos. Me proyecto hacia atrás justo cuando el filo atraviesa el aire allá donde estaba mi cabeza. Me despatarro en la nieve, a solo unos centímetros del borde de una inmensa grieta. Me levanto a toda prisa, pues Casio no me da tregua. Bloqueo otra estocada descendente tambaleándome sobre el abismo. Salto hacia atrás y me impulso con todas mis fuerzas desde el borde para aterrizar a salvo en el otro lado, sirviéndome de mi agilidad para evitar su arremetida. Detrás de él, Aja se zafa de la hoja de Ragnar y le rebana los tendones de la corva. Lo está despellejando vivo.

Casio me persigue, tras saltar la grieta, y me lanza ataques descendentes. Intercepto la hoja. Me habría rajado desde el hombro hasta la cadera contraria. Le arrojo una roca a la cara. Consigo ponerme en pie. Él amaga con lanzar una nueva estocada desde arriba, pero gira la muñeca y golpea para sajarme las rodillas. Me hago a un lado y esquivo el filo de milagro. Transforma su arma en látigo, me fustiga las piernas y consigue que pierda el equilibrio. Me caigo. Me da una patada en el pecho. Todo el aire de mis pulmones escapa de golpe. Me pisa la muñeca para que no pueda mover el filo y está a punto de atravesarme el corazón con el suyo. Su rostro es una máscara de determinación.

—¡Detente! —grita Mustang. Está a veinte metros de distancia, apuntando a Casio con su arco. Le tiembla la mano por el esfuerzo de

mantener la cuerda tirante—. Te aniquilaré.

—No —dice él—. Te…

La cuerda del arco emite un chasquido. Él levanta el filo para desviar la flecha. Falla, puesto que es más lento que Aja. La punta de hierro serrado le perfora la garganta y le sale por la nuca. Las plumas le arañan la parte baja de la barbilla, por debajo del hoyuelo. La sangre no sale disparada. Solo hay un borbollón carnoso, húmedo. Se desploma de espaldas. Golpea el suelo con fuerza. Lucha por respirar. Sufre espantosas arcadas. Patalea cuando agarra la flecha con las manos. Jadea en busca de aliento, con los ojos a pocos centímetros de los míos. Mustang corre hacia mí. Logro ponerme en pie para alejarme de Casio, cojo mi filo de la nieve y lo apunto contra su cuerpo destrozado.

—Estoy bien —digo apartando la mirada de mi antiguo amigo mientras la sangre forma un charco debajo de su cuerpo y él lucha por su vida—. Ayuda a Ragnar.

Más allá, vemos al Sucio y a Aja dando vueltas el uno alrededor del otro junto al borde de una grieta. En torno a ellos, la nieve está teñida de sangre. Y toda procede de Ragnar. Pero aun así el obsidiano planta cara a la mujer Caballero mientras una canción furiosa brota de su garganta. Cae a plomo sobre ella. La abruma con sus doscientos cincuenta kilos de masa humana. Saltan chispas de sus hojas. Es ella la que cede ahora ante él, incapaz de igualar la rabia del desterrado príncipe de las Torres. Los talones le resbalan sobre la nieve. Le tiembla el brazo. Se dobla hacia atrás para apartarse de Ragnar. Se dobla como un sauce. La canción de Ragnar aumenta de intensidad.

—No —murmuro—. Dispara contra ella —le pido a Mustang.

—Están demasiado cerca…

—¡Me da igual!

Dispara una flecha. El proyectil pasa a pocos centímetros de la cabeza de Aja. Pero eso no importa. Ragnar ya ha caído en la trampa que le ha tendido la mujer. Mustang aún no se ha dado cuenta. Terminará por verla. Es una de las muchas que Lorn me enseñó. Una artimaña que es imposible que Ragnar conozca porque nunca ha tenido un maestro de filo. Tan solo dispone de su rabia y de la experiencia de años de lucha con armas sólidas, no con el látigo.

Mustang carga otra flecha. Y Ragnar le lanza a Aja un ataque descendente con el ímpetu de un herrero. La Furia levanta su hoja rígida para interceptar la de él. Luego activa la función de látigo. Esperando encontrarse con la resistencia de la fibra de polieno sólida, todo el peso de Ragnar recae sobre el aire vacío. Es lo bastante atlético para desacelerar el movimiento y que su hoja no se clave en el suelo; contra un oponente inferior se habría recuperado con facilidad. Pero Aja fue la mejor alumna de Lorn au Arcos. Se gira hacia un lado, transforma de nuevo el látigo en hoja y emplea su inercia para lanzarle una estocada lateral a Ragnar justo cuando termina de dar la vuelta. El movimiento es simple. Lacónico. Propio de las bailarinas que Mustang y Roque iban a ver a la casa de la ópera de Agea mientras yo estudiaba con Lorn, realizando un giro *fouetté*. Si no viera que su hoja se tiñe de rojo y proyecta un delicado arco carmesí sobre la nieve, podría convencerme de que ha fallado.

Pero Aja no falla.

Ragnar intenta darse la vuelta y plantarle cara, pero sus piernas lo traicionan. Se desploma. Su herida bostezante parece una sonrisa ensangrentada sobre el blanco de su piel de foca. Aja le ha seccionado la médula a la altura de la parte baja de la espalda y le ha asestado otro corte en el vientre, cerca del ombligo. Mi amigo cae en el borde de una grieta. Su filo se aleja resbalando sobre el hielo. Aúllo de rabia, con sobrecogedora incredulidad, y cargo contra Aja al tiempo que Mustang dispara su arco y echa a correr conmigo. Aja consigue evitar las flechas de Virginia y acuchilla a Ragnar en el estómago dos veces más. Está tirado en el suelo sujetándose la herida con las manos. Su cuerpo convulsiona. La hoja entra y sale con facilidad. Aja vuelve a adoptar la posición de ataque, preparándose ahora para mí, cuando se le abren los ojos de par en par. Da un paso atrás, maravillada por algo que hay en el cielo, por encima de mi cabeza. Mustang lanza dos flechas muy seguidas. La cabeza de Aja experimenta una sacudida. Se revuelve para alejarse de nosotros y, de espaldas, se acerca peligrosamente al borde de la grieta. El hielo cede bajo sus pies y cae hacia el abismo. La Furia agita los brazos como si fueran molinos, pero es incapaz de recuperar el equilibrio. Me mira a los ojos y, junto con el hielo, se hunde de cabeza en la oscuridad.

30

EL SILENCIO

Aja ya no está. La grieta es profunda, y sus paredes se estrechan cada vez más hacia la oscuridad. Me acerco a Ragnar corriendo mientras Mustang escudriña la ladera de la montaña y las nubes con el arco a punto. Solo le quedan tres flechas.

—No veo nada —me dice.

—**Segador** —murmura Ragnar desde el suelo.

Le palpita el pecho. Resuella pesadamente. La sangre oscura le sale a borbotones a través del estómago abierto. Aja podría haber acabado con él rápidamente con las dos estocadas que le asestó cuando ya estaba en el suelo. Sin embargo, ha preferido infligirle heridas que lo hagan sufrir durante su agonía. Presiono la primera herida y me mancho de rojo hasta los codos, pero hay tanta sangre que ni siquiera sé qué hacer. Una pistola resonante no puede arreglar lo que ha hecho Aja. Ni siquiera puede mantenerlo unido. Noto el escozor de las lágrimas en los ojos. Apenas soy capaz de ver. De la herida brotan volutas de vapor. Siento en los dedos helados un cosquilleo provocado por la calidez de la sangre. Ragnar empalidece al ver la sangre con una expresión abochornada en el rostro mientras susurra disculpas.

—Podrían ser los caníbales —dice Mustang refiriéndose a la distracción de Aja—. ¿Puede moverse?

—No —contesto débilmente.

Mustang baja la mirada hacia él, más estoica que yo.

—No podemos quedarnos aquí —asegura.

Hago caso omiso de sus palabras. He visto morir a demasiados amigos para dejar marchar a Ragnar. Yo lo induje a luchar con Aja. Yo lo convencí de que volviera a su casa. No permitiré que su vida se escape entre mis dedos. Le debo al menos eso. Aunque sea lo último que haga, sea estúpido o no, lo defenderé. Encontraré alguna forma de sanarlo, lo llevaré a un amarillo. Aunque vengan los caníbales. Aunque me cueste la vida. No lo abandonaré. Pero pensarlo no lo convierte en realidad. No me concede poderes mágicos. No importa cuál sea el plan que trace, parece que el mundo se alegra de desbaratarlo.

—**Segador…** —consigue repetir Ragnar.

—No desperdicies las fuerzas, amigo mío. Vamos a necesitarlas todas para sacarte de aquí.

—**Era rápida. Muy rápida**.

—Ahora ya no está —le digo, aunque no puedo estar completamente seguro de ello.

—**Siempre soñé con tener una buena muerte**. —Se estremece al darse cuenta de nuevo de que se está muriendo—. **Esta no me parece buena**.

Sus palabras hacen que un sollozo se arrastre desde mi pecho hasta mi garganta.

—No pasa nada —digo con un tono de voz espeso—. Todo irá bien. En cuanto te remendemos. Mickey te arreglará como es debido. Te llevaremos a las Torres. Solicitaremos una evacuación.

—Darrow… —dice Mustang.

Ragnar parpadea varias veces con ímpetu, tratando de enfocar la vista. Levanta una mano hacia el cielo.

—**Sefi…**

—No. Soy yo, Ragnar. Soy Darrow —le contesto.

—Darrow… —insiste Mustang con aspereza.

—¿Qué? —le espeto.

—**Sefi…**

Ragnar señala con un dedo y sigo la dirección que indica hacia el cielo. No veo nada. Solo las nubes ligeras que el viento cambiante trae desde el mar. Solo oigo el ruido de las arcadas de Casio, el crujir del arco de Mustang

y a Holiday que cojea hacia nosotros por la nieve. Entonces, cuando un depredador alado de tres mil kilos atraviesa las nubes, veo por qué Aja trató de huir. El cuerpo de león. Las alas, las patas delanteras y la cabeza de un águila. Las plumas blancas. El pico curvado y negro. La cabeza del tamaño de un rojo adulto. El grifo es enorme, y tiene la parte interior de las alas pintada con rostros chillones de demonios azul cielo. Cuando la bestia aterriza sobre la nieve delante de mí, veo que las alas miden diez metros de ancho. La tierra tiembla. Tiene los ojos de un color azul pálido y glifos y guardas blancos pintados a lo largo del pico negro. Sobre su lomo viaja una humana delgada y terrible que toca un cuerno blanco con gran tristeza.

Más cuernos retumban por encima de las nubes y doce grifos más se abalanzan sobre el paso de montaña, algunos se aferran a las escarpadas laderas de piedra que nos rodean y otros se posan en la nieve. La primera de estos jinetes montados sobre grifos, la que ha hecho sonar el cuerno, está cubierta de pies a cabeza en una piel blanca y sucia y lleva un yelmo de hueso coronado con un único penacho de plumas azules que le caen hasta la nuca. Ni uno solo de ellos mide menos de dos metros.

—Nacido del Sol —dice una de ellos en su perezoso dialecto mientras se apresura a colocarse junto a su silenciosa líder.

La que ha hablado se quita el yelmo para revelar una cara tosca, llena de cicatrices y pendientes, antes de dejarse caer de rodillas y llevarse una mano enguantada a la frente como señal de respeto. La huella de una mano azul le cubre la cara.

—Vimos la llama en el cielo…

Le falla la voz cuando ve mi falce.

Los otros jinetes se quitan los yelmos y desmontan a toda prisa cuando ven nuestro pelo y nuestros ojos. Me doy cuenta de que no hay un solo hombre entre ellas. Los rostros de las mujeres están pintados con enormes huellas de manos de color azul cielo, con un ojo pequeño dibujado en el centro de cada una de ellas. Sus largas trenzas de pelo blanco les caen por la espalda. Los ojos negros de todas las obsidianas nos observan desde detrás de unos párpados caídos. Los pendientes de hierro y hueso traspasan narices, perforan labios y agujerean orejas. La única que queda por quitarse el yelmo y arrodillarse es la jinete principal. Da un paso hacia nosotros, sumida en un

trance.

—**Hermana** —consigue articular Ragnar—. **Mi hermana**.

—¿Sefi? —repite Mustang sin apartar la mirada de las negras lenguas humanas que la mujer lleva colgadas a modo de trofeo en la cadera izquierda.

No lleva guantes. Tiene los dorsos de las manos tatuados con glifos.

—**¿Me conoces?** —pregunta Ragnar con un tono de voz áspera. Una sonrisa vacilante aparece en sus labios temblorosos cuando la amazona se acerca—. **Tienes que conocerme**. —La mujer cataloga las cicatrices de Ragnar desde detrás de su máscara, con los ojos oscuros y muy abiertos—. **Yo te conozco** —prosigue él—. **Te conocería aunque el mundo careciera de luz y nosotros estuviéramos marchitos y viejos**. —Se estremece de dolor—. **Aunque el hielo se hubiese derretido y el viento guardara silencio**. —Ella se aproxima despacio, paso a paso—. **Yo te enseñé los cuarenta y nueve nombres del hielo…, los treinta y cuatro alientos del viento**. —Sonríe—. **Pero solo eras capaz de recordar treinta y dos**.

Ella no le da nada, pero las demás mujeres susurran su nombre y nos miran como si por ir en compañía de Ragnar y estar en posesión de una hoja curvada se hubieran figurado quién soy. Mi amigo continúa, empleando sus últimas fuerzas en conjurar su voz.

—**Te llevé sobre mis hombros a ver cinco Roturas. Y te dejé trenzarme el cabello con tus cintas. Y jugué con las muñecas que hacías con piel de foca y le tiré bolas de hielo al viejo Pieorgulloso. Soy tu hermano. Y cuando los hombres del Sol Lloroso nos llevaron a mí y a una selección de nuestra parentela a las Tierras Encadenadas, ¿recuerdas qué te dije?**

A pesar de su herida, el hombre desprende poder. Esta es su tierra. Este es su hogar. Y él es tan inconmensurable aquí como lo era yo con mi Garra Perforadora. La fuerza de la gravedad de Ragnar atrae cada vez más a Sefi. La mujer se desploma sobre sus rodillas y se quita el yelmo de hueso.

Sefi la Silenciosa, afamada hija de Alia Gorrión de Nieve, es salvaje y majestuosa. De rostro severo. Anguloso como el de un cuervo. Sus ojos son demasiado pequeños, están demasiado juntos. Tiene los labios finos, morados a causa del frío y permanentemente fruncidos como si estuviera pensando. Lleva el pelo blanco rapado en la parte izquierda de la cabeza, y trenzado y

largo hasta la cintura en la derecha. En la parte izquierda de su pálido cráneo, destaca el azul lívido del tatuaje de un ala rodeada de runas astrales. Pero lo que la hace única entre el resto de las obsidianas, y lo que hace que la admiren, es que su piel no tiene ni una sola marca o cicatriz. El único adorno que luce es una barra de hierro que le atraviesa la nariz. Y cuando parpadea al mirar la herida de Ragnar, los ojos azules que tiene tatuados en el dorso de los párpados me taladran con su mirada.

Tiende una mano hacia su hermano, pero no para tocarlo, sino para sentir el aliento que humea ante su nariz y su boca. No es suficiente para Ragnar. Mi amigo le agarra la mano y la aprieta con fuerza contra su pecho para que Sefi pueda sentir sus débiles latidos. Se le llenan los ojos de lágrimas de alegría. Y cuando también las de Sefi comienzan a rodar por las mejillas de la mujer y esculpen senderos sobre su pintura de guerra azul, a Ragnar se le quiebra la voz.

—**Te dije que volvería**.

Sefi aparta la mirada de él para seguir las huellas de Aja hacia la grieta. Chasquea la lengua y cuatro valquirias apuntalan cuerdas en la nieve y descienden hacia la oscuridad para buscar a la Furia. El resto se quedan escoltando a su líder de guerra y vigilan las montañas con sus elegantes arcos recorvados a punto.

—Tenemos que llevarlo volando a las Torres —le digo en su idioma—. A vuestro chamán.

Sefi no me mira.

—**Es demasiado tarde**. —La nieve se acumula sobre la barba blanca de Ragnar—. **Dejadme morir aquí. En el hielo. Bajo el cielo abierto**.

—No —mascullo—. Podemos salvarte.

El mundo me parece muy lejano e insignificante. La sangre abandona a Ragnar, pero ya no hay tristeza en él. Sefi la ha ahuyentado.

—**Morir no es tan importante** —me dice, aunque sé que no lo siente tan profundamente como querría—. **No cuando se ha vivido**. —Sonríe, tratando de consolarme incluso en estos momentos. Pero luce la injusticia de su vida y de su muerte en la cara—. **Eso te lo debo a ti. Pero… queda mucho por hacer. Sefi**. —Traga con dificultad, con la lengua seca y pesada—. ¿Te encontraron mis hombres? —Ella asiente, aún encorvada sobre su hermano,

con mechones blancos que ondean al viento tras liberarse de la trenza. Ragnar me mira—. **Darrow, sé que piensas que las palabras bastarán** —me dice en jerga áurea para que Sefi no pueda entenderlo—. **Pero no será así**.

Esto era lo que no me había contado. Por eso iba tan callado en la lanzadera. Por eso cargaba con el miedo sobre sus hombros. Se dirigía a su casa para matar a su madre. Y ahora me da permiso para hacerlo. Le lanzo una mirada a Mustang. Ella también lo ha oído, y su rostro refleja su congoja. Tanto por mi sueño loco y destrozado de un mundo mejor como por mi amigo moribundo. Ragnar vuelve a estremecerse de dolor y Sefi se saca un cuchillo de la bota, reacia a verlo sufrir durante más tiempo. Su hermano niega con la cabeza y me señala a mí. Quiere que sea yo quien lo haga. Sacudo la cabeza como si pudiera despertarme de esta pesadilla. Sefi me mira con fiereza, desafiándome a contradecir la última voluntad de su hermano.

—**Moriré con mis amigos** —dice Ragnar.

Aturdido, dejo que mi filo se deslice hasta mi mano y lo sujeto sobre su pecho. Por fin hay paz en los ojos húmedos de Ragnar. Tengo que emplearme al máximo para ser fuerte por él.

—**Le transmitiré tu amor a Eo. Te haré una casa en el valle de tus padres. Estará al lado de la mía. Búscame allí cuando mueras**. —Esboza una gran sonrisa—. **Pero no soy buen albañil. Así que tómate tu tiempo. Nosotros te esperaremos**.

Asiento como si aún creyera en el valle. Como si todavía pensara que nos está esperando a él y a mí.

—Tu pueblo será libre —digo—. Te lo prometo por mi vida. Y nos veremos pronto.

Sonríe y levanta la vista hacia el cielo. Sefi le pone a toda prisa su propia hacha entre los dedos a Ragnar, para que pueda morir como un guerrero, con un arma en las manos, y asegurarse así un lugar en los salones de Valhalla.

—**No, Sefi** —le dice él dejando caer el hacha y cogiendo nieve con la mano izquierda mientras que aprieta la de su hermana con la derecha—. **Vive para más**.

Me hace un gesto con la cabeza.

El viento nos fustiga.

La nieve cae.

Ragnar contempla el cielo, donde las gélidas luces de Fobos continúan brillando mientras yo le atravieso quedamente el corazón con el metal. La muerte llega como el anochecer, y no me doy cuenta del momento exacto en que la luz lo abandona, de cuándo su corazón deja de latir y sus ojos dejan de ver. Pero sé que se ha ido. Lo siento en el frío que me invade. En el aullar del viento solitario, hambriento, y en el espantoso silencio de los ojos negros de Sefi la Silenciosa.

Mi amigo, mi protector, Ragnar Volarus, ha abandonado este mundo.

31

LA REINA PÁLIDA

Estoy paralizado por el dolor. Soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea cómo reaccionará Sevro cuando se entere de que Ragnar ha muerto. En que mis sobrinas y sobrinos nunca volverán a trenzarle un lazo en el cabello al Gigante Simpático. Parte de mi alma se ha marchado para no regresar. Él era mi protector. Nos daba mucha fuerza. Ahora, sin él, me aferro a la espalda de una valquiria mientras su grifo se alza alejándose de la nieve ensangrentada. No siento asombro cuando planeamos por encima de las nubes sobre unas enormes alas batientes, ni cuando diviso las Torres Valquirias. Solo siento aturdimiento.

Las Torres son un lomo retorcido y vertiginoso de picos montañosos tan absurdos en su abrupta elevación desde las llanuras árticas que solo un dorado loco a los mandos de un motor Lovelock, con cincuenta años de manipulación tectónica y un Sistema Solar de recursos, podría conspirar para crearlas. Probablemente solo para ver si eran capaces de hacerlo. Docenas de torres de piedra se entrelazan como amantes despechados. La neblina los envuelve en un sudario. Los grifos anidan en sus picos, los cuervos y las águilas en las zonas más bajas. Sobre una elevada pared de roca, siete esqueletos cuelgan de unas cadenas. El hielo está manchado de sangre y excrementos de animales. Este es el hogar de la única raza que alguna vez ha supuesto una amenaza para los dorados. Y nosotros llegamos manchados con la sangre de su príncipe desterrado.

Antes de marcharnos, Sefi y sus amazonas registraron la grieta en la que cayó Aja; no encontraron más que huellas de botas. Ni cadáver. Ni sangre. Nada para calmar la rabia que arde en el interior de Sefi. Creo que se habría quedado durante horas encorvada sobre el cuerpo de su hermano si no hubieran oído los tambores que retumbaban en la distancia. Devoradores que habían hecho acopio de fuerzas y pretendían desafiar a las valquirias por la posesión de los dioses caídos.

La ira teñía el rostro de Sefi cuando la mujer se acercó a Casio con el hacha en la mano. Es uno de los primeros dorados que habrá visto sin armadura en toda su vida. Puede que sea el único, sin contar a Mustang. Y yo creo, manchado con la sangre de su hermano, que lo habría matado allí mismo, sobre la nieve. Y sé que yo se lo habría permitido, y que Mustang habría hecho lo mismo. Pero se contuvo, chasqueó la lengua dirigiéndose a sus valquirias y envainó su hacha indicándoles que montaran. Ahora Casio va atado a la silla de una valquiria que vuela a mi derecha. La flecha no le ha seccionado la yugular, pero es posible que la muerte venga a por él aun sin el beso del hacha de Sefi.

Aterrizamos en un nicho alto, excavado en el tramo superior de una torre que parece un sacacorchos. Los esclavos de clanes obsidianos enemigos, con los ojos abrasados por un hierro candente hasta la ceguera, reciben a nuestros grifos cuando tomamos tierra. Tienen las caras pintadas de amarillo por su cobardía. Unas puertas de hierro chirrían a nuestra espalda cuando las cierran para aislarnos del viento. Las amazonas bajan de un salto de sus monturas antes de que aterricemos para ayudar a trasladar a Ragnar lejos de nosotros, hacia el interior de la ciudad rocosa.

Se produce un alboroto cuando varias docenas de guerreros armados irrumpen en el establo de los grifos y se enfrentan a Sefi. Gesticulan frenéticamente en nuestra dirección. Tienen un acento más cerrado que el del Nagal que aprendí con las cargas de Mickey y durante mis estudios en la Academia, pero entiendo lo suficiente para deducir que el recién llegado grupo de guerreros grita que deberíamos estar encadenados, y algo relacionado con que somos unos herejes. Las mujeres de Sefi les devuelven los gritos, les dicen que somos amigos de Ragnar y señalan febrilmente el dorado de nuestros cabellos. No saben cómo tratarnos, y tampoco a Casio, a

quien varios de los guerreros apartan de nosotros como perros que luchan por un pedazo de carne. La flecha sigue clavada en su cuello. Tiene los globos oculares hinchados. Aterrorizado, me tiende una mano cuando los obsidianos comienzan a arrastrarlo por el suelo. Consigue agarrarse a la mía y sujetarla durante un instante, pero desaparece por un pasillo iluminado por antorchas, cargado por media docena de gigantes. El resto se arremolinan en torno a nosotros, con enormes armas de hierro entre las manos. El hedor de sus pieles es denso y nauseabundo. Tan solo se tranquilizan cuando una anciana corpulenta con un tatuaje en forma de mano en la frente se abre camino entre sus filas para hablar con Sefi. Es una de las caciques de su madre. Señala hacia el techo con grandes movimientos de las manos.

—¿Qué dice? —pregunta Holiday.

—Hablan de Fobos. Ven las luces de la batalla. Creen que los dioses se están peleando. Los de aquí piensan que deberíamos ser prisioneros, no invitados —le contesta Mustang—. Deja que se lleven tus armas.

—Y una mierda. —Holiday da un paso atrás con su rifle. Lo agarro por el cañón y la obligo a bajarlo al tiempo que les entrego mi filo—. Esto es increíble, maldita sea —masculla ella.

Nos engrilletan los brazos y las piernas con unas enormes esposas de hierro, teniendo mucho cuidado de no tocarnos la piel ni el pelo. Luego los guardias de las Torres nos empujan hacia un túnel, lejos de las valquirias de Sefi. Pero cuando iniciamos la marcha veo que Sefi nos observa con una expresión extraña y dividida en su rostro blanco.

Después de ser arrastrados por varias docenas de escaleras escasamente iluminadas, nos meten de un empujón en una celda sin ventanas, excavada en la roca y con una atmósfera sofocante y cargada de humo. Fuegos de grasa de foca en braseros de hierro. Me tropiezo con una baldosa levantada y caigo al suelo. Mis cadenas golpean la piedra. Siento la rabia. La impotencia. Todo ocurre muy deprisa, y me siento tan zarandeado que ni siquiera sé dónde tengo la cabeza. Pero soy capaz de pensar lo suficiente para darme cuenta de la futilidad de mis acciones, de mis planes. Mustang y Holiday me miran sumidas en un pesado silencio. Mi gran plan solo lleva un día en marcha y

Ragnar ya está muerto.

—¿Por qué no la dejaste matarlo? —pregunta Holiday.

No respondo. Mustang habla con más suavidad.

—¿Estás bien?

—¿Tú qué crees? —le replico con brusquedad.

Ella no dice nada, pues no es la clase de persona frágil que se ofende y lloriquea que solo trata de ayudar. Conoce demasiado bien el dolor de la pérdida.

—Necesitamos trazar un plan —digo mecánicamente tratando de apartar a Ragnar de mi mente.

—Ragnar era nuestro plan —replica Holiday—. Él era todo el puñetero plan.

—Podemos salvarlo.

—¿Y cómo demonios piensas hacerlo? —pregunta la gris—. Ya no tenemos armas. Y no parecen encantados de vernos. Lo más probable es que se nos coman.

—Estos no son caníbales —la corrige Mustang.

—¿Estás dispuesta a apostarte una pierna, señorita?

—Alia es la clave —aseguro—. Todavía podemos convencerla. Resultará difícil sin Ragnar, pero es la única manera. Convencerla de que su hijo murió intentando traerle la verdad a su pueblo.

—¿Acaso no lo oíste? Te dijo que las palabras no bastarían.

—Todavía pueden funcionar.

—Darrow, tómate un minuto —sugiere Mustang.

—¿Un minuto? Mi gente muere en órbita. Sevro disputa una guerra, y depende de que nosotros le llevemos un ejército. No podemos permitirnos el lujo de tomarnos un maldito minuto.

—Darrow… —trata de interrumpirme Mustang.

Pero yo sigo adelante, revisando metódicamente nuestras opciones, asegurando que debemos dar caza a Aja, reunirnos con los Hijos. Ella me pone una mano en el brazo.

—Darrow, para.

Titubeo. Pierdo el hilo de por dónde iba. El consuelo de la lógica se me escapa entre los dedos y me sumerjo de lleno en la emocionalidad del

momento. Tengo sangre de Ragnar bajo las uñas. Lo único que mi amigo deseaba era venir a casa con su pueblo y sacarlo de la oscuridad como me vio a mí hacer con el mío. Yo lo privé de esa elección al liderar el ataque contra Aja. No lloro. No hay tiempo para eso, pero me quedo aquí sentado con la cabeza entre las manos. Mustang me acaricia el hombro.

—Al final sonrió —me dice con suavidad—. ¿Sabes por qué? Porque sabía que lo que estaba haciendo era lo correcto. Estaba luchando por amor. Has convertido a tus amigos en una familia. Siempre ha sido así. Conocerte convirtió a Ragnar en un hombre mejor. Así que tú no hiciste que lo mataran. Lo ayudaste a vivir. Pero ahora eres tú el que tiene que vivir. —Se sienta a mi lado—. Sé que quieres creer en la bondad de la gente. Sin embargo, piensa en el tiempo que te costó llegar a Ragnar. Ganarte mi confianza o la de Tacto. ¿Qué puedes hacer en un día? ¿En una semana? Este lugar… no es nuestro mundo. No les importan nuestras normas o nuestra moralidad. Si no escapamos, moriremos aquí.

—Crees que Alia no nos escuchará.

—¿Por qué iba a hacerlo? Los obsidianos solo valoran la fuerza. ¿Y dónde está la nuestra? Incluso Ragnar pensaba que tendría que matar a su madre. No nos prestará atención. ¿Sabes cómo se dice «rendición» en nagal? *Rjoga*. ¿Y «subyugación»? *Rjoga*. ¿Y «esclavitud»? *Rjoga*. Sin Ragnar para liderarlos, ¿qué crees que sucederá si los dejas en libertad en la Sociedad? Alia Gorrión de Nieve es una tirana de sangre negra. Y el resto de los caciques no son mucho mejores. Puede que incluso nos esté esperando. Aunque hayamos pirateado los sistemas de monitorización de los dorados, ellos saben que Alia es su madre, así que podrían haberle dicho que lo esperara. Podría estar informándoles de todo ahora mismo.

Cuando de pequeño me fijaba en mi padre, pensaba que ser un hombre consistía en tener el control. En ser el dueño y señor de tu propio destino. ¿Cómo podría cualquier niño saber que la libertad se pierde en cuanto te conviertes en hombre? Las cosas empiezan a importar. A oprimirte. Te constriñen lentamente, inevitablemente, crean una jaula de inconvenientes, deberes, plazos, planes fracasados y amigos perdidos. Estoy cansado de la gente que duda. De la gente que elige creer que sabe lo que es posible gracias a lo que ha ocurrido antes.

Holiday suelta un gruñido.

—Escapar no va a ser tan fácil.

—Paso uno —dice Mustang mientras se libera de sus esposas.

Ha utilizado una pequeña esquirla de hueso para forzar la cerradura.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —inquiere Holiday.

—¿Crees que el Instituto fue mi primera escuela? —pregunta ella a su vez —. Te toca. —Acerca las manos a mis esposas—. En mi opinión, podemos abalanzarnos sobre ellos cuando abran la… ¿Qué pasa?

He apartado mis manos de ella.

—Yo no me voy.

—Darrow…

—Ragnar era mi amigo. Le dije que ayudaría a su pueblo. No huiré para salvarme a mí mismo. No permitiré que su muerte sea en vano. La única forma de salir de aquí es con ellos.

—Los obsidianos…

—Los necesitamos —digo—. Sin ellos, no puedo enfrentarme a las legiones doradas. Ni siquiera con tu ayuda.

—De acuerdo —admite Mustang sin combatir el argumento—. Entonces ¿cómo pretendes hacer cambiar de opinión a Alia?

—Creo que voy a necesitar que me ayudes con eso.

Horas más tarde, nos conducen hasta el centro de una cavernosa sala del trono hecha para gigantes. Está iluminada por lámparas de grasa de foca que vomitan humo negro a lo largo de las paredes. Las puertas de hierro se cierran con estrépito detrás de nosotros y nos quedamos solos ante un trono ocupado por el ser humano de mayor tamaño que he visto en mi vida. Nos observa desde el extremo más alejado de la sala, más estatua que mujer. Nos aproximamos a ella con torpeza, encadenados. Arrastramos las botas por el suelo negro y resbaladizo hasta que llegamos ante Alia Gorrión de Nieve, reina de los valquirios.

Sobre su regazo yace el cuerpo de su hijo muerto.

Alia nos fulmina con la mirada desde las alturas. Es tan colosal como Ragnar, pero vetusta y malvada, como el árbol más viejo de una especie de

bosque primigenio. De esos que resecan la tierra, les impiden el paso de la luz del sol a los árboles más pequeños y los ven marchitarse, amarillear y morir sin hacer nada más que alzar aún más sus ramas y hundir sus raíces con más fuerza. El viento le ha cubierto la cara con una armadura de piel muerta y callos. Tiene el pelo fosco y largo, del color de la nieve sucia. Está sentada sobre un cojín de pieles metido dentro de la caja torácica del esqueleto del que debe de ser el mayor grifo jamás tallado. La cabeza del grifo nos grita en silencio por encima de la de ella. Las alas están desplegadas contra las paredes de piedra y deben de medir unos diez metros de ancho. Sobre la cabeza de la mujer descansa una corona de cristal negro. A sus pies está su legendario cofre de guerra, que en tiempos de paz se cierra con un enorme artefacto de hierro. Tiene las manos nudosas empapadas de sangre.

Este es el reino de lo primario y, aunque sabría qué decirle a una reina sentada en su trono, no tengo ni la más maldita idea de qué decirle a una madre que está sentada con el cadáver de su hijo en el regazo y que me mira como si fuera una especie de gusano que acaba de salir arrastrándose de la taiga.

Parece que no le importa mucho que yo me haya quedado sin lengua, la de ella ya es lo bastante afilada.

—En nuestras tierras hay una gran herejía contra los dorados que gobiernan las mil estrellas del abismo.

Su voz retumba como la de un cocodrilo viejo. Pero no es su idioma, es el nuestro. Alta jerga dorada. Una lengua sagrada que pocos conocen en estos territorios, generalmente los chamanes que conversan con los dioses. Los espías, dicho de otro modo. La fluidez de Alia sorprende a Mustang. Pero a mí no. Yo sé cómo ascienden los humildes bajo el poder de los grandes, y esto no hace más que confirmar lo que sospecho desde hace tiempo. Los puñeteros gamma no son los únicos esclavos privilegiados de los mundos.

—Una herejía difundida por profetas malvados con fines malvados. Ha culebreado entre nosotros durante todo un verano y un invierno. Envenenando a mi pueblo, y a las gentes del Confín, de la Torre del Dragón, de las Tiendas Ensangrentadas y de las Cuevas Tintineantes. Envenenándolos con mentiras que faltan al respeto de nuestro pueblo. —Se echa hacia delante desde su trono; los puntos negros de su nariz son enormes y las arrugas trazan

barrancos en torno a sus ojos de brea—. Mentiras que dicen que un hijo Sucio regresará y traerá con él a un hombre que nos sacará de esta tierra. Una estrella de la mañana en la oscuridad. He buscado a esos herejes para enterarme de sus murmuraciones, para ver si los dioses hablaban por medio de ellos. No era así. El mal era lo que hablaba por medio de ellos. Así que he dado caza a esos herejes. Les he roto los huesos con mis propias manos. Les he arrancado la carne y los he dejado sobre las rocas de las Torres para que las aves del hielo los devoren como si fueran carroña.

Los siete cuerpos que colgaban de las cadenas en el exterior. Los amigos de Ragnar.

—Esto lo hago por mi pueblo. Porque amo a mi pueblo. Porque los hijos de mis entrañas son pocos, y los de mi corazón muchos. Porque sabía que la herejía era mentira. Ragnar, sangre de mi sangre, jamás regresaría. Volver significaría romper los juramentos que nos hizo a mí, a su pueblo, a los dioses que nos vigilan desde las alturas de Asgard. —Baja la mirada hacia su hijo muerto—. Y entonces me desperté en esta pesadilla. —Cierra los ojos, respira hondo y vuelve a abrirlos—. ¿Quiénes sois vosotros para traer los restos del mejor nacido a mi torre?

—Me llamo Darrow de Lico —contesto—. Estas son Virginia au Augusto y Holiday ti Nakamura. —Alia ignora a Holiday y se vuelve rápidamente hacia Mustang. A pesar de sus casi dos metros, parece una cría en esta habitación tan grande—. Acompañamos a Ragnar en misión diplomática en nombre del Amanecer.

—El Amanecer. —No le gusta el sabor de la palabra extranjera—. ¿Y quién eres tú para mi hijo? —Mira mi pelo con más desdén del que un mortal debería sentir por un dios. Aquí hay algo más profundo en juego—. ¿Eres el amo de Ragnar?

—Soy su hermano —la corrijo.

—¿Su hermano? —repite burlándose de la idea.

—Su hijo juró servirme cuando se lo arrebaté a un dorado. Él me ofreció sus manchas y yo le ofrecí la libertad. Desde entonces, ha sido mi hermano.

—¿Ha…? —Le falla la voz—. ¿Ha muerto libre?

Su forma de decirlo corea esa comprensión más profunda. Y Mustang se da cuenta.

—En efecto. Sus hombres, los que tienes colgados de las paredes exteriores, te habrían dicho que yo encabezo una rebelión contra los dorados que os dominan, que te arrebataron a Ragnar, igual que hicieron con tus otros hijos. Y también os habrían dicho, a ti y al resto de tu pueblo, que Ragnar era el mejor de mis generales. Era un buen hombre. Era…

—Conozco a mi hijo —me interrumpe—. Nadaba con él entre los témpanos de hielo cuando era un niño. Yo le enseñé los nombres de la nieve y de las tormentas, y lo monté sobre mi grifo para enseñarle el espinazo del mundo. Se aferró a mi pelo con las manos y cantó de alegría mientras atravesamos las nubes del cielo. Mi hijo no tenía miedo. —Recuerda ese día de un modo muy distinto al de Ragnar—. Conozco a mi hijo. Y no necesito que un extraño me hable de su espíritu.

—Entonces deberías preguntarte, Reina, qué lo haría regresar aquí —interviene Mustang—. Qué lo haría enviar aquí a sus hombres, si volvería en persona si supiera que eso significara romper el juramento que os hizo a ti y a su pueblo.

Alia no abre la boca mientras examina a Mustang con su mirada de ojos hambrientos.

—Hermano. —Vuelve a mofarse de la palabra mirándome a mí de nuevo —. Me pregunto si utilizarías a tus hermanos de la manera en que lo has hecho con mi hijo. Trayéndolo aquí. Como si él fuera la llave que libera a los gigantes del hielo. —Echa un vistazo alrededor de la sala para que yo me fije en las hazañas grabadas en la piedra que se alza hasta una altura de quince hombres por encima de nuestras cabezas. Nunca he conocido a un artista obsidiano. Tan solo nos envían a sus guerreros—. Como si pudieras utilizar el amor de una madre contra ella misma. Así son los hombres. Huelo tu ambición. Tus planes. Yo no conozco el abismo, oh, caudillo de mundo, pero conozco el hielo. Conozco las serpientes que culebrean en los corazones de los hombres.

»Yo misma interrogué a los herejes. Sé lo que eres. Sé que desciendes de una criatura inferior a nosotros. De un rojo. He visto rojos. Son como niños. Pequeños elfos que viven en los huesos del mundo. Pero robaste el cuerpo de un aesir, de un nacido del Sol. Te consideras un destructor de cadenas, pero en realidad las creas. Quieres atarnos a ti. Utilizar nuestra fuerza para

engrandecerte. Como todos los hombres.

Se inclina sobre mi amigo muerto para fulminarme con la mirada, y entonces veo lo que esta mujer respeta, por qué Ragnar pensaba que tendría que matarla y hacerse con su trono, y por qué Mustang quería escapar. La fuerza. Y se pregunta dónde estará la mía.

—Sabes muchas cosas de él —admite Mustang—. Sin embargo, no sabes nada de mí y aun así me insultas.

Alia frunce el entrecejo. Está claro que no tiene ni idea de quién es Virginia y ninguna gana de hacer enfadar a un dorado de verdad, si es que Mustang lo es. Su seguridad en sí misma flaquea solo un instante.

—No he elevado ninguna queja contra ti, nacida del Sol.

—Claro que sí. Al sugerir que él alberga malos deseos para tu pueblo, también insinúas que yo estoy confabulada con él. Que yo, su acompañante, estoy aquí con las mismas intenciones malignas.

—Entonces ¿cuáles son tus intenciones? ¿Por qué acompañas a esta criatura?

—Para ver si merecía que lo siguiera —contesta Mustang.

—¿Y lo merece?

—Todavía no lo sé. Lo que sí sé es que millones de personas lo seguirán. ¿Conoces ese número? ¿Puedes siquiera alcanzar a comprenderlo, Alia?

—Conozco el número.

—Me has preguntado por mis intenciones —prosigue Mustang—. Te lo diré sin rodeos. Yo también soy caudilla y reina, como tú. Mis dominios son más extensos de lo que puedes llegar a entender. Tengo barcos de metal en el abismo que transportan a más hombres de los que has visto en tu vida. Que pueden partir en dos la montaña más alta. Y estoy aquí para decirte que no soy una diosa. Que esos hombres y mujeres de Asgard no son dioses. Son de carne y hueso. Como tú. Como yo.

Alia se pone en pie despacio, levantando a su enorme hijo en los brazos con facilidad. Lo acerca a un altar de piedra y lo deposita sobre él. Vierte aceite de una pequeña jarra sobre un paño y luego lo envuelve sobre el rostro de Ragnar. Luego besa el paño. Con la mirada clavada en él.

Mustang la presiona.

—Esta tierra no puede dar fruto. Está gobernada por el viento, el hielo y

la piedra yerma. Pero sobrevivís. Los caníbales merodean por las montañas. Los clanes enemigos ansían vuestro territorio. Pero sobrevivís. Vendéis a vuestros hijos e hijas a vuestros «dioses», pero sobrevivís. Dime, Alia. ¿Por qué? ¿Para qué vivir cuando solo lo hacéis para servir, para ver cómo se marchitan vuestras familias? Yo he visto desaparecer a la mía. Me los han ido robando uno por uno. Mi mundo está destrozado. Igual que el vuestro. Pero si sumáis vuestras fuerzas a las mías, a las de Darrow, tal como deseaba Ragnar…, podemos crear un mundo nuevo.

Alia se vuelve hacia nosotros, atormentada. Se planta ante nosotros con pasos lentos, mensurados.

—¿Qué te daría más miedo, Virginia au Augusto, un dios o un mortal con el poder de un dios? —La pregunta queda suspendida entre ambas mujeres, creando una distancia que las palabras no pueden salvar—. Un dios no puede morir. Así que no tiene miedo. Pero los hombres mortales… —Chasquea la lengua detrás de sus dientes manchados—. Cuánto miedo les da que llegue la oscuridad. Cuán horriblemente lucharán para permanecer en la luz.

Su voz corrompida me hiela la sangre.

Lo sabe.

Mustang y yo nos damos cuenta en el mismo terrible momento. Alia sabe que sus dioses son mortales. Un nuevo miedo bulle desde lo más profundo de mi ser. Soy un estúpido. Hemos recorrido toda esta distancia para quitarle la venda de los ojos, pero ella ya ha visto la verdad. Por alguna razón. De alguna manera. ¿Se lo revelaron los dorados porque es reina? ¿Lo descubrió por sí misma? ¿Antes de vender a Ragnar? ¿Después? No tiene importancia. Ya se ha resignado a este mundo. A la mentira.

—Hay otro camino —digo con desesperación, consciente de que Alia ya había realizado su juicio contra nosotros antes de que entráramos siquiera en esta sala—. Ragnar lo vio. Vio un mundo en el que vuestro pueblo podía abandonar el hielo. En el que podía forjarse su propio destino. Uníos a mí y ese mundo será posible. Os proporcionaré los medios para tomar el poder que os permitirá cruzar las estrellas como vuestros ancestros, caminar sin ser vistos, volar entre las nubes con unas botas. Podréis vivir en la tierra que elijáis. Donde el viento sea cálido como la carne y la tierra sea verde en lugar de blanca. Lo único que tenéis que hacer es luchar conmigo como lo hizo tu

hijo.

—No, hombrecito. No se puede luchar contra el cielo. No se puede luchar contra el río, el mar o las montañas. Y no se puede luchar contra los dioses —replica Alia—. Así que cumpliré con mi deber. Protegeré a mi pueblo. Os enviaré a Asgard encadenados. Dejaré que los dioses de las alturas decidan vuestro destino. Mi pueblo seguirá viviendo. Sefi heredará mi trono. Y yo enterraré a mi hijo en el hielo del que nació.

32

EN TIERRA DE NADIE

El cielo es del color de la sangre bajo una uña muerta cuando nos alejamos volando de las Torres. Esta vez somos prisioneros, encadenados boca abajo a fétidas sillas de montar de piel, como si fuéramos maletas. Se me humedecen los ojos cuando el viento de la baja troposfera los acuchilla. El grifo bate las alas, su musculosa espalda se ondula al sacudir el aire. Volamos de costado y veo que las amazonas alzan los rostros enmascarados hacia el cielo para ver la borrosa luz que es Fobos. Pequeños destellos de blanco y amarillo enturbian el cielo en penumbra mientras los barcos batallan por encima de nuestras cabezas. Rezo en silencio por la seguridad de Sevro, la de Victra y la de los Aulladores.

Las palabras no han funcionado con la madre de Ragnar, tal como Mustang dijo que sucedería. Y ahora vamos de camino a Asgard, un regalo para los dioses para asegurar el futuro del pueblo de Alia. Eso es lo que ella misma le dijo a Sefi. Y su silenciosa hija agarró mis cadenas y, con la ayuda de la guardia personal de la reina, nos arrastró a mí, a Mustang y a Holiday hasta el hangar donde esperaban sus valquirias.

Ahora, horas después, sobrevolamos una tierra creada por dioses airados en su juventud. Dramática y brutal, la Región antártica fue diseñada como castigo y prueba para los ancestros de los obsidianos que osaron alzarse contra los dorados en el segundo centenario de su reino. Un lugar tan salvaje que menos del sesenta por ciento de los obsidianos alcanzan la edad adulta,

según las cuotas del Consejo de Control de Calidad.

Esa desesperada lucha por la vida les priva de la oportunidad de la cultura y el progreso social, igual que a las tribus nómadas de la primera Edad Media. Los granjeros se cultivan. Los nómadas hacen la guerra.

Sutiles signos de vida salpican la inmensidad baldía. Manadas itinerantes de uros. Fuegos en las cordilleras montañosas, que destellan tras las grietas de las enormes puertas de las ciudades obsidianas, excavadas en la roca, mientras sus habitantes reúnen suministros y se apiñan tras sus murallas en vísperas de la larga oscuridad del invierno. Volamos durante horas. Me sumo en un duermevela, con el cuerpo exangüe. No había cerrado los ojos desde que compartimos un plato de pasta con Ragnar en nuestro acogedor agujero en el vientre de aquella nave sin vida. ¿Cómo pueden haber cambiado tantas cosas tan rápido?

Me despierto con el bramido de un cuerno. «Ragnar está muerto». Es el primer pensamiento que ocupa mi mente.

No es la primera vez que la pena me despierta.

Otro cuerno resuena mientras las amazonas de Sefi se acercan unas a otras para adoptar una formación conjunta. Ascendemos entre un mar de nubes de color gris ceniza. Sefi arqueada sobre las riendas delante de mí. Espoleando a su grifo hacia una oscuridad descomunal. Nos liberamos de las nubes para avistar Asgard suspendida en el crepúsculo. Es una montaña que los dioses arrancaron del suelo y colocaron a medio camino entre el abismo y el mundo de hielo que se extiende a sus pies. Sede de los aesir. Donde el Olimpo era una brillante celebración de los sentidos, esto es una siniestra amenaza contra una raza conquistada.

Una serie de escalones de piedra, precarios y aparentemente sin apoyo, se alzan desde las montañas que hay más abajo. La Vía de las Manchas. El camino que todo joven obsidiano debe tomar si desea ganarse el favor de los dioses, obtener honra y abundancia para su tribu convirtiéndose en sirviente de la Gran Madre Muerte. Más abajo, el Valle de los Muertos está atestado de cadáveres. Montículos congelados de hombres y mujeres en una tierra donde la carroña nunca se pudre y solo la laboriosidad de los cuervos consigue crear verdaderos esqueletos. Es un trayecto solitario, y debemos seguirlo si los obsidianos pretenden acercarse a la montaña.

Esto es lo que hace falta para asustar a un obsidiano. Ahora siento ese miedo en Sefi. Ella nunca ha recorrido este camino. Ningún Sucio puede permanecer entre las gentes de las Torres o de las otras tribus. Todos son seleccionados por los dorados para el servicio. Su madre jamás le habría permitido someterse a las pruebas. Necesitaba que una hija se quedara para ser su heredera.

Al contrario que el Olimpo, Asgard está rodeada de medidas de seguridad. Emisores electrónicos de frecuencias agudas que harían que los tímpanos de un grifo se pusieran a sangrar a dos kilómetros de distancia. Más cerca, un escudo de pulsos de carga alta que haría hiperoscilar la estructura molecular de cualquier hombre o criatura llevando a ebullición el agua de nuestra piel y nuestros órganos. Magia negra para los obsidianos. Pero hoy los sensores están apagados por cortesía de Quicksilver y sus piratas informáticos, y las cámaras y los drones que monitorizan nuestra aproximación no nos ven, sino que muestran imágenes grabadas hace tres años, exactamente igual que los satélites. Solo hay una forma de solicitar audiencia con los dioses, y es siguiendo la Vía de las Manchas a través del Templo de Bocasombría.

Aterrizamos en la cima del imponente pico montañoso que hay debajo de Asgard, donde la Vía de las Manchas está amarrada a la tierra. Un templo negro se corva sobre la escalera como una vieja arpía posesiva. El tiempo ha causado estragos en él. Su fachada se despedaza contra el viento.

Me bajan de la silla y me desplomo sobre el hielo. Tengo las piernas dormidas después del largo viaje. Las valquirias esperan a que me levante con ayuda de Mustang.

—Creo que ha llegado la hora —dice.

Asiento y dejo que las valquirias nos empujen en pos de Sefi hacia el templo negro. El viento entra a raudales por las bocas de las trescientas treinta y tres caras de roca que gritan desde la fachada principal del templo, apresadas bajo la roca negra, con una mirada salvaje en unos ojos desesperados por ser rescatados. Entramos por debajo del arco negro. La nieve se acumula sobre el suelo.

—Sefi —digo.

La mujer se vuelve despacio para mirarme. No se ha limpiado la sangre

de su hermano del pelo.

—¿Podría hablar contigo? ¿A solas?

Las valquirias aguardan a que su silenciosa líder asienta antes de hacer retroceder a Mustang y a Holiday. Sefi se adentra en el templo. Yo la sigo tan rápido como me permiten las cadenas hasta un pequeño patio abierto al cielo. Me estremezco a causa del frío. Sefi me mira bajo la extraña luz violácea, esperando pacientemente a que comience a hablar. Es la primera vez que se me ocurre pensar que ella siente tanta curiosidad por mí como yo por ella. Y eso también me llena de confianza. Esos pequeños ojos oscuros son inquisitivos. Ven los resquicios de las cosas. De los hombres, de las armaduras, de las mentiras. Mustang tenía razón respecto a Alia. Ella jamás nos escucharía. Yo lo sospechaba antes de que entráramos en su sala del trono, pero tenía que intentarlo. De todas maneras, aunque nos hubiera escuchado, Mustang nunca habría confiado en que Alia Gorrión de Nieve liderara a los obsidianos en nuestra guerra. Habría ganado una aliada y perdido otra. Pero Sefi… Sefi es la última esperanza que me queda.

—¿Adónde van? —comienzo—. ¿Te lo has preguntado alguna vez? Me refiero a los hombres y mujeres que tu clan les entrega a los dioses. Me parece que no te crees lo que te dicen. Que los ensalzan como guerreros. Que les conceden innumerables riquezas al servicio de los inmortales.

Espero a que me conteste. Por supuesto, no lo hace. Si no consigo persuadirla aquí, podemos darnos por muertos. Pero Mustang cree, al igual que yo, que tenemos una oportunidad con ella. Al menos una oportunidad mayor de la que nunca tuvimos con Alia.

—Si creyeras en los dioses, no habrías hecho voto de silencio cuando Ragnar ascendió. Otros lo vitorearon, pero tú lloraste. Porque tú lo sabes…, ¿no es así? —Doy un paso hacia la mujer. Mide poco más que yo. Es más musculosa que Victra. Su rostro pálido es casi del mismo tono que su pelo—. Sientes la oscura verdad en tu corazón. Todos los que abandonan el hielo se convierten en esclavos.

Frunce el entrecejo. Intento no perder mi ímpetu.

—Tu hermano era un Sucio, un Hijo de las Torres. Era un titán. Y él ascendió para servir a los dioses, pero no lo trataron mejor que a un perro. Lo obligaron a luchar en fosos, Sefi. Apostaban contra su vida. Tu hermano, el

que te enseñó los nombres del hielo y el viento, que fue el mejor Hijo de las Torres de su generación, era propiedad de otro hombre.

Levanta la vista hacia el cielo, donde las estrellas parpadean a través del crepúsculo amoratado. ¿Cuántas noches habrá mirado hacia arriba preguntándose qué habría sido de su hermano mayor? ¿Cuántas mentiras se habrá dicho a sí misma para ser capaz de dormir por la noche? Ahora, conocer los horrores que Ragnar sufrió hace mucho peores todas esas veces que alzó la mirada hacia las estrellas.

—Fue tu madre quien lo vendió —prosigo aprovechando la oportunidad —. Vendió a tus hermanas, a tus hermanos, a tu padre. Todos aquellos que se han marchado en un momento u otro han viajado hacia la esclavitud. Como mi pueblo. Sabes lo que decían los profetas que envió tu hermano. Yo era un esclavo, pero me he levantado contra mis señores. Tu hermano se levantó conmigo. Ragnar volvió aquí para que vinieras con nosotros. Para sacar a tu pueblo de la servidumbre. Y murió por ello. Por ti. ¿Confías lo bastante en él para creerte sus últimas palabras? ¿Lo quieres lo suficiente?

Vuelve a mirarme con el blanco de los ojos enrojecido por una ira que parece haber estado latente durante mucho tiempo. Como si hiciera años que conoce la duplicidad de su madre. Me pregunto qué habrá oído, escuchando durante dos décadas y media. Me pregunto incluso si su madre le habrá contado la verdad. Sefi va a ser reina. Tal vez ese sea el rito de paso. Transmitir el conocimiento de su verdadera condición. Hasta es posible que Sefi escuchara nuestra audiencia con Alia. Hay algo en la manera en que me mira que me hace pensar eso.

—Sefi, si me entregas a los dorados, su reino continúa y tu hermano se habrá sacrificado para nada. Si el mundo es de tu agrado, entonces no hagas nada. Pero si crees que está destrozado, que es injusto, arriésgate. Deja que te muestre los secretos que tu madre te ha ocultado. Permite que te muestre cómo son tus dioses mortales. Deja que te ayude a honrar a tu hermano.

Se queda mirando la nieve que revolotea sobre el suelo, perdida en sus pensamientos. Entonces, con un comedido gesto de asentimiento, saca una llave de hierro de su capa de montar y se acerca a mí.

La escalera de la Vía de las Manchas está helada y sufre el azote de las ráfagas de viento. Se revuelve endemoniadamente hacia el cielo a través de las nubes. Pero no es más que una escalera. Subimos los peldaños sin cadenas, disfrazados de valquirias: máscaras de montar hechas de hueso y pintadas de azul, capas de montar y unas botas demasiado grandes para mis pies. Tres mujeres que se han quedado atrás para vigilar al grifo a la entrada del templo nos lo han prestado todo. Sefi encabeza la comitiva, y otras ocho valquirias van por detrás. Para cuando llegamos al final de los peldaños y vemos el complejo de cristal negro de los dorados que corona la montaña flotante, me tiemblan las piernas. Hay un total de ocho torres, cada una de ellas propiedad de uno de los dioses. Rodean un edificio central, una pirámide de cristal oscuro, como si fueran los radios de una rueda, conectados por puentes estrechos unos veinte metros por encima del suelo nevado e irregular. Entre nosotros y el complejo de los dioses hay un segundo templo con la forma de un gigantesco rostro que grita; este es tan grande como el castillo de Marte. Delante del templo hay un pequeño parque cuadrado en cuyo centro se eleva un árbol negro y nudoso. Sus ramas arden. Unas flores blancas descansan entre las llamas, indiferentes al fuego. Las valquirias intercambian susurros, temerosas de la magia que lo hace posible.

Con cuidado, Sefi arranca una de las flores del árbol. Las llamas le chamuscan los bordes de los guantes de piel, pero consigue hacerse con el pequeño capullo blanco con forma de lágrima. Cuando lo toca, se expande y se torna del color de la sangre antes de marchitarse y convertirse en cenizas. Nunca he visto nada igual. Tampoco es que me importe un bledo la teatralidad de todo esto. Hace demasiado frío para eso. Una huella roja ensangrentada florece en la nieve ante nosotros. Sefi y sus valquirias se quedan totalmente inmóviles, con los brazos estirados y los dedos crispados en un gesto de defensa contra los espíritus malignos.

—Solo es sangre escondida en la roca —dice Mustang—. No es de verdad.

Aun así, las valquirias se sienten sobrecogidas cuando en el suelo comienzan a aparecer más huellas que nos guían hacia la boca del dios. Se

miran unas a otras, aterrorizadas. Incluso Sefi se arrodilla cuando llegamos a la escalera que se inicia en la base de la boca del templo. La imitamos y apretamos la nariz contra la piedra cuando la garganta se abre y de ella brota un anciano marchito. Tiene la barba blanca y los ojos violetas y lechosos por la edad.

—¡Estáis locos! —aúlla—. Completamente locos por haber subido la escalera en vísperas del invierno. —Golpea todos y cada uno de los escalones con su báculo mientras baja. Su voz saca todo el jugo posible a sus palabras —. Huesos y sangre helada es lo único que debería quedar. ¿Habéis venido a solicitar una prueba de las manchas?

—No —bramo en mi mejor nagal.

Someternos ahora a la prueba de las manchas no nos valdría de nada. Solo veríamos a los dioses cuando nos realizaran los tatuajes faciales. E incluso Ragnar pensaba que sobrevivir a la prueba de los Sucios era algo para lo que yo no estaba preparado. Solo existe otra forma de atraer a los dioses hacia mí. Un cebo.

—¿No? —repite el violeta confuso.

—Venimos a solicitar una audiencia con los dioses.

En cualquier momento, una de las valquirias podría delatarnos. Le bastaría con una palabra. La tensión se me acumula en los hombros. Lo único que hace que mantenga la cordura es que sé que Mustang está lo bastante comprometida con el plan para estar arrodillada a mi lado en lo alto de esta maldita montaña. Eso tiene que significar que no estoy loco del todo. O al menos eso espero.

—¡O sea que, en efecto, estáis locos! —exclama el violeta, que comienza a estar aburrido de nosotros—. Los dioses vienen y van. Visitan el abismo, el mar al pie de las montañas. Pero no conceden audiencias a los hombres mortales. Solo los Sucios son merecedores de su amor. Pues ¿qué es el tiempo para esas criaturas? Solo los Sucios pueden soportar el frenesí de su presencia. Solo los hijos del hielo y la noche más oscura.

Bueno, esto empieza a ser un maldito fastidio.

—Un barco de hierro y estrella ha caído del abismo —digo—. Llegó con una cola de fuego. Y se precipitó contra los picos cercanos a las Torres Valquirias. Ardiendo por el cielo como la sangre.

—¿Un barco? —pregunta el violeta, que ahora, tal como suponíamos, está muy interesado.

—Sí, de hierro y estrella.

—¿Cómo sabéis que no fue una visión? —pregunta el violeta con astucia.

—Tocamos el hierro con nuestras propias manos —contesto.

El violeta guarda silencio, dándole vueltas a la cabeza frenéticamente detrás de esos ojos maníacos. Apostaría algo a que sabe que sus sistemas de comunicación no funcionan. Que sus señores estarán ansiosos por saber lo de la nave derribada. Es posible que las últimas imágenes que haya visto sean las de mi discurso antes de que Quicksilver lo desconectara todo. Ahora este violeta servil, este actor ambicioso desterrado a los páramos para interpretar una pantomima ante unos bárbaros ilusos, posee información que sus señores no conocen. Tiene algo de valor y, cuando se da cuenta de ello, entorna los ojos con avaricia. Ahora ha llegado su momento de tomar la iniciativa y ganarse el favor de sus señores.

Qué triste es la fiabilidad de la codicia para convertir a los hombres en tontos.

—¿Tenéis pruebas? —pregunta con avidez—. Cualquiera podría decir que ha visto caer un barco de los dioses.

Dubitativa, temerosa del engaño que tramo, pero sintiendo desprecio por el sacerdote, Sefi saca mi filo de su bolsa. Está envuelto en piel de foca. Lo deposita en el suelo con forma de látigo. El violeta sonríe, tremendamente satisfecho. Intenta alzarlo con un trapo sacado de su bolsillo, pero Sefi lo recupera tirando de la piel de foca.

—Esto es para los dioses —gruño—. No para sus cachorros.

33

DIOSES Y HOMBRES

El sacerdote nos escolta a través de la boca del templo, donde esperamos arrodillados en una antecámara de roca negra situada en el interior de la montaña. La boca de piedra se cierra con estruendo detrás de nosotros. Las llamas bailan en el centro de la sala, lamiendo el techo de ónice en una columna de fuego.

Los acólitos deambulan por el templo cavernoso salmodiando en voz baja, cubiertos con capuchas de arpillera negra.

—Hijos del Hielo —susurra finalmente una voz divina desde la oscuridad.

Es un sintetizador, como los de nuestros demoniyelmos, que separa la voz por estratos de manera que parecen una docena unidas. La invisible mujer dorada ni siquiera se molesta en poner acento. Habla su idioma con la misma fluidez que yo, pero siente desprecio por las personas a las que se dirige.

—Traéis noticias.

—Así es, nacida del Sol.

—Habladnos del barco que habéis visto —dice otra voz, esta vez masculina. Menos arrogante y más juguetona—. Puedes mirarme a la cara, hijito.

Aún de rodillas, levantamos furtivamente la mirada del suelo para ver a dos dorados que desactivan sus espectrocapas. Están de pie, muy cerca de nosotros, en la sala oscura. Las llamas del templo danzan sobre sus metálicas

caras de dioses. El hombre lleva una capa. La mujer, presumiblemente, no ha tenido tiempo de ponerse la suya, tan impacientes como estaban por atendernos.

Ella interpreta el papel de Freya y él va vestido de Loki. El semblante metálico de este último representa a un lobo. Los animales huelen el miedo. Los hombres no. Pero los que matan lo suficiente son capaces de sentir las vibraciones de ese silencio en concreto. En estos momentos percibo las de Sefi. Los dioses son de verdad, piensa. Ragnar se equivocaba. Nosotros nos equivocábamos. Pero no dice nada.

—Dejó un rastro de sangre en el cielo —murmuro con la cabeza baja—. Emitió grandes rugidos y se estrelló contra la ladera de la montaña.

—No me digas —murmura Loki—. ¿Y está de una pieza o hay muchos trocitos pequeñitos, hijo?

Es arriesgado decir que hemos visto caer una nave, pero no se me ocurría ningún otro truco que apartara a los dorados de sus holopantallas en mitad de una rebelión, más allá de sus sistemas de seguridad y su guarnición de grises, para reunirse aquí conmigo. Son Marcados como Únicos, atrapados aquí, en la frontera, mientras su mundo cambia más allá de estos muros. Antiguamente, este puesto se habría considerado glamuroso, pero ahora es una especie de destierro. Me pregunto qué crímenes o fracasos traerían a estos Marcados como Únicos aquí, a hacer de niñeras de los páramos.

—Los huesos de la nave ensucian la montaña, nacido del Sol —explico bajando de nuevo la mirada hacia el suelo para que no insistan en que me quite la máscara que oculta mi rostro. Cuanto más me humille, menos curiosidad despertaré—. Tan destrozado como un barco de pesca al que un destructor hubiera atacado por la popa. Astillas de hierro, astillas de hombres sobre la nieve.

—¿Astillas de hombres? —pregunta Loki.

—Sí. De hombres. Pero con caras blandas. Como de piel de foca a la luz de la lumbre. —Demasiadas metáforas—. Pero con los ojos como ascuas. —No puedo parar. ¿De qué otra manera hablaba Ragnar?—. Con el pelo como el dorado de vuestro rostro.

Las máscaras de metal de los dorados permanecen impasibles, pues se comunican entre ellos a través de los intercomunicadores que llevan en los

cascos.

—Nuestro sacerdote asegura que tenéis un arma de los dioses —dice Freya con un tono de voz autoritario.

Sefi saca la piel de foca una vez más, con el cuerpo tenso, preguntándose cuándo disiparé la magia de los dioses, tal como le prometí. Le tiemblan las manos. Los dos dorados se acercan más y la ligera vibración de los escudos de pulsos se hace evidente. Si lo toco, me fríen. No tienen ningún miedo. No aquí, en su montaña. Acercaos más. Acercaos, estúpidos cabrones.

—¿Por qué no se la habéis llevado al líder de vuestra tribu? —pregunta Loki.

—¿O a vuestro chamán? —añade Freya con suspicacia—. La Vía de las Manchas es larga y difícil. Subirla entera para traernos esto…

—Somos nómadas —responde Mustang cuando Freya se agacha para examinar la hoja—. No tenemos líder. Ni chamán.

—¿Ah, sí, pequeña? —pregunta Loki por encima de la cabeza de Sefi. Se le ha endurecido la voz—. ¿Y entonces por qué veo los tatuajes azules de las valquirias en los tobillos de esa?

Se lleva la mano al filo que tiene en la cadera.

—La expulsaron de su tribu —digo—. Por romper un juramento.

—¿Está marcada con el emblema de alguna casa? —le pregunta Loki a Freya.

La mujer estira la mano hacia la empuñadura del arma que reposa delante de mí cuando Mustang se echa a reír amargamente captando su atención.

—En el mango, buena mujer —le dice en jerga áurea mientras se quita la máscara que le cubre el rostro y la lanza al suelo sin despegar las rodillas de él—. Encontrará un pegaso en pleno vuelo. Emblema de la casa de Andrómeda.

—¿Augusto? —balbucea Loki al reconocer la cara de Mustang.

Aprovecho su sorpresa y me deslizo hacia delante. Para cuando se vuelven hacia mí, ya le he arrebatado el filo a Freya de debajo de la mano y activado el conmutador, de manera que se ha convertido en el curvado signo de interrogación que ha ardido en las laderas de las colinas, se ha rebanado en las frentes y ha matado a tantos miembros de su raza. El mismo que habrán visto en sus holopantallas mientras yo soltaba mi discurso.

—Segador… —consigue articular Freya al tiempo que levanta su puño de pulsos.

Le hago un tajo en el hombro, luego en la cabeza a la altura de la mandíbula y finalmente lanzo el filo contra el centro del pecho de Loki. La hoja se frena cuando impacta contra el escudo de pulsos, paralizada en el aire durante medio segundo hasta vencer su resistencia. Finalmente, lo atraviesa. Pero ha perdido fuerza y la armadura que hay debajo aguanta. Se incrusta en el peto de la armadura de pulsos. Inofensiva. Hasta que Mustang da un paso al frente y le asesta una patada lateral a la empuñadura del filo. La hoja perfora la armadura y ensarta a Loki.

Ambos dioses caen. Freya de espaldas, Loki de rodillas.

—Máscaras fuera —ladra Mustang cuando Loki rodea con las manos el filo que le sobresale del pecho. Le da un manotazo para que no pueda alcanzar su terminal de datos—. Nada de intercomunicadores.

Holiday le quita el filo que lleva en la cadera cuando su escudo de pulsos se cortocircuita. Yo me hago con la hoja del cadáver de Freya.

—Ahora.

Sefi y sus valquirias, aún arrodilladas, se quedan mirando con los ojos como platos el charco de sangre que va acumulándose bajo el cuerpo de Freya. Le quito el casco de la cabeza a la mujer para dejar al descubierto la cara machacada de una joven Marcada como Única con la piel oscura y los ojos almendrados.

—¿Se te parece esto a una diosa, Sefi? —pregunto.

Mustang deja escapar una breve carcajada oscura cuando Loki se quita la máscara.

—Darrow. Mira quién es. ¡El próctor Mercurio!

El Marcado como Único de rostro regordete como el de un querubín que trató de reclutarme para su casa en el Instituto antes de que lo hiciera Fitchner. La última vez que nos vimos hace cinco años, quiso batirse en duelo conmigo en el pasillo mientras mis Aulladores arrasaban el Olimpo. Le disparé en el pecho con un puño de pulsos. No dejó de sonreír en todo el rato. Ahora que el metal le atraviesa el pecho, no sonríe.

—Próctor Mercurio —digo—. Tienes que ser el dorado con peor suerte que haya conocido en mi vida. Dos montañas perdidas ante un rojo.

—Segador. Tienes que estar de coña. —Se estremece de dolor y se ríe de su propia sorpresa—. Pero si estás en Fobos.

—Negativo, buen hombre. Ese es mi diminuto cómplice psicótico.

—Demonios. Demonios. —Mira la hoja que tiene en el pecho y gruñe al sentarse de culo, resollando—. ¿Cómo… es posible… que no te hayamos visto?

—Quicksilver ha pirateado vuestros sistemas —respondo.

—Estás aquí… por…

Le falla la voz cuando ve que las valquirias se levantan para arremolinarse en torno a la diosa muerta. Sefi se inclina sobre Freya. La pálida guerrera le acaricia el rostro con los dedos a la mujer mientras Holiday le quita la armadura.

—Por ellos —digo—. Claro que estoy aquí por ellos, maldita sea.

—Oh, demonios. Augusto —dice nuestro viejo próctor volviéndose hacia Mustang con una risa sardónica—. No puedes hacer esto…, es una locura. ¡Son monstruos! ¡No puedes dejarlos salir de aquí! ¿Sabes lo que ocurrirá? ¡No abras la caja de Pandora!

—Si son monstruos, deberíamos preguntarnos quién los hizo así —replica Mustang en la lengua de los obsidianos para que Sefi pueda entenderla—. Y ahora, ¿cuáles son los códigos de acceso a la armería de Asgard?

El hombre escupe.

—Tendrás que pedírmelos con mejores modales, traidora.

Mustang contesta con una frialdad mortífera:

—La traición es una cuestión de fechas, próctor. ¿Tengo que preguntártelo de nuevo? ¿O empiezo a recortarte las orejas?

Junto al cuerpo de Freya, Sefi unta un dedo en la sangre y la prueba.

—No es más que sangre —digo acuclillándome a su lado—. No es icor. No es divina. Solo humana.

Le tiendo el filo de Freya para que lo coja. Se estremece al pensarlo, pero se obliga a rodear la empuñadura con los dedos, con las manos temblorosas, esperando que la fulmine un rayo o electrocutarse como les sucede a quienes tocan un escudo de pulsos con las manos desnudas.

—Este botón de aquí retrae el látigo. Este otro controla la forma.

Sostiene el filo contra el pecho reverencialmente y levanta la mirada

hacia mí. Sus ojos furiosos me preguntan qué forma debería darle. Señalo el mío con la cabeza, tratando de estrechar lazos con ella. Y lo consigo. Aunque solo sea de esta forma marcial. Lentamente, su filo adopta la forma de la falce. Se me eriza el vello de los brazos cuando las valquirias intercambian risas. Vibrando de entusiasmo, sacan sus hachas y sus largos cuchillos y nos miran a Mustang y a mí.

—Quedan cinco dioses —dice Virginia—. ¿Cómo les gustaría conocerlos, señoritas?

34

MATADIOSES

Arrastramos los cuerpos de siete dioses, dos muertos y cinco hechos prisioneros, a nuestras espaldas. Yo llevo puesta la armadura de Odín. Sefi la de Tyr. Mustang la de Freya. Las hemos encontrado al saquear la armería de Asgard. La sangre mancha la piedra del pasillo. Los pies resbalan y tropiezan mientras Sefi tira de uno de los dioses agarrándolo del pelo. Sus valquirias remolcan a los demás.

Hemos vuelto a las Torres en una lanzadera robada de Asgard. Habíamos recorrido todo el lugar con sigilo, sirviéndonos de los códigos de Loki para acceder a la armería y enfundarnos en la panoplia de guerra antes de buscar al resto de los dioses. Encontramos a dos de ellos en el servidor de Asgard, comandando a un grupo de verdes que intentaban expulsar a los piratas de Quicksilver de su sistema. Con su nuevo filo, Sefi le cercenó el brazo a uno y dejó al otro inconsciente, aterrorizando a los verdes. Dos de ellos levantaron el puño en mi dirección a modo de silencioso reconocimiento de sus simpatías hacia el Amanecer. Con su ayuda, encerramos al resto en un almacén y luego los dos simpatizantes verdes me pusieron en conexión directa con la sala de operaciones de Quicksilver.

No pudimos comunicarnos con el propio Quicksilver, pero Victra nos transmitió la noticia de que la estratagema de Sevro ha funcionado. Algo más de un tercio de la flota de defensa de Marte está bajo el poder de los Hijos de Ares y los azules de Quicksilver. Miles de soldados de las mejores tropas de

la Sociedad están atrapados en Fobos, pero el Chacal contraataca con dureza, haciéndose personalmente con el mando de los barcos restantes y recurriendo a las potencias del Cinturón de Kuiper para reforzar su mermada flota.

Al resto de los dorados los localizamos en los niveles más bajos gracias al mapa de los sensores biométricos de la estación. Una estaba practicando con el filo en las salas de entrenamiento. En cuanto me vio la cara, dejó caer el arma en señal de rendición. A veces la reputación es algo muy útil. A los dos dorados que quedaban los encontramos en las salas de monitorización, cambiando de una cámara a otra. Acababan de descubrir que las imágenes provenían de un archivo de hace tres años.

Ahora, todos nuestros cautivos dorados llevan esposas magnéticas y están atados unos a otros por medio de largos fragmentos de cuerda sacados del grifo de Sefi, amordazados, lanzando miradas hacia las Torres como si los hubiéramos arrastrado hasta la boca del mismísimo infierno.

Los obsidianos de las Torres se nos acercan en tropel por los pasillos. Se apresuran desde todos los rincones para presenciar el extraño espectáculo. La mayoría de ellos solo habían visto a sus dioses de lejos, como destellos de oro que relampaguean sobre la nieve de primavera al triple de la velocidad del sonido. Ahora llegamos mezclados con ellos, con nuestros escudos de pulsos distorsionando el aire, y los cañones de pulsos de nuestra lanzadera derriten las enormes puertas de hierro que protegían del frío el hangar de los grifos. Las puertas se funden hacia dentro, tal como sucedió en el Pax cuando Ragnar me ofreció sus manchas.

No era así como pretendía atraer a los obsidianos hacia mi influencia. Quería utilizar las palabras, actuar con humildad, vestir una piel de foca, no una armadura, y ponerme a su merced para demostrarle a Alia que apreciaba el valor de su pueblo. Que respetaba su opinión y estaba dispuesto a ponerme en peligro por ellos. Quería poner en práctica lo que predicaba. Pero incluso Ragnar sabía que era una empresa descabellada. Y ahora no tengo tiempo para la intransigencia o las supersticiones. Si Alia no quiere seguirme a la guerra, la arrastraré hasta ella, aunque patalee, aunque grite, como hice con Lorn antes que con ella. Para que los obsidianos me escuchen, debo hablarles en la única lengua que conocen.

La de la fuerza.

Sefi dispara su puño de pulsos por encima de mi cabeza hacia las puertas que llevan al santuario de su madre. El hierro antiguo se comba. Las bisagras dobladas y retorcidas chirrían. Pasamos ante un ejército de gigantes postrados que atestan ambos lados de los pasillos cavernosos. Tanta fuerza debilitada por la superstición. Una vez, cuando eran más fuertes, intentaron cruzar los mares. Construyeron inmensas *knarr* para trasladar muchos guerreros. Los monstruos tallados que los dorados habían sembrado en las aguas destrozaron todas y cada una de las embarcaciones, cuando no fueron los propios dorados quienes las hicieron desaparecer del océano. El último barco se hizo a la mar hace más de doscientos años.

Nos topamos con Alia mientras celebra un consejo con sus famosos setenta y siete caciques. Se vuelven hacia nosotros, sentados entre enormes braseros humeantes. Son guerreros de gran tamaño, con el pelo blanco hasta la cintura, los brazos desnudos, cadenas de hierro alrededor de las cinturas y enormes hachas a las espaldas. Sus ojos negros y sus anillos tachonados de metales preciosos brillan en la penumbra. Pero ver que unas puertas de hierro de trescientos años de antigüedad se iluminan con un resplandor naranja y se derriten repentinamente los deja demasiado anonadados para siquiera hablar o arrodillarse. Me detengo ante ellos, arrastrando todavía los cadáveres de los dorados detrás de mí. Mustang y Sefi empujan a sus dorados apresados hacia delante haciéndolos tropezar. Se desploman contra el suelo y tratan de ponerse en pie con grandes esfuerzos, empeñándose contra toda razón en mantener alguna dignidad en esta sala ahumada, rodeados de gigantes salvajes.

—¿Acaso son dioses? —rujo desde detrás de mi yelmo.

Nadie contesta. Alia se mueve despacio entre los caciques, que van abriéndole paso.

—¿Acaso soy yo un dios? —gruño, y esta vez me quito el casco.

Mustang y Sefi hacen lo propio. Alia ve a su hija con la armadura de sus dioses y da un respingo. El miedo susurra entre sus labios. Se para cerca de los cinco dorados atados y amordazados, que al fin han logrado incorporarse. Miden más de dos metros, pero por más encorvada y vieja que esté Alia, sigue sacándonos una cabeza. Clava la mirada en los hombres y mujeres que una vez fueron sus dioses antes de desviarla hacia su última hija.

—Hija mía, ¿qué has hecho?

Sefi no dice nada, pero el filo que lleva en el brazo sisea atrayendo la atención de todos los obsidianos. Una de sus más destacadas figuras lleva el arma de los dioses.

—Reina de los valquirios —le digo como si no nos hubiéramos visto nunca—. Me llamo Darrow de Lico. Hermano de sangre de Ragnar Volarus. Soy el caudillo del Amanecer que se alza contra los falsos dioses dorados. Todos habéis visto los fuegos que se propagan alrededor de la luna. Los ha provocado mi ejército. Más allá de esta tierra, en el abismo, una guerra causa estragos entre esclavos y señores. Vine aquí con el más grandioso de los Hijos de las Torres para traerle la verdad a vuestro pueblo. —Señalo a los dorados, que me miran con el odio de toda una raza—. Ellos lo derribaron antes de que pudiera revelaros que sois esclavos. Lo que decían los profetas que envió era cierto. Vuestros dioses son falsos.

—¡Mentiroso! —exclama alguien.

Es un chamán con las rodillas torcidas y la espalda encorvada. Masculla algo más, pero Sefi lo manda callar.

—¿Mentiroso? —sisea Mustang—. He estado en Asgard. He visto dónde duermen vuestros inmortales. Donde follan, comen y cagan. —Hace girar el puño de pulsos que tiene en la mano—. Esto no es magia. —Activa sus gravibotas y se eleva en el aire. Los obsidianos la miran asombrados—. Esto no es magia, es una herramienta.

Alia ve lo que he hecho. Lo que le he mostrado a su hija y lo que ahora le he traído a su pueblo, lo quiera ella o no. Poseemos el mismo tipo de crueldad. Me dije a mí mismo que sería mejor persona. He roto esa promesa. Pero ya brillará la vanidad otro día. Esto es la guerra. Y la victoria es la única nobleza. Creo que eso es lo que Mustang buscaba aquí, con los obsidianos. Tenía miedo de que yo permitiera que mi propio idealismo liberara algo que no pudiera controlar. Pero ahora ve el compromiso que estoy dispuesto a asumir. La fuerza que estoy dispuesto a ejercer. Eso es lo que busca en un aliado, aparte de que sea capaz de construir. Quiere alguien lo bastante inteligente para adaptarse.

¿Y Alia? Ve cómo me mira su pueblo. Cómo miran mi hoja, todavía manchada por la sangre de los dioses: como si fuera una especie de reliquia

sagrada. Y también sabe que podría haberla hecho cómplice del crimen de los dorados. Podría haberla acusado ante su gente. Pero en lugar de eso le ofrezco la oportunidad de fingir que es la primera vez que oye hablar de esto.

Lamentablemente, la madre de mi amigo no acepta la oferta. Da un paso hacia Sefi.

—Yo te llevé en mi vientre, te parí, te crie, ¿y esta es mi recompensa? ¿La traición? ¿La blasfemia? Tú no eres una valquiria. —Mira a su pueblo—. Todo esto son mentiras. Liberad a nuestros dioses de los usurpadores. Matad a los blasfemos. ¡Matadlos a todos!

Pero antes de que el primer cacique pueda siquiera desenvainar su hoja, Sefi se acerca a su madre y la decapita con el filo que le he dado. La cabeza cae al suelo, con los ojos todavía abiertos. El enorme cuerpo de la mujer permanece erguido. Poco a poco, se inclina hacia atrás y se desploma con gran estrépito. Su hija se acerca a la reina caída y escupe al cadáver. Se vuelve hacia su gente y habla por primera vez en veinticinco años.

—Ella lo sabía.

Su voz es grave y peligrosa. Apenas un susurro. Aun así, se apodera de la sala con la misma firmeza que si rugiera. Entonces la gran Sefi les da la espalda a los dorados y atraviesa de nuevo la manada de caciques de camino al trono de grifo donde el legendario cofre de guerra de su madre lleva diez años sin abrirse. Una vez allí, se agacha, coge el candado entre las manos y emite un gruñido gutural, similar al de una bestia salvaje, mientras tira del hierro oxidado hasta que le sangran los dedos y la cerradura se hace añicos. La tira al suelo y abre el cofre, del que extrae la vieja piel de escarabajo negra que su madre utilizó para conquistar la Costa Blanca. Saca también la capa de escamas rojas del dragón que su madre mató de joven. Y levanta en alto su inmensa hacha de guerra de dos cabezas, que es negra. El resplandor ondulante del duroacero refleja la luz. Sefi regresa hacia los dorados arrastrando la hoja por el suelo a su espalda.

Le hace un gesto a Mustang, que les quita las mordazas a los falsos dioses.

—¿Eres un dios? —pregunta la obsidiana.

Su tono de voz es muy distinto del de su hermano, es directo y frío como una tormenta de invierno.

—Te abrasarás, mortal —contesta el hombre—. Si no nos liberas, Aesir vendrá desde el cielo y hará que llueva fuego sobre tu tierra. Lo sabes bien. Extinguiremos tu descendencia de los mundos. Derretiremos el hielo. Nosotros somos los poderosos. Somos los Marcados como Únicos. Y este milenio pertenece…

Sefi lo mata con un único y poderoso tajo. La sangre me salpica la cara. Ni siquiera me inmuto. Sabía lo que ocurriría si los traía aquí. También sabía que no habría manera de mantenerlos como prisioneros. Los dorados crearon este mito, pero ahora debe morir. Mustang se acerca un poco más a mí; es su forma de decirme que acepta todo esto. Pero no aparta la mirada de los dorados. Recordará esta matanza durante el resto de sus días. Es su deber y el mío hacer que llegue a significar algo.

Parte de mí lamenta la muerte de estos dorados. Incluso al morir hacen que estos otros mortales de mayor tamaño parezcan aún más bajos. Los Únicos permanecen erguidos, orgullosos. No tiemblan durante sus últimos instantes en esta sala llena de humo, tan lejos de aquellas haciendas en las que de niños montaban a caballo, aprendían la poesía de Keats y las maravillas de Beethoven y Volmer. Una mujer dorada de mediana edad se vuelve para mirar a Mustang.

—¿Vas a permitir que nos hagan esto? Yo luché por tu padre. Te conocí cuando eras una niña. Y caí en su Lluvia.

Me fulmina con la mirada y comienza a recitar en voz alta y clara un poema de Esquilo que los Marcados como Únicos utilizan en algunas ocasiones como grito de guerra:

Nuestro coro anudemos,
pues que está decidido
que vamos a entonar
nuestra musa de horrores
y a proclamar de qué suerte
reparte nuestro conjunto
los destinos de los hombres.
Nos consideramos rectas
justicieras; contra el hombre
que tiene limpias las manos
no se precipita nunca

nuestra cólera.

Uno por uno, caen bajo el hacha de Sefi. Hasta que solo queda la mujer, con la cabeza bien alta, sus palabras resonando con claridad. Me mira a los ojos, tan segura de su derecho como yo lo estoy del mío.

—Sacrificio. Obediencia. Prosperidad.

El hacha de Sefi corta el aire y la última de los dorados de Asgard se derrumba en el suelo de piedra. Sobre su cuerpo se cierne la princesa de las valquirias, rociada de sangre, terrible y antigua en su justicia. Se agacha y le arranca la lengua a la dorada con un cuchillo de hoja curva. A mi lado Mustang se agita, incómoda.

Sefi sonríe al notar la inquietud de Mustang y se aleja de nosotros para acercarse a su madre muerta. Le quita la corona a la mujer y sube los escalones hasta el trono, con el hacha ensangrentada en una mano y la corona de cristal en la otra. Se sienta en el interior de la caja torácica del grifo y allí se corona a sí misma.

—Hijos de las Torres, el Segador nos ha llamado para que nos unamos a él en su guerra contra los falsos dioses. ¿Qué contestan los valquirios?

A modo de respuesta, sus súbditos levantan sus hachas de penachos azules por encima de sus cabezas para entonar el canto de guerra obsidiano. Incluso los caciques de la caída Alia se suman. Es como si el propio océano restallara a través de los pasillos de piedra de las Torres, y siento los tambores de guerra retumbar en mi interior, helándome la sangre.

—¡Entonces cabalgad, Hjelda, Tharul, Veni y Hrogamy Valkirye! ¡Cabalgad, Faldir, Wrona y Bolga, hacia las tribus de la Costa de Sangre, hacia el Páramo Sombrío, el Espinazo Roto y el Paso de la Bruja! Cabalgad por igual hacia amigos y enemigos y decidles que Sefi habla. Decidles que los profetas de Ragnar decían la verdad. Que Asgard ha caído. Que los dioses están muertos. Que los viejos juramentos se han roto. Y decidles a todos los que quieran oírlo: los valquirios cabalgan hacia la guerra.

Mientras el mundo da vueltas a nuestro alrededor y el éxtasis de la guerra invade la atmósfera, Mustang y yo nos miramos el uno al otro con los ojos sombríos y nos preguntamos qué es lo que acabamos de desencadenar.

TERCERA PARTE
GLORIA

Lo único que tenemos es ese grito al viento, nuestra forma de vivir.
Nuestra forma de avanzar. Y nuestra forma de mantenernos en pie antes de caer.
KARNUS AU BELONA

35

LA LUZ

Durante los siete días siguientes a la muerte de Ragnar, viajo por el hielo con Sefi, hablando con las tribus masculinas del Espinazo Roto, con los Valientes Ensangrentados de la Costa Norte, con mujeres que llevan cuernos de carnero y montan guardia junto al Paso de la Bruja. Volando al lado de la valquiria gracias a las gravibotas, llegamos para anunciar la noticia de la caída de Asgard.

Es… dramático.

Sefi y un montón de sus valquirias han empezado a entrenar con Holiday y conmigo para aprender a usar las gravibotas y las armas de pulsos. Al principio son torpes. Una de ellas se estrelló contra la ladera de una colina al doble de la velocidad del sonido. Pero cuando treinta de ellas aterrizan con sus tocados agitándose al viento, la parte izquierda de la cara pintada con la huella de la mano azul de Sefi la Silenciosa y la derecha con la falce del Segador, la gente tiene tendencia a escuchar.

Nos llevamos a la parte del león de los líderes obsidianos a la montaña conquistada y los dejamos pasear por las estancias donde sus dioses comían y dormían; les mostramos los cadáveres fríos y embalsamados de los dorados asesinados. Al ver a sus dioses abatidos, la mayoría de ellos, incluso los que conocían tácitamente su verdadera condición de esclavos, aceptaron nuestra rama de olivo. Los que no lo hicieron, los que nos denunciaron, fueron derrotados por su propia gente. No solo por los dorados, sino por líderes

como Alia. Dos de esos caciques se arrojan desde lo alto de la montaña al no poder soportar la vergüenza. Otra se abre las venas con una daga y se desangra en el suelo de los invernaderos.

Y aun otra, una mujercilla particularmente psicótica, lo observa todo con gran malicia cuando la llevamos al centro de datos de la montaña, donde tres verdes le informan de los planes de un golpe contra su gobierno y le enseñan un vídeo de la conspiración. Le prestamos un filo, le facilitamos un vuelo de vuelta a casa y dos días más tarde añade veinte mil guerreros a mi causa.

A veces me topo con la leyenda de Ragnar. Se ha extendido entre las tribus. Lo llaman el Orador. El que vino con la verdad, el que trajo a los poetas y sacrificó su vida por su pueblo. Pero con la leyenda de mi amigo también crece la mía. Mi símbolo de la falce arde a lo largo y ancho de las laderas de las montañas para saludarnos a las valquirias y a mí cuando volamos para reunirnos con nuevas tribus. Me llaman la Estrella de la Mañana. La estrella por la que se guían los jinetes de grifos y los viajeros cuando circulan por los páramos en los meses oscuros del invierno. La última estrella que desaparece cuando la luz diurna regresa en primavera.

Es mi leyenda lo que comienza a unirlos. No su sentido de la familiaridad. Estos clanes llevan generaciones en guerra. Pero yo no tengo ninguna historia sórdida en estas tierras. Al contrario que Sefi o el resto de los grandes caudillos obsidianos, yo soy su campo de nieve virgen. La tabla rasa en la que pueden proyectar todos los sueños disparatados que tengan. Como dice Mustang, soy algo nuevo, y en este viejo mundo impregnado de leyendas, ancestros y todo lo que vino antes, algo nuevo es algo muy especial.

Aun así, a pesar de nuestros avances reuniendo a los clanes, las dificultades a las que nos enfrentamos son ingentes. No solo debemos impedir que los díscolos obsidianos se maten unos a otros en duelos de honor, sino que muchos de los clanes han aceptado mi invitación a cambio de ser trasladados. Debemos traer a cientos de miles de ellos desde sus hogares de la región antártica hasta los túneles de los rojos para que estén fuera del alcance de los bombardeos de los dorados. Y todo esto tratando de que el Chacal permanezca sordo y ciego a nuestras maniobras. Desde Asgard, Mustang ha sido la encargada de dirigir las acciones de contraespionaje con

ayuda de los piratas informáticos de Quicksilver. Se trata de enmascarar nuestra presencia y proyectar al cuartel general del Consejo de Control de Calidad en Agea informes consistentes con los almacenados en las semanas anteriores.

Dado que no hay manera de trasladarlos sin que alguien se dé cuenta, Mustang, una aristócrata dorada, ha concebido el plan más audaz en la historia de los Hijos de Ares. Un único y masivo movimiento de tropas sirviéndose de miles de lanzaderas y cargueros de la flota mercantil de Quicksilver y de la armada de los Hijos de Ares para desplazar a la población del polo en tan solo doce horas. Un millar de naves sobrevolando el Mar Meridional, quemando helio para posarse sobre el hielo ante las ciudades obsidianas y bajar sus rampas para los cientos y miles de gigantes envueltos en pieles y hierro que llenarán sus cascos de viejos, enfermos, guerreros, niños y el fétido hedor de los animales. Entonces, bajo el cobijo de los barcos de los Hijos de Ares, se dispersará a la población por el subsuelo y la mayor parte de los guerreros serán enviados a nuestras naves espaciales de la órbita. No creo conocer a ninguna otra persona en los mundos que pueda organizarlo con tanta celeridad como ella.

Al octavo día tras la caída de Asgard, parto con Sefi, Mustang, Holiday y Casio para reunirme con Sevro y supervisar los últimos detalles de la migración. Las valquirias se traen a Ragnar con nosotros en el vuelo, envolviendo su cuerpo congelado en telas ásperas y aferrándose a él con fuerza, aterrorizadas, mientras nuestra nave avanza justo por debajo de la velocidad del sonido unos cinco metros por encima de la superficie del océano. Lo observan todo sobrecogidas cuando penetramos en los túneles de Marte a través de uno de los muchos puntos de acceso subterráneo de los Hijos. Los centinelas de los Hijos, ataviados con pesados anoraks y pasamontañas, nos saludan con los puños en alto cuando entramos en los túneles.

Medio día de vuelo subterráneo más tarde, llegamos a Tinos. Es un hervidero de actividad naviera. Cientos de barcos se acumulan en los puertos de las estalactitas y circulan por el aire. Y da la sensación de que toda la

ciudad contempla nuestra lanzadera mientras avanza entre el tráfico para aterrizar en su hangar, consciente de que no nos transporta únicamente a mí y a nuestros nuevos aliados obsidianos, sino también al destrozado Escudo de Tinos. Sus rostros sollozantes pasan ante nuestras ventanas como un borrón. Los rumores ya circulan entre los refugiados. Vienen los obsidianos. No solo para luchar, sino para vivir en Tinos. Para comerse su comida. Para compartir las ya atestadas calles. Dancer dice que este lugar es un polvorín a punto de estallar. No puedo decir que no esté de acuerdo.

Los Hijos de Ares se muestran adustos. Se reúnen en silencio en torno a mi nave cuando se abre la rampa de aterrizaje. Soy el primero en recorrerla. Sevro me espera junto a Dancer y Mickey. Me estrecha en un abrazo asfixiante. Los inicios de una perilla le manchan el rostro estoico. Mantiene los hombros lo más cuadrados posible, como si esas paletillas huesudas pudieran sostener por sí mismas las esperanzas de los miles de Hijos de Ares que llenan la plataforma de atraque para ver regresar al Escudo de Tinos a su hogar de adopción.

—¿Dónde está? —pregunta Sevro.

Me vuelvo para mirar hacia mi lanzadera y Sefi y sus valquirias bajan a Ragnar por la rampa. Los Aulladores son los primeros en saludarlas. Payaso le dedica unas palabras respetuosas a Sefi mientras Sevro pasa junto a mí para situarse ante las valquirias.

—Bienvenidas a Tinos —les dice—. Soy Sevro au Barca, hermano de sangre de Ragnar Volarus. Estos son el resto de sus hermanos y hermanas. —Hace un gesto en dirección a los Aulladores, que van vestidos con sus capas de lobo. Sevro les tiende la piel de oso de Ragnar—. Él llevaba esto cuando acudía a la batalla. Con vuestro permiso, me gustaría ponérsela ahora.

—Eras hermano de Ragnar. Eres mi hermano —dice Sefi.

Chasquea la lengua y sus valquirias le ceden a Sevro la custodia del cuerpo de Ragnar. Mustang me lanza una mirada de soslayo. La generosidad de Sefi me resulta una señal prometedora. Si fuera una criatura codiciosa, habría dejado el cadáver de Ragnar en sus tierras y lo habría quemado en una pira funeraria obsidiana. Sin embargo, me dijo que sabe dónde está su verdadero hogar: con aquellos que lucharon a su lado, que lo ayudaron a volver junto a su pueblo.

Mustang se acerca a mí cuando los Aulladores envuelven el cuerpo de Ragnar con su capa y lo cargan entre la multitud. Los Hijos les abren camino. Las manos se alzan para tocar a Ragnar.

—Mira —me dice Mustang señalando las delgadas cintas negras que los Hijos se han trenzado en las barbas y el cabello.

Su mano encuentra mi dedo meñique. Un ligero apretón me envía de vuelta al bosque donde me salvó. Hace que sienta calor incluso cuando vemos que Sevro abandona el hangar con el cuerpo de Ragnar.

—Ve. —Me da un leve empujón en dirección a mi amigo—. Dancer y yo tenemos planificada una conferencia con Quicksilver y Victra.

—Necesita una escolta —le digo a Dancer—. De Hijos en los que confíes.

—Estaré bien —replica Mustang poniendo los ojos en blanco—. He sobrevivido a los obsidianos.

—Se la asignaré a los Víboras —contesta Dancer mirando a Mustang sin la bondad que estoy acostumbrado a ver en sus ojos. Hoy la muerte de Ragnar le ha arrebatado la energía. Lo veo más viejo cuando le hace un gesto a Narol para que se acerque y señala la lanzadera—. ¿El Belona está a bordo?

—Holiday lo tiene en la cabina de pasajeros. Sigue teniendo el cuello hecho trizas, así que necesitará que Virany le eche un vistazo. Trátalo con discreción. Dale una habitación individual.

—¿Individual? Este sitio está abarrotado, Darrow. Ni siquiera los capitanes tienen habitaciones individuales.

—Tiene información de inteligencia. ¿Quieres que le peguen un tiro antes de que pueda transmitírnosla? —le pregunto.

—¿Es esa la razón por la que lo has mantenido con vida? —Dancer mira a Mustang con escepticismo, como si ella ya estuviera comprometiendo mis decisiones. No se le pasa por la cabeza pensar que a ella le habría costado menos que a mí dejar morir a Casio. Dancer suspira cuando ve que no me echo atrás—. Estará a salvo. Te doy mi palabra.

—Búscame después —me dice Mustang antes de que me marche.

Le sonrío, pues me siento más seguro con ella aquí.

—Lo haré.

Me encuentro a Sevro desplomado sobre Ragnar en el laboratorio de Mickey. Enterarte de la muerte de un amigo es una cosa, pero ver la sombra de lo que ha dejado atrás es muy distinto. Yo odiaba ver las viejas botas de trabajo de mi padre tras su muerte. Mi madre era demasiado práctica para tirarlas. Decía que no podíamos permitírnoslo. Así que yo mismo lo hice un día y ella me estiró de las orejas y me hizo recuperarlas.

El olor a muerte de Ragnar es cada vez más fuerte.

El frío lo conservaba en su tierra natal, pero Tinos ha sufrido cortes de electricidad y las unidades de refrigeración tienen un papel secundario respecto a los purificadores de agua y los sistemas de reciclaje de aire en la ciudad que se extiende a nuestros pies. Mickey lo embalsamará pronto y hará los preparativos para el funeral que Ragnar pidió.

Permanezco sentado en silencio durante media hora, esperando a que Sevro hable. No quiero estar aquí. No quiero ver a Ragnar muerto. No quiero regodearme en la tristeza. Pero me quedo por Sevro.

Me apestan las axilas. Estoy cansado. La exigua bandeja de comida que me ha traído Dio está intacta excepto por la galleta que mastico casi sin enterarme. Pienso en lo ridículo que está Ragnar tumbado sobre la mesa. Es demasiado grande para ella, los pies le cuelgan del borde.

A pesar del olor, Ragnar tiene un aspecto pacífico. Hay cintas rojas como frutos invernales entreveradas en el blanco de su barba. Tiene dos filos enredados en los brazos, que descansan cruzados sobre su pecho desnudo. Los tatuajes que le cubren los brazos, el pecho y el cuello parecen más oscuros en la muerte. La calavera que Sevro y yo también lucimos tiene un aspecto muy triste. Cuenta su historia a pesar de que el hombre que la lleva tatuada está muerto. Todo es más vívido excepto la herida. Es tan inocua y delgada como la sonrisa de una serpiente a lo largo de su costado. Los agujeros que Aja le hizo en el estómago parecen muy pequeños. ¿Cómo es posible que unas cosas tan pequeñas se lleven un alma tan gigantesca de este mundo?

Ojalá Ragnar estuviera aquí.

La gente lo necesita más que nunca.

Sevro tiene los ojos vidriosos y acaricia los tatuajes del blanco rostro de Ragnar con los dedos.

—¿Sabes? Quería ir a Venus —murmura con una voz tan suave como la de un niño. La voz más suave que le he oído en mi vida—. Le enseñé un holovídeo de un catamarán de los de allí. En cuanto se puso las gafas, sonrió como no he visto a nadie hacerlo. Como si hubiera encontrado el paraíso y se hubiese dado cuenta de que no tenía que morir para llegar a él. Se colaba en mi habitación en mitad de la noche para cogerme prestado el equipo de holos, hasta que un día simplemente le regalé esa maldita cosa. Valen cuatrocientos créditos, a lo sumo. ¿Sabes qué hizo para devolverme el favor? —No lo sé. Sevro levanta la mano derecha para mostrarme su tatuaje de la calavera—. Me convirtió en su hermano. —Le da a Ragnar un puñetazo lento y cariñoso en la mandíbula—. Pero este gordo idiota tenía que correr hacia Aja en lugar de huir de ella.

Las valquirias siguen explorando los páramos en busca del Caballero Olímpico, sin éxito. Su rastro se adentra en la grieta antes de quedar cubierto por la sangre negra y congelada de alguna criatura. Espero que algo la encontrara y se la llevara a su cueva de hielo para acabar lentamente con ella. Pero lo dudo. Una mujer así no se desvanece sin más. Cualquiera que haya sido el destino de Aja, dará con un modo de comunicarse con la soberana o el Chacal.

—Fue culpa mía —digo—. Mi mierda de plan para eliminar a Aja.

—Ella mató a Quinn. Ayudó a asesinar a mi padre —masculla Sevro—. Acabó con docenas de nosotros mientras estuviste encerrado. No fue culpa tuya. Si yo hubiera estado allí, también me habrías perdido. Ni siquiera Ragnar podría haberme impedido que la atacara. —Sevro pasa los nudillos por el borde de la mesa, que le deja pequeñas marcas blancas sobre la piel—. Siempre intentaba protegernos.

—El Escudo de Tinos —digo.

—El Escudo de Tinos —repite con la voz entrecortada—. Le encantaba ese apodo.

—Lo sé.

—Creo que antes de conocernos siempre se había considerado una espada. Nosotros le permitimos ser lo que quería. Un protector. —Se enjuga los ojos y se aparta de Ragnar—. Bueno. El pequeño principito está vivo.

Asiento.

—Lo hemos traído en la lanzadera.

—Una pena. Dos milímetros.

Coloca dos dedos muy juntos para ilustrar lo cerca que se quedó la flecha de Mustang de la yugular de Casio. Después de que Sefi enviara jinetes a las diferentes tribus, yo me la llevé, junto con muchos de sus caciques, a Asgard a bordo de la lanzadera para que vieran la fortaleza. Me llevé también a Casio y los amarillos de Asgard le salvaron la vida.

—¿Por qué lo mantienes con vida, Darrow? Si crees que va a darte las gracias por tu generosidad, te espera algo muy distinto.

—No podía dejarlo morir sin más.

—¿Por qué no?

—No lo sé.

—No me vengas con chorradas.

—Puede que piense que el mundo sería un lugar mejor con él dentro —digo con indecisión—. Mucha gente lo ha utilizado, le ha mentido, lo ha traicionado. Todo eso lo ha definido. No es justo. Quiero que tenga una oportunidad de decidir por sí mismo qué clase de persona quiere ser.

—Ninguno de nosotros conseguimos ser lo que queremos —masculla Sevro—. Al menos no durante mucho tiempo.

—¿No es esa la razón por la que luchamos? ¿No es lo que acabas de decir sobre Ragnar? Lo convirtieron en espada, pero nosotros le dimos la oportunidad de ser un escudo. Casio merece esa misma posibilidad.

—Eres gilipollas. —Pone los ojos en blanco—. El mero hecho de que tengas razón no quiere decir que tengas razón. De todas formas, a las águilas se las odia tanto como a los leones. Alguien intentará reventarlo por aquí. Igual que a tu chica.

—Mustang está con los víboras. Y no es mi chica.

—Lo que tú digas. —Se deja caer sobre uno de los sillones de cuero robados de Mickey y se pasa una mano por la cresta de la cabeza—. Ojalá se hubiera llevado a los Telemanus con ella. De haber sido así, habríais jodido bien a Aja. —Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás—. Eh, oye —dice recordando algo de repente—, te he conseguido unos cuantos barcos.

—Ya lo he visto, gracias.

—¡Por fin! —Suelta una risita—. Una señal de que estamos marcando la

diferencia. Veinte naves antorcha, diez fragatas, cuatro destructores y un acorazado. Deberías haberlo visto, Segador. La Armada de Marte llenó Fobos de legionarios, vació todas sus naves y nosotros les robamos las lanzaderas de asalto, las pusimos en marcha con los códigos correctos y las hicimos aterrizar en sus propios hangares. Mi escuadrón no tuvo que disparar ni una sola vez. Los chicos de Quicksilver piratearon incluso los sistemas de megafonía de los barcos de la armada. Todos escucharon tu discurso. Casi se produjo un motín antes de que subiéramos a bordo, rojos, naranjas, azules e incluso grises. El truco del sistema de megafonía no volverá a funcionar. Los dorados aprenderán a desconectarse de la red para que no podamos pirateárselos, pero esta vez les ha hecho mucho daño. Cuando se nos sumen el Pax y el resto de los barcos de Orión, tendremos una verdadera fuerza para atacar a esos florecillas.

Es en los momentos como este cuando sé que no estoy solo. A la mierda con el mundo, siempre y cuando yo siga teniendo a mi pequeño y sarnoso ángel de la guarda. Ojalá a mí se me diera tan bien cuidar de él como a él se le da cuidar de mí. Una vez más, ha hecho todo lo que podría haberle pedido y más. Mientras yo congregaba a los obsidianos, él le ha hecho un buen agujero a la flota de defensa del Chacal. Ha inutilizado un cuarto de la misma. Ha forzado al resto a replegarse hacia la luna exterior de Deimos para reagruparse con las reservas del Chacal y esperar refuerzos adicionales de Ceres y la Lata.

Durante un breve espacio de tiempo, mantuvo la supremacía naval sobre todo el hemisferio sur de Marte. El Rey Trasgo. Luego se vio forzado a retirarse para acercarse más a Fobos, donde sus hombres eliminaron a los marinos partidarios del régimen allí atrapados pidiéndoles a los escuadrones de Rollo que les cortaran el suministro de aire y los lanzaran al espacio exterior. No me engaño. El Chacal no nos permitirá quedarnos con la luna. Puede que no le importen sus habitantes, pero no puede destruir las refinerías de helio de la estación. Así que pronto atacará de nuevo. Eso no afectará a mis esfuerzos bélicos, pero el Chacal se quedará atascado luchando contra la turba que hemos despertado. La batalla acabará con sus recursos sin comprometerme a mí. La peor situación posible para él.

—¿En qué estás pensando? —le pregunto a Sevro.

Tiene la mirada perdida en el techo.

—Me preguntaba cuánto tiempo quedará para que seamos nosotros los que estemos tendidos en la camilla. Y también por qué tenemos que ser nosotros quienes corremos peligro. Ves vídeos y oyes historias y piensas en la gente normal. En los que han tenido la oportunidad de tener una vida en Ganímedes, en la Tierra o en la Luna. No puedo evitar sentirme celoso.

—¿Crees que no has tenido ocasión de vivir? —le pregunto.

—No como se debe.

—Y ¿cómo se debe?

Se cruza de brazos como si fuera un niño que contempla el mundo real desde un fuerte y se pregunta por qué no puede ser tan mágico como lo es él.

—No lo sé. Debe de ser algo muy distinto a ser un Marcado como Único. Quizás un florecilla, o puede que incluso un color medio feliz. Solo quiero poder mirar algo y decir: eso es seguro, eso es mío, y nadie va a intentar arrebatármelo. Una casa. Niños.

—¿Niños? —pregunto.

—No sé. No me lo había planteado nunca hasta que murió mi padre. Hasta que te secuestraron.

—Hasta Victra, querrás decir… —Le guiño un ojo—. Bonita perilla, por cierto.

—Cállate —replica.

—¿Os habéis…?

Me interrumpe y cambia de tema.

—Pero estaría bien ser solo Sevro. Tener a mi padre. Haber conocido a mi madre. —Se ríe de sí mismo con más dureza de la que debería—. A veces pienso en volver al principio y me planteo qué habría ocurrido si mi padre hubiera sabido que el Consejo iba a intervenir. Si se habría escapado con mi madre, conmigo.

Asiento.

—Siempre pienso en cómo habría sido la vida si Eo no hubiera muerto. En los hijos que habría tenido. En cómo los habría llamado. —Sonrío distraídamente—. Me habría hecho viejo. Había visto a Eo hacerse vieja. Y la habría querido más con cada nueva cicatriz, con cada nuevo año, a pesar de que ella fuera aprendiendo a despreciar nuestra pequeña vida. Habría

enterrado a mi madre, puede que a mi hermano y a mi hermana. Y si hubiera tenido suerte, un día, cuando el pelo de Eo se hubiera vuelto gris, antes de que comenzara a caérsele y ella empezara a toser, oiría un rechinar de rocas sobre mi cabeza montado en la perforadora y ese sería el fin. Ella me habría mandado a los incineradores y habría esparcido mis cenizas; después, nuestros hijos habrían hecho lo mismo. Y los clanes dirían que éramos felices y buenos y habíamos criado a unos hijos magníficos, maldita sea. Y cuando esos hijos murieran, nuestro recuerdo se desdibujaría, y cuando sus hijos murieran, desaparecería alejándose por los largos túneles como el polvo en que nos convertimos. Habría sido una vida insignificante —digo encogiéndome de hombros—, pero la habría disfrutado. Y todos los días me pregunto si, en caso de que me ofrecieran la posibilidad de volver, de ser ciego, de recuperar todo aquello, ¿la aceptaría?

—Y ¿cuál es la respuesta?

—Siempre he pensado que hacía todo esto por Eo. Me movía con la determinación de una flecha porque tenía esa idea única y perfecta en mi cabeza. Esto era lo que ella quería. Yo la quería a ella. Así que convertiré su sueño en realidad. Pero eso es una tontería. Yo vivía la mitad de una maldita vida. Convirtiendo a una mujer en ídolo, convirtiéndola en mártir, en algo en lugar de en alguien. Fingiendo que era perfecta. —Me paso la mano por el pelo grasiento—. Eo no lo habría querido así. Y cuando vi los Huecos, lo supe sin más. Es decir, supongo que mientras hablaba me di cuenta de que la justicia no tiene nada que ver con arreglar el pasado, sino con arreglar el futuro. No estamos luchando por los muertos. Lo hacemos por los vivos. Y por los que aún no han nacido. Por la oportunidad de tener hijos. Eso es lo que tiene que llegar después de todo esto. Si no, ¿qué sentido tiene?

Sevro permanece sentado, pensando en silencio en lo que acabo de decir.

—Tú y yo seguimos buscando la luz en la oscuridad, esperando que aparezca. Pero ya lo ha hecho. —Le toco el hombro—. Somos nosotros, chaval. Por muy rotos y destrozados que estemos, por muy estúpidos que seamos, nosotros somos la luz, y nos estamos expandiendo.

36

BAZOFIA

Me encuentro con Victra por el pasillo cuando dejo a Sevro con Ragnar. Es tarde, más de medianoche. Sin embargo, ella acaba de llegar de Fobos para ayudar con la coordinación de los últimos preparativos entre la seguridad de Quicksilver, los Hijos y nuestra nueva armada, de la que le he otorgado el mando hasta que nos reunamos con Orión. Se trata de otra decisión que molesta a Dancer. Le da miedo que conceda demasiado poder a dorados que podrían tener motivos ocultos. La presencia de Mustang podría ser la gota que colme el vaso.

—¿Cómo lo lleva? —me pregunta Victra refiriéndose a Sevro.

—Mejor —contesto.

No se han vuelto a ver desde mi discurso en Fobos. Él estaba en los barcos mientras ella coordinaba desde la seguridad de la torre de Quicksilver.

—Pero se alegrará de verte —añado.

Sonríe ante mis palabras, muy a su pesar, y creo que incluso se sonroja.

—¿Adónde vas? —me pregunta con un exceso de celo.

—A asegurarme de que Mustang y Dancer no se han arrancado aún la cabeza el uno al otro.

—Noble. Pero demasiado tarde.

—¿Qué ha pasado? ¿Va todo bien?

—Según cómo lo mires. Dancer está en la sala de guerra despotricando sobre los complejos de superioridad de los dorados, su arrogancia, etcétera.

Nunca le había oído decir tantas palabrotas. No me he quedado mucho tiempo y él no me ha hecho mucho caso. Ya sabes que no me tiene tanto cariño.

—Y tú tampoco le tienes mucho cariño a Mustang —digo.

—No tengo nada contra esa chica. Me trae recuerdos del hogar. Especialmente teniendo en cuenta a los nuevos aliados que nos has traído. Simplemente pienso que es una potrilla hipócrita. Eso es todo. Pero los que te tiran de la montura son los mejores caballos, ¿no crees?

Me echo a reír.

—No estoy seguro de si eso era una indirecta o no.

—Lo era.

—¿Sabes dónde está?

Victra pone carita de pena.

—En contra de la opinión popular, yo no lo sé todo, querido. —Pasa a mi lado para unirse a Sevro y me da unas palmaditas en la cabeza antes de marcharse—. Pero yo miraría en el economato del nivel tres si estuviera en tu lugar.

—¿Y adónde vas tú? —le pregunto.

Sonríe con malicia.

—Métete en tus propios asuntos.

Encuentro a Mustang en el economato, encorvada sobre una botella de metal, en compañía del tío Narol, Kavax y Daxo. Una docena de Víboras ocupan las otras mesas, fumando ciscos y escuchando atentamente a Mustang, que está sentada con las botas sobre la mesa y utilizando a Daxo a modo de respaldo mientras les cuenta una anécdota sobre el Instituto a los otros dos ocupantes de la mesa. No los había visto al entrar debido a la corpulencia de los Telemanus, pero mi hermano y mi madre están sentados escuchando la historia.

—… y, claro, entonces grito llamando a Pax.

—Ese es mi hijo —le recuerda Kavax a mi madre.

—… y él aparece en la parte alta de la colina encabezando una columna de miembros de mi casa, y Darrow y Casio sienten que el suelo tiembla y

corren chillando hacia el lago, donde se pasaron horas abrazados, tiritando y poniéndose azules.

—¡Azules! —repite Kavax con una gran carcajada infantil que hace que a los Hijos que escuchan con disimulo les resulte imposible mantener la compostura. Aunque sea dorado, es difícil que Kavax au Telemanus no te caiga bien—. Azules como arándanos, Sófocles. ¿No es verdad? Dale otra, Deanna.

Mi madre le lanza una gominola a Sófocles por encima de la mesa, y el zorro espera ansiosamente junto a la botella para devorarla.

—¿Qué pasa aquí? —pregunto sin apartar la mirada de la botella con la que mi hermano rellena las jarras de los dorados.

—La muchacha nos está contando historias —dice Narol con un tono de voz áspero a través de una nube de humo de cisco—. Tómate una copa.

Mustang arruga la nariz a causa del humo.

—Es un vicio horrible, Narol —dice.

Kieran mira con intención a nuestra madre.

—Llevo años diciéndoselo a ambos.

—Hola, Darrow —dice Daxo, que se levanta para darme un apretón en el brazo—. Es un placer verte sin un filo en la mano esta vez.

Me clava un largo dedo en el hombro.

—Daxo. Lamento todo aquello. Creo que estoy en deuda contigo por encargarte de cuidar a mi gente.

—Ha sido Orión quien se ha ocupado de casi todo —dice con los ojos brillantes.

Regresa elegantemente a su asiento. Mi hermano está cautivado por el hombre y los ángeles que lleva tatuados en la cabeza. ¿Cómo no iba a estarlo? Daxo pesa el doble que él, es impecable y aún más educado que un rosáceo como Matteo, del que me han dicho que se está recuperando bien en una de las naves de Quicksilver y que está encantado de saber que estoy vivo.

—¿Qué ha pasado con Dancer? —le pregunto a Mustang.

Tiene las mejillas sonrosadas y se ríe de la pregunta.

—Bueno, no creo que le caiga muy bien. Pero no te preocupes, entrará en razón.

—¿Estás borracha? —pregunto con una carcajada.

—Un poco. Ponte al día.

Gira las piernas y apoya los pies en el suelo para dejar espacio en el banco a su lado.

—Estaba a punto de llegar a cuando luchaste con Pax en el barro.

Mi madre me observa en silencio, con una pequeña sonrisa dibujada en los labios, pues sabe el pánico que debe de invadirme en estos instantes. Demasiado impactado por el hecho de que las dos mitades de mi vida hayan entrado en contacto sin mi supervisión, tomo asiento con nerviosismo y escucho a Mustang terminar la anécdota. Con todo lo que ha sucedido, se me había olvidado lo encantadora que puede llegar a ser. Su naturaleza sencilla, ligera. Cómo atrae a los demás haciéndolos sentirse importantes, pronunciando sus nombres y dejando que se sientan visibles. Tiene hechizados a mi tío y a mi hermano, y la admiración de los Telemanus hacia ella no hace sino reforzar esa sensación. Intento no sonrojarme cuando mi madre me sorprende admirando a Mustang.

—Pero ya basta de hablar del Instituto —tercia Virginia cuando termina de explicar con todo lujo de detalles mi duelo con Pax delante de su castillo —. Deanna, me prometiste que me contarías una historia de Darrow cuando era pequeño.

—La de la bolsa de gas —propone Narol—. Ojalá Loran estuviera aquí…

—Esa no —replica Kieran—. La de…

—Yo tengo una —los interrumpe mi madre. Comienza a hablar despacio, pues le cuesta pronunciar las palabras—. Cuando Darrow era un crío, tendría unos tres o cuatro años, su padre le regaló un viejo reloj que su padre le había dado a él. Era un cachivache de latón, con una rueda en lugar de números digitales. ¿Te acuerdas de él? —Asiento—. Era bonito. Tu posesión más preciada. Y años más tarde, después de que su padre muriera, Kieran se puso enfermo y no dejaba de toser. Los médicos siempre estaban faltos de suministros en las minas, así que tenías que conseguirlos por medio de los gamma o los grises. Pero todo tiene un precio. Yo no tenía ni idea de cómo iba a pagarles, y entonces Darrow llega un día a casa con la medicina y se niega a decirme cómo la ha conseguido. Pero varias semanas más tarde vi a uno de los grises mirar la hora en aquel viejo reloj.

Me miro las manos, pero siento la mirada de Mustang clavada en mí.

—Creo que es hora de acostarse —dice mi madre.

Narol y Kieran protestan, hasta que ella se aclara la garganta y se pone de pie. Me da un beso en la cabeza, prolongándolo más de lo que lo haría normalmente. Luego toca a Mustang en el hombro y sale cojeando de la habitación con la ayuda de mi hermano. Los hombres de Narol se marchan con ellos.

—Es una mujer muy fuerte —comenta Kavax—. Y te quiere mucho.

—Me alegro de que os hayáis conocido así —le digo y luego, dirigiéndome a Mustang, añado—: Especialmente en tu caso.

—¿A qué te refieres? —pregunta.

—A que yo no he estado presente para intentar controlarlo. Como la última vez.

—Sí, yo diría que fue bastante desastroso —apunta Daxo.

—Esta vez todo parece mejor —digo.

—Estoy de acuerdo. Así es. —Mustang sonríe—. Me gustaría poder presentarte a la mía. Te habría caído mejor que mi padre.

Le devuelvo la sonrisa, preguntándome qué es exactamente lo que hay entre nosotros. Temiendo la idea de tener que definirlo. Cuando estoy cerca de ella me siento tranquilo. Pero me da miedo preguntarle qué piensa. Me asusta mencionar el tema por si se rompe este pequeño espejismo de paz. Kavax se aclara la garganta con torpeza y rompe el momento.

—Entonces ¿la reunión con Dancer no ha ido bien? —pregunto.

—Me temo que no —contesta Daxo—. El resentimiento que alberga es profundo. Teodora ha estado más abierta y comunicativa, pero él se ha mostrado… intransigente. Radicalmente intransigente.

—Es un jeroglífico —aclara Mustang, que bebe otro trago y esboza una mueca ante la alta graduación—. Nos ha ocultado información. Se ha negado a compartir nada que yo ya no supiera.

—Dudo que tú le hayas revelado mucho más.

Esboza une mueca.

—No, pero estoy acostumbrada a hacer que los demás compensen mi silencio. Es muy listo. Y eso quiere decir que va a ser difícil convencerlo de que quiero que nuestra alianza funcione.

—¿Eso quieres?

—Sí, gracias a tu familia —contesta—. Quieres construir un mundo para ellos. Para tu madre, para los hijos de Kieran. Eso lo entiendo. Cuando… decidí negociar con la soberana, yo intentaba hacer lo mismo. Proteger a mis seres queridos. —Su dedo traza muescas sobre la mesa—. Era incapaz de ver un mundo sin guerra a menos que nos rindiéramos. —Busca mis manos desprovistas de emblemas con la mirada, me examina la carne desnuda como si contuviera el secreto de todos nuestros futuros. Tal vez sea así—. Pero ahora sí lo veo.

—¿Lo dices en serio? —insisto—. ¿Estáis todos de acuerdo?

—La familia es lo único que importa —dice Kavax—. Y tú eres de la familia.

Daxo me pone una mano elegante sobre el hombro. Incluso Sófocles parece entender la gravedad del momento y me apoya la barbilla en el pie bajo la mesa.

—¿No es así?

—Sí. —Asiento agradecido—. Lo soy.

Con una sonrisa tensa, Mustang se saca un trozo de papel del bolsillo y me lo pasa.

—Esa es la frecuencia de comunicación de Orión. No sé dónde están. Probablemente en el cinturón. Les di una directriz simple: provocar el caos. Por lo que he oído de boca de los dorados, eso es precisamente lo que están haciendo. Necesitaremos a Orión y sus barcos si vamos a derribar a Octavia.

—Gracias —les digo a todos—. No pensé que fuéramos a tener una segunda oportunidad.

—Ni nosotros —apunta Daxo—. Permíteme que sea franco contigo, Darrow: hay un asunto preocupante. Se trata de tu plan. Tu intención de utilizar Garras Perforadoras para que los obsidianos invadan las principales ciudades de Marte… Creemos que es un error.

—¿De verdad? —pregunto—. ¿Por qué? Tenemos que arrebatarles sus centros de poder, ganar terreno con la población.

—Padre y yo no tenemos la misma fe en los obsidianos que pareces tener tú —dice Daxo con cautela—. Tus intenciones importarán poco si les das rienda suelta entre la población de Marte.

—Bárbaros —interviene Kavax—. Son bárbaros.

—La hermana de Ragnar…

—No es Ragnar —me interrumpe Daxo—. Es una extraña. Y después de oír lo que les hizo a los prisioneros dorados… no podemos sumar nuestras fuerzas con la conciencia tranquila a un plan que liberaría a los obsidianos en las ciudades de Marte. Las mujeres Arcos tampoco lo harán.

—Entiendo.

—Y hay otro motivo por el que consideramos que el plan presenta fallos —dice Mustang—: No se ocupa apropiadamente de mi hermano.

—Mi prioridad es la soberana —digo—. Ella es la mayor amenaza.

—De momento. Pero no menosprecies a mi hermano. Es más listo que tú. Más listo que yo. —Ni siquiera Kavax contradice sus palabras—. Mira lo que ha conseguido. Si sabe cómo disputar el juego, si conoce las variables, se sentará en una esquina durante días repasando los posibles movimientos, contraataques, externalidades y resultados. Esa es su idea de la diversión. Antes de la muerte de Claudio y antes de que nos mandaran a vivir a casas diferentes, se quedaba en su habitación, lloviese o brillara el sol, y hacía rompecabezas, creaba laberintos sobre el papel y me suplicaba una y otra vez que intentara encontrar el centro cuando volvía de montar a caballo con mi padre o de pescar con Claudio y Paz. Y cuando conseguía encontrarlo, se reía y me decía que qué hermana tan lista tenía. Nunca le di mucha importancia hasta que una vez lo vi después de pasar todo el día solo en su habitación, cuando pensaba que nadie lo miraba. Aullaba y se golpeaba en la cara, se castigaba a sí mismo por perder ante mí.

»La siguiente ocasión en que me pidió que encontrara el centro de un laberinto, fingí que no era capaz de hacerlo, pero no conseguí engañarlo. Fue como si supiera que lo había visto en su dormitorio. No al chico introvertido pero agradable y frágil que veían todos los demás. Sino al verdadero. —Recupera el aliento y se encoge de hombros para espantar el recuerdo—. Me obligó a terminar el laberinto. Y cuando lo hice, sonrió, me dijo lo lista que era y se marchó.

»Cuando volvió a dibujar un laberinto, fui incapaz de encontrar el centro. Por más que me esforcé, no sirvió de nada. —Cambia de posición, incómoda —. Se limitó a mirarme mientras lo intentaba, tumbado en el suelo entre sus lápices. Como un viejo espíritu maligno dentro de una pequeña muñeca de

porcelana. Así es como lo recuerdo. Así es como lo veo ahora cuando pienso en él matando a mi padre.

Los Telemanus escuchan sumidos en un silencio premonitorio, tan asustados del Chacal como yo mismo.

—Darrow, jamás te perdonará por vencerlo en el Instituto. Por obligarlo a cortarse la mano. A mí nunca me perdonará por desnudarlo por completo y enviártelo a ti así. Somos su obsesión, tanto como lo es Octavia, tanto como lo era mi padre. Así que si crees que va a olvidarse sin más de que Sevro penetró en su Ciudadela con una Garra Perforadora y te recuperó delante de sus narices, vas a lograr que muera mucha gente. Tu plan de conquistar las ciudades no funcionará. Lo verá venir desde un kilómetro de distancia. Y aunque no sea así, si conquistamos Marte, esta guerra durará años. Necesitamos atacar a la yugular.

—Y no solo eso —dice Daxo—, también necesitamos garantías de que tu objetivo no es iniciar una dictadura ni una democracia total en caso de victoria.

—¿Una dictadura? —pregunto con gesto de desdén—. ¿De verdad creéis que quiero gobernar?

Daxo se encoge de hombros.

—Alguien tiene que hacerlo.

Una mujer se aclara la garganta junto a la puerta. Todos nos damos la vuelta para ver a Holiday allí de pie, con los pulgares metidos en las trabillas del cinturón.

—Lamento interrumpir, señor, pero el Belona pregunta por ti. Parece bastante importante.

37

LA ÚLTIMA ÁGUILA

Casio está tumbado sobre la camilla médica reforzada en el centro de la enfermería de los Hijos de Ares, esposado a los barrotes. En el mismo lugar en el que vi morir a mi gente por las heridas que sufrieron para salvarme de sus garras. Cama tras cama de rebeldes heridos en Fobos y en otras operaciones en el Térmico llenan la sala. Los ventiladores zumban y pitan, los hombres tosen. Pero lo que más noto es el peso de las miradas. Las manos se tienden hacia mí mientras paseo entre las hileras de camastros y catres que atestan el suelo. Las bocas susurran mi nombre. Quieren tocarme los brazos, sentir a un humano sin emblemas, sin la marca de los señores. Se lo permito en la medida de mis posibilidades, pero no tengo tiempo de visitar los extremos de la sala.

Le pedí a Dancer que le diera una habitación privada a Casio. Sin embargo, lo han colocado entre los amputados, justo en el centro de la enfermería principal, adyacente a la gran carpa de plástico que cubre la unidad de quemados. Ahí puede ver y ser visto por los colores inferiores y experimentar el peso de esta guerra de la misma manera que ellos. Noto que ha sido la mano de Dancer la que ha intervenido en esto. Le ha dado a Casio un trato equitativo. Sin crueldad, sin consideración, el mismo que a los demás. Me dan ganas de invitar a una copa al viejo socialista.

Varios de los chicos de Narol, un gris y dos exsondeainfiernos envejecidos, ocupan unas sillas de metal y juegan a las cartas junto a la cama

de Casio. De sus espaldas penden pesados achicharradores. Se ponen en pie de un salto y saludan cuando me acerco.

—Me han dicho que ha estado preguntando por mí —les digo.

—La mayor parte de la noche —contesta con aspereza el más bajo de los rojos lanzándole una mirada a Holiday, que está detrás de mí—. No te habríamos molestado… pero es un maldito Olímpico. Así que pensé que deberíamos hacer circular el aviso por la cadena de mando. —Se acerca tanto a mí que percibo el olor a mentol del tabaco sintético que tiene entre los dientes sucios—. Y esa escoria dice que tiene información, señor.

—¿Puede hablar?

—Sí —gruñe el soldado—. No dice mucho, pero la flecha no le ha afectado el habla.

—Tengo que hablar con él en privado —le digo.

—Tenemos que prepararlo, señor.

El médico y los guardias trasladan la camilla de Casio hasta la farmacia, situada en el fondo de la habitación, donde guardan los medicamentos bajo llave. Dentro, entre las hileras de cajas de plástico, nos dejan a solas. Me observa desde la cama, con un vendaje blanco alrededor del cuello y un levísimo alfilerazo de sangre entre la nuez y la yugular en la parte derecha de la garganta.

—Es un milagro que no estés muerto —digo. Él se encoge de hombros. No tiene tubos en los brazos ni pulsera de morfón. Frunzo el entrecejo—. ¿No te han dado analgésicos?

—No es un castigo. Han votado —dice muy despacio, con mucho cuidado de no desgarrarse los puntos del cuello—. No había suficiente morfón para todos. Falta de suministros. Según me han dicho, los pacientes votaron la semana pasada que los medicamentos fuertes se les administraran a las víctimas de quemaduras y a los amputados. Lo consideraría un gesto noble si no se pasaran toda la noche gimiendo de dolor como cachorritos solitarios. —Guarda silencio—. Siempre me he preguntado si las madres oyen a sus hijos llorando por ellas.

—¿Te oye la tuya?

—Yo no lloraba. Y no creo que a mi madre le importe mucho cualquier cosa que no sea la venganza. Signifique eso lo que signifique a estas alturas.

—¿Has dicho que disponías de información?

Voy directo al grano porque no sé qué más decir. Siento una camaradería inquebrantable hacia este hombre. Holiday me preguntó por qué lo había salvado, y yo podría aspirar a nociones de valor y honor. Pero la verdadera razón es que estoy desesperado porque vuelva a ser mi amigo. Ansío su aprobación. ¿Me convierte eso en un estúpido? ¿Es la culpa la que habla? ¿Es su magnetismo? ¿O es solo esa vanidosa parte de mí que únicamente quiere que la gente a la que respeto me quiera? Y está claro que a él lo respeto. Posee honor, un tipo de honor corrompido, pero verdadero. Mi lucha está más clara que la de él.

—¿Fue ella o fuiste tú? —me pregunta con cautela.

—¿Qué quieres decir?

—¿Quién impidió que los obsidianos me sacaran los ojos y me arrancaran la lengua?

—Fuimos los dos.

—Mentiroso. No creía que fuera a dispararme, si te digo la verdad. —Levanta una mano para tocarse el cuello, pero las esposas se lo impiden y lo devuelven a la habitación con un sobresalto—. Supongo que no podrás librarme de ellas, ¿verdad? Es horrible cuando te pica algo.

—Creo que sobrevivirás.

Se ríe como diciendo que tenía que intentarlo.

—Entonces ¿es ahora cuando te comportas como un ser moralmente superior por haberme salvado? ¿Por ser más civilizado que los dorados?

—Puede que te torture para extraerte información —digo.

—Bueno, eso no es precisamente honorable.

—Tampoco lo es permitir que un hombre me meta en una caja durante nueve meses después de haberme torturado durante otros tres. De todas maneras, ¿qué demonios te ha llevado a pensar que me importa una mierda el honor?

—Cierto. —Frunce el entrecejo y las arrugas de su frente hacen que parezca tan deslumbrante como una escultura tallada por Miguel Ángel—. Si crees que la soberana hará algún tipo de intercambio, te equivocas. No

sacrificará nada en absoluto por salvarme.

—Entonces ¿por qué la sirves?

—Es mi deber.

Me pregunto hasta qué punto siente lo que dice.

En sus ojos atisbo la soledad, el anhelo por una vida que debería haber sido, y el destello del hombre que quiere ser por debajo del hombre que cree que tiene que ser.

—De todas maneras —digo—, creo que ya nos hemos hecho suficiente daño el uno al otro. No voy a torturarte. ¿Tienes alguna información o vamos a seguir mareando la perdiz otros diez minutos?

—¿Te has preguntado ya por qué la soberana estaba negociando la paz, Darrow? Seguro que se te ha pasado por la cabeza. No es típico de ella reducir los castigos excepto que se vea obligada a ello. ¿Por qué iba a mostrarle clemencia a Virginia? ¿Y al Confín? Sus flotas triplican en número a las de los rebeldes de los señores de las Lunas. El Núcleo está mejor abastecido. Rómulo no puede igualar a Roque. Ya sabes lo bueno que es. Entonces ¿por qué iba a enviarnos a negociar la soberana? ¿Por qué arriesgarse?

—Ya sé que quería sustituir al Chacal —contesto—. Y no puede tolerar una rebelión a gran escala en el Confín mientras intenta darle a él un buen tirón de orejas y combatir a los Hijos de Ates. Intenta limitar sus escenarios de guerra para poder concentrar todo su peso en un problema cada vez. No es una estrategia complicada.

—Pero ¿sabes por qué quería eliminarlo?

—Mi fuga, los campos de concentración, las alteraciones en el procesamiento de helio…

Podría hacer una lista de cien razones por las que nombrar archigobernador a un psicópata podría resultar gravoso.

—Todo eso es verdad —me interrumpe Casio—. Incluso convincente. Y son los motivos que le presentamos a Virginia.

Doy un paso hacia él, pues capto la insinuación de su voz.

—¿Qué es lo que no le dijisteis?

Duda, como si todavía estuviese cuestionándose si debería contármelo. Al final, lo hace:

—A principios de este año, nuestros agentes de inteligencia descubrieron discrepancias entre los registros trimestrales de producción de helio enviados al Departamento de Energía y al Departamento de Gestión de Minas y los informes de rendimiento de nuestros agentes en las propias colonias mineras. Encontramos al menos ciento veinticinco casos en los que el Chacal declaró falsas pérdidas de helio debidas a la intervención de los Hijos de Ares. Intervenciones que no existieron. También aseguró que los ataques de los Hijos de Ares habían destruido catorce minas. Ataques que nunca tuvieron lugar.

—O sea que está esquilmando los recursos —digo encogiéndome de hombros—. Sin duda, no es el primer archigobernador corrupto de los mundos.

—Pero no los revende en el mercado —apunta Casio—. Está creando desabastecimientos artificiales mientras almacena el helio.

—¿Lo almacena? ¿Cuánto ha acumulado hasta el momento? —pregunto tenso.

—¿Con el excedente de las catorce minas y de la Reserva Marciana? A este ritmo, dentro de dos años tendrá más que si sumamos las Reservas Imperiales de la Luna y Venus y la Reserva de Guerra de Ceres.

—Eso podría significar mil cosas distintas —digo en voz baja al tiempo que me doy cuenta de lo enorme que es esa cantidad de helio. Tres cuartos de la sustancia más valiosa de los mundos. Y bajo el control de un solo hombre —. Le está tendiendo una trampa a la soberana. ¿Sobornando a senadores?

—Cuarenta hasta el momento —responde Casio—. Más de los que pensábamos que tenía. Pero los ha involucrado en otro asunto. —Intenta incorporarse un poco sobre la camilla, pero las esposas que le rodean las muñecas apenas le permiten adoptar una posición distinta—. Voy a hacerte una pregunta, y necesito que me digas la verdad. —Me reiría de la situación si no viera lo serio que está—. ¿Robaron los Hijos de Ares un almacén en un asteroide del espacio profundo en marzo, varios días después de tu fuga? Hace unos cuatro meses.

—Sé más concreto —le pido.

—Uno de los menores de la familia Karin. Designación S-1988. Un asteroide sin valor, de base de silicato. Con un potencial minero cercano al

cero. Se parece un poco al lunar de la cadera izquierda de Mustang. —Le brillan los ojos—. ¿Te parece lo suficientemente concreto?

—Eres un imbécil —digo.

—Ciertamente —contesta, y de algún modo hace que su respuesta resulte encantadora—. Pero al grano…

Revisé todas y cada una de las operaciones tácticas de Sevro mientras me recuperaba en manos de Mickey. Encontré varios ataques contra bases militares de la Legión en los cinturones de asteroides, pero nada ni remotamente parecido a lo que está diciendo Casio.

—No. Que yo sepa no hubo ninguna operación en el S-1988.

—Demonios —farfulla casi para sí—. Entonces no nos equivocamos.

—¿Qué había en el almacén? —pregunto—. Casio…

—Quinientas cabezas nucleares —contesta lóbregamente.

La sangre de su vendaje se ha extendido hasta alcanzar el tamaño de una boca abierta.

—Quinientas —repito, y mi propia voz me parece algo lejano, vacío—. ¿Cuál era su rendimiento explosivo?

—Treinta megatones cada una.

—Destructoras mundiales… Casio, ¿por qué existen, siquiera?

—Por si el Señor de la Ceniza tenía que repetir lo de Rea alguna vez —contesta él—. El depósito está entre el Núcleo y el Confín.

—Repetir lo de Rea… ¿Es a esa persona a quien sirves? —le pregunto—. ¿A una mujer que almacena cabezas nucleares suficientes para destruir un planeta, solo por si acaso?

Hace caso omiso del tono de mi voz.

—Todas las pruebas señalaban a Ares, pero la soberana pensaba que era otorgarle demasiado mérito a Sevro. Hizo que Moira lo investigara personalmente y la Furia pudo seguir la pista del barco del secuestrador hasta una desaparecida empresa naviera que un día perteneció a Industrias Julii. Si es cierto que los Hijos no las robaron, entonces es el Chacal quien tiene las armas. Pero no sabemos qué está haciendo con ellas.

Permanezco allí inmóvil, aturdido. Mi mente trata de descubrir a toda prisa qué uso podría darles el Chacal a tantas bombas atómicas. Según el Pacto, el ejército de Marte tan solo puede tener veinte en su arsenal, para la

guerra barco a barco. Todas con menos de cinco megatones.

—Si esto fuera verdad, ¿por qué ibas a contármelo? —le pregunto.

—Porque Marte también es mi hogar, Darrow. Mi familia lleva allí tanto tiempo como la tuya. Mi madre sigue en Marte, en nuestra casa. Sea cual sea la estrategia a largo plazo del Chacal, la soberana opina que utilizará las armas en nuestro planeta si se ve entre la espada y la pared.

—Tienes miedo de que podamos vencer.

Al fin caigo en la cuenta de lo que le preocupa.

—Cuando era la guerra de Sevro, no. Los Hijos de Ares estaban condenados al fracaso. Pero ¿ahora? Fíjate en lo que está sucediendo. —Me mira de arriba abajo—. Hemos perdido la contención. Octavia no sabe dónde estoy. Si Aja está viva o no. No tiene ojos en este asunto. Puede que el Chacal sepa que intentó traicionarlo en favor de su hermana. Ese hombre es un perro salvaje. Si lo provocas, morderá. —Baja la voz—. Puede que tú seas capaz de sobrevivir a ello, Darrow, pero ¿y Marte?

38

LA CUENTA

—¿Quinientas cabezas nucleares? —susurra Sevro—. Menuda mierda, maldita sea. Dime que estás de coña. Venga.

Dancer está sentado en silencio a la mesa de la sala de guerra, masajeándose las sienes.

—Es mentira —gruñe Holiday desde la pared—. Si las tuviera, las habría usado.

—Dejemos las deducciones para aquellos que realmente han conocido al tipo, ¿te parece? —interviene Victra—. Adrio no funciona como un ser humano normal.

—Eso está jodidamente claro —confirma Sevro.

—Aun así, es una pregunta con fundamento —señala Dancer, molesto por la presencia de tantos dorados, en especial por la de Mustang, que está de pie a mi lado—. Si las tiene, ¿por qué no las ha utilizado?

—Porque ese tipo de ataque le hará casi tanto daño como a nosotros —respondo—. Y porque si las usa, la soberana tendrá la excusa perfecta para destituirlo.

—O porque no las tiene —dice Quicksilver con un tono de voz desdeñoso. El plateado flota ante nosotros, formado por holopíxeles azules que titilan sobre un panel de visualización—. Es un ardid. Belona sabe lo que te importa, Darrow. Está manipulando tus sentimientos con ideas de olvido. Es mentira. Mis técnicos habrían detectado ondas de gran tamaño si estuviera

trasladando misiles. Y seguro que yo me habría enterado de que se estaba enriqueciendo plutonio si la soberana los hubiera construido.

—A no ser que se trate de misiles viejos —digo—. Hay muchas antiguallas desperdigadas por ahí.

—Y estamos en un Sistema Solar muy grande —interviene Mustang con tranquilidad.

—También mis orejas son muy grandes —insiste Quicksilver.

—Eran —dice Victra—. Te las están reduciendo mientras hablamos.

Los líderes de la rebelión están sentados en semicírculo frente a un holoproyector que muestra el asteroide S-1988. Es un pedazo de roca estéril, parte de la subfamilia Karin de la Familia Coronis. Está en el Cinturón Principal entre Marte y Júpiter. Los asteroides Coronis son la base de operaciones mineras de envergadura por parte de un consorcio energético dirigido desde la Tierra. También albergan varias áreas de descanso astrales para contrabandistas y piratas, especialmente el 208 Lacrimosa, donde Sevro repostó en su viaje desde Plutón hasta Marte. Los lugareños llaman al refugio de contrabandistas Nuestra Señora de los Dolores, donde la vida cuesta menos que un kilo de helio helado y un gramo de polvo de demonio, o eso dice él. Se muestra extrañamente discreto respecto a ese lugar y al tiempo que pasó allí.

Las reuniones en las salas de guerra de los dorados se celebran en círculo o en rectángulo, porque es más probable que las personas que se miran a la cara entablen discusiones intelectuales que las que se sientan al lado. A los dorados les encanta que así sea. Yo pruebo una táctica diferente, hacer que mis amigos se enfrenten al problema en el holoproyector. Así, si quieren discutir entre ellos, tienen que estirar el cuello para hacerlo.

—Es una lástima que no contemos con los oráculos de la soberana —dice Mustang—. Le pondríamos uno en la muñeca y veríamos lo honesto que es realmente Casio.

—Siento que no dispongamos de los recursos a los que está acostumbrada, *domina* —dice Dancer.

—No me refería a eso.

—Podríamos torturarlo —sugiere Sevro.

Está en el medio de la mesa limpiándose las uñas con una hoja. Victra

está apoyada contra la pared detrás de él, dando un respingo de enfado con cada trozo de uña que cae sobre el tablero. Dancer está a la izquierda de Sevro. El holograma de un metro de alto de Quicksilver brilla a su derecha, casi delante de mí. Tras haber declarado la libertad de la ciudad de Fobos en nombre del Amanecer, actúa como gobernador de la misma y ahora está encorvado sobre un montoncito de ostras del tamaño de un pulgar desbullándolas con un cuchillo de platino y colocando las conchas en cinco pilas parejas. Si está inquieto por las represalias del Chacal contra su estación, no lo parece. Sefi suda bajo sus pieles tribales mientras pasea en torno al perímetro de la mesa como un animal enjaulado y poniendo nervioso a Dancer.

—¿Queréis la verdad? —pregunta Sevro—. Pues dadme diecisiete minutos y un destornillador.

—¿Tenemos que mantener esta conversación con ella aquí? —pregunta Victra refiriéndose a Mustang.

—Está de nuestro lado —contesto.

—¿Estás seguro? —pregunta Dancer.

—Fue crucial a la hora de reclutar a los obsidianos —insisto—. Nos ha puesto en contacto con Orión.

Me comuniqué con la azul después de hablar con Casio. Avanza a toda prisa con el Pax y un considerable remanente de mi vieja flota para reunirse conmigo. Me parece imposible que vaya a volver a ver a la malhumorada piloto de nuevo, o el barco que fue el primer sitio que sentí como mi hogar desde Lico.

—Gracias a Mustang, disponemos de una verdadera armada. Ha conservado mi mando. Ha mantenido a Orión al timón. ¿Habría hecho todo eso si no compartiera nuestros mismos objetivos?

—¿Y cuáles son?

—Derrotar a Lune y al Chacal —contesta ella.

—Eso no es más que el principio de lo que queremos —dice Dancer.

—Está trabajando con nosotros —subrayo.

—De momento —replica Victra—. Es una chica lista. Puede que quiera utilizarnos para acabar con sus enemigos. Para situarse en una posición de poder. Tal vez quiera Marte. Quizá desee más.

Parece que fue ayer cuando mi consejo de dorados estuvo debatiendo si Victra era digna de confianza. Roque dio la cara por ella cuando nadie más estaba dispuesto a hacerlo. Tengo la sensación de que Victra no se ha percatado de esta ironía. O tal vez recuerde que hace un año Mustang expresó su desconfianza respecto a las intenciones de Victra y haya decidido pagarle con la misma moneda.

—Odio estar de acuerdo con los Julii —dice Dancer—, pero en esto tiene razón. Los Augusto son jugadores natos. No ha nacido ni uno solo que no lo sea.

Al parecer, Dancer no se ha sentido impresionado por la falta de transparencia de la que Mustang ha hecho gala antes. Mustang ya se esperaba esta situación. De hecho, solicitó quedarse en su habitación, lejos de la reunión, para no desviar la atención de mi plan. Pero para que esto funcione, para que haya alguna manera de que al final podamos unir todas las piezas, tiene que haber cooperación.

Todos esperan que yo defienda a Mustang, lo cual demuestra lo poco que la conocen.

—Estáis siendo bastante ilógicos —les espeta ella misma—. No pretendo ofenderos al decirlo, simplemente quiero constatar un hecho. Si os deseara algún mal, habría avisado a la soberana o a mi hermano y habría puesto un dispositivo de localización en mi nave. Ya sabéis hasta dónde estaría dispuesta a llegar Octavia con tal de encontrar Tinos. —Mis amigos intercambian miradas atribuladas—. Pero no lo he hecho. Sé que no confiaréis en mí. Pero sí confiáis en Darrow y él confía en mí. Y, dado que él me conoce mejor que ninguno de vosotros, creo que es el que está en mejor lugar para tomar la decisión. Así que dejad de gimotear como condenados críos y pongámonos manos a la obra, ¿eh?

—Si tenéis una sierra eléctrica, podría hacerlo en aproximadamente tres minutos… —continúa Sevro.

—¿Quieres cerrar la boca de una vez, maldita sea? —le ladra Dancer. Es la primera vez que lo veo perder los nervios—. Cualquier hombre mentiría como un bellaco, diría cualquier cosa que quisieras oír si le estás arrancando las uñas de los pies. Eso no funciona.

Él mismo fue torturado por el Chacal. Igual que Evey y Harmony.

Sevro se cruza de brazos.

—Bueno, esa es una generalización injusta y gigantesca, Abuelito.

—Nosotros no torturamos —sentencia Dancer—. No hay más que decir.

—Ah, sí claro —dice Sevro—. Nosotros somos los buenos. Los buenos nunca torturan. Y siempre ganan. Pero ¿cuántos tipos buenos acaban con la cabeza metida en una caja? ¿Cuántos llegan a ver cómo le cortan la espalda por la mitad a sus amigos?

Dancer vuelve la vista hacia mí en busca de ayuda.

—Darrow…

Quicksilver desbulla una ostra.

—La tortura puede ser efectiva si se aplica correctamente, con información susceptible de ser confirmada y en un ámbito restringido. Como cualquier otra herramienta, no es la panacea; debe usarse de la manera adecuada. Personalmente, no creo que podamos permitirnos el lujo de trazar líneas morales en la arena. Hoy no. Dejad que Barca lo intente. Que arranque unas cuantas uñas. Unos cuantos ojos si es necesario.

—Estoy de acuerdo —dice Teodora sorprendiendo al consejo.

—¿Qué me dices de Matteo? —le pregunto a Quicksilver—. Sevro le destrozó la cara.

A Quicksilver se le resbala el cuchillo sobre una nueva ostra y se le clava la punta en la palma de la mano. Con una mueca de dolor, se chupa la sangre.

—Y si no se hubiera desmayado, os habría dicho dónde encontrarme. Según mi experiencia, el dolor es el mejor negociador.

—Estoy de acuerdo con ellos, Darrow —interviene Mustang—. Tenemos que estar seguros de que dice la verdad. Si no, estamos permitiendo que dicte nuestra estrategia, lo cual es un movimiento de contraespionaje clásico. Tú habrías hecho lo mismo.

En efecto, es precisamente lo que intenté hacer con el Chacal hasta que empezó la tortura.

Victra, que hasta ahora ha guardado silencio sobre el asunto, rodea la mesa a grandes zancadas y se planta en medio de la holoproyección, de manera que el espacio negro y las estrellas bailan sobre su piel. Sus irregulares mechones de pelo blanco se agitan ante unos ojos de mirada furiosa cuando se quita la camisa gris. Deja al descubierto su cuerpo

musculoso y flexible y un sujetador de compresión. Media docena de cicatrices de heridas de filo trazan líneas diagonales de unos diez centímetros sobre su vientre plano. Hay al menos otra docena en el brazo con que maneja la espada. Unas cuantas más en su rostro, cuello y clavícula.

—De algunas estoy orgullosa —dice señalándose las cicatrices—. De otras no.

Se da la vuelta para mostrarnos la parte baja de su espalda. Tiene una franja de carne cerosa y derretida donde su hermana la marcó con ácido. Se vuelve de nuevo hacia nosotros y levanta la barbilla, desafiante.

—Vine aquí porque no tenía otra opción. Me quedé a pesar de que las tuve. No me hagáis arrepentirme de ello.

Es sobrecogedor apreciar su vulnerabilidad. No creo que Mustang fuera capaz de bajar así la guardia en público. Sevro mira con intensidad a la altísima mujer mientras esta vuelve a ponerse la camisa y se vuelve hacia el holo. Tiende ambas manos hacia el asteroide para aumentar el holograma.

—¿Podemos verlo con mejor resolución? —pregunta.

—La imagen fue tomada por un dron de la Agencia Censual —le contesto —. Hace casi setenta años. No tenemos acceso a los registros militares actuales de la Sociedad.

—Mis hombres lo están intentando —apunta Quicksilver—. Pero no son muy optimistas. Ahora mismo nos estamos enfrentando a una legión de contraataques de la Sociedad. Un condenado maelstrom.

—Ahora nos vendría muy bien tener a tu padre a mano —le dice Sevro a Mustang.

—Nunca me habló de nada parecido —contesta ella.

—Mi madre sí, una vez —dice Victra pensativa—. A Antonia y a mí. Algo acerca de unas peligrosas bolsitas sorpresa que los emperadores podrían recoger en el viaje si el Confín se descarriaba.

—Eso encaja con lo que dice Casio.

Victra se vuelve hacia nosotros.

—Entonces creo que Casio está diciendo la verdad.

—Yo también —le digo al grupo—. Y torturarlo no resuelve nada. Le cortamos los dedos uno a uno, ¿y si sigue diciendo que es verdad? ¿Seguimos cortando hasta que diga que no lo es? Sea como sea, es un riesgo.

Obtengo unos cuantos gestos de aprobación, aunque a regañadientes. Me siento aliviado por haber ganado al menos una de las batallas, aunque también un tanto receloso al ver lo salvajes que pueden volverse mis amigos.

—¿Qué ha sugerido que hagamos? —pregunta Dancer—. Estoy seguro de que el Belona tiene una propuesta.

—Quiere que celebre una holoconferencia con la soberana —contesto.

—¿Por qué?

—Para establecer una alianza contra el Chacal. Nos proporcionan información y nosotros lo matamos antes de que detone alguna de las bombas —digo—. Ese es su plan.

Sevro deja escapar una risita.

—Lo siento. Pero es que sería divertidísimo verlo. —Levanta la mano izquierda y la mueve como si hablara—: «Hola, vieja zorra oxidada, ¿te acuerdas de cuando secuestré a tu nieto?». —Levanta la mano derecha—. «Claro que sí, buen hombre. Justo después de que yo esclavizara a toda tu raza». —Niega con la cabeza—. No tiene ningún sentido hablar con esa florecilla. No hasta que llamemos a su puerta con una flota a las espaldas. Deberías mandarnos a los Aulladores y a mí a por el bueno del Chacal. No puede apretar el botón si le falta la cabeza.

—Los valquirios se ocuparán de esa misión con los Aulladores —dice Sefi.

—No. El Chacal se esperaría un ataque personal —digo mirando a Mustang, que ya me ha advertido de que no siga ese rumbo—. Nos conoce demasiado bien para que las cosas que ya hemos hecho en el pasado lo pillen por sorpresa. No pienso malgastar vidas entrando en el juego de su conocimiento de nuestras fuerzas.

—¿Tienes a alguien dentro de su círculo personal, Regulus? —le pregunta Dancer a Quicksilver.

Sorprendentemente, los dos parecen caerse muy bien.

—Sí. Hasta que vuestros grises liberaron a Darrow. Adrio hizo que su jefe de inteligencia purgara su círculo más cercano. Todos mis hombres están muertos, encarcelados o cagados de miedo.

—¿Qué opinas, Augusto? —le pregunta Dancer a Mustang.

Todas las miradas se vuelven hacia ella. Virginia se toma su tiempo para

contestar.

—Creo que la razón por la que habéis conseguido sobrevivir durante tanto tiempo es que los dorados están tan obsesionados con el ego individual que se han olvidado de cómo conquistaron la Tierra. Todos ellos creen que pueden gobernar. Con la vuelta de Orión y el botín de Sevro, ahora vuestra principal fuerza estriba en vuestra armada y en un ejército de obsidianos. No ayudéis a la soberana. Sigue siendo la enemiga más peligrosa. Si la ayudáis, se concentrará en vosotros. Sembrad más semillas de discordia.

Dancer asiente para mostrar su acuerdo.

—Pero ¿estamos seguros de que el Chacal realmente utilizaría las cabezas nucleares contra el planeta?

—Mi hermano solo deseaba una cosa: la aprobación de mi padre. No la consiguió. Así que lo mató. Ahora quiere Marte. ¿Qué crees que hará si no lo consigue?

Un silencio amenazador invade la sala.

—Tengo un nuevo plan —anuncio.

—Eso espero, maldita sea —le susurra Sevro a Victra—. ¿Podré esconderme dentro de algo?

—Estoy segura de que algo te encontraremos, querido —le contesta ella.

Asiento. Él sacude una mano.

—Bueno, pues entonces oigámoslo, Segador.

—Hipotéticamente, supongamos que tomamos la mitad de las ciudades de Marte —digo. Me pongo de pie y selecciono un gráfico de la mesa que muestra una marea roja inundando el globo de Marte, apoderándose de ciudades, haciendo retroceder a los dorados—. Digamos que, cuando Orión se sume a nosotros, destrozamos su flota en órbita a pesar de que nos duplican en número. Imaginemos que aplastamos a sus ejércitos. Que, con la ayuda de los valquirios, apartamos a los obsidianos de sus legiones y hacemos que se unan a nosotros. Que aprovechamos la marejada de la propia población. Las máquinas de la industria de Marte se paralizan por completo. Hemos rechazado los incontables refuerzos de la Sociedad, la insurrección reina en las calles y hemos acorralado al Chacal después de años de guerra. Porque nos llevará años. ¿Qué ocurre entonces?

—Las máquinas de la industria no se detienen en Marte —contesta Victra

—. Siguen funcionando. Y seguirán produciendo hombres y material aquí.

—O… —digo.

—El Chacal detona las bombas —contesta Dancer.

—Cosa que creo que también hará contra los obsidianos y nuestro ejército si seguimos adelante con la operación Marea Creciente —añado.

—Llevamos meses preparando la operación —protesta Dancer—. Con los obsidianos podría funcionar. ¿Quieres echarla por tierra sin más?

—Sí —respondo—. Este planeta es la razón por la que luchamos. A lo largo de la historia, la fuerza de los ejércitos rebeldes siempre ha residido en que tienen menos cosas que proteger. Pueden vagar, moverse, y son imposibles de localizar. Nosotros tenemos mucho que perder aquí. Demasiadas cosas por proteger. Esta guerra no se ganará en unos días o semanas. Durará una década. Marte sangrará. Y, al final, preguntaos, ¿qué heredaremos? El cadáver de lo que una vez fue nuestra casa. Debemos luchar esta guerra, pero defenderé que no la disputemos aquí. Propongo que abandonemos Marte.

Quicksilver tose.

—¿Abandonar Marte?

Sefi da un paso al frente para dejar las sombras de la habitación de piedra y rompe su silencio.

—Dijiste que protegerías a mi pueblo.

—Nuestra fuerza está aquí, en los túneles —prosigue Dancer—. En nuestra población. Ahí es donde recae nuestra responsabilidad, Darrow. —Le lanza una mirada a Mustang para dejar claras sus sospechas—. No olvides de dónde vienes. Por qué estás haciendo esto.

—No lo he olvidado, Dancer.

—¿Tan seguro estás? Esta guerra es por Marte.

—Es por más que eso —replico.

—Por los colores inferiores —dice en un tono de voz cada vez más alto —. Hay que ganar aquí y después propagarse por la Sociedad. Aquí es donde está el helio. Es el corazón de la Sociedad, de los rojos. Ganar aquí, después propagarse. Así era como pretendía hacerlo Ares.

—Esta guerra es por todos —lo corrige Mustang.

—¡No! —exclama Dancer con un tono de voz posesivo—. Esta es nuestra

guerra, dorada. Yo ya la estaba disputando cuando tú aún estabas aprendiendo a esclavizar seres humanos en tu…

Sevro me mira con enfado mientras nuestros amigos se enzarzan en una trifulca. Le hago un pequeño gesto de asentimiento y él desenvaina el filo y lo estampa contra la mesa. El arma se incrusta en el tablero y se queda allí temblando.

—El Segador intenta hablar, comemierdas. Además, todo este asunto de los colores me aburre. —Mira a su alrededor, satisfecho con el silencio en que se ha sumido la sala. Asiente casi para sí y mueve la mano con dramatismo—. Segador, por favor, continúa. Estabas llegando a la parte emocionante.

—Gracias, Sevro. No caeré en la trampa del Chacal —aseguro—. La forma más sencilla de perder cualquier guerra es dejar que el enemigo dicte los términos del enfrentamiento. Debemos hacer lo que el Chacal y la soberana menos se esperen de nosotros. Crear nuestro propio paradigma para que sean ellos quienes jueguen a nuestro juego. Los que reaccionen a nuestras decisiones. Debemos ser osados. Ahora mismo hemos encendido una hoguera. Hay rebeliones en casi todos los territorios de la Sociedad. Si nos quedamos aquí, significa que estamos contenidos. No permitiré que sea así.

Transfiero la imagen de mi terminal de datos a la mesa para que el holograma de Júpiter flote en el aire. Sesenta y tres lunas minúsculas motean su perímetro, pero los cuatro enormes satélites jovianos dominan su órbita. Esas cuatro lunas de mayor tamaño —Ganímedes, Calisto, Ío y Europa— reciben el nombre colectivo de Ilión. En torno a ellas se encuentran dos de las flotas más grandes del Sistema Solar, la de los señores de las Lunas y la Armada de la Espada. Sevro está tan satisfecho que parece estar a punto de desmayarse.

Por fin le estoy dando la guerra que ni siquiera él sabía que quería.

—La guerra civil ente Belona y Augusto ha puesto al descubierto más líneas de falla entre el Núcleo y el Confín Externo. La flota principal de Octavia, la Armada de la Espada, está a cientos de millones de kilómetros de distancia del respaldo más cercano. Es la flota más grande del Sistema Solar. Octavia envió a nuestro buen amigo Roque au Fabii a meter en cintura a los señores de las Lunas, y él ha destrozado a toda armada que se ha enfrentado a

ellos; aun cuando contaban con la ayuda de Mustang, los Telemanus y los Arcos, Roque ha derrotado al Confín. A bordo de esos barcos hay más de dos millones de hombres y mujeres. Más de diez mil obsidianos. Doscientos mil grises. Tres mil de los mejores asesinos vivos, Marcados como Únicos. Pretores, legados, caballeros, comandantes de escuadrón. Los mejores dorados de sus Institutos. Antonia au Severo-Julii ha reforzado esa flota. Y es el instrumento de miedo gracias al que la soberana somete los planetas a su voluntad. Esa flota, como su comandante, no ha sido derrotada jamás.

Guardo silencio durante unos segundos para que mis palabras calen y todos se percaten de la gravedad de mi propuesta.

—Dentro de cuarenta días, destruiremos la Armada de la Espada y le arrancaremos el corazón palpitante a la máquina bélica de la Sociedad. —Saco el filo de Sevro de la mesa y se lo lanzo a su dueño—. Y ahora, contestaré a vuestras malditas preguntas.

39

EL CORAZÓN

Dancer viene a buscarme mientras ultimo los preparativos para embarcar con Sevro y Mustang en la lanzadera que nos llevará hasta la flota en órbita. Tinos es un hervidero de actividad. Cientos de lanzaderas y transportadores reunidos por Dancer y los líderes de sus Hijos de Ares parten a través de los enormes túneles hacia el Polo Sur, donde aún tendrán que trasladar a obsidianos jóvenes y viejos desde sus hogares hasta la seguridad de las minas. Pero los guerreros viajarán hasta la órbita para sumarse a mi flota. En veinticuatro horas, reubicarán a ochocientos mil seres humanos en el que será el mayor esfuerzo de la historia de los Hijos de Ares. Me arranca una sonrisa pensar en lo feliz que sería Fitchner sabiendo que el mayor empeño de su legado es salvar vidas en lugar de quitarlas.

Tras cubrir la evacuación con la flota, me marcharé a toda prisa hacia Júpiter. Dancer y Quicksilver se quedarán atrás para seguir con lo que han empezado y retener al Chacal en Marte hasta que comience la siguiente fase del plan.

—Es increíble, ¿verdad? —dice Dancer contemplando el mar azul de los destellos de motor que pasan junto a nuestra estalactita de camino al gran túnel del techo de Tinos.

Victra está muy cerca de Sevro junto al borde del hangar abierto, dos siluetas oscuras que observan la esperanza de dos pueblos mientras se aleja flotando en la oscuridad.

—La Armada Roja va a la guerra —suspira Dancer—. Jamás pensé que este día llegaría.

—Fitchner debería estar aquí —comento.

—Sí, así es. —Dancer esboza una mueca de dolor—. Creo que es mi mayor pesar. Que no pudiera vivir para ver a su hijo llevar su yelmo. Y para verte a ti convertido en lo que siempre supo que eras.

—¿Y en qué me he convertido? —pregunto mientras me fijo en un Aullador rojo que salta dos veces con sus gravibotas para salir disparado desde el borde del hangar hasta la bodega de carga abierta de un transportador de tropas que pasa ante nosotros.

—En alguien que cree en la gente —contesta con delicadeza.

Me vuelvo para mirar a Dancer, contento de que haya venido a verme en mis últimos momentos aquí, entre mi propia gente. No sé si volveré alguna vez. Y si lo consigo, me temo que me verá como a un hombre diferente. Un hombre que lo traicionó a él, a nuestro pueblo, el sueño de Eo. Ya he pasado por esto. Ya me he despedido de él en una plataforma de aterrizaje. Harmony estaba con Dancer, y también Mickey, cuando me dijo adiós en aquella torre de Yorkton. Y aquí está otra vez, despidiéndose porque me marcho a la guerra. ¿Cómo es posible que sienta tanta nostalgia de un pasado tan terrible? Puede que simplemente esa sea nuestra naturaleza, desear siempre cosas que fueron o que podrían ser en lugar de las cosas que son y que serán.

Es más difícil tener esperanza que recordar.

—¿Crees que los señores de las Lunas nos ayudarán de verdad? —pregunta.

—No. La estratagema será hacerles creer que se están ayudando a sí mismos. Y después largarnos antes de que se vuelvan contra nosotros.

—Es un riesgo, muchacho, pero a ti te gusta correrlos, ¿no es verdad?

Me encojo de hombros.

—Y además es la única opción que tenemos.

Unas botas patean la plataforma de metal a mis espaldas. Holiday sube por la rampa cargando una bolsa de equipamiento en compañía de varios nuevos Aulladores. La vida sigue, y me arrastra con ella. Hace siete años que Dancer y yo nos conocemos, y sin embargo parece como si hubieran pasado treinta para él. ¿Cuántas décadas de guerra habrá soportado? ¿De cuántos

amigos que yo no he llegado a conocer, a los que ni siquiera ha mencionado, se habrá despedido? Gente a la que él quería tanto como yo quiero a Sevro y Ragnar. Hace tiempo tuvo una familia, aunque raras veces habla de ella.

Todos tuvimos algo alguna vez. A todos nos han robado y quebrado de una manera distinta. Por eso formó Fitchner este ejército. No para unirnos, sino para salvarse a sí mismo del abismo que abrió en su interior la muerte de su esposa. Necesitaba una luz. Y la creó. El amor fue su grito al viento. Igual que en el caso de mi esposa.

—Lorn me dijo una vez que si él hubiera sido mi padre me habría criado para ser un buen hombre. No hay paz para los grandes hombres, decía. —Sonrío al recordarlo—. Debería haberle preguntado quién pensaba que creaba la paz para todos esos hombres buenos.

—Tú eres un buen hombre —me asegura Dancer.

Mis manos están llenas de cicatrices, son bestiales. Cuando las cierro, los nudillos adquieren un familiar tono blanquecino.

—¿Ah, sí? —Río—. Entonces ¿por qué quiero hacer cosas malas?

Él suelta una carcajada y yo lo abrazo con fuerza. Su brazo bueno me rodea la cadera. Su cabeza apenas me llega al pecho.

—Puede que Sevro se haya puesto el casco, pero tú eres el corazón de esto —le digo—. Siempre lo has sido. Eres demasiado humilde para verlo, pero eres un hombre tan grande como el propio Ares. Y, aun así, sigues siendo bueno. Al contrario que esa rata sucia y bastarda. —Me aparto de él y le doy un golpe en el pecho—. Y te quiero. Solo para que lo sepas.

—Oh, maldita sea —masculla con los ojos llenos de lágrimas—. Creía que eras un asesino. ¿Te has colado por mí, muchacho?

—Nunca —digo guiñándole un ojo.

Me da un empujón.

—Ve a decirle adiós a tu madre antes de marcharte.

Lo dejo gritándoles órdenes a un grupo de Hijos marinos y me abro paso entre el bullicio. Choco el puño con Guijarro, a quien Muecas empuja en una silla de ruedas hacia una rampa de embarque. Saludo a los Hijos de Ares que reconozco. Le devuelvo los insultos a Payaso, que camina con una tropa de

Aulladores. Mi madre y Mustang dejan de hablar de repente en cuanto llego. Las dos parecen emocionadas.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nos estábamos despidiendo —contesta Mustang.

Mi madre da un paso hacia mí.

—Dio trajo esto de Lico. —Abre una pequeña caja de plástico y me enseña la tierra que contiene. Levanta la mirada hacia mí y esboza una sonrisa—. Vuela hacia la noche, y cuando todo se torne oscuridad, recuerda quién eres. Recuerda que nunca estás solo. Las esperanzas y los sueños de tu gente van contigo. Recuerda tu hogar. —Tira de mí hacia abajo para besarme en la frente—. Recuerda que te queremos.

La abrazo con fuerza y me aparto para ver las lágrimas que le inundan los ojos duros.

—Estaré bien, mamá —le aseguro.

—Lo sé. Sé que no crees que merezcas ser feliz —me dice—. Pero te equivocas, niño. Te lo mereces más que cualquier otra persona. Así que haz lo que tengas que hacer, y después regresa a casa conmigo. —Toma mi mano y la de Mustang—. Volved a casa los dos. Y luego empezad a vivir.

La dejo atrás, confusa y emocionada.

—¿A qué venía todo eso? —le pregunto a Mustang.

Ella me mira como si yo debiera saberlo.

—Tiene miedo.

—¿Por qué?

—Porque es tu madre.

Subo por la plataforma de aterrizaje de mi lanzadera con Sevro y Victra, que se han unido a Mustang y a mí al pie de la misma.

—Sondeainfiernos… —grita Dancer antes de que lleguemos al final.

Me doy la vuelta y me encuentro al anciano nudoso con el puño levantado en el aire. Y detrás de él, todos los ocupantes del hangar de la estalactita me miran, cientos de marineros de cubierta sobre cintas transportadoras mecanizadas, pilotos, azules, rojos y verdes sobre las rampas de sus barcos o en las escaleras que llevan a sus puentes de mando con los cascos en la mano, pelotones de grises, rojos y obsidianos en formación, cargados con los equipos de combate y los suministros —con la guadaña cosida en los

hombros, pintada en las caras— y embarcando en las lanzaderas con destino a mi flota. Hombres y mujeres de Marte, todos ellos. Luchando por algo más grande que ellos. Por nuestro planeta, por su pueblo. Siento el peso de su amor. Siento las esperanzas de toda esa gente esclavizada que vio a los Hijos de Ares alzarse para tomar Fobos. Les prometimos algo, y ahora debemos cumplirlo. Uno a uno, los miembros de mi ejército levantan las manos hasta que un mar de puños se cierra como hizo el de Eo cuando sujetó el hemanto y cayó ante Augusto.

Siento un escalofrío cuando Sevro, Victra, Mustang e incluso mi madre levantan sus puños a una.

—Rompe las cadenas —grita Dancer.

Alzo mi propio puño lleno de cicatrices y entro en silencio en la lanzadera para sumarme a la Armada Roja que parte hacia la guerra.

40

MAR AMARILLO

El mar Amarillo de Ío lame mis botas negras. Grandes dunas de arena cargada de azufre con escarpadas cumbres de piedra de silicato que se extienden hasta donde alcanza la vista. La superficie marmolada de Júpiter ondula en el cielo azul acerado. Con un diámetro ciento treinta y tres veces mayor del que parece tener la Luna desde la superficie de la Tierra, tiene el aspecto de la ingente y maligna cabeza de un dios de mármol. La guerra asola sus sesenta y siete lunas. Las ciudades se encogen bajo escudos de pulsos. Los cascarones ennegrecidos de hombres en caparazones estelares atestan las lunas mientras los escuadrones de luchadores se baten en duelo y persiguen transportadores de tropas y suministros entre los frágiles anillos de hielo del gigante gaseoso.

Es todo un espectáculo para la vista.

Estoy de pie en una duna, flanqueado por Sefi y cinco valquirias, con una armadura de pulsos recién pintada de negro esperando la lanzadera de los señores de las Lunas. Nuestra nave de asalto descansa a nuestra espalda, con los motores al ralentí. Tiene forma de tiburón martillo. Es gris oscuro. Pero los valquirios y los estibadores rojos le pintaron la cabeza durante nuestro viaje desde Marte y ahora tiene dos ojos saltones y azules y una boca abierta llena de dientes voraces y ensangrentados. Entre sus ojos, Holiday está tumbada bocabajo, escudriñando a través de la mira de su rifle las formaciones rocosas del sur.

—¿Veis algo? —pregunto, y la máscara de respiración hace que mi voz restalle.

—Nada —contesta Sevro por el intercomunicador.

Payaso y él exploran el pequeño asentamiento que hay a dos kilómetros de distancia con sus gravibotas. No los distingo a simple vista. Jugueteo con mi falce.

—Vendrán —digo—. Mustang fijó el lugar y la hora.

Ío es una luna extraña. La más interior y pequeña de los cuatro grandes satélites galileanos. Es un poco más grande que la Luna. Nunca fue su destino que las máquinas de terraformación doradas la transformaran por completo. Es un infierno del que Dante estaría orgulloso. El objeto más seco de todo el Sistema Solar, abundante en vulcanismo explosivo, depósitos de azufre y calentamiento de marea interior. Su superficie es un lienzo de llanuras amarillas y naranjas rotas por las inmensas fallas de cabalgamiento de su terreno inestable. Los espectaculares acantilados escarpados se elevan desde las dunas de azufre para arañar el cielo.

Unas enormes manchas de verde concéntrico motean sus regiones ecuatoriales. Dado que cultivar cosechas y criar ganado tan lejos del sol resultaba complicado, la Corporación de Ingenieros de la Sociedad cubrió millones de acres de la superficie de Ío con campos de pulsos e importó tierra y agua suficientes para tres vidas en cosmocamiones. Engrosó la atmósfera del planeta para filtrar la radiación masiva de Júpiter y utilizó el calentamiento de marea interior del planeta para alimentar unos enormes generadores que producen bastantes alimentos para toda la órbita de Júpiter, exportar al Núcleo y, aún más importante, al Confín. Ío es la granja con el granero más grande de Marte a Urano, con una gravedad suave y tierra barata.

Adivinad quién hizo todo el trabajo.

Más allá de las Burbujas se encuentra el mar de Azufre, que se extiende de un polo al otro, tan solo interrumpido por lagos de magma y volcanes.

Puede que no me guste Ío. Pero respeto a la gente de esta tierra. Ni siquiera los hombres y mujeres que viven bajo las Burbujas son como los humanos de la Tierra, la Luna, Mercurio o Venus. Son más duros, más flexibles, tienen los ojos ligeramente más grandes para absorber la escasa luz

a seiscientos millones de kilómetros del sol, la piel más pálida, son más altos y capaces de soportar mayores dosis de radiación. Estas personas se consideran muy similares a los dorados de hierro que conquistaron la Tierra y consiguieron que el hombre viviera en paz por primera vez en la historia del planeta.

Hoy no debería haberme vestido de negro. Con los guantes, la capa y la chaqueta debajo. Creía que íbamos a la parte opuesta a Júpiter de Ío, donde los campos de nieve de dióxido de azufre llenan la luna de costras. Pero el equipo de operaciones de los señores de las Lunas exigió un nuevo lugar de encuentro en el último momento y nos ha situado al borde del mar de Azufre. Ciento veinte grados centígrados de temperatura.

Sefi sube para situarse a mi lado y escudriñar el horizonte amarillo con sus nuevos ópticos. Sus valquirias y ella se han adaptado rápidamente al equipamiento bélico, pues estudiaron y entrenaron día y noche con Holiday durante nuestro viaje de mes y medio hasta Júpiter. Practicaron abordaje de embarcaciones, técnicas de armas de energía y lenguaje de signos gris.

—¿Cómo llevas el calor? —le pregunto.

—Es extraño. —Solo lo siente en la cara. El resto de su cuerpo se beneficia de los sistemas de refrigeración de la armadura—. ¿Por qué vive aquí la gente?

—Vivimos donde podemos.

—Pero los dorados eligen, ¿verdad?

—Sí.

—Yo desconfiaría de los hombres que eligen un hogar así. Aquí los espíritus son crueles.

El viento y la escasa gravedad levantan la arena del suelo en columnas temblorosas. Mustang piensa que es de Sefi de quien yo debería desconfiar. En nuestra travesía hasta Júpiter, ha visto cientos de horas de holometraje. Ha estudiado nuestra historia como pueblo. Sigo el rastro de la actividad de su terminal de datos. Pero lo que preocupa a Mustang no es que a Sefi le gusten los vídeos y experienciales de bosques tropicales, sino que haya dedicado incontables horas a analizar holos de nuestras guerras, en especial de la aniquilación nuclear de Rea. Me pregunto qué pensará Sefi de ello.

—Un consejo sensato, Sefi —le contesto—. Un buen consejo.

Sevro aterriza espectacularmente ante nosotros, rociándonos de arena. Se quita la espectrocapa.

—Vaya maldito agujero de mierda.

Me limpio el polvo de la cara, fastidiado. Tuvo un comportamiento insoportable durante todo el viaje hasta aquí. Riéndose, gastando bromas pesadas y colándose en la habitación de Victra cada vez que pensaba que nadie lo veía. El hombrecito feo está enamorado. Y por lo que parece, el sentimiento es mutuo.

—¿Qué opinas? —le pregunto.

—Que todo este sitio apesta a pedo.

—¿Esa es tu valoración profesional? —pregunta Holiday por el intercomunicador.

—Sí. Hay un asentamiento Waygar al otro lado del pico. —Su piel de lobo se agita al viento y hace tintinear las pequeñas cadenas que la unen a su armadura—. Un montón de rojos encorvados y gafotas trasladando herramientas de destilación.

—¿Has examinado la arena? —le pregunto.

—No es mi primera escoria, jefe. No me gusta esta mierda del cara a cara, pero parece que está despejado. —Le echa un vistazo a su terminal de datos —. Creía que los luneros serían puntuales. Pero esos mariquitas llevan treinta minutos de retraso.

—Probablemente estén siendo cautelosos. Deben de pensar que tenemos apoyo aéreo —le digo.

—Sí. Porque seríamos unos malditos cabezas de chorlito si no lo hubiéramos traído.

—Recibido —dice Holiday a través del intercomunicador para mostrar su acuerdo.

—¿Por qué iba a necesitar apoyo aéreo cuando te tengo a ti? —pregunto señalando las gravibotas de Sevro.

Detrás de él, en el suelo, hay un maletín de plástico gris. Contiene un lanzador de misiles sarisa rodeado de espuma. El mismo que Ragnar utilizó contra la nave de Casio. Si surge la necesidad, tengo un caza psicótico de tamaño Trasgo.

—Mustang dijo que vendrían —insisto.

—Mustang dijo que vendrían —se burla Sevro con una vocecilla infantil —. Más les vale. La flota no puede ocultarse ahí fuera durante mucho más tiempo sin que la detecten.

Mi flota espera en órbita desde que Mustang se fue en su lanzadera a Ilión, la capital de Ío. Cincuenta naves antorcha y destructores agazapados, con los escudos apagados y los motores parados sobre la yerma luna de Sinope, mientras las flotas más numerosas de los dorados navegan por el espacio cerca de los satélites galileanos. Si se aproximan más, los sensores de los dorados nos detectarán. Pero escondida, mi flota es vulnerable. Con un solo pase, un mísero escuadrón de alas rápidas podría destruirla.

—Los luneros vendrán —afirmo.

Pero no estoy seguro de ello. Son un pueblo frío, orgulloso y estrecho de miras, estos dorados jovianos. Apenas ocho mil Marcados como Únicos llaman hogar a las lunas galileanas de Júpiter. Todos sus Institutos están aquí. Y lo único que los lleva al Núcleo son las labores sociales o, en el caso de los más adinerados, las vacaciones. Puede que la Luna sea el hogar ancestral de su pueblo, pero a la mayoría de ellos le resulta ajena. La metropolitana Ganímedes es el centro de su mundo.

La soberana conoce el peligro de que el Confín se independice. Me habló de lo difícil que le resultaba imponer su poder a lo largo y ancho de mil millones de kilómetros de imperio. Su verdadero miedo nunca fue que la Casa de Augusto y la de Belona se destruyeran entre sí. Fue la posibilidad de que el Confín se revelara y partiera la Sociedad por la mitad. Hace sesenta años, al comienzo de su reinado, hizo que el Señor de la Ceniza acabara con la luna de Saturno, Rea, cuando su gobernador se negó a aceptar la autoridad de Octavia. Ese ejemplo se ha mantenido durante sesenta años.

Pero nueve días después de mi Triunfo, los hijos de los señores de las Lunas que permanecían retenidos en la Luna, en la corte de la soberana, como garantía de la cooperación política de sus padres, desaparecieron. Los espías de Mustang en la Ciudadela los ayudaron. Dos días más tarde, los herederos del fallecido archigobernador Revus au Raa, que fue asesinado durante mi Triunfo, robaron o destruyeron la totalidad de la Flota de Guarnición de la Sociedad en su muelle de Calisto, con la colaboración de los Cordovan de Ganímedes. Declararon la independencia de Ío y presionaron a

las otras lunas, más poderosas y pobladas, para que se unieran a ellos.

Poco después, el infamemente carismático Rómulo au Raa fue elegido soberano del Confín. Saturno y Urano se unieron al cabo de poco tiempo, y la Segunda Rebelión de la Luna comenzó sesenta años y doscientos once días después de la primera.

Obviamente, los señores de las Lunas esperaban que la soberana se quedara atrapada en Marte durante una década, tal vez más. Si a eso se le suma cierta insurrección de los colores inferiores en el Núcleo, puede entenderse por qué asumieron que Octavia no sería capaz de dedicar los recursos necesarios para enviar una flota del tamaño suficiente a seiscientos millones de kilómetros para aplastar su rebelión emergente. Se equivocaron.

—Captamos señales —anuncia Guijarro desde su puesto en los controles del sensor de la lanzadera—. Tres barcos. A doscientos noventa kilómetros.

—Por fin —farfulla Sevro—. Aquí llegan los malditos luneros.

Tres naves de guerra emergen del espejismo de calor del horizonte. Dos cazas negros tipo Sarpedón —pintados con el dragón blanco de cuatro cabezas de los Raa, que sujeta un rayo joviano entre las garras— escoltan una lanzadera tipo Príamo —gorda y color canela— que luce un símbolo que conozco demasiado bien. Un zorro dormido de múltiples colores. La nave aterriza ante nosotros. Se forman remolinos de arena y la rampa se abre desde el vientre del barco. Siete siluetas ágiles, más altas y desgarbadas que yo, la recorren hasta llegar al suelo. Todos dorados. Sobre la nariz y la boca llevan máscaras de respiración orgánicas, de kril, hechas por los tallistas. Parecen la piel mudada de una langosta, con una pata extendiéndose hacia cada oreja. Su equipamiento de combate color canela es más ligero que la armadura del Núcleo y está adornado con pañuelos de colores vivos. Llevan a la espalda largos cañones de riel con culatas de marfil personalizadas. Los filos cuelgan de sus caderas. Los ópticos que les cubren los ojos son de color naranja. Y en los pies llevan hespéridos, unas botas ligeras que utilizan aire condensado en lugar de la gravedad para mover a su usuario. Los hacen saltar sobre la tierra como piedras sobre un lago. No alcanzan mucha altura, pero con ellas puedes moverte a casi sesenta kilómetros por hora. Su peso es alrededor de un cuarto del de mis botas, la batería les dura un año y no se calientan, de manera que son indetectables para la visión térmica.

Son asesinos. No caballeros. Holiday reconoce la distinta variedad del peligro.

—No está con ellos —dice a través del intercomunicador—. ¿Algún Telemanus?

—No —contesto—. Espera. Ya la veo.

Mustang sale de la nave y se une a los ionianos, que la superan por mucho en altura. Va vestida igual que ellos, pero desarmada. En compañía de otra mujer ioniana —esta con los hombros encorvados hacia delante como un guepardo—, Mustang se suma a nosotros en la cima de la duna. El resto de los ionianos se quedan junto a la nave. No es una amenaza, solo una escolta.

—Darrow —dice Mustang—, siento el retraso.

—¿Dónde está Rómulo? —pregunto.

—No va a venir.

—Mierda —protesta Sevro—. Te lo dije, Segador.

—Sevro, no pasa nada —lo tranquiliza Virginia—. Esta es su hermana, Vela.

La altísima mujer nos mira por encima de una nariz totalmente plana. Tiene la piel pálida y el cuerpo adaptado a la baja gravedad. Resulta difícil verle la cara tras la máscara y las gafas, pero parece tener poco más de cincuenta años. Su voz es monocorde hasta el extremo.

—Te transmito los saludos de mi hermano, y su bienvenida, Darrow de Marte. Soy la legado Vela au Raa.

Sefi da vueltas a nuestro alrededor examinando a la extraña dorada y el curioso equipamiento que lleva. Me gusta cómo habla la gente cuando Sefi la rodea. Me parece algo más honesta.

—Bien hallada, *legatus*. —Asiento cordialmente—. ¿Vas a hablar en nombre de tu hermano? Albergaba la esperanza de exponerle mi caso en persona.

Se le arruga la piel en torno a las gafas.

—Nadie habla en nombre de mi hermano. Ni siquiera yo. Desea que te reúnas con él en su domicilio privado de los Páramos de Karrack.

—¿Para que podáis atraernos hacia una trampa? —interviene Sevro—. Tengo una idea mejor. ¿Y si le dices al capullo de tu hermano que cumpla con su maldita palabra antes de que coja ese rifle y te lo meta por el culo para

que parezcas un pincho moruno de florecilla esquelética?

—Sevro, para —lo increpa Mustang—. Aquí no. Con esta gente no.

Vela mira a Sefi mientras esta da vueltas y se fija en el filo que la obsidiana lleva en la cadera.

—Me importa una mierda y un pis quién sea esta. Ella sabe quiénes somos nosotros. Y si no le resbala un chorrito por la pierna cuando está cara a cara con el maldito Segador de Marte es que tiene menos cerebro que un montón de pelusa de ombligo.

—Él no puede venir —dice Vela.

—Comprensible —contesto.

Sevro realiza un movimiento grotesco.

—¿Qué es eso? —pregunta Vela señalando a Sefi con la cabeza.

—Eso es la reina de los valquirios —respondo—. Hermana de Ragnar Volarus.

Vela desconfía de Sefi, y hace bien. Ragnar es un nombre conocido.

—Ella tampoco puede venir. Pero en realidad me refería a ese pedazo de metal en el que habéis llegado volando hasta aquí. ¿Se supone que es un barco? —Resopla con desdén y levanta la barbilla—. Construido en Venus, claro está.

—Es prestado —explico—. Pero si quieres hacer un intercambio…

Vela me sorprende con una carcajada antes de ponerse seria una vez más.

—Si deseáis presentaros ante los señores de las Lunas como una delegación diplomática, debéis mostrar respeto hacia mi hermano. Y confiar en el honor de su hospitalidad.

—He visto a muchos hombres y mujeres dejar a un lado el honor cuando les resulta inconveniente —replico con mordacidad.

—Esto no es el Núcleo. Esto es el Confín —responde Vela—. Recordamos a los ancestros. Recordamos cómo deberían ser los dorados de hierro. No asesinamos a los invitados como esa puta de la Luna. O como ese tal Chacal en Marte.

—Aun así —insisto.

Vela se encoge de hombros.

—La decisión depende de ti, Segador. Tienes sesenta segundos para tomarla.

Vela da un paso atrás mientras delibero con Mustang y Sevro. Le hago un gesto a Sefi para que se acerque.

—¿Opiniones?

—Rómulo preferiría morir a asesinar a un invitado —dice Mustang—. Sé que no tienes ningún motivo para confiar en esta gente. Pero el honor es realmente importante para ellos. No son como los Belona, que solo presumen de ello de boquilla. Aquí la palabra de un dorado significa tanto como su sangre.

—¿Sabes dónde está la residencia? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—Si lo supiera yo misma te llevaría allí. Dentro tienen equipamiento para detectar radiación y dispositivos de localización electrónicos. Te han estudiado. Tendremos que apañárnoslas solos.

—Estupendo.

Pero esto no tiene nada que ver con la estrategia. Aquí no hay juego a corto plazo. Mi gran jugada era llegar al Confín sabiendo que cuento con una influencia que la soberana no tiene. Esa influencia me mantendrá la cabeza sobre los hombros mejor que el honor de cualquier persona. Sin embargo, ya me he equivocado en otras ocasiones, así que esta vez busco confirmación y escucho.

—¿Se aplican también a los rojos las normas que regulan el tratamiento de los invitados? —inquiere Sevro—. ¿O solo a los dorados? Eso es lo que necesitamos saber.

Le lanzo una mirada a Vela.

—Es una buena pregunta.

—Si te mata a ti, me mata a mí —dice Mustang—. No pienso separarme de tu lado. Y si lo hace, mis hombres se volverán contra él. Los Telemanus se volverán contra él. Incluso las nueras de Lorn se volverán contra él. Eso es casi un tercio de su armada. Es una reyerta que no puede permitirse.

—Sefi, ¿tú qué piensas?

Cierra los ojos para que sus tatuajes azules puedan ver los espíritus de este páramo.

—Ve.

—Danos seis horas, Sevro. Si para entonces no hemos vuelto…

—¿Me hago una paja entre los arbustos?

—Devástalo todo.

—Eso sí puedo hacerlo. —Entrechoca su puño con el mío y me guiña un ojo—. Feliz misión diplomática, niños. —Le tiende el puño a Mustang—. Tú también, caballito. Estamos juntos en esta mierda, ¿no?

Virginia le golpea alegremente los nudillos con los suyos.

—Toda la maldita razón.

41

LOS SEÑOR ES DE LAS LUNAS

El hogar del hombre más poderoso de las lunas galileanas es un lugar sencillo, sinuoso de jardines pequeños y rincones tranquilos. Situado a la sombra de un volcán inactivo, tiene vistas a una llanura amarilla que se extiende hasta el horizonte, donde otro volcán arde y el magma se arrastra hacia el oeste. Aterrizamos en un pequeño hangar cubierto al lado de una formación rocosa, el segundo de dos barcos. El otro es una esbelta embarcación de carreras que Orión se moriría por pilotar. Junto a ella, una hilera de varias motos voladoras cubiertas de polvo. Nadie acude a atender nuestro navío cuando desembarcamos y nos encaminamos hacia la casa por un camino de piedra blanca incrustado en el polvo de azufre. Se curva hacia un lateral de la casa. La pequeña propiedad al completo está envuelta en una discreta burbuja de pulsos.

Nuestros escoltas se sienten cómodos en este entorno. Franquean —en fila y por delante de nosotros— la verja de hierro que lleva al patio sembrado de hierba de la casa. Se quitan las botas hespéridos cubiertas de polvo y las dejan justo al lado del camino de entrada, al lado de un par de botas militares negras. Mustang y yo intercambiamos una mirada y nos quitamos las nuestras. Tardo más que el resto en librarme de mis voluminosas gravibotas. Cada una de ellas pesa casi nueve kilos y tiene tres hebillas paralelas en torno a la pantorrilla para sujetarme las piernas. Es extrañamente reconfortante sentir la hierba entre los dedos de los pies. Soy consciente de que me apestan

los pies. Me resulta raro ver las botas de una docena de enemigos apiladas junto a la puerta. Es como si me hubiera colado en algo muy íntimo.

—Por favor, espera aquí —me dice Vela—. Virginia, Rómulo desea hablar a solas contigo primero.

—Gritaré si estoy en peligro —digo con una sonrisa cuando veo que Mustang duda.

Me guiña un ojo antes de marcharse detrás de Vela, que ha notado la sutileza de nuestro intercambio. Tengo la sensación de que a esa mujer no se le escapa apenas nada, aun menos de lo que juzga. Me quedo solo en el jardín con la canción de unas campanillas de viento que cuelgan de lo alto de un árbol. El patio ajardinado es un rectángulo perfecto. De unos treinta pasos de ancho. Unos diez desde la verja delantera hasta los pequeños escalones blancos que llevan a la entrada principal de la casa. Las paredes de enlucido blanco son lisas y están cubiertas de finas plantas trepadoras que se cuelan en la casa. Unas pequeñas flores naranjas brotan de las enredaderas e inundan el aire de un olor silvestre, abrasador.

La casa forma meandros, las habitaciones y los jardines se despliegan los unos a partir de los otros. La casa no tiene tejado. Aunque no es que existan muchas razones para tenerlo. La burbuja de pulsos protege la propiedad de las inclemencias del clima. Aquí fabrican su propia lluvia. Unos pequeños nebulizadores riegan los pequeños cidros cuyas raíces resquebrajan el fondo de la pequeña fuente de piedra blanca situada en el centro del jardín. Un breve vistazo a un lugar así fue lo que condujo a mi esposa al patíbulo.

Qué extraño le habría parecido este viaje.

Y también, en cierto modo, qué maravilloso.

—Puedes comerte una mandarina si te apetece —dice una vocecilla a mi espalda—. A padre no le importará.

Me doy la vuelta y veo a una niña de pie junto a otra verja que comunica el patio principal con un camino que serpentea hacia la parte izquierda de la casa. Debe de rondar los seis años. Sujeta una pala pequeña entre las manos y lleva las rodillas de los pantalones manchadas de tierra. Tiene el pelo muy corto, la cara pálida, los ojos un tercio más grandes que cualquier niña de Marte. Se aprecia la blanda longitud de sus huesos. Como un potrillo recién nacido. No he conocido a muchos niños dorados. Las familias de Únicos del

Núcleo suelen protegerlos del escrutinio público por miedo a que los asesinen, así que los esconden en haciendas o colegios privados. He oído que el Confín es diferente. Que aquí no matan a los niños. Pero a todo el mundo le gusta fingir que no matan a los niños.

—Hola —la saludo con amabilidad.

Utilizo un tono de voz frágil, extraño, que no he vuelto a usar desde que vi a mis sobrinas y sobrinos. Me encantan los niños, pero últimamente me siento muy ajeno a ellos.

—Tú eres el marciano, ¿verdad? —pregunta impresionada.

—Me llamo Darrow —contesto con un gesto de asentimiento—. ¿Cómo te llamas tú?

—Soy Gaia au Raa —responde orgullosa, como si fuera adulta, pero solo al pronunciar su nombre—. ¿De verdad eras rojo? Oí hablar a mi padre —me explica—. Se creen que porque no tengo esto… —se acaricia la mejilla con un dedo para trazar una cicatriz imaginaria—, tampoco tengo oídos. —Señala con la cabeza las paredes cubiertas de enredaderas y sonríe con picardía—. A veces trepo.

—Sigo siendo rojo —contesto—. No es algo que haya dejado de ser.

—Ah. Pues no te pareces a ellos.

No debe de ver holos si no sabe quién soy.

—Puede que no tenga que ver con mi aspecto —sugiero—, sino más bien con lo que hago.

¿Es demasiado complicado explicarle algo así a una niña de seis años? No tengo ni la menor idea. La pequeña pone cara de asco y me temo que he cometido un error.

—¿Has conocido a muchos rojos, Gaia?

Niega con la cabeza.

—Solo los he visto en mis estudios. Padre dice que no es apropiado mezclarse con ellos.

—¿No tienes sirvientes?

Suelta una risita antes de darse cuenta de que hablo en serio.

—¿Sirvientes? Pero si no me los he ganado. —Se da de nuevo unos golpecitos en la cara—. Todavía no.

Me pone de mal humor pensar en esta niña corriendo por los bosques del

Instituto para salvar la vida. ¿O será ella la que persiga?

—Y no te los ganarás nunca si no dejas en paz a nuestro invitado —dice una voz grave y ronca desde la entrada principal de la casa.

Rómulo au Raa está apoyado contra el marco de la puerta. Es un hombre sereno y violento. De mi altura, pero más delgado y con la nariz rota por dos sitios. Tiene el ojo derecho un tercio más largo que el mío, contenido en un rostro estrecho, furioso. Su párpado izquierdo está atravesado por una cicatriz. Una bola lisa de mármol azul y negro me mira desde donde debería estar el globo ocular. Tiene los labios carnosos apretados, y en el superior luce otras tres cicatrices. Lleva el pelo dorado oscuro recogido en una larga coleta. Excepto por las viejas heridas, su piel es de perfecta porcelana. Pero lo que atrae de este hombre no es tanto su aspecto como lo que transmite. Percibo su inalterable tranquilidad. Su seguridad natural, como si hubiera estado siempre a la puerta. Como si me conociera desde que nací. Es sorprendente lo bien que me cae desde el momento en que le guiña un ojo a su hija. Y también lo mucho que deseo que el sentimiento sea mutuo, a pesar de que sé que es un tirano.

—Entonces ¿qué te parece nuestro marciano? —le pregunta a la niña.

—Es grueso —contesta Gaia—. Más grande que tú, padre.

—Pero no tan grande como un Telemanus —apunto.

La pequeña se cruza de brazos.

—Bueno, es que nada es tan grande como un Telemanus.

Me echo a reír.

—Ojalá fuera verdad. Conocí a un hombre que para mí era casi tan grande como yo lo soy para ti.

—¡No! —exclama Gaia con los ojos abiertos como platos—. ¿Un obsidiano?

Asiento.

—Su nombre era Ragnar Volarus. Era un Sucio. El príncipe de una tribu obsidiana del polo sur de Marte. Se llaman a sí mismos los valquirios. Y los gobiernan unas mujeres que montan grifos. —Miro a Rómulo—. Su hermana está conmigo.

—¿Que montan grifos? —La idea deslumbra a la niña. Aún no ha llegado a ese punto en sus estudios—. ¿Dónde está Ragnar ahora?

—Murió, y lo disparamos hacia el sol mientras veníamos a visitar a tu padre.

—Oh. Lo siento… —dice con la bondad ciega que al parecer tan solo conservan los niños—. ¿Por eso estabas tan triste?

Me estremezco, pues no era consciente de que resultara tan obvio. Rómulo se da cuenta y me ahorra tener que responder.

—Gaia, tu tío te estaba buscando. Los tomates no van a plantarse solos, ¿o sí?

La niña baja la cabeza y me dice adiós con la mano antes de marcharse deshaciendo sus pasos por el sendero. La veo desaparecer y me doy cuenta con cierto retraso de que mi hijo tendría ahora su edad.

—¿Lo habías preparado tú? —le pregunto a Rómulo.

El joviano baja al jardín.

—¿Me creerías si te dijera que no?

—Últimamente no me creo mucho de lo que me dice nadie.

—Eso te mantendrá con vida, pero no te hará feliz —afirma con seriedad.

Habla con el ritmo entrecortado de los hombres criados en las academias de gladiadores. Sin afectación, sin insultos ronroneados ni juegos. Es una franqueza refrescante, aunque distante.

—Este era el refugio de mi padre, y el de su padre antes de él —dice Rómulo, que me indica que tome asiento en uno de los bancos de piedra—. Me pareció un lugar oportuno para discutir el futuro de mi familia. —Arranca una mandarina del árbol y se sienta en el banco de enfrente—. Y el tuyo.

—Me parece un enorme esfuerzo malgastado —digo.

—¿A qué te refieres?

—Los árboles, la tierra, el césped, el agua. Nada de todo esto encaja aquí.

—Y el hombre nunca debería haber dominado el fuego. Precisamente en eso reside su belleza —contesta con un tono de voz desafiante—. Esta luna es un horror, odiosa. Pero nosotros la hicimos nuestra por medio de la ingenuidad. De la voluntad.

—¿O simplemente estamos de paso? —le pregunto.

Sacude un dedo para mostrar su desaprobación.

—La inteligencia es una cualidad que nunca se te ha atribuido.

—La falta de inteligencia —lo corrijo—. Me han dado lecciones de

humildad. Y eso da mucho que pensar.

—¿Lo de la caja fue verdad? —pregunta Rómulo—. Hemos oído rumores a lo largo del último mes.

—Fue verdad.

—Indecoroso —dice con desprecio—. Pero deja clara la calidad de tu enemigo.

Su hija ha dejado pequeñas huellas de barro sobre el camino de piedra.

—Gaia no sabía quién era.

Rómulo se concentra en pelar la mandarina en delicadas tiras. Lo satisface que me haya fijado tanto en su hija.

—Ninguno de los niños de mi familia ve holos hasta que cumple los doce. Todos contamos con la naturaleza y la educación para modelarnos. Podrá ver las opiniones de otra gente cuando tenga las suyas propias, nunca antes. No somos criaturas digitales. Somos de carne y hueso. Es mejor que lo aprenda antes de que el mundo dé con ella.

—¿Es ese el motivo por el que no tenéis sirvientes aquí?

—Sí hay sirvientes, pero no necesito que hoy te vean. Y no son de ella. ¿Qué tipo de padre querría que sus hijos tuvieran sirvientes? —pregunta repugnado por la idea—. En cuanto un niño cree que tiene derecho a algo, cree que se lo merece todo. ¿Por qué crees que el Núcleo se ha convertido en una especie de Babilonia? Porque nunca se le ha dicho que no.

»Mira el Instituto al que asististe. ¿Esclavitud sexual, asesinato, canibalismo de compañeros dorados? —Niega con la cabeza—. Propio de bárbaros. No es lo que los ancestros querían. Pero los nucleínos son tan insensibles a la violencia que han olvidado que tiene que tener un propósito. La violencia es una herramienta. Se supone que debe impactar. Cambiar. Sin embargo, ellos la normalizan y la celebran. Y crean una cultura de la explotación en la que están tan autorizados al sexo y al poder que cuando se les dice que no, desenvainan una espada y hacen lo que les parece.

—Tal como han hecho con tu pueblo —señalo.

—Tal como han hecho con mi pueblo —repite—. Tal como le hacemos al tuyo.

Termina de pelar la mandarina, aunque más bien parece que le esté arrancando la cabellera. Divide la pulpa bruscamente por la mitad y me lanza

una de las partes.

—No pienso idealizar lo que soy —continúa—. Ni justificar la subyugación de tu pueblo. Lo que les hacemos es cruel, pero necesario.

De camino hacia aquí, Mustang me contó que este hombre utiliza como almohada una piedra del mismísimo foro romano. No es una persona amable, al menos no con sus enemigos, que es lo que soy yo, a pesar de su hospitalidad.

—Me cuesta hablarte como si no fueras un tirano —digo—. Te sientas aquí y piensas que eres más civilizado que los de la Luna porque sigues tu código de honor, porque haces gala de tu moderación. —Señalo la sencilla casa—. Pero no eres más civilizado —le aseguro—, solo más disciplinado.

—¿Acaso no es eso la civilización? ¿El orden? ¿Rechazar el impulso animal en favor de la estabilidad?

Se come la fruta a comedidos mordiscos. Yo dejo la mía sobre la piedra.

—No, no lo es. Pero no estoy aquí para debatir de filosofía o política.

—Gracias a Júpiter. Dudo que estuviéramos de acuerdo en algo.

Me observa con detenimiento.

—Estoy aquí para hablar de lo que los dos conocemos mejor: la guerra.

—Nuestra vieja y fea amiga. —Lanza una mirada hacia la puerta de la casa para asegurarse de que estamos solos—. Pero, antes de que pasemos a ese ámbito, ¿puedo hacerte una pregunta de carácter personal?

—De acuerdo.

—¿Sabes que mi padre y mi hija murieron en tu Triunfo en Marte?

—Sí.

—En cierto sentido, es lo que dio comienzo a todo esto. ¿Viste cómo sucedía?

—Sí.

—¿Fue como dicen?

—No me atrevería a suponer quiénes lo dicen ni qué dicen.

—Dicen que Antonia au Severo-Julii le pisó la cabeza a mi hija hasta reventársela. Mi esposa y yo deseamos saber si es verdad. Es lo que nos contó uno de los pocos que consiguieron escapar.

—Sí —contesto—. Es verdad.

La mandarina le gotea en los dedos, olvidada.

—¿Sufrió?

Apenas recuerdo ver a la chica en aquel momento. Pero he soñado con esa noche cien veces, las suficientes para desear que mi memoria fuera más débil. La muchacha de cara plana llevaba un vestido gris con un broche del dragón relampagueante. Intentó dar la vuelta a la fuente corriendo. Pero Vixus le sajó los tendones de las pantorrillas al pasar a su lado. La chica se arrastró por el suelo, sollozando, hasta que Antonia la remató.

—Sí. Durante varios minutos.

—¿Lloró?

—Sí. Pero no suplicó.

Rómulo se queda mirando la verja de hierro mientras los remolinos de polvo de azufre bailan por la llanura yerma que se extiende más allá de la tranquilidad de su casa. Conozco su dolor, la horrible y apabullante tristeza de amar algo hermoso solo para verlo hecho trizas por la dureza del mundo. Su hija creció aquí, amada, protegida, y luego salió a correr una aventura y conoció el miedo.

—La verdad puede ser cruel —dice—. Aun así, es la única cosa de valor. Te doy las gracias por ello. Yo también tengo una verdad. Una que creo que no te gustará…

—Tienes otro invitado —digo. Se queda sorprendido—. Hay unas botas en la puerta. Abrillantadas para un barco, no para un planeta. Hace que el polvo se pegue a ellas de una manera terrible. No me siento ofendido. Lo supuse al no reunirte conmigo en el desierto.

—Entiendes por qué no pienso tomar una decisión a ciegas o impetuosamente.

—Sí.

—Hace dos meses, no estuve de acuerdo con el plan de Virginia para negociar la paz. Se marchó *motu proprio* con el apoyo de los que se habían asustado por nuestras pérdidas. Yo creo en la guerra solo en cuanto herramienta política efectiva. Y en aquel momento no pensaba que estuviéramos en una posición de fuerza para sacar algo de nuestra guerra sin conseguir al menos una o dos victorias. La paz era otra forma de subyugación. Mi lógica era sólida, nuestras armas no. No obtuvimos esas victorias. El emperador Fabii es… eficiente. Y el Núcleo, por más que

desprecie su cultura, genera muy buenos asesinos con muy buenos suministros y apoyos logísticos. Estamos luchando cuesta arriba contra un gigante. Ahora, tú estás aquí. Y con la paz puedo lograr algo que no conseguí con la guerra. Así que debo ponderar mis opciones.

Quiere decir que puede utilizar mi presencia como palanca para exigir a la soberana mejores condiciones de las que le habría ofrecido si la guerra hubiera seguido adelante. Es descaradamente interesado y egoísta. Sabía que era un riesgo que corría cuando tomé este rumbo, pero tenía la esperanza de que, después de un año de guerra con Octavia, estuviera crispado y quisiera vengarse de ella. Pero, al parecer, por las venas de Rómulo au Raa corre una sangre especialmente fría.

—¿A quién ha enviado la soberana? —pregunto.

Se recuesta contra el respaldo con expresión divertida.

—Adivina.

42

EL POETA

Roque au Fabii está sentado a una mesa de piedra en un huerto que se extiende a un costado de la casa, terminándose un postre de tarta de queso con bayas de sauco y café. El humo de un amenazante volcán enano se eleva hacia el horizonte del crepúsculo con la misma indolencia que el vapor de su tacita de porcelana. El emperador deja de observar las volutas de humo para vernos entrar. Está imponente con su uniforme negro y dorado: esbelto como una espiga de trigo estival, con los pómulos altos y los ojos cálidos, pero el rostro distante e inflexible. A estas alturas ya podría lucir una docena de insignias de guerra en el pecho. Pero su vanidad es tan profunda que considera la afectación un signo de grosera decadencia. La pirámide de la Sociedad, que vuela con alas de emperador a uno y otro lado, le marca ambos hombros; una calavera dorada con una corona le sobrecarga el pecho: el emblema de la brigada del Señor de la Ceniza. Roque deja su taza sobre la mesa con delicadeza, se seca los labios con la esquina de la servilleta y se pone en pie, descalzo.

—Darrow, ha pasado una eternidad —dice con una elegancia tan cortés que casi podría convencerme a mí mismo de que somos un par de viejos amigos que se reencuentran tras una larga ausencia.

Pero no me permitiré sentir nada por este hombre. No puedo consentir que obtenga el perdón. Victra estuvo a punto de morir por su culpa. Fitchner no se salvó. Ni Lorn. ¿Y cuántas personas más habrían fallecido si yo no

hubiera dejado que Sevro abandonase la fiesta antes para buscar a su padre?

—Emperador Fabii —contesto con un tono de voz neutro.

Pero tras mi fría bienvenida se oculta un corazón doliente. En su rostro, sin embargo, no hay ni el más mínimo rastro de pesar. Quiero que lo haya. Y, al darme cuenta de eso, me percato de que aún quiero a este hombre. Él es un soldado de su pueblo. Yo soy un soldado del mío. No es el villano de su historia. Es el héroe que desenmascaró al Segador. Que derrotó a la flota Augusto-Telemanus en la batalla de Deimos la noche posterior a mi captura. No hace estas cosas por sí mismo. Vive por un objetivo tan noble como el mío. Su pueblo. Su único pecado es amarlo demasiado, como es típico en él.

Mustang me mira con preocupación, consciente de todo lo que debo de estar sintiendo. Me preguntó por él durante la travesía desde Marte. Le dije que Roque no significaba nada para mí, pero los dos sabemos que no es verdad. Ella está conmigo ahora. Me sirve de anclaje entre estos depredadores. Sin Mustang podría enfrentarme a mis enemigos, pero no me aferraría tanto a mí mismo. Sería más oscuro. Estaría más lleno de ira. Doy gracias por tener a mi lado a personas como ella para afianzar mi espíritu. Si no fuera así, me temo que mi propia alma huiría de mí.

—No puedo decir que sea un placer volver a verte, Roque —le dice ella para desviar la atención de mí—. Aunque me sorprende que la soberana no haya enviado a un político para tratar con nosotros.

—Lo hizo —replica Roque—. Y le devolvisteis a Moira convertida en un cadáver. La soberana se sintió muy dolida por ello. Pero tiene fe en mis armas y en mi juicio. Al igual que yo tengo fe en la hospitalidad de Rómulo. Gracias por la comida, por cierto —le dice a nuestro anfitrión—. Nuestra cantina es lamentablemente militarista, como podrás imaginar.

—Son las ventajas de ser el dueño de un granero —contesta Rómulo—. Los asedios nunca te hacen pasar hambre.

Nos hace un gesto para que tomemos asiento. Mustang y yo ocupamos los dos que hay frente a Roque, mientras que Rómulo se sienta a la cabecera de la mesa. Las otras dos sillas que hay a su derecha y a su izquierda están ocupadas por el archigobernador de Tritón y una anciana encorvada que no conozco y que luce las alas del emperador.

Roque me mira.

—Me alegra saber, Darrow, que al fin estás participando en la guerra que tú mismo comenzaste.

—Darrow no es responsable de esta guerra —replica Mustang—. Tu soberana sí.

—¿Por imponer el orden? —pregunta Roque—. ¿Por obedecer el Pacto?

—Vaya, esto es nuevo. La conozco un poquito mejor que tú, Poeta. Esa arpía es una criatura ruin y codiciosa. ¿Crees que la idea de matar a Quinn fue de Aja? —Espera una respuesta. No la obtiene—. Fue de Octavia. Fue ella quien le dijo que lo hiciera a través del intercomunicador que llevaba en la oreja.

—Quinn murió por culpa de Darrow —asegura Roque—. De nadie más.

—El Chacal presumió ante mí de haber matado a Quinn —le digo—. ¿Lo sabías? —Roque no parece impresionado por mis palabras—. Si la hubiera dejado en paz, Quinn habría sobrevivido. Pero él la mató en la parte trasera del barco mientras los demás luchábamos por nuestras vidas.

—Mentiroso.

Hago un gesto de negación con la cabeza.

—Lo lamento, pero la culpa que sientes en esas tripas delgaduchas no va a desaparecer. Porque es la verdad.

—Me convertiste en un asesino en masa contra mi propio pueblo —dice Roque—. Mi deuda para con mi soberana y la Sociedad por mi papel en la guerra Augusto-Belona todavía no está saldada. Millones de personas perdieron la vida en el asedio de Marte. Millones de personas que no tendrían por qué haber muerto si yo hubiera descubierto tu treta y cumplido con mi deber hacia mi pueblo.

Le tiembla la voz. Conozco la mirada perdida de sus ojos. La he visto en los míos cuando me despierto de una pesadilla y me miro en el espejo bajo la pálida luz del cuarto de baño de ese salón de la Luna. Todos esos millones de personas le gritan también a él en la oscuridad, preguntándole por qué.

Prosigue:

—Lo que no soy capaz de entender, Virginia, es por qué abandonaste las conversaciones en Fobos. Unas conversaciones que habrían curado las heridas que dividen a los dorados y nos habrían permitido concentrarnos en nuestro verdadero enemigo. —Me mira con dureza—. Este hombre quería

que tu padre muriera. No desea nada más que la destrucción de nuestro pueblo. Pax murió por su mentira. Tu padre murió por culpa de sus estratagemas. Está utilizando tu corazón en tu contra.

—Ahórratelo.

Mustang resopla desdeñosamente.

—Estoy intentando…

—No me trates con paternalismo, Poeta. Aquí el llorón eres tú, no yo. Esto no tiene nada que ver con el amor. Tiene que ver con hacer lo correcto. Y eso no guarda ninguna relación con las emociones. Guarda relación con la justicia, que se apoya en los hechos. —El señor de la Luna cambia de postura, incómodo ante la mención de la justicia. Mustang vuelve la cabeza hacia él—. Ellos saben que creo en la independencia del Confín. Y saben que soy reformista. Y saben que soy lo bastante inteligente para no mezclar ambas cosas o confundir mis sentimientos con mis creencias. Al contrario que tú. Así que, teniendo en cuenta que aquí tus jueguecitos retóricos van a caer en oídos sordos, ¿podemos ahorrarnos la indignidad de enzarzarnos en duelos verbales y hacer nuestras propuestas para terminar esta guerra de una manera u otra?

Roque la fulmina con la mirada.

Rómulo esboza una ligera sonrisa.

—¿Tienes algo que añadir, Darrow?

—Creo que Mustang lo ha explicado todo a la perfección.

—Muy bien —contesta Rómulo—. Entonces expondré mi punto de vista y después os dejaré exponer el vuestro. Ambos sois mis enemigos. Uno me ha atormentado con huelgas de trabajadores. Propaganda antigubernamental. Insurrección. El otro con guerra y asedios. Y, sin embargo, aquí, en el borde de la oscuridad, lejos de las fuentes de poder tanto del uno como del otro, me necesitáis a mí, a mis barcos y a mis legiones. Imagino que captáis la ironía. Mi única pregunta es esta: ¿quién puede darme más a cambio? —Mira primero a Roque—. Emperador, comienza, por favor.

—Honorables señores, mi soberana lamenta este conflicto entre nuestro propio pueblo, al igual que yo. Se generó a partir de las semillas sembradas en disputas previas, pero puede terminar ahora si el Confín y el Núcleo recuerdan que hay un mal mayor, más pernicioso, que las pendencias

políticas y los debates sobre los impuestos y la representación. El mal de la democracia. Esa noble mentira de que todos los hombres nacen iguales. La habéis visto despedazar Marte. Adrio au Augusto ha librado esa batalla noblemente allí en nombre de la Sociedad.

—¿Noblemente? —pregunta Rómulo.

—Eficazmente. Pero aun así la infección se ha extendido. Esta es nuestra mejor oportunidad de destruirla antes de que logre una victoria de la que tal vez no seamos capaces de recuperarnos jamás. A pesar de nuestras diferencias, todos nuestros ancestros cayeron sobre la Tierra en la Conquista. En recuerdo de ello, la soberana está dispuesta a cesar todas las hostilidades. Solicita la asistencia de tus legiones y armada para aplastar la amenaza roja que pretende acabar con el Confín y el Núcleo.

»A cambio, después de la guerra retirará la guarnición de la Sociedad de Júpiter, pero no de Saturno ni de Urano. —El archigobernador de Titán resopla con desdén—. Se involucrará en conversaciones de buena fe en relación con la reducción de impuestos y las tarifas de exportación del Confín. Os concederá las mismas licencias para la minería en el Cinturón de las que disfrutan actualmente las empresas del Núcleo. Y aceptará vuestra propuesta de representación igualitaria en el Senado.

—¿Y la reforma del proceso de elección del soberano? —pregunta Rómulo—. Ella nunca debería haber llegado a ser emperatriz. Es una funcionaria electa.

—Revisará el proceso de elección después de que se hayan nombrado los nuevos senadores. Además, los Caballeros Olímpicos serán nombrados por votación de los archigobernadores, no por orden de la soberana, tal como solicitasteis.

Mustang echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada breve y dura.

—Lo siento. Llamadme escéptica. Pero lo que estás diciendo, Roque, es que la soberana dirá que sí a todo lo que Rómulo pueda querer hasta que recupere una posición en la que pueda decir que no. —Suelta el aire por la nariz cómicamente—. Confiad en mí, amigos, mi familia conoce bien el hedor de las promesas de la soberana.

—¿Y qué hay de Antonia au Julii? —pregunta Rómulo tomando nota del escepticismo de Mustang—. ¿La entregarás ante nuestra justicia por el

asesinato de mi hija y mi padre?

—Lo haré.

Rómulo está satisfecho con los términos y conmovido por los comentarios de Roque acerca de la amenaza roja. No ayuda que sus promesas parezcan bastante plausibles. Es práctico. No promete demasiado ni demasiado poco. Lo único que puedo hacer para combatirlas es asumir el hecho de que yo les ofrezco una fantasía. Y peligrosa, además. Rómulo me mira, a la espera.

—Dejando el color a un lado, tú y yo tenemos algo en común. La soberana es una política, yo soy un hombre de espada. Mis tratos son de ángulos y metal. Como los tuyos. Esa es la sangre que corre por mis venas. Mi única razón de ser. Fíjate en cómo ascendí entre vuestras filas sin ser uno de los vuestros. Fíjate en cómo conquisté Marte. La Lluvia de Hierro con más éxito desde hace siglos. —Me inclino hacia delante—. Señores, yo os proporcionaré la independencia que os merecéis. No medias tintas. No transitoria. La independencia permanente de la Luna. Nada de impuestos. Nada de veinte años de servicios al Núcleo para vuestros grises y obsidianos. Nada de órdenes de la Babilonia en que se ha convertido el Núcleo.

—Una promesa osada —comenta Rómulo, que muestra la profundidad de su carácter al soportar la ofensa que debe de sentir ante un rojo que le promete concederle la independencia.

—Una promesa disparatada —precisa Roque—. Darrow solo es quien es por las personas que tiene a su alrededor.

—Toda la razón —dice Mustang alegremente.

—Y sigo teniéndolos a todos a mi alrededor, Roque. ¿A quién tienes tú?

—A nadie —contesta Mustang con él—. Solo a nuestra querida Antonia, que se ha convertido en la marioneta traidora de mi hermano.

Sus palabras dan en el blanco de Roque y Rómulo. Retomo mi discurso para los señores de las Lunas.

—Tenéis el mayor astillero de la historia de los mundos. Pero empezasteis la guerra demasiado rápido. Sin barcos suficientes. Sin combustible suficiente. Pensando que la soberana no podría enviar una flota hasta aquí con tanta rapidez. Os equivocasteis. Pero la soberana también ha cometido un error: el resto de sus flotas, sin excepción, están en el Núcleo

defendiendo lunas y mundos del ataque de Orión. Pero Orión no está en el Núcleo. Está conmigo. Sus fuerzas se han unido a los barcos que le robé al Chacal para formar la armada con la que destruiré la Armada de la Espada desde el cielo.

—No tienes suficientes naves para eso —asegura Roque.

—Tú no sabes lo que tengo —digo—. Y no sabes dónde lo escondo.

—¿Cuántos barcos tiene? —le pregunta Rómulo a Mustang.

—Suficientes.

—A Roque le gustaría que creyerais que soy un incendio incontrolado. ¿Acaso parece que me falte control? —Hoy no, al menos—. Rómulo, tú no tienes ningún interés en el Núcleo, al igual que yo no lo tengo en el Confín. Este no es mi hogar. No somos enemigos. Mi guerra no es contra tu raza, sino contra los gobernantes de mi planeta. Ayúdanos a derrotar la Armada de la Espada y obtendrás tu independencia. Dos pájaros de un tiro. Aun en el caso de que no consiga imponerme a la soberana en el Núcleo después de que venzamos al Poeta aquí, aun en el caso de que pierda dentro de menos de un año, causaremos tal daño que Octavia tardará toda una vida en reunir las naves, el dinero, los soldados y los capitanes necesarios para cruzar de nuevo los mil millones de kilómetros de oscuridad.

Los señores de las Lunas beben mis palabras. Es posible que ya me los haya ganado.

Roque resopla.

—¿De verdad creéis que este autodenominado liberador abandonará a los colores inferiores del Confín? Solo en las lunas galileanas hay más de ciento cincuenta millones de «esclavizados».

—Si pudiera liberarlos, lo haría —admito—. Pero no puedo. Lo reconozco y me parte el corazón, porque son de los míos. Pero todo líder debe hacer sacrificios.

Mi afirmación obtiene gestos de asentimiento de los dorados. A pesar de que soy el enemigo, respetan mi lealtad hacia mi pueblo, y también el dolor que debo de sentir. Es extraño percibir tal veneración en las miradas de mis enemigos. No estoy acostumbrado a ello.

Roque también ve esos gestos.

—Conozco a este hombre mejor que ninguno de vosotros —asegura—.

Lo conozco como si fuera mi hermano. Y es un mentiroso. Diría cualquier cosa con tal de romper los vínculos que nos unen.

—Al contrario que la soberana, que nunca miente —le espeto con sarcasmo, y arranco unas cuantas carcajadas.

—La soberana cumplirá el acuerdo —insiste Roque.

—¿Igual que hizo con mi padre cuando planeó matarlo en la gala el año pasado? —pregunta Mustang mordazmente—. Yo era una de sus lanceras y Octavia lo planeó justo delante de mis narices. Y ¿por qué? Porque mi padre no estaba de acuerdo con su política. Imaginaos lo que les haría a unos hombres que realmente se han enfrentado a ella en una guerra.

—Cierto, muy cierto —dice el archigobernador de Tritón golpeando los nudillos contra la mesa.

—¿Y por eso es mejor confiar en un terrorista chaquetero? —pregunta Roque—. Lleva seis años conspirando para acabar con nuestra Sociedad. Toda su existencia es un engaño. ¿Cómo vais a fiaros de él? ¿Cómo podríais pensar que sois más importantes para un rojo que para un dorado? —Roque niega tristemente con la cabeza—. Somos áureos, hermanos y hermanas. Somos el orden que protege a la humanidad. Antes de nosotros, el propósito de la raza era destruir el único hogar que había conocido. Pero impusimos la paz. No permitáis que Darrow os manipule para volver a traer la Edad Oscura que ya fue. Eliminarán todas las maravillas que hemos creado para llenar sus panzas y saciar sus deseos. Tenemos la oportunidad de detenerlo aquí, ahora. Tenemos la oportunidad de unirnos una vez más, como siempre hemos debido estarlo. Por nuestros hijos. ¿Qué mundo queremos que hereden?

Roque se lleva una mano al corazón.

—Soy un hombre de Marte. No le tengo más aprecio que vosotros al Núcleo. Los apetitos de la Luna llevan saqueando mi planeta desde mucho antes de que yo naciera. Eso debe cambiar. Y cambiará. Pero no gracias a la espada de Darrow. Él quemaría la casa para reparar una ventana rota. No, amigos, esa no es la manera de hacerlo. Para cambiar a mejor, debemos mirar más allá de la política actual y recordar el espíritu de nuestra Edad de Oro. Los áureos, unidos por encima de todo.

Cuanto más se alargue esta reunión, más probable será que Roque los convenza de su patriotismo. Tanto Mustang como yo lo sabemos. Yo también

sabía que al venir aquí tendría que sacrificar algo. Albergaba la esperanza de que no fuera lo que estoy a punto de ofrecerles, pero sé por la expresión de los rostros de los señores de las Lunas que el mensaje de Roque ha dado en la diana. Temen un alzamiento. Me temen a mí.

Es el gran miedo de los Hijos de Ares, el gran error que cometió Sevro al hacer público mi proceso de talla y arrastrar a los Hijos a una guerra de verdad. En las sombras, podíamos dejar que se mataran entre ellos. No éramos más que una idea. Pero Roque los ha hecho pensar en la idea que une a todos los señores de la historia: ¿y si los esclavos toman posesión de mi propiedad?

Cuando mi tío me entregó la falce, me dijo que me salvaría la vida a cambio de perder algún miembro. Es algo que les dicen a todos los mineros para que sepan desde el primer día que ponen un pie en la mina que el sacrificio merece la pena. Ahora mismo voy a hacer un sacrificio por el que puede que jamás se me perdone.

—Os entregaré a los Hijos de Ares —digo en voz baja. Nadie me oye por encima del continuo discurso de Roque. Solo Mustang—. Os entregaré a los Hijos de Ares —repito esta vez más alto.

El silencio invade la mesa. La silla de Rómulo cruje cuando este se echa hacia delante.

—¿Qué quieres decir?

—Os he dicho que no tengo ningún interés en el Confín. Ahora lo demostraré. Hay más de trescientas cincuenta células de los Hijos de Ares operando en vuestros territorios —contesto—. Nosotros somos vuestras huelgas en los muelles. Somos los sabotajes en sanidad y la razón por la que las calles de Ilión se llenan de mierda. Aunque me entregues hoy mismo a la soberana, los Hijos te sangrarán durante un millar de años. Pero yo te entregaré todas y cada una de las células de Hijos de Ares del Confín, abandonaré a los colores inferiores de aquí y trasladaré mi cruzada al Núcleo, no volveré a atravesar el Cinturón de Asteroides en toda mi vida si me ayudas a acabar con su maldita flota.

Al pronunciar esas últimas palabras, señalo con un dedo acusador a Roque, que parece horrorizado.

—Eso es una locura —dice el Poeta al notar el efecto que han causado

mis palabras—. Está mintiendo.

Pero no miento. He dado órdenes a las células de los Hijos de Ares para que evacúen el Confín. No muchos lo conseguirán. Miles de ellos serán capturados, torturados, asesinados. Así es la guerra, y el peligro del liderazgo.

—Señores, el emperador os está pidiendo que os dobleguéis —replico—. ¿No estáis ya cansados de eso? ¿De humillaros ante un trono que está a seiscientos millones de kilómetros de vuestra casa? —Asienten—. La soberana dice que soy una amenaza para vosotros. Pero ¿quién ha bombardeado vuestras ciudades? ¿Quién ha masacrado a un millón de vuestros habitantes? ¿Quién retenía a vuestros hijos como rehenes en la Luna? ¿Quién asesinó a tu padre y a tu hija en Marte? ¿Quién quemó toda una luna? ¿Acaso fui yo? ¿Fue mi pueblo? No. Vuestra mayor enemiga es la codicia del Núcleo.

—Eso sucedió en una época distinta —protesta Roque.

—Fue la misma mujer —gruño, y miro al dorado saturniano sentado a la izquierda de Rómulo, absorto en mis palabras—. ¿Quién quemó Rea? La soberana lo ha olvidado porque su trono le da la espalda al Confín. Pero tú ves el cadáver vidrioso de esa luna todas las noches en tus cielos.

—Rea fue un error —dice Roque, que cae en la trampa que Mustang me ha ayudado a preparar—. Un error que no debe repetirse jamás.

—¿Jamás? —pregunta Mustang para terminar de envolverlo en la red. Se vuelve hacia Vela, que observa la escena desde los escalones de la casa en compañía de varios dorados ionianos más—. Vela, amiga mía, ¿podrías traerme mi terminal de datos, por favor?

—No entréis en su juego —advierte Roque.

—¿En mi juego? —repite Mustang con un tono de voz inocente—. Mi juego son los hechos, *imperator*. ¿Se pueden utilizar los datos objetivos en esta negociación o solo se permite la retórica? Personalmente, no confío en ningún hombre que tema los hechos. —Vuelve a mirar a Vela, sonriendo a causa de sus propias pullas—. Puedes manejarlo tú misma, Vela. La contraseña es L17L6363.

Mustang se echa a reír ante mi sorpresa. Vela mira a su hermano.

—Podría enviarle un mensaje a Barca.

—Desactiva mi conexión —sugiere Mustang.

Rómulo le hace un gesto de asentimiento a su hermana. Vela la desactiva.

—Por favor, mira en las carpetas de datos, caché número tres.

Vela obedece. Al principio, la dorada entorna los ojos tranquilos, confundida por lo que está viendo. Luego, mientras lee, se le separan los labios y la piel de los brazos se le pone de gallina. El resto de la pequeña concurrencia observa su reacción con creciente ansiedad.

—Revelador, ¿verdad, Vela?

—¿Qué es? —exige saber Rómulo—. Enséñanoslo.

Vela le lanza una mirada de odio a Roque, que está tan confundido como todos los demás, y le acerca el terminal a su hermano. Rómulo consigue que su rostro permanezca impasible mientras lee los datos y selecciona la información pasando los dedos sobre la pantalla. Estoy utilizando la información de Casio en contra de su señora, convirtiendo el regalo del Caballero en una flecha que apunta directamente al corazón de la soberana. Sin embargo, Mustang y yo pensamos que sería mejor hacerles pensar que la información procede de sus agentes, pues le otorgaría a la mentira la credibilidad de la relación de Virginia con Rómulo.

—Proyéctalo —dice Rómulo al lanzarle el terminal de datos a Vela.

—¿Qué es esto? —pregunta Roque enfadado—. Rómulo…

Le fallan las palabras cuando una imagen del asteroide S-1988, parte de la subfamilia Karin de la Familia Coronis en el Cinturón de Kuiper entre Marte y Júpiter, brota en el aire. Rota lentamente sobre la mesa. La corriente verde de datos que aparece debajo detalla el destino de la soberana. Es una serie de comunicados de la Sociedad falsificados que pormenorizan el envío de suministros a un asteroide sin base. Los datos continúan fluyendo, revelando directivas de alto nivel de la Sociedad para «repostar» en el asteroide. Luego muestran las imágenes del barco que hice que se separara de nuestra flota principal para investigar el asteroide mientras los demás nos dirigíamos a Júpiter. Los rojos de mi tío flotan por el oscuro almacén. Los pequeños propulsores de sus trajes guardan silencio en el vacío. Pero sus contadores Geiger, que están sincronizados con sus cascos, crepitan por la cantidad de radiación del lugar. Una cantidad de radiación mucho mayor que la que emiten las cabezas nucleares de cinco megatones que se permite utilizar en el combate espacial.

Rómulo mira a Roque con fijeza.

—Si lo de Rea no debía repetirse, ¿por qué vació tu flota un depósito de armas nucleares antes de venir a nuestra órbita?

—Nosotros no visitamos el depósito —dice Roque, que aún está intentando procesar lo que ha visto y todo lo que implica. Las pruebas son convincentes. Todas las mentiras entran mejor si se sirven con un buen acompañamiento de verdad—. Los Hijos de Ares lo saquearon hace meses. La información está falsificada.

Opera con la información equivocada. Y eso quiere decir que la soberana ha mantenido la traición del Chacal muy en secreto. Y ahora está pagando el precio de confiar en tan poca gente. Roque no está preparado para este debate, y se nota.

—O sea que sí existe ese depósito —señala Rómulo.

Roque se da cuenta de lo devastadora que ha sido su confesión. Rómulo frunce el entrecejo y prosigue:

—Emperador Fabii, ¿por qué habría de existir un depósito de armas nucleares secretos entre la Luna y estos territorios?

—Es información clasificada.

—Debes de estar de broma.

—La Marina de la Sociedad es responsable de la seguridad de…

—Si fuera por seguridad, ¿no existiría entonces una base más cercana? —pregunta Rómulo—. Eso está cerca del borde del Cinturón de Asteroides, en la ruta que una flota de la Luna utilizaría cuando Júpiter está en su órbita más cercana al sol. Como si fuera un alijo preparado para que un emperador lo recogiera de camino a mi casa…

—Rómulo, ya sé lo que parece…

—¿Ah, sí, joven Fabii? Porque da la sensación de que consideras que la aniquilación es una opción contra unas personas a las que llamas hermanos y hermanas.

—Está claro que esta información está falsificada…

—Excepto por la existencia del depósito.

—Sí —admite Roque—. Existe.

—Y las cabezas nucleares. ¿Con tanta radiación?

—Es por razones de seguridad.

—Pero el resto es mentira.

—Sí.

—Es decir, que en realidad tú no viniste a mi casa con armas nucleares suficientes para convertir nuestras lunas en cristal.

—En efecto —confirma Roque—. Las únicas cabezas nucleares que llevamos a bordo son para el combate naval. Un rendimiento de cinco megatones máximo. Rómulo, por mi honor…

—El mismo honor que demostraste cuando traicionaste a tu amigo… —Rómulo me señala—. Cuando traicionaste al honorable Lorn. A mi aliado, Augusto. A mi padre, Revus. Ese honor que te llevó a quedarte mirando mientras una matricida sociópata que acepta órdenes de un parricida sociópata le pisoteaba la cabeza a mi hija.

—Rómulo…

—No, emperador Fabii. No creo que continúes mereciendo la confianza de referirte a mí por mi nombre de pila. Dices que Darrow es un salvaje, un mentiroso. Pero él ha venido aquí con el corazón en la mano. Tú con mentiras. Ocultándote detrás de tus modales y educación…

—Archigobernador Raa, tienes que escucharme. Hay una explicación si…

—¡Basta! —grita Rómulo, que se pone en pie de un salto y estampa su enorme mano contra la mesa—. Basta de hipocresía. Basta de estratagemas. Basta de mentiras, llorón adulador del Núcleo. —Comienza a temblar de rabia—. Si no fueras mi invitado, te lanzaría mi guante y te cortaría la virilidad en el Sangradero. Tu generación perdida ha olvidado lo que significa ser dorado. Habéis abandonado vuestra herencia para amamantaros de la teta del poder, ¿y por qué? ¿Para qué? ¿Para lucir esas alas en tus hombros? *Imperator*. —Resopla al pronunciar la palabra—. Eres un crío. Me da pena que exista un mundo en el que tú decides si un hombre como Lorn au Arcos vive o muere. ¿Es que tus padres nunca te enseñaron nada? —No, no lo hicieron. A Roque lo criaron los tutores, los libros—. ¿Qué es el orgullo sin honor? ¿Qué es el honor sin verdad? El honor no es lo que dices. No es lo que lees. —Rómulo se golpea el pecho—. El honor es lo que haces.

—Entonces no hagas esto… —dice Roque.

—Lo ha hecho tu señora —replica Rómulo con indiferencia—. Si no

conseguía forzarnos a agachar la cabeza, nos prendería fuego. Otra vez.

Mustang intenta sin éxito contener una sonrisa mientras Roque ve cómo los señores de las Lunas se le escapan entre los dedos. La refinada voz de Fabii se tiñe de oscuridad. Y me hace añicos el corazón. Pensar que esa voz me defendió una vez. Ahora protege algo mucho menos tierno. Una Sociedad que no se preocupa por él en absoluto.

Siempre me había preguntado por qué Fitchner seleccionaría a Roque para la Casa de Marte. Hasta el momento de su traición, siempre me había parecido la más bondadosa de las almas. Pero ahora el emperador muestra su ira.

—Archigobernador Raa, escúchame con gran atención —dice—. Te equivocas al creer que vinimos aquí con la intención de destruiros. Venimos para preservar la Sociedad. No sucumbas a la manipulación de Darrow. Eres mejor que eso. Acepta los términos de la soberana y puede que tengamos paz durante otros mil años. Pero si escoges su camino, si incumples nuestro armisticio, no habrá clemencia. Tu flota está en las últimas. La de Darrow, dondequiera que esté escondida, no puede ser más que una coalición de desertores en embarcaciones prestadas.

»Pero nosotros somos la Armada de la Espada. Somos la mano de hierro de la Legión y la furia de la Sociedad. Nuestras naves apagarán las luces de vuestros mundos. Sabes lo que soy capaz de hacer. No dispones de ningún capitán que me iguale. Y cuando tus barcos ardan, los caballeros del Núcleo entrarán en tropel en tus ciudades encabezando columnas voladoras y llenarán el aire con tanta ceniza que vuestros hijos se asfixiarán.

»Si traicionas a tu color, al Pacto, a la Sociedad (que es lo que estarías haciendo), Ilión arderá. Te daré a conocer la ruina. Perseguiré a todas y cada una de las personas que hayas conocido en tu vida y exterminaré su simiente de los mundos. Lo haré con pesar en el corazón. Pero soy un hombre de Marte. Un hombre de guerra. Así que debes saber que mi ira no tendrá fin. —Extiende una mano delgada. La boca del lobo de la Casa de Marte está abierta en un aullido silencioso y hambriento—. Acepta mi mano amistosamente por el bien de tu pueblo y por el bien de los dorados. O la utilizaré para construir una era de paz sobre las cenizas de tu casa.

Rómulo rodea la mesa para situarse frente a Roque. La mano de este

último sigue tendida entre ambos. Rómulo empuña el filo que llevaba enredado a la cadera y hace que adopte su forma rígida. Su hoja está grabada con imágenes de la Tierra y de la Conquista. Su familia es tan antigua como la de Mustang, como la de Octavia. Utiliza esa hoja para abrirse la mano y chupar la sangre escarlata de la herida antes de acercarse y escupírsela a Roque a la cara.

—Esto es un duelo a muerte. Si alguna vez volvemos a vernos, tú serás mío o yo seré tuyo, Fabii. Si alguna vez volvemos a respirar en la misma habitación, uno de los dos dejará de hacerlo. —Es una declaración formal, fría, que tan solo requiere una cosa de Roque. Él asiente—. Vela, acompaña al emperador a su lanzadera. Tiene que preparar su flota para la batalla.

—Rómulo, no puedes dejar que se vaya —dice Mustang—. Es demasiado peligroso.

—Estoy de acuerdo —digo, aunque por otra razón. Yo le perdonaría esta batalla a Roque. No quiero su sangre en mis manos—. Mantenlo prisionero hasta que se acabe la batalla, y luego libéralo sin lastimarlo.

—Esta es mi casa —dice Rómulo—. Así es como nos comportamos. Le prometí un salvoconducto. Y cumpliré mi palabra.

Roque se limpia la sangre y la saliva con la misma servilleta que utilizó para la tarta de queso y se aleja de la mesa en pos de Vela hacia los escalones que llevan al interior de la casa. Se detiene allí antes de volverse para enfrentarse a nosotros. No tengo claro si se dirige a mí o a los dorados allí reunidos, pero cuando pronuncia sus últimas palabras sé que serán para la eternidad:

Hermanos, hermanas, todos, lamentad
que esto haya llegado a pasar.
Junto a vuestra tumba lloraré,
pues yo fui quien vuestra vida terminé.

Roque hace una leve reverencia.

—Gracias por tu hospitalidad, archigobernador. Nos veremos pronto.

Cuando Roque abandona la reunión, Rómulo le da instrucciones a Vela para que lo retenga hasta que yo abandone Ío sano y salvo.

—Convoca a mis emperadores y pretores —le dice a uno de sus lanceros

—. Los quiero en holos dentro de veinte minutos. Tenemos que planear una batalla. Darrow, si quisieras conectar a tus pretores…

Pero mis pensamientos están con Roque. Puede que no vuelva a verlo jamás. Que nunca tenga la oportunidad de decirle todas las cosas que se arremolinan ahora mismo en mi pecho. Pero también sé lo que podría significar para mi pueblo dejarlo marchar.

—Ve —me dice Mustang leyéndome el pensamiento.

Me levanto de golpe, me disculpo y consigo alcanzar a Roque cuando termina de atarse las botas en el jardín. Vela y varios dorados más lo acompañan hacia la verja de hierro.

—Roque. —Titubea. Hay algo en mi voz que lo obliga a volverse para mirarme mientras me acerco—. ¿Cuándo te perdí? —le pregunto.

—Cuando Quinn murió —contesta.

—¿Tenías intención de matarme aun cuando creías que era dorado?

—Dorado. Rojo. No importa. Tu alma es negra. Quinn era buena. Lea era buena. Y tú las utilizaste. Eres la ruina, Darrow. Les consumes la vida a tus amigos y los dejas destrozados y exangües a tu paso, te convences de que cada una de esas muertes merece la pena. De que cada una de esas muertes te acerca más a la justicia. Pero la historia está plagada de hombres como tú. Esta Sociedad no está libre de culpa, pero la jerarquía… Este mundo es el mejor que el hombre puede permitirse.

—¿Y eres tú quien tiene el derecho de tomar esa decisión?

—Sí. Así es. Pero vénceme en el espacio y entonces será tuyo.

43

VIVIRLO DE NUEVO

La mano de Mustang gotea sangre.

Las voces de los niños llenan el aire.

—Hijo mío, hija mía, ahora que sangráis, no conoceréis el miedo.

Una joven virgen con el pelo blanco y los pies descalzos camina sobre los paneles de metal entre las hileras de gigantes arrodillados, cargada con una daga de hierro empapada de sangre dorada.

—Ni la derrota.

Una armadura dorada grabada con las hazañas de sus ancestros. La capa del chico tan inocente como la nieve.

—Solo la victoria.

La chica hace un corte en la mano ya herida de Rómulo au Raa, que tiene los ojos cerrados. Su armadura de dragón es tan blanca y lisa como el marfil, y con la otra mano agarra la de su hijo mayor. El muchacho no tiene más de diecisiete años, acaba de ganar este año en el Instituto de Ganímedes. Sus ojos destellan, salvajes, por la emoción del día. Ojalá su intrépida alma joven supiera lo que lo espera después de esto. Su prima mayor está arrodillada junto a él, con la mano apoyada sobre la rodilla del chico. A su lado, su propio hermano. La familia forma una cadena a lo largo del puente.

—Vuestra cobardía se evaporará.

Detrás de la chica, caminan más niños cargando con los estandartes de los dorados: un cetro, una espada y un pergamino coronado con un laurel.

—Vuestra rabia arde con fuerza.

Levanta la daga chorreante ante Kavax au Telemanus y su hija pequeña, Thraxa, una chica rechoncha, con el pelo desastrado, la cara llena de pecas, la risa de su padre y la bondad simple de Pax.

—Levantaos, hijos de Ilión, guerreros de oro, y llevad con vosotros el poder de vuestro color.

Doscientos pretores y legados dorados se ponen en pie. Mustang y Rómulo encabezándolos, flanqueados por los Telemanus y la Casa de Arcos. Mustang levanta la mano y se extiende la sangre por la cara. Doscientos asesinos la imitan, pero yo no. Yo lo observo todo desde un rincón con Sefi. Los cuerpos de oficiales combinados de mis aliados dorados honran a sus ancestros. Reformistas marcianos, tiranos del Confín, viejos amigos, viejos enemigos atestan el puente del buque insignia de Mustang, el acorazado Dejah Thoris, de doscientos años de antigüedad.

—La batalla de hoy va a decidir el futuro de nuestra Sociedad. Si vivimos bajo el dominio de una tirana o si forjamos nuestro propio destino. —Mustang enumera la lista de enemigos para la caza del día—. Roque au Fabii, Escipia au Falce, Antonia au Severo-Julii, Ciriana au Tanus. Cardo. Son vidas buscadas.

Ya he pasado por esto, ya he sido testigo de esta bendición, y no puedo evitar pensar que volveré a presenciarla. No ha perdido ni un ápice de lustre. Ni un ápice de la majestuosidad de la que tanto gusta este pueblo extraordinario. Van a la muerte no por el valle, no por amor, sino por la gloria. Nunca hemos visto una raza como la suya, y nunca volveremos a verla. Después de meses rodeado de Hijos de Ares, veo a estos dorados más como ángeles caídos que como demonios. Hermosos, cruzando el cielo con su intenso resplandor antes de desaparecer en el horizonte.

Pero ¿cuántos más días como este pueden permitirse?

En los pasillos de nuestros enemigos, Roque recitará nuestros nombres y los nombres de mis amigos. El que mate al Segador, obtendrá una gloria sin fin, recompensas y fama. Me perseguirán bestias jóvenes de hombros anchos y ojos furiosos recién salidas de las salas de las escuelas del Núcleo. Preparadas para crearse un nombre.

También me acosarán los viejos legionarios grises. Los que ven mi

rebelión como la gran amenaza contra la madre Sociedad. Contra esa unión que han amado y por la que han luchado durante toda su vida. Y los obsidianos me buscarán, liderados por señores que les han prometido rosas a cambio de mi cabeza. Tratarán de dar con mis amigos. Pronunciarán el nombre de Sevro, y el de Mustang, y el de Ragnar, porque ellos todavía no saben que ya no está con nosotros. Querrán atrapar a los Telemanus y a Victra, a Orión y a mis Aulladores. Pero no lo conseguirán. Hoy no.

Hoy soy yo el que caza.

Continúo contemplando a mis aliados dorados. Estoy revestido de metal militarizado. Dos metros veinte de altura, ciento sesenta kilos de muerte con una armadura de pulsos de color rojo sangre. Llevo la falce enredada en el avambrazo derecho, justo por encima de la muñeca. En la mano izquierda llevo un puño de pulsos. Hoy voy equipado para los enfrentamientos en pasillos, no para moverme con rapidez. Sefi tiene un aspecto tan monstruoso como el mío, ataviada con la armadura de su hermano. Sus ojos transmiten odio al mirar a esta hueste de enemigos.

Mis aliados tenían que verla. Tenían que verme. Saber sin el más mínimo asomo de duda que el Segador está más vivo que nunca. Muchos marcianos cayeron conmigo en la Lluvia de Hierro. Algunos me miran con odio. Otros con curiosidad. Y otros —muy pocos— me saludan. Pero la mayoría rezuman un desprecio que jamás desaparecerá. Por eso he traído a Sefi conmigo. Ante la falta de cariño, una pizca de miedo no irá mal.

Tras enterarme de la noticia de que la flota de Roque ha emprendido su viaje desde Europa, me despido de Rómulo y de la camarilla de pretores que nos han ayudado a diseñar el plan de batalla. El apretón de manos de Rómulo es firme. Hay respeto entre nosotros, aunque no cariño. En el hangar, le digo adiós a Mustang y a los Telemanus. El suelo vibra a causa de las lanzaderas que llevan a cientos de Marcados como Únicos de vuelta a sus naves.

—Parece que siempre nos estamos despidiendo —le digo a Kavax después de que el gigante le diga adiós a Mustang levantándola del suelo con la misma facilidad que si fuera una muñeca y besándole la cabeza.

—¿Despidiéndonos? No es una despedida —ruge con una sonrisa llena de dientes—. Gana hoy y simplemente se convertirá en un hola muy largo. Creo que aún nos queda mucha vida por delante a los dos.

—No sé cómo darte las gracias —le confieso.

—¿Por qué? —pregunta Kavax confundido, como de costumbre.

—Por la bondad… —No sé qué más decir—. Por cuidar de mi familia cuando ni siquiera soy uno de los vuestros.

—¿Uno de los nuestros? —Su rostro rubicundo se entristece—. Un idiota. Hablas como un idiota. Mi hijo te convirtió en uno de los nuestros. —Desvía la mirada hacia el otro lado del hangar, donde Mustang habla con una de las nueras de Lorn cerca de un transportador—. Ella te convierte en uno de los nuestros. —No consigo evitar que las lágrimas me resbalen por las mejillas —. Y si mandamos al cuerno todo eso, digo que tú eres uno de los nuestros. Así que eres uno de los nuestros y punto.

Deja que Sófocles baje de un salto al suelo. El animal da unas vueltas a mi alrededor y se encarama a una de mis piernas para sacar algo de una de las junturas de mi armadura. Una gominola. Thraxa, detrás de su padre, se lleva un dedo a los labios. Los ojos del gran hombre se iluminan.

—¿Qué nueva delicia has encontrado, Sófocles? ¡Vaya, una de tus favoritas! De sandía. —El zorro regresa de un salto a su hombro—. ¿Ves? También cuentas con su bendición.

—Gracias, Sófocles —digo, y estiro la mano para rascarlo detrás de las orejas.

Antes de marcharse, Kavax me estruja en un abrazo.

—Cuídate, Segador. —Sube la rampa con dificultad—. ¿Pescas? —me grita antes de haberse alejado siquiera diez metros.

—¿Qué?

—¿Los rojos pescan?

—Yo nunca lo he hecho.

—Un río atraviesa mi hacienda de Marte. Iremos allí, tú y yo, cuando todo esto acabe. Nos sentaremos en la orilla, lanzaremos las cañas y te enseñaré a distinguir un lucio de una trucha.

—Yo llevaré el whisky —digo.

Me señala con un dedo.

—¡Sí! Y beberemos juntos. ¡Sí!

Desaparece en el interior del barco rodeando a Thraxa con un brazo y gritándoles a sus otras hijas que acaba de presenciar un milagro.

—Creo que es posible que sea el que más suerte tiene de todos nosotros —le digo a Mustang cuando se acerca a mí desde atrás para ver partir la embarcación de los Telemanus.

—¿Queda ridículo que te pida que tengas cuidado? —me pregunta.

—Prometo que no haré nada imprudente —contesto guiñándole un ojo—. Tendré a los valquirios conmigo. Dudo que nadie quiera enzarzarse con nosotros durante mucho tiempo.

Mustang mira por encima de mi hombro hacia Sefi, que espera junto a mi propia lanzadera admirando los motores de los barcos que van alejándose por el aire. Tengo la sensación de que Virginia intenta decirme algo, pero no sabe cómo hacerlo.

—No eres invencible. —Pone una mano sobre mi armadura a la altura del pecho—. Es posible que algunos de nosotros queramos tenerte cerca después de todo esto.

—Creía que no había un «nosotros» —le digo.

—Vive, y puede que cambie de idea —contesta—. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tiene todo esto si vas y te me mueres? ¿Entendido?

—Entendido.

—¿Seguro? —Levanta la mirada hacia mí—. No quiero volver a quedarme sola. Así que vuelve.

Me da un golpe con los nudillos en el pecho y se vuelve para encaminarse hacia su nave.

—Mustang.

Echo a correr tras ella, la agarro por el brazo y la obligo a volverse hacia mí. Antes de que pueda decir nada, la beso allí mismo, rodeados por el metal y el ruido de los motores. No es un beso delicado, sino hambriento. Pego su cabeza a la mía para sentir a la mujer que se oculta bajo el peso del deber. Aprieta el cuerpo contra el mío. Y siento un estremecimiento de miedo por si esta es la última vez. Nuestros labios se separan y me dejo caer sobre ella, me mezo a su lado, le huelo el pelo y boqueo por la presión que se me ha acumulado en el pecho.

—Nos vemos pronto.

44

LOS AFORTUNADOS

Camino de un lado a otro por mi puente como un lobo enjaulado que ve su comida justo al otro lado de los barrotes. Mi bondad, oculta de nuevo bajo el rostro salvaje del Segador.

—Virga, ¿están los Aulladores en posición? —pregunto.

Detrás y debajo de mí, la mínima tripulación de azules charla en su foso estéril, con los rostros iluminados por las holopantallas. Los implantes subdérmicos palpitan cuando se sincronizan con la nave. El capitán Pelus, un caballero escuálido que era teniente a bordo del Pax cuando abordé el barco, espera mis órdenes.

—Sí, señor —dice Virga desde su puesto—. Las armas de largo alcance podrán disparar contra los elementos de vanguardia de la flota enemiga dentro de cuatro minutos.

El arrogante poderío de los dorados se despliega en la negrura del espacio. Un mar interminable de esquirlas blanquecinas. Daría cualquier cosa por ser capaz de estirar la mano y destrozarlas. Mis buques capitales se dividen en tres grupos en torno a nuestros poderosos acorazados sobre el polo norte de Ío. Mustang y Rómulo comandan sus fuerzas cerca del sur. Y juntos, a ocho mil kilómetros de distancia, vemos a la flota del Señor de la Ceniza atravesar el vacío que separa Europa de Ío para enfrentarse a nosotros.

—Cruceros enemigos a diez mil kilómetros —anuncia un azul.

No hay preámbulo para mi flota. Al contrario que los dorados, no

realizamos ningún rito o bendición antes de la batalla. En comparación con ellos, parecemos insulsos y simples. Pero en mi nave reina la fraternidad. La he visto en las salas de máquinas, en los puestos de artillería, en el puente de mando. Un sueño que nos une y nos hace valientes.

—Ponme a Orión —digo sin volverme.

Un holo de la azul malhumorada y con sobrepeso cobra vida delante de mí. Está a medio centenar de kilómetros, en las tripas del Aullido de Perséfone, uno de mis otros tres acorazados, sentada en una silla de mando sincronizada con todos los capitanes de barco de mi flota excepto los de la fuerza de asalto. Gran parte del éxito de la misión de hoy recae sobre ella y la flota pirata que ha reunido durante los meses que han pasado desde que nos vimos por última vez. Ha saqueado compañías navieras del Núcleo y atraído azules a su causa, los suficientes para ayudar a los Hijos a dotar de una tripulación de hombres y mujeres leales a los barcos que le robamos al Chacal.

—Menuda flota —dice una impresionada Orión refiriéndose a la de nuestro enemigo—. Ya sabía yo que no tenía que haber contestado a tu llamada. Me lo estaba pasando bien con eso de ser pirata.

—Ya me he dado cuenta —digo—. Tu camarote es lo bastante estrafalario para hacer sonrojar a un plateado.

El Pax ha sido su hogar durante el último año y medio. Se ha adueñado de mis viejos aposentos y los ha llenado hasta los topes con los botines de sus saqueos. Alfombras de Venus. Cuadros de colecciones privadas de dorados. Hasta me encontré un Tiziano metido detrás de una estantería.

—¿Qué quieres que te diga? Me gustan las cosas bonitas.

—Bueno, sácanos hoy de esta y te encontraré un loro para el hombro. ¿Qué te parece?

—¡Vaya! Pelus te ha dicho que estaba buscando un loro, ¿verdad? Es un buen hombre, este Pelus. —El capitán escuálido inclina elegantemente la cabeza hacia un lado a mi espalda—. Es jodidamente difícil encontrar loros cuando no puedes atracar en ningún planeta. Encontramos un halcón, una paloma, un búho. Pero ningún loro. Si consigues que sea rojo, me encargaré de pegarle un cañonazo al puente de mando de Antonia au Severo-Julii.

—Pues que sea un loro rojo —digo.

—Bien. Bien. Supongo que ahora debería empezar a centrarme en la batalla. —Se ríe para sí y acepta un té del ayuda de cámara que hay en su puente—. Solo quiero darte las gracias, Darrow. Por creer en mí. Por darme esta oportunidad. Después de hoy, los azules no tendrán señores. Buena suerte, chico.

—Buena suerte, almirante.

Se desvanece. Me vuelvo para mirar la proyección del sensor central. La lectura táctica flota ante los ventanales como un globo a escala del sistema de Júpiter. Cuatro minúsculas lunas interiores orbitan en torno al planeta, más cerca que los cuatro enormes satélites galileanos. Clavo la mirada en Tebe, la más exterior de ellas y la más cercana a Ío. Es una masa pequeña. Apenas más grande que Fobos. Hace tiempo que esquilmaron sus minerales preciosos y ahora alberga una base militar que voló por los aires en los inicios de la guerra.

—Sesenta segundos para que los intercomunicadores de los Aulladores se desconecten —dice Virga desde su puesto justo cuando Victra entra en el puente.

Lleva una gruesa armadura dorada con una falce roja pintada en el pecho y en la espalda.

—¿Qué demonios haces aquí? —le pregunto.

—Tú estás aquí —contesta inocentemente.

—Deberías estar en el Górgona.

—¿Esto no es el Górgona? —Se muerde el labio—. Vaya, debo de haberme perdido. Me limitaré a seguirte a todas partes para que no vuelva a pasarme. ¿Correcto?

—Te ha enviado Sevro, ¿verdad?

—Su corazón es una pequeña masa negra. Pero puede romperse. Estoy aquí para asegurarme de que eso no ocurra cuidándote con mucho mimo. Ah, y también quiero decirle hola a Roque.

—¿Y qué hay de tu hermana? —le pregunto.

—Primero Roque. Luego ella. —Me da un codazo—. Yo también sé jugar en equipo.

Me vuelvo hacia el foso.

—Virga, ponme en contacto con los Aulladores.

—Sí, señor.

El intercomunicador que llevo en la oreja crepita. Activo el yelmo de mi armadura. El dispositivo transparente de mi visera me muestra las etiquetas de mi tripulación, rangos, nombres, todo lo que está almacenado en el registro central de la nave. Conecto la función de holo del intercomunicador y un collage semitranslúcido de las caras de mis amigos aparece sobre el paisaje del puente de mi nave.

—¿Qué pasa, jefe? —pregunta Sevro, que lleva la cara pintada de rojo, pero teñida de azul por la luz de su pantalla de visualización—. ¿Quieres un besito de despedida o algo así?

—Solo quería comprobar que estáis todos bien acurrucaditos.

—Tu gente podría habernos hecho un escondite más grande —masculla él—. Aquí dentro la cara te queda pegada al culo.

—¿Quieres decir que a Tacto le habría gustado? —pregunta Victra.

Ella también se ha conectado al panel, así que oigo su voz a través del enlace.

Me echo a reír.

—¿Y qué no le gustaba?

—Vestirse, sobre todo —contesta Mustang desde su puente.

Ella también lleva puesta su armadura de batalla. Totalmente dorada, con un león rojo rugiendo a la altura del pecho.

—Y estar sobrio —añade Victra.

—Esta luna huele a mierda real —farfulla Payaso desde su propio caparazón estelar—. Peor que un caballo muerto.

—Estás en un traje herméticamente sellado —le recuerda Holiday. Oigo el estrépito metálico y los gritos de la gente a su espalda, en el hangar de mi nave. Lleva una enorme huella de mano azul en la cara. Se la ha otorgado una de sus obsidianos—. Es muy probable que no sea la luna.

—Ah. Entonces debo de ser yo —dice Payaso. Husmea el aire—. Oh, oh. Soy yo.

—Te dije que te ducharas —masculla Guijarro.

—Decimoséptima Regla de los Aulladores. Solo los florecillas se duchan antes de una batalla —sentencia Sevro—. Me gustan los soldados salvajes, apestosos y sexis. Estoy orgulloso de ti, Payaso.

—Gracias, señor.

—¡Threka! Ponle el seguro —grita Holiday—. ¡Ahora! Lo siento. Estos malditos obsidianos se pasean por ahí con los dedos en los jodidos gatillos. Hacen que me cague del miedo.

—¿Por qué nos reímos y hablamos como niños? —brama Sefi a través del intercomunicador.

Habla tan alto que me tiemblan los tímpanos.

—¡Me cago en la puta! —chilla Sevro.

El volumen de Sefi provoca un coro de improperios.

—¡Baja el volumen de salida! —le espeta Payaso a la reina.

—No entiendo…

—La salida…

—¿Qué es la salida?

—Lo de Silenciosa no termina de ser un apodo muy apropiado, ¿no? —dice Victra.

Mustang suelta una carcajada.

—Sefi, agáchate —ladra Holiday—. No llego. Agáchate.

La gris ha encontrado a Sefi en el hangar y la ayuda a bajar el volumen de salida. La reina obsidiana duerme con su nuevo puño de pulsos todas las noches, pero va un poco retrasada en sus estudios sobre el equipamiento de telecomunicaciones.

—Bueno, como preguntaba la grandullona, ¿había alguna razón para este pequeño *tête-à-tête*? —dice Holiday.

—Tradición, Holi —contesta Sevro imitando el acento de la chica—. El Segador es un tonto sentimentaloide. Probablemente vaya a soltarnos un discurso.

—No hay ningún discurso —lo corrijo.

Mi extraña familia gimotea y me abuchea.

—¿No vas a aconsejarnos que nos encolericemos, que bramemos contra la muerte de la luz? —pregunta Sevro.

Pero la broma me resulta extraña, pues sé que es lo que Roque habría dicho. Se me vuelve a formar un nudo en la garganta. Siento muchísimo amor por esta panda de inadaptados y perjuros. Muchísimo miedo. Ojalá pudiera protegerlos de esto. Encontrar una forma de ahorrarles el infierno que se

avecina.

—Pase lo que pase, recordad que nosotros somos los afortunados —digo —. Hoy tenemos que marcar la diferencia. Pero sois mi familia. Así que sed valientes. Protegeos los unos a los otros. Y volved a casa.

—Tú también, jefe —dice Sevro.

—Rompe las cadenas —recita Mustang.

—Rompe las cadenas —repiten mis amigos.

El rostro de Sevro se convierte en un rugido cuando grita:

—Aulladores, adelante…

—Auuuuuuu.

Aúllan como locos, tronchándose de la risa. Una a una, sus imágenes desaparecen y me quedo en la soledad de mi yelmo. Respiro y elevo una plegaria silenciosa a quienquiera que me esté escuchando. Para que los mantenga a salvo.

Retraigo de nuevo el yelmo hacia el cuello de mi armadura. Mis azules me observan desde sus pantallas. Un pequeño grupo de marinos rojos y grises espera junto a la puerta para escoltarme hasta el hangar. Las cuerdas de muchas vidas de muchos mundos se entretejen aquí, en este momento, alrededor de las mías. ¿Cuántas se deshilacharán? ¿Cuántas terminarán hoy mismo? Victra me sonríe y me parece que ya soy demasiado afortunado para que este día acabe en dicha. Ella no debería estar aquí. Debería estar al otro lado del vacío, al timón de un crucero de batalla enemigo. Sin embargo, está aquí, con nosotros, buscando la redención que pensaba que jamás podría obtener.

—Una vez más en la brecha —me dice.

—Una vez más —repito. Me dirijo a la tripulación—. ¿Cómo os sentís?

Silencio incómodo. Intercambian miradas nerviosas. No tienen muy claro cómo responder. Entonces una joven azul con la cabeza rapada se levanta de un salto de su panel de control.

—Estamos listos para matar a esos malditos dorados…, señor.

Se echan a reír, la tensión se ha disipado.

—¿Alguien más? —vocifera Victra.

Le responden con un rugido. Marinos de tan solo dieciocho años y otros tan viejos como lo sería mi padre ahora patean el suelo con sus botas de tacón

de acero.

—Conectadme con toda la flota —ordeno—. Emitidlo por una frecuencia abierta para Quicksilver. Aseguraos de que los dorados puedan oírme para que sepan dónde encontrarme.

Victra me hace un gesto con la cabeza. Estoy en el aire.

—Hombres y mujeres de la Sociedad, os habla el Segador.

Mi voz resuena por el intercomunicador principal de todos y cada uno de los ciento doce buques capitales de mi flota, en los miles de alas rápidas, en las naves sanguijuela, en las salas de máquinas y en las áreas sanitarias donde los médicos y las enfermeras recién designadas caminan entre camas vacías con sábanas blancas y limpias esperando la avalancha. Dentro de treinta y ocho minutos, Quicksilver y los Hijos de Ares la escucharán y se encargarán de propulsar la señal hacia el Núcleo. Que continuemos vivos o no para entonces dependerá de mi baile con Roque.

—En la mina, en el espacio, en la ciudad y en el cielo, hemos vivido nuestras vidas con miedo. Miedo a la muerte. Miedo al dolor. Hoy, solo sentimos miedo a fracasar. No podemos hacerlo. Nos alzamos en el límite de la oscuridad sujetando la única antorcha que le queda al hombre. Esa antorcha no se apagará. No mientras siga respirando. No mientras vuestros corazones latan en vuestros pechos. No mientras nuestros barcos continúen suponiendo una amenaza. Que sean otros los que sueñen. Que sean otros los que canten. Nosotros, los pocos elegidos, somos el fuego de nuestro pueblo. —Me golpeo el pecho—. No somos rojos, ni azules, dorados, grises u obsidianos. Somos la humanidad. Somos la marea. Y hoy reclamamos las vidas que se nos han robado. Construimos el futuro que se nos prometió.

»Proteged vuestros corazones. Proteged a vuestros amigos. Seguidme a través de esta noche aciaga y os prometo que la mañana nos aguardará al otro lado. Hasta entonces, ¡rompe las cadenas! —Me desenredo el filo del brazo y hago que adopte la forma de mi falce—. Todas las embarcaciones, preparaos para la batalla.

45

LA BATALLA DE ILIÓN

Los tambores de las tribus rojas retumban en el vientre de uno de mis barcos, el Marea Vespertina, suenan a través de los altavoces en una interpretación marcial de la canción prohibida. Un trueno desafiante mientras avanzamos hacia la Armada de la Espada. Nunca había visto una armada tan grande. Ni siquiera cuando arrasamos Marte. Solo dos casas rivales reunieron a sus aliados por aquel entonces. Este es el conflicto de los pueblos. Y es debidamente masivo.

Por desgracia, Roque y yo aprendimos de los mismos profesores. Él también conoce las batallas de Alejandro, de los ejércitos de la dinastía Han y de Trafalgar. Sabe que la mayor amenaza para un poder avasallador es la falta de comunicación, el caos. Así que no sobrestima la fuerza de su armada. La fragmenta en veinte subdivisiones móviles más pequeñas y le concede a cada pretor una relativa autonomía para favorecer la velocidad y la flexibilidad. No nos enfrentamos a un único martillo enorme, sino a un enjambre de filos.

—Es una pesadilla —murmura Victra.

Ya me imaginaba que Roque haría algo así, pero aun así suelto una maldición al verlo. En cualquier enfrentamiento espacial, debes tomar la determinación de si quieres devastar los barcos del enemigo o capturarlos. Parece que él se ha decidido por el abordaje. Así que no podemos luchar contra ellos a brazo partido y esperar que todo salga bien. Tampoco podemos atraer su flota hacia mi trampa desde el principio. Impondrían su fuerza y

matarían a los Aulladores. Todo depende de la única ventaja con la que contamos. Y no son nuestros barcos. No son los cien mil obsidianos que tenemos metidos en naves sanguijuela. Es el hecho de que Roque cree que me conoce, y por tanto toda su estrategia estará basada en mi comportamiento habitual.

De manera que decido exceder su estimación de mi locura y demostrarle lo poco que comprende realmente la psicología de los rojos. Hoy comando el Pax en una misión suicida hacia el corazón de su flota. Pero no soy yo quien comienza la batalla, sino Orión, que circula a toda velocidad delante de mí en el Aullido de Perséfone con tres cuartos de mi flota. Han adoptado formación de esfera, y aun las corvetas más pequeñas superan los cuatrocientos metros de eslora. La mayor parte de mis embarcaciones son naves antorcha de medio kilómetro de eslora, unos cuantos destructores y dos acorazados gigantescos. Los misiles de largo alcance salen disparados de los barcos de los dorados y también de los nuestros. Se implementan contramedidas dirigidas por ordenadores en miniatura. Y entonces la armada de Roque se pone en movimiento de repente y el negro espacio entre las dos flotas entra en una erupción de artillería antiaérea, misiles y proyectiles de cañones de riel de largo alcance. En cuestión de segundos se gastan municiones por valor de miles de millones de créditos.

Orión reduce la distancia con la flota de Roque mientras los barcos de Mustang y Rómulo se arrojan contra la parte sur —vía el polo de Ío— de la formación de Roque con la intención de alcanzar la única parte vulnerable de sus barcos: los motores. Pero la flota del emperador es ágil y diez escuadrones se separan del resto y se reorientan de tal manera que son sus costados llenos de púas los que se encaran a las proas de los barcos del señor de las Lunas, procedentes del polo sur del planeta, y los barren con fuego de cañones de riel. Cien mil armas disparan a la vez.

El metal desgarra el metal. Los barcos vomitan oxígeno y hombres.

Pero las naves están hechas para soportar estos castigos. Los enormes cascos de metal se subdividen en miles de compartimentos engranados y diseñados como un panal de abejas para aislar las grietas y evitar que los barcos se purguen con un solo disparo de cañón de riel. De esos castillos flotantes salen a raudales miles de minúsculos cazas individuales. Se

arremolinan formando pequeños escuadrones en la tierra de nadie suspendida entre nuestra flota y la de Roque. Algunos están cargados con diminutas bombas nucleares preparadas para destrozar buques capitales. Sondeainfiernos y taladradores entrenados durante noche y día en simuladores por los Hijos de Ares vuelan con escuadrones de azules sincronizados. Guiados por alas rápidas con rayas doradas, atacan a los pilotos endurecidos por la guerra de la Sociedad.

Las fuerzas de Rómulo se apartan de las de Mustang para sumarse a las de Orión, mientras que Virginia continúa hacia el corazón de la formación enemiga, preparando el camino para mi embestida.

Nos situamos a menos de trescientos kilómetros y los cañones de riel de medio alcance comienzan a funcionar. Ingentes descargas de proyectiles de veinte kilos de peso se precipitan por el espacio a una velocidad que multiplica por diez la del sonido. Los escudos de artillería antiaérea restallan sobre toda la formación dorada. Más cerca de las embarcaciones, el azul iridiscente de los escudos de pulsos palpita cuando los proyectiles impactan contra ellos y salen despedidos hacia el espacio.

Mi fuerza de asalto se mantiene alejada de la batalla principal. Pronto se convertirá en una guerra de partidas de abordaje. Cientos de lanzamientos de naves sanguijuela. Los pretores agresivos vaciarán sus naves de marinos y obsidianos para hacerse con unos barcos enemigos que, según las normas de la ley naval, después de la batalla pasarán a ser de su propiedad. Los pretores conservadores acapararán hasta el último de sus hombres para que repelan a las partidas de abordaje y utilicen sus barcos como sus principales armas de guerra.

—Orión ha dado la señal —dice mi capitán.

—Poned rumbo al Coloso. Motores a toda máquina. —El barco ruge bajo mis pies—. Pelus, el gatillo es tuyo. Ignora las naves antorcha. Los destructores y las embarcaciones más grandes son el orden del día. —El navío gime cuando salimos disparados hacia delante desde la retaguardia de la flota de Orión—. Escolta bien unida. Igualad velocidad.

Dejamos atrás las embarcaciones de artillería y luego los cuatro kilómetros de eslora del Aullido de Perséfone tras emerger del frente de Orión con el enemigo como una lanza escondida que ahora se precipita hacia

los cincuenta kilómetros de tierra de nadie, apuntando hacia el corazón del adversario. Los barcos de Orión disparan reflectores antirradar creando un pasillo para proteger nuestra loca aproximación. Ahora Roque se dará cuenta de lo que pretendo hacer y sus buques capitales se apartarán del mío y me abrirán paso hacia el centro de su inmensa formación mientras rocían de proyectiles mi fuerza de asalto.

Nuestros escudos se iluminan de azul. Las municiones del enemigo consiguen colarse entre los reflectores antirradar y nos castigan. Devolvemos el fuego y, a nuestro paso, todos nuestros cañones lanzan una salva contra un destructor. Pierde potencia. Las naves sanguijuela salen de él en tropel para tratar de superar nuestro túnel de reflectores antirradar, pero nuestra escolta las hace pedazos. Aun así, recibimos los impactos de las armas de una docena de navíos. Nuestros escudos se tornan rojos. Van fallando por etapas, los generadores locales de estribor sufren un cortocircuito. Al instante, perforan nuestro casco en siete puntos distintos. La red panelada de puertas presurizadas se activa para aislar los niveles comprometidos de mi barco de todos los demás. Pierdo una nave antorcha. A medio kilómetro de su proa, el acorazado de Antonia, el Pandora, dispara una gran cortina de proyectiles de cañón que la recorre de una punta a otra.

—Parece que mi hermana está disfrutando de mi barco —comenta Victra.

Los cadáveres salen a borbotones del puente de la nave antorcha, pero Antonia continúa disparando contra el navío, mucho más pequeño que el suyo, hasta que el núcleo atómico de sus motores implosiona. Emite dos destellos blancos antes de devorar la mitad trasera del barco. La onda expansiva desplaza lateralmente nuestra nave. Nuestro pulso electromagnético y nuestro escudo de pulsos aguantan el envite, y las luces solo parpadean una vez. Algo inmenso choca contra el mamparo de diez metros de grosor que hay delante del puente. A mi derecha, la pared se comba hacia el interior. La silueta de un proyectil de cañón de riel deforma el metal como si fuera un feto alienígena. Nuestros artilleros devastan el destructor de un kilómetro y medio que ha disparado contra nosotros y perdemos ochenta de nuestros cañones de riel contra su puente. Doscientos hombres menos. En esta fase de la batalla no hacemos prisioneros. La cantidad de violencia que puede generar el Pax es asombrosa. Al igual que la

cantidad que sufrimos. Antonia disecciona otra parte de mi fuerza de asalto.

—El Esperanza de Tinos ha caído —dice en voz baja mi oficial de sensor azul—. El Grito de Tebas va a sufrir una explosión nuclear.

—Diles a los timoneles del Tinos y el Tebas que viren cuarenta y cinco grados negativos sobre su eje y abandonen el barco —ordeno.

Los barcos obedecen y alteran su rumbo para embestir el buque insignia de Antonia. Ella da marcha atrás y mis naves agonizantes continúan avanzando inofensivamente hacia el espacio. Una de ellas sufre una explosión nuclear.

Aquí, en el corazón de la formación enemiga, nos superan en número de barcos y de armas. Estamos atrapados. No tenemos escapatoria. A nuestro alrededor se va formando una esfera. Solo me quedan cuatro naves antorcha. Que sean tres.

—Múltiples incendios en cubierta —informa un oficial.

—Detonación de proyectiles en el piso diecisiete.

—Los motores del uno al seis están fuera de servicio. El siete y el ocho funcionan al cuarenta por ciento de su capacidad.

El Pax está muriendo a mi alrededor.

Diviso el destructor de lunas de Roque. Duplica la longitud de mi nave, triplica su contorno. Una ciudad portuaria militar flotante de ocho kilómetros de eslora. Con una enorme proa curva, como un tiburón con la boca abierta nadando de costado. Se aleja de nosotros a la misma velocidad que avanza el Pax. Para asegurarse de que no podemos embestirlo mientras nos castiga con su artillería superior. Roque pensaba que iba a hacerle un Karnus. A intentar empotrarme contra su buque capital con el mío. Ahora, eso es imposible. Nuestros motores están casi muertos. Nuestro casco, dañado.

—Todas las armas delanteras apuntadas contra sus cañones de riel y lanzamisiles de la cubierta superior, vamos a hacernos una sombra.

Proyecto un holo de la nave y señalo con los dedos el área de disparo. Ordeno que abran fuego mientras Victra da instrucciones a los grupos de cazas que hemos reservado hasta el momento. Los alas rápidas salen gritando al espacio. El Pax rota para presentar su costado al Coloso y abrir fuego con sus cañones principales.

Da igual lo que hagamos a estas alturas. Somos un lobo inmovilizado

contra el suelo por un oso que nos está partiendo las patas una a una, arrancándonos las orejas, los ojos y los dientes, pero reservándose nuestra tripa para darse un buen banquete. Mi barco se estremece a mi alrededor. Los azules pierden la sincronización y vomitan en los fosos como las sinapsis de datos de los barcos a las que están vinculados, mueren uno a uno. Mi timonel, Arnus, sufre un ataque cuando nos destrozan los motores.

—El Bailarín de Faran ha desaparecido —dice el capitán Pelus—. Sin cápsulas de evacuación.

Llevaba la tripulación mínima, pero aun así mueren cuarenta personas. Mejor que mil. Solo me quedan dos naves antorcha de las dieciséis iniciales. Vuelan a toda prisa en torno al Pandora de Antonia, a nuestra espalda, pero ese barco es un monstruo negro y descomunal. La hermana de Victra tirotea mis naves hasta que no son más que metal muerto. Y cuando las cápsulas de evacuación brotan de los barcos inmóviles, las destroza. Victra observa la matanza en silencio, sumándola a la cuenta pendiente de su hermana.

Roque nos invita a lanzar nuestras naves sanguijuela al acercar el Coloso a mi barco muerto. Está a solo un kilómetro de distancia. Acepto la oferta.

—Lanzad todas las naves sanguijuela contra la superficie del destructor de lunas —digo—. Ahora. Disparad los escupidores.

Cientos de trajes vacíos surgen de los tubos escupidores, tal como harían en una Lluvia de Hierro. Doscientas naves sanguijuela despegan de los cuatro hangares de mi nave, vomitadas en una oleada de feo metal. Cada una de ellas podría ir cargada con cincuenta hombres que se introducirían en las tripas del destructor de lunas. Pilotadas por control remoto por varios azules a bordo del Aullido de Perséfone, vuelan lo más rápido que pueden para franquear el peligroso espacio que separa los dos buques capitales. Pero se esfuman antes de salvar la mitad de la distancia, cuando Roque detona una serie de cabezas nucleares de bajo rendimiento.

Ha adivinado mi movimiento.

Y ahora mi flota de barcos no es más que un montón de escombros suspendidos entre los dos navíos. Las sirenas de emergencia destellan en el techo de mi puente de mando. Nuestros sensores de largo alcance están averiados. Nuestras armas destrozadas. Hay múltiples grietas en la cubierta.

—Aguanta —murmuro—. Aguanta, Pax.

—Recibimos una transmisión —anuncia Virga.

Roque aparece en al aire ante mí.

—Darrow. —Entonces ve también a Victra—. Victra, está hecho. Vuestro barco está hundido en el agua. Decidle a vuestra flota que se rinda y os perdonaré la vida.

Está convencido de que puede ponerle fin a esta rebelión sin llevarnos a la tumba. Su arrogancia me exaspera. Pero los dos sabemos que necesita mostrarles mi cadáver a los mundos. Si destruye mi navío y me mata, jamás lo encontrarán entre los restos del naufragio. Miro a Victra. Ella escupe en el suelo, desafiante.

—¿Qué me respondéis? —exige saber Roque.

Le dedico un gesto obsceno con la mano.

—Que te jodan.

Roque desvía la mirada de la pantalla.

—Legado Drusus, lanza todas las naves sanguijuela. Dile al Caballero de la Nube que me traiga al Segador. Vivo o muerto. Basta con que se asegure de que resulta reconocible.

46

SONDEAINFIERNOS

Miro a los azules que aún ocupan sus puestos. La mayoría de ellos ya estaba aquí cuando tomé este barco. Cuando lo rebauticé. Se convirtieron en piratas con Orión, en rebeldes conmigo.

—Ya lo habéis oído todos —digo—. Buen trabajo. Habéis hecho que el Pax esté orgulloso. Ahora despedíos, id a vuestras lanzaderas y yo os veré dentro de poco. No hay de qué avergonzarse.

Me saludan y el capitán Pelus abre las escotillas del fondo del foso. Los azules inician su descenso por el estrecho hueco hasta el atracadero, donde debería haber cápsulas de evacuación. Sin embargo, las hemos sustituido por lanzaderas fuertemente blindadas. Mi cápsula de escape está empotrada en un lateral del puente de mando. Pero Victra y yo no vamos a escapar. Hoy no.

—Hora de marcharse, pequeñín —dice Victra—. Ya.

Le doy unos golpecitos al marco de la puerta del puente.

—Gracias, Pax —le digo al barco.

Un amigo más perdido por la causa. Sigo a Victra y a los marinos a toda velocidad por los pasillos vacíos. Las luces rojas palpitan. Las sirenas ululan. Los golpes reverberan a través del casco mientras avanzamos. A estas alturas, las naves sanguijuela de Roque ya estarán invadiendo el Pax. Abriendo agujeros en sus laterales e introduciendo en su interior partidas de abordaje de grises y obsidianos encabezadas por caballeros dorados. En lugar de encontrarme a mí, se toparán con un barco abandonado. Un círculo de metal

fundido late en la pared del pasillo junto al graviascensor en el que montamos. El color naranja se hace cada vez más intenso, hasta adquirir la tonalidad del sol. Los tambores siguen sonando a través de los altavoces. Pum. Pum. Pum.

Victra deja una mina detrás de nosotros, a modo de regalo para la partida de abordaje.

La oímos estallar diez pisos por encima de nosotros cuando el graviascensor nos deja en el nivel menos tres, en el hangar auxiliar. Aquí espera mi verdadera fuerza de asalto. Treinta lanzaderas de ataque con las rampas bajadas. Azules realizando comprobaciones de vuelo en los paneles de control. Mecánicos naranjas trabajando sin descanso para optimizar los motores, llenar los tanques de combustible. Cada barco transporta a cien valquirios ataviados con armaduras inteligentes. El mismo número de rojos y grises los acompañan para ejecutar tareas armamentísticas especiales. Los obsidianos golpean el suelo con sus hachas de pulsos y sus filos a mi paso y entonan un atronador cántico de mi nombre. Encuentro a Holiday en el centro del hangar, junto a Sefi y una camarilla de sus valquirias. Serán mi escuadrón personal. Con ellas, rezando en un pequeño corro, están los sondeainfiernos que le pedí a Dancer. Miden menos de la mitad que las obsidianas.

—Han abordado el barco —informo a Holiday. Ella hace un gesto con la cabeza a un escuadrón de rojos, que se apresuran a cubrirnos las espaldas—. Estamos a menos de un kilómetro de distancia.

—No… —dice Holiday con una carcajada alborozada—. ¿Tan cerca?

—¡Lo sé! —exclamo entusiasmado—. Han pensado que llevábamos bombas nucleares. Han intentado atraernos con los motores muertos para que quedáramos dentro del alcance de la onda expansiva si las lanzábamos.

—Así que ahora les damos un besito —le dice Victra con un ligero ronroneo—. Con lengua.

Holiday asiente con su cabeza de bloque de hormigón.

—Entonces dejemos de parlotear.

Sefi saca un puñado de setas secas de una mochila.

—¿Pan de Dios? —pregunta—. Veréis dragones.

—La guerra ya da bastante miedo, querida —contesta Victra. Y, en un aparte, añade—: Una vez me pasé colocada con esa mierda una semana

entera, en el Térmico, con Casio. —Se da cuenta de cómo la miro—. Bueno, eso fue antes de conocerte. Y ¿lo has visto alguna vez sin camiseta? No se lo digas a Sevro, por cierto.

Holiday y yo también rechazamos las setas. Oímos un repiqueteo de disparos de armas automáticas en un pasillo justo al otro lado del hangar.

—¡Ha llegado la hora! —les grito a los tres mil obsidianos de las lanzaderas de ataque—. Afilad vuestras hachas. Recordad vuestro entrenamiento. ¡*Hyrg la*, Ragnar!

—¡*Hyrg la*, Ragnar! —rugen.

Quiere decir «Ragnar vive». La reina de los valquirios me presenta su filo e inicia el canto de guerra obsidiano. Se extiende por la negra nave de asalto acorazada. Un sonido aterrador, horroroso, que esta vez está en mi lado. He traído a los valquirios a los cielos, y ahora les doy rienda suelta.

—Victra, ¿estás bien? —pregunto preocupado por la cercanía de Antonia.

¿Está mi amiga distraída a causa de su hermana?

—Estoy condenadamente bien, pequeñín —contesta ella—. Cuídate ese culito tan bonito que tienes. —Me da una palmada en el trasero antes de echar a caminar de espaldas, lanzarme un beso repugnante y arrancar a correr hacia su lanzadera—. Estaré justo detrás de ti.

Me quedo solo con los sondeainfiernos. Están fumando ciscos y me miran con sus maliciosos ojos enrojecidos.

—El primero que llegue gana el maldito laurel —digo—. Poneos los cascos.

Estos hombres no necesitan que les diga nada más. Asienten y sonríen. Partimos. Me elevo unos treinta metros con mis gravibotas para aterrizar encima de una de las cuatro Garras Perforadoras que le confiscamos a la empresa que se encarga de extraer el platino de las minas en el interior del Cinturón de Asteroides. Están colocadas en fila sobre la plataforma del hangar, con una distancia de cincuenta metros entre cada una de ellas. Son como manos que intentan atrapar algo, con la cabina de mando donde debería estar el codo y las doce brocas de taladro de la plataforma en la posición de los dedos. Rollo las ha modernizado todas para que tengan propulsores en la parte de atrás y gruesas placas de blindaje a ambos lados. Me introduzco en la cabina de mando, adaptada a mi corpulencia y mi armadura, y coloco las

manos sobre el prisma de control digital.

—Encendedlas —digo.

Un familiar tamborileo de energía atraviesa el taladro y hace vibrar el cristal que me rodea. Sonrío como un loco. Puede que lo esté. Pero sabía que no podía ganar esta batalla sin alterar el paradigma. Y sabía que Roque jamás caería en una trampa ni permitiría que lo arrastráramos hacia un cinturón de asteroides por miedo a exponer su fuerza a una emboscada. Así que solo me quedaba un recurso: ocultar mi emboscada en un defecto de carácter. Siempre me aconsejaba que diera un paso atrás, que buscara la paz. Claro que creía que sabía cómo vencerme. Pero hoy no estoy luchando como el hombre que conoció, como un dorado.

Soy un maldito sondeainfiernos con un ejército de mujeres gigantes y ligeramente psicóticas a mis espaldas y una flota de buques de guerra de última generación tripulados por piratas, ingenieros, técnicos y antiguos esclavos cabreados. ¿Y Roque cree que sabe cómo enfrentarse a mí? Me echo a reír cuando mi asiento tiembla en la Garra Perforadora. Me invade una especie de poder adormecido, enajenado. Una partida de abordaje enemiga irrumpe en el hangar utilizando el mismo graviascensor que nosotros. Se quedan mirando las inmensas Garras Perforadoras y se evaporan cuando la lanzadera de Victra les dispara a quemarropa con un cañón de riel.

—Recordad las palabras de nuestra líder dorada —les digo a los sondeainfiernos—. Sacrificio. Obediencia. Prosperidad. Esas son las mejores cualidades de la humanidad.

—Y una mierda —dice uno a través del intercomunicador—. Yo le enseñaré cuál es la mejor cualidad de mi humanidad.

—Calentad taladros —ordeno. Uno a uno, ofrecen confirmación—. Cascos arriba. ¡A quemar!

Giro el interruptor de rotación de mi Garra Perforadora en el sentido de las agujas del reloj. Más abajo, el taladro zumba. Muevo las dos manos hacia delante en el prisma de control. Mi mundo tiembla. Me castañetean los dientes. La plataforma de metal se hunde debajo de mí. El metal derretido se despega. Me hundo diez metros en el barco. He atravesado la plataforma en cinco segundos. Y la siguiente también. Vuelvo a caer y atravieso del todo el suelo del hangar. Veo el metal mordisqueado alrededor de la cabina de

mando. Entonces atravieso la siguiente cubierta. Y la siguiente. El calor se acumula en torno al taladro mientras avanzo por el barco dejando atrás a las valquirias. Si bajas el ritmo, el taladro se atranca; si bajas el ritmo, mueres. Y esta velocidad es el pulso de mi pueblo. Aceleración que fluye hacia más aceleración.

Mi Garra Perforadora está adquiriendo una velocidad endiablada. No para de atravesar cubiertas. Asesina el metal con dientes de carburo de wolframio derretido. Atisbo imágenes fragmentadas de las otras Garras Perforadoras que desgarran las entrañas del barco mientras caemos por los escasamente iluminados barracones. Todos los taladros resplandecen por el calor y después impactan contra la siguiente plataforma. Es un espectáculo glorioso, terrible. Atravesamos una cantina. Un tanque de agua. Luego un pasillo donde una partida de abordaje trata de alejarse de los escombros y se queda mirando los taladros megalíticos que trepanan el barco como las manos fundidas de un hilarante dios de metal.

—¡No bajéis el ritmo! —rujo.

Todo mi cuerpo convulsiona en el asiento. He perdido el control, voy demasiado rápido, el taladro está demasiado caliente. Y entonces… la nada. Agujereo la panza del Pax. El silencio del espacio me invade. Ingrávido. Floto como una lanza en el agua en dirección al inmenso Coloso. Las naves sanguijuela que se aproximan al Pax pasan a mi lado a toda prisa, una de ellas tan cerca que distingo los ojos abiertos de par en par del capitán en el puente de mando. Otra se estampa directamente contra la boca sobrecalentada de mi taladro. Se desintegra en cuestión de segundos. Los hombres y los desechos de la nave salen despedidos dando volteretas. Los otros taladros salen por debajo de las entrañas del Pax y se precipitan hacia el destructor de lunas. A nuestro alrededor, la batalla brama. Explosiones azules, enormes campos de artillería antiaérea. El grupo de Mustang recorre a toda velocidad los bordes de las formaciones de Roque, intercambiando con ellas violentas ráfagas de proyectiles. Sevro aún está escondido, a la espera.

Siento la confusión de los artilleros enemigos. Estoy en el centro de sus equipos de asalto de naves sanguijuela. No pueden disparar. Sus ordenadores ni siquiera identificarán la clasificación del barco. Les parecerá un pedazo de escombro con la forma de un brazo de codo para abajo. Dudo de que los del

puente sepan siquiera de qué se trata si no lo ven con sus propios ojos.

—Poned en marcha los motores —digo.

Los motores de la Garra Perforadora modernizada comienzan a funcionar a mi espalda y me empujan contra la negra superficie del Coloso. Dándose cuenta de que supongo una amenaza, un alas ligeras me rocía con varias ráfagas de proyectiles de ametralladora. Las balas del tamaño de un pulgar impactan silenciosamente contra el taladro. El blindaje resiste. Pero no sucede lo mismo en la Garra Perforadora que viaja junto a la mía. Una ráfaga de proyectiles de cañón de riel lanzada desde un cañón de cinco metros de longitud desde lo más alto del destructor de lunas perfora la cabina de mando y mata al sondeainfiernos que la ocupaba. La Garra Perforadora estalla. Una de sus brocas se estampa contra el cristal de mi cabina y lo resquebraja. Otra docena de disparos destrozan la nave sanguijuela que tenía al lado. Puede que Roque no sepa qué son los proyectiles de treinta metros que proceden de mi navío, pero aun así está dispuesto a matar a su propia gente para impedir su acercamiento.

Una mancha de metal gris avanza hacia mí. Una bala de cañón de riel disparada desde el Coloso agujerea tres naves sanguijuela delante de mí antes de golpear la parte baja de mi Garra Perforadora, la altura de la «muñeca». Atraviesa el taladro de abajo arriba, perfora el suelo de mi cabina de mando, entre mis piernas, pasa a escasos centímetros de mis pelotas y de mi pecho y está a punto de arrancarme la cabeza. Me echo hacia atrás y el proyectil impacta contra la viga de metal de la cabina. Hace añicos el cristal y comba el soporte hacia el exterior como si fuera una pajita de plástico que se derrite. Ahogo un grito, medio inconsciente por culpa de la transferencia de energía cinética.

Unos puntos blancos invaden mi campo de visión.

Me sacudo para tratar de recuperar los sentidos.

Me he desviado del rumbo. Este transporte no está diseñado para virar. Estoy a punto de empotrarme contra la cubierta del destructor de lunas. No me salva el instinto, sino mis amigos. Los motores de la Garra Perforadora dependen del control informático de los azules del barco de Orión. Alguien da marcha atrás con los propulsores en el último momento y evito el choque. Choco contra el respaldo de mi asiento, la Garra Perforadora frena y luego

aterriza con suavidad sobre la superficie del Coloso. Me sacudo en mi asiento, riendo de miedo.

—¡Maldita sea! —vitoreo a mi lejano salvador, quienquiera que sea—. ¡Gracias!

Pero la Garra Perforadora en sí es toda manual. Que los azules intentaran manipular los mandos sería como si tratase de montar un tirachinas en torno a un planeta. Mis manos bailan sobre los controles recuperando mi viejo modo de trabajo. Reactivo el taladro utilizando los motores para clavarme como una uña a la superficie del barco. El metal resopla. Los pernos crujen. Y comienzo a carcomer la capa superior del blindaje, esa que decían que ninguna nave sanguijuela podría atravesar.

La presión silba en torno a mi taladro. Aumento las revoluciones moviendo las manos a toda prisa sobre los mandos, cambiando las brocas del taladro a medida que se sobrecalientan y aprovechan las unidades refrigeradas. El espacio desaparece. Hurgo en el buque. No excavo en línea recta, sino trazando un túnel hacia la parte delantera del barco. Una cubierta. Dos cubiertas. Horado salas y barracones, generadores y tuberías de gas. Es la cosa más espantosa y salvaje que he hecho en mi vida. Rezo por no toparme con un almacén de municiones. Hombres, mujeres y escombros salen volando hacia el espacio a través del agujero que he excavado, como si fueran hojas otoñales barridas de los varios niveles de cubierta en los que penetro. Los mamparos sellarán la herida, pero los que queden atrapados entre los mamparos y el túnel pueden darse por muertos.

Cuando ya he penetrado trescientos metros en el barco, mi Garra Perforadora se avería. Las brocas se han gastado y el motor se ha sobrecalentado. Estiro la mano para retirar la cubierta exterior de la cabina y salir de la Garra, pero se me resbala la mano en la palanca. Me examino el cuerpo a toda prisa, pero mi armadura no está perforada. La sangre no es mía. Cae por la pared derecha de la cabina de mando, coagulada en torno al proyectil circular de cañón de riel que agujereó las tres naves sanguijuela para empotrarse en la viga de apoyo de mi Garra Perforadora. Mechones de pelo y un fragmento de hueso destacan sobre la sangre pegajosa.

Dejo la Garra Perforadora y me introduzco en el vacío del túnel que he excavado. El barco ya no pierde aire. Ahora reina la calma, pues ya han

purgado la presión y los mamparos de emergencia se han cerrado para poner en cuarentena el casco comprometido. El generador de gravedad de esta sección de la nave debe de estar dañado. El pelo me flota dentro del casco.

Levanto la mirada. Al final del túnel, donde he perforado el casco, hay un pequeño agujero que deja ver las estrellas. El cadáver de un hombre pasa dando vueltas lentas por delante de él. Una sombra lo atrapa cuando el buque insignia de Antonia navega por encima de él, interceptando el sol que se refleja en la superficie de Júpiter. Igual que el hombre, me quedo sumido en la oscuridad. Solo en las entrañas del Coloso. Mi intercomunicador es una avalancha de parloteos bélicos. Victra está despegando desde nuestro hangar. Orión y los señores de las Lunas están en el aire, alejándose de los polos de Ío en dirección a Júpiter. El buque insignia de Mustang sigue soportando el ataque del barco de Roque mientras Antonia conduce al resto de su flota en pos de los Telemanus y los Raa, que se están retirando.

Sevro continúa a la espera.

Treinta metros por encima de mi cabeza, algo sale de uno de los niveles que he atravesado y se asoma al túnel de veinte metros de ancho. Mi yelmo identifica un arma activa. Me elevo volando y activo mi escudo de pulsos. Me topo con un joven gris que me mira tras la visera de plástico de una máscara de oxígeno de emergencia. Flota en el aire, aferrado con una mano a un trozo de pared de metal destrozada. Está cubierto de sangre. No es suya. El cuerpo de uno de sus amigos flota a su espalda. Está temblando. Mi taladro debe de haber atravesado a todo su pelotón, y después el espacio habrá absorbido sus cadáveres hasta dejarlo aquí solo. Mi terror se refleja en sus ojos. Levanta su achicharrador y reacciono sin pensar. Le atravieso el corazón con el filo, lo convierto en un despojo. Muere, joven y con los ojos como platos, y se queda allí flotando, erguido, hasta que le pongo una bota en el pecho para poder extraer mi hoja de su cuerpo. Nos apartamos el uno del otro. Pequeñas gotas de sangre se despegan de mi filo para danzar en la ausencia de gravedad.

Los generadores de gravedad vuelven a funcionar y mis pies golpean el suelo. La sangre los salpica. El cuerpo del gris cae con gran estrépito. La luz entra a oleadas por la boca del túnel, a mi espalda. Me aparto del hombre muerto y alzo la vista para atisbar una lanzadera entrando desde el espacio.

La siguen más. Todo un desfile de naves de asalto comandadas por Victra. Las siguen varios alas rápidas, pero las armas instaladas en la parte trasera de las naves de asalto les disparan ráfagas de proyectiles de partículas de alta energía del tamaño de un puño. Los destrozan. Vendrán más. Centenares más. Debemos movernos con rapidez. La velocidad y la agresividad son las únicas ventajas de las que disponemos.

El navío de Victra frena en seco en el túnel, justo por encima de mi Garra Perforadora. Las valquirias salen en tropel para unirse a mí. Otras naves vacían su carga en distintos niveles. Holiday y varios rojos con armadura de batalla avanzan con los obsidianos, cargando con equipos de irrupción por la habitación sin aire hacia la puerta del mamparo que nos aísla del resto del barco. Empujan el taladro térmico contra el metal. Comienza a ponerse rojo. Activan una burbuja de pulsos sobre la escotilla de metal para que cuando irrumpamos no activemos más mamparos.

—Irrupción completa en quince segundos.

Victra está de pie a un lado, escuchando una charla enemiga.

—Equipos de respuesta en camino. Más de dos mil unidades mixtas.

También está conectada con el mando estratégico del barco de Orión, así que puede obtener datos sobre la batalla a partir de las enormes matrices de sensores del buque insignia. Parece que Roque ha lanzado a más de quince mil hombres contra nosotros en sus naves sanguijuela. La mayoría estarán ya en el Pax a estas alturas. Buscándome por todas partes. Capullos estúpidos. Roque ha apostado fuerte, y se ha equivocado. Y yo acabo de meter a tres mil obsidianos desquiciados en un buque de guerra prácticamente vacío.

El Poeta va a cabrearse mucho.

—Diez —informa Holiday.

—¡Valquirias, a mí! —grito, y levanto las manos indicando una formación triangular.

Las cien obsidianas pisotean los escombros del economato y se agrupan detrás de mí, tal como les enseñamos a hacer durante nuestra travesía hasta Júpiter. Sefi está a mi izquierda, Victra a mi derecha y Holiday detrás. La puerta de metal sobrecalentada se comba. Los rojos y los grises se apartan. A lo largo del túnel que he excavado, en los diez niveles, equipos muy parecidos a este se estarán preparando para irrumpir igual que nosotros. Otras

dos Garras Perforadoras han alcanzado también el objetivo. Dos mil obsidianos irrumpen por sus túneles. Grises, rojos y unos cuantos dorados simpatizantes los comandarán contra las fuerzas de seguridad que utilizan tranvías y graviascensores para trasladarse hacia el nuevo frente de batalla del interior del barco.

Esto va a ser una tormenta de fuego. Combate en espacios cerrados. Humo. Gritos. Lo peor de la guerra.

—Escudos a máxima potencia —digo en nagal volviéndome hacia las valquirias. Unos escudos iridiscentes se propagan sobre sus armaduras—. Acabad con todo lo que lleve un arma. No toquéis nada que no la lleve. Da igual de qué color sean. Recordad nuestro objetivo. Despejadme un camino. ¡*Hyrg la*, Ragnar!

—¡*Hyrg la*, Ragnar! —braman golpeándose el pecho, entregándose a la locura de la guerra.

La mayoría se habrán tomado sus hongos alucinógenos en la lanzadera. No sentirán dolor. Se mueven como una masa compacta, ansiosas por el fragor de la batalla. Victra vibra a mi lado. Recuerdo cuando, sentado a su lado en el laboratorio de Mickey, me contó que le encanta el olor de la batalla. El sudor rancio de los guantes. El aceite de las armas. Los músculos con tirones y las manos temblorosas de después. Me doy cuenta de que en realidad es su honestidad lo que le gusta. Una batalla nunca miente.

—Victra, quédate a mi lado —le digo—. Formaremos pareja en la hidra si nos topamos con dorados.

—*Njar la tagag…* —dice Sefi detrás de mí.

—*… syn tjr rjyka!*

«No hay dolor. Solo dicha», corean sumidas en el abrazo del pan de Dios.

Sefi comienza el grito de guerra. Su voz es más aguda que la de Ragnar. Sus dos hermanas de alas se suman a ella. Luego sus veinte hermanas de alas, hasta que docenas de ellas inundan el intercomunicador con un cántico que me insufla una sensación de grandeza. Mi mente le dice a mi cuerpo que vuele. Por eso cantan los obsidianos. No para sembrar el terror. Sino para sentirse valientes, para sentir familiaridad en lugar de soledad y miedo.

El sudor me recorre la columna.

El miedo no es real.

Holiday desactiva su seguro.

—*Njar la tagag*…

Mi filo adopta su forma rígida.

Mi arma de pulso se estremece y gime, poniéndose a punto.

Me tiembla todo el cuerpo. Tengo la boca llena de cenizas. Ponte la máscara. Esconde al hombre. No sientas nada. Velo todo. Avanza y mata. Avanza y mata. No soy un hombre. Ellos no son hombres.

La intensidad del cántico aumenta.

—… *syn tjr rjyka!*

El miedo no es real.

Si me estás viendo, Eo, ha llegado el momento de que cierres los ojos.

El Segador ha llegado. Y se ha traído el infierno con él.

47

INFIERNO

—¡Irrupción! —ruge Holiday.

La puerta se vence. Penetro a toda prisa en el campo de pulsos que rodea el punto de entrada. Todo se condensa. Imágenes, sonidos, el movimiento de mi propio cuerpo. Todo es una neblina. El dispersador de destellos de Holiday chirría a través de la abertura de dos metros del mamparo para freír todo nervio óptico no protegido que haya al otro lado. Estalla una granada de fusión secundaria. Franqueo el agujero entre el humo y me dirijo hacia la derecha, seguido de Victra. Sefi va hacia la izquierda. El fuego enemigo nos alcanza de inmediato. Mi escudo emite el mismo sonido que un tejado de chapa cuando graniza. El final del pasillo es un caos de fogonazos de cañón y fuego de pulsos. Los proyectiles sobrecalentados cortan el humo.

Disparo mi puño de pulsos y mi brazo se agita espasmódicamente. Me agacho y avanzo para no bloquear la entrada. Algo impacta contra mí. Me tambaleo hasta la pared izquierda mientras las partículas sobrecalentadas continúan brotando de mi puño. Las ráfagas de proyectiles de cañones de riel que chocan contra la barrera de energía antes de caer a mis pies hacen crepitar mi escudo. Cada vez hay más obsidianas en el pasillo, detrás de mí. Se mueven muy rápido. La atmósfera es una cacofonía. Mi mente táctica se centra en los hechos. Estamos acorralados. Los hombres mueren en la irrupción. Debemos avanzar.

Algo pasa silbando junto a mi cabeza. Detona detrás de mí, en la entrada.

Miembros y armaduras se desploman en el suelo. El yelmo amortigua el estruendo para protegerme los tímpanos. Me adelanto con paso vacilante, tratando de apartarme de la zona de la masacre. Otra granada aterriza entre nosotros. Estalla cuando una obsidiana se abalanza sobre ella. Más carne para la picadora. Debo reducir la distancia. No veo nada de lo que hay delante de mí. Demasiado humo. Fuego.

Al demonio con todo.

Con un rugido de frustración, activo mis gravibotas y salgo disparado como un cohete por el estrecho pasillo en dirección a nuestros atacantes. A ochenta kilómetros por hora, no dejo de disparar mientras me acerco. Victra me imita. Es un escuadrón de veinte grises encabezado por un legado dorado con una brillante armadura plateada. Choco contra el dorado. Con el filo extendido, atravieso su escudo y le ensarto el cerebro. Nos derrumbamos contra el suelo. Se le queda el brazo pillado debajo de mí. Los grises del equipo de respuesta se dispersan y forman un círculo a mi alrededor mientras intento ponerme en pie. Uno me dispara una carga de iones a la espalda. Los destellos azules convulsionan sobre mis escudos y acaban con ellos. Le corto el cuello con el filo a uno de los grises. Otros dos me disparan contra el pecho. Mi armadura se abolla con los doce proyectiles. Me tambaleo. Un pesado cañón de riel con un cartucho perforador en la recámara me apunta a la cabeza. Me agacho y trato de escapar por un lado, pero me resbalo con un charco de sangre. Me caigo, el arma se dispara y abre un agujero del tamaño de la cabeza de un hombre en el suelo.

Victra se estrella contra los grises, precipitándose a uno y otro lado con sus gravibotas, como una bola de demolición furiosa. Pulveriza huesos entre las paredes y la pesada armadura que le protege el cuerpo. Las obsidianas se mezclan con los grises y los hacen pedazos con sus hachas de pulsos. Los grises gritan, se baten en retirada hacia la esquina, donde tienen apoyo armamentístico. Sefi le corta la pierna a uno de ellos, que cae al suelo y dispara su arma contra la pared. Ella lo decapita limpiamente desde atrás.

Esto es un horror.

El humo. Los cuerpos que se retuercen y la sangre que se evapora tras bullir en las heridas carbonizadas. La orina de un hombre agonizante forma un charco en torno a mi armadura y sisea cuando el cañón sobrecalentado de

mi puño de pulsos la roza mientras Victra me ayuda a levantarme.

—Gracias.

Su aterrador yelmo de pájaro asiente sin expresión.

Mientras el resto de mi pelotón franquea la entrada, avanzo hacia la esquina por la que varios de los grises han escapado. Otro equipo de respuesta enemigo coloca un arma pesada sobre una gravicápsula flotante a unos treinta metros de la puerta de un graviascensor. Al disparar, un cuarto de la pared que hay sobre mí se derrite. Le ordeno a Holiday que ocupe mi posición junto a la esquina con el rifle de mira de Trigg.

—Cuatro quincallas, un dorado —le digo—. Tienen montado un QR-13. Reviéntalos.

Ajusta el cañón multiusos de su rifle.

—Sí, señor.

Seis valquirias han caído en nuestro punto de irrupción. El yelmo de una mujer gigantesca se retrae hacia el interior de su armadura. Vomita sangre. La mitad de su torso humea, pues la armadura fundida todavía le está deshaciendo la carne. Intenta ponerse de pie, riéndose a causa del dolor, bajo los efectos del pan de Dios. Pero este es un nuevo tipo de guerra para estas mujeres, con heridas nuevas. Incapaz de sostenerse por sí misma, la obsidiana se derrumba sobre una hermana que llama a Sefi. La joven reina observa las heridas y ve que Victra niega con la cabeza. Sefi, que ha aprendido más rápido que las demás, tenía claro lo que esta guerra podía costarle a su pueblo. Pero verlo con sus propios ojos es algo muy distinto. Le dice algo sobre el hogar a la mujer, algo acerca del cielo y las plumas bajo el crepúsculo estival. No veo la hoja que le clava a en la base del cráneo a la obsidiana agonizante hasta que ya la ha sacado.

Un holograma de la cara de Mustang aparece en la esquina de mi pantalla. Abro el vínculo.

—Darrow, ¿habéis irrumpido?

—Estamos dentro. Nos dirigimos hacia el puente. ¿Qué pasa?

—Tenéis que daros prisa. Están atacando mi barco con mucha fuerza.

—Estamos dentro. Se supone que debes largarte. Márchate a Tebe.

—Roque ha utilizado pulsos electromagnéticos. —Tiene la voz tensa—. Nuestros escudos nos han protegido, pero la mitad de los motores de mi flota

están destrozados. Estamos inmovilizados, peleándonos con él. En cuanto tu Garra Perforadora atracó, el Coloso empezó a disparar a matar. Nos están devastando. Tienen muchas más armas que nosotros. Las baterías principales están ya a media carga.

Una sensación de náusea me sube de las entrañas. Roque puede vernos por las cámaras de su barco. Conoce la fuerza de mi partida de abordaje. Es solo cuestión de tiempo que llegue a su puente de mando. Pronto anunciará por el intercomunicador que si no me rindo la matará.

—Llega al condenado puente y cárgatelo, ¿entendido?

—Entendido. —Me vuelvo para enfrentarme a mis tropas—. Tenemos que movernos —digo—. Victra, toma el mando del escuadrón. Voy a pasar a digital. Sefi, ponte delante.

—Holiday, cuando quieras —dice Victra con impaciencia, caminando de un lado a otro por el pasillo—. La leoncita necesita nuestra ayuda. ¡Vamos! ¡Vamos!

—Relájate un poco —masculla Holiday mientras ajusta el rifle y selecciona la aplicación de disparo esquinero.

Las junturas del cañón rotan de manera que el arma se asoma por la esquina y envía el vínculo visual directamente al casco de la gris. Cuatro ráfagas rápidas salen disparadas del arma. Cada una con treinta balas del tambor de municiones que lleva en la parte de atrás de su armadura.

—Adelante.

Victra y yo doblamos la esquina a toda velocidad devorando metros al tiempo que un gris intenta ocupar el lugar de su compañero ante el arma. Le corto el paso con mi puño de pulsos y Victra intercambia una llave de kravat de cuatro movimientos con el dorado antes de atravesarle el pecho de una estocada. Lo remato con un tajo en la garganta. Holiday hace que sus comandos acarreen el QR-13 con nosotros; solo son capaces de seguir el ritmo de nuestras largas piernas debido a lo pesado de nuestra armadura.

Mientras tratamos de llegar al puente lo antes posible, otros elementos de mi fuerza invasora se dirigen hacia las distintas funciones vitales del barco con renovado frenesí. Como relámpagos. Los grises no pueden moverse a esta velocidad porque dependen de la táctica, de las maniobras de salto de rana, de los disparos esquineros y de las técnicas de ocultación. Las

obsidianas son simples arietes. Resulta tentador avanzar sin mesura, concentrarse únicamente en alcanzar el puente. Pero no puedo abandonar mi plan. Mis pelotones necesitan que los guíe sirviéndome del mapa de batalla que llevo en la pantalla de visualización. Hablando con los líderes de pelotones rojos y grises, coordino mientras corro siguiendo a Victra, que nos conduce por el laberinto de pasillos de metal y emboscadas. Cuando los pelotones se quedan acorralados, utilizo el intercomunicador para mover a otros pelotones por graviascensores y pasillos para flanquear a los equipos de seguridad atrincherados. Es un baile intrincado. No solo corremos contrarreloj para evitar la destrucción de la nave de Mustang. También las naves sanguijuela deben de estar a punto de regresar.

Roque lo sabe. Y menos de tres minutos después de nuestra entrada, el barco implementa el protocolo de confinamiento total. Todos los graviascensores, tranvías y mamparos se sellan para crear obstáculos en forma de colmena a lo largo y ancho del barco. Solo podemos avanzar de quince en quince metros. Es un sistema endiablado, acorrala a los equipos de abordaje mientras que los servicios de seguridad con llaves digitales corren tranquilamente por todo el barco, atacando por los flancos y creando rincones mortíferos y fuegos cruzados que pueden destrozar incluso a una partida de abordaje como la mía. No hay manera de combatirlo. Esta es la esencia de la guerra. No importa la tecnología ni la táctica, todo se reduce a terroríficos momentos ovillado en una esquina con la boca reseca mientras un amigo dispara fuego de cobertura y tú intentas no tropezarte con el equipamiento de alta tecnología que tienes enredado en torno al cuerpo mientras avanzas, con la cabeza agachada y las piernas temblorosas. No es la valentía, es el miedo a avergonzarte delante de tus amigos lo que hace que continúes moviéndote.

Mientras nos abrimos paso fundiendo mamparo tras mamparo, las valquirias de Sefi alimentan la picadora. Nos tienden emboscadas por todas partes. Algunos de los mejores guerreros que he visto en mi vida caen con agujeros humeantes en la nuca de sus yelmos hechos por tiradores grises. Se derriten bajo el fuego de los puños de pulsos. Caen ante un caballero dorado flanqueado por siete obsidianos hasta que Victra, Sefi y yo los derribamos con los filos.

Todo esto para llegar al puente de mando. Todo esto para alcanzar a un

hombre al que ayer podría haber tocado con tan solo estirar la mano. Si este es el coste del honor, prefiero ser un asesino indigno. Si le hubiera rajado la garganta a Roque entonces, las valquirias no sembrarían el suelo en este momento.

—Hombres y mujeres de la Marina de la Sociedad, os habla el Segador. Vuestro barco ha sido abordado por los Hijos de Ares…

Oigo mi voz por el intercomunicador general del barco. Uno de mis pelotones ha alcanzado el servidor central de comunicaciones situado en la parte trasera del barco. Todas las partidas de abordaje de mi flota tienen copias del discurso que Mustang y yo grabamos juntos para cargarlo en los navíos enemigos tomados. Exhorta a los colores inferiores a unirse a mis unidades, a desactivar el protocolo de confinamiento si les es posible, a abrir las puertas manualmente si no y a saquear las armerías. La mayor parte de estos hombres y mujeres son veteranos. Es poco realista esperar una conversión masiva como la que logré en el Pax, pero cualquier granito de arena ayuda.

El anuncio funciona solo parcialmente en el Coloso. Nos hace ganar un tiempo precioso cuando franqueamos varias puertas en cuestión de segundos en lugar de perder los minutos que nos costaría fundirlas. Roque también desconecta la gravedad artificial, pues al observar sus tácticas se da cuenta de que mis obsidianas no tienen experiencia en gravedad cero.

Los grises de la Sociedad se abren camino por los pasillos como focas bajo el agua, tomándose la revancha contra mis valquirias flotantes, a las que les han arrebatado su tremenda velocidad, por haber aniquilado a tantos de sus amigos. Al final, uno de mis equipos reactiva la gravedad. Les pido que la reduzcan a un sexto de la estándar de la Tierra para que mi gente no se sienta abrumada por la pesada armadura que llevamos. Es una bendición para nuestros pulmones y nuestras piernas.

Tras superar a un equipo de seguridad de grises, por fin llegamos al puente, magullados y ensangrentados. Me agacho, jadeando, y aumento la circulación de oxígeno en mi armadura. Empapado en sudor, activo en mi equipamiento la inyección de una dosis de estimulantes para evitar sentir el tajo que tengo en el bíceps, donde me ha alcanzado el filo de un dorado. La aguja se me clava en el muslo. Desde mis otros pelotones me llegan noticias

de que han perdido el contacto con el enemigo, lo cual quiere decir que Roque los está concentrando, redirigiéndolos, probablemente hacia nosotros. De espalda a la puerta del puente, contemplo la antecámara circular, expuesta, y recuerdo que mi instructor de la Academia me explicó la letalidad geométrica del espacio para cualquiera que asedie un puente con diseño de brote estelar como este. Tres pasillos procedentes de tres direcciones distintas llevan a la habitación circular, que cuenta con un graviascensor en el centro. Es indefensible, y los marinos de Roque vienen hacia aquí.

—Roque, querido —lo llama Victra dirigiéndose a las cámaras del techo mientras Holiday y su equipo instalan el taladro en la puerta—. Cómo te he extrañado desde lo del jardín. ¿Estás ahí? —Suspira—. Tendré que suponer que sí. Escucha, ya lo entiendo. Piensas que debemos de estar furiosos contigo por lo del asesinato de mi madre, la ejecución de nuestros amigos, las balas en la columna, el veneno y el año de torturas para el bueno del Segador y para mí, pero no es así. Solo queremos meterte en una caja. Puede que en varias. ¿Te gustaría? Es muy poético.

Los tres comandos que le quedan a Holiday están poniendo cepos magnéticos en la puerta y montando su taladro térmico. La gris aprieta unos cuantos interruptores y el ojo del taladro comienza a girar como una centrifugadora.

Sefi vuelve de su ronda de exploración. Su yelmo se retrae en su armadura.

—Muchos enemigos vienen del túnel. —Señala hacia el pasillo del medio —. He matado a su líder, pero vienen más dorados.

No solo lo ha matado. Se ha traído su cabeza con ella. Pero cojea y le sangra el brazo izquierdo.

—Demonios. Ese es Flagelo —dice Victra al ver la cabeza—. Estaba en mi casa en el colegio. Un tío muy simpático. Magnífico cocinero.

—¿Cuántos vienen, Sefi?

—Suficientes para darnos una buena muerte.

—Mierda. Mierda. Mierda.

Detrás de mí, Holiday le da un puñetazo a la puerta.

—Es demasiado gruesa, ¿verdad? —pregunto.

—Sí. —Se quita el casco de ataque. Tiene la cresta aplastada hacia un

lado y el sudor le gotea por el rostro tenso—. Esta no es de GDY como las del resto del barco. Es de Industrias Ganímedes. Hecha a medida. Al menos el doble de gruesa que las demás.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en atravesarla? —inquiero.

—¿A toda potencia? Unos catorce minutos —aventura.

—¿Catorce? —repite Victra.

—Puede que más.

Me doy la vuelta y resoplo para liberar la rabia. Mis compañeras saben tan bien como yo que ni siquiera dispongo de cinco minutos. Llamo al intercomunicador de Mustang. No hay respuesta. Su barco debe de estar en las últimas. Maldita sea. No te mueras, Mustang. Simplemente no te mueras. ¿Por qué habré permitido que te separaras de mí?

—Cargaremos contra ellos —informa Victra—. Por el pasillo del centro. Huirán como los zorros de los sabuesos.

—Sí —contesta Sefi, que ve en Victra un espíritu más afín de lo que cualquiera de las dos podría haber pensado antes de derramar sangre juntas —. Yo te seguiré, hija del Sol. Hasta la gloria.

—A la mierda con la gloria —replica Holiday—. Dejad que el taladro haga su trabajo.

—¿Y sentarnos aquí a morir como florecillas? —pregunta Victra.

Antes de que pueda decir una sola palabra, oigo a mi espalda el zumbido metálico que emiten los mecanismos hidráulicos de la pared cuando la puerta del puente de mando se abre.

48

EMPERADOR

Entramos en tropel en el puente de mando esperando una emboscada. Sin embargo, reina la calma. Está despejado, con las luces atenuadas, tal como le gusta a Roque. De unos altavoces ocultos brota música de Beethoven. Todo el mundo continúa en sus puestos. Los rostros demacrados están iluminados por luces pálidas. Dos dorados caminan por la amplia pasarela de metal que pasa por encima de los fosos para desembocar en la parte delantera del foso, donde Roque está de pie orquestando su batalla ante una proyección holográfica de treinta metros de ancho. Los barcos bailan entre los sensores. Rodeado de disparos, pasa de unas imágenes a otras, emitiendo órdenes como un magnífico director conjurando la pasión de una orquesta. Su mente es un arma hermosa y terrible. Está destruyendo nuestra flora. Los depósitos de oxígeno del Dejah Thoris de Mustang derraman llamas mientras el Coloso y sus tres destructores escolta continúan martilleándolo con sus cañones de riel. Los hombres y los escombros flotan en el espacio. Y esta es solo una parte de la gran batalla. La mayoría de su ejército, Antonia entre ellos, está persiguiendo a Rómulo, Orión y los Telemanus en dirección a Júpiter.

A nuestra izquierda, a veinte metros de distancia, cerca de la armería del puente, un escuadrón táctico de obsidianos y grises sujetan sus armas y escuchan atentamente a sus comandantes dorados, que los preparan para defender el puente contra mí.

Y justo a nuestra derecha, ante el panel de control situado junto a la

puerta ahora abierta, invisible e insignificante para todos los demás ocupantes del puente, tiembla una pequeña rosa ataviada con un uniforme de ayuda de cámara. Bajo sus manos, la pantalla del código de acceso emite un resplandor verdoso. Su silueta delgada parece frágil recortada contra el telón de fondo de la guerra. Pero la expresión del rostro de la mujer es desafiante, mantiene el dedo sobre el botón de apertura de la puerta y su boca dibuja la más placentera de las sonrisas cuando la cierra a nuestras espaldas.

Y todo esto en tres segundos. El comandante de infantería dorado nos ve.

Los lobos, por muy bellos que sean cuando aúllan, matan mejor en silencio. Así que apunto hacia la izquierda y las obsidianas se abalanzan contra los soldados que escuchan al dorado. El hombre les grita que se den la vuelta, pero Sefi ya ha caído sobre sus hombres antes de que ellos puedan levantar las armas. Baila entre ellos con sus hojas agitándose contra caras y rodillas. Sus valquirias se precipitan sobre los demás. Solo se disparan dos pistolas antes de que el cuerpo del dorado caiga deslizándose del filo de Sefi y se estampe contra el suelo.

Unos grises nos disparan desde el otro lado del foso. Holiday y sus comandos se encargan de ellos. Mi yelmo se retrae.

—Roque —gruño mientras mis hombres prosiguen con la matanza.

Le ha dado la espalda a su batalla para mirarme. Toda su nobleza y toda la frialdad de su sangre de emperador se desvanecen para dar paso a un hombre atónito, anonadado. Victra y yo cruzamos el puente a grandes zancadas. A ambos lados, los azules levantan la mirada hacia nosotros desde el foso, confundidos y asustados, a pesar de que su barco continúa inmerso en una batalla. En silencio, los dos pretorianos de Roque se acercan a nosotros. Ambos llevan la armadura negra y morada adornada con el cuarto de luna plateado de la Casa de Lune. Victra y yo formamos pareja en la hidra sobre el puente de metal. Ella a la derecha, yo a la izquierda. Mi pretoriana es más baja que yo. No lleva el yelmo puesto y tiene el pelo recogido en un moño tirante. Está dispuesta a proclamar los grandes laureles de su familia.

—Me llamo Felicia au…

Amenazo con asestarle un latigazo en la cara. Ella levanta la espada y Victra ataca en diagonal y la ensarta a la altura del ombligo. La remato con una decapitación limpia.

—Adiós, Felicia. —Victra escupe y se vuelve hacia el último pretoriano —. Estos jóvenes de hoy no tienen enjundia. ¿Tú eres de la misma calaña?

El hombre deja caer el filo y se arrodilla, murmurando algo acerca de la rendición. Victra está a punto de cortarle la cabeza de todas maneras, pero me mira por el rabillo del ojo. A regañadientes, acepta la rendición del hombre y, tras darle una patada en la cara, se lo entrega a nuestras obsidianas, que guardan el puente.

—¿Te gustan las Garras Perforadoras? —pregunta Victra situándose a la izquierda de Roque, sedienta de sangre—. Ahí tienes una buena ración de justicia poética, cabrón traicionero.

Los azules siguen mirándonos, sin tener muy claro qué deben hacer. La partida de abordaje que venía a por nosotros ocupa ahora nuestro lugar al otro lado de la puerta del puente de mando. Nos hemos dejado el taladro, pero tardarían al menos diez minutos en fundir el metal.

El intercomunicador que Roque lleva en la cabeza zumba con voces que solicitan órdenes. Los escuadrones que había enviado al ataque avanzan ahora a la deriva, sobreexpuestos. Sus comandantes, acostumbrados a que los dirija una mano invisible, vuelan ahora a ciegas hacia la batalla global. Es el fallo de la estrategia de Roque. La iniciativa individual crea ahora caos, porque la inteligencia central acaba de quedarse muda.

—Roque, dile a tu flota que se retire —exijo.

Estoy empapado de sudor. Me ha dado un tirón en la pantorrilla. Me tiembla la mano de pura extenuación. Doy un paso brusco hacia el frente. Mi bota retumba sobre el acero.

—Hazlo.

Clava la mirada en algo situado a mis espaldas, en la rosa que nos ha dejado entrar en el puente. La traición de una amante y no la de un señor tiñe su voz.

—Amatea, ¿tú también?

Su tristeza no avergüenza a la joven, que cuadra los hombros y se afianza en su puesto. Se quita el blasón de la rosa que lleva en el cuello, señal de que es propiedad del *gens* Fabii, y lo tira al suelo.

Un escalofrío recorre a mi amiga.

—Pero qué idiota romanticón.

Victra se echa a reír. Salvo la distancia que me separa de Roque. Mis botas dejan un rastro de huellas de sangre sobre su cubierta de acero gris. Señalo al dispositivo que hay a su espalda y que muestra la agonía del barco de Mustang. Veo las estrellas que titilan a través de los agujeros de su casco, pero los destructores continúan castigándola.

—¡Diles que dejen de disparar! —digo apuntándolo con el filo. Él tiene el suyo en la cadera. Sabe que empuñarlo contra mí tiene muy poco sentido—. Hazlo ahora.

—No.

—¡Es Mustang! —replico.

—Ella ha elegido su destino.

—¿Cuántos hombres has enviado? —le pregunto con frialdad—. ¿Cuántos has enviado al Pax para traerme aquí? ¿Quince mil? ¿Cuántos hay en esos destructores?

Retiro la funda protectora del terminal de datos que llevo en el antebrazo izquierdo y proyecto el diagnóstico del reactor del Pax. Se ilumina con una luz roja intermitente. Hemos revertido el flujo refrigerante para que el reactor se sobrecaliente. Un ligero incremento en la potencia de salida y se producirá una explosión nuclear.

—Diles que cesen el fuego o perderán la vida.

Levanta su elegante barbilla.

—No puedo dar tal orden sin traicionar mi conciencia.

Ya sabe lo que eso significa.

—Entonces esto será culpa de ambos.

Vuelve la cabeza con brusquedad hacia el azul que se encarga de sus comunicaciones.

—Cyrus, pide a los destructores que realicen una maniobra evasiva.

—Demasiado tarde —dice Victra mientras elevo la potencia de salida del generador.

La luz palpitante de mi terminal de datos adquiere un maligno tono carmesí que nos baña a todos. Y en el holograma que hay detrás de Roque, el Pax comienza a expulsar llamaradas azules. Respondiendo a toda prisa a su emperador, los destructores detienen su ataque contra Mustang y tratan de escapar, pero una luz brillante implosiona en el centro del Pax envolviendo

las cubiertas de metal y retorciendo el casco a medida que los espasmos de energía van avanzando hacia el exterior. La onda expansiva alcanza los destructores y, con los cascos arrugados como un papel, los barcos se estampan unos contra otros. El Coloso se estremece a nuestro alrededor y también nos desplazamos por el espacio, pero sus escudos resisten. El Dejah Thoris flota a la deriva, con las luces apagadas. Solo puedo rezar por que Mustang esté viva. Me muerdo el interior de la mejilla para recuperar la concentración.

—¿Por qué no te has limitado a utilizar tus armas? —pregunta Roque, turbado por la pérdida de sus hombres, de sus destructores, por verse tan superado—. Podrías haberlos paralizado…

—Me estoy reservando esas armas —digo.

—No te salvarán. —Me da la espalda—. Mi flota ha conseguido que la tuya huya. Diezmarán los barcos que te quedan, volverán aquí y recuperarán el Coloso. Entonces veremos lo bien que se te da defender un puente.

—Poeta estúpido. ¿No te has preguntado dónde está Sevro? —le pregunta Victra—. No me digas que le has perdido la pista con todo este lío. —Hace un gesto con la cabeza en dirección a la pantalla en la que su flota persigue a las fuerzas de los señores de las Lunas y Orión hacia Júpiter—. Está a punto de hacer su entrada.

Cuando comenzó la batalla, la más exterior de las cuatro lunas interiores de Júpiter, Tebe, estaba en el punto más alejado de su rotación. Pero a medida que la lucha avanzaba, su órbita fue acercándola cada vez más hasta hacerla interponerse en el camino de la parte de mi ejército que se bate en retirada, a poco menos de veinte mil kilómetros de Ío. Encabezada por el buque insignia de Antonia, la flota de Roque salió en su persecución, tal como era de esperar, para completar la destrucción de mis fuerzas. Lo que no se imaginaron era que mis barcos habían tenido desde el principio la intención de atraerlos hacia Tebe, el proverbial caballo muerto.

Mientras yo negociaba con Rómulo, varios equipos de sondeainfiernos excavaban cuevas en la cara de la desierta Tebe. Ahora, mientras los cruceros de guerra y las naves antorcha de Roque pasan junto a la luna, Sevro y seis mil soldados en caparazones estelares salen disparados de las cavernas. Y del otro lado de la luna despegan dos mil naves sanguijuela cargadas con

cincuenta mil obsidianos y cuarenta mil rojos que gritan. Los cañones de riel vomitan. El fuego antiaéreo se inicia en el último momento. Pero mis fuerzas rodean al enemigo y se aferran a sus cascos como una nube de mosquitos de alcantarilla de la Luna para introducirse en sus entrañas y hacerse con las naves desde el interior.

Aun así, incluso mi victoria conlleva traición. Rómulo tenía sus propias naves sanguijuela de dorados preparadas para lanzarse desde la superficie de la luna. Él también quería capturar barcos para poder contrarrestar mi botín. Pero yo necesito los navíos más que él. Y mis rojos han tapiado las entradas de sus túneles justo en el momento en que Sevro despegaba. Para cuando Rómulo se dé cuenta del sabotaje, mi flota ya sobrepasará en número de naves a la suya.

—Me habría resultado imposible atraerte hacia un cinturón de asteroides, así que yo mismo te he creado uno —le explico a Roque mientras observamos el desarrollo de la batalla.

—Bien jugado —susurra él.

Pero los dos sabemos que el plan tan solo funciona porque yo tengo cien mil obsidianos y él no. Su flota cuenta con, como mucho, diez mil. Más probablemente siete mil. Aun peor, ¿cómo podría haber sabido que tenía tantos cuando todos los demás ataques de los Hijos de Ares han recaído sobre las espaldas de los rojos? Las batallas se ganan meses antes de que se disputen. Nunca dispuse de los barcos suficientes para ganarlo. Pero ahora mis naves continuarán huyendo, continuarán escapando de sus armas mientas mis hombres hacen pedazos sus cruceros de guerra desde el interior. Poco a poco, sus navíos se convertirán en mis navíos y dispararán contra las embarcaciones con las que comparten formación. Nadie puede defenderse de eso. Roque puede purgar los barcos, pero mis hombres tendrán equipamiento magnético, máscaras de respiración. Solo matará a los suyos.

—La batalla está perdida —le digo al delgado emperador—. Pero todavía puedes salvar las vidas. Dile a tu flota que se rinda.

Niega con la cabeza.

—Estás acorralado, Poeta —le dice Victra—. No hay forma de escapar. Ha llegado el momento de hacer lo correcto. Ya sé que ha pasado mucho tiempo desde la última vez…

—¿Y destruir lo que queda de mi honor? —pregunta en voz baja mientras un grupo de veinte hombres con caparazones estelares penetran en el hangar trasero de un destructor cercano—. Creo que no.

—¿Honor? —repite Victra con desdén—. ¿Qué honor crees que te queda? Éramos tus amigos y nos entregaste. No solo para que nos mataran, sino para que nos metieran en cajas. Nos electrocutaran. Nos quemasen. Para que nos torturaran día y noche durante un año.

Aquí, ataviada con su armadura, resulta difícil imaginar que esta guerrera rubia haya sido la víctima en algún momento de su vida. Pero sus ojos reflejan esa tristeza especial que surge de haber visto el vacío. De sentirse arrancada del resto de la humanidad. Su voz está cargada de emoción.

—Éramos tus amigos.

—Juré proteger la Sociedad, Victra. Hice el mismo juramento que vosotros dos el día que recibimos la cicatriz de nuestra cara ante nuestros superiores. Proteger la civilización que le trajo el orden al hombre. En vez de cumplirlo, mirad lo que habéis hecho vosotros.

Mira con asco a las valquirias que aguardan a nuestras espaldas.

—No vivas en un cuento de hadas, necio llorón —le espeta ella—. ¿Crees que le importas algo a alguno de ellos? ¿A Antonia? ¿Al Chacal? ¿A la soberana?

—No —contesta con tranquilidad—. No albergo tales ilusiones. Pero esto no tiene nada que ver con ellos. No tiene nada que ver conmigo. No todas las vidas están destinadas a ser cálidas. A veces el frío es nuestro deber. Incluso aunque nos aparte de nuestros seres queridos. —La mira con lástima—. Nunca serás lo que Darrow quiere. Tienes que saberlo.

—¿Crees que estoy aquí por él? —le pregunta.

Roque frunce el entrecejo.

—Entonces ¿es por venganza?

—No —contesta ella furiosa—. Es más que eso.

—¿A quién intentas engañar? —le pregunta Roque volviendo la cabeza hacia mí—. ¿A él o a ti?

La pregunta pilla a Victra por sorpresa.

—Roque, piensa en tus hombres —intervengo—. ¿Cuántos más tienen que morir?

—Si tanto te importa la vida, diles a los tuyos que dejen de disparar —replica el Poeta—. Diles que entren en razón y comprendan que la vida no es libre. No lo es sin sacrificio. Si todo el mundo se lleva lo que quiere, ¿cuánto tiempo pasará antes de que no quede nada?

Me rompe el corazón oírle pronunciar esas palabras.

Mi amigo siempre ha tenido su propia manera de ver las cosas. Sus propias mareas que suben y bajan. El odio no está en su naturaleza. Tampoco lo estaba en la mía. Nuestros mundos nos han convertido en lo que somos, y todo este dolor que sufrimos es para reparar la locura de los que vinieron antes, de los que modelaron el mundo a su imagen y nos dejaron las sobras de su banquete. Los barcos estallan en sus iris y bañan su pálido rostro en una luz furiosa.

—Todo esto… —susurra al sentir que se acerca el final—. ¿Tan adorable era ella?

—Sí. Era como tú —contesto—. Una soñadora.

Roque es demasiado joven para parecer tan viejo. Si no fuera por las arrugas de su cara y el mundo que nos separa, parecería que fue ayer cuando se acuclilló ante mí mientras yo temblaba en el suelo del Castillo de Marte tras asesinar a Julian, cuando me dijo que, cuando te arrojan a las profundidades, solo hay dos opciones: continuar nadando o ahogarte. Si hubiera sabido de dónde venía él, lo habría querido más. Habría hecho cualquier cosa por mantenerlo a mi lado y mostrarle el amor que se merece.

Pero la vida es el presente y el futuro, no el pasado.

Es como si nos miráramos el uno al otro desde orillas lejanas y el río se ensanchase, rugiera y se oscureciese hasta que nuestros rostros se convirtieran en pálidas esquirlas de luna en mitad de la noche. Más ideas de los muchachos que éramos que de los hombres que somos. Veo que la determinación toma forma en su rostro. La resolución lo aleja de esta vida.

—No tienes por qué morir.

—He perdido la mayor flota jamás reunida —dice dando un paso atrás y tensando la mano en torno a la empuñadura de su filo. A su espalda, la pantalla muestra la trampa de Sevro destrozando el cuerpo principal de su flota—. ¿Cómo puedo seguir adelante? ¿Cómo puedo soportar esta vergüenza?

—Conozco la vergüenza. Vi morir a mi esposa —contesto—. Y luego me suicidé. Hice que me colgaran para acabar con todo aquello. Para escapar del dolor. He sentido esa culpa todos y cada uno de los días desde entonces. Esa no es la salida.

—Se me rompe el corazón por la persona que eras —dice—. Por aquel muchacho que vio morir a su esposa. Se me rompió el corazón en aquel jardín. Se me rompe ahora al saber todo lo que sufriste. Pero mi único consuelo era el deber, y ahora me lo has arrebatado. Toda la penitencia que he intentado hacer… desaparecida. Amo la Sociedad. Amo a mi pueblo. —Suaviza la voz—. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Y tú amas al tuyo. —No me está juzgando, no me está concediendo el perdón. Solo una sonrisa—. No puedo ver cómo se desvanece el mío. No puedo ver cómo lo consumen las llamas.

—Eso no sucederá.

—Sí. Nuestra era está acabando. Noto que los días se acortan. La breve luz que se atenúa sobre el reino del hombre.

—Roque…

—Deja que lo haga —dice Victra a mi espalda—. Él eligió su destino.

La odio por ser tan fría incluso en estos momentos. ¿Cómo es posible que no vea que, bajo sus actos, Roque es un buen hombre? Sigue siendo nuestro amigo, a pesar de lo que nos ha hecho.

—Lamento lo que ocurrió, Victra. Recuérdame con cariño.

—No lo haré.

Él le dedica una sonrisa triste mientras se arranca la insignia de emperador del hombro izquierdo y la aprieta entre sus dedos para tratar de sacar fuerzas de ella. Pero entonces la lanza al suelo. Tiene los ojos llenos de lágrimas cuando se arranca la otra.

—No me merezco esto. Pero obtendré la gloria por la derrota de este día. Más de la que tú lograrás con tu vil conquista.

—Roque, escúchame. Esto no es el final. Esto es el comienzo. Podemos reparar lo que se ha roto. Los mundos necesitan a Roque au Fabii. —Titubeo —. Yo te necesito.

—No hay espacio para mí en tu mundo. Éramos hermanos, pero si tuviera

el poder necesario para hacerlo, te mataría.

Estoy en un sueño. Incapaz de alterar las fuerzas que se mueven a mi alrededor. De impedir que la arena se me resbale entre los dedos. Yo puse todo esto en marcha, pero no tuve el ánimo, la fuerza, la astucia o lo que demonios se necesitase para detenerlo. No importa lo que diga o haga, perdí a Roque en el momento en que descubrió lo que soy.

Doy un paso hacia él, pensando que puedo arrebatarle el filo de la mano sin matarlo, pero adivina mis intenciones y levanta una mano lastimeramente. Como si quisiera consolarme y suplicarme clemencia para que lo deje morir como vivió.

—No te muevas. La noche se cierne sobre mis ojos.

Me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Sigue nadando, amigo —le pido.

Con un gesto de asentimiento, se enreda el látigo del filo en torno a la garganta y yergue la espalda.

—Soy Roque au Fabii, del *gens* Fabii. Mis ancestros caminaron sobre el Marte rojo. Cayeron sobre la Vieja Tierra. He perdido la batalla, pero no me he perdido a mí mismo. No me convertiré en prisionero. —Cierra los ojos. Le tiembla la mano—. Soy la estrella en el cielo nocturno. Soy la espada en el crepúsculo. Soy el dios, la gloria. —Deja escapar una exhalación entrecortada. Tiene miedo—. Soy el dorado.

Y allí, sobre el puente de mando de su buque de guerra invencible, mientras su célebre armada queda reducida a cascotes detrás de él, el Poeta de Deimos se quita la vida. En algún lugar el viento aúlla y la oscuridad susurra que me estoy quedando sin amigos, que me estoy quedando sin luz. La sangre se desliza desde su cuerpo hacia mis botas. Un fragmento de mi propio reflejo atrapado en sus dedos rojos.

49

COLOSO

Victra está menos afectada que yo. Asume el mando mientras permanezco junto al cadáver de Roque. Los ojos inertes del emperador miran al suelo. Mi propia sangre me atruena los oídos. Y aun así la guerra continúa. Victra se ha colocado sobre el foso de operaciones de los azules, con una expresión de gran determinación en el rostro.

—¿Rebate alguien que este barco pertenece ahora al Amanecer? —Ni un solo marinero abre la boca—. Bien. Seguid las órdenes y conservaréis vuestro puesto. Si no podéis obedecerlas, poneos en pie ahora y pasaréis a ser prisioneros de guerra. Si decís que podéis seguirlas pero no lo hacéis, os pegaremos un tiro en la cabeza. Elegid. —Siete azules se levantan. Holiday los acompaña hasta el exterior del foso—. Bienvenidos al Amanecer —les dice Victra a los restantes—. La batalla dista mucho de estar ganada. Ponedme en comunicación directa con el Aullido de Perséfone y el Titán. En la pantalla principal.

—Suspendedlo —ordeno—. Victra, haz esa llamada con tu terminal de datos. No quiero hacer público todavía que hemos tomado este barco.

Victra asiente y toquetea su terminal de datos. Orión y Daxo aparecen en el holo. La mujer oscura habla primero.

—Victra, ¿dónde está Darrow?

—Aquí —contesta ella a toda prisa—. ¿En qué estado os encontráis? ¿Sabéis algo de Virginia?

—Hemos abordado un tercio de la flota enemiga. Virginia está a bordo de una cápsula de escape y el Eco de Ismenia está a punto de recogerla. Sevro está en los pasillos de su segundo buque insignia. Informes periódicos. Está haciendo progresos. Los Telemanus y Raa están en…

—Un enfrentamiento igualado —la interrumpe Daxo—. Necesitaremos que el Coloso incline la balanza. Mi padre y mis hermanas han abordado el Pandora. Están tratando de llegar a Antonia…

Tengo la sensación de que su conversación transcurre a un mundo de distancia.

A través de mi dolor, siento que Sefi se acerca a mí. Se arrodilla junto a Roque.

—Este hombre era tu amigo —dice. Yo asiento, aturdido—. No se ha ido. Está aquí. —Se toca el corazón—. Está ahí.

Señala las estrellas en el holo. La miro sorprendido por la profundidad que me revela. El respeto que muestra hacia Roque no sana mis heridas, pero hace que parezcan menos profundas.

—Déjalo ver —dice refiriéndose a sus ojos.

Del dorado más puro, continúan mirando al suelo. Así que me desenrosco el guantelete y se los cierro con los dedos desnudos. Sefi sonríe y me pongo de pie a su lado.

—El Pandora se mueve lateralmente hacia el sector D-6 —informa Orión sobre el barco de Antonia.

En la pantalla, los barcos Severo-Julii se están separando de la Armada de la Espada y se disparan unos a otros para intentar arrancarse las naves sanguijuela que los están sangrando. Antonia transfiere el poder de los escudos a los motores y se aleja del enfrentamiento.

—Ahora hacia el D-7.

—Los está abandonando —dice Victra, atónita—. Esa mierdecilla prefiere salvarse el culo.

Los pretores de la Sociedad no deben de creerse lo que ven. Aunque yo acudiera con el Coloso a prestarles apoyo, las flotas continuarían igual. La batalla duraría otras doce horas y extenuaría a ambos bandos. Ahora, se desmorona.

No sé si es por cobardía o traición, pero Antonia acaba de servirnos la

batalla en una bandeja de plata.

—Nos ha dejado un hueco —dice Orión.

La mirada de la azul se pierde en el vacío cuando se sincroniza con los capitanes de su barco y con su propio navío para propulsar a los enormes buques capitales hacia la región que antes ocupaba Antonia, lo cual los acerca al flanco del principal cuerpo del adversario.

—¡No la dejéis escapar! —gruñe Victra.

Pero ni Daxo ni Orión pueden permitirse perder barcos para perseguir a Antonia. Están demasiado ocupados sacando partido de su huida.

—Nosotros la atraparemos —dice Victra para sí—. Motores preparados para una propulsión del sesenta por ciento, incremento del diez por ciento sobre cinco. Timonel, pon rumbo al Pandora.

Hago una valoración rápida. De nuestra pequeña batalla en la retaguardia de la zona de guerra, somos el único barco todavía apto para la batalla. El resto son escombros a la deriva. Pero el Coloso aún no ha realizado ninguna maniobra o declaración de que su puente ha sido tomado por el Amanecer. Y eso quiere decir que disponemos de una oportunidad que ni siquiera se me había ocurrido antes.

—Suspendedlo —ordeno.

—¡No! —Victra se da la vuelta hacia mí—. Darrow, tenemos que atraparla.

—Necesitamos hacer otra cosa.

—¡Se escapará!

—Y nosotros le daremos caza.

—No si consigue la suficiente ventaja. Estaremos estancados aquí durante horas. Me prometiste a mi hermana.

—Y te la daré. Piensa en algo que no seas tú —le espeto—. Escudo del puente abajo.

Hago caso omiso de la mirada airada de la mujer y dejo atrás el cuerpo de Roque para escudriñar la negrura del espacio cuando el escudo de metal que hay al otro lado del ventanal de cristal se retrae hacia la pared. A lo lejos, los barcos titilan y destellan recortados contra el fondo marmóreo de Júpiter. Ío está más abajo que nosotros y en la distancia, a nuestra izquierda, la luna de Ganímedes resplandece, tan grande como una ciruela.

—Holiday, convoca a toda la infantería disponible para proteger el puente y poner el navío a salvo. Sefi, asegúrate de que nadie franquea esa puerta. Timonel, pon rumbo a Ganímedes. No aviséis a ninguna embarcación de la Sociedad de que hemos conquistado el puente. ¿Me he explicado con claridad? Nada de transmisiones.

Los azules siguen mis instrucciones.

—¿A Ganímedes? —me pregunta Victra sin apartar la mirada del barco de su hermana—. Pero Antonia, la batalla…

—Esta batalla está ganada. Tu hermana se ha encargado de ello.

—Entonces ¿qué estamos haciendo?

Los motores de nuestra embarcación retumban y nos desembarazamos de los restos del naufragio del Pax y del devastado grupo de asalto de Mustang.

—Ganar la siguiente guerra. Discúlpame.

Me mancho la cara con la sangre que me salpica la armadura a la altura de la rodilla y me cubro la cabeza con el yelmo que surge de mi armadura. La pantalla de visualización se despliega. Espero. Y entonces, como era de esperar, recibo una llamada de Rómulo. Dejo que destelle en la parte izquierda de mi pantalla y comienzo a resollar para que parezca que he estado corriendo. Acepto la llamada. Su rostro se extiende sobre el octavo izquierdo de mi visor. Está en un tiroteo, pero mi visión es tan limitada como la suya. Tan solo veo su rostro en su yelmo.

—Darrow, ¿dónde estás?

—En los pasillos —contesto. A continuación, jadeo y me agacho como si tratara de recuperar el aliento—. Tratando de llegar al puente del Coloso.

—¿Todavía no has entrado?

—Roque ha iniciado el protocolo de confinamiento. Es complicado avanzar —explico.

—Darrow, escúchame con atención. El Coloso ha alterado su trayectoria y puesto rumbo a Ganímedes.

—Los muelles —murmuro con intensidad—. Va a por los muelles. ¿Puede interceptarlo algún barco?

—¡No! Están fuera de posición. Si Octavia no puede ganar, nos arruinará. Esos muelles son el futuro de mi pueblo. ¡Debes hacerte con ese puente de mando a toda costa!

—Lo haré, pero… Rómulo, tiene cabezas nucleares a bordo. ¿Y si los muelles no son su único objetivo?

El archigobernador empalidece.

—Detenlo. Por favor. Ahí abajo también hay gente de tu pueblo.

—Haré cuanto esté en mi mano.

—Gracias, Darrow. Y buena suerte. A mí la primera cohorte…

Se corta la conexión. Me quito el yelmo. Mis hombres me miran con fijeza. No han oído la conversación, pero ahora ya saben lo que estoy haciendo.

—Vas a destruir los astilleros de Rómulo en Ganímedes —dice Victra.

—Mierda —masculla Holiday—. Puta mierda.

—Yo no voy a destruir nada —replico—. Intento abrirme paso por los pasillos. Trato de llegar al puente. Roque está dirigiendo esta maniobra como su último acto de violencia antes de que me haga con el mando.

A Victra se le iluminan los ojos, pero incluso ella tiene reservas.

—Si Rómulo lo descubre, si lo sospecha siquiera, se volverá contra nuestras fuerzas y todo lo que hemos ganado hoy se convertirá en cenizas.

—¿Y quién va a decírselo? —pregunto mirando alrededor del puente—. ¿Quién va a decírselo? —Miro a Holiday—. Si alguien envía una señal al exterior, pégale un tiro en la cabeza.

Si devasto los astilleros de Ganímedes, el Confín no nos supondrá una amenaza durante los próximos cincuenta años. Rómulo es nuestro aliado hoy, pero sé que será un peligro para el Núcleo si el Amanecer triunfa. Si debo perder a Roque por esta victoria, si debo abandonar a los Hijos de estas lunas, me llevaré algo a cambio. Bajo la mirada. Unas huellas rojas siguen mi camino. Ni siquiera me había dado cuenta de que he pisado la sangre de Roque.

Nos desenmarañamos de los escombros formados por la flota de Mustang y la mía y nos alejamos de Júpiter y de la propia Virginia en dirección a Ganímedes. Siento los latidos de la desesperación cuando los señores de las Lunas envían su nave más rápida para interceptarnos. La derribamos. Todo el orgullo y las esperanzas del pueblo de Rómulo residen en los remaches y las cadenas de montaje, en los talleres eléctricos de ese opaco círculo de metal gris. Todas sus promesas de poder e independencia futura están a mi merced.

Cuando llego a la gema reluciente que es Ganímedes, sitúo al Coloso en paralelo al monumento industrial que han construido en la órbita de su ecuador. Las valquirias se congregan detrás de nosotros en el ventanal. Sefi contempla con sobrecogimiento la majestad y el triunfo de la voluntad dorada. Doscientos kilómetros de muelles. Cientos de camiones y cargueros. Lugar de nacimiento de los barcos más grandiosos del Sistema Solar, incluido el Coloso. Como cualquier buen monstruo mitológico, el hijo debe devorar a su padre antes de perseguir su verdadero destino. Y ese destino es encabezar el ataque contra el Núcleo.

—¿Esto lo han construido los hombres? —pregunta Sefi con serena veneración.

Muchas de sus valquirias se han arrodillado para contemplar la maravilla.

—Lo construyó mi pueblo —contesto—. Los rojos.

—Tardaron doscientos cincuenta años… Es la edad del muelle más antiguo de todos ellos —explica Victra, que está a mi lado.

Cientos de cápsulas de escape brotan de su caparazón de metal. Saben por qué estamos aquí. Están evacuando a los gerentes de más alto rango, a los supervisores. No pretendo engañarme. Sé quién morirá cuando disparemos.

—Todavía habrá miles de rojos ahí abajo —me dice Holiday en voz baja —. Naranjas, azules…, grises.

—Ya lo sabe —dice Victra.

Holiday no se aparta de mí.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo, señor?

—¿Querer? —pregunto con un tono de voz hueca—. ¿Desde cuándo algo de todo esto tiene que ver con lo que queremos?

Me vuelvo hacia el timonel, a punto de darle la orden, cuando Victra me pone una mano sobre el hombro.

—Comparte la carga, querido. Esta me toca a mí. —Su voz de áurea resuena alta y clara—. Timonel, abrid fuego con toda la artillería. Lanzad los tubos del veintiuno al cincuenta contra su eje central.

Juntos, pegados el uno al otro, vemos cómo el buque de guerra devasta el puerto indefenso. Sefi contempla el panorama profundamente sobrecogida. Ha visto los holos de la guerra, pero, hasta ahora, sus batallas han sido de pasillos estrechos, hombres y tiroteos. Esta es la primera vez que las

valquirias son testigos de lo que una embarcación bélica es capaz de hacer. Y, por primera vez, la veo asustada.

Es un crimen que esta obra muera así. Sin canciones. Sin sonido. Nada más que el silencio y la mirada imperturbable de las estrellas para anunciar el final de uno de los más grandes monumentos de la Edad de Oro. Y, en el fondo de mi mente, oigo la vieja verdad de oscuridad de esa era que me susurra.

La muerte engendra muerte que engendra muerte…

Este momento es más triste de lo que pretendía. Así que me vuelvo hacia Sefi antes de que los muelles terminen de hacerse pedazos. Los fragmentos desgajados caen hacia la luna, donde impactarán contra el mar o las ciudades de Ganímedes.

—Debemos rebautizar el barco —digo—. Me gustaría que eligieras el nombre.

Su rostro está manchado por la luz blanca.

—*Tyr Morga* —dice sin dudarlo.

—¿Qué significa eso? —pregunta Holiday.

Vuelvo la vista hacia el ventanal. Las explosiones siguen asolando los muelles y sus cápsulas de escape resplandecen recortadas contra la atmósfera de Ganímedes.

—Significa Estrella de la Mañana.

CUARTA PARTE
ESTRELLAS

Hijo mío, hijo mío,
recuerda las cadenas
cuando el oro reinaba con riendas de hierro rugíamos y rugíamos
y nos retorcíamos y gritábamos
por un nosotros, por un valle
de sueños más prósperos.
EO DE LICO

50

TRUENOS Y RELÁMPAGOS

La Armada de la Espada está hecha pedazos. Más de la mitad destruida. Un cuarto conquistado por mis barcos. El resto huyó con Antonia o en pequeñas hordas desordenadas que se replegaron en torno a los pretores restantes para huir en dirección al Núcleo. Bajo el mando de Victra, he enviado a Thraxa y a sus hermanas en veloces corbetas a perseguir a Antonia y a rescatar a Kavax, que fue capturado por las fuerzas de esta mientras intentaba abordar el Pandora. Le pedí a Sevro que fuera con Victra para que los dos pudieran estar juntos, pero mi amigo fue al barco de la mujer y regresó media hora después de que el navío partiera, airado y silencioso, negándose a hablar de lo que había sucedido.

Por su parte, Mustang está muerta de preocupación por Kavax, aunque intenta disimularlo. Ella misma habría encabezado la misión de rescate si no la necesitáramos en la flota principal. Estamos realizando todas las reparaciones posibles para que los barcos puedan viajar. Barrenamos las embarcaciones que no podemos salvar y registramos los escombros navales en busca de supervivientes. Se establece una alianza provisional entre el Amanecer y los señores de las Lunas, aunque no durará mucho.

No he dormido nada desde el comienzo de la batalla, hace dos días. Al parecer, Rómulo tampoco. Tiene los ojos ensombrecidos por la rabia y el agotamiento. Ha perdido un brazo y un hijo en el enfrentamiento; y más, mucho más. Ninguno de los dos podía arriesgarse a una reunión cara a cara.

Así que lo único que nos queda es esta holoconferencia.

—Tal como os prometí, sois independientes —le digo.

—Y vosotros tenéis vuestros barcos —contesta. Detrás de él, se alza una hilera de columnas de mármol talladas con efigies ptolemaicas. Está en Ganímedes, en el Palacio Colgante. El corazón de su civilización—. Pero no serán suficientes para derrotar al Núcleo. El Señor de la Ceniza os estará esperando.

—Eso espero. Tengo planes para su señora.

—¿Zarpáis hacia Marte?

—No tardarás en saber hacia dónde zarpamos.

Guarda un silencio pensativo.

—Hay una cosa que me resulta curiosa acerca de la batalla. En ninguno de los barcos que abordaron mis hombres se han encontrado armas nucleares de más de cinco megatones. A pesar de tus afirmaciones. A pesar de tus… pruebas.

—Mis hombres sí han encontrado bastantes —miento—. Ven a verlo si no te fías de mí. No me parece extraño que las almacenaran en el Coloso. Roque desearía mantenerlas vigiladas en todo momento. Hemos tenido mucha suerte de que consiguiera tomar el puente de mando cuando lo hice. Los muelles pueden reconstruirse. Las vidas no.

—¿Han tenido esas armas alguna vez? —pregunta Rómulo.

—¿Arriesgaría el futuro de mi pueblo con una mentira? —Sonrío sin ganas—. Vuestras lunas están a salvo. Ahora os toca a vosotros definir vuestro futuro, Rómulo. No le mires los dientes al caballo regalado.

—Cierto —dice, aunque ahora ve el engaño con claridad.

Sabe que lo he manipulado. Pero es la mentira que debe venderle a su propio pueblo si quiere la paz. En estos momentos no pueden permitirse disputar una guerra conmigo, pero su código de honor lo exigiría si supieran lo que he hecho. Y si se enfrentaran a mí, probablemente les ganaría. Ahora tengo más embarcaciones que ellos. Pero me causarían daños suficientes para estropear mi verdadera guerra contra el Núcleo. De manera que Rómulo se traga mis mentiras. Y yo me trago la culpa de abandonar a cientos de millones de personas en la esclavitud y de firmar de mi puño y letra las condenas a muerte de miles de Hijos de Ares a manos de la policía de

Rómulo. Los he avisado. Pero no todos escaparán.

—Me gustaría que tu flota partiera antes de que termine el día —dice Rómulo.

—Tardaremos tres días en registrar los escombros en busca de supervivientes —replico—. Nos marcharemos entonces.

—Muy bien. Mis barcos escoltarán a tu flota hasta las fronteras que acordamos. Cuando tu buque insignia cruce el cinturón de asteroides, no podrás regresar jamás. Si una sola nave bajo tu mando atraviesa esa frontera, será la guerra.

—Recuerdo las condiciones.

—Procura no olvidarlas. Dale recuerdos de mi parte al Núcleo. Yo, sin duda, le transmitiré tu cariño a los Hijos de Ares que dejas atrás.

Interrumpe la señal.

Partimos tres días después de mi conferencia con Rómulo y continuamos realizando reparaciones sobre la marcha. Los soldadores y mecánicos motean los cascos como percebes benignos. Pese a que perdimos más de veinticinco buques capitales durante la batalla, hemos ganado unos setenta más. Es una de las victorias militares más destacadas de la historia moderna, pero las victorias son menos románticas cuando tienes que fregar los restos de tus amigos del suelo.

Es sencillo mostrarse osado en el momento, porque lo único que tienes es lo que puedes procesar: ver, oler, sentir, probar. Y eso, en realidad, es una porción muy pequeña de la tarta. Pero después, cuando todo se descomprime y desenreda poco a poco y el horror de lo que has hecho y de lo que les ha sucedido a tus amigos se torna evidente, es abrumador. Esa es la maldición de esta guerra naval. Luchas, luego pasas meses esperando ocupado tan solo en el tedio de la rutina, y después vuelves a luchar.

Todavía no les he dicho a mis hombres hacia dónde nos dirigimos. Ellos no me lo preguntan personalmente, pero sus oficiales sí. Y les ofrezco la misma respuesta una y otra vez:

—Hacia donde debemos.

La mayor parte de mi ejército está formada por Hijos de Ares, y han

sobrevivido a épocas difíciles. Organizan bailes y reuniones y obligan a los gaznates cansados de la guerra a engullir algo de alegría. Parece que funciona. Los hombres y las mujeres silban por los pasillos a medida que nos alejamos de Júpiter. Cosen las insignias de las unidades en los uniformes y pintan los caparazones estelares de colores llamativos. Las vibraciones aquí son diferentes a la fría precisión de la Marina de la Sociedad. Aun así, se relacionan principalmente con los de su color, solo se mezclan cuando se les ordena que lo hagan. No es tan armonioso como me había imaginado, pero es un comienzo. Me siento desconectado de todo ello a pesar de que sonrío y los comando lo mejor que sé hacerlo. Maté a diez hombres en los pasillos. Maté a otros trece mil de los míos cuando destruimos los muelles. Sus rostros no me acechan. Pero resulta complicado deshacerse de esa sensación de pavor.

Todavía no hemos sido capaces de establecer contacto con los Hijos de Ares. Las comunicaciones de todos los canales están suspendidas, lo cual quiere decir que Quicksilver ha conseguido destruir los repetidores, tal como prometió. Ahora mismo, los dorados y los rojos están igual de ciegos.

Le doy a Roque el funeral que habría deseado. No en el suelo de alguna luna desconocida, sino en el sol. Su ataúd está hecho de metal. Un torpedo con una escotilla a través de la que Mustang y yo deslizamos su cuerpo. Los Aulladores robaron el cadáver del sobresaturado depósito para que pudiéramos despedirnos de él en secreto. Con tantos muertos entre nuestras propias filas, no sería justo verme honrar así a un enemigo.

Pocos lamentan la muerte de mi amigo. Si acaso lo recuerdan, el pueblo de Roque siempre lo conocerá como El Hombre Que Perdió La Flota. Un moderno Cayo Terencio Varrón, el idiota que permitió que Aníbal lo rodeara en Cannas. Para mi gente, no es más que otro dorado que se creía inmortal hasta que el Segador le demostró que no era así.

Es desolador cargar con el cuerpo de alguien muerto y querido. Como un jarrón que sabes que nunca volverá a contener flores. Ojalá Roque hubiera creído en la otra vida con tanta firmeza como yo creí una vez, como creía Ragnar. No estoy seguro de cuándo perdí la fe. No creo que sea algo que sucede sin más. Puede que me haya ido desgastando poco a poco, que fingiera creer en el valle porque era más sencillo que la alternativa. Ojalá Roque hubiera pensado que se marchaba a un mundo mejor. Pero murió

creyendo solo en los dorados, y cualquier cosa que tan solo cree en sí misma no puede penetrar felizmente en la noche.

Cuando llega mi turno de decirle adiós, contemplo su rostro y no veo más que recuerdos. Lo veo leyendo en la cama antes de la gala, antes de que le inyectara el sedante. Lo veo vestido de traje, suplicándome que vaya con Mustang y con él a la ópera en Agea, insistiendo en lo mucho que me deleitaría en la agonía de Orfeo. Lo veo riéndose junto al fuego en la finca de Virginia tras la batalla de Marte. Sus brazos a mi alrededor, y sus lágrimas, cuando regresé a la Casa de Marte, cuando no éramos más que unos críos.

Ahora está frío. Con los ojos rodeados de círculos. Toda promesa de juventud lo ha abandonado. Todas las posibilidades de tener una familia, hijos, alegría, de envejecer y hacernos más sabios juntos, se han desvanecido por mi culpa. Este momento me recuerda a Tacto y noto que las lágrimas me inundan los ojos.

A mis amigos, especialmente a los Aulladores, no les ha hecho mucha gracia que haya permitido a Casio asistir al funeral. Pero no podía soportar la idea de lanzar a Roque hacia el sol sin que el Belona le diera un beso de despedida. Tiene las piernas encadenadas. Las manos inmovilizadas a la espalda con unas esposas magnéticas. Se las quito para que pueda decirle adiós como es debido. Y eso hace. Se agacha para darle un beso a Roque en la frente.

Sevro, implacable incluso en estos momentos, vuelve a cerrar la pestaña de metal en cuanto Casio termina. Al igual que Mustang, el pequeño dorado ha venido por mí, por si acaso lo necesitaba. Él no le tiene ningún cariño al difunto, no puede querer a una persona que nos traicionó a Victra y a mí. La lealtad lo es todo para él. Y, en su opinión, Roque no la respetaba lo más mínimo. Mustang piensa lo mismo. Roque la traicionó tan de buena gana como a mí. Por eso perdió a su padre. Y aunque comprende que Augusto no era el mejor de los hombres, no por eso dejaba de ser su padre.

Mis amigos esperan que pronuncie unas palabras. Pero no puedo decir nada que no los ponga furiosos. Así que, tal como me ha recomendado Mustang, les ahorro la indignidad de tener que escuchar elogios sobre un hombre que firmó sus sentencias de muerte y recito los versos más relevantes de una de sus obras favoritas:

Ya no deben preocuparte
ni la canícula ardiente
ni la tormenta de invierno:
tus trabajos en la tierra
han terminado, y regresas
a casa con tu salario.
Los niños y niñas de oro
vuelven al polvo a ensuciarse
como deshollinadores.

—*Per aspera ad astra* —susurran mis amigos dorados, incluso Sevro.

Y con tan solo apretar un botón, Roque desaparece de nuestras vidas para comenzar su último viaje, para reunirse en el Sol con Ragnar y generaciones de guerreros caídos. Yo me quedo atrás. Los otros se marchan. Mustang se queda conmigo, sin apartar la mirada de Casio mientras lo sacan escoltado de la habitación.

—¿Qué planes tienes para él? —me pregunta cuando nos quedamos solos.

—No lo sé —respondo, molesto porque me pregunta eso en un momento así.

—Darrow, ¿estás bien?

—Sí. Pero ahora mismo necesito estar solo.

—De acuerdo. —No se marcha, sino que se acerca más a mí—. Esto no es culpa tuya.

—Te he dicho que quiero estar solo.

—No es culpa tuya.

La miro, enfadado porque no se va, pero cuando veo la ternura que reflejan sus ojos, lo abiertos que se muestran, siento que la tensión de mis costillas desaparece. Las lágrimas brotan espontáneamente y me ruedan por las mejillas. Me rodea la cintura con los brazos y apoya la frente en mi pecho.

—No es culpa tuya.

Más tarde, mis amigos y yo cenamos juntos en el camarote que he heredado de Roque. Es una ocasión silenciosa. Ni siquiera Sevro tiene mucho que decir. Ha estado bastante callado desde que Victra se marchó, hay algo que lo

carcome por dentro. El trauma de los últimos días nos pesa a todos. Pero estos pocos hombres y mujeres sí saben adónde vamos, y es esa información la que hace su carga aún más pesada que la de los soldados normales.

Mustang quiere quedarse conmigo, pero yo prefiero que no lo haga. Necesito tiempo para pensar. Así que cierro sigilosamente la puerta tras ella y me quedo solo. No solo a la mesa de mi camarote, sino en mi dolor. Mis amigos asistieron al funeral de Roque por mí, no por él. Solo Sefi ha mostrado consideración por su fallecimiento, pues a lo largo de nuestra travesía hasta Júpiter estudió las destrezas bélicas de Roque y sentía hacia él un respeto puro que los otros no pueden experimentar. Aun así, de todos mis amigos, al final solo yo quise a Roque tanto como se merecía.

El camarote del emperador todavía huele a Roque. Hojeo los viejos libros de sus estanterías. Un trozo de metal de barco ennegrecido flota en una vitrina de exposición. Hay varios trofeos más colgados en la pared. Regalos de la soberana —«Por heroísmo en la batalla de Deimos»— y del archigobernador de Marte —«Por defender la Sociedad áurea»—. Las *Tragedias tebanas* de Sófocles están abiertas sobre la mesilla. No he cambiado la página. No he cambiado nada. Como si al preservar la habitación pudiera mantenerlo a él con vida. Un espíritu en ámbar.

Me acuesto para dormir, pero solo soy capaz de mirar al techo. Así que me levanto y me sirvo tres dedos de whisky de uno de sus decantadores y me pongo a ver el holotubo en el salón. La red no funciona debido a la guerra de pirateo. Estar desconectado del resto de la humanidad provoca una sensación escalofriante. Así que busco los viejos programas en el ordenador del barco y echo una ojeada a vídeos de piratas espaciales, nobles caballeros dorados, cazadores de recompensas obsidianos y de un atribulado músico violeta de Venus hasta que encuentro un menú con un catálogo de vídeos que se han reproducido recientemente. Las fechas más próximas son de la noche anterior a la batalla.

El corazón se me desboca en el pecho mientras los ojeo. Miro a mi espalda, como si estuviera espiando el diario de alguien. Algunos son interpretaciones ageas de la ópera favorita de Roque, *Tristán e Isolda*, pero la mayor parte son cortes de nuestra época en el Instituto. Me quedo allí sentado, con la mano en el aire, a punto de reproducir un corte. Pero me

siento forzado a esperar. Llamo a Holiday por el intercomunicador.

—¿Estás despierta?

—Ahora sí.

—Necesito un favor.

—Como siempre.

Veinte minutos más tarde, Casio, encadenado de pies y manos, entra arrastrando los pies desde el pasillo para unirse a mí. Lo escoltan Holiday y tres Hijos. Les digo que pueden marcharse y le hago un gesto de agradecimiento a Holiday con la cabeza.

—Puedo cuidar de mí mismo.

—Te ruego que me disculpes, señor, pero eso no es exactamente cierto.

—Holiday.

—Estaremos al otro lado de la puerta, señor.

—Podéis ir a acostaros.

—Solo grita si necesitas algo, señor.

—Vaya una disciplina de hierro la de esa chica —dice Casio incómodo, cuando Holiday se marcha. Está de pie en mi atrio circular de mármol, contemplando las esculturas—. Roque siempre supo cómo engalanar un lugar. Por desgracia, tenía el gusto de un primer violín de noventa años.

—Nació tres milenios más tarde de lo que le correspondía, ¿no crees? —le digo.

—La verdad es que creo que habría odiado la toga de Roma. Una moda inquietante, sin duda. En la época de mi padre hicieron grandes esfuerzos por recuperarla. Sobre todo, durante las borracheras y algunos de los clubes gastronómicos que tenían por aquel entonces. He visto las fotos. —Se estremece—. Un asunto terrorífico.

—Algún día dirán lo mismo de nuestros cuellos altos —digo acariciando el mío.

Ve el whisky que sujeto en una mano.

—¿Es una visita social?

—No exactamente.

Lo acompaño al salón. Sus andares son lentos y estruendosos con las

botas de cuarenta kilos de peso dentro de las que le han sellado los pies, pero aun así encaja mejor que yo en la habitación. Le sirvo un trago mientras se sienta en el sofá, aún a la espera de algún tipo de trampa. Enarca las cejas al mirar el vaso.

—¿En serio, Darrow? El veneno no es tu estilo.

—Es un Lagavulin. Regalo de Lorn a Roque tras el asedio de Marte.

Casio gruñe.

—Nunca me ha gustado mucho la ironía. El whisky, por el contrario… nunca hemos tenido una pelea que no pudiéramos solucionar. —Mira la bebida al trasluz—. Es muy bueno.

—Me recuerda a mi padre —digo mientras escucho el suave zumbido de los conductos de ventilación que pasan por encima de nuestras cabezas—. Aunque no es que lo que él bebía valiera para algo más que limpiar engranajes y matar neuronas.

—¿Cuántos años tenías cuando murió? —me pregunta.

—Unos seis, calculo.

—Seis. —Inclina el vaso, pensativo—. Mi padre no era un bebedor solitario. Pero a veces lo encontraba en su banco favorito, cerca de un sendero tenebroso en la cordillera del Monte, tomándose un whisky como este. —Casio se muerde el interior de la mejilla—. Aquellos eran mis momentos favoritos con él. Sin nadie alrededor. Solo águilas planeando en la distancia. Me explicaba los tipos de árboles que había en la ladera. Le encantaban los árboles. Divagaba acerca de qué crecía dónde y por qué y a qué pájaros les gustaba anidar allí. Le gustaban especialmente en invierno. Era por el aspecto que les confería el frío. En realidad, nunca le presté mucha atención a lo que decía. Ojalá lo hubiera hecho.

Bebe un trago. Él distinguirá el espíritu del licor. La turba, la uva sobre la lengua, la piedra de Escocia. Yo nunca noto más sabor que el del humo.

—¿Eso es el Castillo de Marte? —pegunta Casio señalando con la cabeza el holograma que hay sobre el panel de control de Roque—. Por Júpiter, qué pequeño parece.

—Ni siquiera iguala el tamaño de los motores de una nave antorcha —digo.

—Las expectativas exponenciales de la vida te dejan alucinado.

Me echo a reír.

—Yo antes pensaba que los grises eran altos.

—Bueno… —Sonríe con malicia—. Si tu referencia es Sevro… —Suelta una carcajada antes de recuperar la seriedad—. Quería darte las gracias… por invitarme al funeral. Ha sido… sorprendentemente amable por tu parte.

—Tú habrías hecho lo mismo.

—Ya. —No está muy seguro de ello—. ¿Ese era el panel de control de Roque?

—Sí. Les estaba echando un vistazo a sus vídeos. Ha visto la mayor parte de los de esta lista docenas de veces. No las estrategias ni las batallas contra otras casas. Sino los ratos más tranquilos. Ya sabes.

—¿Los has visto? —me pregunta.

—Quería esperarte.

Mis palabras lo sorprenden, y recela de mi hospitalidad.

De manera que pulso el botón de reproducción y los dos nos retrotraemos a los muchachos que éramos en el Instituto. Al principio resulta incómodo, pero el whisky dispersa pronto esa sensación y las risas brotan con más facilidad, los silencios se hacen más profundos. Vemos las noches en que nuestra tribu cocinaba cordero en el barranco del norte. Cuando exploramos las tierras altas, escuchando las historias de Quinn junto a la hoguera.

—Esa noche nos besamos —confiesa Casio cuando Quinn termina una historia acerca del cuarto intento de su abuela de construir una casa en un valle montañoso a cien kilómetros de la civilización sin la ayuda de un arquitecto.

—Se estaba metiendo en su saco de dormir. Le dije que había oído un ruido. Fuimos a investigar. Cuando descubrió que el ruido lo provocaba yo tirando piedras en la oscuridad para quedarme a solas con ella, se dio cuenta de lo que quería. Qué sonrisa. —Se echa a reír—. Qué piernas. De las que están hechas para rodear las caderas de alguien, ya sabes a qué me refiero. —Se ríe—. Pero la señorita mostró su desacuerdo. Me dio una bofetada, me apartó de un empujón.

—Bueno, no era de las fáciles —digo.

—No. Pero me despertó al amanecer para darme uno o dos besos. Según sus condiciones, claro.

—Y esa fue la primera vez que tirar piedras ha funcionado con una mujer.

—Te sorprenderías.

Hay momentos de cuya existencia yo no sabía nada. Roque y Casio intentan pescar algo y Quinn empuja a este último por la espalda. Él bebe un buen trago a mi lado mientras su versión más joven cae al agua y trata de arrastrar a Quinn consigo. Vemos los momentos privados en los que Roque se enamoraba de Lea mientras exploraban las tierras altas en la oscuridad. Los roces inocentes de sus manos cuando se paran a beber agua. Fitchner vigilándolos desde una arboleda, tomando notas en su terminal de datos. Vemos la primera vez que duermen acurrucados bajo las mismas sábanas en el torreón, y el momento en que Roque se la lleva a las tierras altas para robarle su primer beso; oyen pisadas de botas sobre las piedras y ven a Antonia y a Vixus emerger de la neblina, con los ojos resplandecientes por los ópticos.

Mataron a Lea y, cuando Roque les plantó cara, lo tiraron por un barranco. Se rompió el brazo y el río lo arrastró. Cuando volvió, después de caminar durante tres días, yo ya estaba presuntamente muerto a manos del Chacal. Roque lloró por mí y visitó el túmulo que yo había construido sobre Lea, solo para descubrir que los lobos lo habían excavado y se habían llevado su cadáver. Sufrió en soledad. El humor de Casio se vuelve sombrío al presenciarlo, y me recuerda la expresión de angustia de su rostro cuando volvió con Sevro y descubrió lo que les había sucedido a Lea y Roque. Y quizá porque se siente culpable de haberse aliado con Antonia.

Hay más vídeos, más pequeñas verdades que descubrir. Pero el más visto según el holoplato es el de Casio diciendo que había encontrado dos nuevos hermanos y ofreciéndonos puestos de lanceros en la Casa de Belona. Parecía tan esperanzado entonces. Tan feliz de estar vivo. Todos lo estábamos, incluso yo, a pesar de lo que sentía por dentro. Mi traición parece aún más monstruosa viéndola desde fuera.

Relleno el vaso de Casio. Él guarda silencio bajo el resplandor del holograma. Roque está montando su yegua gris moteada en dirección contraria a la nuestra, observando sus riendas pensativamente.

—Lo hemos matado nosotros —dice al cabo de un momento—. Era nuestra guerra.

—¿Estás seguro? —le pregunto—. Nosotros no creamos este mundo. Y ni siquiera estamos luchando por nosotros mismos. Y Roque tampoco. Él luchaba por Octavia. Por una Sociedad que ni siquiera reconoce su sacrificio. Sacarán provecho político de su muerte. Lo culparán. Murió por ellos y, sin embargo, se convertirá en un simple chiste.

Casio siente la repugnancia que yo buscaba. Ese es su mayor miedo. Que a nadie le importe que se vaya. Esa noble idea del honor, de una buena muerte… que era para el viejo mundo. No para este.

—¿Cuánto tiempo crees que durará esto? —pregunta dubitativo—. Esta guerra.

—¿Entre nosotros o entre todo el mundo?

—Entre nosotros.

—Hasta que uno de los dos corazones deje de latir. ¿No es eso lo que tú mismo dijiste?

—Te acuerdas de eso… —Gruñe—. ¿Y la de todos los demás?

—Hasta que no haya colores.

Se echa a reír.

—Vaya, muy bien. Has apuntado bajo.

Lo observo dar vueltas al contenido de su copa.

—Si Augusto no me hubiera puesto con Julian, ¿qué crees que habría ocurrido?

—No importa.

—Imagina que sí.

—No lo sé —contesta con brusquedad. Se termina el whisky y se sirve otro, sorprendentemente ágil a pesar de las esposas. Enfadado, examina el vaso—. Tú y yo no somos como Roque o Virginia. No somos criaturas de matices. Tú solo tienes el trueno. Yo solo tengo el relámpago. ¿Recuerdas esas estupideces de mierda que decíamos cuando nos pintábamos la cara y montábamos por ahí a caballo como idiotas? Es la cruda verdad. Solo podemos obedecer a lo que somos. ¿Tú y yo, sin una tormenta? Simples hombres. Pero danos esto. Danos conflicto… Cómo rugimos y restallamos.

Se burla de su propia grandilocuencia, con una ironía oscura tiñéndole la sonrisa.

—¿De verdad crees que eso es cierto? —le pregunto—. ¿Que solo

podemos ser una cosa o la otra?

—¿Tú no?

—Victra dice eso de sí misma. —Me encojo de hombros—. Yo me estoy jugando mucho a que no lo es. A que no lo somos. —Casio se echa hacia delante y esta vez es él quien me sirve a mí—. ¿Sabes? Lorn siempre hablaba de que estaba atrapado por sí mismo, por la decisión que había tomado, hasta que sintió que no estaba viviendo su propia vida. Que había algo detrás de él marcándole el ritmo, algo a los lados que le marcaba el camino. Al final, todo su amor, toda su bondad, su familia, no importaron. Murió como vivió.

Casio ve más que la mera duda en mi teoría. Sabe que podría hablarle de Mustang, o de Sevro, o de Victra, que han cambiado. De ser diferente. Pero él ve el trasfondo porque en muchos sentidos el hilo de su vida es el más parecido al mío.

—Crees que vas a morir —dice.

—Como decía Lorn, la cuenta llega al final. Y el final se acerca.

Me contempla con ternura, su whisky olvidado, la intimidad más profunda de lo que yo pretendía. He tocado parte de su mente. Puede que también él haya sentido que va camino de su propio entierro.

—Nunca había pensado en el peso que soportabas —comenta con cautela —. Durante todo el tiempo que pasaste entre nosotros. Años. No podías hablar con nadie, ¿verdad?

—No. Demasiado arriesgado. No era una buena forma de entablar conversación: «Hola, soy un espía rojo».

No se ríe.

—Sigues sin poder hacerlo. Y eso es lo que te mata. Estás entre tu propia gente y te sientes un extraño.

—Eso es —digo alzando la copa. Titubeo, sin tener muy claro hasta qué punto puedo confiar en él. Y entonces el whisky habla por mí—. Es difícil hablar con alguno de ellos. Todos están muy frágiles. Sevro con lo de su padre, con el peso de un pueblo al que apenas conoce. Victra piensa que es malvada y no para de fingir que tan solo busca venganza. Como si estuviera llena de veneno. Creen que yo sé cuál es el camino. Que he tenido una visión del futuro gracias a mi esposa. Pero ya no la siento como solía. Y Mustang… —me interrumpo incómodo.

—Venga. ¿Qué pasa con ella? Vamos, hombre. Tú mataste a mis hermanos y yo maté a Fitchner. La situación ya es incómoda.

Esbozo una mueca por lo extraño del momento.

—Me vigila continuamente —contesto—. Me juzga. Como si estuviera llevando la cuenta de mi valía. Analizando si soy apto.

—¿Para qué?

—Para ella. Para esto. No lo sé. En el hielo sentí que ya le había demostrado todo lo que necesitaba saber, pero su actitud no ha cambiado. —Me encojo de hombros—. A ti te sucede lo mismo, ¿no es así? Servir al antojo de la soberana cuando Aja mató a Quinn. Las… expectativas de tu madre. Estar aquí sentado con el hombre que te arrebató dos hermanos.

—A Karnus puedes quedártelo.

—En casa tenía que ser una joya.

—La verdad es que de pequeño me tenía cariño —explica Casio—. Lo sé. Cuesta creerlo, pero era mi héroe. Me dejaba participar en los enfrentamientos deportivos. Me llevaba de excursión. Me enseñó a tratar con las chicas, a su manera. Sin embargo, con Julian no era tan bueno.

—Yo también tengo un hermano mayor. Se llama Kieran.

—¿Está vivo?

—Es mecánico de los Hijos de Ares. Tiene cuatro hijos.

—Espera. ¿Eres tío? —pregunta Casio sorprendido.

—Varias veces. Kieran está casado con la hermana de Eo.

—¿En serio? Yo también fui tío una vez. Se me daba bien. —Mira al infinito, su sonrisa se desvanece y reconozco las sospechas que lastran lo más profundo de su alma—. Estoy harto de esta guerra, Darrow.

—Yo también. Y si pudiera devolverte a Julian, lo haría. Pero esta guerra es por él, o por los hombres como él. Las personas decentes. Es por los callados y mansos que saben cómo debería ser el mundo, pero no pueden gritar más alto que los cabrones.

—¿No tienes miedo de romperlo todo y no ser capaz de recomponerlo después? —pregunta con sinceridad.

—Sí —digo, y por primera vez me entiendo mejor de lo que lo he hecho desde hace mucho tiempo—. Por eso tengo a Mustang.

Clava la mirada en mí durante unos instantes largos y extraños antes de

negar con la cabeza y reírse de sí mismo o de mí.

—Ojalá fuera más sencillo odiarte.

—El mejor brindis que he oído en mi vida.

Levanto la copa, él hace lo mismo y ambos bebemos en silencio. Pero antes de que se marche de mi camarote esa noche, le doy un holotubo para que lo vea en su celda. Me disculpo de antemano por su contenido, pero tiene que verlo. No se le escapa la ironía. Lo verá más tarde en su celda, y llorará y se sentirá más solo todavía, pero la verdad nunca es fácil.

51

PANDORA

Horas después de que Casio se haya marchado, Sevro me despierta de un sueño inquieto. Me llama al terminal de datos con un mensaje urgente. Victra ha entablado combate con Antonia en el Cinturón. Solicita refuerzos, y Sevro ya ha preparado su equipo y tiene a Holiday reuniendo un equipo de asalto.

Mustang, los Aulladores y yo nos embarcamos en la única nave antorcha que les queda a los Telemanus, la más rápida de la flota en este momento. Sefi ha intentado venir con nosotros, ansiosa de más batalla, pero aun después de la victoria de Ío mi flota camina sobre el filo de la navaja. Su liderazgo es necesario para mantener la disciplina de los obsidianos. Es la pacificadora, y el remate del nuevo chiste favorito de Sevro: ¿qué dices cuando una mujer de dos metros treinta de altura entra en una habitación con un hacha de batalla y varias lenguas en un gancho? Nada en absoluto.

Personalmente, me preocupa más que lo único que mantenga esta alianza unida sea un puñado de personalidades fuertes. Si pierdo a una de ellas, todo podría desmoronarse.

Avanzamos a toda velocidad, poniendo los barcos a prueba para alcanzar a Victra, pero una hora antes de que lleguemos a sus coordenadas entre una maraña de asteroides que interfieren con el funcionamiento de los sensores, recibimos un breve mensaje codificado que lleva el sello de los Julii:

«Zorra capturada. Kavax liberado. Victoria mía».

Nos trasladamos en una lanzadera desde la esbelta nave antorcha de los

Telemanus hasta la flota en espera de Victra. Sevro se toquetea con nerviosismo la pernera del pantalón. Victra ha obtenido una victoria muy importante. Inició la persecución con veinte naves de asalto. Ahora posee casi cincuenta barcos negros: rápidos, ágiles, caros. Los típicos de una familia de comerciantes. Nada de los descomunales mastodontes que tanto les gustan a los Augusto y Belona. Todas las naves lucen el sol sollozante atravesado por una lanza de la familia Julii.

Victra nos espera en la cubierta del viejo buque insignia de su madre, el Pandora. Tiene un aspecto espléndido y orgulloso, ataviada con un uniforme negro con el sol de los Julii sobre el pecho derecho, una ardiente línea naranja que recorre todo el pantalón y varios botones dorados y relucientes. Ha encontrado sus viejos pendientes de jade y los lleva en las orejas. Su sonrisa es amplia y enigmática.

—Buenos hombres, bienvenidos a bordo del Pandora.

Kavax está a su lado, herido de nuevo, con una escayola en el brazo derecho y carne resonante cubriéndole el mismo lado de la cara. Las hijas que acudieron en su rescate lo flanquean ahora y se echan a reír cuando Kavax saluda a Mustang a gritos. Ella intenta mantener la compostura mientras corre hacia él y le rodea el cuello con los brazos. Le da un beso en la cabeza calva.

—Mustang —dice él alegremente. La aparta de sí y baja la cabeza—. Mis disculpas. Mis más profundas disculpas. No puedo evitar que me capturen una y otra vez.

—No eres más que una damisela en apuros —interviene Sevro.

—Eso parece —admite Kavax.

—Solo prométeme que esta será la última vez, Kavax —dice Mustang. Él lo hace—. ¡Y estás herido de nuevo!

—¡Es un arañazo! Solo un arañazo, mi señora. ¿No sabes que la magia corre por mis venas?

—Hay alguien que se muere de ganas de verte —anuncia Mustang volviendo la mirada hacia la rampa de nuestra lanzadera.

Silba y, dentro, Guijarro libera a Sófocles. Unas zarpas repiquetean a mi espalda y luego por debajo de mí cuando el animal pasa corriendo entre las piernas de Sevro, a punto de tirarlo al suelo, para encaramarse de un salto al pecho de Kavax. El Telemanus besa al zorro con la boca abierta. Victra pone

cara de asco.

—Pensé que te habías metido en un lío —le gruñe Sevro a la chica.

—Te dije que lo tenía bajo control —asegura ella—. ¿A qué distancia se ha quedado el resto de la flota, Darrow?

—A dos días.

Mustang echa un vistazo a su alrededor.

—¿Dónde está Daxo?

—Daxo se está encargando de las ratas de las cubiertas superiores. Todavía queda algún Único de los acérrimos. Sacarlos de sus escondijos ha sido una lata —contesta Victra.

—Apenas hay daños… —comento—. ¿Cómo lo has conseguido?

—¿Cómo? Soy la verdadera heredera de la Casa de Julii —responde Victra con orgullo—. De acuerdo con el testamento de mi madre y por nacimiento. Los barcos de Antonia, que legalmente son mis barcos, estaban gestionados por soplones, por aliados pagados. Se pusieron en contacto conmigo, pensaban que toda la flota iba detrás de mi pequeña partida de hostigamiento. Me suplicaron que los salvara del malísimo Segador…

—¿Y dónde están ahora los hombres de tu hermana? —pregunto.

—He ejecutado a tres y destruido sus barcos como ejemplo para el resto. Los pretores desleales que he podido capturar están pudriéndose en las celdas. Los leales a mi madre y a mí han tomado el mando.

—¿Y nos seguirán? —pregunta Sevro con brusquedad.

—Me siguen a mí —contesta ella.

—Eso no es exactamente lo mismo —le digo.

—Claro que no. Son mis barcos.

Está un paso más cerca de recuperar el imperio de su madre. Pero solo podrá culminar el resto del proceso en tiempos de paz. Aun así, la situación le confiere una independencia espeluznante. La misma que obtuvo Roque cuando ganó barcos tras la Lluvia del León. Esto pondrá su lealtad a prueba, y Sevro no parece estar muy cómodo con la situación. Mustang y yo nos miramos con el entrecejo fruncido.

—Hoy en día la propiedad es una cosa curiosa —dice Sevro—. Tiende a ser opinable.

Victra se crispa ante el desafío.

Mustang se entremete:

—Creo que lo que Sevro quiere decir es: ahora que has logrado tu venganza, ¿sigues teniendo la intención de venir con nosotros al Núcleo?

—Aún no me he vengado —replica Victra—. Antonia todavía respira.

—¿Y cuando ya no lo haga? —insiste Mustang.

Victra se encoge de hombros.

—No se me dan bien los compromisos.

El humor de Sevro se ensombrece aún más.

Docenas de prisioneros atestan las celdas del pabellón. La mayoría son dorados. Algunos azules y grises. Todos de alto rango y leales a Antonia. Un cañón de enemigos que me fulminan con la mirada tras las rejas. Recorro el pasillo en solitario, disfrutando de la sensación de que tantos dorados sepan que soy su captor.

Encuentro a Antonia en la penúltima celda. Está sentada con la espalda apoyada contra las barras que separan su celda de la contigua. Excepto por los moratones que luce en una mejilla, está tan bella como siempre. Boca sensual, ojos ardientes tras unas pestañas espesas. Está reflexionando bajo las pálidas luces de la mazmorra. Tiene las gráciles piernas cruzadas debajo de ella y se hurga una ampolla del dedo gordo del pie con unas manos de uñas negras.

—Me había parecido escuchar los pasos del Segador —dice con una sonrisilla seductora. Me recorre lentamente con la mirada, de abajo arriba, devorando cada centímetro—. Te has hinchado a proteínas, ¿verdad, querido? Vuelves a estar tremendo. No te preocupes. Yo siempre te recordaré como un gusano sollozante.

—Eres la única Montahuesos que queda viva en la flota —le digo mirando hacia la celda adyacente a la suya—. Quiero saber cuáles son los planes del Chacal. Quiero saber las posiciones de su tropa, sus rutas de suministros, las fuerzas de su guarnición. Quiero saber qué información posee sobre los Hijos de Ares. Quiero saber qué ideas tiene respecto a la soberana. ¿Están confabulados? ¿Hay tensión? ¿Está realizando el Chacal algún movimiento contra ella? Quiero saber cómo derrotarlo. Y, sobre todo,

quiero saber dónde están las malditas armas nucleares. Si me das toda esa información, vivirás. Si no, morirás. ¿Te ha quedado claro?

No se ha inmutado ante la mención de las armas. Tampoco la mujer de la celda de al lado.

—Más claro que el agua —contesta Antonia—. Estoy más que dispuesta a cooperar.

—Eres una superviviente, Antonia. Pero no te estaba hablando a ti.

Estampo la mano contra los barrotes de la celda contigua, donde una dorada más baja, de rostro oscuro, está sentada mirándome con ojos salvajes. Su rostro es afilado, como solía serlo su lengua. Tiene el pelo rizado y más dorado que la última vez que la vi: se lo ha aclarado artificialmente, al igual que los ojos.

—Te hablaba a ti, Cardo. La que nos facilite más información de las dos, conservará la vida.

—Un ultimátum diabólico —aplaude Antonia desde el suelo—. Y luego dices que eres rojo. Creo que te encontrabas más cómodo con nosotros de lo que lo estás con ellos. ¿Me equivoco? —Rompe a reír—. No, ¿verdad?

—Tenéis una hora para pensarlo.

Echo a andar para alejarme de ellas y dejar que lo rumien.

—Darrow —me llama Cardo a mi espalda—. Dile a Sevro que lo siento. ¡Darrow, por favor!

Me doy la vuelta y regreso despacio a su celda.

—Te has teñido el pelo —le digo.

—La pequeña bronce solo quería encajar —ronronea Antonia al tiempo que estira sus largas piernas. Le saca a Cardo más de una cabeza y media—. No culpes a la pigmea, tenía unas expectativas poco realistas.

Cardo clava la mirada en mí, con las manos aferradas a los barrotes.

—Lo siento, Darrow. No sabía que esto llegaría tan lejos. No podría haber…

—Sí, lo hiciste. No eres idiota. Y no seas tan patética como para asegurar que lo eres. Entiendo que pudieras traicionarme a mí —digo con lentitud—. Pero sabías que Sevro estaría allí. Igual que los Aulladores. —Agacha la cabeza, incapaz de mirarme a los ojos—. ¿Cómo pudiste hacerle algo así? ¿Y a los demás?

No tiene respuesta. Le toco el pelo con una mano.
—A nosotros nos gustabas tal como eras.

52

DIENTES

Me sumo a Sevro, Mustang y Victra en la sala de vigilancia de las mazmorras. Dos técnicos se recuestan en sillas ergonómicas mientras varias docenas de holos flotan a su alrededor a un tiempo.

—¿Han dicho algo ya? —pregunto.

—Todavía no —contesta Victra—. Pero las aguas están agitadas y he subido la calefacción.

Sevro observa a Cardo en el holodispositivo.

—¿Querías hablar con Cardo? —le pregunto.

—¿Con quién? —pregunta enarcando las cejas—. Nunca había oído hablar de ella.

Está claro que verla de nuevo le ha hecho daño. Sufre todavía más porque se dice a sí mismo que debe ser duro, pero esta traición, la de una de sus propios Aulladores, lo destroza por dentro. Aun así, lo disimula. No estoy seguro de si es por Victra, por mí o por él mismo. Probablemente por las tres cosas.

Al cabo de varios minutos, Antonia y Cardo están empapadas de sudor. Siguiendo mis recomendaciones, hemos puesto las celdas a cuarenta grados centígrados para incrementar su irritabilidad. También hemos aumentado una pizca la gravedad. Lo justo para que ni siquiera lo perciban. Hasta el momento, Cardo no ha hecho más que llorar y Antonia ha estado tocándose el moratón de la mejilla para ver si su rostro ha sufrido algún daño

perdurable.

—Tienes que trazar un plan —dice Antonia perezosamente a través de los barrotes.

—¿Qué plan? —pregunta Cardo desde el rincón más alejado de su propia celda—. Van a matarnos, aunque les demos la información.

—Eres una estúpida llorona. La cabeza bien alta. Estás degradando tu cicatriz. Eres de la Casa de Marte, ¿no es así?

—Saben que las estamos escuchando —dice Sevro—. Al menos Antonia.

—A veces no importa —interviene Mustang—. Los prisioneros de gran inteligencia suelen jugar con sus captores. Es la confianza en sí mismos lo que puede hacerlos aún más vulnerables a la manipulación psicológica, porque creen que siguen controlando la situación.

—¿Y eso lo sabes gracias a tu extensa experiencia como torturada? —pregunta Victra con ironía—. Dímelo a mí.

—Silencio —pido, y subo el volumen del holo.

—Voy a contárselo todo —le está diciendo Cardo a Antonia—. Nada de esto me importa ya una mierda.

—¿Todo? —repite Antonia—. Tú no lo sabes todo.

—Sé lo suficiente —asegura Cardo.

—Yo sé más.

—¿Y quién iba a confiar en ti? —le espeta Cardo—. ¡Psicópata matricida! Si supieras lo que la gente pensaba realmente de ti…

—Oh, querida, es imposible que seas tan tonta. —Antonia suspira compasivamente—. Da mucha pena mirarte.

—¿Qué quieres decir?

—Utiliza la cabeza, pequeña mentecata. Al menos inténtalo, por favor.

—Que te den, zorra.

—Lo siento, Cardo —dice Antonia arqueando la espalda contra los barrotes—. Es el calor.

—O la locura sifilítica —masculla Cardo, que ahora camina de un lado a otro de la celda rodeándose el cuerpo con los brazos.

—Qué… grosera. Sin duda, tiene que ver con tu educación.

Me planteo sacar a Cardo de la celda, extraerle la información que está dispuesta a ofrecer.

—Podría ser una artimaña —dice Mustang—. Un ardid diseñado por Antonia por si acaso las capturaban. O puede que sea cosa de mi hermano. Sería típico de él propagar información errónea. Sobre todo, si se han dejado atrapar sin más.

—¿Que se han dejado atrapar sin más? —repite Victra indignada—. En los depósitos de cadáveres de esta nave hay más de cincuenta muertos dorados que no estarían de acuerdo con esa afirmación.

—Tiene razón —interviene Sevro—. Deja que continúen. Puede que Antonia se abra más cuando la llevemos a una habitación.

Antonia cierra los ojos y apoya la cabeza contra los barrotes, consciente de que Cardo le preguntará qué quería decir con lo de que «usara la cabeza». Y, claro está, Cardo lo hace.

—¿Qué has querido decir con lo de que si se lo cuento todo ya no sería de utilidad?

Antonia la mira a través de los barrotes.

—Querida. Es evidente que no has pensado mucho en la situación. Yo estoy muerta. Tú misma lo has dicho. Puedo intentar negarlo, pero… mi hermana va a dejarme como un gato callejero. Le pegué un tiro en la columna y me pasé casi un año jugando a verterle ácido en la espalda. Me despellejará como si fuera una cebolla.

—Darrow no se lo permitiría.

—Es rojo, para él no somos más que demonios con coronas.

—Él no haría algo así.

—Pues yo conozco un Trasgo que sí.

—Se llama Sevro.

—¿Ah, sí? —A Antonia no podría importarle menos—. La moraleja es la misma. Estoy muerta. Puede que tú tengas alguna oportunidad. Pero solo necesitan que una de nosotras esté viva para darles la información. La pregunta que debes hacerte es si te mantendrán con vida una vez que se lo cuentes todo. Necesitas una estrategia. Algo que dejarte en el tintero. Para ir negociando gradualmente.

Cardo se acerca a los barrotes que las separan.

—No me estás engañando. —Su voz transmite valentía—. Pero ¿sabes qué? Tú estás acabada. Darrow va a ganar, y tal vez sea lo mejor. Y ¿sabes

qué? Yo voy a ayudarlo. —Cardo aparta la mirada de Antonia para levantarla hacia la cámara que hay en la esquina de su celda—. Te contaré lo que está planeando, Darrow. Deja que…

—Sacadla —dice Mustang—. Sacadla de ahí ahora mismo.

—No… —murmura Victra a mi lado cuando ve lo mismo que Mustang.

Sevro y yo miramos a las mujeres confundidos, pero Victra ya está a medio camino de la puerta.

—¡Abrid la celda treinta y uno! —les grita a los técnicos antes de desaparecer en dirección al pasillo.

Cuando nos damos cuenta de lo que ocurre, Sevro y yo salimos corriendo tras ella y, por el camino, derribamos a un verde que está ajustando una de las holopantallas. Mustang nos sigue. Irrumpimos en el pasillo y nos abalanzamos sobre la puerta de seguridad de las mazmorras. Victra la golpea una y otra vez mientras grita que la dejen entrar. La puerta emite un zumbido y entramos volando tras ella. Dejamos atrás a los aturdidos guardas de seguridad, que están reuniendo su equipamiento, y penetramos en el bloque de celdas.

Los prisioneros no paran de gritar. Pero aun así oigo el húmedo chop, chop, chop antes de llegar a la celda de Antonia y verla encorvada sobre Cardo. Tiene las manos empapadas de sangre, metidas entre los barrotes que separan sus celdas. Sujeta con los dedos el pelo rizado de Cardo. Los restos destrozados del cráneo de la Aulladora se doblan contra los barrotes cuando Antonia tira una última vez de la cabeza de Cardo hacia ella. Victra abre de golpe la puerta magnetizada de la celda.

Antonia se pone en pie una vez completada su macabra hazaña y levanta las manos inocentemente en el aire mientras le regala una sonrisilla arrogante a su hermana mayor.

—Ten cuidado —la provoca—. Ten cuidado, Vicky. Me necesitas. Soy la única que aún puede venderos información. A no ser que quieras caer en las fauces del Chacal, tendrás…

Victra le parte la cara a Antonia. Oigo el crujido del hueso a diez metros de distancia. La joven retrocede, tratando de escapar. Pero Victra la sujeta contra la pared y la golpea. Mecánicamente, sumida en un tenebroso silencio. Levantando el codo una y otra vez, impulsándolo desde las piernas. Tal como

nos enseñan. Antonia clava los dedos en los musculosos brazos de su hermana, pero cuando los impactos se tornan húmedos y turbios, los relaja. Victra no se detiene. Y yo no la detengo porque odio a Antonia, y esa parte pequeña y oscura de mi ser quiere que sienta dolor.

Sevro pasa a mi lado como una exhalación y se abalanza sobre Victra. Le sujeta el brazo derecho a la espalda y la agarra por el cuello con el izquierdo. La zancadillea y consigue tumbarla de espaldas en el suelo; después la inmoviliza rodeándole la cintura con las piernas. Liberada de la presa de su hermana, Antonia se desploma hacia un lado. Mustang se precipita hacia ella para evitar que se abra la cabeza contra el borde afilado del camastro de metal soldado. Me arrodillo y meto las manos entre los barrotes para tomarle el pulso a Cardo, aunque ni siquiera sé por qué me molesto. Tiene la cabeza destrozada. La miro con fijeza. Preguntándome por qué no estoy horrorizado ante el espectáculo.

Una parte de mí ha muerto. Pero ¿cuándo ocurrió? ¿Por qué no me di cuenta?

Mustang grita solicitando un amarillo. Los guardias contestan a la llamada.

Me sacudo.

Sevro suelta a Victra, que tose por la presión del cuello y lo aparta de un empujón, furiosa. Mustang está agachada sobre Antonia, que ahora ronca al tratar de respirar con la nariz rota. Tiene la cara triturada. Los labios partidos y llenos de trozos de dientes. Si no fuera por el pelo y los emblemas, ni siquiera se distinguiría que es dorada. Victra sale de la celda sin siquiera mirarla, abriéndose paso entre los guardias grises con tanta brusquedad que tira a dos al suelo.

—Victra… —la llamo a su espalda como si hubiera algo que decir.

Se vuelve hacia mí, con los ojos rojos no por la rabia, sino por una tristeza insondable. Tiene los nudillos apretados y abiertos.

—Cuando era pequeña le hacía trenzas en el pelo —dice con contundencia—. No sé por qué es así. Por qué yo soy así.

La mitad de uno de los dientes rotos de su hermana sobresale de la carne que le separa los nudillos de los dedos corazón y anular. Se lo arranca y lo levanta para mirarlo al trasluz como una niña que descubre un cristal de mar

en la playa. Luego se estremece, horrorizada, y lo deja caer sobre la cubierta de acero. Mira a Sevro, que está detrás de mí.

—Te lo dije.

Ese mismo día, más tarde, mientras los médicos se ocupan de Antonia, los Hijos registran los efectos personales de Cardo en su camarote de la nave antorcha, el Tifón. Bajo el fondo falso de un armario, encuentran una piel de lobo apestosa y curtida. Sevro se queda sin palabras cuando Muecas se la trae.

—Cardo se encargó de cortar la suya —dice Payaso cuando los Aulladores originales que han sobrevivido se reúnen en torno al ataúd de Cardo en la plataforma de lanzamiento del tubo escupidor. Mustang les concede espacio y lo observa todo desde la pared. Guijarro, Muecas y Sevro están con nosotros—. Cuando el Chacal crucificó a Antonia en el Instituto, Cardo se cortó su propia piel.

—Se me había olvidado —digo.

Sevro resopla.

—Qué mundo este.

—Darrow, ¿te acuerdas de cuando la hiciste enfrentarse a Lea cuando esta no era capaz de despellejar la oveja? Intentabas que se endureciese —dice Guijarro con una breve carcajada.

Sevro también se ríe.

—¿Por qué te ríes? —pregunta Payaso—. Tú todavía estabas por ahí comiendo setas y aullando a la luna en aquella época.

—Estaba vigilando —dice Sevro—. Siempre estaba vigilando.

—Eso da miedo, jefe —dice Muecas con un tono de voz de broma—. ¿Y qué hacías mientras vigilabas?

—Hacerse pajas entre los arbustos, obviamente —contesto yo.

Sevro gruñe.

—Solo cuando todo el mundo estaba dormido.

—Qué asco. —Guijarro frunce la nariz y se guarda la capa de Aullador en la mochila—. Sigue aullando, pequeña Cardo.

Apenas soy capaz de soportar la ternura de sus ojos. No hay

recriminación. Ni furia. Tan solo la ausencia de una amiga. Me recuerda lo mucho que quiero a esta gente. Como con Roque, todos nos despedimos de ella por turnos y después la lanzamos hacia el sol para que se una a Ragnar y Roque en su último viaje. Payaso y Guijarro se marchan agarrados de la mano, con Muecas burlándose de ellos continuamente. Sevro y yo nos quedamos atrás y sonrío al verlos. Mustang aún no se ha movido de su puesto junto a la pared.

—¿Qué ha querido decir Victra con lo de «te lo dije»? —le pregunto.

Sevro mira a Mustang.

—Bah, ya no importa. —Hace amago de marcharse, pero titubea—. Lo ha cancelado.

—¿Qué ha cancelado? —pregunto.

—Lo nuestro.

—Ah.

—Lo siento, Sevro —dice Mustang—. Victra tiene muchas cosas en la cabeza en esos momentos.

—Sí. —Sevro se apoya contra la pared—. Sí. Probablemente sea culpa mía. Le dije… —Esboza una mueca—. Le dije que la… quería antes de la batalla. ¿Sabéis qué me dijo?

—¿Gracias? —aventura Mustang.

Sevro se estremece.

—No. Solo me dijo que era un idiota. Puede que tenga razón. Tal vez viera más de lo que había. Ya sabéis, me entusiasmé demasiado.

Clava la mirada en el suelo, pensativo. Mustang me hace un gesto con la cabeza para que diga algo.

—Sevro, eres muchas cosas. Eres apestoso. Eres bajito. Tu gusto en cuestión de tatuajes es cuestionable. Tus gustos en cuestión de pornografía son… eh… excéntricos. Y tus uñas de los pies son realmente raras.

Se vuelve para mirarme.

—¿Raras?

—Las tienes muy largas, amigo. Esto… deberías cortártelas.

—No. Me van bien para agarrarme a las cosas.

Lo miro con los ojos entrecerrados, sin tener muy claro si está bromeando, y sigo de la mejor manera que sé.

—Solo te digo que eres muchas cosas, chaval. Pero idiota no es una de ellas.

No da ninguna muestra de haberme oído.

—Cree que el veneno le corre por las venas. A eso se refería en las mazmorras. Dijo que terminaría por estropearlo todo. Así que mejor acabar con ello de raíz.

—Solo está asustada —añade Mustang—. Especialmente después de lo que acaba de pasar.

—Te refieres a lo que está pasando… —Se sienta junto a la pared y apoya la cabeza en ella—. Empieza a parecer una profecía. La muerte engendra muerte que engendra muerte…

—Ganamos en Júpiter… —digo.

—Podemos ganar todas las batallas y aun así perder la guerra —farfulla Sevro—. El Chacal tiene algo guardado en la manga y Octavia solo está herida. La Armada del Cetro es más grande que la Armada de la Espada, y sacarán las flotas de Venus y Mercurio. Nos triplicarán en número. Va a morir mucha gente. Seguramente, la mayor parte de las personas que conocemos.

Mustang sonríe.

—A no ser que cambiemos el paradigma.

53

SILENCIO

Después de que Mustang nos explique el resto de su plan a grandes rasgos y de que terminemos riéndonos mientras analizamos y diseccionamos sus fallos, nos deja para que sigamos dándole vueltas y se marcha con los Telemanus a reunirse con el resto de la flota. Yo me quedo con Victra y los Aulladores para interrogar a Victra y supervisar las reparaciones de los barcos.

La belleza de Antonia es algo del pasado. Los daños que ha sufrido han sido catastróficos a nivel superficial. Tiene el hueso orbital izquierdo pulverizado. La nariz aplastada: Victra se la había golpeado con tal brutalidad que han tenido que sacarle los huesos de la cavidad nasal con fórceps. La boca hinchada y los dientes tan destrozados que el aire se le escapa con un siseo entre los incisivos. Latigazo cervical y conmoción cerebral severa. Los médicos del barco pensaron que había sufrido un accidente de navegación hasta que encontraron la huella del blasón relampagueante de la Casa de Júpiter diseminada por toda la cara.

—Marcada por la justicia —digo, y Sevro pone los ojos en blanco—. ¿Qué? Yo también puedo ser gracioso.

—Sigue practicando, Segador.

Cuando interrogo a Antonia, su ojo izquierdo es una masa negra e hinchada. El derecho me escudriña con rabia, pero la chica coopera. Quizás ahora se deba a que piensa que las amenazas contra ella tienen cierto mérito y

que su hermana espera terminar el trabajo.

Según ella, el último comunicado del Chacal informaba de que se preparaba para nuestro ataque contra Marte. Está reuniendo su flota en torno a la reconquistada Fobos y reclama los barcos de la Sociedad que hay en la Lata y en otras estaciones navales. Además, se está produciendo un éxodo de navíos dorados, plateados y cobres desde Marte hacia la Luna y Venus, que se han convertido en centros de refugiados para los patricios sin derecho a voto. Como Londres durante la primera Revolución Francesa o Nueva Zelanda después de la tercera guerra mundial, cuando los continentes rebosaban radiactividad.

El problema de la información de Antonia es que es difícil de verificar. Imposible, en realidad, con las comunicaciones a largo alcance e intraplanetarias básicamente de vuelta a la edad de piedra. Hasta donde sabemos, el Chacal podría haber preparado información de contingencia para que Antonia nos la facilitara en caso de ser capturada y forzada a confesar. Si ella utiliza esos datos y nosotros actuamos de acuerdo con ellos, bien podríamos caer en una trampa. Cardo habría sido fundamental para nuestra comprensión de la información. Su asesinato por parte de Antonia ha sido horrendo, pero tácticamente muy eficiente.

Holiday se une a mí en el puente de mando del Pandora mientras intento establecer el contacto. Estoy sentado con las piernas cruzadas en el puesto de observación delantero tratando de volver a iniciar sesión en el volcado de datos digital de Quicksilver. En el huso horario del barco, estamos en plena noche. Las luces se han atenuado. Una tripulación mínima de azules ocupa el foso, más abajo, para guiarnos de vuelta hacia nuestro encuentro con la flota principal. Varios asteroides sombríos rotan a lo lejos. Holiday se deja caer a mi lado.

—Coge fuerzas —me dice pasándome una taza de latón con café.

—Te agradezco el detalle —digo sorprendido—. ¿Tú tampoco puedes dormir?

—No. En realidad, odio los barcos. No te rías.

—Pues tiene que ser un problema para una legionaria.

—Y que lo digas. La mitad del trabajo de ser un soldado consiste en ser capaz de dormir en cualquier parte.

—¿Y la otra mitad?

—En ser capaz de cagar en cualquier parte, esperar y aceptar órdenes estúpidas sin volverte loco. —Le da unos golpecitos a la cubierta—. Es el zumbido de los motores. Me recuerda a las avispas. —Se quita las botas—. ¿Te importa?

—Adelante. —Le doy un sorbo al café—. Esto es whisky.

—Lo pillas todo enseguida. —Me guiña un ojo tal como lo haría un hombre—. Los marinos se siguen preguntando adónde vamos. Si les das la verdad podrían hacerse a la idea. Pero si no se lo revelas, ninguno de ellos pegará ojo por las noches.

—Hay cientos de espías en nuestra flota —le explico—. Es un hecho comprobado. No pienso enseñar mis cartas.

—Lo entiendo. —Señala mi terminal de datos—. ¿Nada aún?

—Los asteroides ya fastidian bastante, pero además la Sociedad está inhibiendo todas las señales que puede.

—Bueno, Quicksilver ha sido una dura competencia.

Permanecemos sentados en silencio. La presencia de Holiday no resulta naturalmente tranquilizadora, pero sí sencilla. Es una mujer criada en una zona rural dedicada a la agricultura donde tu reputación tiene el mismo valor que tu palabra y tu perro de caza. Nos parecemos poco en muchos sentidos, pero alberga un resentimiento que comprendo perfectamente.

—Siento lo de tu amigo —me dice.

—¿Cuál?

—Los dos. ¿Hacía mucho que conocías a la chica?

—Desde el colegio. Era un poco complicada, pero leal…

—Hasta que dejó de serlo —replica. Me encojo de hombros a modo de respuesta—. Victra está bastante nerviosa.

—¿Ha hablado contigo? —le pregunto.

Se ríe suavemente.

—Ni por casualidad.

Se mete un cisco en la boca y lo enciende. Niego con la cabeza cuando me ofrece una calada. Los conductos de ventilación del barco murmullan.

—El silencio es una putada, ¿verdad? —dice al cabo de un rato—. Pero me imagino que eso ya lo sabes después de lo de la caja.

Asiento.

—Nadie me pregunta jamás por eso —contesto—. Por lo de la caja.

—A mí nadie me pregunta por Trigg.

—¿Quieres que lo hagan?

—No.

—Antes no me molestaba —continúo—. El silencio.

—Bueno, lo llenas de más cosas a medida que te haces mayor.

—En Lico no había mucho que hacer, excepto sentarte por ahí y observar la oscuridad.

—Observar la oscuridad. Eso suena fatal. —Una ráfaga de humo sale despedida de su nariz—. Nosotros crecimos entre el maíz. Menos espectacular que lo tuyo. No había otra cosa hasta donde alcanzaba la vista. A veces, por la noche, me plantaba en la mitad de un maizal y fingía que era el mar. Lo oyes susurrar. No es tranquilo. No como te lo imaginarías. Es malévolo. De todas maneras, siempre quise largarme a otro lugar. No como Trigg. A él le encantaba Buenaesperanza. Quería alistarse en la comisaría local para ser policía o guardabosques. Habría sido feliz pasando el rato en aquel pueblucho hasta hacerse viejo, bebiendo con esos idiotas del bar de Lou, saliendo a cazar con la escarcha del amanecer. Yo era la que quería salir de allí. La que quería «oír el mar, ver las estrellas». Veinte años de servicio a la Legión. Un precio muy bajo.

Se burla de sí misma, pero me resulta curioso que haya decidido abrirse precisamente ahora. Ha venido a buscarme. Al principio pensé que era para consolarme. Pero el aliento de la corpulenta mujer huele a whisky. No quería estar sola. Y yo soy el único que conoció a Trigg, aunque fuera poco. Dejo mi terminal de datos.

—Le dije que no tenía que venir conmigo, pero en realidad sabía que lo estaba arrastrando. Le dije a mi madre que lo cuidaría. Ni siquiera he sido capaz de decirle que ya no está. Tal vez piense que hemos muerto los dos.

—¿Has podido decírselo a su prometido? —le pregunto—. Efraín, ¿verdad?

—Te acuerdas de él.

—Claro. Era de la Luna.

Holiday se me queda mirando un instante.

—Sí, Epfraín es de los buenos. Trabajaba en una empresa de seguridad privada de Ciudad de Imbrium. Estaba especializado en recuperar propiedades de alto valor: arte, esculturas, joyas. Un chico realmente guapo. Se conocieron en uno de esos bares temáticos durante un permiso que nos dieron en la Decimotercera. Ambientación de playa venusina. Eph no sabía lo nuestro, que Trigg y yo estábamos con los Hijos y todo eso. Pero hablé con él después de que te rescatáramos de la Luna, durante una salida en busca de suministros. Lo llamé desde una cafetería-web. Más o menos una semana después de que le dijera que Trigg había muerto me envió un mensaje diciendo que iba a unirse a los Hijos en la Luna, que estaría ilocalizable. No he vuelto a saber de él.

—Estoy seguro de que está bien —le digo.

—Gracias. Pero los dos sabemos que la Luna es un montón de mierda ahora mismo. —Se encoge de hombros. Tras toquetearse durante unos instantes los callos que el levantamiento de pesas le ha provocado en las palmas de las manos, me da un ligero codazo—. Quiero que sepas que lo estás haciendo bien. Sé que no me lo has preguntado. Y que yo no soy más que un soldado raso. Pero lo estás haciendo bien.

—¿Trigg estaría de acuerdo?

—Sí. Y se mearía en los pantalones si supiera que vamos a atacar…

Se interrumpe de golpe cuando el holo que hay sobre nuestras cabezas pita suavemente o uno de los azules de comunicaciones me llama. Me apresuro a recuperar mi terminal de datos. Un único mensaje se está retransmitiendo a través de todas las frecuencias hasta el Cinturón. Nuestro primer contacto con Marte desde que atravesamos el cinturón de asteroides la primera vez.

—¡Proyéctalo! —exclama Holiday.

Obedezco y aparece una grabación. Es una sala de interrogatorios gris. Hay un hombre cubierto de sangre, encadenado a una silla. El Chacal entra en el plano al colocarse a su lado.

—¿Es ese…? —susurra Holiday a mi lado.

—Sí —contesto.

El hombre es mi tío Narol. El Chacal tiene una pistola en la mano.

—Darrow. Ha pasado mucho tiempo. La verdad es que tenemos que

hablar. Mis Montahuesos lo encontraron saboteando balizas en el espacio profundo. Sin duda, es más duro de lo que parece. Pensé que tal vez sabría lo que tienes en mente. Pero ha preferido morderse la lengua a hablar conmigo. Qué ironía para ti. —Se coloca detrás de mi tío—. No voy a pedir un rescate. No quiero nada de ti. Solo quiero que veas esto.

Levanta el arma. Es un esbelto tubo de metal gris del tamaño de mi mano. Los azules del foso ahogan un grito. Sevro entra a toda prisa en el puente de mando justo cuando el Chacal acerca la punta de la pistola a la cabeza de mi tío. Narol levanta la vista para mirar a la cámara.

—Lo siento, Darrow. Pero saludaré a tu padre de…

El Chacal aprieta el gatillo y siento que otra parte de mí se desliza hacia la oscuridad cuando mi tío se desploma sobre la silla.

—Apagadlo —ordeno aturdido.

El pasado vuelve a mí como un torrente: Narol poniéndome el casco de una escafandra en la cabeza cuando era niño, mi pelea con él en las Laureales, la tristeza de sus ojos cuando nos sentamos bajo el patíbulo tras el ahorcamiento de Eo, su risa…

—El sello temporal lo sitúa hace tres semanas, señor —dice en voz baja Virga, la azul encargada de las comunicaciones—. No lo habíamos recibido a causa de las interferencias.

—¿Lo ha recibido el resto de la flota? —pregunto en un susurro.

—No lo sé, señor. Ahora las interferencias son marginales. Y está en una frecuencia de pulsos. Probablemente ya lo hayan visto.

Además, yo mismo le pedí a Orión que no dejara de rastrear frecuencias con todos y cada uno de los barcos por si teníamos un golpe de suerte. Esto se filtrará.

—Uf, mierda —masculla Sevro.

—¿Qué? —pregunta Holiday.

—Acabamos de prenderle fuego a nuestra propia flota —contesto con tono mecánico.

La frágil alianza entre los colores superiores y los inferiores saltará por los aires por culpa de esto. Mi tío era casi tan querido como Ragnar. Narol ya no está. Me estremezco por dentro. Todavía no me parece real.

—¿Qué hacemos? —pregunta Sevro—. ¿Darrow?

—Holiday, despierta a los Aulladores —ordeno—. Timonel, aumenta al máximo la potencia de los motores traseros. Quiero estar con la flota principal dentro de cuatro horas. Contactad con Mustang y Orión por el intercomunicador. Y con los Telemanus.

Holiday reacciona de inmediato.

—Sí, señor.

A pesar de las interferencias, consigo comunicarme con Orión y decirle que selle los puentes de mando de todas las embarcaciones y que aísle el control de las armas por si acaso alguien decide disparar al azar contra nuestros aliados dorados. Los azules tardan casi treinta minutos en establecer contacto con Mustang. Sevro y Victra ya están conmigo, al igual que Daxo. El resto de la familia de este último está en sus barcos. La señal es débil. La nieve de las interferencias oculta el rostro de Mustang cada pocos segundos. Virginia va caminando por un pasillo, flanqueada por dos dorados y varias valquirias.

—Darrow, ¿te has enterado? —pregunta al ver al resto detrás de mí.

—Hace media hora.

—Lo siento muchísimo…

—¿Qué está pasando?

—Hemos recibido el comunicado. Algún técnico imbécil lo ha pinchado en todos los sensores principales —confirma Mustang—. Se está viendo en los nodos de comunicación de los barcos de toda la flota. Darrow…, ya se están produciendo movimientos contra los colores superiores en varias de nuestras embarcaciones. Hace quince minutos que los rojos han matado a tres dorados del Perséfone. Y una de mis tenientes abrió fuego contra dos obsidianos que intentaban llevársela. Están muertos.

—La mierda ha llegado al ventilador —dice Sevro.

—Voy a evacuar a todo mi personal, volverán a nuestros barcos.

Se oyen disparos de fondo, detrás de Mustang.

—¿Dónde estás? —le pregunto.

—En el Estrella de la Mañana.

—¿Qué demonios haces ahí? Tienes que largarte.

—Todavía tengo hombres a bordo. Hay siete dorados en la cubierta de motores ofreciendo apoyo logístico. No pienso dejarlos atrás.

—Entonces enviaré a la guardia de mi padre —ruge Daxo desde una de las naves antorcha de su familia—. Ellos te sacarán.

—Eso es una estupidez —le espeta Sevro.

—¡No! —exclama Mustang—. Si metes aquí a unos cuantos caballeros dorados, esto se convertirá en un baño de sangre del que no nos recuperaremos. Darrow, tienes que volver de inmediato. Es lo único que podría ponerle freno a todo esto.

—Todavía estamos a varias horas de distancia.

—Bueno, pues haz cuanto esté en tu mano. Y una cosa más… Han asaltado las celdas. Creo que van a ejecutar a Casio.

Sevro y yo intercambiamos una mirada.

—Tienes que encontrar a Sefi y no separarte de ella —le digo—. Llegaremos pronto.

—¿Encontrar a Sefi? Darrow…, ella es quien los comanda.

54

EL TRASGO Y EL DORADO

Mi lanzadera de asalto atraca en la cubierta auxiliar del Estrella de la Mañana, donde se suponía que Mustang nos estaría esperando. Pero no está allí. Y tampoco los dorados a los que iba a rescatar. En su lugar nos recibe una camarilla de Hijos de Ares, encabezada por Teodora. Ella no lleva ningún arma y parece estar fuera de lugar entre los hombres con armaduras, pero todos ellos la obedecen. Me cuenta lo que ha ocurrido. La muerte de mi tío desencadenó algunos enfrentamientos que se intensificaron hasta convertirse en tiroteos por ambas partes. Ahora varios navíos están sumidos en el conflicto, incluso este buque insignia.

—Los hombres de Sefi han capturado a Mustang, junto con Casio y el resto de los prisioneros de los colores superiores, Darrow —anuncia Teodora mientras evalúa al resto de mis tenientes.

—Condenados salvajes —farfulla Victra—. Si la matan, se acaba.

—No la matarán —digo—. Sefi sabe que Mustang está de su parte.

—¿Por qué haría Sefi algo así? —pregunta Holiday.

—Justicia —contesta Victra.

Sevro la mira.

—No —digo—. No, creo que se trata de algo totalmente distinto.

—Condenadamente fantástico. —Victra hace un gesto con la cabeza en dirección al espacio—. Parece que los Telemanus están empeñados en mandar todo esto al carajo.

Otra lanzadera entra en el hangar detrás de nosotros. Nos acercamos a ella cuando aterriza. Antes de que la rampa termine siquiera de bajar, todo el clan de los Telemanus salta a la cubierta. Daxo, Kavax, Thraxa y otras dos hermanas que no conozco bajan pesadamente tras ellos. Var armados hasta los dientes, a pesar de que Kavax todavía lleva el brazo en cabestrillo. A sus espaldas llegan otros treinta dorados de su Casa. Son un maldito ejército.

—Van a conseguir que nos maten a todos —dice Holiday.

A mi lado, un perplejo Sevro mira al grupo de guerreros que acaba de desembarcar.

—La muerte engendra muerte que engendra muerte… —murmura para romper su inusual silencio.

—Kavax, ¿qué demonios haces? —le pregunto mientras su familia cruza el hangar.

—Virginia necesita nuestra ayuda —contesta a gritos.

No se detiene hasta que yo me interpongo en su camino y le impido continuar avanzando hacia el interior del barco. Durante un instante, creo que va a pasar por encima de mí.

—No la dejaremos a merced de unos salvajes.

—Os dije que os quedarais en vuestro barco.

—Por desgracia, nosotros obedecemos órdenes de Virginia, no tuyas —replica Daxo—. Conocemos las consecuencias de nuestra presencia aquí. Pero haremos lo que sea necesario para proteger a nuestra familia.

—Incluso Mustang os dijo que no os presentarais aquí con caballeros.

—La situación ha cambiado —ruge Kavax.

—¿Queréis que esto se convierta en una guerra? ¿Queréis que nuestra flota quede hecha añicos? La manera más rápida de conseguirlo es entrar ahí con una demostración de fuerza de los dorados.

—No permitiremos que Virginia muera —asegura Kavax.

—¿Y si la matan por vuestra culpa? —pregunto. Es lo único que consigue hacerlo pensar—. ¿Y si le cortan la garganta cuando irrumpáis ahí?

Doy un paso hacia él para que pueda ver el miedo que también refleja mi rostro y para que solo Daxo y él puedan oír lo que le digo:

—Escúchame, Kavax, el problema de lo que quieres hacer es que solo les deja una alternativa a los obsidianos: defenderse. Y sabes de lo que son

capaces. Deja que yo gestione esto y la recuperaremos. Si no, mañana estaremos contemplando su ataúd.

Kavax se vuelve para mirar a su esbelto hijo, su influencia moderadora, y ver qué piensa. Y, para alivio mío, Daxo asiente.

—Muy bien —dice Kavax—. Pero yo iré contigo, Segador. Niños, esperad mis órdenes. Si caigo, entrad con toda la furia.

—Sí, padre —contestan.

Con un suspiro de alivio, me vuelvo hacia mis hombres.

—¿Dónde está Sevro?

Sevro se ha escabullido mientras discutíamos; con qué propósito, no lo sé. Nos lanzamos en pos de él por los pasillos, Victra detrás de nosotros. Holiday va en cabeza, recibiendo información de otros Hijos de Ares a través del implante óptico de su ojo. Sus hombres han localizado un tumulto en el hangar principal. Están celebrando un juicio contra Casio por el asesinato de varias docenas de Hijos de Ares y, por supuesto, por el del propio Ares. Ni rastro de Mustang. ¿Dónde estará? Se suponía que iba a mantenerse fuera de la vista de todo el mundo. Que se reuniría con nosotros si podía. ¿La habrán atrapado? Quizá le haya sucedido algo peor. Cuando llegamos al pasillo que lleva al hangar, hay tal cantidad de gente que apenas podemos abrirnos paso, tenemos que ir apartando a rojos y obsidianos para lograr avanzar.

Todos gritan y empujan. A lo lejos, cerca del centro del hangar, veo a varias docenas de obsidianos y rojos a horcajadas sobre la pasarela de veinte metros de altura que cruza parte del hangar por encima de la multitud. Sefi está en medio de todos ellos. Siete dorados penden muertos de la pasarela, suspendidos por ligaduras de cable de goma. Sus pies cuelgan cinco metros por encima de la muchedumbre, les han arrancado la cabellera. Las columnas vertebrales de los áureos son más resistentes que las de los humanos medios. Cada uno de esos hombres y mujeres habrá tenido una muerte horrible, tras varios minutos de anorexia cerebral, viendo a la multitud que los insultaba y escupía, que les lanzaba tuercas, llaves inglesas y botellas. Desde sus barbillas a sus pechos, la sangre se coagula formando una larga cenefa. Sefi la Silenciosa les ha arrancado la lengua. Casio y varios prisioneros más

esperan su ejecución sobre la pasarela, arrodillados junto a sus captores, ensangrentados y maltratados. Mustang no está con ellos, gracias a Júpiter. Han desnudado a Casio hasta la cintura y le han tallado una falce sangrienta sobre el amplio pecho.

—¡Sefi! —grito, pero es imposible que me oiga.

No veo a Sevro por ningún lado. Hay más de veinticinco mil personas en un espacio con capacidad para diez mil. Muchas de ellas van armadas. Algunas están heridas por la batalla de la semana pasada. Todas intentan colarse en el hangar para presenciar la ejecución. Los obsidianos destacan como titanes entre las masas, como enormes peñascos en un mar de colores inferiores. No debería haber concentrado a la mayor parte de los heridos y de las tripulaciones rescatadas en este hervidero de dolor. La multitud ya se ha dado cuenta de que estoy aquí y comienza a apartarse para dejarme pasar, coreando mi nombre como si pensaran que he venido a ver cómo se hace justicia. Esta barbarie me hiela la sangre. Uno de los hombres que mantiene inmovilizado a Casio es un técnico verde que me ofreció café en Fobos. A gran parte de los demás no los reconozco.

Uno por uno, los Hijos que me rodean se van percatando de mi presencia. El silencio se extiende a mi alrededor como una ola. Por fin, Sefi, desde la pasarela, se fija en mí.

—¡Sefi! —gruño—. Sefi. —Por fin me oye—. ¿Qué haces?

—Lo que tú no eres capaz de hacer —contesta en su propia lengua.

Su tono no transmite furia, sino la aceptación de que está realizando un acto desagradable pero necesario. Como si un espíritu de la venganza hubiera descendido desde el Hel. El pelo blanco le cuelga suelto a la espalda. Su cuchillo está cubierto con la sangre de las lenguas que ha sajado. Y pensar que he puesto las manos en el fuego por ella… Que le permití bautizar esta nave. Pero que un león te permita acariciarlo no quiere decir que esté domesticado. Kavax está horrorizado ante el espectáculo. Está casi a punto de llamar a sus hijos, y lo haría si Victra no lo agarrara por el brazo y lo convenciera de lo contrario. La mirada de Victra también refleja miedo. No solo por lo que ve en la pasarela, sino por lo que podría pasarle aquí. No debería haberme traído a los dorados.

Hay momentos en la vida en los que caminas tan concentrado en tu tarea

que te olvidas de bajar la mirada hasta que te encuentras hundido hasta las rodillas en arenas movedizas. Yo estoy justo en ese punto. Rodeado de una muchedumbre impredecible, con la vista levantada hacia una mujer con la sangre de Alia Gorrión de Nieve corriendo por sus venas. Mi única defensa consiste en un pequeño círculo de Hijos de Ares y dorados. Holiday está desenfundando un achicharrador. El filo de Victra se mueve bajo su manga. He sido demasiado impulsivo al entrar aquí. Todo esto podría irse al garete muy rápidamente.

—¿Dónde está Mustang? —le pregunto a Sefi—. ¿La has matado?

—¿Matarla? No. La hija del León nos sacó del hielo. Pero se interpuso en el camino de la justicia, así que está encadenada.

Entonces está a salvo. Gracias a Júpiter.

—¿Eso es lo que crees que es esto? —vocifero—. ¿Justicia? ¿Es eso lo que se les administró a los amigos de Ragnar que tu madre colgó de las cadenas de las Torres?

—Este es el código del hielo.

—Ya no estás en el hielo, Sefi. Estás en mi barco.

—¿Es tuyo? —A los colores inferiores que hay entre la multitud no les sientan muy bien estas palabras—. Nosotros lo hemos pagado con nuestra sangre.

—Todos hemos pagado el precio —admito—. ¿Qué había de bueno en el hielo? Abandonaste aquel lugar porque sabías que era malo. Sabías que vuestros señores habían modelado vuestras costumbres. Dijiste que me seguirías. ¿Te has convertido en una mentirosa?

—¿Y tú? Le prometiste a mi pueblo que estaría a salvo —me grita Sefi apuntándome con su hacha. El peso de la pérdida le aplasta los hombros—. He visto las obras de estas gentes. He visto las guerras que luchan. Los barcos que pilotan. Las palabras no bastarán. Estos dorados solo hablan un idioma, el de la sangre. Y mientras ellos sigan viviendo, mientras ellos sigan hablando, mi pueblo no estará a salvo. El poder que poseen es demasiado grande.

—¿Crees que esto es lo que Ragnar quería?

—Sí.

—Ragnar quería que tú fueras mejor que ellos. Mejor que esto. Que

fueras un ejemplo. Pero puede que los dorados tengan razón. Tal vez no seáis más que asesinos. Perros salvajes. Lo que os forzaron a ser.

—Nunca seremos nada hasta que ellos hayan desaparecido —me dice, y su voz retumba por todo el hangar—. ¿Por qué defenderlos? —Arrastra a Casio hacia sí—. ¿Por qué llorar por alguien que ayudó a matar a mi hermano?

—¿Por qué crees que Ragnar te agarró la mano en lugar de la espada cuando murió? No quería que centraras tu vida en la venganza. Es un objetivo vacío. Él quería algo más para ti. Quería un futuro.

—He visto los cielos, he visto los infiernos, y sé que nuestro futuro es la guerra —dice Sefi—. La guerra hasta que ellos se desvanezcan en la noche.

Acerca aún más a Casio y alza el cuchillo para cortarle la lengua. Pero antes de que lo haga, el disparo de un puño de pulsos le arranca el arma de la mano y Ares, señor de esta rebelión, aterriza con estruendo sobre la pasarela ataviado con su casco de llamas afiladas. Los obsidianos se apartan de él cuando se incorpora, se sacude el polvo de los hombros y retrae el yelmo hacia el interior de su armadura.

—¿Qué hace? —me pregunta Victra, y yo niego con la cabeza.

—Capullos de mierda —gruñe Sevro—. Estáis tocando mi propiedad. —Cruza la pasarela dando grandes zancadas en dirección a Sefi—. Chis. Lárgate. —Varias valquirias le interceptan el paso. La nariz de mi amigo les queda a la altura del pecho—. Quitaos de en medio, sacos albinos de vello púbico.

Las obsidianas solo se retiran cuando Sefi les dice que lo hagan. Sevro pasa junto a los dorados encadenados dándoles golpecitos juguetones en la cabeza antes de dejarlos atrás.

—Ese es mío —dice señalando a Casio—. Quítale las manos de encima, señorita. —Ella ha vuelto a coger el cuchillo y no lo aparta—. Le cortó la cabeza a mi padre y la metió en una caja. Así que, a no ser que quieras que yo te haga lo mismo a ti, hazme el favor de quitarle las manos de encima a mi propiedad.

Sefi da un paso atrás, pero no envaina el cuchillo.

—Esta deuda de sangre es tuya. Su vida te pertenece.

—Evidentemente. —Sevro le hace gestos para que se aleje—. Levántate,

florecilla inmunda —le ladra a Casio al tiempo que le pega una patada con la bota y tira del cable que le rodea el cuello—. Ten algo de dignidad. Ponte de pie. —Casio se incorpora con dificultad. Tiene las manos a la espalda, la cara hinchada por los golpes y la falce en el pecho amoratado—. ¿Mataste a mi padre?

Casio baja la mirada hacia él. No hay ni rastro de humor en su expresión, solo orgullo, y no la vanidad superficial que he visto en él a lo largo de los años. La guerra y la vida le han arrebatado ese espíritu vigoroso. Este es el rostro, el comportamiento de un hombre que no quiere más que morir con dignidad.

—Sí —contesta en voz alta—. Yo lo maté.

—Me alegro de que lo hayamos aclarado. Es un asesino —grita Sevro a la multitud—. ¿Y qué les hacemos a los asesinos?

La muchedumbre grita pidiendo la vida de Casio. Y Sevro, después de llevarse la mano a la oreja con gran ceremonia como si no los oyera, se la entrega. Tira a Casio de la pasarela de un empujón. El dorado cae a plomo hasta que el cable que tiene alrededor de la garganta se tensa y detiene su descenso. Casio se queda sin aire. Patalea. Se le enrojece la cara. La multitud ruge con ansia, coreando el nombre de Ares.

Las masas no tienen alma, se alimentan del miedo, la inercia y los prejuicios. No conocen el espíritu de Casio, la nobleza de un hombre que habría muerto por su familia pero que fue maldecido con la vida mientras todos ellos sucumbían. Ven a un monstruo. Un antiguo dios de dos metros diez, ahora prácticamente desnudo, humillado, ahogándose en su propia arrogancia.

Yo veo un hombre que intenta dar lo mejor de sí mismo en un mundo al que no le importa una mierda. Se me rompe el corazón.

Aun así, no me muevo, porque sé que no solo estoy presenciando la muerte de un amigo, sino el renacimiento de otro. Mi compañía no lo entiende. El terror empaña la expresión de Kavax. La de Victra también. A pesar de que la dorada no ha sentido mucha lástima por Casio a lo largo de todo este tiempo, me da la impresión de que lamenta el salvajismo que ve en Sevro. Es una carga horrenda para cualquier hombre. Holiday saca su arma, con la vista clavada en los rojos que nos rodean y apuntan a Kavax. Pero se

están perdiendo el espectáculo.

Atemorizado, observo a Sevro cuando se encarama de un salto a la barandilla, con los brazos abiertos de par en par, abarcando a su ejército. Debajo de él, Casio se balancea y muere mientras, desde el suelo, la multitud juega a ver quién es capaz de saltar lo bastante alto para tirarle de los pies. Ninguno de ellos lo consigue.

—Me llamo Sevro au Barca —grita mi amigo—. ¡Soy Ares! —Se da un puñetazo en el pecho—. He matado a cuarenta y cuatro dorados. A quince obsidianos. A ciento trece grises con mi filo. —La masa brama su aprobación, incluso los obsidianos—. Solo Júpiter sabe a cuántos más con barcos, cañones de riel y puños de pulsos. Con bombas nucleares, cuchillos, palos afilados…

Hace una pausa dramática. El público patea el suelo.

Sevro se golpea el pecho de nuevo.

—¡Soy Ares! ¡Un asesino también! —Se pone las manos en las caderas —. ¿Y qué les hacemos a los asesinos?

Esta vez no responde nadie.

Sevro no pretendía que lo hicieran. Agarra el cable del cuello de uno de los dorados arrodillados, se lo enreda alrededor del suyo y, mirando a Sefi con una sonrisilla enloquecida, guiña un ojo y salta de espaldas desde la barandilla.

La muchedumbre grita, pero el chillido atónito de Victra es el más agudo. El cable de Sevro se tensa. Patalea, asfixiándose junto a Casio. Sacudiendo los pies. Silencioso y terrible. El rostro carmesí se le va poniendo morado, como el de Casio. Los dos oscilan juntos, el Trasgo y el dorado, suspendidos sobre la multitud enardecida que ahora sale en estampida hacia la escalera para intentar llegar a la pasarela y cortar el cable de Sevro. Pero, en su locura, sobrecargan la escalera, que se separa de la pared. Victra está a punto de despegar con sus gravibotas para salvarlo. Se lo impido.

—Espera.

—¡Se está asfixiando! —exclama frenética.

—En efecto.

El que cuelga de ese cable no es un niño. No es un huérfano con el corazón roto que necesita que lo rescate. Es un hombre que ha estado en el

infierno y ahora cree en el sueño de su padre, en el sueño de mi esposa. Es un hombre al que yo protegería con mi propia vida aun cuando muriera por salvar el alma de esta rebelión.

Kavax está paralizado, con la vista clavada en Sefi, quien a su vez observa la curiosa escena. Sus obsidianas están igual de confundidas. Levantan la mirada hacia ella en busca de sus directrices. Ragnar creía en su hermana. En su capacidad de ser mejor que el mundo que les habían dado, un mundo en el que la clemencia no existe, en el que el perdón no se conoce. Y la impresión que producen en ella es muy intensa. En silencio, levanta el hacha y la deja caer sobre el cable de Sevro y después, a regañadientes, sobre el de Casio. En algún lugar, Ragnar sonríe.

Los dos hombres caen dando vueltas en el aire hasta que la turba los recoge.

Kavax no se ha movido desde el salto de Sevro. No ha dejado de mirar a Sefi con una mirada de profunda confusión. Todavía tiene la mano en el intercomunicador para llamar a sus hijos, pero lo pierdo entre la multitud. Los Hijos de Ares y los Aulladores han formado un círculo estrecho en torno a su líder y apartan a los demás a empellones. Sevro, a gatas, tose tratando de recuperar el aire. Corro hacia él y me arrodillo a su lado mientras Holiday ayuda a Casio, que resuella en el suelo a mi izquierda. Guijarro le cubre el cuerpo desnudo y ensangrentado con su capa de Aullador.

—¿Puedes hablar? —le pregunto a Sevro.

Él asiente. Los labios le tiemblan por culpa del dolor, pero sus ojos son todo fuego. Le ofrezco mi brazo y lo ayudo a levantarse. Alzo un puño para pedir silencio. Los Hijos se ponen a gritar al gentío hasta que las veinticinco mil respiraciones se acompasan con los latidos del corazón de mi pequeño amigo. Él los mira, asombrado por el amor que ve, por la veneración, por los ojos húmedos.

—La esposa de Darrow… —grazna Sevro, que tiene la laringe dañada—. Su esposa —dice más gravemente— y mi padre nunca se conocieron. Pero compartieron un sueño. El de un mundo libre. No construido sobre cadáveres, sino con esperanza. Con el amor que nos une, no con el odio que divide. Hemos perdido a muchos. Pero no estamos acabados. No estamos vencidos. Seguimos combatiendo. Pero no luchamos para vengar a los que han muerto.

Luchamos los unos por los otros. Peleamos por los que aún viven. Peleamos por los que todavía no viven.

»Casio mató a mi padre… —Se acerca al dorado y traga saliva con dificultad antes de volver a alzar la vista—. Pero lo perdono. ¿Por qué? Porque él protegía el mundo que conocía, porque tenía miedo.

Victra se abre paso hasta el círculo y mira a Sevro mientras este pronuncia las últimas palabras de su discurso como si estuvieran dirigidas a ella y solo a ella.

—Somos la nueva era. Y si estamos destinados a marcar el camino, más nos vale convertirlo en una vía mejor. Soy Sevro au Barca. Y ya no tengo miedo.

55

LA INNOBLE CASA BARCA

—Eres un maldito maníaco —le digo a Sevro en la enfermería de Virany. Él se sujeta el cuello mientras se ríe de sí mismo. Le doy un beso en la coronilla —. Un jodido loco, ¿lo sabes?

—Sí, bueno, esa jugada la he aprendido de ti, así que ¿qué dice eso de ti?

—Que él también está loco —dice Mickey desde la esquina.

Se está fumando un cisco. De sus fosas nasales brotan volutas de humo morado.

Sevro esboza una mueca de dolor.

—Esto duele un montón. No puedo ni volver la cabeza hacia los lados. Te has hecho un esguince cervical, te has dañado el cartílago y tienes laceraciones en la laringe —dice la doctora Virany tras su escáner biométrico.

Es una mujer ágil y de piel bronceada, con esa especial quietud interior reservada a las personas que han visto los dos lados de la adversidad.

—Lo mismo que te he dicho yo en cuanto has entrado. De verdad, Virany, con todas esas herramientas que usas… ¿dónde está el arte?

La doctora pone los ojos en blanco.

—Si hubieras pesado diez kilos más, te habrías partido el cuello, Sevro. Considérate afortunado.

—Menos mal que había cagado antes —refunfuña él.

—El cuello de Darrow habría resistido la presión de cincuenta kilos más —alardea Mickey distraídamente—. El índice tensor de sus cervicales…

—¿En serio? —pregunta Virany con un tono de voz hastiado—. ¿No puedes presumir más tarde, Mickey?

—Tan solo comentaba mi propia maestría —contesta él guiñándome un ojo.

Disfruta sacando de sus casillas a la dulce Virany. Desde que la contrató para ayudarlo con su proyecto, ambos han pasado la mayor parte del día en el laboratorio de Mickey, para disgusto de la doctora.

—¡Ay! —grita Sevro cuando la mujer le da un golpe en la parte baja de la columna—. ¡Que es mi cuerpo!

—Lo siento.

—Florecilla —lo provoco.

—Casi me rompo el cuello —replica Sevro.

—Ya he pasado por eso. Al menos a ti no han tenido que darte latigazos.

—Preferiría que me los hubieran dado —dice con un gesto de dolor cuando intenta girar el cuello—. Sería mejor que esto.

—No si los latigazos te los hubiera dado Pax —replico.

—He visto el vídeo, tampoco te dio tan fuerte.

—¿Te han azotado alguna vez? ¿Me viste la espalda?

—¿Viste tú mi maldito ojo en el Instituto? El Chacal hizo que me lo sacaran con un cuchillo, y no me viste quejarme.

—Me tallaron el maldito cuerpo de arriba abajo —digo justo cuando las puertas se abren con un siseo para dejar entrar a Mustang—. Dos veces.

—Venga ya, al final siempre sacas a relucir lo de la puñetera talla —masculla Sevro meneando los dedos en el aire—. Soy tan jodidamente especial, me pelaron los huesos y me hicieron empalmes en el ADN.

—¿Están siempre así? —le pregunta Virany a Mustang.

—Eso parece —contesta ella—. ¿Aceptarías un soborno para que les suturaras esas bocazas hasta que aprendan a no decir tantas palabrotas?

Mickey sale de su letargo.

—Bueno, es una pregunta interesante…

Sevro lo interrumpe.

—¿Cómo lo lleva el dorado? —le pregunta a Mustang—. ¿Sabes algo?

—Se alegra de seguir teniendo lengua —contesta la chica. Le están suturando el pecho en la enfermería. Tiene hemorragias internas por las

contusiones, pero sobrevivirá.

—¿Al final has ido a verlo? —pregunto.

—Sí. —Asiente, pensativa—. Estaba… emotivo. Me ha pedido que te dé las gracias, Sevro. Dice que sabe que no se lo merecía.

—Y tiene toda la maldita razón —farfulla mi amigo.

—Sefi dice que los obsidianos lo dejarán en paz —digo.

—¿Los obsidianos? —pregunta Mustang. Mis palabras parecen haberla arrancado de sus pensamientos—. Todos ellos.

Me echo a reír de repente.

—Ni siquiera me había dado cuenta.

—¿Qué pasa? —pregunta Sevro.

—Que ahora Sefi habla en nombre de los obsidianos, no solo de los valquirios. Y no ha sido una simple equivocación. El pantribalismo no estaba establecido antes de la revuelta —contesto—. Debe de haberla aprovechado para reunir al resto de los caciques bajo su mando.

—Es decir… ¿que ha dado un golpe maestro?

Suelto una carcajada.

—Eso parece.

—Ya veremos si aguanta. Pero aun así…, impresionante —dice Mustang —. Siempre nos han dicho que nunca desperdiciemos una buena crisis.

Mickey se estremece.

—Los obsidianos con juegos políticos…

—Todo eso de ahí fuera… ¿era una estrategia o era real? —le pregunta Mustang a Sevro.

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Es decir, tengo que salir del bucle en algún momento. Es una mierda, pero mi padre está muerto. No tiene sentido hacer arder el mundo hasta los cimientos para intentar traerlo de vuelta. ¿Sabes? Casio no mató a mi padre porque lo odiara. Ambos eran soldados haciendo lo que hacen los soldados, ¿sabes?

Mustang niega con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra. De modo que le pone una mano en el hombro y él se da cuenta de lo impresionada que la ha dejado. El elogio del silencio es el más sincero que Virginia puede ofrecerle, así que Sevro le dedica una poco habitual sonrisa desprovista de ironía. Aunque el gesto se desvanece de su rostro en cuanto la puerta se abre

y Victra entra en la sala con los ojos enrojecidos y nerviosa.

—Tengo que hablar contigo —le dice a Sevro.

—Largaos —ordena él al ver que no nos movemos—. Todos.

Esperamos al otro lado de la puerta mientras Victra y Sevro hablan dentro.

—¿Cuánto tiempo crees que tardaremos en completar la travesía? —me pregunta Mustang.

—Cuarenta y nueve días —contesto, y aparto a Mickey de la puerta a la que tiene pegada la oreja en un intento de escuchar lo que sucede dentro—. La clave está en mantener a los azules callados.

—Cuarenta y nueve días es mucho tiempo para que mi hermano haga planes. El engaño no funcionará.

—Nos proporcionará ventaja. Eso es lo único que importa.

Sabe que estos días me pesarán. Más allá del casco de nuestra nave, los mundos continúan girando. Persiguen a los rojos. Y a pesar de que hemos despertado el espíritu de los colores inferiores y obtenido otra victoria para esta rebelión, cada jornada que pasamos salvando la distancia que nos separa del Núcleo es otro día que el Chacal dedica a dar caza a nuestros amigos y la soberana a sofocar las insurrecciones que la asedian.

—Esto no lo curará todo —me advierte Mustang—. Pese a todo, los obsidianos no dejan de haber matado a siete prisioneros. Mi gente desconfía de esta guerra. De las consecuencias. Sobre todo si ahora Sefi ha unido a las tribus. Eso la hace peligrosa.

—Y más útil —añado.

—Hasta que vuelva a tener una opinión distinta a la tuya. Esto podría irse al traste en cualquier momento.

Mustang se yergue cuando Mickey se aparta a toda prisa de la puerta de la enfermería, que se abre inmediatamente después. Sevro y Victra salen al pasillo, los dos luciendo una sonrisa.

—¿Por qué tenéis esa cara los dos? —pregunto.

—Por esto.

Sevro me enseña un anillo de la Casa de Júpiter del Instituto. Le baila en el dedo. Lo miro con los ojos entrecerrados, sin entender muy bien qué

significa. Me doy cuenta de que su propio anillo ha desaparecido y entonces lo veo embutido a duras penas en el meñique de Victra.

—Me lo ha pedido —anuncia encantado.

—¿Qué? —balbuceo.

Mustang enarca las cejas.

—Pedido… que te…

—¡Sí, chaval! —exclama Sevro resplandeciente—. Vamos a casarnos.

Sevro y Victra se casan siete noches después, en una ceremonia íntima celebrada en el hangar auxiliar del Estrella de la Mañana. Cuando Victra me pidió que fuera yo quien la entregara tras darnos la noticia, me quedé sin habla. La abracé entonces como la abrazo ahora, antes de agarrarla del brazo y acompañarla por el pasillo flanqueado de Aulladores lavados y aseados y altísimos Telemanus. Nunca había visto a Sevro tan limpio, hasta se ha peinado la alborotada cresta hacia un lado. Espera a su novia delante de Mickey. La costumbre dicta que sea un blanco quien dé la bendición, pero a Victra le entró la risa solo de hablar de tradiciones y pidió que fuera Mickey quien oficiara la boda.

Al violeta le brilla la cara. Demasiado maquillaje, pero sigue siendo un rayo de sol de todas formas. De tallista a esclavizador, y de ahí a esclavo y oficiante de ceremonias. Su camino no ha sido fácil, pero eso lo hace aún más encantador. Le hizo mucha ilusión que Payaso y Muecas le pidieran que se sumara a nosotros en la despedida de soltero de Sevro, y aulló como el que más cuando ayer por la noche secuestramos a Sevro en su habitación y lo arrastramos a la cantina donde los Aulladores se reunieron para beber.

La animosidad resultante de los disturbios no se ha aplacado por completo, pero la boda nos proporciona una sensación de nostálgica normalidad. Rodeados por la locura de la guerra, saber que la vida puede continuar nos otorga una esperanza especial. A pesar de que algunos Hijos se quejan de que el líder de los rojos se case con una dorada, Victra ha hecho bastantes méritos para ganarse el respeto de los líderes del grupo. Y la valentía que demostró al irrumpir en el Estrella de la Mañana con Sefi y conmigo en Ilión ha contribuido a ese sentimiento. Derramó sangre por ellos,

con ellos, así que mi flota está tranquila, en paz. Al menos por esta noche.

Nunca he visto a Sevro tan feliz. Ni tan nervioso como lo estaba en la hora anterior a la ceremonia, mientras se cepillaba el pelo en mi cuarto de baño. Aunque tampoco es que pueda hacerse mucho con una cresta.

—¿Es una locura? Ayer me parecía una buena idea —me preguntó mirándose en el espejo.

—Y hoy sigue siéndolo —le contesté.

—No me lo digas por decir. Quiero la verdad, tío. Tengo ganas de vomitar.

—Yo lo hice antes de casarme con Eo.

—Mentira.

—Le puse las botas perdidas a mi tío. —Sentí una punzada de dolor al recordar que Narol ya no está—. No fue porque tuviera miedo de tomar la decisión errónea. Me asustaba que fuera ella la que se equivocara. Me daba miedo no estar a la altura de sus expectativas… Pero mi tío me dijo que las mujeres ven quiénes somos mejor que nosotros mismos. Por eso quieres a Victra. Por eso luchas con ella. Y por eso te mereces que te ocurra esto.

Sevro me miró con los ojos entornados a través del reflejo del espejo.

—Sí, pero tu tío estaba loco. Eso lo sabe todo el mundo.

—Pues entonces igual que yo. Todos estamos un poco chiflados. Especialmente Victra. Tiene que estarlo para casarse contigo, ¿no?

Esbozó una enorme sonrisa.

—Toda la maldita razón.

Y le alboroté el pelo esperando más allá de toda esperanza que puedan disfrutar de este pequeño momento de felicidad y tal vez de más después de la boda. Es la única esperanza que podemos tener, en realidad.

—Ojalá mi padre estuviera aquí.

—Creo que, en algún lugar, se está partiendo el culo de que tengas que ponerte de puntillas para besar a tu novia —le dije.

—Siempre fue un capullo.

Ahora, Sevro cambia el peso de un pie al otro cuando le entrego a Victra y la mira a los ojos. Ni siquiera se percata de mi presencia. Es como si ninguno de los demás estuviéramos allí, para ellos no. La ternura que brota en estos momentos de la temperamental mujer me deja claro cuánto lo ama. No

es un tema del que Victra vaya a hablar jamás. No es su estilo. Pero las aristas con las que se enfrenta a todo y a todos están limadas esta noche. Como si viera a Sevro como un refugio, un lugar donde puede estar a salvo.

Me acerco a Mustang cuando Mickey comienza su florido discurso. No es ni la mitad de grandilocuente de lo que sospechaba. Me fijo en que Mustang asiente a medida que el violeta habla, así que deduzco que lo ha ayudado a bajar el tono. Virginia me lee el pensamiento y se acerca a mí.

—Deberías haber oído el primer borrador. Era un espectáculo. —Me olisquea—. ¿Estás borracho? —Vuelve la vista hacia los Aulladores sonrojados y los Telemanus tambaleantes—. ¿Están todos borrachos?

—Chisss —le digo, y le paso una petaca—. Tú estás demasiado sobria.

Mickey está finalizando la ceremonia.

—… un pacto que solo la muerte puede romper. Os declaro Sevro y Victra Barca.

—Julii —lo corrige Sevro enseguida—. Su casa es la más antigua.

Bajando la mirada hacia él, Victra niega con la cabeza.

—Lo ha dicho bien.

—Pero tú eres de los Julii —insiste Sevro confundido.

—Ayer sí. Hoy prefiero ser de los Barca. Siempre y cuando a ti no te suponga un problema y yo no tenga que encogerme proporcionalmente.

—Me encantaría —asegura Sevro con las mejillas relucientes.

Mickey continúa y Sevro y Victra se dan la vuelta para mirar a sus amigos.

—Entonces os presento ante vuestros compañeros y ante los mundos como Sevro y Victra, de la Casa Barca de Marte.

Puede que la ceremonia haya sido íntima, pero la celebración es todo lo contrario. Se extiende a toda la flota. Si hay algo de lo que sepa mi pueblo, es de sobrevivir a las adversidades con regocijo. La vida no consiste solo en respirar, también consiste en ser. La noticia del discurso y el ahorcamiento de Sevro se propagó por las embarcaciones cerrando las heridas.

Pero este día es el que importa. El que reafirma la alegría de vivir de mi flota. Se celebran bailes en las corbetas más pequeñas, en los destructores, en

las naves antorcha y en el Estrella de la Mañana. Bandadas de alas rápidas sacuden los puentes de mando en formación festiva. La bazofia y los licores de la Sociedad fluyen entre la muchedumbre en movimiento, que se reúne en los hangares para cantar y bailar alrededor de las armas de guerra. Incluso Kavax, empecinado en su miedo al caos y sus prejuicios contra los obsidianos, baila con Mustang. Embriagado, abraza a Sevro y a Victra e intenta, con torpeza, olvidar los estúpidos bailes de los dorados y aprender los de mi pueblo con la ayuda de una roja rellenita de cara risueña y las uñas llenas de grasa de una mecánica. Cyther, el extraño naranja que tanto me impresionó hace un año y medio en los garajes del Pax, está con ellos. Esta misma mañana ha terminado el proyecto especial de Mustang. Ahora está bebido y hace girar su desgarbado cuerpo sobre la pista de baile mientras Kavax ruge para animarlo.

Daxo, que, como siempre, está sentado a un lado discretamente, niega con la cabeza ante las payasadas de su padre. Le ofrezco una copa.

—Es vino —digo.

—Gracias a Júpiter —contesta, y la acepta con elegancia—. Tu gente intenta una y otra vez hacerme beber una especie de disolvente para motores.

Escudriña su terminal de datos con recelo.

—He puesto a Holiday al cargo de la seguridad —le digo—. Esto no es una fiesta dorada.

Se echa a reír.

—Gracias a Júpiter también por eso. —Al fin bebe un sorbo de su vino—. Atolones Venusinos —dice—. Muy bueno.

—Tu padre es un espectáculo.

Señalo con la cabeza hacia la pista de baile, donde el gran hombre se balancea con dos rojas.

—No es el único —replica Daxo con perspicacia tras seguir mi mirada hasta Mustang, a la que Sevro está haciendo girar una y otra vez.

Su rostro brilla y rebosa vida, aunque puede que sea a causa del alcohol. Tiene el pelo empapado de sudor y pegado a la frente.

—Te quiere, ¿sabes? —prosigue Daxo—. Pero tiene miedo de perderte, así que te mantiene a distancia. Es curioso cómo somos, ¿verdad?

—Daxo, ¿por qué no bailas? —pregunta Victra acercándose a él

resueltamente—. Siempre tan comedido. ¡Arriba! ¡Arriba! —Tira de él hasta obligarlo a levantarse y luego lo empuja en dirección a la pista de baile. A continuación, se desploma sobre la silla que ocupaba el Telemanus—. Mis pies. Saqueé el armario de Antonia. Se me había olvidado que tiene pies de pichón.

Me echo a reír y Payaso se acerca a nosotros tambaleándose, borracho como una cuba.

—Victra, Darrow. Una cosa. ¿Creéis que a Guijarro le interesa ese tipo? —pregunta apoyándose en una de las mesas mientras se bebe otra copa de vino de un trago. Ya tiene los dientes morados.

—¿El alto? —inquiere Victra. Guijarro está bailando con un capitán gris de los Gárgolas—. Parece que le gusta.

—Es increíblemente guapo —dice Payaso—. Y tiene una buena dentadura.

—Supongo que siempre podrías interrumpirlos y pedirle que baile contigo.

—Bueno, no querría parecer desesperado.

—Júpiter no lo quiera —dice Victra.

—Creo que voy a pedírselo.

—Me parece una buena idea —le asegura ella—. Pero deberías hacer una reverencia antes. Para ser educado.

—Ah. Entonces está decidido. Iré ahora mismo. —Se sirve otra copa de vino—. En cuanto me tome otra.

Le quito el vino de las manos y lo empujo hacia Guijarro. Holiday aparece junto al marco de la puerta para ver la torpe interrupción de Payaso. Le hace una reverencia a la Aulladora, echando la mano hacia atrás teatralmente.

—Ay, demonios. Lo ha hecho de verdad. —A Victra se le escapa el champán por la nariz—. Deberías hacer lo mismo con Mustang. Creo que está intentando robarme a mi marido. «Marido». Qué palabra tan rara.

—El mundo es raro.

—Sí que lo es. «Esposa». ¿Quién iba a imaginárselo?

La miro de arriba abajo.

—A mí me parece que a ti te queda bien. —La rodeo con un brazo—. Me

parece que te queda perfectamente.

Me sonríe, radiante.

—Señor —dice Holiday acercándose a nosotros.

—Holiday, ¿vienes a tomarte una copa? —La miro, y mi sonrisa se desvanece en cuanto veo la expresión de su rostro. Ha ocurrido algo—. ¿Qué ocurre?

Me aparta de Victra.

—Es el Chacal —me dice en voz baja para no estropear el ambiente—. Está en el intercomunicador preguntando por ti. Conexión directa.

—¿Con cuánto retraso?

—Seis segundos.

En la pista de Baile, Sevro sigue dando torpes vueltas con Mustang, ambos riéndose porque ninguno de los dos conoce el baile que ejecutan los rojos que los rodean. Ella tiene el pelo de las sienes oscurecido por el sudor, los ojos brillantes por la alegría del momento. Ninguno de ellos siente el repentino pánico que me asalta, que invade el mundo más allá de estas paredes. No quiero que lo sientan. Esta noche no.

56

A TIEMPO

Está sentado en una silla sencilla en el centro de mi sala de entrenamiento circular. Lleva un abrigo blanco con un león dorado a cada lado del cuello alto. Sobre su holograma resplandeciente, las estrellas son frías manchas de luz al otro lado de la cúpula de durocristal. Esta sala se construyó para adiestrarnos para la guerra, así que será en ella donde le concederé una audiencia a mi enemigo. No permitiré que pervierta esta embarcación en la que vivió Roque y donde mis amigos están de celebración apareciendo en cualquier otro lugar.

A pesar de que está a miles de kilómetros de distancia, cuando me planto ante su imagen digital casi puedo percibir su olor a viruta de lapicero y oír el vasto silencio con el que llena las estancias. Es tan realista que si no fuera porque brilla pensaría que está aquí mismo. A su espalda, el fondo está difuminado. Me observa mientras entro en la habitación. No sonríe. No hay falsa amabilidad en su rostro. Pero está claro que la situación lo divierte. Le da vueltas a su lápiz óptico de plata con una mano. El único síntoma de su nerviosismo.

—Hola, Segador. ¿Cómo van las festividades?

Intento que no note mi desasosiego. Pues claro que sabe lo de la boda. Tiene espías en nuestra flota. Hasta qué punto están cerca de mí, no lo sé. Pero no permito que ese pensamiento se expanda malignamente por mi interior. Si pudiera hacernos daño desde donde está, ya lo habría hecho.

—¿Qué quieres? —pregunto.

—Tú me llamaste la última vez. Pensé que debía devolverte el favor, sobre todo teniendo en cuenta el mensaje que te envié a través de tu tío. ¿Lo recibiste? —No contesto—. Al fin y al cabo, cuando llegues a Marte los cañones hablarán por nosotros. Puede que nunca volvamos a vernos. Raro, ¿verdad? ¿Viste a Roque antes de que muriera?

—Sí.

—¿Y lloró suplicándote que lo perdonaras?

—No.

El Chacal frunce el entrecejo.

—Pensé que lo haría. Es fácil engañar a un romántico. Y pensar que estaba allí cuando me llevé a su chica. Tú ibas corriendo por el pasillo gritando el nombre de Tacto, y él levantó la vista confundido. Hundí una esquirla del cráneo de Quinn en su propio cerebro con mi escalpelo. Me planteé dejarla vivir con daño cerebral. Pero imaginármela babeando por todas partes hizo que se me revolviera el estómago. ¿Crees que él habría seguido queriéndola si babeara?

Se produce un ruido junto a la puerta, fuera del rango de captura de la cámara. Mustang me ha seguido desde la boda. Tras asimilar la escena, me mira en silencio. Debería desconectar el holo. Dejar plantado al Chacal, pero parece que no soy capaz de separarme de él. La misma curiosidad que me ha traído hasta aquí me inmoviliza los pies.

—Roque no era perfecto, pero le importaban los dorados. Le importaba la humanidad. Tenía algo por lo que morir. Y eso lo convierte en mejor hombre que la mayoría —digo.

—Es fácil perdonar a los muertos —replica el Chacal—. Yo lo sé bien.

Un minúsculo espasmo de humanidad le recorre los labios. Puede que él no lo admita jamás, pero el tono de su voz me revela que no está libre de remordimientos. Sé que deseaba la aprobación de su padre. Pero ¿no podría ser que en realidad eche de menos a Augusto? ¿Que haya perdonado a su padre ahora que ha muerto y que lamente su pérdida? ¿Será a eso a lo que se refiere?

Levanta una vara corta y dorada de su regazo. Si aprieta un botón, se transforma en un cetro coronado por la cabeza de un chacal encima de la

pirámide de la Sociedad. Encargué que se lo hicieran hace más de un año.

—No me he separado de tu regalo —dice, y acaricia la cabeza del chacal —. A lo largo de mi vida, siempre me habían regalado leones. Nada que fuera realmente mío. ¿Qué dice de mí el hecho de que mi mayor enemigo me conozca mejor que cualquier amigo?

—Tú el cetro, yo la espada —digo haciendo caso omiso de su pregunta —. Ese era el plan. —Se lo regalé porque quería que se sintiese querido. Que pensara que era su amigo. Y lo habría sido, entonces. Lo habría ayudado a cambiar como lo hizo Mustang. Como tal vez lo haga Casio—. ¿Es como pensabas que sería? —le pregunto.

—¿Qué?

—El trono de tu padre.

Frunce el entrecejo mientras piensa qué táctica adoptar.

—No —responde al final—. No es lo que esperaba.

—Quieres que te odiemos, ¿verdad? —prosigo—. Por eso mataste a mi tío, aunque no necesitabas hacerlo. Te aporta determinación. Por eso me has llamado. Para sentirte importante. Pero yo no te odio.

—Mentiroso.

—No te odio.

—He matado a Pax, a tu tío, a Lorn…

—Me das lástima.

Guarda silencio.

—¿Lástima?

—Archigobernador de todo Marte, uno de los hombres más poderosos de los mundos. Con potestad para hacer lo que se te antoje. Y no es suficiente. Nada ha sido nunca suficiente para ti, y nunca lo será. Adrio, no estás intentando demostrar tu valor ante tu padre, ante mí, ante Virginia o ante la soberana. Estás intentando importarte a ti mismo. Porque estás roto por dentro. Porque odias lo que eres. Te gustaría haber nacido como Claudio. Como Virginia. Desearías ser como yo.

—¿Como tú? —pregunta con desdén—. ¿Un rojo asqueroso?

—No soy rojo.

Le enseño mis manos desprovistas de emblemas.

Le repugnan.

—¿Ni siquiera has evolucionado lo bastante para tener un color, Darrow? No eres más que un *Homo sapiens* jugando en el reino de los dioses.

—¿Dioses? —Niego con la cabeza—. Tú no eres ningún dios. Ni siquiera eres dorado. No eres más que un hombre que piensa que un título lo engrandecerá. Un hombre que quiere ser más de lo que realmente es. Pero lo único que deseas de verdad es amor. ¿Me equivoco?

Suelta un bufido de desprecio.

—El amor es para los débiles. Lo único que tú y yo tenemos en común es nuestra hambre. Tú crees que no puedo saciarla. Que siempre ansío más. Pero mírate en el espejo y verás que el mismo hombre te devuelve la mirada. Diles a tus amiguitos rojos lo que quieras. Pero yo sé que te perdiste a ti mismo entre nosotros. Ansiabas ser dorado. Lo vi en tus ojos en el Instituto. Vi esa fiebre en la Luna cuando te propuse que gobernáramos. La vi cuando llegaste en aquella cuadriga triunfal hasta los escalones de la Ciudadela. Es esa hambre lo que nos convierte en seres solitarios para siempre.

Y es entonces cuando me hiere en el alma. Destapa ese miedo abisal que la oscuridad convirtió en mi realidad. El miedo a estar solo. A no volver a encontrar el amor jamás. Pero entonces Mustang se adelanta para colocarse a mi lado.

—Te equivocas, hermano —dice.

El Chacal se recuesta al ver a su hermana.

—Darrow tenía una esposa. Una familia a la que amaba. Tenía muy poco, pero era feliz. Tú lo tenías todo y eras desgraciado. Y siempre lo serás porque eres codicioso. —Los cimientos de la calma del Chacal comienzan a tambalearse—. Por eso mataste a nuestro padre y a Quinn. Por eso mataste a Pax. Pero esto no es un juego, hermano. Esto no es uno de tus laberintos…

—No me llames hermano, puta. Tú no eres hermana mía. Te has abierto de piernas para un perro mestizo. Para una bestia de carga. ¿Quiénes serán los siguientes?, ¿los obsidianos? Apuesto algo a que ya están todos haciendo cola. Eres una vergüenza para tu color y para nuestra casa.

Avanzo hacia el holo, furioso, pero Mustang me pone una mano en el centro del pecho y se vuelve hacia su hermano.

—Crees que nunca te han querido, hermano. Pero madre sí te quería.

—Si así era, ¿por qué no se quedó? —pregunta con aspereza—. ¿Por qué

se marchó?

—No lo sé —contesta ella—. Pero yo también te quería y tú lo tiraste por la borda. Eras mi gemelo. Estábamos unidos de por vida. —Tiene los ojos humedecidos—. Te defendí durante años. Entonces descubrí que habías sido tú quien había hecho asesinar a Claudio. —Parpadea para tragarse las lágrimas y niega con la cabeza cuando recupera su determinación—. Eso no puedo perdonártelo. No puedo. Tenías amor y lo perdiste, hermano. Esa es tu maldición.

Doy un paso al frente para colocarme a la altura de Mustang.

—Adrio, vamos a por ti. Destrozaremos tus barcos. Invadiremos Marte. Atravesaremos las paredes de tu búnker. Te encontraremos y te llevaremos ante la justicia. Y cuando estés colgado en el patíbulo, cuando la puerta se abra por debajo de ti y tus pies ejecuten la Danza del Diablo, justo entonces te darás cuenta de que todo esto ha sido en vano, porque no quedará nadie que te estire de los pies.

La pálida luz del holo se desvanece cuando interrumpimos la conexión y nos deja solos bajo el techo de cristal y las estrellas.

—¿Estás bien? —le pregunto a Mustang.

Ella asiente mientras se seca los ojos.

—No esperaba ponerme a llorar así. Lo siento.

—Para ser justos, creo que yo lloro más. Pero te perdono.

Intenta sonreír.

—¿De verdad crees que podemos conseguirlo, Darrow?

Tiene los ojos rojos, las lágrimas han convertido en un borrón la máscara de pestañas que se había puesto para la boda y la nariz, que le moquea, se le ha puesto como un pimiento, pero nunca he visto una belleza tan inmensa como la suya en este instante. La crudeza de la vida discurre por todo su cuerpo. Todas las grietas y miedos que la convierten en quien es salen a la luz. Tan imperfecta y tempestuosa que quiero abrazarla y amarla mientras pueda. Y por una vez, me lo permite.

—Tenemos que hacerlo. Tú y yo tenemos toda una vida por delante —digo atrayéndola hacia mí.

Me parece imposible que una mujer como ella pueda querer que la abrace, pero Mustang apoya la cabeza contra mi pecho cuando la rodeo con

los brazos y recuerdo lo perfectamente que encajamos el uno con el otro, y las estrellas y los minutos pasan a lo lejos.

—Deberíamos volver a la fiesta —me dice al final.

—¿Por qué? Tengo todo lo que necesito aquí mismo.

Bajo la mirada hacia la corona de su cabeza dorada y veo la oscuridad de sus raíces. Inspiro todo su aroma. Termine mañana o dentro de ochenta años, podría estar oliéndola durante el resto de mi vida. Pero quiero más. Necesito más. Le levanto la fina mandíbula con una mano para que me mire. Iba a decirle algo importante. Algo memorable. Pero se me ha olvidado al verle los ojos. El abismo que nos separaba aún está ahí, lleno de preguntas, recriminaciones y culpa, pero es solo una parte del amor, parte de ser humanos. Todo está resquebrajado, todo está manchado excepto los frágiles momentos que se cristalizan en el tiempo y hacen que merezca la pena vivir la vida.

57

LUNA

Los Faros del Rubicón son una esfera de transpondedores, cada uno de ellos del tamaño de dos obsidianos, que flotan en el espacio a un millón de kilómetros del núcleo de la Tierra, envolviendo los dominios más íntimos de la soberana. Durante quinientos años, ninguna flota extranjera ha superado nunca sus fronteras. Ahora, dos meses y tres semanas después de que la noticia de la destrucción de la invencible Armada de la Espada haya llegado al Núcleo, ocho semanas después de que yo proclamara que navegábamos hacia Marte, diecisiete días después de que la soberana declarara la ley marcial en todas las ciudades de la Sociedad, la Armada Roja se acerca a la Luna dejando atrás los Faros del Rubicón sin disparar un solo tiro.

Las naves antorcha de los Telemanus se sitúan a la vanguardia para quitar las minas y detectar cualquier posible trampa preparada por las fuerzas de la Sociedad. Las siguen los pesados destructores de Orión, repletos de obsidianos y pintados con los ojos que todo lo ven de los espíritus del hielo. A continuación va la flota Julii con el sol lloroso de Victra y, adornando el pesado acorazado, el Pandora, las fuerzas de los reformistas: las nueras de Lorn au Arcos, que han venido a buscar justicia, y las embarcaciones doradas y negras que lucen el león de Augusto, encabezadas por el maltrecho Dejah Thoris. Y mis propios navíos cierran la comitiva, guiados por el barco más grandioso jamás construido y robado, el indómito Estrella de la Mañana, engalanado con una guadaña roja de siete kilómetros de longitud a babor y

estribor. No todos los agujeros que le hicimos con las Garras Perforadoras están ya reparados. Pero se ha sustituido la armadura que recubre el casco exterior. El Pax murió para conseguirnos esta nave. Y es un premio que merece la pena. Nos quedamos sin pintura para la guadaña de abajo, así que es un cuarto de luna chapucero, el símbolo de la Casa Lune. Mis hombres piensan que es un buen augurio. Una accidental promesa a Octavia au Lune de que la tenemos señalada.

La guerra ha llegado al Núcleo.

Hace tres días que saben que me acerco. No podíamos ocultarles nuestra llegada a sus sensores, pero el caos reinante demuestra lo poco preparados que están para defenderse. Es una civilización en ebullición. El Señor de la Ceniza ha desplegado la Armada del Cetro, el orgullo del Núcleo, en formación defensiva en torno a la Luna. Las caravanas de embarcaciones comerciales procedentes del Confín congestionan la Vía Apia por encima del hemisferio norte lunar, mientras que las colas de navíos civiles escalonan su salida a lo largo de la Vía Flaminia, esperando a superar la inspección en el colosal astromuelle antes de descender hacia la atmósfera de la Tierra. Pero cuando cruzamos los Faros del Rubicón e invadimos el espacio de la Luna, los barcos parecen volverse locos. Muchos de ellos se apartan de la fila organizada para precipitarse hacia Venus, otros intentan superar los muelles sin someterse al control y lanzarse hacia la Tierra. Resplandecen mientras los cazas plateados y blancos y las rápidas fragatas armadas destrozan motores y cascos. Docenas de embarcaciones mueren para mantener el orden.

Nos superan en número y cuentan con mucho más armamento, pero la iniciativa está de nuestra parte, al igual que el miedo que todas las civilizaciones tienen a los invasores bárbaros.

El primer baile de la batalla de la Luna ha comenzado.

—Atención, flota no identificada… —retumba la crispada voz de un bronce a través de una frecuencia abierta—. Aquí la Jefatura de Defensa de la Luna: estáis en posesión de propiedades robadas y además violando las regulaciones de la Sociedad sobre fronteras del espacio profundo. Identificaos y aclarad vuestras intenciones de inmediato.

—Disparad un misil de largo alcance contra la Ciudadela —digo.

—Eso está a un millón de kilómetros de distancia… —me informa el azul

encargado de la artillería—. Lo interceptarán.

—Lo sabe perfectamente, maldita sea —lo reprende Sevro—. Obedece la orden.

Para llegar hasta aquí pasando inadvertidos, hemos tenido que diseñar una campaña de contrainteligencia para gestionar no solo nuestras transmisiones con las células de los Hijos a lo largo y ancho del Núcleo, sino también las que se realizaban entre nuestros propios barcos y capitanes. El Chacal no estará en disposición de ayudar a la soberana, y tampoco la *Classis Venetum*, la cuarta flota de Venus. Ni la *Classis Libertas*, la Quinta flota del Cinturón interno, pues la soberana la ha enviado a Marte para socorrer al Chacal. Todos esos barcos estarán a tres semanas de distancia a máxima potencia según la órbita actual. La mentira ha funcionado. Los espías de mi barco han filtrado la información incorrecta que Sevro les gritó tras su ahorcamiento y la soberana se la ha tragado.

Este es el riesgo de un imperio solar: todo el poder de todos los mundos no significa nada si reside en el lugar equivocado.

Veinte minutos más tarde, las plataformas de defensa orbital interceptan mi misil.

—Estamos recibiendo una conexión directa —dice detrás de mí el azul encargado de las comunicaciones—. Tiene etiquetas pretorianas.

—Al holo principal —le pido.

Un pretoriano dorado con rostro aguileño y pelo corto canoso en las sienes se materializa ante mí. La imagen aparecerá en todos los puentes de mando y holopantallas de la flota.

—Darrow de Lico —dice con un impecable acento culto de la Luna—, ¿estás en posesión del *imperium* de esta flota de guerra?

—¿Qué falta me hacen a mí vuestras tradiciones? —pregunto yo a mi vez.

—Muy bien —contesta el dorado, que mantiene la compostura a pesar de todo—. Soy el archilegado Lucio au Sejanus de la Guardia Pretoriana, primera cohorte. —He oído hablar de Sejanus. Es un hombre inquietante y eficiente—. He acudido en misión diplomática a vuestras coordenadas —prosigue con frialdad—. Solicito que detengas las hostilidades y le concedáis a mi lanzadera acceso a tu buque insignia para que podamos comunicarte las

intenciones de la soberana y el Senado en…

—Denegado —digo.

—¿Disculpa?

—Si cualquier embarcación de la Sociedad se acerca a mi flota, dispararemos contra ella. Si la soberana desea hablar conmigo, que lo haga en persona y no a través de la boca de un lacayo. Dile a esa vieja bruja que hemos venido a luchar. No a charlar.

Mi barco es un hervidero de actividad. Hace solo tres días que les revelamos a nuestros hombres nuestro verdadero destino y están descabelladamente emocionados. Hay un cierto halo de inmortalidad en un ataque contra la Luna. Ganemos o perdamos, habremos manchado para siempre el legado de los dorados. Y en las mentes de mis hombres, y en las conversaciones de los planetas y las lunas del Núcleo que interceptamos con los intercomunicadores, se palpa verdadero miedo. Por primera vez en siglos, los dorados han mostrado debilidad. Acabar con la Armada de la Espada ha hecho más por la expansión de la rebelión de lo que mis discursos podrían haber hecho nunca.

Los soldados me saludan cuando, de camino a sus transportadores de tropas y naves sanguijuela, se cruzan conmigo por el pasillo. Los escuadrones están predominantemente formados por rojos y grises desertores, pero también veo en cada cápsula técnicos de batalla verdes, maquinistas rojos y exploradores y miembros de la infantería pesada obsidianos. Reenvío la orden de permiso de despegue de la lanzadera al controlador de vuelo del Estrella de la Mañana con mi código de autorización. La aceptan y procesan. La mayor parte de los días confiaría en que la orden siguiera su curso sin más, pero hoy quiero asegurarme, así que me dirijo al puente de mando para confirmarla en persona. El capitán rojo a cargo de la seguridad del puente grita a sus hombres para que presten atención cuando entro. Más de cincuenta soldados armados, rojos, grises y obsidianos, me saludan. Los azules continúan sus operaciones en sus fosos. Orión está en el puesto de observación delantera que una vez ocupó Roque. Tiene las manos gordezuelas cruzadas a la espalda. Su piel es casi tan oscura como su

uniforme negro. Se da la vuelta para mirarme con esos enormes ojos pálidos y su ruin sonrisa blanca.

—Segador, la flota está casi a punto.

La saludo cordialmente y me coloco a su lado para mirar por el ventanal.

—¿Qué pinta tiene?

—El Señor de la Ceniza ha preparado un despliegue defensivo. Da la sensación de que piensa que pretendemos realizar una Lluvia de Hierro antes de sacarlo de la luna. Una conjetura perspicaz. No tiene ningún motivo para cargar contra nosotros. Todos los demás barcos del Núcleo pondrán rumbo hacia aquí. Cuando lleguen, seremos la cucaracha acorralada entre el suelo y el martillo. Ha supuesto que precipitaremos el enfrentamiento, pero no hay otra opción.

—El Señor de la Ceniza conoce la guerra —comento.

—Eso es cierto. —Echa un vistazo a su terminal de datos—. ¿Qué es esto que me dicen sobre un permiso de despegue para una lanzadera Sarpedón desde HB Delta?

Sabía que se daría cuenta. Y no quiero darle explicaciones en este momento. No todo el mundo es tan compasivo como yo con Casio, ni siquiera después de que Sevro le perdonara la vida.

—Voy a enviar a un emisario para que se reúna con un grupo de senadores —miento.

—Los dos sabemos que eso no es verdad —replica—. ¿Qué está pasando?

Me acerco más a ella para que nadie pueda oírnos.

—Si Casio permanece en la flota mientras disputamos esta batalla, alguien intentará burlar a los guardias y rajarle el cuello. Hay demasiado odio hacia los Belona para que se quede aquí.

—Pues entonces escóndelo en otra celda. No lo liberes —me pide—. Volverá con ellos de inmediato. Se sumará de nuevo a la guerra.

—No lo hará.

Orión mira por encima de mi hombro para asegurarse de que nadie nos está prestando atención.

—Si los obsidianos se enteran…

—Por eso precisamente no se lo he dicho a nadie —le explico—. Voy a

liberarlo. Vas a autorizar el despegue de esa lanzadera. Déjala marchar. Necesito que me lo prometas. —Sus labios forman una línea delgada y dura —. Prométemelo.

Asiente y vuelve a mirar hacia la Luna. Como siempre, tengo la impresión de que sabe más de lo que revela.

—Te lo prometo. Pero ten cuidado, niño.

Me reúno con Sevro en el pasillo que lleva a las celdas de los prisioneros de alta seguridad. Está sentado sobre el contenedor de carga anaranjado y su graviplataforma flotante mientras bebe de una petaca y sujeta el achicharrador que lleva en la funda de la pierna con la mano izquierda. El pasillo está más tranquilo de lo que debería teniendo en cuenta quiénes lo ocupan, pero es en los hangares principales, los puestos de artillería, las salas de máquinas y las armerías donde la actividad de mi barco es abrumadora. No aquí, en la cubierta de prisioneros.

—¿Con qué te has entretenido? —pregunta Sevro.

Él también lleva un uniforme negro y se agita, incómodo, bajo su nuevo chaleco de combate. Le cuelgan las piernas y sus botas repiquetean al chocar la una contra la otra.

—Orión me ha estado haciendo preguntas en el puente de mando acerca del permiso de despegue.

—Mierda. ¿Ha descubierto por qué vamos a dejar que el águila vuele?

—Ha prometido dejarla marchar.

—Más le vale. Y más le vale también mantener la boca cerrada. Si Sefi se entera…

—Lo sé —aseguro—. Y también Orión. No se lo contará.

—Si tú lo dices…

Sevro arruga la cara y se termina el contenido de la petaca. Luego mira hacia el otro extremo del pasillo. Mustang se acerca.

—Los guardias están reposicionados —informa—. Las patrullas marinas se han apartado del corredor 13-c.

—Bien. ¿Estás segura de esto? —le pregunto acariciándole la mano.

Ella asiente.

—No del todo, pero así es la vida.

—¿Sevro? ¿Aún estás de acuerdo?

Mi amigo baja del contenedor de un salto.

—Obviamente. Estoy aquí, ¿no es así?

Sevro me ayuda a manipular la graviplataforma para que cruce las puertas que desembocan en las mazmorras. El puesto de observación está vacío. Lo único que queda del equipo de Hijos que vigilaba a los prisioneros son envoltorios de comida y tazas con restos de tabaco. Sevro me sigue desde la entrada hasta la sala decagonal rodeada de celdas de durocristal al tiempo que silba la tonada que compuso para Plinio.

—Si en los pantalones te meas… —canta cuando nos detenemos ante la celda de Casio.

La de Antonia está enfrente. La mujer tiene la cara hinchada a causa de la paliza. Nos fulmina con la mirada sin moverse del camastro de su celda. Sevro da unos golpecitos en el durocristal que nos separa de Casio.

—Arriba, arriba, señor Belona.

Casio se frota el sueño de los ojos y se sienta en la cama. Nos mira a Sevro y a mí, pero se dirige a Mustang.

—¿Qué está pasando?

—Hemos llegado a la Luna —contesto yo.

—¿No estamos en Marte? —pregunta sorprendido.

Antonia cambia de postura a nuestra espalda, tan sorprendida por la noticia como parece estarlo Casio.

—No, no estamos en Marte.

—¿De verdad vas a atacar la Luna? —murmura Casio—. Estás loco. No tienes suficientes barcos. ¿Cómo pretendes superar siquiera los escudos?

—No te preocupes por eso, cariño —le dice Sevro—. Tenemos nuestros métodos. Pero dentro de poco este barco va a convertirse en un hierro candente. Y es probable que alguien entre y te vuele la cabeza. Nuestro Darrow se pone triste cuando piensa en ello. Y a mí no me gusta el Darrow triste. —Casio se limita a mirarnos como si hubiéramos perdido la cabeza—. Todavía no lo ha pillado.

—Cuando dijiste que estabas harto de esta guerra, ¿lo decías de verdad? —le pregunto.

—No entiendo…

—Es jodidamente simple, Casio —interviene Mustang—. ¿Sí o no?

—Sí —contesta Casio desde su camastro. Antonia se incorpora para vernos bien—. Estoy harto. ¿Cómo podría ser de otra manera? Me lo ha arrebatado todo. Y todo por unas personas que solo se preocupan de sí mismas.

—¿Y bien? —le pregunto a Sevro.

—Oh, por favor —protesta él—. ¿Crees que voy a quedarme satisfecho con eso?

—¿A qué jugáis? —pregunta Casio.

—No es ningún juego, chaval. Darrow quiere que te libere. —El prisionero abre los ojos de par en par—. Pero necesito saber que no vas a intentar matarnos. A ti te va todo ese rollo del honor y las deudas de sangre, así que necesito que hagas un juramento para que pueda dormir tranquilo.

—Yo maté a tu padre…

—En serio, deberías dejar de recordármelo continuamente.

—Si te quedas aquí, no podremos protegerte —le digo—. Creo que los mundos siguen necesitando a Casio au Belona. Pero aquí no hay sitio para ti. Y tampoco hay un lugar para ti junto a la soberana. Si me juras por tu honor que dejarás esta guerra atrás, te concederé la libertad.

Antonia estalla en carcajadas detrás de nosotros.

—Esto es hilarante. Están jugando contigo, Casio. Te están tomando el pelo.

—Cállate, mocosa tóxica —le espeta Mustang.

Casio clava la mirada en Virginia mientras considera nuestra propuesta.

—¿Tú estás de acuerdo con esto?

—Fue idea mía —contesta ella—. Nada de esto es culpa tuya, Casio. Fui cruel contigo, y me arrepiento de ello. Sé que querías vengarte de Darrow, de mí…

—De ti no. Nunca quise vengarme de ti.

Mustang se estremece.

—… pero sé que has visto las consecuencias de la venganza. Sé que has visto lo que Octavia es en realidad. Lo que mi hermano es en realidad. Solo eres culpable de haber intentado proteger a tu familia. No te mereces morir aquí.

—¿De verdad quieres que me vaya? —pregunta.

—Quiero que vivas —contesta ella—. Y sí. Quiero que te vayas y no vuelvas jamás.

—Pero… ¿irme adónde? —pregunta.

—A cualquier lugar que no sea este.

Casio traga con dificultad, intentando encontrarse a sí mismo. No solo tratando de comprender dónde reside su honor o deber, sino también de imaginarse un mundo sin ella. Sé la terrible soledad que siente incluso en este momento en que le concedemos la libertad. Una vida sin amor es la peor prisión de todas. Pero se lame los labios y le hace un gesto de asentimiento a Mustang, no a mí.

—Por mi padre, por Julian, prometo no alzarme en armas contra ninguno de vosotros. Si me soltáis, me marcharé. Y no regresaré jamás.

—¡Cobarde! —Antonia golpea el cristal de su celda—. Condenado gusano llorón…

Le doy un ligero codazo a Sevro.

—Sigue faltando tu decisión.

Se estira de los pelos de la perilla.

—Demonios, más os vale no equivocaros con esto, capullos.

Se mete la mano en el bolsillo, saca una tarjeta magnética que hace las veces de llave y la puerta de la celda de Casio se abre con un crujido estrepitoso.

—Hay una lanzadera esperándote en el hangar auxiliar de este nivel —le informa Mustang con un tono de voz neutro—. Está autorizada para despegar. Pero tienes que marcharte ya.

—Y «ya» quiere decir «ya», caraculo —le dice Sevro.

—¡Van a pegarte un tiro en la nuca! —grita Antonia—. Traidor.

Casio pone una mano vacilante en la puerta de la celda, como si le diera miedo empujarla y descubrir que sigue cerrada, que nos riamos de él y le arrebatemos todas las esperanzas que le hemos dado. Pero tiene fe y, endureciendo su expresión, la empuja. La puerta de la celda se abre hacia fuera. Casio sale para unirse a nosotros. Tiende las manos para que se las esposemos.

—Eres libre, tío —dice Sevro al tiempo que golpea el contenedor naranja con los nudillos—. Pero tienes que meterte aquí dentro para que podamos

sacarte de aquí sin que nadie te vea.

—Claro. —Se queda callado y se da la vuelta para tenderme una mano. La acepto y un extraño sentimiento de camaradería me invade el pecho—. Adiós, Darrow.

—Buena suerte, Casio.

Y también se detiene ante Mustang. Quiere estrecharla entre sus brazos, pero ella se limita a ofrecerle la mano, fría con él incluso en estos momentos. Casio mira los dedos de la chica y niega con la cabeza sin aceptar su gesto.

—Siempre nos quedará la Luna —dice.

—Adiós, Casio.

—Adiós.

El dorado se acerca al contenedor que Sevro ha abierto y mira el interior. Titubea antes de entrar, pues quiere decirle algo a Sevro, quizá darle las gracias por última vez.

—No sé si tu padre tenía razón. Pero era un hombre valiente. —Le tiende una mano igual que ha hecho conmigo—. Siento que no esté aquí.

Sevro la mira con dureza, deseando odiarla. Estas cosas no le resultan fáciles. Nunca ha sido un alma caritativa. Pero hace un gran esfuerzo y estrecha la mano que le ofrecen. Sin embargo, tengo la sensación de que algo va mal. Casio no lo suelta. La expresión de su rostro se torna gélida. Gira el cuerpo. Tan rápido que no puedo evitar que tire de la mano de Sevro y atraiga el cuerpo de mi pequeño amigo hacia sí justo en el instante en que rota la cadera y se mete a Sevro bajo la axila derecha, como si estuvieran bailando, para poder arrebatarle el arma que lleva en la funda de la pierna. Sevro tropieza y trata de coger el achicharrador, pero ya no está. Casio lo empuja y se coloca detrás de él con el arma apoyada contra su columna vertebral. Sevro tiene los ojos como platos y me mira aterrorizado.

—Darrow…

—¡Casio, no! —grito.

—Es mi deber.

—Casio… —Mustang da un paso al frente. Estira una mano temblorosa —. Te salvó la vida… Por favor.

—De rodillas —nos ordena Casio—. Poneos de rodillas, demonios.

Siento que me tambaleo al borde del precipicio, que la oscuridad se

extiende de nuevo ante mí. Que susurra para recuperarme. No puedo tratar de desenfundar mi filo. Casio me dispararía sin problemas antes de que llegara siquiera a tocarlo. Mustang se arrodilla y me hace un gesto para que la imite. Aturdido, sigo sus indicaciones.

—¡Mátalo! —está gritando Antonia—. ¡Pégale un tiro a ese cabrón!

—Casio, escúchame… —le suplico.

—He dicho que de rodillas —le repite Casio a Sevro.

—¿De rodillas? —Sevro esboza una sonrisa maliciosa, con un brillo demente en los ojos—. Dorado estúpido. Te has olvidado de la Primera Regla de los Aulladores: nunca agaches la cabeza.

Coge el filo que lleva en la muñeca derecha e intenta darse la vuelta. Pero es demasiado lento. Casio le dispara en el hombro haciendo que salga despedido hacia un lado. El chaleco de combate cruje. La sangre rocía la pared de metal. Sevro se precipita hacia delante, con una mirada salvaje en los ojos.

—Por el dorado —susurra Casio, y dispara seis veces más a quemarropa contra el pecho de Sevro.

58

LUZ AGONIZANTE

La sangre mana a chorros del pecho de Sevro y me salpica la cara. Mi amigo se tambalea. Deja caer su filo. Se desploma de rodillas contra el suelo y ahoga un grito de horror. Me abalanzo sobre él bajo el cañón del arma humeante de Casio. Sevro se ha llevado las manos al pecho, confundido. Un hilillo de sangre le brota de la boca y le cae por el chaleco hasta mancharme las manos. Tose sobre mí para expulsarlo. Está desesperado por ponerse en pie. Por reírse de la situación. Pero no lo consigue. Le tiemblan los brazos. Tiene la respiración entrecortada. Los ojos como platos, un miedo salvaje, profundo, primario en su interior.

—No te mueras —le suplico ansioso—. No te mueras, Sevro. —Tirita entre mis brazos—. Sevro. Por favor. Por favor. No te mueras. Por favor. Sevro…

Sin una última palabra, sin una súplica o un destello de personalidad, se queda inmóvil, chorreando sangre. Su pulso se apaga mientras las lágrimas me resbalan por la cara y Antonia empieza a reírse.

Grito horrorizado.

Por la cruda maldad que siento en el mundo.

Mientras me mezo en el suelo con mi mejor amigo.

Abrumado por esta oscuridad, el odio y la indefensión.

Casio me mira, implacable.

—Recoge lo que sembraste —me dice.

Me levanto con un sollozo terrible. Me da un golpe en un lado de la cabeza con el achicharrador. No me derrumbo. Resisto el golpe y saco el filo. Pero él me da otros dos golpes y caigo. Me arrebata el filo y se lo pone a Mustang en la garganta cuando la chica intenta ponerse en pie. Me apunta a la cabeza con el achicharrador, lo miro a los ojos y está a punto de apretar el gatillo.

—¡La soberana lo querrá con vida! —grita Mustang.

—Sí —contesta Casio con tranquilidad, derrotando a su rabia—. Sí, tienes razón. Para poder despellejarlo hasta que tú nos reveles vuestros planes de batalla.

—Casio, sácame de esta condenada celda —sisea Antonia.

El dorado mueve el cadáver de Sevro con un pie y saca la tarjeta magnética para abrirle la puerta. Cuando Antonia sale de la celda, lo hace como una reina. Sus alpargatas de prisionera dejan pequeñas huellas sobre la sangre fresca de Sevro. Le da un rodillazo en la cara a Mustang, que cae al suelo. Yo veo borroso y siento náuseas a consecuencia de una contusión. El calor de la sangre de Sevro se filtra a través de mi camisa y me resbala por el vientre. Por encima de mí, Antonia suspira.

—Uf. El Trasgo sigue chorreando por todas partes.

—Vigílalos y quítales los terminales de datos —ordena Casio—. Necesitamos un mapa.

—¿Adónde vas?

—A coger unas esposas.

Le lanza el achicharrador.

Cuando Casio desaparece por la esquina, Antonia se sienta a horcajadas sobre mí. Me aprieta el arma contra los labios.

—Abre. —Me da un puñetazo en los testículos—. Abre.

Con los ojos en blanco a causa del color, abro la boca. Ella me mete dentro el cañón del achicharrador. El metal extraño me presiona el velo del paladar. Mis dientes arañan el acero negro. Estoy a punto de vomitar. Siento la bilis que me sube por la garganta. Me mira a los ojos con odio, encorvada sobre mi cabeza, introduciéndome el cañón en la faringe mientras convulsiono y solo lo saca cuando vomito en el suelo.

—Gusano.

Me escupe y nos quita los terminales de datos y los filos, y le pasa a Casio los de Sevro cuando el dorado regresa del puesto de vigilancia. Me ponen un arnés de prisionero, una combinación de bozal y chaleco metálicos que me inmoviliza los brazos y me los pegan al pecho de manera que los dedos de cada mano tocan el hombro contrario. Luego me introducen en el contenedor que habíamos traído para él, obligándome a doblar las rodillas para entrar. Soy incapaz de frenar la caída con las manoss, por lo que me golpeo la cabeza contra el plástico del fondo. A continuación, tiran a Sevro y a Mustang encima de mí como si fueran basura y cierran de un portazo. La sangre de Sevro me gotea sobre la cara. La mía se escapa a través de la brecha que tengo en un lado de la cabeza. Estoy demasiado conmocionado para llorar o moverme.

—Darrow… —murmura Mustang—. ¿Estás bien?

No le contesto.

—¿Has encontrado un mapa? —oigo que Casio le pregunta a Antonia fuera del contenedor.

—Y un inhibidor de señal para las cámaras —contesta ella—. Yo empujaré. Tú lo manejas, si puedes.

—Claro que puedo. Vamos.

El inhibidor se activa y la graviplataforma comienza a moverse arrastrándonos con ella. Si Sevro y Mustang no estuvieran encima de mí, podría acuclillarme y empujar la tapa con la espalda, pero su peso me mantiene inmovilizado contra el suelo del pequeño contenedor. Hace calor. Huele a sudor. Me cuesta respirar. Estoy indefenso aquí dentro. Soy incapaz de impedir que utilicen la ruta que yo había despejado para Casio. Soy incapaz de detenerlos mientras nos empujan por el hangar desierto y la rampa de la nave y comienzan a realizar las comprobaciones previas al vuelo.

—Lanzadera S-129, autorizada para despegue, en espera para desactivación de escudo de pulsos —dice el oficial de vuelo a través del intercomunicador desde el lejano puente de mando mientras los motores se calientan—. A punto para el lanzamiento.

Desde las entrañas del barco de guerra, mis enemigos me arrancan del consuelo de mis amigos, de la seguridad de mi pueblo y del poderío de mi ejército que se prepara para el combate. Contengo la respiración, esperando a

que la voz de Orión salga del intercomunicador. Que obligue a la nave a permanecer en el hangar. Que los alas rápidas fulminen sus motores. Pero no sucede nada de eso. En algún lugar, mi madre estará preparando té, preguntándose dónde estoy, si estoy a salvo. Rezo por que no pueda sentir este vacío a través del vacío, este miedo que me consume a pesar de mi cacareada fuerza y estúpidas fanfarronadas. Tengo miedo a pesar de lo que sé. No solo por mí, sino también por Mustang.

Oigo a Antonia y a Casio, que están hablando junto al contenedor. Casio ha emitido una señal de emergencia desde la nave. Apenas unos instantes después, una voz fría restalla en el intercomunicador.

—Lanzadera Sarpedón, aquí la nave de asalto Kronos. Habéis emitido una señal de peligro para un Olímpico. Por favor, identificaos.

—Kronos, aquí el Caballero de la Mañana. Código de autorización 7-8-7-eco-alfa-9-1-2-2-7. He escapado de la prisión a bordo del buque insignia del enemigo y solicito escolta y permiso para atracar. Antonia au Severus-Julii está conmigo. Transportamos una carga valiosa. El enemigo nos persigue.

Se produce un silencio.

—Entendido, código aceptado. Manteneos a la espera en el intercomunicador. La siguiente voz que oiréis será la del Caballero Proteico.

Un segundo después, la voz de Aja retumba por toda la nave haciendo que me invada el pánico. Consiguió sobrevivir a los páramos de hielo y volver a casa.

—¿Casio? Estás vivo.

—De momento.

—¿Qué es esa carga tan importante?

—El Segador, Virginia y el cuerpo de Ares.

—El cuerpo… Quiero verlos.

Oigo el retumbar de unas botas que se acercan al contenedor. La tapa se abre y Casio saca a Mustang con brusquedad. Luego me saca a mí y me tira al suelo de un empujón delante del holograma. Pequeña y oscura en el proyector holográfico, Aja nos observa con una calma sobrenatural. Antonia me apunta a la cabeza con el achicharrador de Sevro mientras Casio agarra la cabeza de mi amigo por la cresta para que se le vea la cara.

—¡Demonios, Belona! —exclama Aja con la voz, ahora sí, teñida de

emoción—. Demonios. Lo has conseguido. La soberana querrá verte en la Ciudadela.

—Antes de eso, necesito que me asegures que a Virginia no se le hará ningún daño.

—¿De qué hablas? —pregunta Antonia recelosa por lo cerca de ella que están Casio y su filo—. Es una traidora.

—Y la meterán en la cárcel —contesta él—. Pero no la ejecutarán. Ni la torturarán. Tienes que darme tu palabra. O haré que este barco dé la vuelta. Darrow mató a tu hermana. ¿Quieres vengarte o no?

—Tienes mi palabra —contesta Aja—. A ella no se le infligirá daño alguno. Estoy segura de que Octavia no se opondrá. La necesitamos para solucionar las cosas con el Confín. Vamos a enviar escuadrones para interceptar vuestra nave. Redirigíos hacia el vector 41’13’25, rodead la luna y esperad que el León de Marte establezca contacto para facilitaros instrucciones de atraque. No podemos autorizar que vuestro barco aterrice, pero el archigobernador Augusto está a punto de reunirse con la soberana en la Ciudadela. No creo que le importe bajaros en su nave.

—¿El archigobernador está aquí? —pregunta Casio—. No veo sus embarcaciones.

—Claro que está aquí —replica Aja—. Él siempre supo que Darrow no tenía intención alguna de ir a Marte. Toda su flota está en el otro extremo de la Luna a la espera de que los rojos ataquen la de mi padre. Él mismo ha tendido esta trampa.

59

EL LEÓN DE MARTE

Unos obsidianos con armadura negra, todos ellos casi tan corpulentos como Ragnar y engalanados con el emblema del león, nos arrastran a Mustang y a mí por la plataforma de carga de la lanzadera. Intento golpearlos, pero me clavan unas picas de iones de dos metros de largo en el estómago y me electrocutan. Siento calambres en los músculos. La electricidad me recorre el cuerpo de arriba abajo. Me lanzan contra el suelo del muelle y luego me levantan estirándome del pelo hasta que quedo de rodillas mirando el cadáver de Sevro. Por suerte tiene los ojos cerrados. Su boca aún está manchada de rosa por la sangre derramada. Mustang intenta ponerse en pie. Se oye un golpe amortiguado cuando uno de los obsidianos la golpea en el vientre para que vuelva a arrodillarse, jadeante, tratando de recuperar el aliento. A Casio también lo han obligado a ponerse de rodillas.

Antonia se coloca junto a Lilath, que está de pie ante nosotros ataviada con una armadura negra adornada con una calavera dorada que grita en cada hombro y otra en el centro del peto. Además, lleva costillas humanas incrustadas en los costados. La primera Montahuesos en todo su bárbaro esplendor. La Sevro del Chacal. Cabeza afeitada. Ojos tranquilos hundidos en una cara pequeña, enjuta, a la que le gusta poco de lo que ve en el mundo. A su espalda esperan diez Marcados como Únicos de gran altura, con la cabeza rapada para la guerra, como ella.

—Escaneadlos —ordena.

—¿Qué demonios es esto? —pregunta Casio.

—Órdenes del Chacal.

Lilath observa con atención mientras los dorados me registran y Casio soporta la indignidad. Después prosigue:

—El jefe no quiere trucos.

—Tengo autorización de la soberana —replica él—. Tenemos que llevar al Segador y a Virginia a la Ciudadela.

—Entendido. Nosotros hemos recibido las mismas órdenes. Pronto nos pondremos en camino.

Le hace un gesto a Casio para que se levante cuando sus hombres terminan. No hay micrófonos ni dispositivos de detección de radiactividad. Casio se sacude el polvo de las rodillas. Yo permanezco en el suelo sobre las mías mientras Lilath escudriña a Sevro, al que uno de los obsidianos ha arrastrado rampa abajo. Le toma el pulso y sonríe.

—Una buena caza, Belona.

Un Montahuesos, un hombre altanero, de aspecto llamativo, con los ojos relucientes y los pómulos de una estatua, emite un ligero arrullo. Se da golpecitos en el labio inferior con unos dedos tatuados de uñas pintadas.

—¿Cuánto por los huesos de Barca? —pregunta.

—No están en venta —contesta Casio.

El hombre le dedica una sonrisa arrogante.

—Todo está en venta, buen hombre. Diez millones de créditos por una costilla.

—No.

—Cien millones. Venga, Belona…

—Mi título, legado Valii-Rath, es el de Caballero de la Mañana. Dirígete a mí como «señor» o abstente de hacerlo. El cadáver de Ares es propiedad del Estado. No me corresponde a mí venderlo. Pero si vuelves a pedírmelo, tendré algo más que palabras contigo, señor.

—¿Me echarás un polvo? —pregunta el hermano mayor de Tacto—. ¿Es a eso a lo que te refieres?

No había tenido el placer de conocer a esta irritantemente aristocrática criatura antes, y me alegro por ello. Tacto parece ser el mejor del lote.

—Condenado salvaje —dice Mustang con los dientes apretados y

cubiertos de sangre.

—¿Salvaje? —pregunta el hermano de Tacto—. No es así como deberías utilizar esa boca tan bonita.

Casio da un paso hacia el hombre. El resto de los Montahuesos empuñan sus hojas.

—Tharsus. Cállate. —Lilath ladea la cabeza para escuchar lo que le dicen por el intercomunicador que lleva en la oreja. El hombre vuelve a su lado, con la barbilla levantada—. Sí, mi señor —dice—. Barca está muerto. Lo he comprobado.

Antonia da un paso al frente.

—¿Es Adrio? Déjame hablar con él.

Lilath levanta una mano para detener a la mujer más alta.

—Antonia quiere hablar contigo. —Guarda silencio—. El Chacal dice que puede esperar. Tharsus, Novas, quitadle el arnés al Segador y estiradle los brazos.

—¿Y qué pasa con Virginia? —pregunta Tharsus.

—Si la tocas estás muerto —le espeta Casio—. Es lo único que necesitas saber.

Hay miedo oculto en los ojos de Casio, aunque no lo muestre. Si pudiera haberlo evitado, no la habría traído a este sitio. Al contrario que los hombres de la soberana, el Chacal es capaz de hacer cualquier cosa en cualquier momento. De pronto, la promesa de seguridad de Aja parece muy frágil. ¿Por qué iba a enviarnos aquí la soberana?

—Nadie tocará a tus presas —dice Lilath con una nota espeluznante en la voz—. Excepto al Segador.

—Tengo que entregarlo…

—Lo sabemos. Pero mi señor exige una compensación por agravios pasados. La soberana le ha dado permiso mientras estabais aterrizando. Medidas preventivas. —Le muestra su terminal de datos. Casio lee la orden, empalidece un poco y se vuelve para mirarme—. Y ahora, ¿podemos proceder o queréis seguir protestando?

Casio no tiene alternativa. Pulsa el botón del mando a distancia. Las esposas de metal que me inmovilizaban las manos contra el pecho se abren. Tharsus y Novas se acercan para agarrarme los brazos y estirármelos hacia

los lados, rodeándome las muñecas con sus filos en forma de látigo y tensándolos hasta que me crujen las articulaciones de los hombros.

—¿Vas a permitirles que hagan esto? —le gruñe Mustang a Casio—. ¿Qué le ha pasado a tu honor? ¿Es tan falso como el resto de ti?

Él está a punto de contestar, pero Virginia le escupe a los pies.

Antonia esboza una sonrisa repulsiva, encantada de verme sufrir. Lilath le quita mi filo a Casio y se encamina hacia los alas rápidas que nos han escoltado hasta el hangar. Allí, acerca mi falce a uno de los motores candentes, pues aún no se han enfriado.

—Dime, Segador, ¿te measte encima de mi hermano pequeño? ¿Por eso estaba tan colado por ti? —me pregunta Tharsus mientras esperamos. Es el único que no se ha afeitado la cabeza, y los rizos perfumados le caen sobre los ojos—. Bueno, no eres el primero que ara ese campo, ya sabes a qué me refiero…

Continúo mirando al frente.

—¿Es diestro o zurdo? —pregunta Lilath desde la distancia.

—Diestro —contesta Casio.

—Pollox, torniquete —solicita Lilath.

Me doy cuenta de lo que pretenden y se me hiela la sangre. Es como si le estuviera ocurriendo a otra persona, aun cuando la goma se tensa en torno a mi antebrazo derecho y tengo la sensación de que me están clavando alfileres en las puntas de los dedos.

Entonces oigo a mi enemigo.

El repiquetear de sus botas negras.

El delicado cambio en los gestos de todo el mundo.

El miedo.

Los Montahuesos se apartan para ver entrar a su señor en el hangar a través de la entrada del pasillo principal, flanqueado por otra docena de guardaespaldas dorados corpulentos y con las cabezas rapadas. Son tan altos como Victra. Las calaveras doradas se ríen en sus cuellos, en los puños de sus filos. Los huesos repiquetean en sus hombros, falanges arrebatadas a sus enemigos. Arrebatadas a Lorn, a Fitchner, a mis Aulladores. Estos son los asesinos de mi época. Rebosan arrogancia. Y cuando me miran, no es odio lo que veo en sus ojos violentos, sino una fundamental ausencia de empatía.

Le dije al Chacal que no lo odiaba. Es mentira. Odio es lo único que siento cuando lo veo cruzar el hangar con la pistola con la que mató a mi tío colgada de la funda magnética que lleva en torno al muslo. Su armadura es dorada. Con rugientes leones dorados. Con costillas humanas injertadas a lo largo del torso, todas ellas talladas con detalles que no distingo. Lleva el pelo peinado con raya al lado. El lápiz óptico de plata en una mano, girando sin parar. Antonia da un paso hacia él, pero se detiene cuando se da cuenta de que el Chacal se dirige hacia Sevro y no hacia ella.

—Bien. Los huesos están intactos. —Después de examinar el cuerpo ensangrentado de Sevro, se cierne sobre su hermana—. Hola, Virginia. ¿No tienes nada que decirme?

—¿Qué quieres que diga? —pregunta con las mandíbulas apretadas—. ¿Qué palabras hay para un monstruo?

—Vaya. —Le levanta la barbilla sujetándosela con los índices y Casio se lleva la mano al filo. Lilath y los Montahuesos lo harían pedazos si lo desenvainara—. Somos nosotros contra el mundo —dice el Chacal con suavidad—. ¿Recuerdas haberme dicho esas palabras?

—No.

—Éramos pequeños. Mamá acababa de morir. Yo no podía dejar de llorar. Y me dijiste que nunca me abandonarías. Pero luego Claudio te invitaba a ir a algún sitio. Y tú te olvidabas de mí por completo. Y yo me quedaba encerrado en una casa vieja y grande y lloraba, porque sabía que estaba solo. —Le da unos golpecitos en la nariz—. Las próximas horas van a demostrar qué tipo de persona eres, hermana. Tengo muchas ganas de ver qué hay debajo de todas las fanfarronadas.

Se acerca a mí y me afloja el bozal. Aun estando de rodillas, mi corpulencia lo empequeñece. Peso unos cincuenta kilos más. Su presencia es como el mar: extraña, vasta, oscura y llena de profundidades y poderes ocultos. Su silencio es un rugido. Ahora veo a su padre en él. Me engañó y ahora tengo miedo de que todo lo que he hecho vaya a desenmarañarse.

—Y aquí estamos de nuevo —dice. Yo no abro la boca—. ¿Las reconoces?

Pasa el lápiz óptico por las costillas de su armadura y se acerca para que pueda ver los detalles.

—Mi querido padre pensaba que los actos de un hombre eran los que lo hacían. Yo, sin embargo, opino que a un hombre lo forjan sus enemigos. ¿Te gusta?

Se aproxima aún más. Una de las costillas muestra un yelmo con llamas solares afiladas. Otra, una cabeza dentro de una caja.

El Chacal lleva puesta la caja torácica de Fitchner.

La rabia brota de mi interior como un rugido e intento morderle la cara berreando como un animal herido. Mustang se sobresalta. Forcejeo con los hombres que me sujetan, tiemblo de cólera mientras el Chacal me ve retorcerme. Casio agacha la cabeza para evitar la mirada de Mustang. Mi voz escapa de mi garganta como un graznido, apenas la reconozco como mía. Es la de ese demonio oculto que solo el Chacal es capaz de despertar en mí.

—Voy a despellejarte —le digo.

Aburrido de mí, pone los ojos en blanco y chasquea los dedos.

—Volved a ponerle el bozal.

Tharsus me amarra la boca y el Chacal abre los brazos como para recibir en una fiesta a dos amigos perdidos hace mucho tiempo.

—¡Casio! ¡Antonia! —exclama—. Los héroes del momento. Querida, ¿qué te ha pasado? —pregunta cuando le ve la cara a Antonia.

Fueron amantes durante el tiempo que estuve encarcelado. A veces captaba el olor de Antonia en el Chacal cuando venía a visitarme antes de la caja. O ella le rozaba el cuello con una uña al pasar. Ahora Adrio se acerca a ella, la agarra de la mandíbula con una mano y le mueve la cabeza a ambos lados para examinar los daños.

—¿Esto te lo ha hecho Darrow?

—Mi hermana —lo corrige.

Está claro que no le gusta el examen al que la somete el Chacal. Antonia ha llorado más por su cara durante su cautiverio de lo que jamás lloró por la muerte de su propia madre.

—Esa zorra me las pagará. Y haré que me la arreglen, no te preocupes.

Aparta la cabeza de él.

—Un momento —le dice el Chacal con brusquedad—. ¿Por qué vas a arreglártela?

—Es asquerosa.

—¿Asquerosa? Querida, las cicatrices son lo que eres. Cuentan tu historia.

—Esta es la historia de Victra, no la mía.

—Sigues siendo hermosa.

Tira de ella hacia abajo con delicadeza agarrándola por la barbilla y la besa suavemente en los labios. Antonia no me importa lo más mínimo. Como dijo Mustang, para él solo somos sacos de carne. Pero, a pesar de que Antonia es una de las personas más malvadas que he conocido en la vida, quiere que la amen. Que la valoren. El Chacal sabe utilizar eso en su propio beneficio.

—Esto era de Barca —dice Antonia al tiempo que le entrega el arma de Sevro.

El Chacal pasa un dedo por encima de los lobos aullantes tallados en la empuñadura.

—Buen trabajo —dice.

Saca su propia arma de la funda magnética y se la lanza a un guardaespaldas antes de enfundar la de Sevro. Por supuesto, se queda con el achicharrador de mi amigo a modo de trofeo.

Su terminal de datos destella y Adrio levanta una mano para pedir silencio.

—¿Sí, emperador?

El grotesco Señor de la Ceniza aparece en el aire ante el Chacal como una cabeza gigantesca, desprovista de cuerpo. Sus ojos de color dorado oscuro nos escudriñan desde debajo de unas cejas espesas. Los carrillos le cuelgan sobre el cuello alto y negro del uniforme.

—Augusto, el enemigo está en marcha. Naves antorcha a la vanguardia.

—Vienen a por él —dice Casio.

—¿Cuántas? —pregunta el Chacal.

—Más de sesenta. La mitad lucen el zorro rojo.

—¿Deseas que haga saltar la trampa?

—Todavía no. Asumiré el mando de tus naves.

—Ya conoces el acuerdo.

Su amplia boca se convierte en una línea recta.

—Sí. Y tú debes continuar con los planes de unirte a la soberana. Escolta

al Caballero de la Mañana y a su equipaje hasta la Ciudadela. Mis hijas se harán cargo de su custodia cuando lleguéis allí. Sea cual sea el as que guarda bajo la manga, debemos descubrirlo. Los Oráculos lo averiguarán. Ve ya, por el dorado.

—Por el dorado.

La cabeza desaparece.

El Chacal les lanza una mirada a los obsidianos que me han bajado a rastras por la rampa de carga.

—Esclavos, presentaos ante el pretor Licenus en el puente de mando. Ya no sois necesarios. —Los obsidianos se marchan de inmediato. Cuando ya no están, Adrio se centra en los treinta Montahuesos—. Hoy el Caballero de la Mañana nos ha dado la oportunidad de ganar esta guerra. Los Telemanus vendrán a por mi hermana. Los Aulladores y los Hijos de Ares vendrán a por el Segador. No conseguirán rescatarlos. Es nuestra responsabilidad entregárselos a nuestra soberana y a sus estrategas en la Ciudadela.

Se dirige a Antonia y a Casio.

—Dejad vuestras pequeñas rencillas a un lado. Hoy somos dorados. Podremos pelearnos cuando el Amanecer quede reducido a cenizas. La mayor parte de vosotros vivisteis la oscuridad de las cuevas conmigo. Estabais a mi lado mientras veíamos como esta… criatura nos robaba lo que era nuestro. Nos lo arrebatarán todo. Nuestras casas. Nuestros esclavos. Nuestro derecho a gobernar. Hoy luchamos para conservar lo que es nuestro. Hoy luchamos contra la agonía de nuestra era.

Se beben sus palabras, esperan sus órdenes con avidez. Es aterrador ver el culto que ha construido en torno a sí mismo. Se ha apropiado de características mías, de mi forma de hablar, y las ha trasplantado a su propio comportamiento. Continúa evolucionando.

El Chacal les da la espalda a sus hombres cuando Lilath vuelve con mi falce, al rojo vivo gracias al calor del motor, y se la acerca por la empuñadura.

—Lilath, tú te quedarás con la flota.

—¿Estás seguro?

—Eres mi póliza de seguros.

—Sí, mi señor.

Antonia no está segura de a qué se refieren, y la situación no le hace ninguna gracia. El Chacal se enreda mi filo en el brazo. Y entonces, al mirarnos a Mustang y a mí, se le ocurre una idea.

—¿Cuánto tiempo te ha tenido prisionero Darrow, Casio?

—Cuatro meses.

—Cuatro meses. Entonces creo que deberías hacer los honores. —Le lanza el filo candente a Casio, que lo coge por la empuñadura con elegancia —. Córtale la mano a Darrow.

—La soberana lo quiere…

—Vivo, sí. Y lo estará. Pero no quiere que entre en su búnker con el brazo de la espada aún unido al cuerpo, ¿verdad? Vamos a quitarle todas las armas. Neutraliza a la bestia y nos pondremos en camino. A no ser que… ¿Te supone algún tipo problema?

—En absoluto —contesta Casio, que da un paso al frente y alza el metal palpitante de calor.

—¿Es en esto en lo que te has convertido? —pregunta Mustang. Casio sufre por la mirada de la chica, la vergüenza le cubre el rostro como un velo —. Mírame, Darrow —prosigue Mustang—. Mírame.

Me obligo a olvidarme del filo. A mirarla para obtener fuerza de ella. Pero cuando el metal sobrecalentado me atraviesa la piel y los huesos de la muñeca derecha, me olvido de Mustang. Grito de dolor y devuelvo la mirada hacia donde estaba mi mano para ver un muñón que gotea sangre perezosamente por los capilares chamuscados. El humo que surge de mi carne ardiente se eleva en el aire. Y a través de la agonía veo que el Chacal recoge mi mano del suelo y la levanta en el aire. Su trofeo más reciente.

—*Hic sunt leones* —dice.

—*Hic sunt leones* —repiten sus hombres.

60

FAUCES DEL DRAGÓN

Pienso en mi tío mientras me sostengo contra el pecho el muñón chamuscado del brazo derecho, temblando de dolor. ¿Estará ahora con mi padre? ¿Estará sentado con Eo junto a una hoguera escuchando los pájaros? ¿Me estarán viendo? La sangre supura de la carne ennegrecida de mi muñeca. El dolor es cegador. Me invade todo el cuerpo. Estoy atado junto a Mustang en uno de los asientos de las dos filas paralelas de la parte trasera de la nave de asalto, entre una treintena de Montahuesos. La lámpara del techo emite una luz verde extraña e intermitente. La nave se estremece a causa de las turbulencias. Hay tormenta en la Luna. Unos enormes nubarrones negros envuelven las ciudades. Las torres negras penetran en las turbias masas de condensación de agua. Las motas de luz de los cascos de los naranjas y los rojos superiores, mis propios hermanos, bailan sobre los tejados. Esclavizados bajo el yugo militar, preparan armas que derribarán a sus congéneres marcianos. Las escenas militares están bañadas por luces más potentes. Las siluetas negras ribeteadas de un rojo maligno vuelan y flotan entre las torres cuando los escuadrones de alas rápidas patrullan el cielo y los dorados equipados con gravibotas saltan entre baluartes situados a kilómetros de distancia comprobando las defensas, preparándose para la tormenta que se avecina, dedicando últimas palabras a amigos, compañeros de colegio, amantes.

Al pasar por la Ópera Elorian, veo una fila de dorados apostados sobre su

almena más alta, mirando hacia el cielo, con sus gloriosos cascos de guerra coronados por cuernos, de manera que parecen una *troupe* de gárgolas en equilibrio, recortadas contra los relámpagos, esperando a que caiga la lluvia del infierno.

Avanzamos hacia el hervidero de nubes que se arremolinan bajo los rascacielos más altos. Más allá de la capa que forman, la piel entretejida del paisaje urbano está tranquila. En tinieblas, pues anticipa el bombardeo orbital, excepto por las venas de llamas que sangran a lo largo y ancho del horizonte a causa de los disturbios en la Ciudad Perdida. Los vehículos de emergencia se precipitan hacia las llamaradas. La ciudad ha contenido la respiración durante horas, durante días, y, con la exhalación a apenas unos instantes, le tiran las costuras y siente los pulmones a punto de estallar.

Nos acercamos a una plataforma de aterrizaje circular situada sobre la torre de la soberana. Allí nos esperan Aja y una cohorte de pretorianos. Los Montahuesos saltan de la nave con sus gravibotas antes de que aterrice y la rodean mientras se posa sobre la plataforma. Casio baja tirando de mí por los brazos que llevo inmovilizados delante. Con la otra mano arrastra a Sevro como si fuera una carcasa de ciervo. Antonia se encarga de empujar a Mustang. La monótona lluvia invernal de la ciudad lunar empapa el oscuro rostro de Aja. Una nube de vapor surge del cuello de su armadura y una brillante sonrisa blanca acuchilla la noche.

—Caballero de la Mañana, bienvenido a casa. La soberana te espera.

Un kilómetro por debajo de la superficie de la luna, el enorme graviascensor conocido solo en la mitología militar como las Fauces del Dragón, se abre con un siseo para dar paso a un pasillo de hormigón tenuemente iluminado y a otra puerta adornada con la pirámide de la Sociedad. En ella, una luz azul escanea los iris de Aja. La pirámide se divide por la mitad y los engranajes y gigantescos pistones chirrían. Aquí abajo la tecnología es más antigua que en la Ciudadela, muy vieja, de una época en la que la Tierra era el único enemigo que conocía la Luna y los grandes cañones de riel de Estados Unidos eran el temor de todos los habitantes del satélite. El hecho de que el gran búnker de la soberana no haya tenido que cambiar sustancialmente

durante más de setecientos años es un testamento de la arquitectura y la disciplina de los pretorianos.

Me pregunto si Fitchner lo conocía. Lo dudo. Me parece un secreto que Aja protegería a toda costa. Pero también me pregunto si la propia Furia conocerá todos los secretos de este lugar. Los túneles que nacen tanto a la izquierda como a la derecha del estrecho pasillo por el que caminamos están sellados desde hace tiempo, y no puedo evitar pensar en quién los recorrería alguna vez, quién los selló y por qué.

Dejamos atrás habitaciones férreamente vigiladas, iluminadas por el resplandor de los holos. Hay azules y verdes tumbados en camas tecnológicas con las que están sincronizados, con vías intravenosas clavadas en el cuerpo mientras los datos corren por sus cerebros a través de los nódulos de enlace ascendente que tienen incrustados en los cráneos, con la mirada perdida en algún plano distante. Es el sistema nervioso central de la Sociedad. Octavia puede disputar una guerra desde aquí, aunque la Luna se desmorone a su alrededor.

Aquí los obsidianos llevan cascos negros con calaveras con forma de dragón y armaduras de color morado oscuro. A lo largo de los sables que llevan a los costados serpentean unas letras doradas que rezan *cohors nihil*. La Legión Cero. Nunca había oído hablar de ellos, pero veo lo que protegen: una última puerta de metal sólido, desprovisto de adornos, el refugio más profundo de la Sociedad. Se abre con un gruñido y solo en este momento, un año y medio después de que saltara de la parte trasera de su lanzadera de asalto, vuelvo a ver la silueta de la soberana.

Su voz patricia retumba por el pasillo.

—… Janus, ¿a quién le importan las víctimas civiles? ¿Acaso se queda el mar sin sal alguna vez? Si llevan a cabo una Lluvia de Hierro, los abates a tiros, sin importar el coste. Lo último que queremos es que la horda obsidiana aterrice aquí y se sume a las revueltas de la Ciudad Perdida…

La dirigente de todo aquello contra lo que siempre he luchado está de pie en un círculo hundido en el centro de una enorme habitación gris y negra bañada en la luz azul de los pretores y el Señor de la Ceniza, que la rodean en forma holográfica. Los veteranos de sus guerras son más de cuarenta y forman un semicírculo. Criaturas sin compasión que me observan entrar en la

habitación con el aire de satisfacción oscura y petulante de las estatuas catedralicias, como si siempre hubieran sabido que llegaría este momento. Como si se hubieran ganado que yo terminara así y no se tratase de un simple golpe de suerte, al igual que su propio nacimiento.

Saben lo que significa mi captura. Lo han retransmitido sin parar a mi flota. Han intentado hacerse con nuestras comunicaciones por medio de ataques pirata para difundir la noticia entre mis barcos. De expandirla hasta la Tierra para sofocar los disturbios que se producen allí, de rebotar la señal hacia el Núcleo para frustrar cualquier posible levantamiento civil. Harán lo mismo con mi ejecución. Harán lo mismo con el cadáver de Sevro. Y tal vez con Mustang, a pesar del acuerdo que Casio cree que ha alcanzado. Mirad lo que les sucede a aquellos que se alzan contra nosotros, dirán. Mirad como incluso estas poderosas bestias caen ante el dorado. ¿Quién más puede plantarles cara? Nadie.

Endurecerán la opresión.

Reforzarán su reinado.

Si perdemos hoy, una nueva generación de dorados surgirá con un vigor desconocido desde la caída de la Tierra. Verán la amenaza para su pueblo y formarán miles de criaturas como Aja y el Chacal. Construirán nuevos institutos, expandirán su ejército y ahogarán a mi pueblo. Ese es el futuro que podría ser. El que más temía Fitchner. El que yo temo se acerca cuando veo al Chacal entrar en la habitación.

—Sus obsidianos no tienen experiencia en batallas extraplanetarias —está diciendo uno de los pretores.

—¿Quieres explicarle eso a Fabii? —le pregunta la soberana—. ¿O tal vez a su madre? Está con el resto de los senadores a los que he tenido que encerrar en la Cámara antes de que huyeran como ratas y se llevaran sus barcos con ellos.

—Cobardes políticos… —murmura alguien.

Además de por los holos resplandecientes, la sala está ocupada por una pequeña hueste de dorados marciales. Más de los que me esperaba. Dos Caballeros Olímpicos, diez pretorianos y Lisandro. El niño ya tiene diez años, y ha crecido casi quince centímetros desde la última vez que lo vi. Lleva un terminal de datos en el que toma abundantes notas sobre la

conversación de su abuela y le dedica una sonrisa a Casio cuando entramos. A mí me observa con el interés receloso con el que se observaría un tigre a través de un durocristal. La mirada de sus ojos dorados cristalinos salta de mis ataduras, a Aja y a la mano que me falta. Le da unos golpecitos mentales al cristal con una uña para ver qué grosor tiene.

Los dos Caballeros Olímpicos saludan a Casio en voz baja cuando entramos, como si no quisieran interrumpir el parte de la soberana, a pesar de que Octavia ha reparado en mi presencia con una mirada desprovista de emoción. Ambos Caballeros van profusamente armados, listos para defender a su soberana.

Por encima de Octavia, un detallado holo globular de la Luna domina el techo abovedado de la sala. La flota del Señor de la Ceniza está desplegada como una pantalla para cubrir el lado oscuro del satélite, donde está la Ciudadela, como un escudo cóncavo. La batalla ya lleva tiempo en marcha, pero mis fuerzas no tienen manera de saber que el Chacal espera para precipitarse contra su flanco y aplastarlos contra el yunque del Señor de la Ceniza. Si pudiera contactar con Orión, tal vez ella encontrara alguna forma de salvar la situación.

En silencio, el Chacal ocupa uno de los asientos laterales y observa con paciencia al Señor de la Ceniza mientras este da instrucciones a una esfera de naves antorcha.

—Casio, condenado sabueso —dice el Caballero de la Verdad con la voz profunda de un barítono. Tiene los ojos estrechos de los asiáticos. Procede de la Tierra, y es más compacto que nosotros, los marcianos—. ¿De verdad es él?

—En carne y hueso. Lo he capturado en su buque insignia —contesta Casio, que me da una patada para obligarme a caer de rodillas y luego me agarra del pelo para echarme la cabeza hacia atrás y que puedan verme mejor la cara.

Tira a Sevro al suelo y los demás inspeccionan la presa. El Caballero de la Alegría niega con la cabeza. Es más delgado y el doble de aristocrático que Casio, pues procede de una antigua familia venusina. Me lo presentaron una vez durante un duelo en Marte.

—¿También a Augusto? Has sido de lo más afortunado. Y Aja derribó al

obsidiano. Miedo y Amor van a atrapar a Victra y a la Bruja Blanca…

—Yo mataría por coger a Victra —dice Verdad mientras da una vuelta a mi alrededor—. Oye, ¿tú no la «cogiste» ya, Casio?

—Yo no desvelo mis secretos. —Casio señala la batalla con un gesto de la cabeza—. ¿Cómo nos va?

—Mejor que a Fabii. Son tenaces. Cuesta acorralarlos, intentan acercarse una y otra vez para poder utilizar a sus obsidianos, pero el Señor de la Ceniza los mantiene a distancia. La flota del Chacal será el cuchillo que termine con esto. Ya se acerca por el flanco de los rojos, ¿lo ves?

El Caballero mira el holo con nostalgia.

—Siempre puedes unirte a la batalla —le dice Casio—. Pide una lanzadera.

—Tardaría horas —contesta Verdad—. Ya hay cuatro caballeros en el enfrentamiento. Alguien tiene que proteger a Octavia. Y mis embarcaciones están reservadas para proteger el lado visible. Si consiguen aterrar, cosa dudosa a estas alturas, necesitaremos hombres de guerra sobre el terreno. Tendremos que lavarle la cara.

—¿Qué?

—La cara de Barca. Está demasiado llena de sangre. Pronto realizaremos la retransmisión, si no vuelven a piratearnos los sistemas. Los saboteadores estaban destrozando nuestras operaciones. Otra vez los chicos de Quicksilver. Un montón de tecnólogos, escoria democrática con delirios de grandeza. Pero ayer por la noche atacamos una de sus guaridas con un escuadrón de *lurchers*.

—¿La mejor forma de frenar a un pirata informático? Hierro candente —añade Alegría.

—El enemigo es valeroso, eso hay que reconocérselo —está diciendo el Señor de la Ceniza en el centro de la habitación. Su holograma vuelve a ser dos veces más grande que el de sus adjuntos—. Les hemos cortado la ruta de escape, pero siguen luchando con determinación. Sufrimos pérdidas, pero ellos se llevan la peor parte.

Se halla en una corbeta en la retaguardia de su flota y su señal se redirige a través de docenas de barcos. La flota del Señor de la Ceniza se mueve con hermosa precisión, sin permitir que mis barcos se acerquen a menos de

cincuenta kilómetros.

A Roque le preocupaban las víctimas. Le preocupaba no destruir los hermosos navíos de trescientos años de antigüedad que yo había capturado. El Señor de la Ceniza no tiene esas trabas. Él aplasta barcos sin piedad. Al demonio con su valor, al demonio con las vidas, al demonio con el coste, él es un destructor. Aquí, con la espalda contra la pared, ganará a toda costa. Duele ver cómo sufre mi flota.

—Infórmame cuando tengas más noticias —dice la soberana—. Quiero a Daxo au Telemanus con vida, si es posible. Todos los demás son prescindibles, incluyendo su padre y la chica Julii.

—Sí, mi señora.

El viejo asesino saluda y desaparece. Con un suspiro de cansancio, Octavia se vuelve para mirar a su Caballero de la Mañana y abre los brazos como si saludara a un hijo al que hace tiempo que perdió.

—Casio.

Lo abraza después de que él le haga una reverencia y le besa la frente con la misma familiaridad que una vez tuvo con Mustang.

—Se me rompió el corazón al enterarme de lo ocurrido en el hielo. Creía que te habían herido.

—Aja no se equivocaba al pensar que me habían alcanzado. Pero lamento haber tardado tanto tiempo en regresar de entre los muertos, mi señora. Tenía que encargarme de unos asuntos pendientes.

—Eso veo —dice la soberana, que apenas me presta atención y se concentra más bien en Mustang—. Estoy convencida de que has ganado la guerra, Casio. Vosotros dos. —Sin sonreír, señala con la cabeza al Chacal—. Tus barcos harán que esta batalla sea corta.

—Encantados de servirla —contesta Adrio con una sonrisa cómplice.

—Sí —dice la soberana en un tono extraño, casi nostálgico. Acaricia con los dedos las cicatrices del robusto cuello de Casio—. ¿Te colgaron?

—Bueno, lo intentaron, pero no funcionó del todo.

Belona esboza una gran sonrisa.

—Me recuerdas a Lorn cuando era joven.

Sé que Octavia le dijo una vez a Virginia que le recordaba a sí misma. Su cariño es más real que el que el Chacal siente por sus hombres, pero aun así

no es más que una coleccionista. Utiliza el amor y la lealtad a modo de escudo protector. La soberana me señala y frunce la nariz al ver el bozal de metal que me cubre el rostro.

—¿Sabes lo que tiene planeado? ¿Algo que ponga en peligro nuestra jugada final?

—Por lo que deduzco tiene pensado atacar la Ciudadela.

—Casio, detente… —le espeta Mustang—. No le importas en absoluto.

—¿Y a ti sí te importa? —le pregunta la soberana—. Sabemos perfectamente cuáles son tus objetivos, Virginia. Y lo que serías capaz de hacer para conseguirlos.

—¿Por aire o por tierra? —interviene el Chacal—. El ataque.

—Por tierra. Creo.

—¿Por qué no me lo comentaste en el espacio?

—Estabas más preocupado por amputarle la mano a Darrow.

El Chacal hace caso omiso de la pulla.

—¿Cuántas Garras Perforadoras hay en la Luna?

—Ninguna que funcione, ni siquiera en las minas abandonadas —contesta Octavia—. Ya nos hemos asegurado de ello.

—Si tiene un equipo en camino, serán Volarus y Julii —asegura el Chacal —. Son sus mejores armas y lo ayudaron a tomar el destructor de lunas.

—Volarus es la obsidiana, ¿no? —pregunta la soberana.

—Reina de los obsidianos —la corrige Mustang—. Deberías conocerla. Le recordarías a su madre.

—Reina de los obsidianos… ¿Se han unido? —le pregunta la soberana a Casio con suspicacia—. ¿Es eso cierto? Mis políticos dicen que un liderazgo pantribal es imposible.

—Pues se equivocan —replica Casio.

Antonia aprovecha el momento para hacerse notar ante la soberana.

—Son solo los obsidianos bajo el mando de Darrow, mi señora. Una alianza de las tribus meridionales.

La soberana no le hace caso.

—No me gusta. Solo en la Ciudadela hay cientos de obsidianos…

—Son leales —apunta Aja.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Casio—. ¿Hay alguno de Marte?

Octavia mira a la Furia en busca de confirmación.

—La mayoría —reconoce esta—. Incluso en la Legión Cero. Los obsidianos de Marte son los mejores.

—Los quiero fuera del búnker —decide Octavia—. Ya.

Uno de los pretorianos sale para obedecer su orden.

—¿Es tan formidable como su hermano? —le pregunta Aja a Casio.

—Peor —contesta Mustang, aún de rodillas, con una carcajada—. Mucho peor y mucho más lista. Lucha con una jauría de guerreras. Ha hecho un juramento de sangre para encontrarte, Aja. Para beber tu sangre y utilizar tu cráneo como cáliz en Valhalla. Sefi se acerca. Y no podéis detenerla.

Aja y Octavia intercambian una mirada recelosa.

—Antes de atacar la Ciudadela tendrían que aterrar —dice Aja—. Es imposible.

—¿Cómo van a llegar hasta aquí? —me pregunta Casio.

Yo niego con la cabeza y me río de él tras mi bozal. Aja me da una patada en el muñón de la mano derecha. Me encorvo sobre la herida, a punto de desmayarme de dolor.

—¿Cómo van a llegar hasta aquí? —repite Casio.

No contesto. Él se acerca al Caballero de la Alegría.

—Estírale el otro brazo.

Alegría me agarra la muñeca izquierda y estira de ella.

—¿Cómo van a llegar hasta aquí? —Esta vez Casio se lo pregunta a Mustang, no a mí—. Si no me lo dices, le amputaré la otra mano. Y después los pies, la nariz y los ojos. ¿Cómo va a llegar hasta aquí Volarus?

—Vais a matarlo de todas formas —replica Mustang con desdén—. Así que jódete.

—La lentitud con la que muera depende de ti —dice Casio.

—¿Y quién te ha dicho que no hayan aterrado ya?

—¿Qué?

—Llegaron en los barcos de cereales procedentes de la Tierra, cortesía de Quicksilver. Aterrizaron hace horas. Y ahora ya están camino de la Ciudadela. Una fuerza de diez mil obsidianos. ¿No lo sabíais?

—¿Diez mil? —murmura Lisandro desde su silla junto al holofoso.

El Cetro del Amanecer de su abuela descansa en la mesa delante de él. Un

metro de oro y hierro coronado con el triángulo de la Sociedad y un sol en llamas.

—Las tropas están desplegadas para detener una invasión. Los obsidianos rebasarán nuestras defensas antes de que puedan volver.

—Les diré a los pretorianos que se preparen y solicitaré el regreso de dos legiones —dice Aja de camino hacia la puerta.

—No. —Octavia permanece inmóvil, pensativa—. No, Aja, quédate conmigo. —Se vuelve hacia el capitán de los pretorianos—. Legatus, ve a reforzar la superficie. Llévate a tu pelotón. Aquí no son necesarios. Tengo a mis Caballeros. Disparad contra cualquier barco que se aproxime a la Ciudadela. Me da igual si aseguran llevar dentro al mismísimo Señor de la Ceniza. ¿Entendido?

—Así se hará.

Legatus y el resto de los pretorianos se marchan a toda prisa, de modo que en la habitación solo quedamos Casio, los tres Caballeros Olímpicos, Antonia, el Chacal, la soberana, tres guardias pretorianos y nosotros, los prisioneros. Aja coloca la palma de la mano sobre una consola junto a la puerta, que se cierra tras los pretorianos. Una segunda puerta, más gruesa, sale de las paredes moviéndose en espiral para aislarnos del mundo exterior.

—Lo lamento, Aja —le dice Octavia cuando la mujer regresa a su lado. Sé que quieres estar con tus hombres, pero ya he perdido a Moira. No podía correr el riesgo de perderte a ti también.

—Lo sé —contesta la Furia, pero su decepción resulta obvia—. Los pretorianos se ocuparán de esa horda. ¿Nos centramos en el otro asunto?

Octavia desvía la mirada hacia el Chacal y ejecuta un leve gesto de asentimiento.

—Severus-Julii, da un paso al frente —dice la soberana.

Antonia obedece, sorprendida por que la hayan mencionado. Una sonrisa esperanzada le curva los labios. Sin duda va a recibir una distinción por sus hazañas del día. Se agarra las manos a la espalda y espera ante la soberana.

—Dime, pretor Julii, se te reclutó para que te unieras a la Armada de la Espada mientras subyugaba a los Señores de las Lunas en junio de este año, ¿no es así?

Antonia frunce el entrecejo.

—Mi señora, no entiendo…

—Es una pregunta bastante sencilla. Contéstala haciendo uso de tus mejores destrezas.

—Sí. Capitaneé los barcos de mi familia y las legiones Quinta y Sexta.

—¿Bajo el mando *pro tempore* de Roque au Fabii?

—Sí, mi señora.

—Entonces, dime, ¿cómo es posible que tú aún estés viva y tu emperador no?

—A duras penas conseguí escapar de la batalla —contesta Antonia al detectar el peligro de la línea de interrogatorio. Modula su voz en consecuencia—. Fue una… terrible calamidad, mi señora. Con los Aulladores escondidos en Tebe, Roque… el emperador Fabii cayó doblemente en la trampa, aunque no fue culpa suya. Cualquiera habría hecho lo mismo. Yo hice un esfuerzo por rescatar su mando, por reunir nuestros barcos. Pero Darrow ya había alcanzado su puente. Y estábamos rodeados de naves antorcha en llamas. No distinguíamos a los amigos de los enemigos. Tengo pesadillas con el estruendo de las hordas obsidianas invadiendo los barcos…

—Mentirosa —se burla Mustang.

—Y por eso te retiraste.

—Sí, mi señora, con gran sacrificio. Salvé tantas embarcaciones como pude para esta Sociedad. Salvé a mis hombres, consciente de que serían necesarios para la batalla por venir. Fue lo único que pude hacer.

—Fue un acto muy noble salvar a tanta gente —dice la soberana.

—Gra…

—Al menos lo sería si fuera verdad.

—¿Cómo dice?

—No creo que haya tartamudeado en mi vida, muchacha. Por el contrario, sí creo que desertaste de la batalla abandonando tu puesto y a tu emperador al enemigo.

—¿Me está llamando mentirosa, mi señora?

—Evidentemente —interviene Mustang.

—No toleraré difamaciones contra mi honor —le espeta Antonia a Mustang hinchando el pecho—. Está por debajo…

—Oh, estate quieta, criatura —le dice la soberana—. Tienes el agua al

cuello, y por aquí hay peces más gordos que tú. Verás, hubo otras personas que sobrevivieron a la batalla, personas que nos transmitieron sus análisis de la batalla para que pudiéramos saber qué había pasado. Para que pudiéramos evaluar la desgracia y ver cómo Antonia de los Severus-Julii deshonró su nombre e hizo que perdiéramos la batalla al abandonar a su pretor cuando este solicitó ayuda, al huir hacia el Cinturón para salvar su propio pellejo y perder allí sus naves.

—Fabii perdió la batalla —replica con rencor—. No yo.

—Porque sus aliados lo abandonaron —ronronea Aja—. Podría haber salvado su mando si tú no hubieras sumido su formación en el caos.

—Fabii cometió errores —reconoce la soberana—. Pero era una criatura noble y un muy leal sirviente a su color. Tuvo incluso el honor suficiente para quitarse la vida, para aceptar que había fracasado, pagar por ello justamente y asegurarse de que no lo interrogaban o intercambiaban por algo. Su último acto al destruir los muelles de los rebeldes fue el de un héroe. Un dorado de hierro. Pero tú…, tú, cobarde injuriosa, huiste como una niñita que se ha meado en su vestido de fiesta. Lo abandonaste para salvarte a ti misma. —Señala a Casio con gesto protector—. Tus hombres vieron la víbora que escondes, por eso se volvieron contra ti. Por eso perdiste tus barcos ante tu hermana, que es superior a ti.

—Me enfrentaré en el Sangradero con quienquiera que sostenga estas acusaciones contra mí —dice Antonia, que tiembla de rabia—. No permitiré que unas criaturas anónimas, celosas, manchen mi honor. Es triste que manipulen pruebas para mancillar mi nombre. Sin duda tienen motivos ocultos para hacerlo. Tal vez tengan la intención de hacerse con mi empresa o mis propiedades, o traten de debilitar a los dorados en su totalidad. Adrio, dile a la soberana lo ridículo que es todo esto.

Pero el Chacal permanece callado.

—¿Adrio?

—Preferiría contar con la lealtad de un perro que con la de un cobarde —dice—. Lilath tenía razón. Eres débil. Y eso es peligroso.

Antonia mira a su alrededor como una mujer a punto de ahogarse, notando que el agua le rebasa la cabeza, que la resaca tira de ella hacia abajo, que no hay nada a lo que agarrarse, nada que la salve. A su espalda, Aja se

alza como una ola oscura mientras Octavia la denuncia formalmente:

—Antonia au Severus-Julii, matrona de la Casa de Julii y pretor de primera clase de las legiones Quinta y Sexta, por el poder que me otorga el Pacto de la Sociedad, te declaro culpable de traición y negligencia en tiempo de guerra y, por la presente, te sentencio a morir.

—Zorra —le espeta Antonia, que se vuelve hacia el Chacal—. No puedes permitirte matarme. Adrio, por favor…

Pero ya no tiene barcos. Ni cara. Las lágrimas brotan de sus ojos hinchados mientras intenta encontrar alguna esperanza, algún modo de escapar. No lo hay y, cuando su mirada se cruza con la mía, sabe lo que estoy pensando. «Recoge lo que sembraste». Esto es por Victra, y por Lea, y por Cardo, y por todos aquellos que Antonia sacrificaría por seguir viviendo.

—Por favor… —gimotea.

Pero aquí no hay clemencia.

Aja la agarra por el cuello desde atrás. Antonia tiembla de miedo, se deja caer de rodillas sin ni siquiera tratar de oponer resistencia cuando la ingente mujer cierra las manos lentamente y empieza a estrangularla. Antonia gruñe, se retuerce y tarda un minuto en morir. Cuando deja de respirar, la Furia completa la ejecución partiéndole el cuello con un giro violento y lanzándola sobre el cuerpo de Sevro.

—Qué criatura más odiosa —comenta la soberana dándole la espalda al cadáver de Antonia—. Su madre al menos tenía valor. Casio, llevas los zapatos muy sucios. —Las suelas de goma de su calzado de prisionero están cubiertas por una costra de sangre coagulada que también salpica las perneras de su mono verde—. Por ahí hay un complejo de dependencias, dormitorios, una cocina, duchas. Aséate. Mi ayuda de cámara lleva horas intentando servirme una comida. Le pediré que la traiga aquí para ti. No te perderás la batalla. El Señor de la Ceniza me ha prometido que durará varias horas más, como mínimo. Lisandro, ¿serías tan amable de mostrarle el camino?

—No me separaré de su lado, mi señora —dice él con gran nobleza—. No hasta que todo esto haya acabado y estos monstruos sean sacrificados.

El Caballero de la Verdad pone los ojos en blanco ante la exhibición de Casio.

—Eres un buen muchacho —dice Octavia antes de volverse hacia mí—.

Ahora ha llegado el momento de que nos encarguemos del rojo.

61

EL ROJO

Aja me arrastra hasta los pies de la soberana en el centro de la holoplataforma. El rostro marmóreo de la tirana está marcado por el frío desdén del poder. Sin embargo, tiene los hombros caídos, hundidos bajo el peso del imperio y de la masa sombría de cien años de noches de insomnio. Lleva el pelo firmemente recogido y salpicado por profundos ríos grises. Unos zarcillos azules se arrastran por las comisuras de sus ojos a consecuencia de las repetidas terapias de rejuvenecimiento celular. No le he dado descanso. Arrodillado y sangrando como estoy, saber que he perturbado sus noches le hace bien a mi alma.

—Quítale el bozal —le dice a Aja, que está de pie detrás de mí, preparada para administrar la justicia de la soberana.

El Caballero de la Verdad y el de la Alegría flanquean a Octavia. Casio está de pie junto a Mustang, todavía ataviado con su mono verde de prisionero, rodeado por los pretorianos. Mientras tanto, el Chacal observa la escena desde una silla cercana a la de Lisandro, tomándose un café que le ha servido el ayuda de cámara. Estiro la mandíbula cuando me quitan el bozal.

—Imagínate un mundo sin la arrogancia de los jóvenes —le dice Octavia a su Furia.

—Imagínate un mundo sin la avaricia de los viejos —replico con un tono de voz áspera.

Aja me da un puñetazo en un lado de la cabeza. El mundo se tambalea y

estoy a punto de desplomarme.

—¿Por qué le quitas el bozal si quieres que guarde silencio? —pregunta Mustang.

El Chacal se echa a reír.

—¡En eso tiene razón, Octavia!

La soberana lo mira con el entrecejo fruncido.

—Porque la última vez ejecutamos a una marioneta y los mundos lo saben. Este es el rojo en carne y hueso. El que se sublevó. Y quiero que sepan que es él quien cae. Quiero que sepan que incluso el mejor de ellos es insignificante.

—Sigue dándole palabras y se inventará otro eslogan —le advierte Adrio.

—Octavia, ¿de verdad piensas que mi hermano no va a matarte? —pregunta Mustang—. No descansará hasta que estés muerta. Hasta que estéis todos muertos. Hasta que se haga con tu cetro y ocupe tu trono…

—Pues claro que quiere mi trono, ¿quién no lo querría? —dice la soberana—. ¿Cuál es mi obligación, Lisandro?

—Defender tu trono. Crear una unión en la que para los individuos sea más seguro someterse que luchar. Ese es el papel de la soberana. Ser amada por unos pocos, temida por los más y siempre conocerse a sí misma.

—Muy bien, Lisandro.

—El propósito de un soberano no es dominar. Es guiar —digo.

Sin oírme siquiera, se vuelve al Caballero de la Alegría, que está sentado a los mandos del holoplato preparando la retransmisión.

—¿Está listo?

—Sí, mi señora. Los verdes han restablecido las conexiones. Se emitirá en directo por todo el Núcleo.

—Despídete del rojo, Mustang —dice Aja dándole unas palmaditas en la cabeza a la chica.

—¿Ni siquiera eres capaz de hacerlo con tus propias manos? —le pregunto al Chacal—. Qué gran hombre eres.

—Quiero hacerlo yo, Octavia —dice de repente el Chacal, que abandona su asiento y echa a andar hacia la holoplataforma.

—Los Caballeros Olímpicos son los que llevan a cabo las ejecuciones —dice Aja—. No te corresponde hacerlo, archigobernador.

—No recuerdo haberte pedido permiso.

Aja enseña los dientes ante la ofensa, pero la soberana le pone una mano en el hombro y consigue que no diga nada.

—Deja que lo haga —dice Octavia.

Es curiosa esta deferencia de la soberana hacia el Chacal. No encaja con su carácter, pero sí es coherente con el extrañamiento que me ha parecido percibir hoy entre ellos. Me pregunto por qué estará Adrio aquí. No en la Luna. Eso está bastante claro. Pero ¿por qué iba a acudir a un lugar donde la soberana tiene un control absoluto sobre él? Podría matarlo en cualquier momento. El Chacal debe de tener algo contra ella, algo que le garantice la inmunidad. ¿Cuál es su jugada? Cuando Aja se aparta de mí, siento que Mustang intenta adivinar la misma respuesta. El Caballero de la Alegría le ofrece un achicharrador al Chacal, pero este lo rechaza. Prefiere sacar el arma de Sevro de su funda y hacerla girar en torno a su dedo índice.

—No es un dorado —explica Adrio—. No se merece un filo o una muerte de Estado. Se irá igual que su tío. De cualquier forma, me gustaría mucho iniciar la transición como mano de la justicia. Además, acabar con Darrow con el arma de Sevro es… más poético, ¿no te parece, Octavia?

—Muy bien. ¿Alguna preferencia más? —pregunta la soberana con aire cansado.

—No. Has sido de lo más complaciente.

El Chacal ocupa el lugar de Aja a mi lado al tiempo que la soberana se transforma ante nuestros ojos. El agotamiento desaparece por completo de su rostro cuando adopta la expresión serena, matronal, que le recuerdo mientras me decía una y otra vez «Obediencia. Sacrificio. Prosperidad» desde la holopantalla de Lico. Por aquel entonces, Octavia me parecía una diosa tan incomprensible para los mortales que yo habría dado mi vida para complacerla, para hacer que estuviera orgullosa de mí. Ahora daría mi vida para acabar con la suya.

El Caballero de la Alegría le hace un gesto de asentimiento a la soberana. Una luz tenue se enciende sobre ella, confiriéndole a la mujer la furia y el calor del sol. No es más que un foco. El chisporroteo químico se desvanece cuando el resplandor de la lámpara se intensifica. El Chacal se aparta de la cara un mechón rebelde de su pelo meticulosamente peinado y me sonríe con

cariño.

La emisión comienza.

—Hombres y mujeres de la Sociedad —dice Octavia—. Aquí vuestra soberana. Desde el amanecer del hombre, la epopeya de nuestra especie se ha escrito con enfrentamientos tribales. Se ha escrito con sufrimiento, con sacrificio, con osadía para desafiar los límites de la naturaleza. Después, tras años de duro trabajo entre la mugre, ascendimos a las estrellas. Nos encadenamos al deber. Dejamos a un lado nuestros propios deseos, nuestras propias ansias, para adherirnos a la Jerarquía del Color. No para oprimir a la mayoría por la gloria de unos pocos, tal como Ares y sus… terroristas querrían que creyerais, sino para asegurar la inmortalidad de la raza humana según los principios del orden y la prosperidad. Era una inmortalidad que estaba asegurada antes de que este hombre intentara arrebatárnosla.

Me señala con un dedo largo y elegante.

—Este hombre, que una vez fue un noble sirviente vuestro, de vuestras familias, debería haber sido el más brillante hijo de su color. De niño, recibió reconocimiento. Se le otorgaron méritos de honor. Pero eligió la vanidad. Esparcir su propio ego a lo largo y ancho de las estrellas. Convertirse en un conquistador. Olvidó su deber. Olvidó la razón del orden y ha caído en la oscuridad arrastrando a los mundos con él.

»Pero nosotros no caeremos en esa oscuridad. No. No cederemos ante las fuerzas del mal. —Se lleva una mano al corazón—. Nosotros… nosotros somos la Sociedad. Somos dorados, plateados, cobres, azules, blancos, naranjas, verdes, violetas, amarillos, grises, marrones, rosas, obsidianos y rojos. Los vínculos que nos unen son más fuertes que las fuerzas que nos separan. Durante setecientos años, el dorado ha guiado a la humanidad, ha llevado la luz allá donde había oscuridad, la abundancia adonde había hambre. Hoy traemos la paz adonde hay guerra. Pero para instaurar la paz debemos destruir por completo a este asesino que ha llevado la guerra a todos y cada uno de nuestros hogares.

Se vuelve hacia mí con una crueldad que me recuerda la actitud con la que presenció mi duelo con Casio. Que me habría dejado morir mientras bebía vino y despachaba su cena. Para ella no soy más que una mota de polvo, incluso ahora. Octavia piensa en lo que vendrá después de este

instante. Después de que mi sangre se enfríe en el suelo y me saquen a rastras para ser diseccionado.

—Darrow de Lico, por el poder que me otorga el Pacto, te declaro culpable de conspiración para incitar actos de terrorismo.

Clavo la mirada en la lente óptica de la holocámara, consciente de las innumerables almas que me están viendo en estos momentos. De los muchos ojos que me seguirán mirando mucho después de que me haya ido.

—Te declaro culpable de asesinato en masa de los ciudadanos de Marte.

Apenas la escucho, el corazón me late desbocado en el pecho, me zarandea los dedos de la mano izquierda, me obstruye la garganta. Se ha acabado. El final se precipita sobre mí.

—Te declaro culpable de asesinato.

Este momento, este fragmento de tiempo es el resumen de mi vida. Es mi grito hacia el vacío.

—Y te declaro culpable de traición contra tu Sociedad.

Pero yo no quiero ningún grito.

Eso se queda para Roque. Se queda para los dorados. A mí dadme algo más. Algo que ellos no pueden entender. Dadme la rabia de mi pueblo. La ira de todos los oprimidos por la esclavitud. Mientras la soberana recita su sentencia, mientras el Chacal aguarda para cumplirla, mientras Mustang permanece arrodillada en el suelo, mientras Casio me contempla desde su puesto entre el grupo de pretorianos y Caballeros, a la espera, y mientras Aja me ve mirar al alto caballero rubio y da un paso al frente, turbada, porque sabe que algo va mal, echo la cabeza hacia atrás y aúllo.

Aúllo por mi esposa, por mi padre. Aúllo por mi madre. Por Ragnar y Quinn, por Pax y Narol. Por todas las personas que he perdido. Por todas las que ellos masacrarían.

Aúllo porque soy un sondeainfiernos de Lico. Soy el Segador de Marte. Y he pagado con mi propia carne el acceso a este búnker, todo para poder presentarme ante Octavia, todo para poder morir con mis amigos o llevar a mis enemigos ante la justicia.

La soberana le hace un gesto al Chacal para que ejecute la sentencia. Adrio me acerca el cañón a la nuca y aprieta el gatillo. El arma se agita en su mano. Escupe fuego y me chamusca el cuero cabelludo. Un estallido

ensordecedor me retumba en la oreja derecha. Pero no caigo. Ningún proyectil me trincha el cráneo. El cañón humea. Y cuando el Chacal baja la mirada hacia el arma, lo sabe.

—No…

Da un paso atrás tratando de alejarse de mí, deja caer el achicharrador y trata de desenfundar su filo.

—¡Octavia! —grita Aja precipitándose hacia la soberana.

Pero justo en ese momento, en ese abrir y cerrar de ojos, la soberana oye algo detrás de la cámara y se da la vuelta para ver a un guardia pretoriano con la cabeza inclinada hacia un lado y su rifle de pulsos cayendo al suelo con estrépito mientras una horripilante lengua roja sobresale de su boca. Solo que no es una lengua. Es el filo ensangrentado de Casio que ha penetrado por la nuca del pretoriano y ha salido entre sus dientes. Vuelve a desaparecer en el interior de la boca. Los tres guardias caen antes de que la soberana pueda decir una maldita palabra. Casio está detrás de los hombres masacrados, con la cabeza baja, el filo rojo y el control remoto de mis esposas y las de Mustang en la mano izquierda.

—¿Belona? —es lo único que alcanza a decir Octavia antes de que él apriete el botón.

El chaleco de acero de Mustang se abre y cae al suelo. El mío va detrás. Virginia se precipita hacia el rifle de pulsos del pretoriano muerto. Liberado, me pongo en pie y empuño el cuchillo que llevaba escondido dentro del chaleco de metal. Arremeto contra la soberana. Antes de que parpadee, atravieso con la hoja su chaqueta negra hasta notar la blandura de su bajo vientre. Ahoga un grito. Tiene los ojos abiertos de par en par. A escasos centímetros de los míos. Huelo el café en su aliento. Siento el aleteo de sus pestañas mientras la apuñalo otras seis veces en las tripas y, con la última cuchillada, rajo el metal ascendiendo hacia su esternón. La sangre caliente me empapa los nudillos y el pecho mientras la mujer se vacía por dentro.

—¡Octavia!

Aja carga contra mí. Consigue salvar la mitad de la distancia que nos separa antes de que Mustang, apuntando de rodillas, le dispare con el rifle de pulsos contra el costado protegido por la armadura. El impacto hace que Aja salga volando por los aires y aterrice en el otro extremo de la habitación,

sobre la mesa de reuniones de madera en la que descansan los cadáveres de Sevro y Antonia. Cuando ven a su soberana tambaleándose de espaldas, con el abdomen abierto, el Caballero de la Verdad y el de la Alegría se vuelven contra Casio y desenvainan los filos que llevan a la cadera. Sus escudos vibran al activarse. Sin armadura, ataviado solo con su mono verde de prisionero manchado de sangre, Casio ataca y le clava el filo en el ojo al sorprendido Caballero de la Verdad hasta sacárselo por la coronilla.

El Chacal saca mi filo de la funda de su muslo y embiste contra mí. Lo esquivo y contraataco. Él vuelve a lanzar una estocada, gritando de rabia, pero lo agarro por el brazo y le doy un cabezazo en la cara antes de hacerle la zancadilla y tirarlo al suelo. Recupero mi filo y le clavo el brazo izquierdo al suelo para que no le quede ninguna mano libre. Chilla. Me escupe a la cara. Me da golpes con las piernas. Le pongo una rodilla en la cara y lo dejo atónito e inmovilizado contra el suelo.

—¡Darrow! —me grita Casio mientras combate con el Caballero de la Alegría—. ¡Detrás de ti!

A mi espalda, Aja se levanta de entre los restos destrozados de la mesa. Tiene los ojos llenos de rabia. Corro en dirección opuesta a la de ella para ayudar a Casio y a Mustang, pues sé que me mataría en cuestión de segundos al faltarme la mano derecha. La sangre oscurece el mono verde de Casio. El Caballero de la Alegría, más protegido que él con su armadura, le ha hecho un tajo profundo en la pierna izquierda. Aprovecha su peso y la égida de pulsos que lleva en el brazo izquierdo para abrumar a Casio. Mustang se hace con los dos filos de un pretoriano muerto y me lanza uno. Lo atrapo con la mano izquierda sin dejar de correr. Pulso el interruptor. El filo adopta la longitud de caza. Casio recibe otro corte en la pierna y se tropieza con un cuerpo. Cae al suelo y bloquea el segundo golpe con el puño de pulsos, destrozando el arma. El Caballero de la Alegría me está dando la espalda. Se da cuenta de que me acerco, pero ya es demasiado tarde. En silencio, salto por el aire y le asesto una fuerte estocada curva desde atrás. Mi brazo izquierdo se ralentiza cuando se topa con la palpitante resistencia del escudo de pulsos a centímetros de su armadura y luego avanza bruscamente cuando atraviesa el peto azul cielo, los músculos y los huesos. Continúa desde el hombro izquierdo hasta la pelvis derecha, partiéndole el cuerpo en diagonal.

El hombre se desploma como un saco.

La habitación se sume en el silencio cuando el cuerpo golpea el suelo.

Mustang corre a mi lado. Se aparta la dorada mata de pelo de la cara con una sonrisa febril que le surca el rostro. Ayudo a Casio a levantarse.

—¿Qué te ha parecido mi actuación? —pregunta con una mueca de dolor.

—No tan buena como tu trabajo con la espada —contesto mirando los cadáveres que lo rodean.

Sonríe con ganas, más vivo en la batalla que en cualquier otro momento. Siento una punzada, consciente de que así es como debería haber sido siempre. Extrañando los días en que montábamos a caballo por las tierras altas fingiendo ser los señores de la tierra. Le devuelvo la sonrisa herido, sangrando, pero casi completo por primera vez desde que tengo memoria.

—Todavía no hemos terminado —dice Mustang.

Cada uno a un lado de la chica, nos damos la vuelta para enfrentarnos al ser humano más mortífero del Sistema Solar. Está acuclillada junto a una Octavia terriblemente maltrecha, que se arrastra hasta el borde de la holoplataforma y jadea tumbada de espaldas mientras se sujeta el abdomen con las dos manos. Está pálida y tiembla. Las lágrimas resbalan por los rostros de Aja y Lisandro, que se ha precipitado hacia el foso para ayudar a su abuela.

—¡Aja! —grita el Chacal desde el suelo—. ¡Mátalos! ¡Abre la puerta o mátalos!

Ha perdido la cabeza. Patalea y se revuelve tratando de alcanzar con su muñón el interruptor que convierte el filo en látigo. Está a más de un metro de altura y no consigue llegar.

—¡Ábrela! —dice rechinando los dientes.

Pero para abrir la puerta, Aja debería llegar hasta ella. Y para alcanzarla, tiene que superarnos a mis amigos y a mí y después darnos la espalda mientras introduce el código. Estará atrapada allí dentro hasta que nos mate o la matemos.

—Aja, entréganos a la soberana. Su justicia ya no es válida —digo sabiendo cuál será la respuesta de la Furia a mis palabras, pero recordando que el holoplato está aún activo.

Sigue emitiendo mientras la sangre dorada empapa el suelo. Aja no se da

la vuelta para mirarnos. Todavía no. Su enorme mano acaricia la cara de Octavia. Acuna a la soberana como lo haría una madre con su propio hijo.

—No te mueras —le dice—. Yo te sacaré de aquí. Te lo prometo. No te mueras, Octavia.

La mujer asiente débilmente. Lisandro le toca el brazo a Aja.

—Date prisa. Por favor.

—Agotadla —susurra Mustang—. Es ella la que se está quedando sin tiempo.

—No permitáis que os acorrale —digo yo—. Moveos lateralmente tal como planeamos. Casio, ¿eres capaz de ser el punta de lanza?

—Intentad seguirme el ritmo —responde él.

Aja se aparta de Octavia y se yergue por completo, una masa amenazante de músculos y armadura, la mejor alumna del mejor maestro de filo que la Sociedad haya conocido. El rostro oscuro, inescrutable. La armadura azul oscuro del Caballero Proteico sutilmente surcada por dragones marinos. Los hombros tan anchos como los de Ragnar. Ojalá pudiera haberme traído a Sefi. Un metro y medio de plata asesina se desenreda ante Aja y la Furia adopta la posición invernal del Método del Sauce: la espada sujeta como una antorcha a un lado, el pie izquierdo adelantado, las caderas bajas, las rodillas ligeramente flexionadas. Mustang y yo nos separamos para cubrir el flanco derecho y el izquierdo. Casio, el mejor espadachín de los tres en estos momentos, se hace cargo del centro. Los ojos hambrientos de Aja devoran nuestros puntos débiles. La pierna que Casio arrastra al caminar, la ausencia de mi mano derecha, el tamaño de Mustang, la disposición de los obstáculos en el suelo. Y ataca.

Hay dos estrategias cuando se lucha contra múltiples oponentes. La primera es utilizarlos unos contra otros. Pero Casio y yo siempre hemos sido una sola mente en la batalla, y Mustang es adaptable. De manera que la Furia se decide por la segunda opción: un ataque a muerte contra mí antes de que Casio o Mustang puedan acudir en mi ayuda. Me considera el enemigo más débil. Y tiene razón. Su látigo restalla contra mi cara a mayor velocidad de la que yo puedo alzar la hoja. Retrocedo, a punto de quedarme sin un ojo. Pierdo el centro de equilibrio. La tengo encima, con la hoja rígida, tratando de clavármela en un poético frenesí de movimientos cuidadosamente

construidos para que pierda la posición de la espada ante mi cuerpo y que Aja pueda realizar así la maniobra de Lorn conocida como Ala Despellejada. Consiste en intentar hacer palanca con su hoja sobre la mía para hundirme la punta en el hombro del brazo con el que manejo la espada y rasgarme con ella los músculos y tendones hasta la parte exterior de la muñeca. Me aparto impidiendo que se imponga a mi filo, abriéndome camino entre los cuerpos que hay a mi espalda, mientras Casio y Mustang se precipitan sobre Aja. Casio se acerca demasiado rápido y su embestida la sobrepasa, como ha estado a punto de sucederme a mí.

Pero Aja no utiliza su filo. Activa sus gravibotas con gran rapidez y se abalanza contra él. Doscientos kilos de armadura y Marcada como Única propulsados por gravibotas impactan contra carne y huesos. Casi se oyen los crujidos del esqueleto. El cuerpo de Casio se enreda en torno a la Furia, su frente choca contra la armadura a la altura del hombro. Mi amigo resbala hacia el suelo y Aja le clava el filo para inmovilizarlo allí. Mustang se acerca por el flanco para impedir que lo remate, pero la Caballero Proteico se esperaba el movimiento de la chica y ha utilizado a Casio como cebo. Le hace un corte superficial a Mustang en el vientre, a punto de abrirle los intestinos.

Lanzo mi filo contra la espalda de Aja, pero, de alguna manera, la Furia lo oye o siente que se acerca y se echa hacia un lado para esquivarlo. El arma pasa junto a ella y se clava en la pared que separa la holoplataforma de las gradas que hay encima. Aja le asesta una patada a Mustang. Le acierta en la rótula y se la hunde. No tengo claro si se la ha dislocado, pero Virginia se tambalea hacia atrás, con el filo extendido, y Aja se vuelve hacia mí, porque me he quedado sin arma.

—Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda —siseo mientras avanzo a trompicones hacia los pretorianos para coger uno de sus filos.

Consigo hacerme con un rifle de pulsos y disparo a ciegas hacia atrás. El escudo de pulsos de Aja absorbe los proyectiles y emite destellos carmesíes mientras la mujer corre hacia mí y me arranca el arma de la mano de una estocada. Vuelvo a escapar rodando por el suelo. Recibo un tajo largo y ardiente en una pantorrilla, pero atrapo un filo cuando salgo de un salto de la holoplataforma y me encaramo a las gradas que hay varios metros más arriba.

Ella coge un puño de pulsos y me dispara con él. Me agacho y la mujer yerra el tiro. El techo de acero que hay sobre mi cabeza se sobrecalienta y gotea. Me hago a un lado.

Los filos gimen en la plataforma circular. Vuelvo a subirme al borde para meterme de nuevo en la batalla. Aja nos está haciendo pedazos y lo único que consigue mi huida es que arremeta de nuevo contra Casio y Mustang. Comienza con él, utilizando su cojera y la nueva herida del hombro en perjuicio suyo. Mustang la ataca por detrás antes de que mate a Casio, pero Aja se agacha cuando Virginia lanza la estocada. Se mueve como si hubiera estudiado el enfrentamiento antes de que se produjera.

Me doy cuenta de que no vamos a acabar con ella. Esto era lo que más temíamos. Que yo perdiera una mano tampoco formaba parte del plan. Va a matarnos uno a uno.

Siento un breve viso de esperanza cuando al fin Mustang y Casio acorralan a Aja entre ambos. Bajo de un salto para unirme al acoso. La mujer gira y se revuelve como un sauce atrapado entre tres tornados. Sabe que su armadura resistirá nuestras estocadas oblicuas, pero que nuestra piel no soportará las suyas. Apuesta por los cortes superficiales, desangrándonos metódicamente, apuntando a los tendones de nuestras rodillas y brazos, como Lorn nos enseñó a los dos. Es una salvia hundiendo las raíces.

Su hoja me saja el antebrazo, me lacera los nudillos y me secciona un fragmento del dedo meñique. Rujo de rabia, pero la rabia no es suficiente. Mi instinto no es suficiente. Estamos demasiado cansados, demasiado abrumados por su monstruosidad. Lorn la adiestró demasiado bien. Mientras gira, me asesta una estocada a dos manos en el costado derecho de la caja torácica. El mundo me da vueltas. Me levanta con un horrible berrido. Me cuelgan los pies a medio metro de la plataforma. Casio carga contra ella y la Furia me deja resbalar por el filo de su hoja para bloquear el ataque de Belona. Me estrello contra el suelo. Me siento como si el pecho se me hundiera sobre sí mismo. Lucho por recuperar el aliento, apenas capaz de coger aire. Casio y Mustang se interponen entre Aja y yo.

—No lo toques —le advierte Mustang.

La hoja no me ha alcanzado los órganos vitales, pues se ha quedado clavada entre dos de las costillas reforzadas que me hizo Mickey, pero me

estoy desangrando. Intento ponerme en pie gateando por la plataforma. El Chacal me observa desde el suelo, exhausto de intentar liberarse. Sonríe, a pesar del horror de cadáveres que nos rodea, porque sabe que Aja va a matarme. La soberana también contempla la escena, con expresión distante y apagada, apoyada contra el borde de la holoplataforma, con las manos de Lisandro manteniéndola de una pieza. Aja la mira temerosa, consciente de que no le queda mucho tiempo de vida.

—¿Cómo habéis podido elegirlo a él y no a nosotros? —les grita Aja furiosa a Mustang y a Casio.

—Fácilmente —replica Mustang.

Casio saca la jeringuilla que lleva en la funda del muslo y me la lanza hacia el otro lado de la estancia.

—Hazlo antes de que nos mate, tío.

Me pongo en pie con dificultad y Aja trata con todas sus fuerzas de llegar hasta mí, pero Casio y Mustang conservan las fuerzas suficientes para mantenerla alejada. La Furia ruge de frustración. Los tres resbalan sobre la sangre, mis amigos luchan codo con codo contra ella. Consigo llegar al borde de la holoplataforma, enfrente de la soberana, y trepar hasta el cadáver de Sevro.

—¡No podrás escapar! —grita Aja—. Te sacaré los ojos. ¡No tienes adónde huir, cobarde roñoso!

Pero no voy a escapar. Me dejo caer de rodillas junto a Sevro. Su pecho es un caos de sangre de laboratorio y tejido rasgado por las heridas de la ejecución de Casio. Le corto la camisa con el filo. Seis agujeros falsos me miran desde su pecho, trozos de carne tallada que parecen muy reales. Su rostro está tranquilo y sereno. Pero la serenidad no forma parte de su carácter, y aún no nos la hemos ganado. Abro la jeringuilla llena de la picadura de serpiente de Holiday. Suficiente para despertar a un muerto. Incluso a los que fingen estar sumidos en el sueño eterno del endiablado cóctel de extracto de hemanto de Narol.

—Hora de despertarse, Trasgo —digo cuando alzo la jeringuilla mientras rezo en silencio para pedir que no le falle el corazón.

La clavo con todas mis fuerzas en el pecho de mi mejor amigo. Abre los ojos de golpe.

—Jooooooder.

62

OMNIS VIR LUPUS

Se alza de golpe del coma inducido por la esencia de hemanto que llevaba en la petaca de la que bebía antes de que liberáramos a Casio, pasa a toda prisa a mi lado, tras ponerse de pie, mirando a su alrededor con ojos de maníaco, salvajes, con las manos temblorosas. Se sujeta el corazón, gime de dolor como hice yo cuando Trigg y Holiday me liberaron del cautiverio. Lo último que vio fue mi cara en las mazmorras, y ahora se despierta aquí, en mitad de la batalla, con el suelo atestado de sangre y cadáveres. Me mira con los ojos inyectados en sangre y me señala el vientre.

—¡Estás sangrando! ¡Darrow! ¡Estás sangrando!

—Lo sé.

—¿Dónde está tu mano? ¡Te falta una jodida mano!

—¡Lo sé!

—Maldita sea. —Lanza veloces miradas a su alrededor, ve al Chacal inmovilizado y a Octavia en el suelo, a Aja combatiendo contra Casio y a Mustang—. ¡Ha funcionado! ¡Joder, ha funcionado! Tenemos que ayudar a los oropelos, caraculo. Levanta. ¡Levántate!

Tira de mí hasta que me pongo en pie y vuelve a ponerme el filo en las manos. Se precipita hacia la holoplataforma, aullando el terrible grito de guerra que entonábamos entre los pinos helados cuando éramos críos.

—¡Voy a matarte, Aja! ¡Voy a matarte en tu jodida cara!

—¡Es Barca! —grita el Chacal desde el suelo—. ¡Barca está vivo!

Sin dejar de correr, Sevro coge el puño de pulsos de un pretoriano muerto y pisotea al Chacal, estampándole una bota en la cara al tiempo que se hace con el filo que mantiene al joven archigobernador clavado al suelo. Vuela hacia Aja disparando el puño de pulsos. Enajenado por las drogas y el olor de la victoria.

Los proyectiles de pulsos impactan contra el escudo de Aja y cubren su silueta de destellos carmesíes. Finalmente, le impiden de tal manera la visión que Casio consigue alcanzarla con el filo. Aun así, la mujer se da la vuelta cuando recibe la estocada, de manera que tan solo le alcanza el hombro. Pero Sevro ya está sobre ella y la acuchilla dos veces en la parte baja de la espalda. La Furia gruñe a causa del dolor y retrocede. Me sumo a la contienda mientras Aja se aparta de nosotros tambaleándose. Pero tras ella, en el suelo, deja algo que pocos humanos han visto: una estrecha cenefa de sangre. La misma que cubre el filo de Sevro. Mi amigo acerca los dedos a la punta de la hoja y la examina restregándola entre ellos.

—Ja, ja, ja, ja. Vaya, mira esto. Pero si sangras de verdad. A ver si tienes más de esto.

Se encorva como un animal y carga contra ella mientras Mustang, Casio y yo la rodeamos. Formamos un cuadrado en torno al más magnífico Caballero Olímpico aún con vida, como una manada de lobos que se topa con una pantera en el bosque. Nos encogemos ante ella cuando embiste, atacamos sus cuartos traseros, lanzamos estocadas contra sus flancos. La desangramos. Somos una cárcel de cuatro. Sevro blande su filo en el aire aullando rabiosamente.

—¡Cállate! —grita Aja lanzándole un tajo.

Pero Sevro se aparta y Casio y yo nos adelantamos para acuchillarla. Detiene el ataque de Casio contra su cuello y sus dos movimientos sucesivos, pero no a tiempo para frenarme a mí. Amago un tajo contra su abdomen, pero en realidad la hiero en la espinilla atravesando el metal. La armadura chisporrotea y la sangre mancha mi filo. Mustang le saja la pantorrilla. Retrocedo a toda velocidad cuando la Furia se vuelve contra mí, obligándola a separar el filo de su cuerpo, de manera que Sevro pueda atacarla de nuevo. Así lo hace, desgarrándole el tendón de Aquiles de la pierna derecha con toda su rabia. Aja gruñe y se tambalea antes de abalanzarse contra él. Sevro se

aparta.

—Vas a morir —le dice en un siseo malicioso—. Vas a morir.

—¡Cállate!

—Esa es por Quinn —prosigue Sevro cuando Casio le secciona los tendones de la rodilla izquierda—. Esa es por Ragnar.

Le ensarto el muslo derecho con una estocada ascendente.

—Esta es por Marte.

Mustang le secciona el brazo a la altura del codo. Aja baja la mirada hacia el trozo de su cuerpo que descansa en el suelo, como si se preguntara si le pertenece a ella.

Pero no nos ha dado tregua. Sevro arroja su puño de pulsos al suelo, recoge el filo del Caballero de la Verdad y salta en el aire para clavarle ambas espadas en el pecho. Se queda allí suspendido, a unos treinta centímetros del suelo. Sus rostros están separados por escasos centímetros, las narices de ambos a punto de tocarse cuando Aja cae de rodillas, lo que permite que Sevro vuelva a posar los pies en el suelo.

—*Omnis vir lupus*.

Le da un beso en la nariz y saca los filos del pecho de la Furia para convertirlos en látigos y enredárselos en torno a los antebrazos. Con los brazos extendidos, se aparta de la agonizante Caballero Proteico, el más grande de su era, mientras sus últimas gotas de sangre se extienden en el suelo helado. Todavía de rodillas, Aja le lanza una mirada de impotencia a la soberana, la mujer que se convirtió en madre de sus hermanas, que la crio, que la quiso con toda la sinceridad con la que puede querer alguien que gobierna el Sistema Solar, y que ahora muere con ella.

—Lo siento…, mi señora.

Aja espira un aliento húmedo.

—No lo lamentes —consigue articular Octavia—. Has brillado con fuerza, Furia mía. El propio tiempo… te recordará.

—No, probablemente no —dice Sevro inmisericorde—. Buenas noches, Grimmus, a dormir.

Le corta la cabeza y le asesta una patada en el pecho. El cuerpo de la mujer se balancea hacia atrás y se desploma contra el suelo. Sevro se encarama sobre él a gatas y aúlla. Un profundo gemido escapa de la garganta

de la soberana ante el odioso espectáculo. Cierra los ojos y comienza a llorar mientras nos acercamos a ella. Casio y yo cojeamos juntos, mi amigo me pasa un brazo por los hombros para quitarle peso a la pierna que arrastra tras él. Mustang nos sigue. Sevro se encarga del Chacal sentándose sobre su pecho y haciendo malabares con un filo sobre su cabeza.

Empapado en la sangre de su abuela, Lisandro coge el filo de Octavia del suelo y nos intercepta el camino.

—No permitiré que la matéis.

—Lisandro… no lo hagas —dice la soberana—. Es demasiado tarde.

El niño tiene los ojos llenos de lágrimas. El filo le tiembla en las manos. Casio da un paso al frente y tiende una mano.

—Suelta el arma, Lisandro. No quiero matarte.

Mustang y yo intercambiamos una mirada. Octavia repara en ella, y seguramente se le estremece el alma. Lisandro sabe que no puede enfrentarse a nosotros. Su buen juicio derrota su dolor y deja caer el filo. Da un paso atrás para dedicarnos una mirada vacía.

Los ojos de Octavia parecen oscuros y distantes, a medio camino de ese otro mundo donde ni siquiera ella reina. Creía que en su final habría resentimiento, o súplica, como en los de Victus y Antonia. Pero ni siquiera ahora hay en ella rastro de debilidad. Son la tristeza y el amor perdido los que acuden a su fin. Ella no creó la jerarquía, pero fue su guardiana durante su época. Y por eso debe rendir cuentas.

—¿Por qué? —le pregunta Octavia a Casio temblando de pena—. ¿Por qué?

—Porque me mentiste.

Sin pronunciar una sola palabra más, Casio saca el pequeño holocubo —un prisma triangular del tamaño de un pulgar— del cinturón en el que lleva las municiones y se lo deposita en las manos ensangrentadas. Las imágenes bailan sobre los planos del triángulo antes de proyectarse en el aire sobre los dedos de la soberana. La escena de la muerte de la familia de Casio la baña en una luz azul. Unas sombras avanzan por un pasillo hasta convertirse en varios hombres con pieles de escarabajo. Acaban con la tía de Casio en un vestíbulo que después atraviesan. Segundos más tarde, aparecen arrastrando a unos niños que matan con los filos y las botas. Arrastran más cuerpos, los

apilan y luego les prenden fuego para que no haya supervivientes. Más de cuarenta niños y miembros de la familia no Marcados murieron aquella noche. Creyeron que podrían cargar el pecado sobre los hombros de un hombre caído. Pero fue obra del Chacal. Él puso fin a la guerra entre los Belona y los Augusto, y la cooperación y el silencio de la soberana fueron el precio que Adrio puso a mi Triunfo.

—¿Y me preguntas por qué? —La voz de Casio es apenas un susurro—. Porque no tienes honor. Hice un juramento como Caballero Olímpico para honrar el Pacto, para dotar de justicia a la Sociedad del Hombre. Tú juraste lo mismo, Octavia. Pero te olvidaste de lo que significaba. Todos lo hemos olvidado. Por eso este mundo está fracturado. Tal vez el próximo sea un poco mejor.

—Este mundo es el mejor que podemos permitirnos —murmura Octavia.

—¿De verdad crees eso? —le pregunta Mustang.

—Con todo mi corazón.

—Entonces me das pena —replica Virginia.

Lo mismo le ocurre a Casio.

—Mi hermano era mi corazón. Y ya no creo en un mundo que afirma que Julian era demasiado débil para merecerse vivir. Él habría creído en esto. En la esperanza de algo nuevo. —Casio desvía la mirada hacia mí—. Por Julian, yo también puedo creerlo.

Me entrega los otros dos holocubos que lleva en el cinturón. El primero es el asesinato de mis amigos durante mi Triunfo. El segundo es para el Confín. Cuando vean esta grabación, sabrán que he ganado una batalla en su nombre. La política nunca descansa. Dejo los dos holocubos en las manos de la soberana, junto al primero de ellos. Rea resplandece ante ella. Una luna azul y blanca, hermosísima junto a sus hermanos, Hiperión y Titán, mientras orbitan en torno al gigantesco Saturno. Entonces, sobre el polo norte de la luna, unos minúsculos rayos apenas perceptibles titilan varias veces inocentemente, y a continuación hongos de fuego estallan sobre la superficie del satélite azul y blanco.

Mientras las explosiones nucleares se reflejan en los ojos de la soberana, Mustang se hace a un lado para que yo pueda acuclillarme junto a la mujer agonizante. Le hablo con suavidad para que sepa que lo que la ha reclamado

al final es la justicia, no la venganza. Observa la luna por encima de mi hombro para ver que las naves de mi Armada del Trigo continúan aterrizando a pesar del aluvión de disparos de cañón que brota de la superficie.

—Mi pueblo tiene una leyenda sobre un ser que vigila el camino que lleva al otro mundo. Él juzgará a los malos y a los buenos. Se llama el Segador. Yo no soy él. Yo solo soy un hombre. Pero pronto lo conocerás. Pronto te juzgará por todos los pecados que has cometido.

—¿Pecados? —Octavia niega con la cabeza y vuelve a mirar los tres holos que danzan en sus manos, apenas unas gotas en su océano de faltas—. Esto son sacrificios. Lo que se necesita para gobernar —dice cerrando las manos en torno a ellos—. Son tan míos como mis victorias. Ya lo verás. Tú serás igual, Conquistador.

—No. No lo seré.

—En ausencia de un sol, solo puede haber oscuridad.

Se estremece, ya fría. Combato la tentación de taparla con algo. Sabe lo que está dejando atrás. Cuando muera, comenzará la lucha por la sucesión. Y eso despedazará a los dorados.

—Alguien… alguien debe gobernar o dentro de mil años los niños preguntarán: «¿Quién destruyó los mundos? ¿Quién apagó la luz?». Y sus padres les dirán que fuiste tú.

Pero yo ya sabía todo eso. Lo sabía cuando le pregunté a Sevro si tenía alguna idea de cómo acabaría esto. No sustituiré la tiranía por el caos. Pero no se lo explico a Octavia. La mujer traga con dificultad, incluso respirar le resulta un suplicio.

—Debéis detenerlo. Debéis… detener a Adrio…

Esas son las últimas palabras de Octavia au Lune. Y mientras se disipan, el fuego de Rea se enfría en sus ojos y la vida abandona una pupila gélida rodeada de oro que mira con fijeza hacia la oscuridad infinita. Le cierro los ojos. Aturdido por su muerte, por sus palabras, por su miedo.

La soberana de la Sociedad, que ha gobernado durante sesenta años, está muerta.

Y siento miedo, porque el Chacal se echa a reír.

63

SILENCIO

Sus carcajadas retumban por la habitación. Bajo el resplandor del holo de la luna y de las flotas que se vapulean mutuamente en la oscuridad, su rostro parece pálido. Mustang ha detenido la emisión en el holoplato y analiza el centro de datos de la soberana. Casio se dirige hacia Lisandro y me aparto del cadáver de Octavia. El cuerpo me arde a causa de las heridas.

—¿Qué ha querido decir con lo de que lo detengamos? —me pregunta Casio.

—No lo sé.

—¿Lisandro?

El niño está tan traumatizado por los horrores que lo rodean que ni siquiera puede hablar.

—El vídeo se ha transmitido a los barcos y los planetas —informa Mustang—. La gente está viendo la muerte de Octavia. No paran de llegar comunicados. No saben quién está al mando. Tenemos que ponernos ya en marcha, antes de que se alineen detrás de otra persona.

Casio y yo nos acercamos al Chacal.

—¿Qué has hecho? —le pregunta Sevro zarandeando al hombrecillo—. ¿A qué se refería Octavia?

—Quítame a tu perro de encima —ordena el Chacal aún debajo de las rodillas de Sevro.

Obligo a mi amigo a apartarse. Se pone a dar vueltas en torno a Adrio,

todavía bajo los efectos de la adrenalina.

—¿Qué has hecho? —le pregunto.

—No tiene sentido intentar hablar con él —interviene Mustang.

—¿Que no tiene sentido? ¿Por qué creéis que la soberana me ha admitido ante su presencia? —pregunta su hermano desde el suelo. Se incorpora sobre una rodilla y se sujeta la mano herida—. ¿Por qué no tenía miedo del arma que llevaba en la cadera si no era porque una amenaza mayor la mantenía a raya?

Levanta la mirada hacia mí a través de unos mechones desgreñados, con los ojos calmados a pesar de la carnicería. A pesar de habernos traído esposados hasta aquí y ahora estar grapado al suelo.

—Recuerdo la sensación de estar bajo tierra, Darrow —dice despacio—. La piedra fría bajo mis manos. Los miembros de mi casa de Plutón rodeándome, encogidos en la oscuridad. El vapor de sus alientos, mirándome. Recuerdo el miedo que me daba fracasar. El tiempo que llevaba preparándome, la mala opinión que mi padre tenía de mí. En aquellos pocos instantes, toda mi vida era una carga. Todo se me escurría entre los dedos. Habíamos huido de nuestro castillo, escapando de Vulcano. Llegaron muy deprisa. Iban a esclavizarnos. Los últimos miembros de nuestra casa todavía iban corriendo por los túneles cuando hice saltar las minas por los aires, pero los de Vulcano también estaban allí. Podía oír la voz de mi padre. Lo oía diciéndome que no le sorprendía que hubiera fracasado tan rápidamente. Después de la explosión que selló el túnel, estuve una semana sin oír nada. Tardamos una semana más en matar a una chica y comernos sus piernas para sobrevivir. Nos suplicó que no lo hiciéramos. Que eligiéramos a otra persona. Pero en ese momento aprendí que, si nadie se sacrifica, nadie sobrevive.

Un pánico frío me recorre el cuerpo, nace en el profundo vacío de mi estómago y se expande hacia arriba.

—Mustang…

—Están aquí —dice ella horrorizada.

—¿Qué está pasando? ¿Qué es lo que está aquí? —sisea Sevro.

—Darrow… —susurra Casio con recelo.

—Las cabezas nucleares no están en Marte —digo—. Están en la Luna.

La sonrisa del Chacal se hace más amplia. Lentamente, se pone de pie y

ninguno de nosotros osa tocarlo. De repente, todo encaja. La tensión entre la soberana y él. Las amenazas sutiles. El atrevimiento de Adrio al penetrar en el centro de poder de Octavia. Su capacidad para burlarse de Aja sin consecuencias.

—Oh, mierda. Mierda, mierda, mierda. —Sevro se tira de la cresta—. Mierda.

—Nunca tuve intención de bombardear Marte —dice el Chacal—. Yo nací allí. Es mi derecho de nacimiento. El premio del que fluyen todas las cosas. Su helio es la sangre del imperio. Pero esta luna, este esqueleto de orbe es, como Octavia, una vieja arpía traidora que le succiona la vida a la Sociedad berreando sobre lo que fue en lugar de sobre lo que puede ser. Y Octavia me permitió secuestrarla. Al igual que lo haréis vosotros, porque sois débiles y en el Instituto no aprendisteis lo que deberíais haber aprendido. Para ganar, debes sacrificar.

—Mustang, ¿puedes encontrar las bombas? —pregunto—. ¡Mustang!

Se ha quedado paralizada.

—No. Habrá enmascarado los rastros de radiación. Aunque las encontráramos, no podríamos desactivarlas…

Coge el intercomunicador para avisar a nuestra flota.

—Si haces esa llamada, detonaré una bomba cada minuto —dice el Chacal mientras se da unos golpecitos en la oreja, donde se ha implantado un pequeño intercomunicador.

Lilath debe de estar escuchándonos. Probablemente sea ella quien tiene el detonador. A eso se refería Adrio. Ella es su póliza de seguros.

—¿De verdad creéis que os revelaría mi plan si pudierais hacer algo para impedirlo? —Se alisa el pelo con las manos y se limpia la sangre de la armadura—. Las bombas se instalaron hace semanas. El Sindicato las esparció en secreto a lo largo y ancho de la Luna. Suficientes para crear un invierno nuclear. Una segunda Rea, si preferís llamarlo así. Una vez que estuvieron colocadas, le expliqué a Octavia lo que había hecho y le planteé mis condiciones. Ella seguiría desempeñando el papel de soberana hasta que aplastáramos el Amanecer, cosa que… ha dado un giro inesperado, obviamente. Y después, el día de la victoria, convocaría al Senado, abdicaría del Trono de la mañana y me nombraría su sucesor. A cambio, yo no

destruiría la Luna.

—¿Por eso ha reunido Octavia al Senado? —pregunta Mustang asqueada —, ¿para que tú te conviertas en soberano?

—Sí.

Me aparto de él sintiendo el peso de la batalla sobre los hombros, la debilidad de mi cuerpo a causa del esfuerzo, la pérdida de sangre y ahora esta… esta maldad. Este egoísmo es abrumador.

—Estás loco, maldita sea —dice Sevro.

—No lo está —lo corrige Mustang—. Yo podría perdonarlo si estuviera loco. Adrio, hay tres mil millones de personas en esta luna. No quieres ser ese hombre.

—Yo no les importo. ¿Por qué deberían importarme ellos a mí? —pregunta—. Todo esto es un juego. Y yo he ganado.

—¿Dónde están las bombas? —le pregunta Virginia al tiempo que se acerca amenazadoramente a él.

—Eh, eh —dice Adrio regañándola—. Tócame un solo pelo y Lilath detonará una bomba.

Mustang está fuera de sí.

—¡Son personas! —exclama—. Tienes el poder de darles sus vidas a tres mil millones de personas, Adrio. Ese poder está más allá de lo que cualquier persona podría desear. Tienes la oportunidad de ser mejor que nuestro padre. Mejor que Octavia…

—Eres una zorra condescendiente —le dice él con una breve carcajada de incredulidad—. De verdad sigues creyendo que todavía puedes manipularme. Esta va por ti. Lilath, detona la bomba del sur del Mare Serenitatis.

Todos levantamos la vista hacia el holograma de la luna que hay sobre nuestras cabezas con la vana esperanza de que se esté tirando un farol. De que, de alguna manera, la transmisión no llegue a su destino. Pero un pequeño punto rojo se ilumina sobre el frío holograma abriéndose como una flor, una pequeña animación casi insignificante que envuelve diez kilómetros de ciudad. Mustang corre hacia el ordenador.

—Hay actividad nuclear —susurra—. En ese distrito viven más de cinco millones de personas.

—Vivían —precisa el Chacal.

—Eres un monstruo —chilla Sevro abalanzándose contra el Chacal. Casio se interpone en su camino y lo hace caer al suelo—. Quítate de en medio.

—Sevro, cálmate.

—¡Cuidado, Trasgo! Hay cientos de ellas más —dice el Chacal.

Sevro está abrumado, con las manos aferradas al pecho allá donde su corazón debe de estar retorciéndose a causa de las drogas.

—Darrow, ¿qué hacemos?

—Obedecer —contesta Adrio.

Me obligo a hacerle la pregunta:

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Que qué quiero? —Se envuelve el brazo sangrante con un trozo de tela ayudándose con los dientes—. Quiero que seas lo que siempre quisiste ser, Darrow. Quiero que seas como tu esposa. Un mártir. Suicídate. Aquí. Delante de mi hermana. A cambio, tres mil millones de almas conservan la vida. ¿No es lo que siempre has querido? ¿Ser un héroe? Muere, y yo seré coronado soberano. Habrá paz.

—No —dice Mustang.

—Lilath, detona otra bomba. La de Mare Anguis, esta vez.

Otro capullo rojo brota en el monitor.

—¡Detente! —grita Mustang—. Por favor, Adrio.

—Acabas de matar a seis millones de personas —dice Casio sin comprenderlo.

—Pensarán que somos nosotros —gruñe Sevro.

El Chacal le da la razón.

—Cada una de las bombas parece formar parte de una invasión. Este es tu legado, Darrow. Piensa en los niños que estarán quemándose ahora mismo. Piensa en los gritos de sus madres. En todas las personas que puedes salvar con tan solo apretar un gatillo.

Mis amigos me miran, pero estoy en un lugar lejano, escuchando el gemido del viento en los túneles de Lico. Oliendo el rocío sobre los engranajes a primera hora de la mañana. Sabiendo que Eo me estará esperando cuando vuelva a casa. Como me espera ahora al final del camino empedrado, igual que Narol, que Pax, Ragnar y Quinn, y que, espero, Roque,

Lorn, Tacto y todos los demás. Morir no sería el final. Sería el comienzo de algo nuevo. Tengo que creerlo. Pero mi muerte dejaría al Chacal aquí, en este mundo. Lo dejaría con poder sobre aquellos a los que quiero, sobre todo aquello por lo que he luchado. Siempre pensé que moriría antes del final. Seguía adelante sabiendo que estaba sentenciado. Pero mis amigos me han insuflado amor, han vuelto a inyectarme la fe en los huesos. Me han hecho querer vivir. Me han hecho querer construir. Mustang me mira, con los ojos vidriosos, y sé que quiere que elija la vida, pero ella no elegirá por mí.

—¿Darrow? ¿Qué me contestas?

—Que no.

Le perforo la garganta. Grazna, incapaz de respirar. Lo tiro al suelo y me abalanzo sobre él. Le inmovilizo los brazos contra la plataforma con las rodillas de manera que su cabeza queda entre mis piernas. Le meto la mano en la boca. Su mirada es la de un loco. Patalea. Me clava los dientes en los nudillos hasta hacerme sangrar.

La última vez que lo inmovilicé elegí el miembro equivocado. ¿Qué son las manos para una criatura como él? Toda su maldad, todas sus mentiras, se hilan con la lengua. Así que la agarro con mi mano de sondeainfiernos, la sujeto entre los dedos índice y pulgar como la carnosa cría de víbora que es.

—Así es como termina siempre la historia —le digo—. Ni con tus gritos. Ni con tu rabia. Sino con tu silencio.

Y con un gran tirón, le arranco la lengua al Chacal.

Grita bajo mi cuerpo. La sangre sale a borbotones del muñón mutilado en el fondo de su boca. Le salpica los labios. Se revuelve. Me separo de él con un empujón y me incorporo, sumido en una rabia oscura, sujetando el ensangrentado instrumento de mi enemigo con la mano mientras él gime en el suelo, sintiendo el odio que me recorre y las miradas atónitas de mis amigos. Le dejo el intercomunicador en el oído para que Lilath lo oiga gimotear y me acerco a los holocontroles para contactar con el barco de Victra. Al verme la cara, abre los ojos de par en par.

—Darrow… estás vivo… —consigue decir—. Sevro… Las cabezas nucleares…

—Tienes que destruir el León de Marte —digo—. Lilath está detonando las bombas de la superficie. Hay cientos de ellas más ocultas en las ciudades.

¡Destruye ese barco!

—Está en el centro de su formación —protesta—. Destrozaremos nuestra flota tratando de llegar hasta él. Tardaremos horas en alcanzarlo, si es que lo conseguimos.

—¿Podemos inhibir su señal? —pregunta Mustang.

—¿Cómo? Ahora mismo hay millones de señales danzando por ahí.

—¿Con pulsos electromagnéticos? —pregunta Sevro, que se coloca a mi espalda.

A Victra se le ilumina la cara antes de negar con la cabeza.

—Tienen escudos protectores —dice.

—Utiliza los pulsos electromagnéticos contra las bombas para cortocircuitar sus transmisores de radio —digo—. Lanza una Lluvia de Hierro y deja caer pulsos electromagnéticos sobre la ciudad hasta que las bombas dejen de funcionar.

—¿Y hundir a tres mil millones de personas en la Edad Media? —pregunta Casio.

—Nos masacrarán —replica Victra—. No podemos lanzar una Lluvia. Perderemos nuestro ejército. Y los dorados conservarán la Luna.

Estalla otra bomba, esta más cerca del polo sur. Y luego una cuarta en el ecuador. Sabemos qué consecuencias conlleva cada una de ellas.

—Lilath no sabe qué le ha sucedido a Adrio con exactitud —señala Casio rápidamente—. ¿Hasta qué punto le es leal? ¿Las detonará todas?

—No mientras él siga gimoteando —contesto.

O al menos eso espero.

—Perdonadme —dice una vocecita.

Nos volvemos para ver a Lisandro de pie a nuestras espaldas. Nos habíamos olvidado de él en medio del caos. Tiene los ojos enrojecidos a causa de las lágrimas. Sevro levanta un puño de pulsos para dispararle. Casio lo obliga a bajarlo.

—Llamad a mi padrino —dice el niño con valentía—. Llamad al Señor de la Ceniza. Será razonable.

—Ya, y un cuerno… —le espeta Sevro.

—Acabamos de matar a la soberana y a su hija —le digo—. El Señor de la Ceniza…

—Destruyó Rea —me interrumpe Lisandro—. Sí. Y le pesa. Llamadlo y os ayudará. Así lo habría querido mi abuela. La Luna es nuestro hogar.

—Tiene razón —dice Mustang apartándome de un empujón del panel de control—. Darrow, quítate.

Se ha sumido en su zona de concentración. Es incapaz de transmitir sus propios pensamientos mientras comienza a abrir canales de comunicación directa con los pretores dorados de la flota. Los altísimos hombres y mujeres aparecen a nuestro alrededor como espectros plateados, irguiéndose entre los cadáveres que nos han visto crear. El último en aparecer es el Señor de la Ceniza. Su rostro está invadido por la rabia. Tanto su hija como su señora han muerto a nuestras manos.

—Belona, Augusto… —gruñe viendo a Lisandro entre nosotros—. ¿Acaso no basta con…?

—Padrino, no tenemos tiempo para recriminaciones —dice Lisandro.

—Lisandro…, estás vivo.

—Por favor, escúchalos. Nuestro mundo depende de ello.

Mustang da un paso al frente y alza la voz.

—Pretores de la flota, Señor de la Ceniza. La soberana ha muerto. Las bombas nucleares que están destrozando vuestro hogar no pertenecen a los rojos. Proceden de vuestro propio arsenal, que fue saqueado por mi hermano. Su pretor, Lilath, está supervisando la detonación de más de cuatrocientas cabezas nucleares desde el puente de mando del León de Marte. Continuarán estallando hasta que Lilath muera. Mis semejantes áureos, aceptad el cambio o aceptad el olvido. La elección es vuestra.

—Eres una traidora… —sisea uno de los pretores.

Lisandro abandona la holoplataforma en dirección a la mesa que ocupaba antes. Coge el cetro de su abuela y vuelve mientras los pretores continúan amenazando a Mustang.

—No es ninguna traidora —dice Lisandro entregándole el cetro—. Es nuestra conquistadora.

64

AVE

El León de Marte sufre una muerte innoble, recibe disparos desde todos los flancos, por parte tanto de los conservadores como de los rebeldes. Ver la Luna resquebrajarse debido a las explosiones nucleares ha hecho más para calmar la sed de sangre entre las dos armadas que lo que cualquier tratado de paz o armisticio haya hecho jamás. Pocos hombres disfrutan verdaderamente viendo arder la belleza. Pero, de todas maneras, arde. Antes de que acaben con el León, detonan más de doce bombas para crear ciudades de fuego y cenizas entre las de acero y hormigón. La Luna está sumida en el caos.

Al igual que la Armada Dorada. Con las noticias de la muerte de la soberana y del estallido de las bombas, la Sociedad se tambalea bajo nuestros pies. Los pretores adinerados están cogiendo sus barcos personales y marchándose de vuelta a sus hogares de Venus, Mercurio o Marte. No se mantienen unidos porque no saben a qué unirse.

Octavia ha gobernado durante sesenta años. Es la única soberana que han conocido la mayor parte de ellos. Nuestra civilización está al borde del abismo. Las redes eléctricas de la Luna han dejado de funcionar. Los tumultos y el pánico se propagan mientras nos preparamos para abandonar el santuario de la soberana. Hay un navío de escape, pero no hay forma de escapar a lo que hemos hecho. Le hemos arrancado el corazón a la Sociedad. Si nos marchamos, ¿qué ocupará su lugar?

Sabíamos que jamás podríamos conquistar la Luna por la fuerza de las

armas. Pero en realidad ese nunca fue nuestro objetivo. Del mismo modo en que el deseo de Ragnar no era luchar hasta que todos los dorados perecieran. Él sabía que Mustang era la clave. Siempre lo ha sido. Por eso puso nuestras vidas en peligro al liberar a Kavax. Ahora Mustang permanece bajo el holo del satélite herido escuchando los gritos silenciosos de la ciudad con el mismo interés que yo. Me acerco a ella.

—¿Estás preparada? —le pregunto.

—¿Qué? —Niega con la cabeza—. ¿Cómo ha podido hacer algo así?

—No lo sé —contesto—. Pero podemos arreglarlo.

—¿Cómo? Esta luna será un pandemonio —replica—. Decenas de millones de muertos. La devastación…

—Y podemos reconstruirla, juntos.

Mis palabras la llenan de esperanza, como si acabara de recordar dónde estamos. Lo que hemos hecho. Que estamos juntos. Parpadea rápidamente y me sonríe. Luego me mira el brazo, el hueco en el que solía estar mi mano derecha, y me toca el hombro con suavidad.

—¿Cómo es posible que aún estés de pie?

—Sigo en pie porque todavía no hemos terminado.

Magullados y ensangrentados, nos sumamos a Casio, Lisandro y Sevro ante la puerta que conduce al exterior del escondite privado de la soberana. Casio marca el código olímpico para abrir las puertas y se detiene para olisquear el aire.

—¿A qué huele?

—Huele a cloaca —respondo.

Sevro clava una mirada intensa en los filos que le ha quitado a Aja, incluyendo el que perteneció a Lorn.

—Yo creo que huele a victoria.

—¿Te has cagado en los pantalones? —Casio lo mira con los ojos entornados—. Te has cagado.

—Sevro… —dice Mustang.

—Es una reacción muscular involuntaria cuando simulan tu ejecución y tragas ingentes cantidades de esencia de hemanto —le espeta Sevro—. ¿Creéis que lo haría a propósito?

Casio y yo intercambiamos una mirada. Me encojo de hombros.

—Bueno, tal vez.

—Sí, la verdad es que sí.

Nos dedica un gesto obsceno con la mano y esboza una mueca retorciendo los labios hasta que parece que va a explotar.

—¿Qué te pasa? —le pregunto—. ¿Estás… todavía…?

—¡No! —Me tira su botella de agua—. Me has clavado una aguja llena de adrenalina en el pecho, imbécil. Estoy sufriendo un ataque al corazón. —Nos da cachetes en las manos cuando tratamos de ayudarlo—. Estoy bien. Estoy bien.

Jadea durante unos instantes antes de erguirse con un gesto de dolor.

—¿Estás seguro de que no te pasa nada? —le pregunta Mustang.

—No siento el brazo izquierdo. Seguramente necesite un médico.

Nos reímos sin fuerzas. Parecemos cadáveres andantes. Lo único que me mantiene en pie son los estimulantes que les hemos quitado a los pretorianos. Casio cojea como un anciano, pero no se ha apartado del lado de Lisandro y ha vetado los ofrecimientos de Sevro para terminar con el linaje de los Lune aquí y ahora desenvainando su filo.

—El niño está bajo mi protección —le ha espetado.

Y ahora Lisandro camina a nuestro lado como indicativo de nuestra legitimidad.

—Os quiero a todos —digo cuando la puerta comienza a abrirse con un gemido. Recoloco el peso del Chacal, cuyo cuerpo cargo sobre los hombros a modo de trofeo—. Da igual lo que ocurra.

—¿Incluso a Casio? —pregunta Sevro.

—Hoy, sobre todo a mí —dice Casio.

—No os separéis —nos advierte Mustang.

La primera de las enormes puertas se separa. Mustang me aprieta la mano. Sevro tiembla de miedo. Entonces la segunda de ellas retumba y se abre para revelar un vestíbulo lleno de pretorianos empuñando sus armas y apuntando a la entrada del búnker. Mustang da un paso al frente blandiendo dos símbolos de poder, uno en cada mano.

—Pretorianos, vosotros servís a la soberana. La soberana está muerta. Una nueva estrella alumbra.

Continúa caminando hacia ellos, negándose a detenerse cuando se acerca

a la línea de metal erizado. Tengo la sensación de que un joven dorado de mirada furiosa está a punto de apretar el gatillo. Pero su viejo capitán pone una mano sobre el arma y lo obliga a bajarla.

Y se separan para dejarla pasar. Se apartan y bajan las armas uno a uno. Retroceden para permitir su avance. Retraen los yelmos en las armaduras. Nunca había visto a una mujer tan gloriosa y poderosa como ella en estos momentos. Es el ojo calmado del huracán, y nosotros seguimos su estela. En silencio, nos montamos en el ascensor Fauces del Dragón. Más de cuatro docenas de los hombres que nos esperaban han venido con nosotros.

Encontramos la Ciudadela sumida en el caos. Los sirvientes saquean las habitaciones, los guardias abandonan sus puestos en grupos de dos o tres, preocupados por sus familias o sus amigos. Los obsidianos que les hicimos creer que venían de camino están todavía en órbita. Sefi está con las embarcaciones. Nos inventamos el ardid con el objetivo de que los hombres se vieran obligados a salir de la habitación. Pero parece que se ha corrido la voz. La soberana está muerta. Los obsidianos se acercan.

En medio del caos tan solo hay un líder. Y mientras avanzamos por los pasillos de mármol negro dejando atrás estatuas doradas y departamentos de Estado, los soldados se congregan detrás de nosotros, sus botas retumban por las galerías marmóreas para seguir a Mustang, el único símbolo de determinación y poder que queda en el edificio. Ella alza sus dos símbolos de poder en el aire y aquellos que primero levantan sus armas contra nosotros los ven —y Casio, y yo, y la masa creciente de soldados que va detrás de nosotros— y se dan cuenta de que van contracorriente. O se unen a nosotros o huyen. Algunos nos disparan, otros se precipitan hacia delante en pequeños grupos para detener nuestro avance, pero los reducen antes de que lleguen a menos de diez metros de distancia de Mustang.

Para cuando nos plantamos ante las enormes puertas de color marfil de la Cámara del Senado, donde los pretorianos han mantenido recluidos a los senadores, nos sigue un ejército de varios centenares de hombres y mujeres. Y solo una delgada línea de pretorianos nos impide la entrada. Una veintena de ellos.

Un elegante caballero dorado da un paso al frente, es el líder de los hombres que vigilan la Cámara. Mira a los cientos de personas que hay detrás

de nosotros, ve a los adeptos violetas que Mustang ha aglutinado, a los obsidianos, a los grises, a mí. Y toma una decisión. Saluda a Mustang con rapidez.

—Mi hermano tiene treinta hombres en la Ciudadela —le dice ella—. Los Montahuesos. Encuéntralos y arréstalos, capitán. Si se resisten, mátalos.

—Sí, mi señora.

Chasquea los dedos y se marcha con un puñado de soldados. Los dos obsidianos que protegían las puertas las abren para nosotros y Mustang entra con paso firme en la Cámara del Senado.

La sala es inmensa. Un embudo de mármol blanco provisto de gradas. En el centro de la parte inferior, hay un podio desde el que la soberana preside los diez niveles de la Cámara. Entramos por la parte norte provocando una interrupción. Cientos de políticos vuelven sus engreídas miradas de ojos saltones hacia nosotros. Habrán visto la emisión. Habrán visto morir a Octavia. Habrán visto las bombas asolando su luna. Y, en algún lugar de la sala, la madre de Roque se levantará de su banco de mármol y estirará el cuello para ver a nuestro ensangrentado grupo bajar las escaleras de mármol blanco hasta el centro de la gran Cámara, con senadores a derecha e izquierda, propagando el silencio a nuestro paso, en lugar de gritos y protestas. Lisandro camina detrás de Casio.

Se oye la aterrorizada respiración bronca del portavoz de la mayoría del Senado cuando sus asistentes rosas ayudan a su ajada silueta a bajar del podio, desde donde presidía algún debate de suma importancia. Estaban celebrando unas elecciones. Aquí, en este instante, en medio del caos. Y ahora todos parecen niños sorprendidos con las manos en la caja de las galletas. Por supuesto, nunca se habrían imaginado que los pretorianos que los vigilaban pudieran apoyar a los rebeldes. O que nosotros fuéramos capaces de llegar hasta la Cámara desde el búnker de la soberana sin impedimento alguno. Pero han creado una sociedad del miedo. Donde los hombres y las mujeres deben unirse a una estrella ascendente para sobrevivir. Eso es lo que ocurre aquí. Esa simple directiva humana es la que permite que este golpe de Estado funcione.

Mustang ocupa el podio con el resto de nosotros flanqueándola. Tiro al Chacal al suelo para que el Senado pueda ver lo que ha sido de él. Está

inconsciente y pálido por la pérdida de sangre. Su hermana me mira. Este es un momento que ella nunca quiso que llegara. Pero Virginia acepta su carga, al igual que yo he aceptado la mía como Segador. Sé que esto la inquieta. Que me necesitará tal como yo la he necesitado a ella. Pero yo nunca podría ocupar el lugar que ella ocupa ahora, ni sujetar en las manos lo que ella sujeta ahora. No sin destruir a todos los presentes en esta sala. Jamás lo aceptarían. Si yo soy el puente hacia los colores inferiores, ella es el puente hacia los superiores. Solo juntos podremos unir a este pueblo. Solo juntos podremos traer la paz.

—Senadores de la Sociedad —proclama Mustang—, me presento ante vosotros, Virginia au Augusto, hija de Nerón au Augusto, de la Casa del León de Marte. Puede que me conozcáis. Hace sesenta años, Octavia au Lune se presentó ante vosotros con la cabeza de un tirano, la de su padre, y reclamó su puesto de soberana de esta Sociedad.

Recorre la habitación con una mirada intensa.

—Ahora soy yo quien se presenta ante vosotros con la cabeza de una tirana.

Levanta la mano izquierda para mostrarles la cabeza de Octavia. Uno de los dos objetos que nos han asegurado el camino hasta aquí. Los dorados solo respetan una cosa. Y para cambiar, deben ser amansados precisamente por esa única cosa.

—La vieja era ha traído el holocausto nuclear al corazón de la Sociedad. Millones de personas ardieron por la avaricia de Octavia. Millones de personas arden ahora por la de mi hermano. Debemos salvarnos de nosotros mismos antes de que la única herencia de la humanidad sea la ceniza. Hoy declaro el comienzo de una nueva era. —Me mira—. Con nuevos aliados. Nuevas costumbres. Tengo el Amanecer a mi espalda. Una armada formada por grandes casas doradas que mantienen a la Horda Obsidiana en órbita. Debéis tomar una decisión. —Arroja la cabeza contra el podio de piedra y alza la otra mano. En ella lleva el Cetro del Amanecer, que otorga a quien lo empuña el derecho de gobernar la Sociedad—. Someteos. O marchaos.

El silencio inunda la sala. Es tan inmenso que tengo la impresión de que podría devorarnos a todos y comenzar la guerra de nuevo. Ningún dorado será el primero en someterse. Yo podría obligarlos. Pero será mejor que me

someta a ellos. Me arrodillo ante Mustang. Levanto la cabeza para mirarla a los ojos, me llevo el muñón al corazón y siento que la imposible dicha del momento me invade por completo.

—Ave, soberana —digo.

Entonces es Casio quien se arrodilla. Y Sevro. Luego Lisandro au Lune y los pretorianos, y después, uno a uno, los senadores se dejan caer al suelo hasta que tan solo quedan de pie unos cincuenta. Los demás rompen el silencio unidos, gritando con una sola voz tumultuosa:

—¡Ave, soberana! ¡Ave, soberana!

Una semana después del ascenso de Mustang, me sitúo a su lado para presenciar el ahorcamiento de su hermano. Excepto ValiiRath y aproximadamente otros diez hombres, todos los Montahuesos del Chacal han sido hallados y ejecutados. Ahora su líder pasa a mi lado en la abarrotada plaza de la Luna. Tiene el pelo ahuecado y cepillado. Su mono de prisionero es de color verde lima. Los colores inferiores que nos rodean lo observan en silencio. Una ligera cortina de nieve cae desde una fina piel de nubes grises. Siento náuseas por culpa de la medicación contra la radiación. Pero he venido por Mustang, al igual que ella acudió al funeral de Roque por mí. Está callada y serena junto a mí. Con el rostro tan pálido como el mármol que pisamos. Los Telemanus están también con ella, observando impasibles al Chacal mientras sube las escaleras del patíbulo de metal hasta donde lo espera la verdugo blanca.

La mujer lee la sentencia. La multitud lo abuchea e insulta. Una botella se hace añicos a los pies del Chacal. Una piedra le abre la frente. Pero él no parpadea ni se encoge. Se yergue orgulloso y envanecido mientras le pasan el lazo por el cuello. Ojalá esto nos devolviera a Pax. Ojalá que Quinn, Roque y Eo pudieran vivir de nuevo, pero este hombre ha dejado su huella en el mundo. El Chacal de Marte nunca será olvidado.

La verdugo se acerca a la palanca mientras la nieve se posa en el pelo de Adrio. Mustang traga saliva con dificultad. Y la trampilla se abre. En Marte no hay mucha gravedad, así que hay que tirar de los pies del ahorcado para partirle el cuello. Dejan que lo hagan los seres queridos. En la Luna la

gravedad tiene todavía menos fuerza. Pero nadie se aparta de la multitud cuando la blanca formula la invitación. Ni una sola alma mueve un dedo mientras el Chacal patalea y su cara se pone morada. Experimento una extraña calma al contemplar la escena. Como si estuviera a un millón de kilómetros de distancia. No puedo sentir nada por él. No ahora. No después de todo lo que ha hecho. Pero sé que Mustang sí sufre. Sé que esto la está destrozando. Así que le doy un ligero apretón en la mano y, con suavidad, tiro de ella hacia delante. Aturdida, avanza bajo la nieve para agarrar los pies de su hermano gemelo. Levanta la vista hacia él como si estuviera en un sueño. Le susurra algo y, tras bajar de nuevo la cabeza, tira hacia abajo para demostrarle que era querido, incluso al final.

65

EL VALLE

A lo largo de las semanas posteriores al bombardeo de la Luna y el ascenso de Mustang, el mundo ha cambiado. Millones de personas han perdido la vida, pero, por primera vez, hay esperanza. Tras el discurso de Virginia en el Senado, docenas de navíos dorados desertaron y se sumaron a las fuerzas de Orión y Victra. El Señor de la Ceniza hizo cuanto estuvo en sus manos para no perder el control de su armada, pero con la Luna en llamas, su flota fracturándose y Mustang como soberana, lo único que consiguió fue que sus propias embarcaciones no cayeran en manos enemigas. Se retiró a Mercurio con la mayor parte de sus fuerzas.

Durante su ausencia, Mustang se ha asegurado la cooperación de gran parte del ejército, sobre todo de las legiones de grises y de los caballeros-esclavos obsidianos. Ha utilizado su poder político para dar los primeros pasos hacia el desmantelamiento de la jerarquía de colores y del dominio dorado sobre el poderío militar. Se ha disuelto el Senado. El Consejo de Control de Calidad también. Miles de ellos se enfrentan a acusaciones por crímenes contra la humanidad. La justicia no será tan rápida ni tan limpia como lo fue con el Chacal, pero lo haremos lo mejor que podamos.

Creía que sería capaz de descansar después de la muerte de Octavia, pero no nos faltan enemigos. Rómulo y los señores de las Lunas continúan en el Confín. El Señor de la Ceniza pretende conseguir el apoyo de Mercurio y Venus. Los caudillos dorados han comenzado a hacer demandas. Y la Luna

es un desastre. Invadida por los disturbios, la falta de alimentos y la radiación que se propaga. Sobrevivirá, pero dudo que vuelva a tener el mismo aspecto por mucho que Quicksilver prometa reconstruir la ciudad incluso sublimada.

Mi cuerpo también está en proceso de recuperación. Mickey y Virany volvieron a implantarme la mano que rescaté de la lanzadera del Chacal que aterrizó en la Luna. Tardaré meses en poder volver a escribir, y mucho más en poder blandir una espada. Aunque espero tener menos motivos para hacerlo en los días venideros.

Cuando era más joven, pensaba que destruiría la Sociedad. Que desmantelaría sus costumbres. Que reventaría las cadenas y algo nuevo y hermoso surgiría sin más de las cenizas. Pero no es así como funciona el mundo. Esta victoria de compromiso es lo mejor que la humanidad podría esperar. El cambio se producirá más despacio de lo que Dancer y los Hijos desearían, pero llegará sin pagar el precio de la anarquía.

Eso esperamos.

Bajo la supervisión de Holiday, Sefi ha puesto rumbo a Marte para iniciar el lento proceso de liberación del resto de su pueblo, visitando los polos con medicinas en lugar de armas. Recuerdo el aspecto de sus ojos oscuros cuando examinó por sí misma uno de los cráteres nucleares del Chacal. De momento, se ha comprometido con el legado de su hermano y planea instalarse en un territorio más cálido reservado para su pueblo en Marte. Prefiere mantenerlo alejado de las ciudades ajenas. Creo que, en lo más profundo de su ser, sabe que no será capaz de controlarlos. Los obsidianos abandonarán sus prisiones. Sentirán curiosidad, se dispersarán y se integrarán. Su mundo nunca volverá a ser el mismo. Ni tampoco el de mi pueblo. Pronto regresaré a Marte para ayudar a Dancer a dirigir la migración de los rojos hacia la superficie. Muchos se quedarán y continuarán con las vidas que conocen. Pero otros tendrán la oportunidad de vivir bajo el cielo.

Me despedí de Casio anteayer cuando se marchó de la Luna. Mustang quería que se quedara y nos ayudase a dar forma a un nuevo sistema de justicia, más ecuánime. Pero él ya está harto de política.

—No tienes por qué irte —le dije en la plataforma de aterrizaje.

—Aquí no me queda nada más que recuerdos —contestó—. Llevo demasiado tiempo viviendo mi vida para otros. Quiero ver qué más hay ahí

fuera. No puedes recriminármelo.

—¿Y el niño? —le pregunté señalando a Lisandro con la cabeza. El muchacho subió al barco cargado con una mochila con sus pertenencias—. Sevro cree que es un error dejarlo vivir. ¿Cómo lo expresó exactamente? «Es como dejar un huevo de víbora debajo de tu asiento. Tarde o temprano se romperá el cascarón».

—¿Y qué opinas tú?

—Creo que ahora el mundo es distinto. Y que deberíamos actuar en consecuencia. También lleva la sangre de Lorn en las venas, no solo la de Octavia. Aunque no es que la sangre suponga una diferencia.

Mi alto amigo me dedicó una sonrisa cariñosa.

—Me recuerda a Julian. Es un alma bondadosa, a pesar de todo. Lo criaré convenientemente.

Me tendió una mano no para estrechar la mía, sino para devolverme el anillo que me quitó del dedo la noche en que murieron Lorn y Fitchner. Volví a cerrarle los dedos en torno a él.

—Ese anillo pertenece a Julian —le dije.

—Gracias…, hermano.

Y allí, en una plataforma de aterrizaje de la Ciudadela que una vez fue el corazón del poder dorado, Casio au Belona y yo nos estrechamos las manos y nos decimos adiós, casi seis años después del día en que nos conocimos.

Semanas más tarde, contemplo las olas que lamen la orilla mientras una gaviota planea en lo alto. Casquetes blancos salpican el agua oscura que azota los farallones de la playa septentrional. Mustang y yo dejamos nuestra pequeña nave biplaza en la costa este-noreste del Confín Pacífico, al borde de una selva tropical, en una gran península. El musgo crece sobre las rocas y los árboles. El aire es frío. Lo justo para que se vea la condensación del aliento. Es la primera vez que visito la Tierra, pero me siento como si mi espíritu hubiera vuelto a casa.

—A Eo le habría encantado esto, ¿verdad? —me pregunta Mustang.

Lleva un abrigo negro con el cuello levantado. Sus nuevos guardaespaldas pretorianos están sentados en las rocas a medio kilómetro de

distancia.

—Sí —contesto—. Le habría gustado mucho.

Los lugares como este son los latidos de nuestras canciones. No una playa cálida o un paraíso tropical. Esta tierra salvaje está llena de misterio. Esconde sus secretos codiciosamente detrás de brazos de niebla y velos de agujas de pino. Sus placeres, como sus secretos, deben ganarse con esfuerzo. Me recuerda a mis sueños acerca del valle. El humo de la hoguera que hicimos con madera de deriva asciende en diagonal sobre el horizonte.

—¿Crees que durará? —me pregunta mirando el agua desde nuestra atalaya en la arena—. La paz.

—Sería la primera vez.

Esboza una mueca de dolor, se apoya sobre mí y cierra los ojos.

—Al menos nos quedará esto.

Sonrío recordando a Casio al ver un águila que sobrevuela el agua a baja altura antes de alzarse entre la niebla y desaparecer en los árboles que se proyectan desde la cumbre de un farallón.

—¿He aprobado tu examen?

—¿Mi examen? —repite ella.

—Desde el momento en que interceptaste el despegue de mi barco en Fobos, has estado poniéndome a prueba. En el hielo pensé que ya había aprobado, pero la cosa no terminó allí.

—Te has dado cuenta —dice con una sonrisilla malvada; pero el gesto se desvanece y Virginia se aparta el pelo de la cara—. Siento no haber sido capaz de seguirte sin más. Necesitaba ver si eras capaz de construir. Necesitaba saber si mi pueblo podía vivir en tu mundo.

—No, eso lo entiendo —digo—. Pero hay algo más. Algo cambió cuando viste a mi madre. A mi hermano. Algo se abrió en tu interior.

Asiente, aún sin apartar la mirada del agua.

—Tengo que decirte una cosa. —Me vuelvo para mirarla—. Me mentiste durante casi seis años. Desde el momento en que nos conocimos. En el túnel de Lico rompiste lo que teníamos. Esa confianza. Esa sensación de intimidad que habíamos construido. Recomponer eso lleva tiempo. Necesitaba descubrir si éramos capaces de encontrar lo que habíamos perdido. Necesitaba ver si podía confiar en ti.

—Ya sabes que sí.

—Ahora sí —dice—. Pero…

Frunzo el entrecejo.

—Mustang, estás temblando.

—Calla y déjame terminar. No quería mentirte. Pero no sabía cómo reaccionarías. Qué harías. Necesitaba que tomaras la decisión de ser algo más que un asesino no solo por mí, sino por alguien más.

Aparta la mirada de mí para levantarla hacia el cielo azul, donde un barco desciende perezosamente. Alzo una mano para protegerme del sol otoñal y verlo acercarse.

—¿Esperamos compañía? —pregunto receloso.

—Algo así.

Se levanta. La imito. Y se pone de puntillas para besarme. Es un beso tierno, largo, que hace que me olvide de la arena que hay bajo nuestras botas, del olor a pino y sal de la brisa. Siento su nariz fría contra la mía. Tiene las mejillas sonrojadas. Toda la tristeza del pasado, todo el dolor, hacen que este momento sea aún más dulce. Si el sufrimiento es el peso del ser, el amor es su propósito.

—Quiero que sepas que te quiero. Más que a nada. —Se aparta de mí—. Casi.

El barco sobrevuela el bosque de árboles de hoja perenne y se posa en la playa. Dobla las alas hacia atrás como si fuera una paloma. La arena y la sal nos salpican, propulsadas por sus motores. Mustang entrelaza sus dedos con los míos mientras avanzamos con dificultad por la playa. La rampa desciende. Sófocles sale disparado hacia la arena y echa a correr tras un grupo de gaviotas. Detrás de él, oigo la voz de Kavax y el dulce sonido de la risa de un niño. Me flaquean las piernas. Miro a Mustang, confundido. Ella tira de mí para que siga caminando, con una sonrisa nerviosa en la cara. Kavax sale del barco con Dancer. Victra y Sevro los acompañan y me saludan con la mano antes de volverse para mirar expectantes hacia el inicio de la rampa.

Antes pensaba que las hebras de la vida se deshilachaban a mi alrededor porque la mía era demasiado fuerte. Ahora me doy cuenta de que cuando estamos entretejidos, creamos algo irrompible. Algo que perdura mucho

tiempo después de que esta vida termine. Mis amigos han llenado el vacío que la muerte de mi esposa dejó en mi interior. Han vuelto a convertirme en un ser completo. Mi madre se suma a ellos sobre la rampa, escoltada por Kieran, para pisar la Tierra por primera vez. Sonríe como lo hice yo al oler la sal. El viento fustiga su pelo gris. Tiene los ojos vidriosos y llenos de la alegría que mi padre siempre quiso para ella. Y en los brazos lleva a un niño sonriente con el cabello dorado.

—¿Mustang? —pregunto con un tono de voz temblorosa—. ¿Quién es ese?

—Darrow… —Mustang me sonríe—. Ese es nuestro hijo. Se llama Pax.

EPÍLOGO

Pax nació nueve meses después de la Lluvia del León, mientras yo estaba encerrado en la mesa de piedra del Chacal. Temiendo que nuestros enemigos persiguieran al niño si sabían de su existencia, Mustang mantuvo su embarazo en secreto a bordo del Dejah Thoris hasta que pudo dar a luz. Entonces, dejó al bebé a cargo de la esposa de Kavax en el Cinturón de Asteroides y regresó a la guerra.

La paz que pretendía firmar con la soberana no era solo por ella y por su pueblo, sino también por su hijo. Quería un mundo sin guerra para él. No puedo odiarla por eso. Por ocultarme este secreto. Tenía miedo. No solo de no poder confiar en mí, sino de que yo no estuviera preparado para ser el padre que mi hijo merece. Por eso me ha estado examinando todo este tiempo. Estuvo a punto de decírmelo en Tinos, pero después de consultarlo con mi madre decidió no hacerlo. Mi madre sabía que si me enteraba de que tenía un hijo no sería capaz de hacer lo que era necesario hacer.

Mi pueblo necesitaba una espada, no un padre.

Pero ahora, por primera vez en mi vida, puedo ser ambas cosas.

Esta guerra no ha terminado. Los sacrificios que hicimos para tomar la Luna le pasarán factura a nuestro mundo. Eso lo sé. Pero ya no estoy solo en la oscuridad. Cuando franqueé las puertas del Instituto por primera vez, cargaba con el peso del mundo sobre los hombros. Me aplastó. Me hizo pedazos. Pero mis amigos me han rehecho. Ahora cada uno de ellos lleva una

parte del sueño de Eo. Juntos podemos crear un mundo digno para mi hijo. Para las generaciones venideras.

Puedo construir, no solo destruir. Eo y Fitchner fueron capaces de verlo, al contrario que yo. Creyeron en mí. Así que estén esperándome en el valle o no, los siento en mi corazón, oigo su eco retumbando a lo largo y ancho de los mundos. Los veo en mi hijo y, cuando sea lo suficientemente mayor, lo sentaré en mi regazo y su madre y yo le hablaremos de la rabia de Ares, de la fuerza de Ragnar, del honor de Casio, del amor de Sevro, de la lealtad de Victra y del sueño de Eo, la chica que me llevó a vivir para más.

AGRADECIMIENTOS

Me daba miedo escribir *Mañana azul*.

Retrasé la primera frase durante meses. Dibujaba esquemas para los barcos, escribía canciones para los rojos y los dorados, las historias de las familias, de los planetas y de las lunas que forman el pequeño y salvaje mundo con el que me había topado hacía casi cinco años en la habitación que ocupaba encima del garaje de mis padres.

No tenía miedo porque no supiera hacia dónde me dirigía. Tenía miedo porque sabía con exactitud cómo terminaría la historia. Pero pensaba que no estaba capacitado para llevaros hasta allí.

¿Os suena de algo?

Así que decidí encerrarme. Hice las maletas, cogí las botas de montaña y dejé mi apartamento de Los Ángeles para dirigirme a la cabaña que mi familia tiene en la costa noroeste del Pacífico, siempre azotada por el viento.

Pensé que el aislamiento me ayudaría con el proceso, que por algún motivo encontraría mi musa en el silencio y la neblina de la costa. Podría escribir desde el alba hasta el crepúsculo. Pasear entre los árboles de hoja perenne. Canalizar los espíritus de los creadores de mitos del pasado. Funcionó con *Amanecer rojo*. Funcionó con *Hijo dorado*. Pero no funcionó con *Mañana azul*.

En aquella soledad me sentí inmovilizado, atrapado por Darrow, por los mil caminos que el protagonista de mi novela podía seguir y por la

congestión de mi propio cerebro. Escribí los primeros capítulos en ese espacio mental. Supongo que contribuyó a su formación y que le confirió a Darrow la locura extraña y triste que se ocultaba en el fondo de sus ojos. Pero yo era incapaz de ver más allá de su rescate de Ática.

No fue hasta que regresé de la cabaña cuando la historia empezó a encontrar su propia voz y yo a entender que Darrow ya no era el centro de atención. Lo eran las personas que lo rodeaban: su familia, sus amigos, sus amores, las voces que se alzaban y los corazones que latían en armonía con el suyo.

¿Cómo se me pudo pasar por la cabeza que sería capaz de escribir algo así en soledad? Sin los cafés con Tamara Fernandez (la persona sin canas más sabia que conozco), los desayunos al amanecer con Josh Crook, durante los que conspirábamos para conseguir dominar el mundo, los conciertos en el Hollywood Bowl con Madison Ainley, las horas de debate sobre las estrategias militares romanas con Max Carver, las cruzadas en busca de helado con Jarrett Llewelyn, las charlas de fanáticos de Battlestar con Callie Young y las maquinaciones obsesivas con Dennis «la Amenaza» Stratton.

Los amigos son el pulso de la vida. Los míos son salvajes y grandiosos, están locos y llenos de sueños y disparates. Sin ellos, yo sería una sombra y entre las cubiertas de este libro no habría más que vacío. Gracias a todos y cada uno de ellos, a los que he nombrado y a los que no, por compartir conmigo esta vida maravillosa.

Toda estrella ascendiente necesita un hechicero sabio que lo guíe en su camino y le muestre los entresijos del oficio. Me considero afortunado por que un titán de mi juventud se transformara en mi mentor pasados los veinte. Terry Brooks, gracias por todas tus palabras de ánimo y consejo. Eres el mejor.

Gracias al clan de los Phillips por ofrecerme siempre una segunda casa donde poder soñar en voz alta. Y a Joel en particular por sentarse conmigo en aquel sofá hace cinco años y trazar planes alocados para hacer los mapas de un libro que todavía no se había escrito. Eres una maravilla y un hermano en todo menos en el apellido. Gracias a mis otros amigos que son como hermanos: a Aaron, por hacerme escribir, y a Nathan, porque siempre te gusta lo que escribo, aun cuando no debería.

Gracias también a mi agente, Hannah Bowman, que encontró *Amanecer rojo* entre el fango. A Havis Dawson por hacer que las novelas se traduzcan a más de veintiocho idiomas distintos. A Tim Gerard Reynolds por provocarme escalofríos con su narración en el audiolibro. A mis editores extranjeros por sus incansables esfuerzos a la hora de traducir conceptos como *bloodydamn* o *ripWing* o cualquiera de las palabras de Sevro al coreano, el italiano o cualquier otra lengua.

Gracias al inigualable equipo de Del Rey por creer en *Amanecer rojo* desde el momento en que pasó por primera vez por vuestros escritorios. No podría pedir una editorial mejor. Scott Shannon, Tricia Narwani, Keith Clayton, Joe Scalora, David Moench, en lo que a mí respecta, tenéis el corazón de los miembros de la casa Hufflepuff y el valor de los de Gryffindor.

Gracias a mi familia por haber sospechado siempre que mi rareza era una cualidad y no un lastre. Por hacerme explorar bosques y campos en lugar de los canales de la tele. A mi padre por enseñarme la elegancia del poder fuera de uso y a mi madre por enseñarme la alegría del poder bien empleado. A mi hermana por sus incansables esfuerzos a favor de la página de fans de los Hijos de Ares y por entenderme mejor que cualquier otra persona.

El agradecimiento más profundo debo dedicárselo a mi editor Mike «au Telemanus» Braff. Si antes de este libro no había comprendido del todo el alcance de mi neurosis, no me cabe ni la menor duda de que ahora ya lo tiene claro. Pocos autores tienen la misma suerte que yo al tener un editor como Mike. Es humilde, paciente y diligente, incluso cuando yo no lo soy. Este libro os ha llegado un año después de *Hijo dorado* porque él ha obrado un milagro. Me quito el sombrero ante usted, buen hombre.

Y gracias a todos y cada uno de mis lectores. Vuestra pasión y entusiasmo me han permitido vivir la vida según mis condiciones, y me siento eternamente agradecido y honrado por ello. Vuestra creatividad, humor y apoyo se transmiten en cada mensaje, tuit y comentario. Tener la oportunidad de conoceros y escuchar vuestras historias en los congresos y las firmas de libros es una de las ventajas de ser escritor. Gracias, Aulladores, por todo lo que hacéis. Con suerte, pronto tendremos ocasión de aullar juntos.

Una vez pensé que escribir este libro sería imposible. Era un rascacielos,

ingente, completo e insoportablemente lejano. Se mofaba de mí desde el horizonte. Pero ¿acaso alguna vez miramos esos edificios y suponemos que se alzaron de un día para otro? No. Hemos visto las aglomeraciones de tráfico que comportan. El armazón de vigas y travesaños. El enjambre de albañiles y el ajetreo de las grúas…

Todo lo imponente está construido a partir de una serie de pequeños momentos desagradables. Todo lo que merece la pena se edifica a base de horas de dudas sobre uno mismo y días de trabajo arduo. Todas las obras de las personas que tanto vosotros como yo admiramos se asientan sobre los cimientos del fracaso.

De manera que, sean cuales seas vuestros proyectos, sean cuales sean vuestros sueños, seguid dejándoos la piel, porque el mundo necesita vuestros rascacielos.

Per aspera ad astra!

PIERCE BROWN

PIERCE BROWN (Denver, EEUU, 1988). Autor estadounidense, *Amanecer Rojo* es su primera novela, una distopía ambientada en Marte y publicada en 2014 que forma parte de una serie e *Hijo dorado* es su continuación.

Pierce Brown pasó su infancia construyendo fuertes y tendiendo trampas para sus primos en los bosques de seis estados y los desiertos de otros dos. Se graduó en la universidad en 2010 y fantaseó con la idea de continuar sus estudios en la escuela Howgarts de magia y hechicería. Desafortunadamente, no tiene ni una pizca de magia en su cuerpo. Así que mientras intentaba abrirse camino como escritor, ha trabajado como administrador de redes sociales en una compañia tecnológica, ha sido agotado trabajando en el set Disney de los estudios ABC, ha pasado un tiempo como una página de la NBC y ha sido privado de sueño durante toda una campaña electoral.

Ahora vive en Los Ángeles, donde garabatea cuentos de naves espaciales, magos, *ghouls* y otras cosas antiguas y extrañas.